

NO HAY OTRO EVANGELIO

INDICE

Introducción.....	
La Biblia.....	
El glorioso Evangelio.....	
Predicad el Evangelio.....	
El propósito de la Ley.....	
Los dos efectos del Evangelio.....	
Un sermón sencillo para las almas que buscan.....	
Un llamamiento a los pecadores.....	
La Soberanía Divina.....	
La Justificación por la Gracia.....	
Soberanía y Salvación.....	
¿Por qué son salvados los hombres?.....	
El libre albedrío: un esclavo.....	
La incapacidad humana.....	
La intención de la carne es enemistad contra Dios.....	
La Redención limitada.....	
La elección.....	
Las alegorías de Sara y Agar.....	
El poder del Espíritu Santo.....	
El llamamiento eficaz.....	
La resurrección espiritual.....	
El nuevo corazón.....	
Un pueblo voluntarioso y un Caudillo inmutable.....	
La Fe.....	
La responsabilidad humana.....	
La Salvación del Señor.....	
Solamente Dios es la salvación de su pueblo.....	
Salvación hasta lo sumo.....	
¡Despertad! ¡Despertad!.....	
La contienda de la verdad.....	

INTRODUCCIÓN

De Spurgeon se sabe que fue un gran predicador; que miles y miles de almas se convirtieron bajo su ministerio; que fue bautista, y que dio muestras prodigiosas de una ironía sana y oportuna desde el púlpito. Se conocen y repiten muchas de sus anécdotas e ilustraciones; pero poco, muy poco, se sabe del contenido doctrinal de su predicación. Se supone y se cree ¡claro está!-, que fue sano en sus creencias; pero en qué consistía la ortodoxia “spurgeoniana” ¡ah!, eso ya son aguas de otro molino. Pero aún así, lo que muchos protestantes no pueden ni tan siquiera imaginar, es que la sana predicación de Spurgeon descansara en aquellas gloriosas doctrinas bíblicas comúnmente conocidas bajo el nombre de calvinistas.

En el prólogo del primer volumen del “New Park Street Pulpit” -de cuya colección provienen los sermones de este libro; Spurgeon decía: “Recurrimos con frecuencia a la palabra calvinismo por designar esta corta palabra aquella parte de la verdad divina que enseña que la salvación es sólo por la gracia”. Y añadía: “Creemos firmemente que lo que comúnmente se llama calvinismo no es más, ni menos, que aquel sano y antiguo evangelio de los puritanos de los mártires, de los Apóstoles y del Señor Jesucristo”.

Spurgeon se mantuvo siempre fiel a las doctrinas de la gracia. Las páginas de este libro -como toda la producción literaria del gran predicador-, están estampadas con aquel inconfundible sello del Soli Deo Gloria, tan genuinamente bíblico. Y como sucede siempre que el Evangelio es predicado en toda su pureza, la oposición de la mente carnal no tarda en desatarse. ¡Cómo odian los hombres a quienes exaltan la soberanía de Dios! ¡Y con cuán poco escrúpulo la desfiguran! Modernistas y arminianos hicieron causa común en un intento vano para acallar la voz evangélica del joven predicador. La crítica más mordaz y severa se volcó sobre él; su nombre era satirizado en la prensa y “pateado por la calle como una pelota de fútbol”. El 25 de octubre de 1856, un semanario londinense escribía: “Creemos que las actividades del señor Spurgeon no merecen en lo más mínimo la aprobación de sus correligionarios. Apenas hay un ministro independiente de cierta categoría que esté asociado con él”. Y todo como resultado de sus convicciones doctrinales.

Con referencia a los sermones que tienes en tus manos, lector, Spurgeon comentaba: “Nada más zahiriente queda por decir en contra de ellos que no se haya dicho ya; las formas más externas de vejación ya se han agotado; se ha llegado ya al no va más del vocabulario libélico, y las críticas más mordaces ya no dan más veneno”. Con todo, Spurgeon se gozaba en el glorioso hecho de que Dios había estampado estos sermones con el sello de numerosas conversiones genuinas. Y aun después de la muerte del gran predicador, el Espíritu de Dios se sirve de estos mensajes -que son locura y escándalo a la mente carnal- como medio de salvación para muchos pecadores. (Uno de los traductores de estos sermones fue alcanzado por el poder de la gracia de Dios a través de la lectura de los mismos en su versión original).

Spurgeon se alzó ante la rutina y la superficialidad. El Señor usó para desempolvar las Biblias de una multitud de “cristianos del domingo”, y despertarlos a la realidad de su condición. Y eso no podía conseguirse por la predicación del Spurgeon tradicionalmente conocido por los lectores hispanoparlantes. Era necesaria la publicación de sermones íntegros de ese sirvo de Dios para que fuese por fin conocido.

Acostumbrados como estamos a la predicación superficial y soporífera de nuestro tiempo, la lectura de estos sermones causará, por necesidad, revuelo espiritual en los círculos protestantes de habla hispana. Estos mensajes son llamadas directas al espíritu y exigen -como contestación-, un examen profundo de nuestra pretendida fe cristiana.

No tengas temor, tú que nos lees, de contrastar tus creencias y examinarlas a la luz de la Escritura. “Así dijo Jehová: Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma” (Jeremías 6:16). ¿Contestarás: “No andaremos”? La voz que resuena en estos sermones es la del atalaya, y dice: “Escuchad la voz de la trompeta”. Por amor de tu alma no respondas: “No escucharemos”. Publicamos estos sermones, no sólo para que se conozca al verdadero Spurgeon, sino -sobre todo- para que se conozca el verdadero Evangelio:

EL EVANGELIO DE LA GRACIA DE DIOS.

LOS EDITORES

I. LA BIBLIA

«Escribíle las grandezas de mi ley, y fueron tenidas por cosas ajenas»
(Oseas 8:12).

He aquí la queja de Dios contra Efraim. Él nos muestra su bondad al reprender a sus descarriadas criaturas, y vemos su amor cuando inclina la cabeza atento a lo que ocurre en la tierra. Si quiere, puede hacerse un vestido con la noche, rodear sus brazos con pulseras de estrellas y ceñir su frente con los rayos del sol como diadema; puede morar solo, lejos, muy lejos de este mundo, más allá del séptimo cielo, y contemplar con serena y silenciosa indiferencia todo cuanto sus criaturas hacen. Puede hacer como Júpiter que, según creían los paganos, estaba siempre en eterno silencio, agitando a veces su terrible cabeza, mandando a las Parcas según su voluntad, ignorando las cosas pequeñas de esta tierra, y considerándolas indignas de llamar su atención; absorto en su propio ser, abstraído en sí mismo, viviendo solo y apartado. Y yo, como una de Sus criaturas, podría subir a la cima de las montañas en una noche estrellada, y a su mudo silencio decirles: “Vosotros sois los ojos de Dios, pero no me miráis a mí; vuestro brillo es don de su omnipotencia, pero vuestros rayos no son sonrisas de amor para mí. Dios, el Poderoso Creador, me ha olvidado; soy una gota despreciable en el océano de la creación, una hoja seca en el bosque de la vida, un átomo en el monte de la existencia. Él no me conoce, estoy solo, solo.” Pero no es así, amados. Nuestro Dios es muy diferente. Él repara en cada uno de nosotros. No existe pájaro ni gusano que escape a sus decretos. No hay ser sobre el que sus ojos no reposen; nuestros hechos más íntimos y secretos, Él los conoce; en todo cuanto hagamos, soportemos o suframos, su mirada esta pendiente de nosotros y su sonrisa nos cobija si somos su pueblo-, o estamos bajo su enojo -si nos hemos apartado de El-

¡Oh! Cuán infinitamente misericordioso es Dios, que contemplando a los hombres no retira su sonrisa de ellos para que perezcan. Vemos en este pasaje que Dios se acuerda del hombre, por cuanto dice a Efraim: “Escribíle las grandezas de mi ley, y fueron tenidas por cosas ajenas”. Observad cómo al ver el pecado del hombre no desecha a éste ni lo aparta despectivamente con su pie, ni tampoco lo suspende sobre el abismo del infierno hasta hacerle estallar el cerebro por el terror, para, finalmente, arrojarle en él para siempre; antes al contrario, Dios desciende del cielo para tratar con sus criaturas, pleitea con ellas, se rebaja, por así decirlo, al mismo nivel que los pecadores, les expone sus quejas y defiende sus derechos. ¡Oh! Efraim, te he escrito las grandezas de mi ley, pero las has tenido por cosa ajena.

Estoy aquí esta noche como enviado de Dios, amigos míos, para tratar con vosotros como embajador suyo; para acusar de pecado a muchos de vosotros; para, con el poder del Espíritu Santo, mostraros vuestra condición; para que seáis redargüidos de pecado, de justicia y de juicio. El delito del que os acuso es el que leemos en este versículo. Dios os ha escrito las grandezas de su ley, pero las habéis tenido como cosa ajena. Es precisamente sobre este bendito libro, la Biblia, que os quiero hablar. Este será mi texto: la Palabra de Dios. Este es el tema de mi sermón, un tema que requiere más elocuencia de la que yo poseo, y sobre el que podrían hablar miles de oradores a la vez; grandioso, vasto e inagotable asunto que, aun consumiendo toda la elocuencia que hubiera hasta la eternidad, no quedaría agotado.

Sobre la Biblia tengo tres cosas que deciros, y las tres están en el texto. Primeramente su autor: “Escribíle”; segundo, el tema: Las grandezas de la ley de Dios; y tercero, el trato que han recibido: Fueron tenidas por muchos como cosa ajena.

I. ¿Quién es EL AUTOR? El mismo texto nos dice que es Dios. “Escribíle las grandezas de mi ley” He aquí mi Biblia, ¿quién la escribió? La abro y observo que se compone de una serie de opúsculos. Los cinco primeros fueron escritos por un hombre llamado Moisés. Paso las páginas y veo que hay otros escritores tales como David, y Salomón. Encuentro a Miqueas, Amós, Oseas. Sigo adelante y llego a las luminosas páginas del Nuevo Testamento, y allí están Mateo, Marcos, Lucas y Juan; Pablo, Pedro, Santiago y otros; pero cuando cierro el libro me pregunto: ¿Quién es su autor? ¿Pueden estos hombres, en conjunto, atribuirse la paternidad de este libro? ¿Son ellos

realmente los autores de este extenso volumen? ¿Se reparten entre todos el honor? Nuestra fe santa nos dice que no. Este libro es la escritura del Dios viviente; cada letra fue escrita por el dedo del Todopoderoso, cada palabra ha salido de sus labios sempiternos; cada frase ha sido dictada por el Espíritu Santo. Aunque Moisés escribió su narración con ardiente pluma, fue Dios el que guió su mano. David tocaba el arpa haciendo que dulces y melodiosos salmos brotasen de sus dedos, pero era Dios quien movía sus manos sobre las cuerdas vivas de su instrumento de oro, Salomón entonó cánticos de amor, y pronunció palabras de profunda sabiduría, pero fue Dios el que dirigió sus labios, y Suya es la elocuencia del Predicador. Si sigo al atronador Nahum con sus caballos surcando las aguas, o a Habacuc cuando vio las tiendas de Cusán en aflicción; si leo de Malaquías con la tierra ardiendo como un horno; si paso a las plácidas páginas de Juan que nos hablan del amor, o a los severos y fogosos capítulos de Pedro que nos cuentan del fuego que devora a los enemigos de Dios; o a Judas, que lanza anatemas contra sus adversarios; siempre, y en cada uno de ellos, veo que es Dios quien habla. Es su voz, no la del hombre; son las palabras del Eterno, del Invisible, del Todopoderoso, de Jehová. La Biblia es la Biblia de Dios, y cuando la contemplo, pareceme oír una voz que sale de ella diciendo: “Soy el libro de Dios; hombre, ¡léeme! Soy su escritura; abre mis hojas, porque he sido escrito por El; léelas, porque Él es mi autor, y le verás visible y manifiesto en cualquier lugar”. “Escribíle las grandezas de mi ley.”

¿Cómo sabréis que Dios escribió este libro? No intentaré responder a esta pregunta. Podría hacerlo si quisiera, porque hay razones y argumentos suficientes, pero no pienso robaros el tiempo esta noche exponiéndolos a vuestra consideración. No, no lo haré. Si quisiera, os hablaría de la grandeza de estilo que está por encima de la de cualquier escrito humano, y que todos los poetas que en el mundo han sido, con todas sus obras juntas, no podrían ofrecernos tan poético y extraordinario lenguaje como encontramos en la Escritura. Los temas que en ella se tratan escapan al intelecto humano. ¿Qué hombre tendría capacidad para inventar las grandes doctrinas de la Trinidad de Dios? Nadie podría narrarnos la creación del universo. Ningún humano puede ser el autor de la sublime idea de la Providencia, por la que toda las cosas son ordenadas según el deseo de un Ser Supremo, y que todas ellas obran para bien. Podría hablaros de su sinceridad, pues vemos que no oculta las faltas y errores de sus escritores; de su unidad, pues nunca se contradice; de su subyugante sencillez, para que el más simple pueda leerla. Y así, un centenar más de cosas que nos probarían hasta la saciedad que este libro es de Dios; pero no he venido aquí a hacerlo. Soy ministro de Cristo, y vosotros cristianos, o al menos así lo profesáis, y ningún siervo de Dios necesita sacar a la luz razonamientos incrédulos para rebatirlos. Sería la necedad más grande del mundo. Los infieles, pobres criaturas, no conocen sus propios argumentos hasta que nosotros se los decimos, y ellos, juntándolos poco a poco, vuelven a arrojarlos como despuntadas lanzas contra el escudo de la verdad. Es un desatino sacar estos tizones del fuego del infierno, aunque se este bien preparado para apagarlos. Dejad que el mundo aprenda sus propios errores; no seamos propagadores de sus falsedades. En verdad que hay predicadores que, estando faltos de argumentos, los sacan de cualquier parte; pero los elegidos de Dios no tienen necesidad de esto, porque son enseñados por Él, y Él mismo les provee de temas, palabras y poder. Quizá, algunos de los que me escucháis habéis entrado aquí sin fe, hombres racionalistas, librepensadores. No argumentaré con los tales. Confieso que no estoy aquí para discutir, sino para predicar lo que conozco y siento. Pero sabed que yo también he sido como uno de ellos. Hubo un mal momento en mi vida, cuando leve el ancla de mi fe, solté las amarras de mis creencias y, no queriendo permanecer ya por más tiempo anclado firmemente en el puerto de la revelación, dejé que mi nave surcara la mar impulsada por el viento. Dije a la razón: “Sé tu mi capitán”, y a la inteligencia: “y tú mi timón”. Así comencé mi loco viaje; pero, ¡gracias a Dios! Todo acabó ya. Os contaré esta breve historia: Fue una travesía precipitada por el tempestuoso océano del librepensamiento. A medida que avanzaba, los cielos empezaron a oscurecerse; pero, en compensación, el agua era brillante con fulgores de esplendor. Saltaban centellas, cosa que me agradaba en gran manera, y pensé: “Si esto es el librepensamiento, es una cosa maravillosa”. Mis ideas parecían gemas podía esparcir las estrellas con mis manos; pero pronto, en lugar de aquel fulgor de gloria, horribles demonios surgieron de las aguas, y como quisiera golpearles, bramando me mostraron sus dientes rechinantes; se asieron a la proa de mi barco y me arrastraron. Yo, en cierto modo, me sentía

feliz, embriagado por la velocidad, pero estremecido por la celeridad con que rebasaba los viejos límites de mi fe. Corría con tan terrible rapidez, que empecé a desconfiar hasta de mi propia existencia; dudé de si el mundo era verdad; pensé si era posible que existiera algo como yo. Llegué al borde mismo del reino sombrío de la incredulidad, al fondo mismo del mar de la infidelidad. Dudaba de todo. Pero aquí Satanás se engañó a sí mismo, porque lo disparatado de estas dudas me demostró lo absurdo de ellas. Y fue cuando vi el fondo de aquel mar que oí una voz que decía: “¿Y puede esta duda ser verdad?” Al grito de este pensamiento volví a la realidad. Salí de aquel sueño de muerte que, bien sabe Dios, podía haber condenado mi alma y destruido mi cuerpo si no hubiese despertado. Cuando me levanté, la fe tomó el timón; desde aquel momento nunca más dudé. La fe gobernó mi barca y la hizo regresar, mientras yo gritaba: “¡Fuera de aquí, fuera de aquí!” Eché mi ancla en el Calvario, levanté los ojos a Dios, y heme aquí vivo y libre del infierno. Por eso os hablo de lo que yo conozco, porque he hecho tan peligroso viaje y he regresado a puerto sano y salvo. ¡Pedidme que sea incrédulo otra vez! No, ya lo probé. Fue dulce al principio, pero amargo después. Ahora, atado más firmemente que nunca al Evangelio de Dios, firmes mis pies sobre una roca más dura que el diamante, desafío los razonamientos infernales a que me muevan, “porque yo sé a quien he creído, y estoy cierto que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”. No voy a refutar ni a argumentar esta noche. Vosotros profesáis ser cristianos, pues de otro modo no estaríais aquí-, aunque vuestra profesión bien puede ser falsa, y lo que *decís* ser, tal vez sea todo lo contrario de lo que *en realidad* sois. Aun así, supongo que todos creéis que ésta es la Palabra de Dios. Permitid, pues, que exponga un par de pensamientos sobre esto: “Escribíle las grandezas de mi ley”.

Examinad este libro, amigos míos, y admirad *su autoridad*. No es un libro corriente; no contiene las máximas de los sabios de Grecia, ni los discursos de los filósofos de la antigüedad. Si estas palabras hubiesen sido escritas por el hombre, podríamos desecharlas; pero, ¡oh!, dejadme meditar en este solemne pensamiento: este libro es el manuscrito de Dios, estas son sus palabras. Dejadme inquirir su antigüedad: está fechado en los collados del cielo. Permitid que considere sus palabras: son destellos de gloria para mis ojos. Dejad que lea sus capítulos: rebosan de grandeza y misterios escondidos. Sus profecías están henchidas de increíbles maravillas. ¡Oh, libro de los libros! ¡Y que tú hayas sido escrito por mi Dios! Me postro ante ti. Tú, libro, tienes plena autoridad; tú eres el edicto del Emperador del cielo. Lejos esté de mí usar de mi razón para contradecirte. ¡Razón!, tu lugar está en considerar y averiguar lo que este volumen quiere decir, no lo que debería decir. Venid, intelecto y razón míos, sentaos y escuchad, porque estas palabras son las palabras de Dios. Me siento incapaz de extenderme en este pensamiento. ¡Oh, si pudierais recordar que esta Biblia ha sido verdadera y realmente escrita por Dios!; Oh, si se os hubiese permitido la entrada en las cámaras secretas del cielo, y hubieseis podido contemplar a Dios empuñando la pluma mientras escribía estas maravillosas letras, seguro que las respetaríais! Mas podéis creer que es el manuscrito de Dios; tanto como si hubieseis estado presentes cuando lo escribía. La Biblia es un libro digno de crédito, es un libro autoritativo, porque lo escribió Dios. ¡Temblad, temblad, no sea que lo despreciéis; reparad en su autoridad, porque es la Palabra de Dios!

Así pues, al ser obra de Dios, notemos su veracidad. Si yo fuese su autor, gusanos censuradores la poblarían inmediatamente, mancillándola con sus larvas diabólicas. Si la hubiese escrito yo, no faltarían hombres que la destrozaran en seguida, y tal vez con razón. Pero no; es la Palabra de Dios. ¡Venid y buscad en qué criticarla, y descubrid sus defectos; examinadla desde el Génesis al Apocalipsis y encontrad un error! Ella es veta de oro puro sin mezcla de materia terrena. Es estrella sin mácula, sol de perfección luz sin penumbra, luna resplandeciente, gloria sin sombra. ¡Oh, Biblia!, no se puede decir de ningún libro que sea perfecto y puro; pero nosotros podemos decir de ti que toda la sabiduría se encuentra encerrada en tus páginas, pura y perfecta. Es el juez que pone fin a toda discusión cuando la inteligencia y la razón fracasan. Es el libro no manchado por el error, porque es puro, sin mixtura, verdad perfecta. ¿Por qué? Porque Dios lo escribió. ¡Ah! Acusad a Dios de error, si queréis; decidle que este libro no es lo que debiera ser. Sé de personas a las que, con orgullosa falsa modestia, les gustaría enmendar la Biblia, y (casi me ruborizo al decirlo) he oído ministros de Dios que han alterado Su palabra, porque la temían. ¿Nunca habéis oído decir: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere -¿qué dice la

Escritura?- “*será condenado*”? Pero esto no suena bien ni es muy fino; por eso dicen: “*será culpable*”. ¡Caballeros!, déjense de “hermosear” la Biblia, y prediquen la Palabra de Dios; no necesitamos ninguna de sus alteraciones. He oído a personas que, orando, en vez de decir: “hacer firme vuestra vocación y elección”, dicen: “hacer firme vuestra vocación y salvación”. ¡Qué lástima que no hubieran nacido cuando Dios moraba en los tiempos remotos; podrían haberle enseñado a escribir! ¡Oh, inconcebible impudicia y orgullo desmedido! ¡Tratar de dictar al Sabio de los sabios, enseñar al Omnisciente e instruir al Eterno! Singular cosa es que haya hombres tan viles que usen el cuchillo de Joacim para mutilar la Palabra de Dios, porque haya pasajes que no les sean gratos. ¡Oh, tú, que sientes aversión por ciertas partes de la Santa Escritura!, sabe con certeza que tu gusto está corrompido y que la voluntad de Dios no se sujeta a tu pobre opinión. Tu desagrado es la verdadera razón por la que Él la escribió; porque no tenías por que estar de acuerdo, ni tienes derecho a ser complacido; por ello, Dios escribió lo que a ti no te gusta: la Verdad. Postrémonos reverentemente ante ella, porque es inspirada por Él. Es la verdad pura. *De esta fuente mana agua vitae* - “agua de vida”- sin una partícula de tierra; de este sol nacen rayos de esplendor sin sombra alguna. Bendita Biblia; tú eres toda la verdad.

Antes de dejar este punto, parémonos a considerar la *misericordia de Dios* al escribimos la Biblia. ¡Ah! Él podía haber dejado que anduviésemos a tientas nuestro camino de tinieblas, como los ciegos palpan buscando la pared. Podía habernos dejado en nuestro extravío, guiados solamente por la estrella de la razón. Recuerdo un caso que le ocurrió al señor Hume, quien constantemente afirmaba que la luz de la razón es de sobra suficiente. Estando en casa de un buen ministro de Dios una noche, había estado discutiendo sobre este asunto, manifestando su firme convicción en la suficiencia de la luz natural. Al marchar, el siervo de Dios se ofreció a alumbrarse con una bujía, en tanto que bajaba la escalera. “No, me bastará con la luz de la naturaleza; con la luna será suficiente”, respondió. Pero ocurrió que la luna estaba oculta por una nube, y nuestro hombre, tropezando, cayó escaleras abajo. “¡Ah!”, dijo el ministro, “a pesar de todo, hubiese sido mejor haber tenido alguna lucecita desde arriba, señor Hume.” De manera que, aun suponiendo que la luz natural fuese suficiente, sería mejor que tuviéramos además alguna desde arriba, y así, si que estaríamos seguros de no tropezar, pues mejor son dos luces que una. La creación nos alumbra con brillante luz. Podemos ver a Dios en las estrellas, su nombre está escrito con letras de oro en el rostro de la noche; podéis descubrir su gloria en las olas del océano, y en los árboles del campo. Pero es mejor leer en dos libros que en uno. Le encontraréis aquí más diáfananamente revelado, porque Él mismo ha escrito este libro y os ha dado la clave para entenderlo, si tenéis el Espíritu Santo. Amados hermanos, demos gracias a Dios por esta Biblia. Amémosla y considerémosla más preciosa que el oro más fino.

Una observación más, y paso al segundo punto. Si ésta es la Palabra de Dios, ¿qué será de los que no la habéis leído desde el mes pasado? “¿Desde el mes pasado? ¡Pero si no lo he hecho en todo el año!” Y muchos de vosotros no la habéis leído, nunca. La mayoría de la gente trata a la Biblia muy educadamente. Tienen una edición de bolsillo primorosamente encuadernada, la envuelven en un blanco pañuelo, y así la llevan al culto. Cuando regresan a casa la guardan en un cajón y.. ¡hasta el próximo domingo! Entonces, la vuelven a sacar para agradecerla, y la llevan a la capilla; todo cuanto la pobre Biblia recibe es este paseo dominical. Esa es vuestra manera de tratar a tan celestial mensajero. Hay suficiente polvo sobre vuestras Biblias para que con vuestro propio dedo podáis escribir: “Condenación”. Muchos de vosotros no la habéis hojeado desde hace mucho, mucho, mucho tiempo, y, ¿qué pensáis? Os dio palabras bruscas, pero verdaderas. ¿Qué dirá Dios, finalmente, cuando vayáis a su presencia? “¿Leíste mi Biblia?” “No.” “Te escribí una carta de misericordia, ¿la has leído?” “No.” “¡Rebelde! Te envié una carta invitándote a venir; ¿es que jamás la leíste?” “*Señor, nunca rompí el lacre: siempre la guardé bien cerrada.*” “¡Desdichado!”, dice Dios. “entonces, bien mereces el infierno; si te escribí esta carta de amor, y ni siquiera quisiste romper el sello, ¿qué haré contigo?” ¡Oh! No permitáis, que tal ocurra con vosotros. Sed lectores de la Biblia; sed escudriñadores de la Palabra.

II. Nuestro segundo punto es: LOS TEMAS DE LOS QUE TRATA LA BIBLIA. Las palabras del texto son: “Escribíle las grandezas de mi ley. El Libro de Dios siempre habla sola y

exclusivamente de grandes cosas. No hay nada en el que no sea importante. Cada versículo encierra un solemne significado, y si todavía no lo hemos hallado, esperamos hacerlo. Habéis visto las momias cubiertas por vueltas de vendas. Bien, la Biblia de Dios es algo parecido; hay numerosos rollos de blanco lino, tejidos en el telar de la verdad, de manera que tendréis que devanar rollo tras rollo hasta encontrar el verdadero significado de lo que está escondido; y cuando creáis haberlo hallado, aun continuaréis desentrañando las palabras de este maravilloso volumen por toda la eternidad. No hay nada en la Biblia que no sea grandioso.

Todas las cosas de la Biblia son grandes. Algunas personas piensan que no importa la doctrina que uno crea; que da lo mismo asistir a una iglesia que a otra, que todas las denominaciones son iguales. Hay un ser, el señor Fanatismo, al que detesto sobre todas las cosas, y al que jamás he hecho ningún cumplido ni he prodigado elogio; pero hay otro al que odio igualmente; se trata del señor Latitudinarismo, individuo bien conocido que ha descubierto que todos somos iguales. Yo doy por cierto que una persona puede ser salva en cualquier iglesia. Algunas lo han sido en la de Roma, unos pocos benditos hombres cuyos nombres podría citaros. También sé, ¡bendito sea Dios!, que gran número son salvos en la iglesia Anglicana; en ella hay una hueste de sinceros y piadosos hombres de oración. Creo que todas las ramas del protestantismo cristiano tienen un remanente según la elección de gracia, remanente que en todas ellas ha sido la sal que ha evitado la corrupción. Pero cuando me expreso en estos términos, ¿creéis que las sitúo a todas al mismo nivel? ¿Están todas igualmente en lo cierto? Una dice que el bautismo de infantes es correcto, otras que no. Vosotros decís que ambas tienen razón, pero yo no lo veo así. Una enseña que somos salvos por la gracia de Dios, otra que no, sino que es nuestro libre albedrío el que nos salva; con todo, vosotros creéis que las dos están en lo cierto; yo no lo entiendo así. Una dice que Dios ama a su pueblo y nunca dejará de amarle; otra, que no, que Él no les amó hasta que ellos le amaron a Él; que unas veces lo ama y otras deja de hacerlo, volviéndole la espalda. Ambas pueden tener razón en lo esencial, pero nunca cuando una dice “sí” y otra “no”. Para verlo así necesitaría unas gafas que me ayudaran a ver hacia atrás y hacia adelante al mismo tiempo. No puede ser, señores, que ambas tengan razón, a pesar de que hay quien dice que las diferencias no son esenciales. Este texto dice: “Escribíle las grandezas de mi ley”. No hay nada en la Biblia de Dios que no sea grande. ¿Os habéis parado a pensar alguna vez cual será la más pura de todas ellas? “¡Oh!”, decís, “nunca nos hemos planteado ese problema. Nosotros vamos donde nuestros padres fueron.” ¡Magnífico! Es una convincente razón naturalmente. Vais donde vuestros padres fueron. Creía que erais gente sensata, y nunca pensé que os dejaríais llevar por otros en vez de por vuestra propia convicción. Amo a mis padres sobre todo lo que alienta, y el solo hecho de que creyeran que una cosa es verdad, me ayuda a pensar que lo es; pero yo no les he seguido. Pertenezco a diferente denominación, y doy gracias a Dios por ello. Puedo recibirles como hermanos en Cristo, pero nunca pensé que, porque ellos sean una cosa, yo he de ser lo mismo. Nada de esto. Dios me dio un cerebro y he de utilizarlo; y si vosotros también lo tenéis, haced uso de él. No digáis nunca que no importa. Si que importa. Todo cuanto Dios ha escrito aquí, tiene suprema importancia: Él jamás hubiera puesto algo que fuera indiferente. Todo cuanto hay aquí tiene valor; por lo tanto, escudriñad todos los temas, probadlo todo por la Palabra de Dios. No tengo ningún reparo en que lo que yo predique sea probado por este libro. Dadme solamente un auditorio imparcial y la Biblia. y si digo algo que la contradiga, me retractaré de ello el próximo domingo. Buscad y mirad, pero no digáis: “No vale la pena. no tiene importancia”. Cuando Dios habla, siempre es importante.

Pero, aunque todo en la Palabra de Dios es importante. *no todo lo es en la misma medida.* Hay ciertas verdades básicas y fundamentales que deben ser creídas para ser salvo. Si queréis saber qué es lo que debéis creer para ser salvos. encontraréis las grandezas de la ley de Dios entre estas cubiertas; todas están aquí. Como compendio o resumen de ellas recuerdo lo que siempre decía un amigo mío: “Predica las tres “erres” y Dios no dejará de bendecirte”. “¿Qué son las tres “erres”?” le dije, y me respondió “Ruina, Redención y Regeneración”. Estas tres cosas contienen la esencia y el todo de la teología. “R” de ruina. Todos fuimos arruinados en la caída, nos perdimos cuando Adam pecó y nos perdemos por nuestras propias transgresiones, por la perversidad de nuestro corazón, por nuestros malos deseos, y nos perderemos a menos que la

gracia nos salve. “R” de redención Somos redimidos por la sangre de Cristo como la de un cordero sin mancha ni contaminación, rescatados por su poder, redimidos por sus méritos, y libres por su potencia. “R” de regeneración. Si queremos ser perdonados, tenemos que ser regenerados, porque nadie puede ser partícipe de la redención sin ser regenerado. Podemos ser tan buenos como queramos, y servir a Dios a nuestro modo tanto cuanto gustemos, pero si no hemos sido regenerados, si no tenemos un corazón nuevo, si no nacemos otra vez, aún estamos en la primera “R”, en la ruina, en la perdición. Esto es un pequeño resumen del Evangelio, pero creo que hay otro mejor en los cinco puntos del calvinismo: Elección conforme a la presciencia de Dios, natural depravación y pecaminosidad del hombre, redención limitada por la sangre de Cristo, llamamiento eficaz por el poder del Espíritu, y perseverancia final por el poder de Dios. Creo que, para ser salvos, hemos de creer estos cinco puntos; pero no me agrada escribir un credo como el de Atanasio, que empieza así: “Todo aquel que quiera ser salvo, deberá creer en primer lugar la fe católica, la cual es ésta”; al llegar a este punto tendría que pararme porque no sabría cómo continuar. Sostengo la fe católica de la Biblia, toda la Biblia y nada más que la Biblia. No es cosa mía el redactar credos, sino el deciros que escudriñéis las Escrituras, porque ellas son la palabra de vida.

Dios dice: “Escribíle las grandezas de mi ley”. ¿Dudáis de estas grandezas? ¿Creéis que no son dignas de prestarles atención? Piensa un momento, hombre, ¿dónde te hallas ahora?

“Heme aquí, en este desfiladero,
Cabalgando entre dos mares eternos;
Una franja, un segundo en el sendero,
Puede hundirme por siempre en los infiernos
O alojarme en la Casa del Cordero.”

Recuerdo que una vez estaba yo en la playa, paseando sobre una estrecha faja de tierra, sin pensar que la marea pudiera subir. Las olas lamían constantemente ambas orillas, y abstraído en el mar de mis pensamientos permanecí allí por largo rato. Cuando quise regresar, me encontré ante una dificultad: las olas habían cortado el camino. De la misma manera, todos nosotros caminamos cada día por una estrecha senda, y hay una ola que sube más y más; ved cuán cerca está de vuestros pies, y detrás de ésta siguen otra y otra; a cada tictac del reloj “nuestros corazones, como sordos tambores, redoblan marchas fúnebres camino de la tumba”. Cada día que transcurre es un paso más hacia el sepulcro. Pero, *este libro* me dice que, si soy convertido, un cielo de gozo y amor me recibirá cuando muera; brazos de ángeles me estrecharán, y yo, llevado por querúbicas alas, con el alba me elevaré, y más allá de las estrellas, donde Dios tiene su trono, moraré para siempre.

«Lejos de un mundo de pecado y llanto, Con Dios eternamente moraré.»

¡Oh!, cálidas lágrimas brotan de mis ojos, el corazón se me hace demasiado grande para mi pecho, y la cabeza se me va al solo pensamiento de:

«Jerusalén, mi hogar feliz,
Tu nombre es siempre dulce para mí».

¡Oh!, cuán deleitosa escena allende las nubes; placenteros prados de delicados pastos y ríos de delicia. ¿No son éstas grandes cosas? Pobre alma no regenerada: la Biblia dice que, si estás perdido, lo estás para siempre; que si mueres sin Cristo y sin Dios, no hay esperanza para ti; que hay un lugar donde leerás en letras de fuego: “Sabías tu obligación, pero no la cumpliste”. Serás echado de su presencia con un: “Apártate de mí”. ¿No son grandes estas cosas? Señores, tanto como el cielo es deseable y el infierno aborrecible, el tiempo breve y la eternidad infinita, el alma

preciosa, el castigo eludido y el cielo buscado, tanto como Dios es eterno y sus palabras ciertas, estas cosas son grandes; son cosas que debéis escuchar.

Nuestro último punto a considerar es: EL TRATO QUE LA POBRE BIBLIA RECIBE EN ESTE MUNDO. La Biblia es tenida como cosa ajena. ¿Qué quiere decir esto? En primer lugar, que es completamente ajena a muchas personas porque nunca la *han leído*. Recuerdo que, leyendo en cierta ocasión el pasaje de David y Goliath, como me oyera una persona más bien entrada en años, me dijo: “¡Dios mío! Qué historia tan interesante; ¿en que libro está?” También me viene a la memoria otra persona que, hablando conmigo, expresaba cuán profundo era su sentimiento, ya que tenía enormes deseos de servir al Señor, pero encontraba otra ley en sus miembros. Abrí la Biblia y le leí en Romanos: “Porque no hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero, éste hago”. “¿Está esto en la Biblia?”, dijo ella, “pues no lo sabía.” No la censuré por su falta de interés por este libro, pero me pareció imposible poder hallar personas que ignorasen tal pasaje de la Escritura. Sabéis más del libro Mayor de vuestros negocios que de la Biblia, más de vuestro diario particular que de lo que Dios ha escrito. Muchos leeréis novelas de cabo a rabo, y, ¿qué provecho sacáis de ello? Alimentaros con pompas de jabón. Pero no podéis leer la Biblia; este manjar sólido, perdurable, substancioso y que satisface, permanece intacto, guardado en la alacena del abandono, mientras que todo cuanto escribe el hombre, el plato del día, es ávidamente devorado. “Escribíle las grandezas de mi ley, y fueron tenidas por cosas ajenas.” Tengo una dura acusación contra vosotros: No leéis la Biblia. Podéis decir, quizás, que no debo inculparos de tal cosa; pero más vale tener una mala opinión de vosotros, que no una demasiado buena. Algunos nunca la habéis leído entera, y vuestro corazón os dice que mis palabras son ciertas. No sois lectores de la Biblia. Tenéis una en vuestra casa, ya lo se, ¿o creéis que os considero tan paganos?; pero, ¿cuanto hace que no la habéis leído? ¿Cómo sabéis que las gafas que perdisteis hace tres años no están en el mismo cajón que ella? Muchos no habéis leído una sola página desde hace tiempo, y Dios puede decir de vosotros: “Escribíle las grandezas de mi ley, y fueron tenidas por cosas ajenas”.

Hay otros que leen la Biblia, pero dicen *que es terriblemente árida*. Aquel joven de allá opina que es una “lata”; ésta es la palabra con que la describe, y nos cuenta su experiencia: “Mi madre me dijo: “Cuando vayas a la ciudad lee un capítulo cada día”. Y yo por complacerla, se lo prometí. Ojalá no lo hubiera hecho. Ni ayer ni anteayer leí una sola letra. Estuve muy ocupado, no pude evitarlo”. No te gusta la Biblia, ¿verdad? “No, no hallo en ella nada que sea interesante.” ¡Ah!, no hace mucho tiempo que a mí me ocurría igual que a ti; no encontraba nada en ella. ¿Sabéis por qué? Porque los ciegos no pueden ver. Pero cuando el Espíritu tocó mis ojos, las escamas cayeron de ellos y, al influjo del ungüento sanador, descubrí sus tesoros. Un pastor fue un día a visitar a una señora ya anciana para llevarle el consuelo de algunas de las maravillosas promesas de la Palabra de Dios. Buscando, encontró en la Biblia de ella, escrito al margen, una “P”, y preguntó: “¿Qué significa esto?” “Esto quiere decir preciosa”, señor.” Poco más adelante descubrió una “P” y una “E” juntas, y como volviese a preguntar su significado, ella le respondió Esto, quiere decir “probada y experimentada”, porque yo la he probado y experimentado”. Si ésta es vuestra experiencia, si la consideráis lo máspreciado para vuestras almas, sois cristianos; pero aquellos que desprecian la Biblia, “no tienen parte ni suerte en este negocio”. Si os parece árida, peor os parecerá el infierno en el que estaréis vosotros al fin. Si no la deseáis más que vuestra comida, no hay esperanza para vosotros, porque os falta la prueba más grande y evidente de vuestra fe cristiana.

Pero, ¡ay!, no es esto lo peor. Hay personas que, además de despreciarla, *odian la Biblia*. Si tenemos algunas entre estas paredes, seguramente se habrán dicho: “Vamos a ver lo que dice ese joven predicador”. Pues bien, he aquí lo que os digo: “Mirad, oh menospreciadores, y entonteceos y desvaneceos”. Os digo que “los malos serán trasladados al infierno, todas las gentes que se olvidan de Dios”. Y que “en los postrimeros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias.” Es más, si sois salvos, debéis encontrar vuestra salvación aquí. Por lo tanto, no menospreciéis la Biblia: escudriñadla, leedla, venid a ella. Estad seguros, oh burladores, que vuestras carcajadas no pueden alterar la verdad, ni vuestras burlas libraros de la perdición inevitable. Si en vuestra temeridad hicierais alianza con la muerte y firmarais un pacto con el

infierno, aun así, veloz justicia os alcanzaría, y poderosa venganza os derribaría. En vano os mofáis pues las verdades eternas son más poderosas que todos nuestros sofismas; no pueden vuestros ingeniosos dichos trastornar la veracidad divina ni variar una sola palabra de este libro de revelación. ¡Oh! ¿Por qué altercáis con vuestro mejor amigo y maltratáis vuestro único refugio? Aun hay esperanza para el que se burla. Esperanza en la obra omnipotente del Espíritu Santo y en la misericordia del Padre.

Una palabra más y termino. Amigo mío, el filósofo dice que esta muy bien el que yo exhorte a la gente a leer la Biblia; pero que hay otras muchas ciencias más interesantes y útiles que la teología. *Muy agradecido, señor, por su opinión.* ¿A qué ciencia se refiere usted? ¿A la de disecar escarabajos y coleccionar mariposas? “No, ciertamente no es a ésa.” ¿A la de tomar muestras de la tierra y hablarnos de sus diferentes estratos? “No, tampoco a esa precisamente.” ¿Qué ciencia, pues? “Todas ellas en general son más importantes que la Biblia.” ¡Ah!, ésa será su opinión, y habla de esa manera porque está lejos de Dios, pues la ciencia de Jesucristo es la más maravillosa de todas. Que nadie deje la Biblia porque no sea un libro de enseñanza y sabiduría, porque lo es. ¿Queréis saber de astronomía? Ella os habla del Sol de Justicia y de la Estrella de Belén. ¿De botánica? Sólo ella habla de plantas famosas como el Lirio de los Valles y la Rosa de Sarón. ¿De geología y mineralogía? En ella encontraréis la Roca de los Siglos y la Piedrecita Blanca con un nombre nuevo escrito, el cual ninguno conoce, sino aquel que lo recibe. ¿Queréis estudiar historia? Aquí están los anales más antiguos del género humano. Cualquier ciencia que sea, venid y buscadla en este libro. Vuestra ciencia está aquí. Venid, y bebed de esta plácida fuente de conocimiento y sabiduría, y seréis enseñados para vida eterna. Sabios e ignorantes, niños y hombres, los de blancos cabellos, jóvenes y muchachas, a vosotros hablo, os pido y suplico: respetad la Biblia y escudriñadla, porque pensáis que en ella tenéis vida eterna, y ella es la que da testimonio de Cristo.

He terminado. Vayamos a casa y pongamos por obra cuanto hemos oído. Conozco a una señora que, al ser preguntado sobre lo que recordaba del sermón de su pastor, dijo: “No recuerdo nada del mismo. Sólo se que dijo algo de pesos faltos y medidas fraudulentas, y que cuando llegué a casa he de quemar mis medidas de grano.” Si quemáis también vuestras medidas, si os acordáis de leer la Biblia, yo habré hablado suficiente. Quiera Dios, en su infinita misericordia, poner en vuestras almas, cuando cojáis su Santo Libro, los rayos iluminadores del Sol de Justicia, por la acción del siempre adorable Espíritu; de este modo, todo cuanto leáis será para vuestro provecho y salvación.

Podemos decir de la Biblia que

Es el arca de Dios, donde ha ordenado
Su plan revelador; de tal manera
La gloria y el tormento están mostrados,
Que sabe el hombre el fin de su carrera,
Si no le da un sentido equivocado.

Es de la eternidad la Santa Guía;
No ha de faltarle vida perdurable
Al que, estudiando esta cartografía,
Se lanza por sus mares admirables,
Ni puede errar quien habla en su armonía.

Es el Libro de Dios: su vasta ciencia
Se vierte de sus hojas a raudales.
Es el Dios de los libros. La conciencia
Que como osada a mi expresión señale,
Ahogue en el silencio su creencia,
Mientras encuentra otra que la iguale».

II. EL GLORIOSO EVANGELIO

“Palabra fiel y digna de ser recibida de todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Timoteo 1:15).

Yo creo que el mensaje anunciado a los hombres por los siervos de Dios, debería ser llamado siempre: “La carga del Señor”. Cuando los antiguos profetas aparecían enviados por su Dios, eran tales las sentencias, amenazas y calamidades que tenían que anunciar, que sus rostros palidecían por la tristeza, y sus corazones se deshacían dentro de ellos. Normalmente comenzaban sus discursos proclamando: “La carga del Señor, la carga del Señor”. Pero nuestro mensaje no es un mensaje afflictivo. No hay amenazas ni truenos en el tema del ministro del Evangelio. Todo es misericordia, y el amor es la suma y substancia; amor inmerecido, amor para el más grande de los pecadores. Pero, a pesar de ello, es una carga para nosotros. En lo que se refiere a su predicación, es nuestro gozo y delicia el hacerlo; pero si hay alguno que sienta lo que yo en estos momentos, reconocerá plenamente cuan difícil es anunciar el Evangelio. La desazón me invade ahora y mi corazón esta turbado, no por lo que he de predicar, sino por como he de hacerlo. ¿Y si tan buen mensaje se malograra a causa de tan mal embajador?, ¿Y si mis oyentes rechazaran esta palabra fiel y digna de ser recibida de todos debido a mi falta de ardor en su predicación? Ciertamente, ¡el solo pensarlo es suficiente para arrancar lágrimas de los ojos! Quiera Dios en su misericordia evitar un fin tan desastroso, y asistirme en la predicación, para que Su Palabra se encomiende a sí misma a la conciencia de cada hombre, y muchos de los que aquí estáis reunidos, que nunca habéis buscado refugio en Jesús, por la sencilla predicación del mensaje divino seáis persuadidos a venir, ver y probar que el Señor es bueno.

Este texto es de los que menos moverían el orgullo del hombre a seleccionarlo. Es tan simple que quita toda posibilidad de lucimiento. Nuestro yo carnal suele decir: “No puedo predicar sobre este texto, es demasiado claro; no tiene nada de misterio, no podré mostrar mi erudición. Su mensaje es tan sencillo y lógico que casi preferiría no tenerlo que considerarlo; porque por mucho que ensalce a Cristo, también humilla al hombre”. Así pues, no esperéis de mí esta mañana otra cosa que no sea este texto, y explicado lo más simplemente posible.

Tenemos dos conceptos: primero, el mensaje del *texto*; y segundo, una *doble recomendación como apéndice del texto*: “Palabra fiel y digna de ser recibida de todos”.

I. Primeramente, pues, EL MENSAJE DEL TEXTO: “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”. Y en esta declaración encontramos tres puntos principales: *el Salvador, el pecador y la salvación*.

1. *El Salvador*. Es por este punto por donde debemos empezar al hablar de la religión cristiana. La persona del Salvador es la piedra angular de nuestra esperanza, y en ella reside toda la eficacia de nuestro evangelio. Si alguien nos predicara a un salvador que fuera un mero hombre, sería indigno de nuestra esperanza, y la salvación así anunciada inadecuada a lo que nosotros necesitamos. Si otro proclamara la salvación por un ángel, nuestros pecados son tan pesados que una salvación angélica habría sido insuficiente y, por tanto, ese evangelio se derrumbaría. De nuevo os repito que toda nuestra salvación descansa en la persona del Salvador. Si Él no fuera poderoso, ni hubiera sido facultado para hacer la obra, lógicamente ésta no nos serviría de nada y fracasaría en su objetivo. Pero, hermanos y amigos, cuando predicamos el Evangelio, podemos hacerlo sin vacilar. Os mostraremos hoy a un Salvador que no tiene igual en cielos y tierra. Tan amante, tan grande, tan poderoso y tan justamente apropiado a nuestras necesidades, que es plenamente manifiesta su previsión desde la eternidad para saciar nuestros más profundos deseos. Sabemos que Jesucristo, que vino al mundo para salvar a los pecadores, era Dios, y que mucho antes de bajar a esta pobre tierra fue adorado por los ángeles como el Hijo del Altísimo. Al predicaros al Salvador, queremos que sepáis que, aunque Él era el Hijo del

hombre, hueso de nuestro hueso, y carne de nuestra carne, era, además, el Eterno Hijo de Dios, en quien habitaba toda la plenitud de la Divinidad. ¿Qué Salvador podemos desear que sea más grande que el mismo Dios? ¿No tendrá poder para limpiar un alma el que formó los cielos?, ¿no podrá librarla de la destrucción que ha de venir Aquel que al principio extendió las cortinas del firmamento e hizo la tierra para que el hombre la habitara? Cuando os declaramos que Él es Dios, manifestamos su omnipotencia y eternidad; y cuando estas dos cosas se conciertan, ¿qué será imposible? Si Dios emprende una obra, no se malogrará; si acomete una empresa estad seguros de su éxito. Así pues, al anunciamos al Salvador, aquel Jesús hombre y Dios, estamos plenamente seguros de ofrecemos algo que es digno de ser recibido de todos.

El nombre dado a Cristo nos sugiere algo que afecta a su persona. En nuestro texto se le llama “Cristo Jesús”, que declarado es “el Ungido Salvador”. Y el Ungido Salvador “vino al mundo para salvar a los pecadores”.

Párate, querida alma, y vuelve a leer esto otra vez: Él es el Ungido Salvador. Dios el Padre ungió a Cristo para ser el Salvador de los hombres desde antes de la fundación del mundo y, por lo tanto, cuando contemplo a mi Redentor bajando de los cielos para redimir al hombre de su pecado, sé que ha venido enviado y facultado. La autoridad del Padre respalda su obra. De aquí que haya dos cosas inmutables sobre las que nuestras almas pueden descansar: la persona de Cristo, divina en sí misma, y la unción de lo alto como señal de la misión encomendada por Jehová su Padre. ¡Oh!, pecador, ¿qué más grande Salvador puedes necesitar que Aquel que fue ungido por Dios? ¿Qué más puedes requerir para tu rescate que el eterno Hijo de Dios, y la unción del Padre como ratificación del pacto?

A pesar de todo lo dicho, no haremos descrito plenamente la persona del Redentor si no lo consideramos también como *hombre que era*. Leemos que Él vino al mundo, pero no interpretamos esta venida de la misma manera en que otras veces anteriores nos habla de ella la Escritura. Dice: “Descenderé ahora, y veré si han consumado su obra según el clamor que ha venido hasta mí; y si no, lo sabré”. En efecto, Él está siempre aquí. Las salidas de Dios se echan de ver de dos formas en el santuario: tanto en su providencia como en la naturaleza aparecen de un modo visible. ¿No visita Dios la tierra cuando de la tempestad hace su carroza y cabalga sobre las alas del viento? Pero la visitación de que habla nuestro texto es distinta de todas estas. Cristo vino al mundo en la más perfecta y plena identificación con la naturaleza humana. ¡Oh!, pecador, cuando predicamos a un Salvador Divino, quizá el nombre de Dios te sea tan terrible que te cueste trabajo creer que ese Salvador ha sido hecho para ti. Pero oye de nuevo la vieja historia. Aunque Cristo era el Hijo de Dios, dejó su más alto trono en la gloria para venir a humillarse en un pesebre. Helo allí, pequeñito, recién nacido. Vedle crecer: cómo pasa de la niñez a la mocedad, y de la mocedad a la plenitud de la vida. ¡Cómo se presenta ante el mundo para predicar y sufrir! Vedle gemir bajo el yugo de la opresión despreciado y desechado; ¡”desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres”! ¡Contempladle en el huerto sudando gota de sangre!, ¡vedle en casa de Pilato, con la espalda abierta en sangre!, ¡miradle pendiente del sangriento madero!, ¡vedle morir en agonía tan intensa que la imaginación es incapaz de apreciar y las palabras faltan para describir!, ¡helo ya en la tumba silenciosa! Pero, ¡contempladle al fin, rotos los lazos de la muerte, resucitar al tercer día, y subir luego a los cielos “llevando cautiva la cautividad”! Pecador, ahora conoces quién es el Salvador, pues te ha sido claramente manifestado. Aquel Jesús de Nazaret que murió en la cruz llevando su causa escrita sobre su cabeza: “Jesús Nazareno, Rey de los Judíos”, aquel hombre era el hijo de Dios, el resplandor de la gloria del Padre, y la misma imagen de su substancia, engendrado por Él (engendrado, no hecho), siendo consubstancial al Padre”. “El cual siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios, como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.” ¡Oh!, si yo pudiera traerle ante vosotros, si yo pudiera mostraros sus manos y su costado. si vosotros, como Tomas, pudierais meter los dedos en la señal de los clavos y vuestra mano en su costado, esto y seguro que no seríais incrédulos, sino fieles. Yo sé bien que si hay algo que pueda hacer creer a los hombres bajo la mano del Santísimo Espíritu de Dios, este algo es una descripción real de la persona de

Cristo. Porque en este caso, ver es creer. Una verdadera visión de Cristo, una desnuda mirada hacia Él, ciertamente engendrará fe en el alma. ¡Oh!, yo sé que si conocieseis a mi Señor, algunos que ahora dudáis, tembláis y teméis, diríais: “Puedo confiar en Él- merece mi fe una persona tan divina y tan humana al mismo tiempo, ordenada y ungida por Dios. Es digna de toda mi confianza. Y aun más, si yo tuviese un centenar de almas, todas ellas podrían descansar en Él. Y si yo fuese el culpable de todos los pecados de la humanidad, el colector y vertedero de toda la infamia de este mundo, aun así seguiría confiando en Él porque tal Salvador puede salvar eternamente a los que por Él se allegan a Dios”. Ésta es, pues, amados, la persona del Salvador.

2. He aquí el segundo punto, *el pecador* Si nunca antes de ahora hubiésemos oído este pasaje, o alguno de similar significación creo que el más expectante e intenso silencio reinaría en este local, cuando yo, por vez primera, comenzara a verter el texto en vuestros oídos: “Palabra fiel y digna de ser recibida de todos, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar... “¿Cómo adelantaríais ansiosamente vuestras cabezas, taladraríais mis labios con vuestra mirada, y pondríais las manos como pantalla en vuestros oídos para no perder ni una sílaba del nombre de la persona por quien el Salvador murió! Cada corazón diría: ¿A quién tendría a salvar? Si nunca anteriormente hubiésemos oído este mensaje, ¡cómo palparían nuestros corazones ante la posibilidad de que las condiciones exigidas fueran tales que nosotros no pudiéramos alcanzarlas! Pero, ¡Oh!, cuán dulce y consolador es oír aquella palabra que nos habla del carácter de los que Cristo vino a salvar: “El vino al mundo para salvar a los *pecadores*”. Monarcas y príncipes, sabed que no os ha escogido sólo a vosotros para ser objeto de su amor, pues que también los mendigos y los pobres gustaran su gracia. Vosotros, hombres instruidos, maestros de Israel, sabed que Cristo no dijo que viniera especialmente para salvaros a vosotros, sino que también el iletrado campesino será bien venido a su gracia. Y tú, judío, con todo tu rancio linaje, no serás más justificado que el gentil. Y vosotros también, compatriotas míos, con toda vuestra civilización y libertad, Cristo no dijo que viniera para salvaros a vosotros, Él no os nombró como objeto distinguido de su amor; no, ni tampoco hizo diferencia de vosotros, los que hacéis buenas obras, y os tenéis por santos entre los demás. El único título, tan largo y ancho como la humanidad misma, es simplemente éste: “Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores”. Ahora bien, cuando leemos esto debemos interpretarlo en un sentido general, es decir, que todos aquellos a quienes Jesús vino a salvar son pecadores; mas si alguno tratara de deducir de esta declaración que él es salvo, debemos presentarle la cuestión desde otro punto de vista. Consideremos, pues, el sentido general de la declaración: “Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores”. Aquellos que Cristo vino a salvar son pecadores por naturaleza, nada más y nada menos que pecadores. Yo he dicho frecuentemente que Cristo vino a salvar pecadores *conscientes*, y así es en realidad; pero estos pecadores no tenían consciencia de su pecado cuando Él vino a ellos, sino que estaban completamente “muertos en delitos y pecados”. Es una idea muy extendida la de que nosotros debemos predicar que Cristo murió para salvar a lo que se llama pecadores sensibles. Eso es verdad; pero ellos no eran sensibles cuando Cristo vino a salvarles. Fue Él quien, por el efecto de su muerte, les dio la sensibilidad y el conocimiento del pecado. Aquellos por quienes Él murió se nos describen como pecadores, pura y simplemente como pecadores, sin ningún paliativo que excuse la grandeza de su pecado, ni consideración a los méritos o bondades que pudieran distinguirles del resto de sus semejantes. ¡Pecadores! Esta palabra abarca a todas las clases sin distinción. Hay algunos que parecen tener pocos pecados. Formados religiosamente y educados en la moral, no han caído en lo profundo de la iniquidad, y se contentan con bordear las orillas del vicio -no se han hundido en el abismo- Mas Cristo ha muerto también por tal clase de personas, y muchos de estos han sido hechos cercanos para conocerle y amarle. Que no crea nadie que por ser menos pecador que otro hay menos esperanzas de salvación para él. Es verdaderamente chocante la forma de hablar de algunos: “Si yo hubiera sido un blasfemo”, dicen, “o un difamador, tendría más esperanza; pero como el mundo me considera bueno, a pesar de que yo me reconozco un gran pecador, me cuesta trabajo creer que estoy incluido”. ¡Oh!, no hables así. El texto dice: “Pecadores”. Y si tú te tienes en esta consideración, tanto si eres de los más grandes como si eres de los más pequeños, estás incluido; y la verdad afirma que aquellos que Jesús vino a salvar fueron pecadores antes que otra cosa; así

pues, siéndolo tú, no hay motivo para creer que hayas sido excluido. Cristo murió para salvar a pecadores de la más encontrada condición. Hay personas a las que no nos atreveríamos a describir; sería vergonzoso hablar de las cosas que han llegado a hacer en privado. Han inventado tales vicios que ni el mismo diablo los conocía hasta que ellos mismos se los enseñaron. Ha habido seres tan bestiales, que los mismos perros serían honorables criaturas a su lado. Hemos oído de hombres cuyos crímenes han sido más diabólicos y detestables que cualquier obra atribuida al mismo Satán. Pero a pesar de ello, mi texto no los excluye. ¿No nos hemos encontrado con blasfemos tan profanos que no han podido abrir la boca sin proferir un juramento? La blasfemia, que al principio les pareció algo terrible, ha llegado a serles tan normal que se maldecirían a sí mismos antes de decir una oración, y prorrumperían en maldiciones antes de cantar alabanzas a Dios; se ha convertido en parte de su comida y bebida, y lo encuentran tan natural que su misma maldad y perversidad no les impresiona, abundando en ella cada vez más. Se deleitan en conocer la ley de Dios por el mero hecho de poderla quebrantar. Habladles de un nuevo vicio, y les haréis un favor. Son como aquel emperador romano, que no podía recibir mejor placer de los zánganos que le rodeaban que el de la invención de un nuevo crimen; hombres que se han sumergido hasta la medula en la infernal laguna estigia del pecador; hombres que, no contentos con manchar sus pies en el fango, han levantado la tapadera de la trampa con la que todos cubrimos nuestra depravación y se han zambullido en la ciénaga, gozándose en la inmundicia de la iniquidad humana. Pero aun estos quedan incluidos en el texto. Muchos de ellos serán lavados con la sangre de Jesús, y hechos partícipes del amor del Salvador.

Tampoco hace el texto distinción por la edad de los pecadores. Veo a muchos de los que estáis aquí, cuyos cabellos, si fuesen como su condición, serían de un color muy diferente del que son ahora; os habéis emblanquecido por fuera, pero vuestro interior esta negro por el pecado. Habéis amontonado capa tras capa de delitos, y, ahora, si excavásemos a través de esos depósitos de tantos años, descubriríamos pétreos residuos de los pecados de vuestra juventud, escondidos en lo más profundo de vuestros rocosos corazones. Donde una vez hubo ternura, sólo hay sequedad y dureza. Habéis ido muy lejos en el pecado. Y si ahora os convirtieseis, ¿no sería ello una maravilla de la gracia? Porque ¡cuán difícil es enderezar el viejo roble! Lo que ha crecido tan robusto y vigoroso, ¿podrá ser enderezado? ¿Podrá el Gran Labrador recuperarlo? ¿Podrá injertar algo en tan viejo y rugoso tronco para que lleve frutos celestiales? Sí que podrá, porque el texto no menciona la edad para nada, y muchos, en los últimos años de su senectud, han probado el amor de Jesús. “Pero”, dirá alguno, “mis transgresiones no han sido como las de los demás. Yo he pecado contra la luz y el conocimiento. He pisoteado las oraciones de una madre y despreciado las lágrimas de un padre. Los consejos que se me dieron fueron desoídos. Mi lecho de enfermo ha sido la reprensión de Dios para mí. Mis propósitos han sido tan numerosos como su olvido. Para mis culpas no hay medida. Mis más pequeños delitos son más grandes que las iniquidades más terribles de los hombres, porque yo he pecado contra la luz, contra los remordimientos de conciencia y contra todo lo que debería haberme guiado a ser mejor.” Muy bien, amigo mío, pero yo no veo que nada de eso te excluya; el texto no hace distinción alguna, pues solamente dice: ¡“Pecadores”! Y si el texto dice eso, no hay limitación de ninguna clase y yo tengo que ofrecerlo con la amplitud con que el mismo se ofrece; incluso para ti hay sitio. Dice: “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”. Ha habido muchos hombres en tus mismas condiciones que han sido salvados; ¿por qué, pues, no has de serio tú? Muchos de los más grandes canallas, de los más viles ladrones y de las más viciosas prostitutas, han sido salvados. Pecadores de cien años de edad han sido salvados -tenemos casos que os podríamos citar-; entonces, ¿por qué tú no podrás? Y si de uno de los ejemplos que Dios nos muestra podemos sacar una norma, y, más aun, teniendo su propia Palabra que nos da testimonio, ¿dónde está el hombre que sea tan impíamente arrogante como para excluirse a sí mismo y cerrarse voluntariamente la puerta de la gracia en su misma cara? No, amados, el texto dice “Pecador”; y si es así, ¿por qué no nos ha de incluir a ti y a mí en su declaración? “Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores.”

Pero, como dijimos antes, y debo volver sobre ello, si hay alguien que intenta hacer una aplicación particular de este texto a su propio caso, ha de considerarlo bajo otro punto de vista. No todos los que estáis aquí podéis deducir que Cristo vino a salvaros. Es cierto que Él vino para salvar a los

que fuesen pecadores; pero Cristo no salvará a todos, ya que hay muchos que se condenarán indudablemente por rechazarle. Para aquellos que le desprecian, para los que no se arrepienten, para los que no quieren saber nada de Sus caminos ni de Su amor, para los que se amparan en su propia justicia, para los que no vienen a Él; para estos, para tales pecadores, no hay promesa de misericordia, porque no hay otro camino de salvación fuera de Él. Despreciad a Cristo, y despreciaréis vuestra propia misericordia. Apartaos de Él, y daréis pruebas de que su sangre no tiene valor alguno para vosotros. Despreciadle, morid en vuestro desprecio, morid sin entregar vuestras almas en sus manos, y habréis dado la más terrible prueba de que la sangre de Cristo, a pesar de ser poderosa, nunca os ha sido aplicada, nunca ha sido derramada sobre vuestros corazones para que borrara vuestros pecados. Así pues, si yo quiero saber si Cristo murió por mí, para creer en El y considerarme salvo, debo responderme antes esta pregunta: ¿*Siento* hoy que soy un pecador? ¿Puedo contestar que sí, no como un mero *formulismo*, sino porque en realidad es mi convicción? ¿Está escrito en lo más profundo de mi alma con grandes caracteres de fuego que yo soy un pecador? Entonces, si es así, Cristo murió por mí; estoy incluido en su especial propósito. El pacto de gracia asentó mi nombre en los eternos rollos de la eterna elección; mi nombre está anotado allá, y sin duda alguna seré salvo si, sintiéndome ahora como un perdido pecador, descanso en tan sencilla verdad, creyendo y confiando que ella será el ancla de mi salvación en todo tiempo de dificultad. Acércate, amigo y hermano, ¿no estás preparado para creer en Él? ¿No hay muchos de vosotros capaces de declararse pecadores? ¡Oh!, yo os suplico, quienesquiera que seáis, que creáis esta gran verdad digna de ser recibida de todos: Cristo Jesús vino a salvarnos. Yo sé vuestras dudas, conozco vuestros temores, porque ambas cosas las he sufrido en mi carne; y la única manera por la que yo puedo mantener viva mi esperanza es ésta:

“Cada día me acerco a la cruz,
Y creo que en la hora de mi muerte
Sólo habrá esta esperanza que me aliente:
Nada traigo en mis manos a tu luz,
Sólo vengo a abrazarme a tu cruz».

Y mi única razón para creer en esta hora que Jesucristo es mi Redentor es que yo sé que soy un pecador. Esto siento y por esto lloro; y cuando yo esté ahogado por la pena, y Satanás me diga que no puedo ser del Señor, sacaré de mis lágrimas la consoladora conclusión de que, puesto que Cristo ha hecho que me sienta perdido, nunca hubiera despertado en mi ese sentimiento si no fuera para salvarme, y si me ha hecho ver que yo pertenezco a la clase numerosa de aquellos que Él vino a salvar, puedo creer, sin lugar a dudas, que Él me salvara. ¡Oh!, ¿podéis vosotros sentir lo mismo, pecadores abatidos, cansados y tristes, almas desilusionadas para quienes el mundo se ha tornado en algo vano y sin sentido? A vosotros, espíritus afligidos, que habéis gozado de todos los placeres y ahora estáis exhaustos por el hastío, o incluso por la enfermedad, que anheláis ser liberados de todo ello; ¡oh!, vosotros que buscáis algo mejor que lo que este frenético mundo jamás os pueda ofrecer, a vosotros os predico el bendito Evangelio del bendito Dios: Jesucristo, el Hijo de Dios, nacido de la virgen María, sufrió bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, y resucitó al tercer día para salvaros a vosotros; si, aun a vosotros, porque Él vino al mundo para salvar a los pecadores.

3. Ahora, muy brevemente, consideraremos el tercer punto: ¿Qué quiere decir *salvar* a los pecadores? “Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores”. Hermanos, si queréis contemplar un cuadro que os muestre lo que quiere decir ser salvo, permitidme que os lo describa. Considerad un pobre miserable que durante muchos años ha vivido sumido en los más grandes pecados; tanto se ha endurecido, que antes podría el etíope cambiar su piel que el hacer el bien. La borrachera, el vicio y el desenfreno, han echado sobre él sus redes de hierro, convirtiéndole en un ser tan repugnante que es imposible que pueda librarse de su corrompida depravación. ¿Podéis haceros la idea? Vedle cómo corre veloz a su propia destrucción. Desde su infancia a su juventud, desde su juventud hasta su madurez, no ha cesado de pecar, y así se acerca a su último

día. La boca del infierno se va ensanchando delante de sus pasos, iluminando su rostro con el terrible fulgor de sus llamas; pero él no se da cuenta: continúa en su impiedad, despreciando a Dios y aborreciendo su propia salvación. Dejémosle allí. Unos cuantos años han pasado, y ahora escuchad otra historia. ¿Veis aquel espíritu de allá, el más insigne de todos los distinguidos, el que más dulcemente canta alabanza a Dios? ¿Veis sus ropas blancas, señal de su pureza? ¿Veis cómo arroja su corona a los pies de Jesús reconociéndole como Señor de todo? ¡Escuchad! ¿No le oís cantar la más dulce canción que jamás embelesara el Paraíso? Deleitaos con su letra:

«De los pecadores yo soy el primero, Mas por mi Cristo murió en el madero».

“Al que nos amó y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre; a Él sea gloria y magnificencia, imperio y potencia, ahora y en todos los siglos.” ¿Y de quién es esa canción que así rivaliza con las melodías de los serafines? De la misma persona que no hace muchos años estaba tan terriblemente depravada, ¡de aquel mismo hombre! Porque ahora ha sido lavado, ha sido santificado, ha sido justificado. Si me preguntáis, pues, que se entiende por salvación, os diré que aquello que cubre la distancia que media entre aquel pobre desperdicio de la humanidad, y aquel espíritu en las alturas cantando alabanzas a Dios. Eso es ser salvo: el tener nuestros viejos pensamientos convertidos en otros nuevos; el dejar nuestra vieja manera de vivir, y cambiarla por una vida nueva; el tener nuestros pecados perdonados, y recibir la justicia imputada; el tener paz en la conciencia, paz con los hombres y paz con Dios; el tener ceñidos los lomos con la blanca vestidura de la justificación, y el estar nosotros mismos purificados y limpios. Ser salvo es ser rescatado de la vorágine de perdición, ser alzado hasta el trono del cielo, ser librado de la ira, de la maldición y de las amenazas de un Dios airado, y ser traído a probar y gustar el amor, la complacencia, y el aplauso de Jehová nuestro Padre y Amigo. Y todo esto como dádiva de Cristo a los pecadores. Cuando predico este sencillo evangelio, no tengo nada que ver con aquellos que no se llaman a sí mismos pecadores. Si queréis ser canonizados, vindicando vuestra devota y propia perfección, este mensaje que yo anuncio no es para vosotros. Mi evangelio es para los pecadores; y toda esta salvación, tan grande y sublime, tan inefablemente preciosa y eternamente segura, es proclamada hoy a los parias, a los desechados de la sociedad; en una palabra: a los pecadores.

Así pues, creo haber anunciado la verdad del texto. Y ciertamente nadie podrá tergiversar mis palabras, a menos que lo haga intencionadamente: "Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores".

II. Y ahora tengo poco que hacer, a pesar de que me queda la parte más difícil: LA DOBLE RECOMENDACION del texto. Primeramente, “es palabra fiel”; recomendación para el *que duda*. En segundo lugar, “digna de ser recibida de todos”; recomendación para el *indiferente*, y aun para el *preocupado*.

1. Comenzaremos, pues, por la recomendación dirigida al que duda: “palabra fiel”. ¡Oh!, el diablo, tan pronto como encuentra hombres que están bajo el sonido de la Palabra de Dios, se introduce por entre la gente para susurrar a los corazones: “¡No lo creas!” “¡Ríete de eso!” “¡Fuera con ello!” Y cuando descubre una persona para quien el mensaje ha sido destinado -persona que se siente pecadora- arremete con doble fuerza en sus ataques, para impedirle de cualquier manera que crea. Yo sé que Satanás te está diciendo, pobre amigo: “No lo creas; es demasiado bueno para ser verdad”. Pero déjame que le responda yo con la misma Palabra de Dios: “es palabra fiel”. Es buena, y tan cierta como buena. Sería demasiado buena para ser verdad, si Dios no la hubiera dicho; pero puesto que la dijo, no es demasiado buena para ser verdad. Y yo te diré por qué la juzgas así: porque mides el grano de Dios con tu propio almud. Ten a bien recordar que sus pensamientos no son tus pensamientos, ni sus caminos tus caminos; porque como son más altos los cielos que la tierra, así son sus caminos más altos que tus caminos, y sus pensamientos más que tus pensamientos. Tú crees que si un hombre te ofendiera, jamás podrías perdonarle; ¡ah!, amigo, pero Dios no es hombre: Él perdona donde tú eres incapaz de hacerlo, y perdona setenta veces

siete donde tú asirías a tu hermano por el cuello. Tú no conoces a Jesús, o de otro modo creerías en Él. Honramos a Dios cuando reconocemos la inmensidad de nuestro pecado; pero si al mismo tiempo que reconocemos esta enormidad la consideramos más grande que Su gracia, le estamos deshonrando. La gracia de Dios es más grande que el más grande de nuestros crímenes. Él sólo ha hecho una excepción, y el penitente no puede estar incluido en ella. Así pues, yo te ruego que tengas mejor opinión de Dios que la que tienes. Cree en su infinita bondad y virtud; y cuando sepas que ésta es palabra fiel, tengo confianza en que arrojarás a Satanás de tu lado, y no la considerarás demasiado buena para ser verdad. También sé lo que te dirá la próxima vez: “De acuerdo; esa palabra es verdad, pero no para ti. Es cierta para todo el mundo, menos para ti. Sí, ya sé, Cristo murió para salvar a los pecadores, y tú lo eres; pero no estás incluido.” Llamad a Satanás mentiroso en su misma cara. No hay otra forma de responderle si no es con este lenguaje directo y claro. Nosotros no creemos en la individualidad de la existencia del diablo como creía Martín Lutero. Cuando el Maligno venía a él, lo trataba de la misma manera que a otros impostores: echándolo a la calle con palabra dura y apropiada. Dile tú también, con la autoridad del mismo Cristo, que es un mentiroso. Jesucristo dice que vino para salvar a los pecadores, y el diablo trata de desmentirle. Virtualmente lo niega cuando dice que no vino para ti, a pesar de que tú te sientes pecador. Llámalo embustero y envíalo a paseo. De todos modos, nunca compares su testimonio con el de Cristo. Jesús te mira hoy desde la cruz del Calvario con aquellos mismos ojos anegados en lágrimas que lloraron sobre Jerusalén. Él os ve, hermana y hermano mío, y os dice por mi boca: “Yo vine al mundo para salvar a los pecadores”. ¡Pecador!, ¿no creerás en su palabra y confiarás tu alma en sus manos? Ojalá digas: “Dulce Señor Jesús, Tú serás mi confianza desde ahora en adelante. Por ti todas mis esperanzas desprecio, y sólo Tú por siempre serás mío”. Acércate, pobre tímido, y yo trataré de devolverte la confianza repitiendo una vez más este texto: “Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores”. Es palabra fiel, y no puedo consentir que la rechaces. Alegas que no puedes creerla, pero respóndeme: “¿Crees en la Biblia?” “Sí”, dices, “cada una de sus palabras.” Entonces, ésta es una de ellas: “Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”. Si dices que crees en la Biblia -apelo a tu sinceridad-, cree en esto también, pues que en ella está. ¿Crees a Cristo? Vamos, respóndeme. ¿Tú crees que miente? ¿Se rebajaría un Dios de verdad hasta el engaño? “No”, dices, “creo todo cuanto Dios declara.” Pues es Él mismo quien dice esto en su propio libro. Él murió para salvar a los pecadores. Respóndeme una vez más. ¿No crees en los hechos? ¿No se levantó Cristo de los muertos? ¿No prueba eso que su Evangelio es auténtico? Si, pues, el Evangelio es auténtico, todo cuanto Cristo declara como su Evangelio, ha de ser cierto. Yo apelo a ti que, si crees en su resurrección, creas también que murió por los pecadores, y confíes en esta verdad. Una vez más: ¿Negarás tú el testimonio de todos los santos de cielos y tierra? Pregunta a cada uno de ellos y te responderán que esta palabra es fiel: Él murió para salvar a los pecadores. Yo, como uno de los más pequeños de sus siervos, debo aportar también mi testimonio. Cuando Jesús vino a salvarme, he de decirlo, no encontró nada bueno en mí. Yo sé con plena certeza que no había nada que pudiera recomendarme a Cristo; y si me amó fue porque así le plugo, pues no había en mí nada deseable ni digno de afecto. Lo que soy, lo soy por su gracia: Él lo hizo todo. Sólo un pecador encontró en mí, y su propio y soberano amor es la única razón de mi elección. Pregunta a todo el pueblo de Dios, que todos te responderán lo mismo.

Quizá digas que eres un gran pecador; pero no eres más que fueron algunos que ahora están en el cielo. Si te crees el más grande de los pecadores que jamás existió, sabe que estás equivocado. El más grande de ellos vivió hace muchos años, y fue al cielo. Mi texto dice: “De los cuales yo soy el primero”. Así puedes ver cómo el más grande ha sido salvado antes que tú; y si el primero ha sido salvado, ¿por qué no has de serlo tú? Imaginaos a todos los pecadores colocados en orden, y contemplad cómo de repente sale uno de la fila gritando: “Abridme paso, abridme paso; tengo que ponerme a la cabeza; yo soy el primero de todos los pecadores; dadme el lugar más ruin, y dejadme ocupar el sitio más despreciable.” “No”, grita otro, “tú no; yo soy más gran pecador que tú.” Entonces, el apóstol Pablo se adelanta y dice: “Os reto a todos; a vosotros también, Magdalena y Manasés. A mí me corresponde ocupar el lugar más bajo y ruin. Yo he sido blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia para que en mí, el primero,

mostrase Dios toda su clemencia.” Ahora pues, si Cristo ha salvado al más grande de los pecadores que jamás hubo, ¡oh!, pecador, por grande que puedas ser, no podrás superar al más grande de todos, y Él es poderoso para salvarte. Oh, te suplico por las miríadas de testigos que están alrededor del trono y por los miles que están en la tierra; por Cristo Jesús, el testigo del Calvario; por la sangre del esparcimiento que aún presta su testimonio; por el mismo Dios; por su Palabra fiel, que creas esta palabra: “Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores”.

2. Y ahora, para finalizar, vamos a considerar la recomendación que el texto hace a los *indiferentes*, y aun a los *preocupados*. Este texto es digno de toda aceptación para el indiferente. ¡Oh!, hombre que te mofas de estas palabras, he visto un gesto de burla y desprecio en tus labios. No ha sido bien dicha esta historia, y por lo tanto haces escarnio de ella, diciendo en tu corazón ¿Qué me importa a mí todo eso? Si esto es todo cuanto este hombre tiene que decir, me trae sin cuidado el escucharle; y si el Evangelio no es más que esto, el Evangelio no es nada”. Ah, amigo; el Evangelio es algo, aunque tú no lo sepas. Es digno de que lo recibas. Lo que yo he predicado, a pesar de ser pobre la forma en que ha sido presentado, es muy digno de tu atención. Podría hablarte el orador más grande de la tierra, pero jamás tendría un tema más sublime que el mío. Si Demóstenes, o el mismo Cicerón, estuvieran aquí, no podrían hablarte de tema más importante. O, si por el contrario, fuese un niño el que lo anunciara, no habría que considerar su poca elocuencia, sino la excelencia de lo que anuncia. Amigo, no es tu casa la que esta en peligro, ni tu cuerpo solamente, sino tu alma. Yo te suplico por la eternidad, por sus horribles terrores, por los espantos del infierno, por la tremenda palabra: “Eternidad”; te suplico como amigo, como hermano, como uno que te ama y que gustosamente quisiera arrebatarle de las llamas, que no desprecies la misericordia, porque esto es digno de tu más cordial aceptación. ¿Eres sabio? Esto es más digno que toda tu sabiduría. ¿Eres rico? Esto es mejor que toda tu fortuna. ¿Eres famoso? Esto es mejor que toda tu fama. ¿Eres noble? Esto es más digno que toda tu alcurnia y que todo tu rancio abolengo. Lo que yo predico es lo más digno que existe bajo el cielo, porque cuando todo haya fenecido, permanecerá contigo para siempre; estará cerca de ti cuando tengas que quedarte solo. En la hora de la muerte responderá por ti cuando tengas que acudir a la cita de la justicia del tribunal de Dios, y será tu eterna consolación por los siglos de los siglos. Es digno de ser recibido por ti.

Y ahora, ¿estás preocupado?, ¿está tu corazón triste? Quizá te dices: “Yo quisiera ser salvo, pero, ¿puedo confiar en este Evangelio?, ¿es lo suficiente recio como para soportarme a mí? Yo soy un pecador cuyas transgresiones sobrepujan todo conocimiento, ¿no se desmoronarán sus pilares como terrones de azúcar bajo el peso de mi pecado? Yo soy el primero de los pecadores, ¿serán sus pórticos lo suficientemente anchos como para que pueda entrar? Mi espíritu está enfermo por el pecado, ¿podrá curarlo esta medicina?” Sí, es digno de ti: es útil para tu enfermedad, para tus necesidades; es completamente suficiente para todas tus exigencias. Si yo tuviese que predicar un pseudoevangelio, o un evangelio incompleto, no podría anunciarlo con vehemencia y celo; pero lo que yo predico es digno de ser recibido de todos. “Pero señor, si yo he sido un ladrón, un fornicario, un borracho...” Es digno para ti, porque Él vino para salvar a los pecadores, y tú eres uno de ellos. “Pero señor, si he sido un blasfemo.” Tampoco tu quedas excluido; es digno de ser recibido por todos. Pero notad: es digno de toda la aceptación que podáis concederle. Aceptadlo, no solamente en la mente, sino en el corazón; podéis apretarlo contra vuestra alma y considerarlo vuestro todo en todo; podéis alimentarnos de él, vivir en él. Y si vivís para él, si sufrís por él, si morís por él, él es digno de todo.

Debo dejaros marchar ya, pero mi espíritu siente como si debiera reteneros aquí. Sorprendente cosa es que, cuando vuestro ministro se preocupa por vosotros, haya tantos a los que no os importe lo más mínimo el porvenir de vuestra alma. ¿Qué me va a mí que los hombres se pierdan o se salven? ¿Me va a beneficiar a mí vuestra salvación? Ciertamente no. Pero a pesar de todo, mi sufrimiento por vosotros, por muchos de vosotros, es más grande que vuestra propia compasión. ¡Oh!, singular endurecimiento del corazón, que el hombre no se preocupe de su propia salvación, que rechace sin pensarlo siquiera la más preciosa verdad. Detente, pecador, detente antes de que te alejes de tu propia compasión -detente una vez más-; quizá sea ésta tu última amonestación, o peor aun, el último aviso que jamás volverás a experimentar. Lo sientes ahora. ¡Oh!, te suplico

que no apagues el Espíritu. No salgas de este lugar con el ánimo dispuesto a recorrer el camino de tu casa en despreocupada charla. No salgas de aquí para olvidar la clase de hombre que eres, sino date prisa en llegar a tu hogar, éntrate en tu cuarto, cierra la puerta, cae sobre tu rostro al lado de tu cama, confiesa tu pecado, clama a Jesús, dile que eres un perdido miserable sin su gracia soberana, cuéntale que has oído esta mañana que El vino al mundo para salvar a los pecadores, y que ante tanto amor, las armas de tu rebelión han sido depuestas y anhelas ser suyo. Y allí, en su presencia, súplicale y dile “Señor, sálvame o perezco”.

El Señor os bendiga a todos por Cristo Jesús. Amén.

III. PREDICAD EL EVANGELIO

«Pues bien que anuncio el Evangelio, no tengo por qué gloriarme, porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciara el Evangelio!» (I Corintios 9:16).

El hombre más grande de los tiempos apostólicos fue el apóstol Pablo: siempre grande en todo. Si se le considera como pecador, lo era en gran manera; si lo contemplamos como perseguidor, vemos que llevaba a cabo su labor con *extraordinario celo*, acosando a los cristianos hasta por ciudades extranjeras; si lo miramos desde el punto de vista de su conversión, ésta fue la más notable que hayamos podido leer, realizada por un poder milagroso y por la voz del mismo Jesús hablándole desde el cielo -“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”-. Si lo observamos simplemente como cristiano, era un creyente excepcional; amaba a su Maestro más que los demás, y más que otros buscaba reflejar en su vida la gracia de Dios. Pero donde lo admiramos destacando como un ser preeminente es en su tarea de apóstol, de príncipe de los predicadores de la Palabra, y predicador de reyes, porque proclamo la Verdad ante Agripa y Nerón, y compareció ante emperadores y monarcas a causa del nombre de Cristo. La característica de Pablo era que lo hacía todo poniendo en ello todo su corazón. Era de esa clase de hombres incapaces de permitir descanso a la mano izquierda mientras que la derecha trabaja: la plenitud de sus energías eran empleadas en cada una de sus obras; cada músculo, cada nervio de su ser era forzado a tomar parte en su tarea, ya fuera mala o buena. Por ello, Pablo podía hablar con experiencia de cuanto concernía a su ministerio, porque era el mayor de todos los ministros. No hay insensatez en su palabra, todo sale de las profundidades de su alma. Podemos estar seguros de que su mano era firme y decidida cuando escribió lo siguiente: “Pues bien que anuncio el Evangelio, no tengo por qué gloriarme, porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciara el Evangelio!” Ahora bien, creo que estas palabras de Pablo pueden ser aplicadas a muchos ministros de nuestros días, a todos aquellos que son llamados y especialmente dirigidos por el impulso interior del Espíritu Santo a ser siervos del Evangelio. Esta mañana, al tratar de considerar este versículo, nos haremos tres preguntas. La primera: *¿Qué es predicar el Evangelio?* La segunda: *¿Por qué no tiene el ministro nada de qué gloriarse?* Y la tercera: *¿Cuál es esa necesidad y ese ¡ay de mí! que dice la Escritura: “Me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciara el Evangelio!”?*

I. La primera interrogación es: ¿QUÉ ES PREDICAR EL, EVANGELIO? Acerca de ella hay gran variedad de opiniones; incluso entre mi auditorio -no obstante mi creencia en la uniformidad de nuestros sentimientos doctrinales- podríamos encontrar dos o tres respuestas diferentes. Por mi parte, intentaré contestar a esta pregunta, con la ayuda de Dios, según mi propio juicio; y si resulta que no es la mía la contestación correcta, sois libres de procurarnos en casa una mejor.

1. Contestaré, primeramente, de la siguiente forma: Predicar el Evangelio es poner de manifiesto cada una de las doctrinas contenidas en la Palabra de Dios, dar a cada verdad la importancia que le corresponde. Los hombres pueden anunciar una parte del Evangelio, o tal vez una sola doctrina; y yo, aunque no consideraré que una persona deja de predicar la Palabra por el hecho de que se limite a mantener la doctrina de la justificación por la fe -“por gracia sois salvos, por la fe”-, no diré de él que anuncia el Evangelio en su totalidad, ya que nadie podrá decir que así lo hace si deja aparte, a sabiendas y de modo intencionado, una sola de las verdades del bendito Dios. Esta observación mía es incisiva y debería llegar a las conciencias de muchos que tienen casi como principio el ocultar ciertas verdades por temor a la gente. Hace una o dos semanas, durante una conversación que sostuve con un eminente profesor, me dijo: “Sabemos, señor, que no debemos predicar la doctrina de la elección, porque no está proyectada para la conversión de los pecadores”. “Pero”, objeté, “¿quién se atreverá a criticar la verdad de Dios? Usted está de

acuerdo conmigo en que es una verdad, y sin embargo dice que no debe ser predicada. Yo no hubiera osado decir tal cosa, porque consideraría arrogancia suprema haberme aventurado a decir que una doctrina no debe ser predicada, cuando la omnisciencia de Dios ha considerado buena su revelación. Además, ¿es que todo el Evangelio está destinado a la conversión de los pecadores? Hay verdades que Dios ha bendecido para ese fin, pero, ¿no hay partes dedicadas al consuelo de los santos?, ¿y no deben ser éstas, al igual que las otras, objeto de la predicación del ministro del Evangelio? Así pues, no debo dirigir mi atención solamente a unas y desatender a las otras, porque si Dios dice: “Consolaos, consolaos, pueblo mío”, yo continuaré predicando la elección, por ser ésta un consuelo para el pueblo de Dios.” Por otro lado, no estoy muy seguro de que esa doctrina no este proyectada para la conversión de los pecadores. El gran Jonathan Edwards nos dice que, en la mayor excitación de uno de sus avivamientos, predicó la soberanía de Dios en la salvación o condenación del hombre, enseñando que Dios es infinitamente justo si envía a algunos al infierno, e infinitamente misericordioso si salva a otros, y, todo ello, por su libre gracia; y añade: “No he hallado doctrina que más haga pensar, nada penetró tan profundamente en el corazón, como la predicación de esta verdad”. Lo mismo puede decirse de otras doctrinas. Hay verdades en la Palabra de Dios que están condenadas al silencio; en verdad, no han de ser proclamadas, porque, de acuerdo con las teorías de ciertos señores, no están previstas para conseguir determinados efectos. Pero, ¿quién soy yo para juzgar la verdad de Dios? ¿Puedo poner sus palabras en la balanza y decir: “Esto es bueno y esto es malo”? ¿Puedo acaso coger su Biblia y separar el trigo de la paja? ¿Desecharé cualquiera de sus verdades diciendo: “No me atrevo a predicarla”? No; Dios me libre. Toda Escritura es útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para consolar, para instituir en justicia. Nada de ella debe ser escondido, sino que todas sus partes han de ser predicadas en su justo lugar.

Hay quienes se limitan intencionadamente a hablar sobre cuatro o cinco temas nada más. Si entráis en sus iglesias, seguro que les oiréis predicar sobre: “No de voluntad de carne, mas de Dios”; o también: “Elegidos según la presciencia de Dios Padre. En ese día no escucharéis otra cosa que elección y doctrina elevada. Más los que así hacen se equivocan tanto como los otros, por enfatizar ciertas verdades y descuidar otras. Todo cuanto hay aquí es para ser predicado, lo llames como te plazca, o lo consideres elevado o no; la Biblia, toda la Biblia, y nada más que la Biblia es el modelo del verdadero cristiano. ¡Ay!, muchos hacen de sus doctrinas un círculo de hierro, y al que se atreve a salir del estrecho cerco se le considera poco ortodoxo. ¡Dios bendiga, pues, a los herejes, y nos mande muchos de ellos! Hay quienes convierten la teología en una especie de rueda de molino, compuesta de cinco doctrinas que están continuamente dando vueltas, porque repiten siempre las mismas y nunca salen de ahí. Cada verdad debe ser predicada. Y si Dios ha escrito en su Palabra que “el que no cree, ya es condenado”. ello está puesto para ser predicado tanto como la verdad de que “ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”. Si encuentro que está escrito: “Te perdiste, oh Israel”, con lo cual notamos que la condenación del hombre es su propio pecado, debo predicar esto, al igual que la segunda parte del versículo: “Mas en mí esta tu ayuda”. Cada uno de nosotros, a los que nos ha sido confiado el ministerio, debiéramos procurar predicar toda la verdad. Sé que no es posible conocerla en su totalidad. Hay nieblas en la cumbre del alto monte de la verdad. No pueden los ojos del mortal contemplar su pináculo, ni sus pies hollarlo. Mas bosquejemos la niebla, si no podemos dibujar la cumbre. Expongamos la dificultad tal como es, aunque no podamos desentrañarla. No ocultemos nada; si el monte de la verdad tiene la cima nublada, digamos: “Nube y oscuridad alrededor de él”. No lo neguemos, ni tratemos de acortar la montaña conforme a nuestro propio modelo porque no podamos ver su cumbre o alcanzar su techo. Todo aquel que tenga que predicar el Evangelio debe hacerlo en su totalidad. Todo el que se considere un ministro fiel no debe dejar a un lado ninguna parte de la revolución.

2. Si de nuevo me preguntan: ¿Qué es predicar el Evangelio?, contesto que *predicar el Evangelio es enaltecer a Jesucristo*. Tal vez sea ésta la mejor respuesta que pudiera dar. Me apeno mucho al ver a menudo cuán poco es comprendido el Evangelio, incluso por algunos de los mejores cristianos. Hace algún tiempo había una señorita que se encontraba en gran aflicción

espiritual. Fue a ver a un cristiano muy piadoso, el cual le dijo: “Querida joven, vaya a casa y ore”. Bien, pensé para mí, no es esa la forma de proceder que indica la Biblia; en ella nunca se dice: “Vaya a casa y ore”. La pobre chica marchó a su casa, oró y continuó en la aflicción. El le volvió a decir: “Debe esperar; debe leer las Escrituras y estudiarlas”. Tampoco es éste el camino a seguir: esto no exalta a Cristo. Veo que muchos predicadores predicán esta clase de doctrina. Dicen a las pobres criaturas convictas de pecado: “Debes irte a casa y orar, leer las Escrituras, asistir a los cultos, etcétera”. Obras, obras, obras, en vez de “por gracia sois salvos, por la fe”. Si un penitente se acercara a mí y me preguntara: “¿Qué he de hacer para ser salvo?”, le respondería: “Cristo ha de salvarte; cree en el Señor Jesucristo”. Nunca lo mandaría a orar ni a leer las Escrituras, ni a la casa de Dios, sino simplemente, los remitiría a la fe, a la fe sola en el Evangelio de Dios. No es que yo menosprecie la oración -tendrá después de la fe-, ni tampoco diré una sola palabra en contra del escudriñar las Escrituras -ése es el sello infalible de los hijos de Dios-, como tampoco hallo mal en la asistencia a los cultos, ¡Dios me libre!; me agrada ver allí a la gente. Pero ninguna de estas cosas es el camino de salvación. En ninguna parte está escrito: “El que asista a la capilla será salvo”, o: “El que lea la Biblia será salvo”. Como tampoco he leído: “El que orare y fuere bautizado será salvo”, sino: “El que en El cree”, el que tenga fe en el “Hombre Cristo Jesús”, en su divinidad, en su humanidad, ése es liberado del pecado. Predicar que sólo la fe salva es predicar la verdad de Dios. Ni por un momento daré a nadie el nombre de ministro del Evangelio, si predica un plan de salvación sin la fe en Jesucristo; la fe, la fe y nada más que la fe en Su nombre. Pero la mayoría de nosotros tenemos nuestras ideas bastante confusas. Hay en nuestro cerebro tantas obras almacenadas, tanta convicción de méritos y hechos propios grabados en nuestros corazones, que nos es casi imposible predicar la justificación por la fe, clara y completamente; y cuando lo hacemos, nuestros oyentes no la asimilan. Les decimos: “Cree en el nombre del Señor Jesucristo y serás salvo”; más ellos tienen noción de que la fe es algo maravilloso y misterioso; que es totalmente imposible que, sin hacer nada más, puedan salvarse. Pero esta fe que nos une al Cordero es una dádiva instantánea de Dios, y el que cree en el Señor Jesús es salvo en aquel mismo momento, sin ninguna otra obra más. ¡Ah!, amigos míos, ¿no vemos la necesidad de enaltecer más a Cristo en nuestras predicaciones y en nuestras vidas? La pobre María dijo: “Han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde lo han puesto”. Y así diría en nuestros días si pudiera levantarse de la tumba. ¡Oh!, si tuviéramos un ministerio que exaltara a Cristo!, ¡si predicáramos de forma que magnificase su persona, que alabara su divinidad, que amase su humanidad! ¡Oh, si lo presentáramos como profeta, sacerdote y rey de su pueblo!, ¡si predicáramos de forma que el Espíritu manifestará el Hijo de Dios a los suyos, predicaciones que dijeran: “Mirad a mí y sed salvos todos los términos de la tierra”; predicaciones del Calvario; teología, libros, sermones del Calvario! Éstas son las cosas que necesitamos, y en la medida en que el Calvario sea enaltecido y Cristo magnificado será predicado el Evangelio entre nosotros.

3. La tercera respuesta a la pregunta es: *predicar el Evangelio es exponerlo apropiadamente a toda clase de personas*. “Si sube usted a ese púlpito, solamente debe predicar para el amado pueblo de Dios”, decía una vez un diácono a un ministro. A lo que éste respondió: “¿Los ha marcado a todos en la espalda, de forma que yo pueda reconocerlos?” ¿Para que serviría lo espacioso de esta capilla si yo predicara solamente para el querido pueblo de Dios? Son tan pocos que podrían caber en mi despacho. Hay aquí muchos más aparte de los amados de Dios, ¿y cómo voy yo a estar seguro, si se me dice que predique solamente para los santos, de que alguien más no se beneficiaría de mi predicación? Y hay otros que dicen: “Procure predicar a los pecadores. Si no lo hace así esta mañana, no anunciara el Evangelio. Sólo le oiremos una vez, y nos convenceremos de que no cumple con su deber, si precisamente hoy no dirige este sermón a los inconversos”. ¡Que inconsecuencia, amigos míos!; hay veces en que los hijos deben ser alimentados, y otras” en que los pecadores deben ser amonestados. Hay diferentes ocasiones para diferentes fines. Si alguien predica a los santos de Dios, y dice poco a los pecadores, ¿va a ser censurado por ello si otras veces, cuando no consuela a los santos, dirige su atención especialmente a los impíos? El otro día oí un excelente comentario de un perspicaz amigo mío al

respecto. Alguien estaba criticando las “Porciones matutinas y vespertinas del doctor Hawker”, porque no estaban previstas para convertir a los pecadores. Mi amigo dijo al caballero: “¿Ha leído alguna vez la Historia de Grecia, de Grote?” “Sí.” “Es un libro horrible, ¿verdad?, porque no ha sido escrito para la conversión de los pecadores.” “Sí, pero”, dijo el otro, “la Historia de Grecia, de Grote, nunca fue destinada para la conversión de los pecadores.” “No”, convino mi amigo, “y si usted hubiese leído el prólogo de las “Porciones matutinas y vespertinas del doctor Hawker”, se habría dado cuenta de que no han sido hechas para ese fin, sino para alimento del pueblo de Dios; y si responden a sus fines son perfectas, aunque no tengan ninguna otra pretensión.” Cada clase de persona debe recibir lo que le corresponde. No predica el Evangelio el que sólo lo hace a los santos, ni tampoco el que se dirige únicamente a los pecadores. Nos encontramos ante una amalgama: hay el santo que está firme y seguro, el flaco y pobre en la fe, el recién convertido, el que claudica entre dos pensamientos, el recto, el pecador, el réprobo y el proscrito. Tengamos una palabra para cada uno de ellos. Demos a todos su parte de alimento a su debido tiempo; no siempre, sino a su debido tiempo. Aquel que ignore en su predicación cualquier condición de personas, no sabe predicar el Evangelio enteramente. ¿Subiré al púlpito para limitarme a hablar de ciertas verdades, solamente para el consuelo de los santos de Dios? No procederé de esa forma. Dios da a los hombres corazón para amar a sus semejantes, ¿y no vamos a permitir la manifestación de ese corazón? Si amo al impío, ¿no tendré nada que decirle? No le hablaré del juicio venidero, de la justicia y de su pecado? No quiera Dios que me insensibilice y me torne inhumano hasta el extremo de permanecer con los ojos secos cuando considere la perdición de mis semejantes, limitándome a decirles: “¡Estáis muertos, no tengo nada de que hablaros!”, predicando esta condenable herejía, si no de palabras, de efecto, de que los hombres serán salvos si han de serlo, y que si no están destinados para la salvación, no se salvarán; que, necesariamente, no pueden hacer nada más que sentarse y esperar, y que no importa que vivan en pecado o en justicia, porque algún hado poderoso les tiene sujetos con irrompibles cadenas, y su destino es tan cierto que pueden seguir viviendo en pecado. Yo creo que, efectivamente, su destino es cierto, y así serán salvos si son elegidos, y si no, serán condenados eternamente; pero lo que no creo es la herejía que se infiere de ello, por la que los hombres se hacen irresponsables y permanecen cruzados de brazos. Esto es un error contra el cual he protestado siempre, considerándolo como doctrina diabólica y en ningún modo de Dios. Creemos en el destino y en la predestinación; creemos en la elección y en la no-elección; pero, a pesar de todo, creemos también que debemos predicar a los hombres: “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo”, mas si no crees en Él estás condenado.

4. Tenía previsto dar otra respuesta a esta pregunta, pero me falta tiempo. Dicha respuesta hubiera sido algo parecido a esto: que predicar el Evangelio no es hablar de ciertas verdades acerca de él, ni hablar de la gente, sino a la gente. Anunciar la Palabra de Dios no es hablar de lo que es el Evangelio, sino predicar dirigiéndolo al corazón, no por nuestro propio poder, sino por la influencia del Espíritu Santo; no hablar como si lo hiciéramos al ángel Gabriel, sino de hombre a hombre, y derramar nuestro corazón en el de nuestros semejantes. Esto es lo que yo entiendo por predicar el Evangelio, y no farfullar algún viejo manuscrito en la mañana o en la tarde del domingo. Predicar el Evangelio no es enviar un coadjutor para que haga el trabajo por ti, ni tampoco colocarte tus mejores ornamentos y exponer elevadas teorías. Predicar el Evangelio no es recibir de manos de un obispo un hermoso modelo de oración para que alguien de inferior categoría la pronuncie. No, nada de esto; predicar el Evangelio es proclamar con lengua de trompeta y ardiente celo las inescrutables riquezas de Cristo Jesús, de forma que los hombres puedan oír y, comprendiendo, se conviertan a Dios de todo corazón. Esto es predicar el Evangelio.

II. La segunda preguntase: ¿POR QUÉ: A LOS MINISTROS NO LES ES PERMITIDO GLORIARSE? “Pues bien que anuncio el Evangelio, no tengo por que gloriarme.” Hay ciertas clases de cizaña que crecen en cualquier parte, y una de ellas es el orgullo. El orgullo crece tanto en la roca como en el jardín, y se desarrolla tanto en el corazón de un limpiabotas como en el de

un magnate, tanto en el de una sirvienta como en el de su señora. Y también en el púlpito puede brotar el orgullo. Es una cizaña pavorosamente exuberante que necesita ser extirpada todas las semanas, o de otra forma nos enterramos en ella hasta las rodillas. Este púlpito es terreno tremendamente apropiado para el desarrollo del orgullo. Crece con una fuerza enorme, y conozco a muy pocos predicadores del Evangelio que no tengan que confesar que su mayor tentación es el orgullo. Supongo que aun aquellos ministros de quienes no se dice otra cosa sino que son muy buena gente, que rigen una iglesia en una ciudad a la que asisten sólo seis o siete personas, sufren la tentación del orgullo. Mas sea o no de esta forma, estoy seguro que dondequiera que exista una gran asamblea, y dondequiera que haya gran ruido y agitación alrededor de un hombre, hay mucho peligro de orgullo. Y fijaos bien, cuanto más se exalte el ser humano, más dura será la caída. Si la gente eleva a un ministro en sus manos y no lo sostiene, sino que lo abandona, el pobre caerá cuando todo haya acabado. Así ha ocurrido con muchos. Infinidad de seres han sido sostenidos por brazos humanos, por los brazos del *elogio*, y no de las *oraciones*; y cuando estos brazos se han debilitado, ellos han caído. Os digo que hay tentación de enorgullecerse en el púlpito, pero no hay aquí tierra para él; no hay abono para que crezca, aunque crecerá sin necesidad de ninguno. “No tengo por qué gloriarme.” Mas, sin embargo, hay a veces razones para gloriarnos, no reales, sino aparentes para nosotros mismos.

1. ¿Cómo es que un verdadero ministro siente que no tiene “por qué gloriarse”? En primer lugar, *porque es consciente de sus propias imperfecciones*. Creo que ningún hombre podrá formarse jamás una opinión más justa de sí mismo que aquel que está llamado a predicar continua e incesantemente. Una vez hubo un hombre que creyó poder predicar, y cuando le fue permitido el acceso al púlpito, sintió que las palabras no fluían de sus labios tan libremente como él esperaba, y en lo sumo del azoramiento y temor, se inclinó sobre el púlpito y dijo: “Amigos míos, si subieseis aquí se os quitaría toda vuestra vanidad”. En efecto, yo también creo que así *ocurriría* a muchos, si intentaran alguna vez probar sus dotes de predicador; desaparecería de ellos su vanidad crítica, y les haría pensar que, después de todo, no es una tarea tan fácil como parece. El que mejor predica es el que siente que lo hace peor; el que ha concebido en su mente un modelo elevado de lo que debiera ser la elocuencia y la súplica ardiente sentirá cuán lejos está de alcanzarla. Él, mejor que nadie, podrá reprocharse a sí mismo porque conoce su propia deficiencia. No creo que cuando un hombre hace algo bien, va a gloriarse necesariamente en ello. Por otro lado, creo que él será el mejor juez de sus propias imperfecciones y las verá más claramente. Él sabe mejor que nadie lo que debiera ser. Los demás miran y contemplan, y creen que es maravilloso, pero para él es maravillosamente absurdo, y se retira preguntándose por que no lo habrá hecho mejor. Todo verdadero ministro sentirá su deficiencia. Se comparará con hombres de la talla de Whitefield, con predicadores como los de los tiempos de los puritanos, y dirá: “¿Qué soy yo?; parezco un enano al lado de un gigante, una hormiga al lado de una montaña”. Los domingos por la noche, cuando se retira a descansar, da vueltas en la cama, porque siente que ha fracasado, que no ha tenido ese ardor, esa solemnidad y esa angustia mortal en su alma que hubieran sido necesarios. Se acusará de no haberse detenido lo suficiente en determinada parte de su sermón, de haber evitado ciertos puntos, de no haber sido lo explícito que debiera en algún tema, o de haberse extendido demasiado en otro. Verá sus propias faltas, porque Dios, cuando sus hijos han procedido mal, les amonesta durante la noche. No necesitamos que los demás nos reprochen; el mismo Dios se ocupa de nosotros. Aquel a quien Dios más honra se estimara el más inútil.

2. Otro medio para que no nos gloriemos es el hecho de que Dios nos recuerda que *todos nuestros dones son prestados*. Precisamente esta mañana me ha sido recordada de una forma notable esta gran verdad, al leer en un diario la siguiente noticia: “La semana pasada, el tranquilo barrio de New Town vio turbada su paz por un suceso que conmovió a toda la vecindad. Un caballero de buena posición y alto nivel universitario había venido padeciendo durante los últimos meses enajenación mental. Debido a su desequilibrio se había visto obligado a dejar su ocupación como director de una academia para muchachos, viviendo durante algún tiempo completamente solo en una casa del mencionado barrio. Ultimamente, el propietario del inmueble consiguió una

orden de desahucio. Al ser llevada a cabo la expulsión, fue necesario maniatar al trastornado inquilino, el cual, por desgracia, y debido a una falta de organización, hubo de permanecer en los escalones de la entrada, expuesto a la curiosidad del gentío, hasta que finalmente apareció el coche que lo trasladó al manicomio. Uno de sus alumnos (dice el periódico) es Mr. Spurgeon”.

¡El hombre de quien aprendí todo mi saber humano es ahora un peligroso lunático recluido en un manicomio! Cuando leí aquello, sentí que se doblaban mis rodillas con humildad para dar gracias a mi Dios de que mi razón aun permanezca lucida y aun no la haya abandonado su vigor. ¡Oh, cuán agradecidos debiéramos estar de poder conservar nuestros talentos y nuestras facultades mentales! Nada podía haberme afectado tanto. Aquel que un día fuera mi preceptor, un hombre lleno de habilidad y genio, helo ahí, caído, ¡completamente caído! Con cuánta rapidez desciende de su alto pedestal la naturaleza humana, hundiéndose hasta un nivel inferior al de los animales irracionales. ¡Benedicid a Dios, amigos míos, por vuestros talentos!, ¡dadle gracias por vuestra razón! No nos damos cuenta del valor que tienen y del servicio que nos prestan, hasta que los perdemos. Cuidad de vosotros mismos, no sea que digáis “Ésta es la gran Babilonia que yo edificué”; porque recordad que tanto la trulla como la argamasa deben venir de Él. La vida, la voz, el talento, la imaginación, la elocuencia, son dones de Dios, y el que los ha recibido mayores, debe sentir que la égida del poder pertenece a Dios, porque Él ha dado poder a su pueblo y fuerza a sus siervos.

3. Otra respuesta más a esta pregunta: otro medio del que se vale Dios para preservar a sus ministros de gloriarse es el siguiente: *Les hace sentir constantemente su dependencia del Espíritu Santo*. Confesemos que algunos no la sienten. Hay quienes se atreven a predicar sin el Espíritu de Dios, o sin implorar sus gracias. Mas creo que ningún hombre que sea realmente comisionado por el cielo osara proceder de esa forma, pues sentirá la necesidad del Espíritu. Una vez, mientras predicaba en Escocia, parecióle bien al Espíritu de Dios desampararme; el resultado fue que no pude hablar como normalmente lo hago. Me vi obligado a decir a mi auditorio que habían sido quitadas las ruedas al carro, y que este se arrastraba con mucha dificultad. Desde entonces he sentido el beneficio de aquel día. Me humilló amargamente, hasta tal punto que me hubiera arrastrado hasta introducirme en un agujero, para esconderme en el más oscuro rincón de la tierra. Sentí como si no fuera a hablar más en el nombre del Señor, y entonces vino a mi el pensamiento: “¡Oh!, eres una criatura ingrata: ¿No ha hablado Dios por tu boca cientos de veces? ¿Vas a reconvenirle por no haberlo hecho así esta vez?

Agradécele más bien que haya sido tu sostén durante tantas otras veces; y, si por una vez se ha apartado de ti, admira su bondad, ya que así puede mantenerte humilde”. Hay quienes podrán creer que fue la falta de estudio y preparación la que me llevó a aquella situación; mas puedo afirmaros honradamente que no fue así. Yo creo que estoy obligado a entregarme a la lectura para no tentar al Espíritu procediendo de una forma descuidada. Tengo costumbre, porque lo estimo un deber, de tomar un sermón de mi Maestro y rogarle que lo grabe en mi mente; y en aquella ocasión, creo que lo había preparado aun más cuidadosamente que de ordinario, de manera que no fue la falta de preparación la razón de aquel incidente. La explicación es simplemente que “el viento de donde quiere sopla”, y no siempre es huracanado; a veces permanece en calma. Por ello, si confío en el Espíritu, no puedo esperar que se manifieste siempre en mí en la misma medida. ¿Qué puedo hacer sin esa influencia celestial a la que se lo debo todo? Dios humilla a sus siervos con este pensamiento. Él nos enseña cuánto lo necesitamos. No nos dejará creer que hacemos algo por nosotros mismos. “No”, dice, “no tendrás nada de que jactarte. Yo te abatiré. Piensas que estás haciendo algo, pero yo te mostraré lo que eres sin mí.” “¡Sansón, los filisteos sobre ti!” Se imaginaba que podía deshacerse de ellos, mas los filisteos le echaron mano y le sacaron los ojos. Su gloria desapareció, porque confió en sí mismo y no en Dios. A cada ministro le será dado sentir su dependencia del Espíritu, para que pueda entonces decir, plenamente convencido, las palabras de Pablo: “Pues bien que anuncio el Evangelio, no tengo por qué gloriarme”.

III. Por último, consideraremos la tercera pregunta: ¿CUÁL ES ESA NECESIDAD QUE NOS HA SIDO IMPUESTA DE PREDICAR EL EVANGELIO?

1. *En primer lugar, una gran parte de esa necesidad reside en la vocación misma.* Si alguien es llamado verdaderamente por Dios al ministerio, le desafío a que intente eludir este llamamiento. El que realmente tenga en su interior la inspiración del Espíritu Santo instándole a predicar, no podrá dejar de hacerlo. Tendrá que predicar. Como un fuego ardiente metido en sus huesos, así será esa influencia hasta que brille. Los amigos tratarán de reprimirle, los enemigos le criticarán, los escarnecedores harán mofa de él, pero ese hombre será indomable; deberá predicar, si ha sido llamado del cielo. Si todo el mundo lo abandona, predicará a las yermas cumbres de las montañas. Si su vocación es divina y no tuviere congregación, predicará al murmullo de las cataratas, y hará que los arroyos oigan su voz. No podrá permanecer callado. Será una voz que clama en el desierto: “Aparejad el camino del Señor”. Creo que es tan imposible impedir a un ministro que hable, como evitar que parpadeen las estrellas del cielo. Más fácil sería secar una caudalosa catarata bebiéndosela con una tacita, que hacer callar al que realmente ha sido llamado. Si el hombre es movido por el cielo, ¿quién le detendrá? Si ha sido impulsado por Dios, quien obstruirá su camino? Volando con alas de águila, quien podrá encadenarle? ¿Quién sellará sus labios, si habla con voz de serafines? ¿No es Su palabra como un fuego en mi interior? ¿No la anunciaré, si Dios la ha puesto allí? Y cuando un hombre habla con palabras del Espíritu, un gozo rayano en lo celestial invade su alma; y cuando acaba, desea volver a empezar. No creo que esos jóvenes que predicán una vez a la semana, creyendo haber cumplido con su deber, sean llamados por Dios para hacer grandes obras. Creo que si Dios ha llamado a alguien, lo impulsará a hablar constantemente, haciéndole sentir la necesidad de anunciar a todas las naciones las inescrutables riquezas de Cristo.

2. Pero hay algo más que nos hará predicar: sentiremos sobre nosotros el “¡ay de mí!” si no anunciamos el Evangelio; sentiremos sobre nosotros *la triste miseria de este pobre mundo caído*. ¡Oh, ministro del Evangelio!: ¡párate un momento a considerar a tus desdichados semejantes! ¡Contéplalos como un torrente que corre hacia la eternidad -diez mil cada segundo que pasa-! ¡Mira el final del torrente y ve cómo se precipitan en tropel las almas en el abismo! Piensa que cada hora que pasa los hombres se condenan por millares, y que cada vez que late tu pulso un alma abre los ojos en el infierno, encontrándose entre tormentos. Piensa cómo los hombres aceleran sus pasos hacia la destrucción; cómo “el amor de muchos se enfría” y se “multiplica la maldad”. ¿No te ha sido impuesta necesidad? ¿No dices: “Ay de mí si no anunciara el Evangelio”? Pasea una tarde por las calles de Londres cuando ha anochecido y la oscuridad presta su velo a la gente; ¿no observas cómo se apresura aquel libertino a sus malditas acciones? ¿No sabes que cada año se arruinan miles y decenas de miles? Desde las salas de los hospitales y de los manicomios sale una voz: “Ay de ti si no anuncias el Evangelio”. Ve esos enormes edificios de gruesas paredes; entra en sus celdas y ve en ellas a los delincuentes, que han pasado sus vidas en el pecado. Dirige tus pasos, de cuando en cuando, a la triste plaza de Newgate, y contempla allí los cuerpos de los asesinos que penden de la horca. De cada prisión, de cada correccional y de cada patíbulo, sale una voz que te dice: “Ay de ti si no anuncias el Evangelio”. Acércate a los lechos de muerte, y mira cómo parten los hombres en la ignorancia, sin conocer los caminos de Dios. Repara en su terror al acercarse a su Juez sin haber sabido nunca que significa ser salvo, ni conocer el camino. Oye la voz, mientras los ves aproximarse a su Hacedor: “Ay de ti si no anuncias el Evangelio”. Visita otros lugares, si prefieres. Camina por cualquier calle de esta gran metrópoli, y detente ante una puerta de la que oigas salir música, cánticos y sonido de campanas, pero donde impera la ramera de Babilonia, y donde las mentiras son predicadas como verdad; y cuando vuelvas a casa, y pienses en el papismo y en el “puseismo” (1), oirás la voz que te grita: “Ay de ti si no anuncias el Evangelio”. Entra en el hogar del impío, donde el nombre de su Hacedor es blasfemado, o asiste al teatro donde se representan obras disolutas y licenciosas, que de todos estos antros de perdición se elevará la voz que dice: “Ministro, ay de ti si no predicas el Evangelio”. Y para terminar, da tu último paseo hasta el lugar de los condenados, visita los abismos del averno y párate a escuchar como

«Se elevan los quejidos; ayes atormentados Y gritos de agonía de los desesperados».

Arrima tu oído a las puertas del infierno y, durante un momento, presta atención a la terrible barahúnda de alaridos y lamentos de tortura que desgarraran tu oído; y cuando regreses de aquel lugar de pesadilla, con el alma aterrorizada

(1) Movimiento pro-católico en el seno de la iglesia anglicana, promovido principalmente por Pusey, en los tiempos del avivamiento metodista. (N. del E.) aun por aquella lúgubre sinfonía, oirás la voz: “¡Ministro!, ¡ministro!, ay de ti si no anuncias el Evangelio”. Con sólo tener ante nuestros ojos todas estas cosas, debemos predicar. *¡Dejad de predicar!, ¡dejad de predicar!* Aunque el sol apague su luz, predicaremos en la oscuridad; aunque el mar detenga el movimiento de sus mareas, nuestra voz seguirá predicando el Evangelio; aunque la tierra deje de girar y los planetas cesen en su movimiento, aun así, predicaremos el Evangelio. Hasta que las ígneas entrañas de la tierra estallen por todas las costuras de sus montañas de bronce, continuaremos predicando el Evangelio; hasta que la conflagración universal deshaga el planeta, y la materia sea desintegrada, estos labios, o los de cualquier otro que haya sido llamado por Dios, seguirán tronando la voz de Jehová. No podemos evitarlo. “Nos ha sido impuesta necesidad; y ¡ay de nosotros si no anunciáramos el Evangelio!”

Y ahora, mis queridos oyentes, una palabra para vosotros. Muchos de los presentes sois verdaderamente culpables a los ojos de Dios, porque no *predicáis* el Evangelio. No creo que de las mil quinientas o dos mil personas que asisten a esta reunión, hasta donde alcanza mi voz, no haya ninguna apta para predicarlo. No tengo tan pobre opinión de vosotros como para crearme superior en inteligencia a la mitad de los que aquí estáis, o aun en poder para anunciar la Palabra de Dios. Pero suponiendo que lo fuera, no puedo pensar que yo tenga tal congregación que no haya entre todos quien tenga dones y talentos que le capaciten para predicar la Palabra. Es costumbre en la Iglesia Bautista Escocesa, que todos los hermanos, el domingo por la mañana, dirijan una exhortación; no tienen un pastor que predique de modo regular en tales ocasiones, sino que cualquiera, si lo desea, puede levantarse y hablar. Esto está muy bien; pero me temo que muchos hermanos que no están capacitados serían los más grandes oradores, pues es de todos sabido que los que tienen menos que decir son, normalmente, los que están más tiempo hablando; si yo fuera el presidente de la reunión, les diría: “Hermano, está escrito: “Habla para edificación”. Estoy seguro que no te edificas a ti mismo ni a tu esposa. Sería mejor que trataras de lograr eso primero; y si no lo consigues, no nos hagas perder nuestro precioso tiempo”.

Os digo también, hermanos, que no puedo concebir que haya aquí esta mañana quienes, como flores, “estén malgastando su fragancia en el aire del desierto”, “gemas de los más puros rayos” escondidas en las oscuras cavernas del océano del olvido. Este es un asunto muy serio. Si hubiera un talento en la iglesia de Park Street, es necesario que se desarrolle. Si hubiera predicadores en mi congregación, dejémosles predicar. Muchos ministros consideran muy importante probar a los jóvenes sobre el particular. He aquí mi mano para ayudar a cualquiera de vosotros que crea poder hablar a los pecadores del amado Salvador que habéis encontrado. Me gustaría descubrir gran número de predicadores entre vosotros. Plugiera a Dios que todos los siervos del Señor fuesen profetas. Hay muchos que deberían serlo, sólo que tienen miedo; bien, habremos de buscar algún sistema que os libere de vuestra timidez. Es terrible pensar que, mientras el demonio usa a todos sus siervos en su obra, haya siervos de Cristo que estén adormilados. Jóvenes, id a vuestras casas y examinaos a vosotros mismos, y ved cuales sean vuestros talentos; y si encontráis que los tenéis, juntad una docena de pobres personas en una humilde habitación y decidles lo que deben hacer para ser salvos. No es necesario que aspiréis a ser ministros y a vivir del ministerio, aunque si a Dios le placiera que así fuera, deseadlo también. El que desea obispado, buena cosa desea. En todo caso buscad algún modo de predicar el Evangelio de Dios. He predicado este sermón, especialmente, porque quiero iniciar un movimiento que alcance a otros lugares. Necesito encontrar en mi iglesia, si fuera posible, a quienes quieran proclamar el Evangelio. Y tened en cuenta esto: Si tenéis en vosotros talento y poder, ¡ay de vosotros si no anunciáis el Evangelio!

Pero, ¡oh!, amigos míos; si pobres de nosotros si no predicamos el Evangelio, ¿qué será de los que oís y no queréis recibirlo? Quiera Dios que ambos podamos escapar de tal maldición. Quiera Dios, también, que su Evangelio nos sea olor de vida para vida, y no olor de muerte para muerte.

IV. EL PROPÓSITO DE LA LEY

«¿Pues de qué sirve la ley?» (Gálatas 3:19).

El apóstol, por medio de un ingeniosísimo y convincente argumento, prueba que la ley no fue jamás designada por Dios para la justificación y salvación del hombre. Nos dice que Dios hizo un pacto con Abraham mucho antes de que la ley fuese dada en el monte Sinaí; que Abraham no estuvo presente en el Sinaí, y que, por lo tanto, su aquiescencia no pudo dar lugar a ninguna alteración del pacto hecho allí- y también que nunca fue requerido el consentimiento de Abraham para introducir alteración alguna en el pacto, sin cuyo consentimiento éste no podía haber sido variado legalmente; declarando además que el pacto permanente firme y duradero, dado que fue hecho a Abraham y a su simiente. “Esto, pues, digo: Que el contrato confirmado de Dios para con Cristo, la ley que fue hecha cuatrocientos treinta años después, no lo abroga, para invalidar la promesa. Porque si la herencia es por la ley, ya no es por la promesa; empero Dios por la promesa hizo la donación a Abraham.” Por ello, ni herencia ni salvación algunas pueden ser obtenidas por medio de la ley. Ahora bien, el extremismo es el error de la ignorancia. Cuando los hombres creen una verdad la llevan hasta el extremo de negar otra, y muy frecuentemente la aserción de una verdad cardinal conduce al hombre a generalizar otros particulares, falseando así la verdad. - La objeción supuesta puede ser expresada con las siguientes palabras: “Tú dices, oh Pablo, que la ley no puede justificar; así pues, la ley ciertamente no tiene ninguna utilidad en absoluto. ¿Pues de qué sirve la ley?, ¿cuál es su fin, si no puede salvar al hombre?, ¿para qué fue escrita, si no puede por sí misma llevar al hombre al cielo?, ¿no es, pues, algo inútil?” El apóstol pudo haber contestado a sus antagonistas con una mirada despectiva; pudo decirles: “¡Oh!, insensatos y tardos de corazón para entender. ¿Es acaso de completa inutilidad el que una cosa no esté destinada para todos los fines? ¿Diríais tal vez que el hierro carece de utilidad por no ser comestible?, ¿o tiraríais el oro, diciendo de él que es escoria sin valor alguno por el hecho de no servir al hombre de alimento? Y sin embargo, con vuestras necias suposiciones procedéis así; ya que, porque he dicho que la ley no puede salvar, me habéis preguntado neciamente que cuál es su utilidad, imaginando ignorantemente que la ley de Dios no sirve para nada, y que carece de todo valor”.

Normalmente, son dos clases de personas las que aducen esta objeción. En primer lugar, los quisquillosos, a quienes no les gusta el Evangelio y desean encontrar en él toda clase de defectos. Éstos podrán muy bien decirnos qué es lo que no creen, pero nunca podrán decirnos qué es lo que creen. Éstos suelen enfrentarse con los sentimientos y doctrinas de los demás, pero si alguien les pidiera que escribiesen sus propias opiniones, no sabrían como hacerlo. Su ingenio no parece más agudo que el de un mono; capaz de desbaratarlo todo, pero incapaz de arreglar nada. Los segundos son los antinomianos. Estos son los que dicen: “Sí, yo creo que soy salvo por gracia”; pero luego infringen la ley diciendo que ésta no les obliga ni aun como regla de vida. Y así, preguntando: “¿Pues de qué sirve la ley?”, la tiran como un mueble viejo que sólo sirve para el fuego por el hecho cierto de que no tiene utilidad para salvar sus almas. Sin embargo, una cosa puede tener muchos usos, aunque carezca de uno en particular. Verdad es que la ley no puede salvar, pero igualmente es verdad que la ley es una de las obras más importantes de Dios, merecedora de todos los respetos, y utilísima cuando es empleada por Dios con el propósito para el que fue creada.

Con todo, amigos míos, perdonadme si hago la observación de que esta pregunta es también muy natural. Si leéis la doctrina del apóstol Pablo, comprobaréis que declara que la ley condena al hombre. Pues bien, durante un momento vamos a echar ahora una ojeada a las obras de la ley en el mundo. ¡Mirad! Veo como es entregada en el monte Sinaí. Aun la montaña se estremece de temor. Los truenos y los relámpagos forman el cortejo de aquellas terribles sílabas que ablandan el corazón de Israel. Todo el Sinaí humea. El Señor vino de Parán, y el Santo del monte Sinaí. “Vino con diez mil santos.” De su boca salió una ley de fuego para ellos. Ley de temor ya desde

que fue promulgada. Y desde entonces, una terrible lava de venganza ha bajado por las laderas del Sinaí para inundar, destruir, incendiar y consumir a toda la raza humana. Pero Jesucristo ha contenido este horrible torrente, y ha instado a la quietud a sus ígneas olas. Si pudieseis contemplar al mundo sin Cristo, simplemente bajo la ley, veríais un mundo en ruinas, un mundo con el negro sello de Dios sobre él, sellado y lacrado para la condenación; veríais a los hombres poner las manos sobre sus lomos y gemir toda la vida, si supiesen su condición; veríais a los hombres y mujeres arruinados y perdidos; y en las regiones más alejadas, contemplaríais la fosa cavada para el impío, en la cual, sin el Evangelio de Jesucristo nuestro Redentor, debía haber sido arrojada toda la tierra, si la ley hubiese cumplido su misión. ¡Ay!, amados míos, la ley es una gran inundación que habría anegado al mundo con aguas peores que las del diluvio de Noé; es un enorme incendio que habría hecho arder la tierra con mayor destrucción que la que cayó sobre Sodoma; es un ángel implacable, con espada sedienta de sangre y con alas de destrucción y muerte; es un gigante destructor arrasando las naciones; es el gran mensajero de la venganza de Dios enviado al mundo. Sin el Evangelio de Jesucristo, la ley no es más que la voz condenatoria del tronar de Dios contra la humanidad. "¿Pues de qué sirve la ley?", podemos preguntarnos lógicamente. Será de alguna utilidad para el hombre?, ¿puede ese Juez que se coloca el negro birrete para condenarnos a todos, esa ley del Presidente del Tribunal Supremo de la Justicia, ayudar al hombre en su salvación? Sí, puede; y si Dios me ayuda en mi predicación, veréis como lo hace. "¿Pues de qué sirve la ley?"

1. El primer objetivo de la ley *es revelar al hombre su culpa*. Cuando Dios se propone salvar a alguien, lo primero que hace es enviarle la ley para mostrarle cuán culpable, ruin y vil es, y en la posición tan peligrosa en que se encuentra. Ved a ese hombre situado al borde del precipicio; está completamente dormido, y exactamente en el peligroso límite del acantilado. Un simple movimiento y caerá al vacío estrellándose contra las puntiagudas rocas del fondo, y nunca más se sabrá de él. ¿Cómo podrá salvarse?, ¿qué podemos hacer por él?, ¿qué se puede hacer? Ésta es nuestra posición, también nosotros yacemos al borde de la ruina, pero permanecemos indiferentes a ella. Cuando Dios quiere salvarnos de un peligro tan inminente, manda su ley, la cual, de una fuerte sacudida, nos despierta, nos hace abrir los ojos; bajamos la vista hacia el abismo, descubrimos nuestras miserias, y es entonces cuando estamos en verdaderas condiciones de pedir la salvación, y la salvación viene a nosotros. La ley actúa en el hombre como el médico, cuando quita la nube del ojo del ciego. Los hombres que se creen justos son ciegos, aunque se consideran a sí mismos buenos e intachables. Pero la ley quita esta nube y permite que descubran cuán viles son y cuán totalmente perdidos y condenados están, si todavía continúan bajo su maldición. Empero, en lugar de tratar esto desde el punto de vista doctrinal, lo haré desde el práctico, tocando la cuerda sensible de vuestras conciencias. Queridos oyentes, ¿no os redarguye de pecado la ley de Dios esta mañana? Bajo la mano del Espíritu de Dios, ¿no os hace sentir que habéis sido culpables y merecéis la perdición, que habéis incurrido en la terrible ira de Dios? ¡Oídme!, ¿no habéis quebrantado esos diez mandamientos ni siquiera en la letra?, ¿hay aquí entre vosotros alguno que haya honrado siempre a sus padres?, ¿quién de nosotros ha dicho siempre la verdad?, ¿quién no ha levantado un falso testimonio contra su vecino?, ¿hay aquí alguno que no haya hecho para sí mismo un dios, que no se haya amado, o a sus negocios, o a sus amigos, más que a Jehová el Dios de toda la tierra?, ¿quién de vosotros no ha codiciado la casa de su vecino, o su criado, o su buey, o su asno? Todos somos culpables de cada palabra de la ley; todos hemos transgredido los mandamientos, y si realmente los comprendemos, y sentimos su condenación, habrán cumplido en nosotros el beneficioso propósito de mostrarnos el peligro, impulsándonos así a acudir a Cristo. Pero, queridos oyentes, esta ley os condena, no porque hayáis dejado de guardar su letra, sino porque habéis quebrantado su espíritu. Porque, aunque nunca hayáis matado, la ley nos dice que el que se enoja con su hermano es un asesino. Como decía una vez un negro: "Señor, yo creía que no había matado, que era inocente pero cuando oí que el que odia a su hermano es un asesino, me considere culpable, porque muchas veces he matado a más de veinte hombres antes de abrir los ojos a la luz del día, al enfurecerme contra ellos". La ley no sólo abarca lo que dice en palabras, sino que encierra cosas profundas en sus entrañas. Dice: "No cometerás adulterio"; pero toda su

extensión la expresó Jesús, cuando dijo: “Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”. Dice: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano”; significando que debemos reverenciar a Dios en todo lugar, tener su temor ante nuestros ojos, respetar siempre sus mandamientos y andar en su veneración y amor. Sí, hermanos, seguramente no habrá aquí nadie tan temerario y pagado de su propia justicia que sea capaz de decir: “Soy inocente”. El espíritu de la ley nos condena. Y ésta es su beneficiosa característica: Nos humilla, nos hace conocer nuestra culpabilidad, y, de esta forma, nos lleva a recibir al Salvador.

Fijaos en esto también, mis queridos oyentes: *una sola infracción de esta ley es suficiente para condenarnos eternamente*. El que quebranta la ley en un punto, es culpable de todos. La ley exige que obedezcamos cada uno de sus mandamientos, y si ofendemos en uno, ofendemos en todos. Es como un jarrón de perfecta hechura; si queréis destruirlo no es necesario hacerlo añicos; con sólo hacerle la más pequeña fractura, habréis destruido su perfección. Se trata, pues, de una ley perfecta a la que estamos obligados a obedecer a la perfección. Si la infringimos una sola vez, aunque nunca más volviéramos a hacerlo, no podríamos esperar de ella más que la voz acusadora: “Estás condenado, estás condenado, estás condenado”. Enfocando el tema bajo este aspecto, ¿no debería despojar la ley a muchos de nosotros de toda nuestra jactancia?; ¿quién de nosotros podría levantarse y decir: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres”? Ciertamente no habrá ninguno que se vaya a su casa y diga: “He dado el diezmo de la menta y el comino; he guardado todos los mandamientos desde mi juventud”. No, sino que, si esa ley ha tocado la conciencia y el corazón, diremos como el publicano: “Dios, se propicio a mí, pecador”. La única razón por la que el hombre se cree justo es porque no conoce la ley, y no conociéndola, cree que nunca la ha quebrantado. Hay algunos de vosotros, personas muy honorables, que estáis convencidos de haber sido tan buenos que podríais ir al cielo por vuestras propias obras. No lo decís así, ciertamente, pero en vuestro interior lo pensáis. Habéis recibido devotamente los sacramentos; habéis sido sumamente piadosos asistiendo asiduamente a vuestra iglesia o capilla; sois buenos con el pobre, generosos y honrados, y decís: “Seré salvo por mis obras”. No, señor; contempla la llama que vio Moisés, y estremécete, tiembla y desespera. La ley no puede hacer nada por nosotros, si no es condenarnos. Lo máximo que puede lograr es sacarnos de nuestra jactancioso justicia y conducirnos a Cristo. Pone su peso sobre nuestras espaldas, y nos hace clamar a Cristo para que nos descargue. Es como una lanceta que sondea la herida. Es, haciendo uso de una parábola, como cuando un oscuro sótano ha permanecido cerrado durante años y está lleno de repugnantes bichos; podemos andar por él, sin saber que están allí. Mas llega la ley, baja los postigos, da paso a la luz, y entonces descubrimos la perversidad de nuestro corazón, la impiedad de nuestras vidas, y nos hace caer sobre nuestro rostro gritando: “Señor, sálvame o perezco. Oh, sálvame por tu misericordioso amor, o de lo contrario naufragaré”. ¡Oh! vosotros que en estos momentos estáis aquí, los que confiáis en vuestra propia justicia, los que pensáis que sois tan buenos que podríais subir al cielo por vuestras obras -caballos ciegos dando vueltas perpetuamente al molino sin adelantar ni una sola pulgada-, ¿pensáis poner la ley sobre vuestros hombros como Sansón hizo con las puertas de Gaza?, ¿os imagináis que podéis guardar perfectamente esta ley de Dios?, ¿osaréis decir que no la habéis quebrantado? No, con toda seguridad; confesaréis, aunque sea de pensamiento: “Me he rebelado”; y en tal caso sabe esto: la ley no puede hacer nada por ti para perdonarte. Su obra será hacerte sentir que no eres nada, que puede despojarte, que puede triturarle, que puede matarte; pero jamás resucitarle, ni vestirte, ni lavarte, porque nunca fue propuesta para esto. Querido oyente, ¿estás esta mañana triste a causa del pecado?, ¿sientes que has sido culpable?, ¿reconoces tus delitos?, ¿confiesas tus extravíos? Escúchame entonces como embajador de Dios. Él tiene misericordia de los pecadores. Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores, y aunque hayas quebrantado la ley, Él la guardó. Toma su justicia como tuya. Entrégate a Él. Ven a Él ahora, despojado y desnudo, y cúbrete con sus vestiduras. Ven a Él manchado y sucio, y lávate en la fuente abierta para el pecado y la impureza; y entonces sabrás “de que sirve la ley”. Este es el primer punto.

II. Entremos ahora en el segundo: *La ley sirve para matar toda esperanza de salvación por medio de una vida reformada*. Muchos hombres, cuando se reconocen culpables, prometen

reformarse. Dicen: “Soy culpable y merezco la ira de Dios, pero de ahora en adelante procuraré hacer a copio de méritos que contrapesen todos los pecados de mi alma”. Mas la ley les sale al encuentro, pone su mano sobre la boca del pecador y le dice: “Detente, no podrás hacerlo, es imposible”. Os demostraré cómo procede la ley. Una de sus formas es recordando al hombre que *la obediencia futura no expía los delitos pasados*. Suponed, haciendo uso de un caso muy corriente para que aun los más sencillos puedan comprenderme plenamente, que tenéis en la tienda una cuenta que ha ido aumentando y que ahora no podéis pagar. Vais a la señora Brown, la tendera, y le decís: “Lo siento, señora, mi marido está parado”, etc. etc. “Sé que nunca podré pagarle, pues es mucho lo que le debo- pero yo le prometo que, si me perdona esto, nunca más volveré a contraer deudas con usted, siempre pagaré al contado.” “Sí”, os dirá ella, “pero esto no saldrá nuestra cuenta. Si usted piensa pagarme lo que compre, no hará más que cumplir con su obligación; pero y las cuentas pasadas?, ¿cómo serán saldadas? No van a quedar liquidadas por lo que me abone posteriormente.” Esto es lo que hacen los hombres con respecto a Dios. “Es verdad”, dicen, “reconozco que me he extraviado; pero no lo volveré a hacer.” ¡ah!, ya va siendo hora de que deseches ese lenguaje infantil. Al aferrarte a tal esperanza sólo demuestras tu completa falta de juicio. ¿Podéis acaso borrar vuestras transgresiones con la obediencia futura? ¡Ah!, no. La antigua deuda ha de ser satisfecha de algún modo. La justicia de Dios es inflexible, y la ley te dice que ninguno de tus propósitos servirá de expiación por lo pasado. Es necesario que recibas la expiación a través del Señor Jesucristo. “Pero”, dice el hombre, “me esforzaré y seré mejor; y así creo que alcanzaré misericordia.” Y entonces es cuando hace su aparición la ley, que dice: “Vas a intentar guardarme, ¿verdad? Pero yo te digo que no podrás”. *La perfecta obediencia en el futuro es imposible*. Y son mostrados los diez mandamientos, y si algún pecador despierto los mira, volviendo su rostro exclama: “Me es imposible guardarlos”. “¿Y tú, hombre, decías que serías obediente en el futuro? No lo fuiste en el pasado, y no hay probabilidad de que lo seas en lo porvenir. Dices que no caerás en las mismas maldades de antaño, mas no podrás cumplir lo que dices. “¿Mudará el etíope su piel y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer el bien estando habituados a hacer el mal?” Tú dirás: “Pondré más empeño en mis caminos”. “No lo harás; la tentación que ayer te venciera, volverá a vencerte mañana. Pero, además, date cuenta de esto: Si pudieras, no ganarías por ello la salvación.” La ley te dice que, a menos que obedezcas perfectamente, no puedes ser salvado por tus hechos; te dice que un solo pecado la quebrará por entero, que una sola transgresión echará a rodar toda tu obediencia. Es una vestidura inmaculada lo que has de llevar en el cielo. Sólo una ley inviolada puede ser aceptada por Dios.

Así pues, la ley responde a este propósito: decir a los hombres que sus perfeccionamientos, sus enmiendas y sus acciones, no tienen absolutamente ningún valor en cuanto a la salvación. Que lo que a ellos les toca es venir a Cristo, obtener un nuevo corazón y un espíritu recto; obtener el arrepentimiento evangélico, del cual no tienen por qué arrepentirse, para que pongan su confianza en Jesús y reciban perdón por su sangre. “¿De qué sirve la ley?” Tiene, como decía Lutero, la utilidad de un martillo. Lutero, como vosotros sabéis, es muy enérgico sobre este particular. Nos dice: “Hay algunos que por contenerse de pecados manifiestos (como el fariseo que nos narra el evangelio), que por no ser asesinos, adúlteros, ni ladrones, juran ser justos y se forman a su medida su propia opinión de la justicia, presumiendo de sus méritos y buenas obras. Los tales no pueden ser modificados y humillados por Dios para que puedan apercibirse de su miseria y condenación, si no es por medio de la ley; porque ella es el martillo de la muerte, el tronar del infierno y el relampaguear de la ira de Dios, y ella es la que pulveriza a los obstinados e insensatos hipócritas. Porque mientras more en el hombre la idea de la justicia, morara en él el orgullo incomprendible, la presunción, la seguridad, el odio a Dios, el menosprecio de su gracia y misericordia, y la ignorancia de Sus promesas y de Cristo. La predicación de la libre remisión de pecados por medio de Cristo no puede penetrar en el corazón de tal clase de hombres, ni pueden experimentar su olor y sabor, porque esa endurecida roca y diamantino muralla, es decir, el concepto de la justicia en la cual está envuelto el corazón, lo impide. Por consiguiente, la ley es aquel martillo, aquel fuego, aquel grande y poderoso viento, y aquel terrible terremoto que rompía los montes y quebraba las penas (I Reyes 19:11-13), es decir, los orgullosos y obstinados hipó-

critas. Elías, no pudiendo soportar los horrores de la ley que está representada en todas estas cosas, cubrió su rostro con su manto. No obstante, -cuando cesó la tempestad que había presenciado, apareció un silbo apacible y delicado en el cual estaba el Señor; pero fue necesario que la tempestad de fuego y viento, y el terremoto, pasaran antes de que el Señor se revelase en aquel viento apacible”.

III. Y ahora, demos un paso más hacia adelante. Y los que conocéis la gracia de Dios podréis muy bien seguirme en él. *La ley tiene por objeto mostrar al hombre la miseria que caerá sobre él a causa del pecado.* Hablo por experiencia, a pesar de ser joven; y muchos de los que me estáis escuchando oiréis esto con verdadero interés, porque vosotros habéis tenido la misma experiencia. Hubo un tiempo en que yo, a pesar de mi juventud, sentí con gran dolor la maldad del pecado. Mis huesos envejecieron en mi gemir todo el día. Día y noche la mano de Dios cayó duramente sobre mí. Durante una época me asustó con visiones y me aterrorizó por medio de sueños; cuando de día sentía hambre de liberación, porque mi alma ayunaba en mí, tenía miedo de que el mismísimo cielo cayera sobre mí cabeza para aplastar mi alma culpable. La ley de Dios se había apoderado de mi ser, mostrándome mi corrupción. Por la noche, si dormía, sonaba con el pozo del abismo, y cuando despertaba aún sentía el horror de mis sueños. Subía a la casa de Dios y mi canción era como un gemido. Me retiraba a mi aposento y allí, con lágrimas y quejidos, elevaba mi oración sin refugio ni esperanza. Entonces podía decir con David: “El búho es mi amigo, y el avetoro mi compañero”, porque la ley de Dios me flagelaba con su látigo de diez colas, y luego me friccionaba con salmuera de tal forma que me hacia estremecer y temblar de dolor y angustia. Y era tal mi aflicción, que mi alma prefería la muerte a la vida. Algunos de vosotros habéis sentido lo mismo. La ley fue enviada con ese fin. Pero vosotros os preguntaréis: “¿Qué necesidad había de esa miseria?” Y yo os respondo que esa miseria fue puesta para hacernos clamar a Jesús. Normalmente, nuestro Padre celestial no nos hace suplicar a Jesús hasta que nos ha arrancado a punta de látigo de la confianza en nosotros mismos; Él no puede hacernos desear ardientemente el cielo, sin antes habernos hecho sentir las insostenibles torturas de una conciencia dolorida, como anticipo del infierno. ¿No recordáis, queridos oyentes, cuando por la mañana os levantabais, y lo primero que hacíais era coger la “Alarma” de Alleine, o el “Llamamiento” de Baxter? (1) ¡Oh!, aquellos libros, aquellos libros que leía en mi infancia y que devoraba cuando estaba bajo el sentimiento de culpabilidad; leer aquellos libros era como permanecer al pie del Sinaí. Cuando leí a Baxter encontré cosas como estas: “Pecador, recapacita; dentro de una hora puedes encontrarte en el infierno. Piensa que dentro de poco puedes estar agonizando -incluso ahora mismo la muerte esta carcomiendo tu mejilla-. ¿Qué harás sin un Salvador cuando te presentes delante del tribunal de Dios? ¿Le dirás que no tenías tiempo para emplearlo en la religión?; ¿no se convertirá tu excusa en una expresión vacía que el viento se llevaría? ¡Oh! pecador, ¿te atreverás entonces a insultar a tu Hacedor?, ¿te atreverás entonces a mofarte de Él? Recapacita. Las llamas del infierno son abrasadoras y la ira de Dios terrible. Aunque tus huesos fueran de acero y tus costillas de bronce, te estremecerías de terror. ¡Oh!, ¡aunque tengas la fuerza de un gigante, no podrás contender con el Altísimo! ¿Qué harás cuando te destruya y no haya nadie para salvarte?, ¿qué harás cuando dispare sus diez cañones contra ti? El primer mandamiento dirá: ¡Destruyelo, me ha quebrantado! Y el segundo: ¡Condénalo, me ha quebrantado! Y el tercero: ¡Maldícelo, me ha quebrantado! Y de esta manera todos dispararán contra ti; y tu, sin un refugio, sin un sitio donde huir y sin una esperanza en que esperar”. ¡Ah!, no has olvidado los días en que ningún himno te parecía apropiado, sino sólo aquel que empezaba:

«Humíllate ¡oh alma! que solías elevarte; Conversa con la muerte por algunos momentos; Medita en tu agonía cuán letal es su aliento, Y cómo su resuello se corta al contemplarte»,

(1) “An Alarm to the Unconverted”, por Joseph Alleine, y “Call to the Unconverted”, por Richard Baxter. Ambos libros eran bien conocidos en los días de Spurgeon, y de ahí su referencia

tan familiar. El primero de ellos será publicado por nuestra editorial con el título: “La Conversión”. - (N. del E.) o bien aquel otro:

«Ciertamente en mi vida ha de llegar el día, Pues la hora señalada va acortando el camino, En que yo haya de verme ante mi Juez Divino Y deba ser juzgado por su soberanía».

Sí, para esto fue enviada la ley, para convencernos de pecado, para hacernos temblar y estremecer delante de Dios. ¡Oh!, tú que estás pagado de tu propia rectitud, deja que te hable esta mañana con palabras de terrible y ardiente sinceridad. Recordad que está muy próximo el día en que una multitud más numerosa que ésta será reunida en las llanuras de la tierra; cuando, sentado en un gran trono blanco estará el Salvador, Juez de los hombres. He aquí que ya ha llegado; el libro es abierto, la gloria del cielo es manifestada, rica en amor triunfante, y encendida en inextinguible venganza; diez mil ángeles están a cada lado, y tu estas en pie ante el tribunal para ser juzgado. Y bien, hombre pagado de tu propia justicia, dime ahora que ibas a la iglesia tres veces al día. ¡Venga, hombre, dime que guardaste todos los mandamientos”, ¡dime ahora que no eres culpable!, ven ante Él con el recibo de tu menta, tu anís y tu comino! ¿Dónde estás? ¡Oh!, huyes gritando a los montes y a las penas: “Caed sobre no otros y escondednos”. ¿Qué haces? ¿Por qué huyes, tú que eras tan justo en la tierra que nadie osaba hablarte; tú que eras tan bueno y decente? ¡Ven, hombre, cobra ánimo, ven ante tu Hacedor; dile que fuiste honrado, sobrio, respetable, y que mereces ser salvo” ¿Por qué demoras el repetir tus jactancias? ¡Habla, dilo! No, no lo dirás. Veo que sigues huyendo de la presencia de tu Hacedor, dando alaridos. No se hallará ninguno que, estando pagado de su propia justicia, permanezca delante de Él. Pero ¡mirad, mirad!; veo a un hombre que se adelanta de entre la abigarrada multitud, camina con paso firme y ojos risueños. ¿Cómo!, les que hay aquí alguien que ose acercarse al temible tribunal de Dios? ¿Cómo!, ¿hay siquiera uno que se atreva a permanecer delante de su Hacedor? Sí, hay uno; se adelanta y dice: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios?” ¿No te estremeces? ¿No se lo tragarán las montañas de la ira? ¿No lanzará Dios contra él su terrible rayo? No, escucha, mientras continúa resueltamente. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó». Y veo que Dios extiende su mano derecha: “Venid, benditos, heredad el reino preparado para vosotros”. Ahora se cumple el verso que una vez cantaste dulcemente:

“Iré aquel día audazmente ante el Ungido Pues, ¿quién acusará a un predestinado?, ¿Quién, cuando, por su sangre, absuelto ha sido De la maldita ofensa del pecado?”.

IV. Y ahora, mis queridos amigos, como temo cansaros, referiré muy brevemente este pensamiento. “¿Pues de qué sirve la ley?” Fue enviada al mundo para *mostrar el valor de un Salvador*. Lo mismo que el oropel hace resaltar las gemas, y como las manchas negras hacen lo blanco más luminoso, así la ley hace aparecer a Cristo como el Ser más puro y celestial. Oigo a la ley de Dios execrar; ¡cuán dura es su voz! Jesús dice: “Ven a mí”; ¡oh, qué música! La más dulce que podríamos oír después de haber escuchado la voz discordante de la ley. Veo que la ley condena; contemplo a Cristo obedeciéndola. ¡oh, qué infinito es el precio, cuando conozco lo abrumador de la demanda! Leo los mandamientos y los encuentro rigurosos y terriblemente severos; ¡oh, qué santo debe haber sido Cristo para obedecerlos por mí! Nada puede hacerme apreciar tanto a mi Salvador, como el ver que la ley me condena. Cuando sé que esta ley se interpone en mi camino y, como llameante querubín, no me deja entrar en el paraíso, puedo decir cuán dulce y preciosa debe ser la justicia de Jesucristo, que es pasaporte para el cielo y me da la gracia para entrar en él.

V. Y finalmente: “¿Pues de qué sirve la ley?” Fue enviada al mundo para *guardar a los cristianos de confiar en su propia justicia*. ¿Pueden llegar a ser farisaicos los cristianos? Ciertamente que sí. El mejor de ellos difícilmente podrá zafarse de la vanagloria y del orgullo de su rectitud. John Knox, en su lecho de muerte, fue asaltado por su propia justicia. “La ultima noche de su vida en la tierra durmió algunas horas seguidas, durante las cuales lanzó profundos y

fuertes gemidos. Al ser preguntado por qué gemía tan profundamente, respondió: “Durante mi vida he resistido muchos ataques de Satanás, pero en estos momentos me ha atacado más terriblemente que nunca, y ha empleado toda su fuerza para acabar conmigo de una vez. La astuta serpiente se ha esforzado en persuadirme de que he merecido el cielo y la bendición eterna por haber sido fiel en el cumplimiento de mi ministerio. Pero, bendito sea Dios que me ha permitido sofocar este ígneo dardo, recordándome pasajes como éste: “¿Qué tienes que no hayas recibido?” Y. “Por la gracia de Dios soy lo que soy.” Sí, y cada uno de nosotros hemos sentido lo mismo. A veces me han dado ganas de reír cuando algunos de mis hermanos han venido a decirme: “Confío que Dios le conservará humilde”, cuando ellos mismos eran mucho más orgullosos que aquellos a quienes la eminencia hace engreídos. Eran muy sinceros orando para que yo fuera humilde, alimentando sin saberlo su propio orgullo con su fama de humildad. He renunciado hace mucho tiempo a instar a la gente a que sean humildes, porque esto tiende naturalmente a hacerlos orgullosos. Solemos decir: “¡Dios mío!, esta gente teme que me vuelva orgulloso; debo tener algo de que estarlo.” Y añadimos: “Pero, ¡no dejaré que lo noten!”, y tratamos de reprimir nuestro orgullo aunque en realidad, interiormente, somos tan orgullosos como el mismo Lucifer. Encuentro que las personas más soberbias y más pagadas de su propia justicia son aquellas que no hacen nada, que no les preocupa lo más mínimo lo que los demás opinan sobre su propia bondad. La vieja verdad del libro de Job se hace realidad. Sabéis que al principio dice: “Estaban arando los bueyes, y las asnas paciando cerca de ellos.” Y algo semejante ocurre generalmente en el mundo. Los bueyes están arando en la iglesia -hay algunos que trabajan arduamente para Cristo- y las asnas paciando cerca de ellos en las estancias más selectas, y en la parte más fértil de la tierra. Éstas son las personas que más hablan sobre el fariseísmo. ¿Qué hacen? Ni lo suficiente para ganarse la vida, y creen poder ganar el cielo. Se sientan, se cruzan de brazos, y están plenamente convencidos de su justicia, porque de vez en cuando dedican algo de dinero a obras de caridad. No hacen nada, y no obstante se vanaglorian de su propia rectitud. Y con los cristianos pasa lo mismo. Si Dios te hace laborioso y te mantiene entregado a su servicio, es menos probable que te envanezcas con tu propia rectitud que si no haces nada. Pero de todas formas, siempre existe una tendencia natural a ello. Por esta razón, Dios ha escrito la ley, para que cuando la leamos podamos ver nuestras faltas; para que cuando nos miremos en ella, como en un espejo, podamos ver las impurezas de nuestra carne, tener motivo para aborrecernos en saco y ceniza, y suplicar a Jesús misericordia. Usa la ley de esta manera y no de otra.

Oigo decir a uno: “Señor, ¿hay aquí alguno a quien le haya estado predicando intencionadamente?” Sí, me gusta predicar a la persona aunque no personalice; y no creo que sea útil el hacerlo de una forma *ambigua*, sino *directamente al individuo*, y directamente al corazón. En todas las esferas sociales hallamos gente que dice con todo desparpajo: “Soy un padre de familia tan bueno como el mejor que pueda encontrar en el distrito; soy un buen comerciante, pago veinte chelines por libra, no soy como el señor Fulano, voy a la iglesia o a la capilla, y esto es mucho más de lo que todo el mundo hace. Pago mis cuotas -porque, ¿sabe?, estoy suscrito a la enfermería-, digo mis oraciones, y por todo ello creo que tengo tantas probabilidades de ir al cielo como el que más”. Me parece que tres de cada cuatro personas de esta ciudad piensan algo por el estilo. Ahora bien, si este es el fundamento de vuestra fe, tenéis una esperanza corrompida. La tabla en que estáis colocados no resistirá vuestro peso en el día del Juicio de Dios. Vive el Señor mi Dios, en cuya presencia estoy, que “si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”. Y si penséis que las mejores acciones de vuestra propia factura pueden salvaros, sabed esto: “Mas Israel que seguía la ley de justicia, no ha llegado a la ley de justicia”. Aquellos que no la buscaban, la alcanzaron. ¿Por qué? Porque los unos la buscaron por la fe, y los otros por las obras de la ley y no la hallaron. Oíd ahora el Evangelio, hombres y mujeres; dejad de vanagloriaros de vuestra propia justicia; desechad vuestras esperanzas, con toda la confianza que brota de esto:

«Toda una eternidad llorar podría, Podría en vivo celo desvelarme; Mas mi pecado ello no expiaría; Sólo Tú, mi Señor, puedes salvarme».

Si queréis saber como hemos de ser salvos, oíd esto: debéis venir a Cristo sin traer nada vuestro. Él ha guardado la ley. Tenéis que ser hallados vestidos con su justicia. Cristo ha sufrido en lugar de todo el que se arrepiente. Ha padecido tu propio castigo. Y por la fe en la santificación y expiación de Cristo, serás salvo. Ven, pues, fatigado y abrumado por tu carga, herido y desgarrado por la caída. Venid, pues, pecadores. Venid, pues, moralistas. Venid, pues, todos vosotros, los que os dais cuenta de que habéis quebrantado la ley de Dios; dejad vuestras propias esperanzas y venid a Jesús; Él os admitirá, os dará vestiduras de justicia sin mácula, y os hará suyos para siempre. “Pero, ¿cómo puedo ir?”, dice uno. “¿Debo ir a casa y orar?” No, señor, no. Desde el lugar donde permaneces ahora puedes venir a la cruz. ¡Oh!, si te reconoces pecador te suplico que ahora mismo, antes de que tus pies dejen el suelo que pisas, digas esto:

«Yo me arrojo en tus brazos, Señor mío.
Salva mi alma hasta el postrer día.»

Ahora, humillaos, despreciad vuestra justicia. “No digas en tu corazón: ¡Quién subirá al cielo (esto es, para traer abajo a Cristo). Cercana está la palabra, en tu boca y en tu corazón; que si confesores con tu boca al Señor Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.” Sí, tú, tú, tú. ¡Oh!, bendigo al Señor porque sabemos que hay cientos de personas que han creído en Cristo en este lugar. Algunos de los más malvados de la raza humana han venido a mí no hace mucho tiempo y me han contado lo que Dios ha hecho por ellos. Oh, que vosotros vengáis también ahora a Jesús. Recordad que el que creyere será salvo, aunque sus pecados sean incontables; y el que no creyere, aunque sean pocos sus delitos, perecerá. ¡Oh!, que el Espíritu Santo os lleve a creer, para que así podáis escapar de la ira que ha de venir, y tener un lugar en el cielo con los redimidos.

V. LOS DOS EFECTOS DEL EVANGELIO

«Porque para Dios somos buen olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a estos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquellos olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?» (II Corintios 2:15,16).

Éstas son palabras de Pablo hablando en su propio nombre y en el de sus hermanos los apóstoles, y pueden aplicarse a todos los que son elegidos por el Espíritu, calificados y enviados a la viña para predicar el Evangelio de Dios. A menudo, he admirado el versículo 14 de este capítulo, especialmente al recordar los labios que pronunciaron aquellas palabras: “Mas a Dios gracias, el cual hace que siempre triunfemos en Cristo Jesús, y manifiesta el olor de su conocimiento por nosotros en todo lugar”. Imaginaos a Pablo, el anciano, el hombre que había recibido cinco veces “cuarenta azotes menos uno”, que había sido arrastrado como muerto; el hombre de los grandes sufrimientos, que había pasado a través de todo un mar de persecuciones; recordadle diciendo, al final de su carrera ministerial: “Mas a Dios gracias, el cual hace que siempre triunfemos en Cristo Jesús”; triunfar siendo un naufrago, triunfar al ser azotado, triunfar al estar en el cepo de castigo, triunfar al ser apedreado, triunfar en medio de las burlas del mundo, triunfar al ser echado de una ciudad y mientras sacudía el polvo de sus pies; ¡triunfar siempre en Cristo Jesús! Si algunos ministros modernos hablaran de ese modo, no les haríamos mucho caso, porque gozan del bienestar del mundo. Pueden ir a sus casas tranquilos y en paz; tienen un pueblo que les admira, y no tienen enemigos declarados; sólo reciben alabanzas, todo es seguro y agradable. El que ellos digan: “Mas a Dios gracias, el cual hace que siempre triunfemos”, no tiene importancia; pero oírlo decir a uno como Pablo, tan maltratado, tan probado y tan afligido, nos hace considerarlo francamente un héroe. He aquí un hombre que tenía verdadera fe en Dios y en lo sobrenatural de su misión.

Y cuán dulce es, hermanos míos, el consuelo que Pablo aplicaba a su propio corazón en medio de todas sus calamidades. Decía que, a pesar de todo, Dios “manifiesta el olor de su conocimiento por nosotros en todo lugar”. ¡Ah! Con este pensamiento un ministro puede dormir tranquilo: “Dios manifiesta el olor de su conocimiento”. Con esto, puede cerrar sus ojos cuando acabe su carrera y abrirlos en el cielo: “Dios, por mediación mía, manifestó en todo lugar el olor de su conocimiento”. Seguid, pues, las palabras de mi texto, que os expondré dividido en tres partes. Nuestra primera observación será que, *aunque el Evangelio es un “buen olor” en todo lugar, produce diferentes efectos en diferentes personas*: “a estos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquellos olor de vida para vida”. La segunda consideración será que *los ministros del Evangelio no son responsables de sus éxitos*, porque dice: “Para Dios somos buen olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden”. Y en tercer lugar, *veremos que la posición del ministro del Evangelio no es muy llevadera*, su deber es muy penoso, porque el mismo apóstol dijo: “Y para estas cosas ¿quién es suficiente?”

I. Comprobemos primeramente, cómo *el Evangelio produce diferentes efectos*. Puede parecer extraño, pero es cierto, que hay pocas cosas buenas en el mundo de las que no se desprenda algún mal. Observemos cómo lucen los rayos solares, y admiremos sus efectos: ablanda la cera y endurece la arcilla; la lluvia de su dorada luz en el trópico hace que la vegetación sea extremadamente lujurioso, maduren los más ricos y escogidos frutos y broten las flores más hermosas, pero ¿quién no sabe que en aquellos lugares se crían los peores y más venenosos reptiles de la tierra? Así ocurre con el Evangelio. Aunque es el sol de justicia para el mundo, aunque es el mejor regalo de Dios y nada puede ser comparado a la inmensidad de beneficios que dispensa sobre la raza humana, a pesar de todo, debemos confesar que, a veces, es “olor de muerte para muerte”. Pero no vamos a culpar de ello al Evangelio; la falta no es de la verdad de Dios,

sino de aquellos que no la aceptan. Es “olor de vida para vida” para todo aquel que lo oye con un corazón abierto para recibirlo. Y es sólo “muerte para muerte”, para el hombre que odia la verdad, que la menosprecia, se burla de ella, e intenta oponerse a su progreso. En primer lugar, pues, vamos a hablar de este aspecto.

1. El Evangelio es para *algunos* hombres, “olor de muerte para muerte”. Ahora bien, esto depende en gran parte de que entendemos por Evangelio; porque hay algunas cosas llamadas evangelio, que son “olor de muerte para muerte” para todos aquellos que las oyen. John Berridge decía que predicó la moralidad hasta que no quedó en el pueblo un hombre moral; porque el modo más seguro de dañar la moralidad es la predicación legalista. La predicación de las buenas obras y el exhortar a los hombres a la santidad como medios de salvación son admirados en teorías, pero en la práctica se demuestra, no solamente que no son eficaces, sino, lo que es peor, que a veces se convierten en “olor de muerte para muerte”. Así se ha comprobado; y creo que incluso el gran Chalmers confesó que durante años y años antes de conocer al Señor, no predicó otra cosa que moralidad y preceptos, pero nunca vio a ningún borracho convertido por el mero hecho de mostrarle los males de la embriaguez; ni vio a ningún blasfemo que dejara de blasfemar porque le dijera la atrocidad del pecado. No conoció el éxito sino cuando empezó a predicar el amor de Jesús; cuando predicó el Evangelio como es en Cristo, en toda su claridad, plenitud y poder, y la doctrina de que “por gracia sois salvos por la fe; y esto no es de vosotros, pues es don de Dios”. Al predicar la salvación por la fe, por multitudes los borrachos arrojaron sus copas y los blasfemos refrenaron sus lenguas; los ladrones se hicieron honrados, y los injustos e impíos inclinaron su cetro a Jesús. Pero habéis de reconocer, como os dije antes, que aunque el Evangelio principalmente produce el mejor de los efectos en casi todos aquellos que lo oyen, ya sea apartándoles del pecado, ya haciéndoles abrazarse a Cristo, es un hecho grande y solemne, y sobre el cual difícilmente se como hablar esta mañana que, para muchos hombres, la predicación del Evangelio de Cristo es “muerte para muerte”, y produce mal en vez de bien.

(1)Y el primer sentido es el siguiente: *Muchos hombres se endurecen en sus pecados al oír el Evangelio.* ¡Oh!, qué verdad más terrible y solemne es que, de todos los pecadores, algunos pecadores de santuario son los peores. Aquellos que pueden sumergirse más en el pecado, y tienen la conciencia más, tranquila y el corazón más duro, se encuentran en la propia casa de Dios. Yo sé bien que un ministro fiel servirá de acicate a los hombres, y las severas amonestaciones de un Boanerges a menudo les hará estremecerse. Igualmente, observo que la Palabra de Dios hace a veces que su sangre se coagule en sus venas; pero sé también (porque los he visto) que hay muchos que convierten la gracia de Dios en disolución, e incluso hacen de la verdad de Dios un disfraz para el diablo, y profanan la gracia de Dios para paliar su pecado. A tales hombres los he podido hallar entre aquellos que oyen las doctrinas de la gracia en toda su plenitud. Son los que dicen: “Soy elegido, por eso puedo blasfemar; soy uno de los que fueron escogidos por Dios antes de la fundación del mundo, por ello puedo vivir como se me antoje”. He visto a un hombre que, subido en la mesa de una taberna y sosteniendo el vaso en su mano, decía: “¡Compañeros! Yo puedo hacer y decir más que cualquiera de vosotros; yo soy uno de esos que están redimidos por la preciosa sangre de Jesús”; y acto seguido se bebió su vaso de cerveza y comenzó a danzar ante los demás, mientras entonaba viles y blasfemas canciones. He aquí a un hombre para quien el Evangelio es “olor de muerte para muerte”. Oye la verdad, pero la pervierte; toma aquello que está puesto por Dios para su bien y lo utiliza para suicidarse. El cuchillo que le fuera dado para abrir los secretos del Evangelio, lo vuelve contra su propio corazón. La que es la más pura de todas las verdades y la más elevada de todas las moralidades es convertida en la alcahueta de sus vicios, y hace de ella un andamio que le ayude a construir el edificio de sus maldades y pecados. ¿Hay aquí alguno que sea como este hombre, a quien le gusta oír el *Evangelio*, como vosotros lo llamáis, y no obstante viva impunemente? ¿Quién puede decir de vosotros que sois los hijos de Dios, y que a pesar de ello os comportáis como feudatarios sirvientes de Satanás? Sabed bien que sois unos embusteros e hipócritas, porque la verdad no está de ningún modo en vosotros. “Cualquiera que es nacido de Dios, no peca.” A los elegidos de Dios no se les permitirá vivir en

continuo pecado; ellos nunca “convertirán la gracia de nuestro Dios en disolución”, sino que, en todo lo que dependa de ellos, se esforzarán por permanecer cerca de Jesús. Tened esto por seguro: “Por sus frutos los conoceréis”. “No puede el buen árbol llevar malos frutos, ni el árbol maleado llevar frutos buenos”. No obstante, esas personas están continuamente convirtiendo el Evangelio en maldad. Pecan arrogantemente por el mero hecho de que han oído lo que ellos creen que excusa sus vicios. No hallo nada peor bajo el cielo, ni que pueda extraviar tanto a los hombres, como un Evangelio pervertido. Una verdad corrompida es, generalmente, peor que una doctrina que todos saben que es falsa. Al igual que el fuego, uno de los elementos más útiles, puede causar la mayor de las catástrofes, así el Evangelio, lo mejor que poseemos, puede convertirse en la más vil de las causas. Este es un sentido en el que el Evangelio es “olor de muerte para muerte”.

(2) Pero hay otro más. Es un hecho que *el Evangelio de Jesucristo aumentará la condenación de algunos hombres en el día del juicio final*. De nuevo me sobrecojo al decirlo, porque es un pensamiento demasiado horrible para aventurarse a hablar de él -que el Evangelio de Cristo vaya a hacer del infierno para algunos hombres un lugar aun más terrible de lo que hubiera sido de otro modo-. Todos los hombres se hubieran hundido en el infierno de no haber sido por el Evangelio. La gracia de Dios redimirá a “una gran compañía, la cual ninguno puede contar”; guardará a un ejército incontable que será salvado en el Señor con una salvación eterna; pero, al mismo tiempo, a aquellos que la rechazan les hace más terrible la condenación. Y os diré por qué: Primeramente, *porque los hombres pecan contra una luz superior*; y la luz que poseemos es una excelente medida para nuestra culpa. Lo que un hotentote puede hacer sin que para él sea delictivo, para mí puede ser el mayor de los pecados, porque estoy mejor instruido; y lo que alguno pueda hacer en Londres con impunidad -me refiero a un pecado contra Dios que no sea excesivamente grande- podría parecerme a mí la mayor de las transgresiones, porque desde mi juventud he sido instruido en la piedad. El Evangelio viene sobre los hombres como la luz del cielo. ¡Qué errante debe andar el que se extravía en la luz! Si el que es ciego cae en la zanja, podemos compadecerle, pero si un hombre con la luz en sus ojos se arroja al precipicio y pierde su alma, ¿verdad que la compasión está fuera de lugar?

«¡Cómo merece el más profundo infierno
Quien desprecia Su Reino de alabanza!
¡Cómo fuego sufrirá de venganza
El que se burle del Amor Eterno!»

Os repito que aumentará vuestra condenación, a menos que encontréis en Jesucristo a vuestro Salvador; porque haber tenido la luz y no haber andado en ella será la misma esencia de la condonación. Éste será el virus de la culpa: que “la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”.

Vuestra condenación será también aumentada si *os oponéis al Evangelio*. Si Dios traza un proyecto de misericordia, y el hombre se levanta contra él, ¿no será grande su pecado? ¿No fue inmensa la culpa en que incurrieron hombres tales como Pilato, Herodes y los judíos? ¡Oh!, imaginaos la condena de aquellos que gritaron: “¡Crucifícale! ¡Crucifícale!” ¿Y qué lugar del fuego del infierno arderá con fuerza suficiente para el hombre que calumnia a los ministros de Dios, para el que habla mal de Su pueblo, para el que odia Su verdad, y que, si pudiera, borraría de la tierra todo rastro de piedad? ¡Quiera Dios ayudar al infiel y al blasfemo! Dios salve sus almas, porque si me dieran a escoger de entre todos los hombres, no elegiría jamás ser como uno de ellos. ¿Pensáis vosotros que Dios no tendrá en cuenta lo que los hombres dicen? Uno ha maldecido a Cristo, llamándole charlatán. Otro ha declarado (sabiendo que mentía) que el Evangelio es falso. Un tercero ha proclamado sus máximas licenciosas, y después ha señalado a la Palabra de Dios diciendo: “¡Hay peores cosas en ella!” Y otro ha insultado a los ministros de Dios ridiculizando imperfecciones. ¿Creéis que Dios olvidara todo esto en el último día? Cuando sus enemigos se presenten ante Él, ¿los tomará de la mano y les dirá: “El otro día llamaste perro a mi siervo, y escupiste sobre él, y por esto te daré el cielo!”? No; si el pecado no ha sido lavado por la sangre de Cristo, dirá: ¡Apártate, maldito, al infierno del que te mofabas!; abandona el cielo que tú

despreciabas, y aprende que, aunque decías que no había Dios, ésta, mi mano derecha, te enseñará eternamente la lección de que lo hay, porque aquel que no me descubra por mis obras de benevolencia, sabrá de mí por mis hechos de venganza; así pues, ¡apártate te digo!” A aquellos que se han opuesto a la verdad de Dios, les será aumentado el castigo. Ahora bien, ¿no es ésta una solemne visión de que el Evangelio es para muchos “olor de muerte para muerte”?

(3) Consideraremos aún otro sentido. Creo que *el Evangelio hace a algunos seres de este mundo más desgraciados de lo que hubieran sido*. El borracho podría beber y gozarse en su embriaguez con mayor alegría, si no hubiera oído decir: “Todos los borrachos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre”. Cuán jovialmente el transgresor del domingo alborotaría durante todo el día si la Biblia no dijera: “¡Acuérdate del día de reposo, para santificarlo!” Y cuán felizmente podría lanzarse en su loca carrera el libertino y el licenciado, si no se hubiera dicho: “¡La paga del pecado es muerte, y después el juicio!” Pero la verdad pone amargura en sus copas; los avisos de Dios hielan la corriente de su alma. El Evangelio es como el esqueleto en la fiesta de los egipcios: aunque durante el día se ríen de él, por la noche tiemblan como hojas de álamo blanco, y cuando las sombras del atardecer se ciernen sobre ellos, se estremecen al menor susurro. Ante el pensamiento de su condición futura, su gozo se entristece, y la inmortalidad, en vez de ser un regalo para ellos, es, sólo al pensar en ella, el tormento de su existencia. Las dulces palabras de amor de la misericordia no son para ellos más armoniosas que el estruendo del trueno, porque saben que las menosprecian. Sí, he conocido a algunos que han sido tan desgraciados a causa del Evangelio, al no querer abandonar sus pecados, que han estado a punto de suicidarse. ¡Oh!, ¡qué terrible pensamiento! El Evangelio es “olor de muerte para muerte”; ¿para cuántos de los que estáis aquí es así?, ¿quién está ahora oyendo la palabra de Dios para ser condenado por ella?, ¿quién saldrá de aquí para ser endurecido por la voz de la verdad? Así será para todo hombre que no crea en ella; porque para aquellos que la reciben es “olor de vida para vida”, pero para los incrédulos es una maldición, y “olor de muerte para muerte”.

2. Empero, bendito sea Dios, el Evangelio tiene un segundo poder. Además de ser “muerte para muerte”, es “olor de vida para vida”. ¡Ah!, hermanos míos, algunos de nosotros podríamos hablar, si ello nos fuera dado esta mañana, del Evangelio como “olor de vida” para nosotros. Volvamos la vista atrás a la hora en que estábamos “muertos en delitos y pecados”. En vano todos los truenos del Sinaí, en vano los avisos de los atalayas: dormíamos en el sueño letal de nuestras culpas, y ni un ángel podría habernos desertado. Y contemplemos también, con alegría, aquella hora en que entramos por primera vez dentro de los muros de un santuario y, para nuestra salvación, oímos la voz de la misericordia. A algunos de vosotros os ocurrió hace unas semanas. Yo sé dónde estáis y quiénes sois; hace sólo unas semanas o unos meses, también vosotros estabais lejos de Dios, pero habéis sido llevados a amarle. Recuerda, cristiano hermano mío, aquel momento en que el Evangelio fue para ti “olor de vida”, cuando te separaste de tus pecados, renunciaste a tus concupiscencias, y volviéndote a la Palabra de Dios, la recibiste con todo tu corazón. ¡Ah!, ¡aquella hora, la más dulce de todas! Nada puede compararse a ella. Conocí a una persona que durante cuarenta o cincuenta años había permanecido completamente sorda; una mañana, sentada a la puerta de su casa, mientras pasaban algunos vehículos por delante de ella, creyó oír una música melodioso. No era música, era solamente el ruido de los carruajes. Su oído se había abierto repentinamente, y aquel sonido ordinario le pareció como música celestial, porque era la primera vez que oía en tantos años. De forma parecida, la primera vez que nuestros oídos se abrieron para oír las palabras del amor -la seguridad de nuestro perdón- oímos la palabra como nunca hasta entonces; nunca nos pareció tan dulce y quizás, aun en estos momentos, miramos atrás y decimos:

« ¡Horas de gozo que viviera entonces!
¡Vuestro recuerdo calma dulcemente!»

Cuando por primera vez fue “olor de vida” para nuestras almas.

Así pues, si alguna vez ha sido “olor de vida”, *siempre* lo será; porque no dice que sea olor de vida para muerte, sino olor de vida para vida”. Al llegar a este punto, debo asestar otro golpe a mis

antagonistas los arminianos; no puedo remediarlo. Ellos sostienen que, a veces, el Evangelio es olor de vida para muerte. Nos dicen que un hombre puede recibir vida espiritual, y no obstante, morir eternamente. Es decir, puede ser perdonado y, después, castigado; puede ser justificado de todo pecado, y sin embargo sus faltas pueden ser cargadas de nuevo sobre sus espaldas. Un hombre puede haber nacido de Dios, y no obstante morir; puede ser amado por Dios, y a pesar de ello Dios puede odiarle mañana. ¡Oh! No puedo soportar el hablar de tales doctrinas de mentira; que crean en ella los que quieran. Por lo que a mí respecta, creo tan profundamente en el amor inmutable de Jesús, que supongo que si un creyente estuviera en el infierno, el mismo Cristo no estaría mucho tiempo en el cielo sin gritar: “¡Al rescate! ¡Al rescate!” ¡Oh!, si Jesucristo estuviera en la gloria y de su corona faltara una de sus piedras preciosas, la cual poseyera Satanás en el infierno, éste diría: “¡Mira, Príncipe de la luz y de la gloria, tengo en mi poder una de tus joyas!” Y manteniéndola en alto, gritaría: “Tú diste tu vida por este hombre, pero no tienes poder suficiente para salvarle; Tú lo amaste una vez, ¿dónde está tu amor? ¿De nada le sirve porque más tarde lo odiaste!” Y cómo se reiría sarcásticamente de aquel heredero del cielo, diciendo: “Este hombre fue redimido; Jesucristo lo compró con su sangre”. Y, arrojándolo a las olas del averno con grandes carcajadas, diría: “¡Toma, redimido!; Ve como puedo robar al Hijo de Dios!” Y con gozo maligno continuaría repitiendo: “Este hombre fue perdonado, ¡contemplad la justicia de Dios! Es castigado después de haber recibido el perdón. Cristo sufrió por sus pecados y, no obstante, yo lo poseo; ¡porque Dios hizo pagar la deuda dos veces!” ¿Creéis que podrá decirse esto?; Ah!, no. Es “olor de vida para vida”, y no de vida para muerte. Seguid con vuestro evangelio envilecido, predicadlo donde os plazca; pero mi Maestro dijo: “Yo doy a mis ovejas vida eterna”. Vosotros dais a vuestras ovejas vida temporal, y ellas la pierden; pero Jesús dice: “Yo les doy vida ETERNA; y no perecerán para siempre, ni nadie las arrebatará de mi mano”. Cuando hablo de este tema, generalmente me acaloro, porque creo que hay muy pocas doctrinas tan importantes como la de la perseverancia de los santos; porque si uno de los hijos de Dios llegara a perecer, o si yo supiese que esto pudiera suceder, sacaría la conclusión inmediata de que yo podría ser uno de ellos, y supongo que a cada uno de vosotros os pasaría lo mismo y en este caso ¿dónde están el gozo y la felicidad del Evangelio? De nuevo repito que el evangelio arminiano es una cáscara sin almendra; una corteza. Sin el fruto; que se lo queden aquellos a quienes agrada. No discutiremos con ellos. Dejad que continúen predicándolo. Dejad que sigan diciendo a los pobres pecadores que, si creen en Jesús, serán condenados después de todo; que Jesucristo les perdonará y que, a pesar de ello, el Padre los enviará al infierno. Seguid predicando vuestro evangelio, porque ¿quién lo escuchará?; y si alguno lo escucha, ¿le sirve de algo oírlo? Os digo que no; porque si después de la conversión voy a quedarme en el mismo escalón en que me encontraba antes de convertirme, de nada me sirve, entonces, haber sido convertido. Mas a aquellos a quienes Él ama, los ama hasta el fin.

«Una vez en Cristo, en Cristo para siempre;
Nada puede desunirse o separarse de Su amor.»

Es “olor de vida para vida”. No solamente “vida para vida” en este mundo, sino “vida para vida” eternamente. Todo el que posea esta vida, recibirá la venidera; “gracia y gloria dará Jehová. No quitará el bien a los que en integridad andan”. Me veo obligado a dejar este punto; pero si mi Maestro lo toma en sus manos y hace de estas palabras “olor de vida para vida” en esta mañana, me gozaré de haberlas pronunciado.

II. Nuestra segunda afirmación era que EL MINISTRO NO ES RESPONSABLE DE SUS ÉXITOS. Es responsable de lo que predica y de su vida y acciones, pero no es responsable de los demás. Si yo, predicando la Palabra de Dios, no viera que se salvase algún alma, el Rey diría: “¡Bien, buen siervo y fiel!” Si no dejo de dar mi mensaje, y ninguno lo quiere escuchar, Él dirá: “Has peleado la buena batalla; recibe tu corona”. Oíd las palabras del texto: “Porque para Dios somos buen olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden”. Esto se verá claro si os digo cómo se le llama al ministro del Evangelio en la Biblia. A veces es llamado *embajador*.

Ahora bien, ¿de qué es responsable un embajador? Es enviado a un país como plenipotenciario, lleva a la conferencia condiciones de paz, hace uso de todos sus talentos para servir a su señor, intenta demostrar que la guerra es enemiga de los intereses de ambos países, se esfuerza en conseguir la paz; pero el otro rey le rechaza altaneramente. Cuando vuelve a su país, su señor le pregunta “¿Por qué no hiciste la paz?” “Porque”, contesta el embajador, “les expuse las condiciones y no quisieron oírlas.” “Bien”, dirá aquel, “has cumplido con tu deber; no voy a culparte si continúa la guerra.”

En otras partes, el ministro del Evangelio es un *pescador*. Como es natural, un pescador no es responsable de la cantidad de peces que coge, sino de la forma en que pesca. Esto es una bendición para algunos ministros, porque no han pescado nunca nada, y ni siquiera han atraído ningún pez cerca de sus redes. Han pasado toda su vida pescando con elegantes hilos y anzuelos de plata y oro; siempre utilizaron hermosas y pulidas frases, pero a pesar de todo el pez no picó; mientras que nosotros, que somos de una clase más ruda, hemos puesto el anzuelo en la boca de muchos centenares. No obstante, si echamos la red del Evangelio en el lugar adecuado, aunque no pesquemos nada, el Señor no hallará en nosotros falta alguna. Nos preguntará: “Pescador, ¿hiciste tu labor?, ¿arrojaste las redes al mar en tiempo de tormentas?” “Sí, mi Señor, así lo hice.” “¿Y qué ha pescado?” “Uno o dos, solamente.” “Bien, podía haberte mandado multitudes si así me hubiese placido; no es tuya la culpa. En mi soberanía, doy donde me place o niego cuando así lo prefiero; pero en lo que a ti respecta, has hecho bien tu labor, por ello he aquí tu recompensa.” Algunas veces el ministro es comparado con un *sembrador*. Y ningún agricultor hace responsable de la cosecha al sembrador; toda su responsabilidad consiste en si hizo la siembra, y si sembró la semilla adecuada. Si la echa en buena tierra, entonces es feliz; pero si cae en el borde del camino, y las aves del cielo la devoran, ¿quién culpará al sembrador?; ¿podía haberlo remediado? No, él cumplió con su deber; esparció las semillas ampliamente y allí las dejó. ¿A quien ha de culparse? Al sembrador no, desde luego. De esta forma, amados míos, si un ministro va al cielo con una sola gavilla en sus espaldas, su Señor le dirá: “¡Segador, que fuiste sembrador!, ¿dónde recolectaste tu gavilla?” “Señor, sembré sobre la roca, y no creció; solamente un grano, en la mañana de un domingo afortunado, recibió de través un soplo de aire y cayó sobre un corazón preparado; y ésta es mi única gavilla.” “¡Aleluya!”, resonarán los coros angelicales, “una gavilla de entre las rocas es para Dios más honor que miles de ellas de una buena tierra; por ello, que se siente tan cerca del trono como aquel que viene inclinado bajo el peso de sus muchas gavillas, procedentes de alguna tierra fértil.” Creo que, si hay grados en la gloria, no estarán en proporción al éxito, sino a la vehemencia de nuestros esfuerzos. Si procedemos correctamente, y si con todo nuestro corazón nos desvivimos para cumplir con nuestros deberes de ministros, aunque no veamos nunca ningún resultado, recibiremos la corona. Pero, cuanto más feliz es el hombre del que se dirá en el cielo: “Reluce eternamente, porque fue sabio y ganó muchas almas para la justicia”. Siempre ha sido para mí el mayor gozo creer que si yo entrara en el cielo, contemplaría en días futuros sus puertas abiertas, y por ellas vería entrar volando un querube quien, mirándome a la cara, pasaría sonriente ante el trono de Dios, y después de haberse inclinado ante Él, y una vez prestado homenaje y adoración, vendría a estrecharme la mano aunque fuéramos desconocidos; y si hubiera lágrimas en el cielo, yo lloraría al oírle decir: “Hermano, de tus labios oí la palabra, tu voz me amonestó por primera vez de mi pecado, y heme aquí contigo, el instrumento de mi salvación.” “Y mientras las puertas permanezcan abiertas, una tras otra irán llegando las almas redimidas; y por cada una de éstas, una estrella, una piedra preciosa en la diadema de gloria; por cada una de ellas otro honor y otra nota en el himno de alabanza. “Bienaventurados los que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, porque sus obras con ellos siguen.”

¿Qué será de algunos buenos cristianos, de los que ahora están en Exeter Hall, si el valor de las coronas en el cielo se mide por las almas que hayan salvado? Alguno de vosotros poseerá una corona en el cielo sin una sola estrella. Hace poco tiempo leí algo sobre este tema: Un hombre en el cielo con una corona sin una sola estrella. ¡No salvo ni siquiera a uno! Gozaba en el cielo de felicidad completa porque le había salvado la Misericordia divina; pero, ¡oh!, ¡estar en el cielo sin una sola estrella! ¡Madre!, ¿qué dirías tú si estuvieras en el cielo sin uno de tus hijos que adornara

tus sienes con una estrella? ¡Ministro!, ¿qué dirías si, con ser orador refinado, no poseyeras ni una estrella? ¡Escritor!, ¿te parecería bien haber escrito incluso tan gloriosamente como Milton, y que luego en el cielo te encontraras sin una estrella? Me temo que prestemos muy poca atención a esto. Los hombres escriben enormes folios y tomos, para verlos un día en las bibliotecas, y para que sus nombres sean famosos para siempre. ¡Pero cuán pocos se preocupan de ganar estrellas perennes en el cielo! Afánate, hijo de Dios, afánate, porque si deseas servir a Dios, el pan que echas sobre las aguas no se perderá para siempre. Si arrojas la semilla entre los pies del buey o del asno, obtendrás una cosecha gloriosa en el día en que Él venga a reunir a sus elegidos. El ministro no es responsable de su éxito.

III. Y en último lugar, PREDICAR EL EVANGELIO ES UNA TAREA ELEVADA Y SOLEMNE. El ministerio ha sido a menudo rebajado a una profesión. En estos días se hace ministros de hombres que hubieran sido buenos capitanes de mar, o hubieran servido muy bien para estar detrás de un mostrador, pero que nunca estuvieron hechos para el púlpito. Son seleccionados por los hombres, atiborrados de literatura, educados hasta un cierto nivel, revestidos adecuadamente, y el mundo les llama ministros. Deseo que Dios les haga triunfar, porque como solía decir el bueno de Joseph Irons: “Dios esté con muchos de ellos, aunque sólo sea para aguantarles la lengua”. Los ministros hechos por los hombres no tienen utilidad en este mundo, y cuanto antes nos libremos de ellos mejor. He aquí su forma de proceder; preparan sus manuscritos muy cuidadosamente, los leen el domingo con la mayor suavidad, a *sotto voce*, y de esta forma la gente se marcha complacida. Pero ese no es el modo de predicar de Dios. Si así fuera, me siento capaz de predicar para siempre. Puedo comprar sermones manuscritos por un chelín, es decir, con tal de que ya hayan sido predicados unas cincuenta veces; si los utilizo por primera vez valen una guinea o más. Pero esa no es la manera. Predicar la Palabra de Dios no es lo que algunos parecen creer, un simple juego de niños, un simple negocio o profesión que puede ejercer cualquiera. Un hombre debe sentir, en primer lugar, la atracción de una llamada solemne; después, debe saber que realmente posee el Espíritu de Dios y que cuando habla existe una influencia sobre el que le capacita para predicar como Dios quiere que lo haga; de otra forma debería abandonar el púlpito inmediatamente, porque no tiene ningún derecho a estar en él aunque la iglesia sea de su propiedad. No ha sido llamado para anunciar la verdad de Dios, y Dios le dice: “¿Qué tienes tú que hablar de mis leyes?”

Mas vosotros decís: “¿Qué dificultad existe en la predicación del Evangelio de Dios?” Bien, debe ser algo duro, porque Pablo dijo: “Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?” Antes que nada os diré que es difícil, porque así está hecho para que no sea tergiversado por prejuicios propios al predicar la Palabra. Cuando se tiene que hablar con severidad, el corazón nos dice: “No lo hagas. Si hablas de esta forma te juzgarás a ti mismo”; y entonces existe la tentación de no hacerlo. Otra prueba es que tememos desagradar al rico de nuestra congregación. De esta forma, pensamos: “Si digo esto y lo otro, fulano y zutano se ofenderán; aquel otro no aprueba esta doctrina, lo mejor será que la abandone”. O quizás ocurra que recibamos los aplausos de las multitudes y no queramos decir nada que las disguste, porque si hoy gritan: “Hosanna”, mañana gritarán: “Crucifícalo, crucifícalo”. Todas estas cosas obran en el corazón de un ministro. Él es un hombre como vosotros, y las siente. Además, está el agudo cuchillo de la crítica y las flechas de aquellos que le odian a él y a su Señor, y, a veces, no puede evitar el sentirse herido. Posiblemente se pondrá su armadura y gritará: “No me importan vuestras maledicencias”; pero hubo épocas en que los arqueros incluso a José afligieron penosamente. Entonces se encuentra en otro peligro, el de querer defenderse, porque quien lo hace comete una gran locura. El que deja a sus detractores solos y, al igual que el águila, no hace caso de la cháchara del gorrión o como el león no se molesta en atajar el gruñido del chacal, es un hombre y será honrado. Pero el peligro está en que queramos dejar sentada nuestra reputación de justos. Y, ¡oh!, ¿quién es suficiente para dirigir la nave librándola de estas peligrosas rocas? “Para estas cosas”, hermanos míos, “¿quién es suficiente?” -para levantarse y anunciar, domingo tras domingo y día tras día, “las inescrutables riquezas de Cristo”.

Al llegar a este punto, y para terminar, sacaré la siguiente conclusión si el Evangelio es “olor de vida para vida”, y el trabajo del ministro es una labor solemne, cuánto bien hará a todos los amantes de la verdad el orar por todos aquellos que la predicán, para que sean “suficientes para estas cosas”. Perder mi devocionario, como os he dicho muchas veces, es lo peor que puede ocurrirme. No tener a nadie que ore por mí me colocaría en una situación terrible. “Quizá”, dice un buen poeta, “el día en que el mundo perezca será aquel que no esté embellecido con una oración”; y tal vez, el día en que un ministro se apartó de la verdad fue aquel en que su congregación dejó de orar por él, y cuando no se elevó una sola voz suplicando gracia en su favor. Estoy seguro de que así ha de ocurrir conmigo. Dadme la hueste numerosa de hombres que tuve el orgullo y la gloria de ver en mi casa antes de venir a este local; dadme aquellas gentes dedicadas a la oración, que en las tardes del lunes se reúnen en gran multitud para pedir a Dios que derrame su bendición sobre ellos, y venceremos al mismo infierno a pesar de toda la oposición. Todos los riesgos se salvan, si tenemos oraciones. Porque aunque aumente mi congregación; aunque la formen gentes nobles y educadas; y aunque yo posea influencia y entendimiento, si no tengo una iglesia que ore, todo me saldrá mal. ¡Hermanos míos! ¿Perderé alguna vez vuestras oraciones? ¿Cesaréis alguna vez en vuestras súplicas? Nuestra labor en este gran lugar esta casi terminada, y felizmente volveremos a nuestro muy amado santuario. ¿Cesaréis entonces, acaso, en vuestras oraciones? Me temo que esta mañana no hayáis pronunciado tantas plegarias como debierais; me temo que no ha habido una devoción tan ardiente como hubiera sido necesaria. Yo no he sentido el maravilloso poder que experimento algunas veces. No os culpo por ello, pero no quiero que nunca se diga: “Aquel pueblo que fuera tan ferviente, se ha tornado frío”. No dejéis que el *laodiceanismo* penetre en Southwark; si ha de estar en alguna parte, que se quede aquí, en el West End; no lo llevemos con nosotros. “Contendamos eficazmente por la fe que ha sido una vez dada a los santos”; y sabiendo en los peligros que se encuentra el portador del estandarte, suplico que os reunáis a su alrededor, porque habrá males en el ejército.

«Si el portador del estandarte cae en La Lucha mortal,
Qué bien puede ocurrir, porque no ha habido jamás batalla igual».

Levantaos amigos; agarrad vosotros mismos el estandarte y mantenedlo en alto hasta que llegue el día cuando nos encontremos en el último baluarte conquistado a los dominios del infierno, y cantemos todos: “¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡El Señor Dios Omnipotente reina!” Hasta entonces, continuemos luchando.

VI. UN SERMÓN SENCILLO PARA LAS ALMAS QUE BUSCAN

«Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo» (Romanos 10:13).

Un eminente teólogo ha dicho que muchos de nosotros, cuando predicamos la Palabra, damos por sentado que nuestros oyentes poseen un gran conocimiento de ella. “Muy a menudo”, dice este teólogo, “hay en la congregación personas que no están familiarizadas en absoluto con la gran ciencia de la teología. Desconocen por completo la totalidad del sistema de gracia y salvación.” Así pues, es conveniente que el predicador se dirija a sus oyentes, de vez en cuando, como si su mensaje les fuera totalmente desconocido, y se lo exponga como algo nuevo, explicándolo todo como si su auditorio lo ignorara. “Porque”, dice este buen hombre, “es mejor suponer muy poco conocimiento, y explicar lo que se desea con claridad, aun para la más pobre inteligencia, que suponer demasiado y dejar que el indocto se vaya sin haber comprendido nada.”

Ahora bien, creo que esta mañana no erraré sobre este particular, porque asumiré que algunos de mi congregación, por lo menos, desconocen totalmente el gran plan de salvación. Y estoy seguro que vosotros, los que lo conocéis bien y habéis experimentado su valor, seréis indulgentes conmigo, mientras intento, con las palabras más sencillas que pudieran pronunciar labios humanos, narrar la historia de cómo se pierden los hombres y de como son salvos invocando el nombre del Señor, según las palabras del texto.

Demos, pues, comienzo por el principio. Y digamos a nuestros oyentes en primer lugar que, puesto que nuestro texto habla de la salvación de los hombres, ello implica que necesitan ser salvados, ya que si los hombres hubieran continuado siendo igual que cuando Dios los creó no hubieran necesitado la salvación. Adam, en el Paraíso, no necesitaba salvación; era perfecto, puro, limpio, santo y acepto ante Dios. Él era nuestro representante, el representante de toda la raza humana, y cuando cogió la fruta prohibida y comió del árbol del cual Dios había dicho: “No comeréis de él, ni le tocaréis, porque no muráis, pecando así contra Dios, tuvo necesidad de un Salvador; y nosotros, su descendencia, por causa de su pecado, necesitamos también de un Salvador. No obstante, nosotros, los que vivimos actualmente, no debemos culpar a Adam; ningún hombre hasta ahora ha sido castigado solamente por el pecado de Adam. Los niños que mueren en su infancia, son, sin lugar a dudas, salvados por gracia soberana, por medio de la redención que es en Cristo Jesús. Cuando sus ojos se cierran al mundo, habiendo sido inocentes de todo pecado, los abren al punto en la bienaventuranza del cielo. Pero ni vosotros ni yo somos niños. No necesitamos hablar en estos momentos del pecado de Adam. Tenemos que dar cuenta de los nuestros, y Dios sabe que son bastantes. La Santa Escritura nos dice que todos hemos pecado y estamos destituidos de la gloria de Dios, y la conciencia da testimonio de la misma verdad. Todos hemos quebrantado los grandes mandamientos de Dios, y a consecuencia de ello, el Dios justo se limita en justicia a castigarnos por los pecados que hemos cometido. Ahora bien, hermanos míos, al hecho de que hayamos quebrantado la ley divina y de que nos hallemos por ello bajo la ira de Dios, debemos la necesidad de misericordia. Por consiguiente, cada uno de nosotros, si hemos de ser felices, si hemos de morar por siempre con Dios en el cielo, tenemos que ser salvados.

Empero, existe gran confusión en las mentes de los hombres acerca de lo que significa ser salvo. Así pues, permitidme que os diga que salvación quiere decir dos cosas. En primer lugar, significa nuestra liberación del castigo por los pecados cometidos; y, además, significa la liberación de la costumbre de pecar, de tal manera que, en lo sucesivo, no viviremos como antes hemos vivido. Dios salva a los hombres de dos formas: encuentra al pecador quebrantando su ley, y dice: “Te perdono, no te castigaré. He castigado a Cristo en tu lugar; serás salvo”. Pero esto es solo la mitad de la obra. Dice a continuación: “Hombre, no dejaré que continúes pecando como solías hacer. Te daré un corazón nuevo que vencerá tus malas costumbres. De suerte que tú, que

has sido esclavo del pecado, serás libre para servirme. Aléjate de él; no volverás a servir a tu negro amo; debes dejar, pues, ese demonio. Te haré mi hijo, mi siervo. Tu dices: “No puedo hacer tal cosa”. Ven, te daré la gracia para llevarlo a cabo; te daré gracia para dejar la embriaguez, gracia para renunciar a tus blasfemias, gracia para dejar de profanar el domingo; te daré gracia para seguir la senda de mis mandamientos y descubrir que es un camino delicioso”. La salvación, pues, consiste en dos cosas: la liberación por un lado, del hábito de vivir en enemistad con Dios, y por otro, del castigo anejo a la transgresión.

El gran tema de esta mañana, sobre el cual trataré de expresarme en un lenguaje muy sencillo -no emprendiendo vuelos de oratoria de ninguna clase-, trata de cómo pueden ser salvos los hombres. Este es el gran interrogante. Recordemos, pues, qué significa ser salvos: significa ser hechos cristianos, tener pensamientos nuevos, nuevas mentes, nuevos corazones; y significa también poseer un nuevo hogar en eterna bienaventuranza a la diestra de Dios. ¿Cómo pueden ser salvos los hombres? ¿Qué es menester que yo haga para ser salvo?” Éste es el grito que brota de las gargantas de muchos de los que están aquí esta mañana. La respuesta del texto es ésta: “Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.” Antes que nada, trataré de explicar, aunque muy someramente, el texto: con ello nos hallaremos ante una explicación. En segundo lugar, intentaré disipar algunos errores muy corrientes sobre la salvación: ésta será, pues, nuestra refutación. Y por último, subrayaré en vuestras mentes la utilidad del texto: ello será la *exhortación*. *Explicación, refutación y exhortación*; recordad estos tres puntos, y ¡que Dios los grabe en vuestros corazones!

1. Primero, pues, la EXPLICACIÓN. ¿Qué se nos quiere dar a entender aquí por invocar el nombre del Señor? Tiemblo en estos momentos al tratar de explicaros el texto, porque sé que es muy fácil “oscurecer el consejo con palabras sin sabiduría”. En más de una ocasión los predicadores, en vez de hacer más luminosa la Escritura con sus explicaciones, la han convertido en oscuridad. Muchos predicadores son como una ventana pintada, impiden el paso de la luz en lugar de facilitarlo. No existe nada que me confunda más ni que fatigue tanto mi mente, como el responder a estas sencillas preguntas: ¿Qué es fe? ¿Qué es creer? ¿Qué es invocar el nombre del Señor? Para poder darles el significado exacto he tenido que recurrir a mi concordancia y buscar en ella los pasajes donde se repite esta misma palabra, y he podido deducir (y lo expongo respaldado por la autoridad de la Escritura) que la palabra “invocar” significa adorar; por lo tanto puedo traducir el texto de esta forma: “Todo aquel que adorare a Dios, será salvo.” Permitidme que os explique la palabra “adorar” de acuerdo con el significado que de ella da la Escritura, para, de esta manera, explicar la palabra “invocar”.

Invocar el nombre del Señor significa, en primer lugar, adorar a Dios. Encontraréis en el libro del Génesis que “cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra, entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová”. Es decir, empezaron a adorar a Dios, construyeron altares en su nombre, confirmaron su creencia en el sacrificio que había de venir, ofreciendo un sacrificio característico sobre el altar que había levantado, doblaron sus rodillas en oración, elevaron sus voces en cánticos sagrados, y exclamaron: “Grande es Jehová, Creador, Preservador; sea siempre alabado por los siglos de los siglos”. Ahora bien, todo aquel que, dondequiera que se encuentre en el vasto mundo, sea capacitado mediante la gracia para adorar a Dios como Dios quiere, será salvo. Si le adoráis por un Mediador, teniendo fe en la expiación de la cruz; si le adoráis con oraciones humildes y sincera alabanza, vuestra adoración prueba que seréis salvos. Porque no podríais adorar a menos que tuvierais gracia en vuestro corazón, y vuestra fe y gracia son una prueba de que seréis glorificados. Todo aquel que, con humilde devoción ya sea en el verde césped, bajo las ramas de un árbol, bajo la bóveda del cielo de Dios, o en la casa de Dios, o fuera de ella; quienquiera que adorare fervientemente a Dios con un corazón puro, esperando ser aceptado por medio de la expiación de Cristo, y abandonándose humildemente a la misericordia de Dios, será salvo. Así lo dice la promesa.

Empero expliquemos algo más extensamente lo que es adorar, no sea que alguien salga de aquí con una idea equivocada de lo que esto significa. La palabra “invocación”, en el significado que le da la Sagrada Escritura, quiere decir oración. Recordaréis el caso de Elías, cuando los profetas

de Baal pedían a su falso dios que les enviara lluvia; entonces él dijo: “Invocaré a Dios”, es decir, “oraré a Dios, para que envíe la lluvia”. Por lo tanto, la oración es un indicio seguro de vida divina en nuestro interior. Todo aquel que ore a Dios a través de Cristo con súplica sincera, será salvo. Oh, recuerdo de qué manera me consoló cierta vez este texto. Sentía el peso del pecado, y no conocía al Salvador; pensé que Dios me destruiría con su ira y me aplastaría con su ardiente enojo. Iba de capilla en capilla para oír predicar la Palabra, pero jamás escuché una frase del Evangelio que, como este texto, me protegiera del fin al que creo iba encaminado, llevado por la pena y el dolor: el suicidio. Sí, fue esta dulce palabra: “Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.” Bien, pense, no puedo creer en Cristo cómo es mi deseo, no puedo hallar el perdón; pero sé que invocando su nombre, sé que orando, ¡ay!, orando con gemidos, lágrimas y suspiros día y noche, aunque esté perdido, podré alegar esa promesa: “Oh Dios, tu dijiste que aquel que invocare tu nombre sería salvo; yo lo invoqué, ¿me arrojarás de tu lado? Yo rogué por tu promesa. Elevé mi corazón en oración, ¿puedes ser justo y condenar al hombre que realmente oró?” Mas, fijaos en este dulce pensamiento: la oración es el verdadero precursor de la salvación. Pecador, no puedes orar y perecer; oración y perdición son dos cosas que nunca marchan juntas. No te pregunto de qué clase es tu oración; puede ser un gemido, puede ser una lágrima, una oración sin palabras, o una oración pronunciada de forma incorrecta y desagradable al oído; pero si es una oración salida de lo más profundo del corazón, serás salvo, o de otra forma su promesa sería falsa. Puedes estar seguro que, si oras, no importa quién hayas podido ser ni cuál ha sido tu vida ni cuáles los pecados en que has caído, aunque estos sean los más repugnantes que corrompen a la humanidad; si has aprendido a orar de corazón,

«La oración es el hálito de Dios
En el hombre que vuelve a su Hacedor».

no puedes perecer con el hálito de Dios dentro de ti. “Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.”

Empero, la palabra “invocar” significa algo más: quiere decir confiar. Nadie puede invocar el nombre del Señor a menos que confíe en ese nombre. Debemos tener confianza en el nombre de Cristo, o de otro modo no le habremos invocado rectamente. Escúchame pues, pobre y afligido pecador; has venido aquí esta mañana teniendo conciencia de tu culpabilidad, despierto ante el peligro en que te encuentras; he aquí tu remedio: Cristo Jesús, el Hijo de Dios, se hizo hombre, nació de la virgen María, sufrió bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado”. Sí, Él hizo esto para salvar a pecadores como tú. ¿Quieres creer esto? ¿Crearás en ello con toda tu alma? ¿Dirás: “Hundido o a flote, Cristo Jesús es mi esperanza, y si perezco, pereceré rodeando con mis brazos su cruz, gritando:

«Nada traigo en mis manos a tu luz sólo vengo a abrazarme a tu cruz»”?

Pobre alma, si puedes hacer esto, serás salva. Ven ahora, no necesitas de ninguna buena obra por tu parte, ni de ningún sacramento; todo lo que se te pide es esto, y esto te lo da El. Tú no eres nada, ¿tomarás a Cristo para serlo todo? Ven, estás ennegrecido, ¿quieres ser lavado? ¿Te pondrás de rodillas y gritarás: “Señor ten misericordia de mí, pecador; no por ninguna obra que yo haya hecho o que pueda hacer, sino por el amor de Aquel cuya sangre manaba de sus manos y pies, en quien solamente creo”? Los sólidos pilares del universo se tambalearán antes que tú perezcas; ¡ay!, el cielo llorará un trono vacío y una Deidad extinguida, antes que la promesa sea violada. El que cree en Cristo, invocando su nombre, será salvo.

Pero veamos algo más, y con esto creo que os habré dado el sentido completo que da la Escritura a esta palabra. Invocar el nombre del Señor significa *profesar su nombre*. Recordaréis lo que dijo Ananías a Saulo, después llamado Pablo: “Levántate y bautízale, y lava tus pecados invocando su nombre.” Ahora pues, pecador, si quieres acatar la palabra de Cristo, ésta dice: “El que creyere y fuere *sumergido*, será salvo”. Observad que he traducido la palabra. El rey James no permitió que lo fuera. Pero yo no me arriesgo a ser infiel al conocimiento que tengo de la Palabra de Dios. Si

significa asperjar, que nuestros hermanos traduzcan “asperjar”; pero no osarán hacer tal cosa, porque saben que no encontrarán jamás en todo el idioma clásico nada que pueda justificar el hacerlo así; y no se atreven a intentarlo. Pero yo si me atrevo a traducirla: “El que creyere y fuere *sumergido*, será salvo”. Y aunque el sumergir no es nada, no obstante Dios manda a los hombres que creen que sean sumergidos, para hacer profesión de su fe. Repito que sumergir no significa nada para la salvación, es únicamente la profesión de la salvación pero Dios manda que todo hombre que pone su fe en el Salvador sea sumergido como lo fue el Salvador, para el cumplimiento de la justicia. Jesús fue a la orilla del Jordán para ser sumergido bajo las aguas; y de esta misma forma, cada creyente debe ser bautizado. Mas algunos de vosotros retrocedéis ante la idea de hacer una declaración. “No”, decís, “creeremos y seremos cristianos en secreto.” Entonces escuchad esto: “Porque el que se avergonzara de Mí y de mis palabras en esta generación el Hijo del hombre se avergonzará también de él cuando vendrá en la gloria de su Padre con los santos ángeles”. Repetiré una verdad manifiesta: ninguno de vosotros habréis conocido jamás a un cristiano secreto, y os lo demostraré. Si habéis sabido que un hombre es cristiano, no ha podido ser un secreto, porque si hubiese sido un secreto ¿cómo habríais podido saberlo? Por lo tanto, si no habéis conocido nunca un cristiano que lo era en secreto, no tenéis motivo para creer que pueda existir uno. Debéis manifestaras y hacer una profesión de fe. ¿Qué pensaría Su Majestad de sus soldados, si juraran que eran leales y verdaderos, y le dijeran: “Vuestra Majestad, preferiríamos, en vez de llevar los trajes militares, vestir de paisano. Somos hombres rectos, honestos e íntegros, pero no queremos permanecer en vuestras filas siendo reconocidos como vuestros soldados; nos gustaría más andar por el campo enemigo, y por el propio también, sin llevar nada que nos hiciera aparecer como soldados vuestros”?; ¡Ah!, algunos de vosotros hacéis lo mismo con Cristo. ¿Vais a ser cristianos secretos? ¿Vais a serlo, y andar por el campo del diablo, y por el de Cristo, pero sin ser reconocidos por ninguno? Bien, podéis arriesgamos si queréis hacerlo; pero a mí no me gustaría aventurarme a ello. Es una amenaza solemne: “El Hijo del hombre se avergonzará también de él cuando vendrá en la gloria de su Padre con los santos ángeles”. Es algo solemne, repito, cuando Cristo dice: “Cualquiera que no trae su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo”. Ahora pues, demando a cada pecador que aquí se encuentra, aquellos en quienes Dios ha despertado la necesidad de un Salvador, obediencia para el mandato de Cristo, tanto en este aspecto como en todos los demás. Oíd el camino de la salvación: adoración, oración, fe, profesión. Y esta profesión, si los hombres quieren ser obedientes, si quieren seguir la Biblia, debe ser efectuada en la misma forma que la hizo Cristo, mediante un bautismo por inmersión, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Dios lo manda, y aunque los hombres son salvos sin bautismo, y multitudes de ellos vuelan al cielo sin haber sido nunca lavados en la corriente, aunque el bautismo no es la salvación, no obstante, el hombre, si quiere ser salvo, no debe ser desobediente. Y puesto que Dios da una orden, a mí me corresponde hacerla cumplir. Jesús dijo: “Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere sumergido, será salvo; mas el que no creyere, será condenado”.

Aquí pues, está la explicación de mi texto. Ningún ministro de la Iglesia puede objetar nada a mi interpretación. La iglesia anglicana defiende la sumersión. Dice que sólo los niños, y únicamente en caso de debilidad, serán asperjidos; y es asombroso ver la cantidad de niños endebles que han nacido últimamente. ¡Estoy asombrado de hallaros con vida, después de haber descubierto la gran cantidad de endeblez que ha existido por doquier! Los queridos pequeñuelos son tan delicados que, en vez de la inmersión que con tanta fuerza defiende su iglesia, les basta con unas cuantas gotas de agua. Quisiera que todos los ministros anglicanos fueran más consecuentes con los artículos de fe de su iglesia; si lo fueran, lo serían también con las Escrituras; y si fueran un poco más consecuentes con algunos de los epígrafes de su propia iglesia, serían más consecuentes consigo mismos. Si vuestros niños son endebles, podéis asperjarlos; mas si sois buenos anglicanos los sumergiréis, si es que pueden resistirlo.

II. Y acto seguido, el segundo punto, nuestra REFUTACIÓN. Hay algunos errores muy corrientes con respecto a la salvación que necesitan ser sanados por medio de la refutación. El texto dice: “Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”.

Ahora bien, uno de los conceptos que se hallan en oposición con este texto es el siguiente: *que un sacerdote o un ministro sea absolutamente necesario para ayudar a los hombres en la salvación*. Esa idea es corriente en otros lugares además de la iglesia romana; son muchos, ¡ay!, demasiados los que hacen de un ministro protestante su sacerdote, de la misma manera que los católicos hacen de su sacerdote su mediador. Hay muchos que se imaginan que la salvación no puede ser consumada si no es por medios indefinibles y misteriosos, mezclados con los cuales se encuentran el ministro y el sacerdote. Escuchad, pues: si no hubieseis oído jamás la voz del pastor de la iglesia o la de un anciano, a pesar de ello, si hubieseis invocado el nombre del Señor, vuestra salvación sería igualmente segura con o sin ministro. Empero los hombres no pueden invocar a un Dios que no conocen; así pues, la necesidad de un predicador radica en que alguien ha de mostrarles cuál es el camino de la salvación; porque, ¿cómo oirán sin haber quien les predique, y cómo creerán en aquel de quien no han oído? Mas el cometido de un predicador no va más allá de exponer el mensaje; después, Dios, el Espíritu Santo, debe aplicarlo, porque nosotros no podemos hacer más. Oh, cuídate de las maquinaciones de los sacerdotes, de la astucia de los hombres, de la intriga de los ministros, de las artimañas de los clérigos. Todos son clérigos en el pueblo de Dios, todos somos *cleros*, todos somos Su clero, si hemos sido ungidos con el Espíritu de Dios y somos salvos. Nunca debía haber habido distinción entre clero y lego. Todos los que amamos al Señor Jesucristo somos clérigos, y vosotros, si Dios os ha dado capacidad para ello y os ha llamado para esta labor por medio del Espíritu, serviréis para practicar el Evangelio tanto como cualquier otro. No hace falta ninguna mano sacerdotal, ninguna mano presbiteriano -que en otras palabras quiere decir sacerdotal-, no es necesaria ordenación de hombres; creemos en el derecho humano de manifestar nuestras creencias, y confiamos en el llamamiento del Espíritu de Dios en nuestros corazones instándonos a testificar su verdad. Mas sabed, hermanos, que ni Pablo, ni un ángel del cielo, ni Apolos, ni Cefas pueden ayudarnos en la salvación. La salvación no es de los hombres ni por los hombres; y ni el papa, ni el arzobispo, ni el obispo, ni el sacerdote, ni el ministro, ni ningún otro posee gracia alguna que dar a sus semejantes. Es necesario que cada uno de nosotros acuda al origen del manantial y apele a su promesa: “Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”. Aunque estuviera encerrado en las minas de Siberia, donde nunca pudiese oír el Evangelio, al invocar el nombre de Cristo, el camino sería tan directo sin el ministro como puede serlo con él; la senda hacia el cielo es tan expedita desde las selvas del África, y desde los antros y los calabozos de la cárcel, como pueda serlo desde el santuario de Dios. No obstante, por edificación todos los cristianos aman al ministro, aunque no para la salvación; aun cuando no confían en el sacerdote ni en el predicador, no obstante, la Palabra de Dios es dulce para ellos, y “¡cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que publica la paz!”

Otro error muy corriente es el de creer que un buen sueño es lo más extraordinario para salvar almas. Muchos de vosotros no sabéis lo extendido que está este error; pero se da el caso que yo lo sé. Muchas personas creen que, si uno sueña que ve al Señor en la noche, será salvo; e igualmente, si lo ve en la cruz, o si a uno le parece ver ángeles, o si sueña que Dios le dice: “Estás perdonado, todo está bien”; pero si uno no tiene un sueño tan hermoso no será salvo. Así piensan algunos. Ahora bien, si es así, cuanto antes tomemos opio, mejor, porque no hay nada mejor que el opio para hacer soñar a la gente; y mi mejor consejo habrá de ser: que cada ministro distribuya opio con largueza, y de esta manera, cuantos le escuchen irán al cielo directamente por medio de los sueños. Pero desechemos esta tontería; no hay absolutamente nada en ella. Los sueños, las estructuras desordenadas de una imaginación desenfrenada, y frecuentemente las ruinas de los hermosos pilares de una gran idea, ¿cómo pueden ser el medio para la salvación? Ya conocéis la excelente respuesta de Rowland Hill; la citaré, pues no sé de otra mejor. Cuando una mujer arguyó que era salva porque había soñado, le dijo: “Bien, mi buena señora, es muy bonito tener bellos sueños cuando se duerme; pero deseo ver de qué manera se comporta cuando está despierta; porque si cuando está despierta su conducta no es compatible con la religión, no daré un penique

por sus sueños”. ¡Ah!, me maravillo de que haya personas que puedan llegar a tal extremo de ignorancia como para contarme las historias que yo mismo he oído sobre los sueños. ¡Pobres y amadas criaturas!; cuando estaban profundamente dormidos vieron las puertas del cielo abiertas, y un ángel blanco vino y lavó sus pecados, y entonces vieron que estaban perdonados, y desde aquel momento nunca han tenido la menor duda ni el menor temor. Es pues hora de que empecéis a dudar; aun estáis a tiempo; porque si esa es toda la esperanza que tenéis, es una esperanza muy pobre. Recordad que “todo aquel que invocare el nombre de Dios será salvo”; no todo aquel que sueñe con Él. Los sueños pueden hacer bien. Algunas veces hay quienes han enloquecido de pavor a causa de ellos- y ha sido mejor así, porque estas personas eran peores y cometían más faltas cuando estaban en su juicio, que cuando no lo estaban; en este sentido, pues, sí puede decirse que los sueños hicieron un bien. También hay quienes han sido puestos sobre aviso por medio de los sueños; pero confiar en ellos es confiar en una sombra, edificar vuestra esperanza sobre burbujas que se deshacen en la nada con un simple soplo de viento. ¡Oh!, recordad que no necesitáis visión alguna ni apariciones maravillosas. Si has tenido una visión o sueño, no es necesario que lo menosprecies; puede haberte beneficiado, pero no confíes en él. Mas si no has tenido ninguno, recuerda que la promesa radica solamente en invocar el nombre de Dios.

Veamos ahora otro error más; hay algunos, muy buenas personas también, que se han estado riendo mientras hablaba de los sueños, y ahora nos ha llegado el turno de reírnos de ellos. Hay quienes creen que han de experimentar una serie de sentimientos hermosos, o de otro modo no podrán ser salvos; piensan que hacen falta unos pensamientos extraordinarios, algo no conocido hasta entonces, o de otra forma no pueden ser salvos ciertamente. Una mujer me pidió que la admitiese como miembro de mi iglesia. Le pregunté si había experimentado un cambio en su corazón. Ella contestó “Oh, si señor, ¡qué cambio!; lo percibí a través del pecho de una manera tan extraordinaria, sabe usted; y cuando estaba un día orando sentí como si no supiera lo que me ocurría. Me noté tan cambiada. Y cuando una noche fui a la capilla, al salir me sentí distinta de como me había sentido hasta entonces; ¡tan ligera!” “Sí”, dije, “ligera de cascos; me temo, mi querida alma, que sea eso y no otra cosa lo que ha motivado esos sentimientos”. La pobre señora era completamente sincera; creyó que había sido convertida porque algo había afectado sus pulmones, o conmovido su estructura física. “No”, oigo decir a alguno de vosotros, “la gente no puede ser tan estúpida como para eso.” Os aseguro que, si pudierais leer en los corazones de la congregación aquí presente, encontraríais que hay cientos que no tienen una esperanza de gloria mejor que ésta, pues el tema que estoy abordando es corriente hoy día. “Pensé”, me dijo un día uno, “cuando estaba en el Jardín: seguro que Cristo borraré mis pecados con tanta facilidad como puede desplazar las nubes. Si usted supiera; en unos momentos las nubes habrían desaparecido y brillaba el sol. Pensé en mi interior: el Señor está borrando todos mis pecados.” Diréis que un caso tan ridículo como éste no se dará muy a menudo; pero yo os digo que sí sucede, y muy frecuentemente por cierto. La gente llega al convencimiento de que lo más absurdo del mundo es una manifestación, de la gracia divina en sus corazones. Y sin embargo, el único sentimiento que yo deseo experimentar es saber que soy un pecador y que Cristo es mi Salvador. Podéis guardaros vuestras visiones, éxtasis, arrebatos y danzas; lo único que deseo sentir es hondo arrepentimiento y fe humilde, y si tú tienes esto, pobre pecador, eres salvo. Si, alguno de vosotros cree que, antes de poder ser salvo, debe experimentar una especie de sacudida eléctrica, algo muy hermoso que os recorrerá de la cabeza a los pies. Mas escuchad esto: “Cercana esta la palabra en tu boca, y en tu corazón. Ésta es la palabra de fe, la cual predicamos: que si confesores con tu boca al Señor Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios lo levantó de los muertos, serás salvo”. ¿Qué pretendéis con todos esos desatinos de los sueños y pensamientos sobrenaturales? Todo lo que se requiere es que nos entreguemos a Cristo reconociéndonos culpables de nuestros pecados. Hecho esto, el alma es salva, y ni todas las visiones del universo podrán hacerla más salva.

Y ahora veré de subsanar otro error. Entre la gente muy pobre -he visitado a algunos y sé que lo que digo es verdad, (y mis palabras van dirigidas a algunos de ellos aquí presentes)-, entre los muy pobres e incultos existe una idea muy generalizada de que la salvación está relacionada de un modo u otro con el aprender a leer y a escribir. Quizás os sonriáis, pero estoy en lo cierto. Más de una vez me ha dicho alguna pobre mujer: “¡Oh!, señor, esto no sirve para pobres e ignorantes

criaturas, no hay esperanza para nosotros. No sé leer. ¿Sabe usted que no conozco ni una letra? Yo creo que si supiera leer, aunque fuese un poco, podría ser salvo; pero siendo tan ignorante, no se cómo podré salvarme, porque no tengo inteligencia”. Me he encontrado con esto mismo en el distrito rural, entre gentes que, si quisieran, podrían aprender a leer. No hay ninguno que no pueda, a no ser que sean perezosos. Y continúan con su fría indiferencia hacia la salvación, creyendo que el ministro puede ser salvo porque lee a las mil maravillas, que el oficinista puede ser salvo porque dice perfectamente “Amén”, y que el hacendado puede ser salvo porque sabe mucho, y tiene en su biblioteca una enorme cantidad de libros; pero que ellos no pueden ser salvos porque no saben nada, y que, por lo tanto, la salvación es imposible para ellos. ¿Hay aquí alguna de esas pobres criaturas? Te hablaré sencillamente. Mi pobre amigo, no necesitas saber mucho para ir al cielo. Te aconsejo que aprendas cuanto puedas, no te quedes rezagado en tratar de aprender. Mas en lo referente a ir al cielo, el camino es muy sencillo, “de tal manera que los insensatos no yerren”. Si sientes que has sido culpable, que has quebrantado los mandamientos de Dios, que no has guardado el día del Señor, que has tomado su nombre en vano, que no has amado a tu prójimo como a ti mismo, ni tampoco a Dios con todo tu corazón, sabe que Cristo murió por aquellos que son como tú; murió en la cruz y fue castigado en tu lugar, y Él te dice que creas en ello. Si deseas oír más sobre esto, ven a la casa de Dios y escucha, y trataremos de conducirte a algo más. Pero recuerda que todo cuanto necesitas conocer para ir al cielo es el pecado y al Salvador. ¿Sientes tu pecado? Cristo es tu Salvador, confía en Él, órale, y tan seguro como que estás aquí ahora y te estoy hablando, estarás un día en el cielo. Te diré dos oraciones. Primero di esta: “Señor muéstrame a mí mismo”. Es muy sencilla. Señor muéstrame a mí mismo; muéstrame mi corazón, muéstrame mi culpabilidad, muéstrame el peligro en que estoy; Señor muéstrame a mí mismo. Y cuando hayas dicho esta oración, y Dios te haya contestado (y recuerda que Él oye la oración), cuando te haya mostrado a ti mismo, he aquí la segunda plegaria: “Señor muéstrate a mí. Muéstrame tu obra, tu amor, tu misericordia, tu cruz, tu gracia”. Ora esto, y éstas serán las únicas oraciones que necesites para ir al cielo: “Señor, muéstrame a mí mismo”; “Señor, muéstrate a mí”. No necesitas saber mucho, pues. No te hace falta deletrear, no te es preciso saber hablar correctamente para alcanzar el cielo. El ignorante y el rústico son bienvenidos a la cruz de Cristo y a la salvación.

Perdonad que haya dado respuesta a tan corrientes errores. Los contesto porque son corrientes, y lo son entre algunos de los presentes. Oh, hombres y mujeres, escuchad una vez más la Palabra de Dios: “Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”. Anciano, niño, joven y muchacha; rico, pobre, intelectual, analfabeto: para vosotros es este sermón en toda su plenitud y liberalidad; si, a toda criatura bajo el cielo, “todo aquel” (y eso no excluye a ninguno), “todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”.

III. Y por último, terminaré con la EXHORTACIÓN. Es la siguiente: os invito en el nombre de Dios a creer en el mensaje de su Palabra que os anuncio en este día. No os apartéis de mí porque este mensaje haya sido expuesto con sencillez; no lo rechacéis porque haya escogido una manera sencilla y llana para predicarlo al pobre, sino escuchad de nuevo: “Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”. Os suplico que creáis esto. ¿Es difícil de creer? Nada es demasiado difícil para el Altísimo. ¿Decís: “He sido tan pecador que no puedo creer que Dios me salve”? Escucha la palabra de Jehová: “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.” ¿Decís: “Yo estoy excluido. No irá usted a decirme que Él me salvará”? Escucha, Dios dice: “Todo aquel”; “todo aquel” es una puerta muy ancha por la que pueden pasar grandes pecadores. ¡Oh!, si Él dice “todo aquel”, podéis estar seguros que, si lo invocáis, no seréis excluidos; eso es lo esencial.

Y ahora, debo rogaros que creáis esta verdad, y os induciré a ello valiéndome de unos cuantos razonamientos. Serán razonamientos de la Escritura. Que Dios los bendiga para ti, pecador. Si invocas el nombre de Cristo serás salvo; y en primer lugar, te diré que serás salvo porque *eres elegido*. Ningún hombre que no haya sido elegido previamente invocara el nombre de Cristo. La

doctrina de la elección, que confunde a muchos y atemoriza a más, no necesita jamás hacer esto. Si crees, eres elegido; si invocas el nombre de Cristo, eres elegido; si te sientes pecador y pones tu esperanza en Cristo, eres elegido. Ahora bien, los elegidos deben ser salvos, la condenación no existe para ellos. Dios los ha predestinado para la vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie los arrebatará de las manos de Cristo. Dios no elige a los hombres para después rechazarlos, no los elige para arrojarlos más tarde al abismo. Por lo tanto, eres elegido porque no habrías podido invocar su nombre si no lo hubieses sido; el hecho de que invoques se debe a que has sido elegido; y en cuanto que has invocado, e invocado el nombre de Dios, eres el elegido de Dios. Y ni la muerte ni el infierno podrán borrar jamás tu nombre de su libro. Se trata de un decreto omnipotente, ¡la voluntad de Jehová se cumplirá! Sus elegidos deben ser salvos, y aunque se opongan a ello la tierra y el infierno, Su poderosa mano romperá sus filas de perdición y conducirá a Su pueblo a través de ellas. Tú perteneces a ese pueblo. Tú te hallaras al final de los tiempos delante de su trono, y verás su rostro sonriente en gloria sempiterna, porque eres uno de sus elegidos.

Veamos otra razón. Si invocas el nombre del Señor serás salvo, porque *estás redimido*. Cristo te ha comprado, y ha pagado derramando la sangre más ardiente de su corazón en precio de tu rescate; Jesús ha hendido su corazón, y lo ha hecho pedazos para comprar tu alma de la ira. Tú eres un redimido aunque no lo sepas; pero yo veo la señal de la sangre en tu frente. Si invocas su nombre, aunque hasta ahora no hayas sentido consuelo, Cristo te ha llamado para que seas suyo. Desde aquel día en que dijo: “Consumado es”, Cristo ha dicho: “Mi gozo está en él, porque lo he comprado con mi sangre”, y nunca perecerás, porque has sido comprado. Ninguno de los que han sido comprados por la sangre de Jesús se ha perdido todavía. Grita, grita, ¡oh infierno!, que por mucho que grites no podrás hacer que se condenen las almas redimidas. Desechad esa horrible doctrina de que los hombres son comprados con la sangre, y, no obstante, son condenados; es demasiado diabólica para que yo pueda creerla. Sé que el Salvador hizo cuanto debía hacer, y si había de redimir, redimió; y los que han sido rescatados por Él son positivamente rescatados de la muerte, el infierno y la ira. No podré nunca concebir la idea de que Cristo fuera castigado por un hombre, y que este hombre sea castigado otra vez. Jamás podré comprender como Cristo pudo ocupar el lugar de alguien, y ser castigado por él, y no obstante este alguien ser castigado de nuevo. No; puesto que invocas el nombre de Dios, ello es la prueba de que Cristo es tu rescate. ¡Ven, alégrate! Si Él fue castigado, la justicia de Dios no puede exigir una venganza doble, primero de las sangrantes manos de tu Fiador, y después de las tuyas. Ven alma, pon tu mano sobre la cabeza del Salvador y di: “Jesús bendito, Tú fuiste castigado por mí”. Oh, Dios, no temo tu venganza. Castígame cuando mi mano está sobre la expiación, pero debes castigarme a través de tu Hijo. Castígame si quieres, pero no puedes hacerlo, porque tu justicia ya se cumplió en Él, y con toda seguridad no volverás a castigar por el mismo delito. ¿Qué? ¿Cristo bebió de un enorme trago de amor la copa de mi condenación, apurándola hasta las heces, y después de eso seré condenado? ¡Dios no lo quiera! ¿Será Dios tan injusto que olvidará la obra que hizo el Redentor por nosotros, y permitirá que la sangre del Salvador haya sido derramada en vano? Ni el mismo infierno se permitió jamás este pensamiento, digno solamente de los hombres que son traidores a la verdad de Dios. ¡Ah, hermanos!, si invocáis a Cristo, si oráis, si creéis, podéis estar completamente seguros de la salvación: estáis redimidos, y los redimidos no perecerán.

¿Es necesario que os exponga alguna otra razón? Creed esta verdad que necesariamente es verdad: Si invocáis el nombre de Dios, “en la casa de mi Padre”, dice Cristo, “muchas moradas hay”; y entre ellas hay una para vosotros. Cristo la ha preparado desde antes de la fundación del mundo. Él ha preparado la casa y la corona para todos aquellos que creen. ¡Ven! ¿Piensas que Cristo preparará una casa y no conducirá a ella a sus moradores? ¿Hará coronas para dejar que se pierdan las cabezas que han de llevarlas? ¡Dios no lo quiera! Vuelve tus ojos hacia el cielo. Hay un lugar allí que debe ser ocupado, y ocupado por ti; hay allí una corona que debe ser usada, y debe ser usada por ti. ¡Oh!, cobrad ánimo, los preparativos del cielo no serán en vano; Dios hará sitio a todo aquel que crea, y es por haber hecho este sitio por lo que aquellos que creen irán allí. ¡Oh! ¡Pido a Dios que yo sepa que algunas almas pueden acogerse a esta promesa! ¿Dónde estas? ¿Estás ahí lejos, de pie entre la multitud, o estas sentado aquí en la nave del Hall, o tal vez en la

galería más alta? ¿Sientes tus pecados? ¿Derramas lágrimas en secreto a causa de ellos? ¿Lamentas tus iniquidades? ¡Oh!, acógete a esta promesa: “Todo aquel (¡cuán dulce *todo aquel!*), todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”. El demonio te dice que no te sirve de nada invocar porque has sido un borracho. Contéstale que Dios dice: “Todo aquel”. “No”, dice el espíritu maligno, “no te sirve para nada; durante estos diez últimos años no has oído ni un sermón, y ni siquiera has estado en la casa de Dios.” Explícale que Dios dice: “Todo aquel”. “No”, dice Satanás, “recuerda el pecado de la pasada noche, y que has venido al Music Hall manchado con tu concupiscencia”. Contesta al demonio que Dios dice: “Todo aquel”, y que es una loca falsedad por su parte el pretender que puedas invocar a Dios y no obstante perderte. Dile que

«Si todos los pecados que el hombre ha cometido
Con su mente, palabras y su obra corrompida,
Desde que se hizo el mundo y comenzó la vida,
Sobre una sola hechura se hubieran reunido;
La sangre redentora de Cristo solamente,
Podría tantos delitos expiar propiamente»,

¡Oh! ¡Quiera el Espíritu de Dios que guardéis estas palabras en vuestros corazones! “Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.”

VII. UN LLAMAMIENTO A LOS PECADORES

«Éste a los pecadores recibe» (Lucas 15: 2).

Según nos cuenta el evangelista, cuando estas palabras fueron pronunciadas, se congregaba alrededor de nuestro Salvador un grupo muy singular: “Se llegaban a Jesús todos los publicanos y pecadores a oírle”. Los publicanos -la gente más ruin, los opresores públicos, despreciados y odiados aun por el más insignificante de los judíos-, junto con los de peor condición, la escoria de la calle y la chusma de la sociedad de Jerusalem, rodeaban a este portentoso predicador, Jesucristo, para oír sus palabras. Un poco alejadas de la multitud se encontraban unas cuantas personas respetables que en aquellos días eran llamadas escribas y fariseos; hombres muy estimados en las sinagogas como gobernantes, administradores y maestros. Éstos miraban con desprecio al predicador, y lo observaban con rencor por ver si lo cogían en falta. No pudieron encontrarla en El, pero la hallaron fácilmente en la congregación; Su comportamiento hacia los que le rodeaban escandalizaba por completo la falsa idea que tenían de lo que debía ser el trato social; y cuando vieron su afabilidad para con los de la peor calaña, que dirigía palabras cariñosas a lo más ruin de la raza, dijeron con intención de deshonorarse, bien que éste era su más alto honor: “Éste a los pecadores recibe”. Yo creo que nuestro Salvador no podía haber deseado mejor frase que ésta para definir clara y concisamente lo sagrado de su misión. Es el retrato exacto de su carácter, pintado con toda fidelidad por mano maestra. Él es el hombre que “recibe a los pecadores”. Hay verdades que muchas veces se pronuncian en son de burla, o con denigrante intención. “Ahí va un santo”, dicen, y es verdad. “Mire, ahí tiene uno de sus escogidos, uno de sus elegidos”, espetan con insultante tono; pero esta doctrina que a ellos escandaliza es consuelo para los que la reciben; es su gloria y honor. Y de esta misma manera los escribas y fariseos quisieron difamar a Cristo; pero en lugar de esto, aun no siendo su intención le otorgaron un título de renombre. “Éste a los pecadores recibe, y con ellos come.”

Esta tarde dividiré mi sermón en tres partes. Primera, *la doctrina de que Cristo recibe a los pecadores es una doctrina inspirada*. Segunda, *el ánimo que ella infunde a los pecadores*; y por último, *la exhortación que naturalmente nace de ella dirigida al pecador*.

I. Primeramente, pues, LA DOCTRINA. La doctrina no es que Cristo recibe a todo el mundo, sino que sólo “a los pecadores recibe”. En una conversación corriente entendemos que, en esta expresión estamos incluidos todos, y está muy en boga hoy en día el ocultar nuestros pensamientos diciendo que somos pecadores, cuando estamos plenamente convencidos de ser caballeros respetables, personas de categoría que no hemos roto un plato en toda nuestra vida. Es una especie de confesión formularia la que los hombres hacen cuando dicen que son pecadores, tanto si emplean una fórmula como otra, o la repiten con palabras de una lengua extraña; porque no sienten una profunda y sincera contrición. No tienen en absoluto la más ligera idea de que lo sean. Los escribas y fariseos declaraban tácitamente que ellos no eran pecadores cuando señalaban a los publicanos, a las ramera y a los despreciables, diciendo éstos son pecadores, nosotros no”. “Muy bien”, dijo Cristo, “Yo apoyo la distinción que habéis hecho. Según vuestra propia opinión no sois pecadores; de acuerdo, por el momento estaréis exentos de ser llamados así: Yo garantizo vuestra distinción. Pero he de advertiros que Yo vine para salvar a aquellos que, en su propia estimación, en la vuestra, son considerados como pecadores.” Estoy plenamente convencido de que ésta es la doctrina de nuestro texto: que Cristo no recibe a los que ya tienen justicia propia, ni a los buenos, ni a los sinceros, ni a aquellos que no creen necesitar un Salvador; sino a los de espíritu quebrantado, a los contritos de corazón, a aquellos que confiesen haber quebrantado la ley de Dios y merecido su enojo. A estos, y sólo a estos, Cristo vino a salvar. Y vuelvo a afirmar lo que ya tratamos el pasado domingo: que Cristo murió por estos, y por nadie más. Él derramó su sangre por aquellos que están dispuestos a confesar sus pecados y que buscan

misericordia en las venas abiertas de Su maltrecho cuerpo; por nadie más se propuso ofrecerse a Sí mismo en la cruz.

Observad, amados, que Dios hace una muy sabia distinción al complacerse en escoger y llamar a los pecadores al arrepentimiento, y sólo a ellos. Por esta razón, no son otros los que acuden a Él. Nunca se ha dado el milagro de que acudiera a Cristo un hombre con su propia justicia en busca de misericordia; sólo los que necesitan un Salvador van a Él.

Es lógico que los que no se consideran necesitados de un Salvador no se acerquen a su trono; y es en todos los sentidos suficiente que Cristo dijera recibir a los pecadores, cuando son los pecadores los únicos que buscan en Él misericordia; y, por consiguiente, sería inútil que dijera recibir a quienes jamás irán a Él.

Pero notad que solamente estos son los que pueden venir; nadie puede acudir a Él si no se reconoce sinceramente como pecador. El hombre autosuficiente no puede venir, porque, ¿qué es lo que se requiere para ello?: arrepentimiento, confianza en Su misericordia, y la negación de toda confianza en sí mismo. Así pues, uno que esté pagado de su propia suficiencia no puede arrepentirse y al mismo tiempo seguir firme en su orgullo. ¿Dé que ha de arrepentirse, si cree que no tiene pecado? Decidle que vaya a Cristo con humilde arrepentimiento, y os dirá “¡Eh!, usted está insultando mi dignidad. ¿Por que he de acercarme a Dios?, ¿dónde está mi pecado? Mis rodillas no se doblarán para pedir perdón porque no he ofendido. Estos labios no implorarán clemencia, porque yo estoy cierto de que no he pecado contra Dios; no necesito su misericordia”. La propia justicia del hombre no puede venir a Dios, porque el venir implica que ha dejado de ser justo. Ni tampoco puede poner su confianza en Cristo. ¿Por qué habría de ponerla? ¿Voy a confiar yo en Él si no lo necesito? Si yo soy autosuficiente, no me hace falta ningún Cristo que me salve. ¿Cómo, pues, voy a acudir con una confesión como ésta:

«Nada traigo en mis manos a tu Luz»,

cuando la traigo llenas? ¿Cómo podré decir: “lávame”, si creo que estoy limpio? ¿Cómo diré: “sáname”, cuando creo que nunca he estado enfermo? ¿Cómo clamaré: “Dios mío, líbrame, dame la libertad”, si creo que jamás he estado cautivo, ni “jamás serví a nadie”? Solamente el que siente su esclavitud a causa de la servidumbre del pecado, el que se siente enfermo hasta la muerte a causa de la convicción de su culpa, el que sabe que no puede salvarse a sí mismo, es el que puede confiar en el Salvador. Es imposible que el justo renuncie a su justicia y descansa confiadamente en Cristo, porque en su misma renunciación está el verdadero carácter de aquellos que El dijo que recibiría. El desechar su propia justicia sería ponerse en la misma situación del pecador. Amigos, el venir a Cristo implica el desvestirnos de la inmundicia de nuestra rectitud y ponernos la de Él. ¿Cómo voy a hacer eso si a sabiendas me embozo en mi propia vestidura? Y si para ir a Cristo he de dejar mi refugio y toda mi esperanza, ¿cómo podré hacerlo si al primero lo considero seguro y a la segunda excelente, y estoy vestido dignamente para las bodas del Cordero? De ninguna manera, amados; es el pecador y sólo el pecador quien puede ir a Cristo; el justo no puede hacerlo, sería impropio de él, y aunque pudiera no lo haría; su propia justicia encadena sus pies inmovilizándole, paraliza su brazo impidiéndole asirse a Cristo, y ciega sus ojos velándole al Salvador.

Hay otra razón más: si estos hombres, que no son pecadores, viniesen a Cristo, Él no sería glorificado en ellos. Si cuando el médico abre su puerta a los enfermos, entro yo, que gozo de buena salud, será inútil, conmigo no podrá ganar fama, porque no habrá lugar a que ejerza su ciencia en mí. ¿Y el caritativo?; podrá repartir su hacienda entre los pobres, pero si se acerca a él uno que nade en la abundancia, no podrá ganar su estima por darle de comer o por vestirle, ya que ni tiene hambre ni esta desnudo. Si Jesucristo proclama que dará gracia a todo el que venga, yo creo que es suficiente para creer que no querrá ni podrá venir nadie, a no ser aquellos que son impulsados por sus apremiantes necesidades.

¡Sí!, esto basta; es suficiente para su honor. Un gran pecador, cuando es salvado, atrae gran gloria sobre Cristo. Si alguien que no fuera pecador pudiese alcanzar el cielo, el mérito y el honor serían suyos y no de Cristo. El que está limpio no podrá engrandecer el poder limpiador del agua

aunque se bañe en la fuente, porque no tiene mancha de que lavarse. El que no es culpable jamás podrá magnificar la palabra “perdón”. Es el pecador, y solamente el pecador, quien glorificará a Cristo; y es por esto que “este hombre a los pecadores recibe”, y a ninguno más. “Él no vino a llamar justos, sino pecadores al arrepentimiento.” Ésta es la doctrina del texto.

Pero seamos un poco más explícitos en esta palabra de que “Éste a los pecadores recibe”. Entendemos que, al recibir a los pecadores, lo hace para otorgarles todos los beneficios que ha adquirido para ellos: si una fuente, los recibe para lavarlos; si medicina para el alma, los acoge para sanarlos; si casa de beneficencia, hospital o leprosería para moribundos, los recibe en estos refugios de misericordia. Para darles todo su amor, toda su gracia, toda su expiación toda su santidad, toda su justicia- para darles todo esto recibe a los pecadores. Y aun más; no contento con llevarlos a su casa, los recibe en su corazón. Él toma al pecador, y, habiéndole lavado, dice: “He aquí tú eres mi amado, y mi deseo eres tú”. Y para que todo sea perfecto, al final recibe a los santos en el cielo. Si, santos he dicho, y me refiero a aquellos que fueron pecadores; porque nadie podrá en verdad ser santo, si antes no ha sido pecador, y luego lavado en la sangre de Cristo y emblanquecido por el sacrificio del Cordero.

Observad, pues, amados, que cuando decimos recibir a los pecadores, decimos el darles la salvación completa; y las palabras del texto, “Cristo recibe a los pecadores”, encierran el cumplimiento de todas las condiciones del pacto. El los recibe para hacerles gozar de los deleites del paraíso, de la paz de los bienaventurados, de los cánticos de los glorificados, de una eternidad de felicidad sin fin. “Éste a los pecadores recibe”; y quiero hacer especial hincapié en este punto: recibe a estos, y a nadie más. No es su deseo obrar la salvación de alguien que no se sienta pecador. Completa y libre salvación es predicada a todos los pecadores del universo; pero yo no tengo salvación alguna que anunciar a quienes no se reconozcan pecadores. A estos debo predicarles la ley, advirtiéndoles que sus justicias son como trapos de inmundicia, que sus bondades desaparecerán como la tela de araña, y que, como el huevo del avestruz es destrozado por la pata del caballo, así serán deshechas. “Éste a los pecadores recibe”, y a nadie más.

II. Ahora nos toca considerar EL ÁNIMO que estas palabras dan. Si este Hombre recibe a los pecadores, ¡cuán dulce es esta palabra para ti, pobre pecador enfermo de iniquidad! Seguro, Él no te rechazará. Ven, déjame alentarte a venir a mi Señor esta noche, para recibir su gran expiación y ser vestido con su justicia. Notad: a estos que yo me dirijo son propia, real e íntegramente (bona fide), pecadores; no pecadores de compromiso; no aquellos que dicen serlo para evitar toda discusión según creen ellos, con los religiosos fanáticos de hoy día; no, yo hablo a aquellos que se sienten perdidos, arruinados y sin esperanza. Todos estos son invitados ahora franca y libremente a venir a Cristo Jesús y ser salvos por Él. Ven, pobre pecador, ven.

Ven, porque Él ha dicho que te recibirá. Yo sé que tienes miedo; todos nosotros también lo tuvimos una vez cuando fuimos a Cristo. Yo sé que dices en tu corazón: “Seré rechazado. Si le imploro no me oirá; si clamo a Él, los cielos se volverán sordos como una tapia; he sido tan gran pecador que jamás me aceptara para morar con Él en su casa”. ¡Pobre pecador! No hables así; Él ha promulgado el decreto. Entre los hombres es suficiente una promesa para confiar, si el que da su palabra es honrado. ¡Pecador!, y ¿no es suficiente si el que la hace es el Hijo de Dios? Él ha dicho: “Al que a mí viene no lo hecho fuera”. ¿Osarás desconfiar de esta promesa?, ¿no te harías a la mar con un barco tan sólido como éste: Él lo ha dicho? Éste ha sido por siempre el único consuelo de los santos; en él han vivido y en él han muerto: Él lo ha dicho. ¿Qué?, ¿crees que Cristo te miente? ¿Prometería recibirte para luego no hacerlo?, te diría: “Mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; ven a la cena”, para darte después con la puerta en las narices? No, si Él ha dicho que no echará a nadie que venga, está seguro que no podrá, que no querrá echarte a ti. Ven, pues, y prueba su amor sobre esta base, que Él lo ha dicho.

Ven y no temas, porque si te sientes pecador, recuerda que este sentimiento tuyo es don de Dios, y por tanto puedes venir con toda seguridad a Aquel que ha hecho tanto para traerte. Un extraño llama a mi puerta pidiendo limosna, y sus primeras palabras son para decirme con toda sinceridad que nunca me ha visto antes de ahora y que no tiene derecho a apelar a mi generosidad; pero que, sin embargo, confía plenamente en cualquier sentimiento misericordioso que pueda haber en mi

corazón. Si yo le hubiera favorecido anteriormente, suponiendo que yo fuese rico, podría decirme: “Señor, ha hecho usted tanto por mí, que le creo incapaz de abandonarme y dejarme morir de hambre después de tanto amor”. ¡Pobre pecador! Si sientes necesidad de un Salvador, Cristo te hizo sentirlo; si tienes el deseo de seguirle, Él te lo dio; si anhelas estar con Dios, Dios te dio el anhelo; si suspiras por Cristo, Él ablandó tu corazón; si lloras por Jesús, El te dio las lágrimas. ¡Ay!, si le deseas con el ardiente deseo del que espera aunque teme no encontrarle nunca, si tienes esa esperanza, El te la dio. Y, ¿no vendrás a Él? Ya tienes algunas de las mercedes del Rey; ven y apela a lo que Él ha hecho, que no hay causa perdida con Dios cuando alegues esto. Dile que sus misericordias pasadas te mueven a probarle en el futuro. Postrado sobre tus rodillas, pecador, postrado sobre tus rodillas, dile así: “Señor, te doy gracias porque me reconozco pecador; tú me lo has enseñado; te bendigo porque yo no encubro mi iniquidad, porque la conozco y la siento; porque siempre está ante mis ojos. Señor, permitiste que viera mi pecado, ¿y no me dejarás ver a mi Salvador? Tú que has abierto la herida y metido la lanceta, ¿no me curarás? ¡Oh, Señor! ¡No has dicho Tú “Yo mato”, y a renglón seguido, “Yo doy vida”? Tú me has matado, ¿y no me darás vida? Alega esto, pobre pecador, y comprobarás que es verdad que “Éste a los pecadores recibe”.

¿No te basta esto? He aquí, pues, otra razón. Estoy cierto que “Éste a los pecadores recibe”, porque ha recibido a muchos antes que a ti. Mira, he ahí la puerta de la Misericordia; advierte cuántos han llamado a ella; casi puedes oír ahora los golpes como ecos del pasado. Observa cuántos viajeros cansados han repicado en su aldaba en busca de descanso, cuántas almas hambrientas han acudido a ella pidiendo pan. Ven tú, llama a la puerta de la Misericordia y pregunta a quien te abra. ¿Ha llamado alguna vez alguien a la puerta que haya sido rechazado?” Yo puedo asegurarte la respuesta: “No, ninguno”.

«Jamás volvió vacío el pecador Que viniera a buscar misericordia Por amor del bendito Salvador.»

¿Y serás tú el primero? ¿Crees que Dios quiere perder su buen nombre echándote a ti? El portillo de la Misericordia ha estado abierto noche y día desde que el hombre pecó. ¿Crees que se cerrará por primera vez ante tu cara? No, hombre, ven y pruébalo; y si encuentras que es así, vuelve y dime: “No has leído la Biblia como debieras”; o publica que has encontrado una promesa en ella que ha sido incumplida, porque Él dijo: “Al que a mí viene no lo hecho fuera”. No creo que haya en este mundo ni siquiera uno que pueda decir delante de Dios que buscó misericordia y no la halló. Y es más, creo que tal persona no existirá jamás; porque cualquiera que venga a Cristo en busca de clemencia, más que cierto la hallará. ¿Qué mayor estímulo puedes desear? ¿Quieres quizá la salvación para aquellos que no quieren venir y ser salvos?, ¿Quieres que la sangre sea rociada también sobre aquellos que no quieren venir a Cristo? Tú puedes quererlo así, pero yo no te lo puedo predicar. No está en la Palabra de Dios y jamás me atreveré.

Y ahora, pecador, aun tengo otro argumento que presentarte para que creas que Cristo recibirá a todos los pecadores que vayan a Él. Y es éste: Él llama a todos los que lo son. Ahora pues, si Cristo nos llama y nos insta a venir, podemos estar seguros de que no nos echará cuando vayamos. Hubo una vez un ciego que, estando sentado junto al camino pidiendo limosna, oyó -porque no podía ver- un tropel de pasos que se acercaba; y, al preguntar qué era aquello, le dijeron que pasaba Jesús de Nazaret. Entonces, dando voces, gritó “¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!” El oído de misericordia pareció ser sordo, y el Salvador continuó andando como si no hubiera oído la súplica. Y aunque hasta entonces el pobre hombre no había cesado de gritar, permanecía sin moverse. Pero cuando el Salvador le dijo: “Ven acá”, ¡ah!, entonces no se demoró un instante. Le dijeron: “Levántate, Él te llama”; y tirándolo todo, apretado por la muchedumbre, se acercó y dijo: “Maestro, que cobre la vista”. Ahora tu, que te sientes perdido y arruinado, levántate y habla; Él te llama. Redargüido pecador, Cristo dice: “ven”; y puedes estar seguro de que es esa su intención. Citemos de nuevo la Escritura: “No he venido a llamar justos, sino pecadores a arrepentimiento”. Tu eres llamado, amigo; ven, pues. Si su Majestad la Reina pasara

ahora por aquí, difícilmente imaginarías el poder hablar con ella; pero si tu nombre fuese pronunciado, y por sus propios labios, ¿no irías tú a su carroza y escucharías lo que tuviera que decirte? Pues bien, el Rey del cielo dice: “ven”. Sí, los mismos labios que un día dirán:

“Ven, bendito”, dicen esta noche: “ven pobre afligido pecador, ven a mí que Yo te salvaré”. No hay una sola alma afligida en esta sala, si su aflicción es obra del Espíritu Santo, que no encuentre salvación en las heridas de Cristo. Cree, pues, pecador, cree en Jesús, que Él es poderoso para salvarte hasta lo sumo.

Y ahora, solamente un momento para encomendamos estas palabras de aliento. Yo sé, pobres almas, que cuando estáis bajo la sensación de pecado, es difícilísimo creer. Muchas veces decimos: “cree únicamente”; pero el creer es la cosa más difícil del mundo cuando el pecado agobia vuestros hombros con su peso. Acostumbramos a decir: “Pecador, confía únicamente en Cristo”. ¡Ah!, no sabéis cuán grande es ése “únicamente”. Exige un esfuerzo tan sobrehumano, que nadie podrá realizarlo, si no es con la ayuda de Dios; porque la fe es don suyo, y Él la concede solamente a sus hijos. Pero si hay algo que pueda excitar la fe, es precisamente de ello que quiero hablaros. Recuerda, pecador, que Cristo quiere recibirte, porque Él vino del cielo para buscarte y hallarte en tu extravío, para salvarte y librarte de todas tus miserias. Él ha dado prueba de su sincero interés por tu felicidad, derramando la sangre de su corazón para redimir tu alma de la muerte y el infierno. Si se hubiera contentado con la compañía de los santos, se habría quedado en el cielo con los muchos que allí hay. Abraham, Isaac y Jacob estaban con Él allá en la gloria; pero no, deseó tener también a los pecadores. Tuvo sed de las almas que se perdían. Anheló hacerlas trofeos de su gracia. Buscó a los que estaban manchados y sucios para emblanquecerlos. Él quiso poseer las almas que estaban sumidas en la muerte, para darles vida. Su misericordia necesitó sobre quien mostrarse. ¡Oh!, pecador, mira y ve aquella cruz. ¡Contempla a Aquel que es alzado en ella!

«¡Ve de su cabeza, sus manos y sus pies
La pena y el amor juntos brotar!
¿Ha habido jamás hiel como esta hiel
O tan sublime amar como este amar?
¡Gemas de la corona de su sien!

¿Ves aquellos ojos?, ¿no notas el amor que por tu alma flota en aquella mirada?; ¿no ves el costado?: esta abierto para que puedas esconder tus pecados en él. Ve aquellas gotas de sangre carmesí; cada una de ellas se vierte por ti. ¿Oyes aquel grito de muerte: “Eli, Eli, lama sabactani?”. Aquel grito, en todo su grave sonido y profunda solemnidad, es por ti. Sí, por ti, si tú eres pecador, si tú esta noche puedes decir a Dios: “Señor, yo sé que te he ofendido; ten misericordia de mí por amor de Jesús”. Si guiado por el Espíritu eres llevado ahora a aborrecerte a ti mismo en polvo y ceniza por tu pecado, verdaderamente, como siervo de Dios, en su presencia te digo que tú serás salvo; porque Jesús no murió por ti para luego dejarte perecer.

III. Nuestro último punto es UNA EXHORTACIÓN. Si es verdad que Cristo vino solamente para salvar a los pecadores, mis amados oyentes, trabajad, esforzaos, agonizad para que sintáis en vuestras almas esa sensación de pecado. Una de las cosas más dolorosas del mundo es el sentirse pecador; pero ésa no es razón para que yo deje de exhortaros a que lo busquéis; porque aunque es aflicción, es solamente el sinsabor de la amarga medicina que obrará la curación. No busquéis el tener un alto concepto de vosotros mismos, sino estimamos en poco; no os engalanéis ni procuréis rodearos de oro y plata; no os justificuéis a vuestros ojos, sino despojaos y desnadaos, sed humildes. No os elevéis, sino rebajaos. No crezcáis, sino menguad. Pedid a Dios que os muestre que no sois nada. Pedidle que os lo haga reconocer para que sólo podáis decir:

«El primero de los pecadores soy»;

y si Dios oye vuestra súplica, es muy probable que Satanás os diga que no podéis ser salvos porque sois pecadores. Como a Martín Lutero le sucedió “Estando yo una vez sumido en pena y

pecado”, nos cuenta él, “Satanás me dijo: “Lutero, tu no puedes salvarte porque eres pecador”. “No”, dije “sino que te cortaré la cabeza con tu propia espada. Tú dices que soy pecador; gracias por decírmelo. Eres una buena persona, Satanás (le dice con ironía), cuando me avisas de que soy pecador. Bien, Satanás, pues que Cristo murió por los pecadores, luego murió por mí. ¡Ah!, si solamente sabes decirme esto, muchas gracias de nuevo; y en lugar de lamentarme cantaré con gozo, porque lo único que necesitamos es saber y sentir que somos pecadores”. Sintámoslo nosotros; sepámoslo y recibamos como un hecho indubitante de la revelación que tenemos derecho a ir a Cristo, creer en Él y recibirle como nuestro suficiente Salvador, y colmo de nuestros deseos. Sin lugar a dudas, Conciencia intentará detenemos; pero no tratéis de cerrar su boca, sino decidle que le estáis muy agradecidos por todo cuanto os recuerda. Os dirá: “¡Oh!, tú has sido una miserable criatura que no has dejado de pecar desde tu juventud. ¡Cuántos sermones han sido malgastados en ti!, ¡cuántos domingos has quebrantado!, ¡cuántos avisos has despreciado! ¡Oh!, eres un miserable pecador”. Dad las gracias a Conciencia, porque cuanto más firme sea vuestra convicción de pecado, no de una forma superficial, sino en lo más profundo de vuestro corazón; cuanto más culpables os sintáis, tanta más razón tenéis para venir a Cristo y decir: “Señor, creo que Tú moriste por el culpable; creo que quisiste salvar al que no lo merecía. A ti me entrego; ¡sálvame Señor!” Esto no os viene bien a algunos de vosotros, ¿verdad? No es ésta la clase de doctrina que halaga al hombre. No; os gustaría ser buenas personas y ayudar a Cristo un poco; os agrada esa teoría que muchos ministros no cesan de proclamar. “Dios ha hecho mucho por ti; haz tú el resto y serás salvo.” Es una doctrina ésta que tiene mucha aceptación; vosotros hacéis una parte y Dios hará la otra; pero no es ésta la verdad de Dios, sino un loco desvarío. Él dice: “Yo lo haré todo, ven y póstrate a mis pies; deja tus obras, déjame ocupar tu lugar; después yo te haré vivir para mi gloria. Solamente para que puedas ser santo requiero que confieses tu impiedad, para que puedas ser santificado debes reconocer tu inmundicia”. ¡Oh!, haced esto, mis oyentes. Postraos ante el Señor, abatíos. No os alcéis orgullosamente, sino hincad vuestras rodillas delante de Dios con humildad; decidle que estáis perdidos sin su soberana gracia; decidle que no tenéis nada, que no sois nada, y que nunca seréis sino nada; pero que sabéis que Cristo no pide nada de vosotros, sino que os tomará tal como sois. No intentéis venir a Cristo con algo que no sean vuestros pecados; no tratéis de acercarnos a El con vuestras oraciones como Recomendación, ni aun con vuestra profesión de fe; venid a El con vuestro pecado, que Él os dará la fe. Si os quedáis lejos de Cristo creyendo que conseguiréis la fe fuera de Él, estáis en un error. Es Cristo quien nos salva; debemos venir a Él para todas nuestras necesidades.

Tú eres, ¡oh Cristo!, todo cuanto pido;
 En ti tengo, Señor, cuanto he soñado;
 Tú das la mano al que se encuentra hundido,
 Tú das aliento al pobre desmayado,
 Tú devuelves salud al dolorido
 Y eres Guía del ciego abandonado.

Jesús hará esto y mucho más; pero has de venir como el ciego, como el enfermo, como el perdido, o no vendrás de ninguna manera.

Ven, pues, a Jesús, te suplico, sea lo que sea lo que hasta ahora te haya mantenido apartado. Tus dudas tratarán de alejarte, pero di: “Atrás, Incredulidad; Cristo dice que murió por los pecadores: y yo sé que lo soy”.

«Mi fe confiada en Su promesa vivirá, y con esa promesa morirá.»

Hay una cosa más que deseo deciros antes de terminar. No permanezcáis lejos de Cristo, si os reconocéis pecadores, porque no entendáis todos los puntos de la teología. Muy frecuentemente he tropezado con recién convertidos que me han dicho: “No entiendo esta o aquella doctrina”. Y yo me he alegrado en explicársela hasta donde a mí me ha sido posible. Pero muchas veces no se

trata de recién convertidos, sino de recién convictos, personas que están bajo convicción de pecado, quienes, cuando he intentado hacerles ver que si eran pecadores podían creer en Cristo, han comenzado a discutir sobre tal o cual intrincado punto, y parecían creer que no podrían ser salvos hasta ser unos consumados teólogos. Así pues, vosotros, si esperáis a entender toda la teología antes de poner vuestra fe en Cristo, solamente puedo deciros que jamás lo lograréis; porque, aunque vivierais tantos años como quisierais, siempre habría pozos tan profundos que jamás podríais explorar. Aunque hay ciertos factores imprescindibles que es necesario saber y comprender, también hay ciertas dificultades que nunca podréis superar. El santo más capacitado de la tierra no puede entenderlo todo; sin embargo, vosotros queréis saber todas las cosas antes de venir a Cristo. Hubo uno que me preguntó que cómo entró el pecado en el mundo, y me hizo saber que no vendría a Cristo hasta que entendiera ese punto. Se perderá irremisiblemente si espera a saberlo, porque nadie lo sabrá jamás. Y no tengo motivos para creer que les haya sido revelado aun a aquellos que están en el cielo. Otro quiere saber cómo es que los hombres son instados a venir, diciendo las Escrituras que no pueden, y desea tener esto bien claro; es lo mismo que si aquel pobre hombre que tenía la mano seca, cuando Cristo le dijo: “Extiende tu mano”, hubiese replicado: “Señor, encuentro un poco difícil entender esto; ¿cómo puedes decirme que extienda mi mano si está seca?” Imaginad que cuando Cristo dijo a Lázaro: “¿Sal fuera?”, Lázaro hubiera respondido: “Veo un poco difícil eso que me mandas; ¿cómo puede un muerto salir fuera?” ¡aprende esto, hombre vano!: cuando Cristo dice: “Extiende tu brazo”, con la orden da el poder; y la dificultad es resuelta de hecho, aunque yo crea que jamás lo será en teoría. Si los hombres quieren tener un plano de la teología, como tienen el mapa de Inglaterra; si quieren beber un croquis de cada aldea y de cada seto del Evangelio del reino, no lo encontrarán en parte alguna si no es en la Biblia; y lo encontrarán tan bien proyectado que los años de Matusalem no bastarían para poder localizar cada uno de sus más pequeños detalles. Debemos venir a Cristo y aprender, no aprender y entonces venir.

“¡Ah!, pero”, dice otro, “no es ahí donde reside mi temor, los problemas teológicos no me turban; mi inquietud es mucho peor que ésta: sé que soy demasiado malo para ser salvo.” Bien, yo creo que estás equivocado, y esto es lo único que puedo responderte: que yo creeré a Cristo antes que a ti. Crees que eres demasiado malo para ser salvo, pero Cristo dice: “Al que a mí viene no lo echo fuera”. Así pues, ¿quién tendrá razón? El dice que recibirá a lo peor de lo peor, y tú que no. ¿Qué, pues? “Sea Dios verdadero mas todo hombre mentiroso.” Quiera Dios volverte a ti y traerte para que pruebes al Señor Jesucristo y veas si te despedirá. ¿Qué me importa a mí ser tan frecuentemente censurado por hacer mi llamamiento a lo peor de los pecadores! Se dice que mi ministerio está dirigido a los borrachos, a las prostitutas, a los blasfemos y demás pecadores de la peor especie. No me importa si el dedo del desprecio me señala y la gente me considera loco o tonto; ¿creéis que voy a detenerme por sus ironías? ¿Pensáis que me avergonzaré por la ruindad de sus burlas? Oh, no; como David, cuando danzaba delante del arca del Señor, y Mical, hija de Saúl, se mofó y lo menospreció por desvergonzado, solamente responderé que si esto es indigno, procuraré ser más indigno todavía. Mientras yo vea las pisadas de mi Maestro ante mí, y su continua y misericordiosa aprobación a mi trabajo; mientras yo contemple su nombre engrandecido, su gloria aumentada, y salvas las almas que perecen (de lo que gracias a Dios somos testigos cada día); mientras este Evangelio me respalde; mientras el Espíritu Santo me mueva y mientras las señales continúen multiplicando la garantía de mi misión, ¿quién soy yo para que me detenga por causa d “ e hombre, o resista al Espíritu Santo por carne que respira? ¡Oh!, vosotros, los más grandes de todos los pecadores; vosotros, lo más vil de lo vil; vosotros, que sois la escoria de la ciudad, el desecho de la tierra, la hez de la creación- vosotros, a quienes nadie se atrevería a acercarse; vosotros, cuya moral está arruinada y las mismas entrañas de vuestras almas tan manchadas que ningún batanero de la tierra podría emblanquecerlas; vosotros, tan depravados que ningún moralista de la tierra sería capaz de reformaros, venid, venid a Cristo. Acudid a su invitación. Acercaos, que seréis recibidos con cordial bienvenida. Mi Maestro dijo que Él recibiría a los pecadores. Sus enemigos decían de El: “Este a los pecadores recibe”. ¿Qué mejor testimonio podemos tener que el de aquellos que le odiaban? Venid ahora y conceded amplio crédito a su palabra, a su invitación, a su promesa. ¿Objetarás quizás que Él solamente recibió a

los pecadores en aquellos días de gracia cuando estaba en la tierra? No, no es así; lo demuestran experiencias posteriores. Los apóstoles lo repitieron, después que Él subió a los cielos, en términos tan categóricos como los que usó el mismo Cristo cuando estaba en la tierra. ¿No creeréis en esto: “Palabra fiel y digna de ser recibida de todos, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero”? Vosotros, despreciadores, andad y haced escarnio, si queréis, marchaos y burlaos del Evangelio predicado, pero un día nos encontraremos cara a cara delante de nuestro Hacedor, y puede que les cueste caro a todos aquellos que despreciaron a Cristo y se mofaron de sus palabras de misericordia. ¿Hay aquí algún incrédulo que diga que se marcharía satisfecho de este mundo si muriera una muerte aniquiladora, y que proferiría esto a vivir en una existencia futura? Bien, mi querido amigo que así hablas; supón que el fin de todos los hombres fuera como el de los perros; estate seguro de que yo me iría tan satisfecho como tú, o quizás más, porque tengo paz y felicidad en este mundo. Pero (y nota que no hablo así porque lo dude), si es cierto que hay una vida venidera, no me gustaría ocupar tu lugar en ella cuando llegue” Si es verdad que hay un juicio, que hay un infierno (lo digo hipotéticamente, no porque tenga duda sobre ello, sino porque eres tu el que lo niegas, aunque no creo que en realidad lo dudes), si existe tal lugar, ¿qué harás entonces? Si ahora tiembles por una hoja que se mueve en la noche, si el solo nombre del cólera te aterroriza, si te alarmas por una ligera enfermedad y corres en busca del médico y cualquiera puede engañarle con sus medicinas, porque tienes miedo de morir, ¿qué harás en las crecidas del Jordán, cuando la muerte te arrastre? Si un pequeño sufrimiento te asusta ahora, que harás cuando todo tu cuerpo se estremezca y tus rodillas tiemblen delante de tu Hacedor?, ¿qué harás tú, querido oyente, cuando sus ojos de fuego consuman tu alma?, ¿qué harás tú cuando, entre diez mil truenos, te diga: “Apártate, apártate”? Yo no puedo decirte lo que harás, pero te diré algo que no podrás alegar: no osarás decir que yo no he procurado siempre predicar claramente el Evangelio para el más grande de los pecadores. Oye una vez más: “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo”. Creer es confiar en Cristo, arrojarse en aquellos benditos brazos que pueden soportar el peso del pecador más cargado que en el mundo haya sido, abandonarse plenamente a la promesa, dejar que Él lo haga todo por ti, hasta que te haya dado vida y ayudado a realizar lo que ya comenzó “tu propia salvación”; y aun esto será “con temor y temblor”. ¡Dios todopoderoso conceda que alguna pobre alma sea bendecida esta noche! A los que estáis en la orilla no espero haceros ningún bien. Si yo tuviera un cañón lanzacables para lanzar la cuerda mar adentro, solamente el navío encallado, el marino naufragado, se alegraría de recibir la ayuda. Pero a ti que te sientes seguro y salvo, no tengo por qué predicarte; eres tan peligrosamente bueno ante tus propios ojos que de nada sirve el intentar hacerte mejor; eres tan terriblemente justo que puedes marchar tranquilamente por tus propios caminos sin ninguna advertencia por mi parte. Dispénsame por tanto si lo único que tengo que decirte es esto: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!” Y permíteme que me vuelva a otra clase de personas, a lo más vil de lo vil. Me trae sin cuidado que me llamen el predicador de los viles y despreciables; como Rowland Hill, el predicador de los de más baja condición, no me sonrojaré cuando me vilipendien, porque ellos tienen necesidad del Evangelio tanto o más que cualquier otra criatura bajo el cielo; y si nadie les predica a ellos, Dios me valga, yo procuraré hacerlo con palabras que puedan entender. Y si a los refinados no les gusta este estilo de predicación, tienen la opción de no escucharla. Si desean oír predicar a los hombres en términos intelectuales, que escapan a la capacidad del común de los pecadores, que vayan y los oigan. Yo debo darme por satisfecho con seguir a mi Señor, que “se despojó a Sí mismo”, para ir tras los extraviados pecadores de una forma poco común. Violaría el decoro del púlpito y derribaría su decencia antes de dejar de romper los duros corazones. Yo creo que una predicación es buena cuando de una forma u otra alcanza el corazón, y no me importa la forma de hacerlo. Sinceramente os digo que si no pudiera predicar de una manera lo haría de otra; si nadie quisiera venir a oírme porque vengo con chaqueta negra, les llamaría la atención con una roja. De un modo u otro les haría oír el Evangelio con todos los medios que estuvieran a mi alcance, y me esforzaría en predicar en forma tal, que aun los más simples pudieran enterarse de este hecho: “Este a los pecadores recibe”. ¡Dios os bendiga a todos por Cristo Jesús!

VIII. LA SOBERANÍA DIVINA

«¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?» (Mateo 20:15).

El padre de familia dice: “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?” Y esta mañana, el Dios de cielos y tierra os hace la misma pregunta: “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?” No hay un atributo de Dios más consolador para sus hijos que la doctrina de la soberanía divina. Bajo las más adversas circunstancias, en los más graves contratiempos, ellos creen que esa soberanía ha ordenado sus aflicciones, que las gobierna y que las santifica. No hay otra cosa por la que los hijos de Dios deban contender más firmemente que por el dominio de su Señor sobre toda la creación, trono suyo -la realeza de Dios sobre las obras de sus manos-, y el derecho a sentarse en ese trono. Por otra parte, tampoco hay doctrina más odiada por los mundanos, ni verdad convertida en semejante pelota de fútbol, como la de la grande, maravillosa y certísima soberanía del infinito Jehová. Los hombres permitirán a Dios estar en cualquier sitio menos en su trono. Consentirán en hallarlo en el taller formando los mundos y haciendo las estrellas. Accederán a que esté en su casa de caridad repartiendo limosnas y otorgando mercedes. Le tolerarán mantener firme la tierra y sostener Sus pilares, o iluminar las lámparas del cielo, o gobernar al inquieto océano; pero cuando Dios sube a su trono, sus criaturas rechinan los dientes. Y cuando proclamamos un *Dios entronizado* y su derecho a hacer según le plazca con lo suyo, a disponer de sus criaturas como le parezca sin consultar con ellas, entonces somos silbados y despreciados, y los hombres cierran sus oídos a nuestras palabras, porque un Dios en su trono no es el Dios que ellos aman. Les agradaría contemplarle en cualquier sitio menos en su solio con su cetro en su mano y la corona en sus sienes. Pero es un Dios entronizado el que a nosotros nos gusta predicar, en quien confiamos, de quien hemos cantado y de quien hablaremos en esta plática. Sin embargo, haré hincapié solamente sobre una parte de la soberanía de Dios, y es la que toca a la distribución de sus dádivas. En este aspecto creo que, no solamente tiene derecho a hacer lo que quiera con lo suyo, sino que, en realidad, lo hace.

Antes de comenzar nuestro sermón, debemos reconocer como cierto que todas las bendiciones son regalos de Dios, a los que no tenemos derecho por nuestros propios méritos; y creo que toda persona que piense un poco debe reconocerlo así. Una vez admitido esto, nos ocuparemos en demostrar que si hace lo que quiere con lo suyo es porque tiene derecho a quedárselo todo si le place, a repartirlo si así lo prefiere, a dar a unos y a otros no, o bien a no dar a nadie o dar a todos, según parezca bien a sus ojos. “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?”

Dividiremos los dones de Dios en cinco clases: *Temporales, salvadores, honoríficos, útiles y consoladores*. De todos ellos debemos decir: “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?”

I. Empezaremos, pues, con LOS DONES TEMPORALES. Es un hecho indiscutible que Dios, en las cosas temporales, no ha repartido a todos por igual; no todas sus criaturas han recibido la misma cantidad de ventura y posición en este mundo. Existe una desigualdad. Notadla sobre todo en los hombres, porque de ellos nos ocuparemos principalmente. Unos nacen como Saúl, que “del hombro arriba sobrepujaba a cualquiera del pueblo”; otros serán toda su vida como un Zaqueo, hombre de corta estatura. Unos tienen un cuerpo musculoso y son físicamente atractivos; otros son débiles y distan de tener una figura hermosa. Cuantos encontramos cuyos ojos nunca han gozado de la luz del sol; cuyos oídos jamás han escuchado el encanto de la música y cuyos labios en la vida han pronunciado palabras inteligibles o armoniosas. Id por el mundo y hallaréis hombres superiores a vosotros en vigor, salud y figura; y otros inferiores en todas estas mismas cosas. Algunos de los que están aquí son preferidos por su aspecto exterior al resto de sus semejantes, mientras que otros son dejados a un lado y no tienen nada de que puedan gloriarse en la carne. ¿Por qué ha dado Dios belleza a un hombre y a otro no? ¿A uno todos sus sentidos y a otro sólo parte de ellos? ¿Por qué ha despertado en unos el sentido del entendimiento, mientras que otros se ven obligados a tener una mente obtusa y terca? Digan lo que digan los hombres, no

puede haber otra respuesta que esta: “Así, Padre, pues que así agradó en tus ojos”. Los antiguos fariseos preguntaron: “Rabí, ¿quién pecó este o sus padres, para que naciese ciego?” Sabemos que no fueron los pecados de los padres ni los del hijo la causa de que éste naciera ciego, como tampoco es por eso por lo que otros han sufrido desgracias parecidas; sino porque Dios ha actuado según la ha placido en el reparto de sus beneficios terrenales, diciendo de este modo al mundo: “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?”

Notad, también, la desigualdad que existe en la distribución de los *dones intelectuales*. No todos los hombres son como Sócrates; hay pocos como Platón; los hombres como Bacon aparecen muy de tarde en tarde; no se da muy frecuentemente la ocasión de poder hablar con algún Isaac Newton. Algunos tienen maravillosa inteligencia con la que pueden desentrañar grandes misterios, sondear las profundidades de los océanos, medir la altura de las montañas, analizar los rayos del sol y pesar los astros. Otros no tienen sino pocos alcances. Podéis educarlos y educarlos, que nunca lograréis hacer de ellos grandes hombres. Es imposible mejorar, lo que no tienen. Carecen de genio y vosotros no podéis impartírselo. Cualquiera puede ver que hay una diferencia inherente en el hombre desde su mismo nacimiento. Algunos, con poca instrucción, aventajan a aquellos que han sido concienzudamente preparados. Tomad dos muchachos, educadlos en el mismo colegio, por el mismo maestro; los dos se aplicarán en sus estudios con la misma diligencia, pero uno de ellos dejará rezagado a su compañero. ¿Por qué es esto? Porque Dios hace sentir su soberanía tanto sobre la inteligencia como sobre el cuerpo. Él no nos ha hecho a todos iguales; sino que ha dado variedad a sus dones. Un hombre es elocuente como Whitefield, y otro tartamudea aunque sólo tenga que hablar tres palabras en su propia lengua. -Qué es lo que establece estas marcadas diferencias entre hombre y hombre? Tenemos que responder que debemos atribuirlo todo a la soberanía de Dios, quien hace lo que quiere con lo suyo.

Reparad de nuevo en las diferentes *condiciones de los hombres en el mundo*. De vez en cuando han surgido preclaras inteligencias entre hombres cuyos miembros han arrastrado las cadenas de la esclavitud y cuyas espaldas han sido ofrecidas al látigo; hombres de piel negra, pero de entendimiento inmensamente superior al de sus brutales amos. También en Inglaterra es frecuente encontrar a sabios que viven en la pobreza, y ricos no pocas veces ignorantes y vanos. Unos vienen a este mundo para ser ataviados con la púrpura imperial, otros no llevarán más que sus humildes ropas de campesino. Unos tienen un palacio para morar y colchón de plumas para descansar, mientras otros no tienen sino un duro catre y nunca les cobijará más suntuoso techo que el de paja de su cabaña. Si de nuevo preguntásemos la razón de todo esto, la respuesta seguiría siendo la misma: “Así, Padre, pues que así agradó en tus ojos”. A vuestro paso por la vida podréis observar de otras muchas maneras la manifestación de la soberanía de Dios. Da a algunos hombres una salud recia durante toda su vida, de forma que apenas saben lo que es una indisposición; mientras que otros se arrastran vacilantes por el mundo esperando encontrar la tumba abierta a cada paso, viviendo miles de miles de muertes al temer constantemente a una. Hay personas, como Moisés, que aun en los últimos días de una vida extraordinariamente larga tienen una vista aguda y que, aunque tengan el cabello blanco, se mantienen firmes sobre sus pies, como cuando eran jóvenes. Nuevamente preguntamos: ¿cuál es la causa de esta diferencia? Y otra vez aparece la única respuesta adecuada: La soberanía de Jehová. Encontraréis también que, mientras a unos se les quita la vida prematuramente -en la flor de su vida-, a otros les es dado llegar más allá de los setenta; unos parten antes de haber cubierto la primera etapa de su existencia, mientras otros prolongan sus días hasta convertirse totalmente en un estorbo. Estimo que necesariamente debemos atribuir la causa de todas estas diferencias de la vida a la soberanía de Dios. Él es Rey y Soberano y, ¿no hará lo que quiera con lo suyo?

Vamos a dejar este extremo de la cuestión; pero antes de hacerlo, debemos recapacitar un poco más sobre él. ¡Oh!, tú que has sido dotado de una noble figura, de un, cuerpo hermoso: no te enorgullezcas de ello, porque tus dones proceden de Dios. No te gloríes, porque si lo haces, desaparecerá en un momento toda tu apostura. Las flores no presumen de su belleza ni los pájaros cantan su plumaje. Hijas, no os envanezcáis con vuestra hermosura; hijos, no os engriáis de vuestra gallardía. Y vosotros, ¡oh! hombres, poderosos e inteligentes, recordad que todo cuanto

tenéis os ha sido concedido por un Soberano Señor: Él creó, Él puede destruir. No hay mucha diferencia entre la más preclara inteligencia y el idiota más desvalido: las mentes penetrantes rayan en la locura. Vuestros cerebros pueden ser trastornados en cualquier momento, y en adelante estar condenados a vivir en la demencia. No os jactéis de vuestro saber, porque aun el más pequeño conocimiento que poseéis os ha sido dado. Por lo tanto, yo os digo, no os enaltecáis sobremanera, sino emplead para Su gloria los dones que Dios os ha dado, porque son dádivas reales que no podéis rechazar. Si el Soberano Señor os ha dado un talento, y no más, no lo guardéis en vuestra faltriquera, sino haced buen uso de él y quizá os será aumentado. Bendecid a Dios porque tenéis *más* que algunos, y dadle gracias, también, porque os ha dado *menos* que a otros, porque así no es tanto lo que tenéis que llevar sobre vuestros hombros; ya que cuanto más ligera sea vuestra carga, menos gemiréis en vuestro caminar hacia la tierra mejor. Bendecid a Dios, pues, si poseéis menos que vuestros semejantes, y ved su bondad tanto en el dar como en el retener.

II. En todo cuanto hemos dicho hasta aquí, probablemente la mayoría esta de acuerdo con nosotros; pero cuando entramos en el segundo punto, LAS DÁDIVAS SALVADORAS, gran número de personas discrepan, porque no pueden aceptar nuestra doctrina. Cuando aplicamos esta verdad con relación a la soberanía de Dios en la salvación del hombre, vemos como hay quien se levanta para defender a sus semejantes, a quienes consideran perjudicados por la predestinación divina. Pero nunca oí de alguno que se alzara para abogar por Satanás; y yo creo que si algunas criaturas de Dios tuvieran derecho a quejarse de Su comportamiento, éstas serían *los ángeles caídos*. Por su pecado fueron arrojados del cielo fulminantemente, y no leemos que nunca les fuera enviado un mensaje de misericordia. Una vez echados fuera, su condenación fue sellada; mientras que a los hombres se les dio una tregua, fue enviada redención a su mundo, y un gran número de ellos fueron escogidos para vida eterna. ¿Por qué no contender con la soberanía tanto en un caso como en otro? Afirmamos que Dios ha elegido un pueblo de entre los hombres, y se le niega el derecho a obrar así. Y yo pregunto: ¿por qué no se discute igualmente el hecho de que haya escogido a los hombres y no a los ángeles caídos, o su justicia por esa forma de proceder? Si la salvación fuese asunto de derecho, los ángeles tendrían en verdad tanto como los hombres. ¿No estaban situados en una dignidad superior?, ¿o es que pecaron más? Creemos que no. El pecado de Adam fue tan intencionado y pleno que no podemos imaginar uno mayor. Si los ángeles expulsados del cielo hubiesen sido restaurados, ¿no habrían prestado mayor servicio a su Hacedor que el que nosotros podamos prestarle jamás? Sí se nos hubiera permitido juzgar en esta cuestión hubiéramos liberado a los ángeles y no a los hombres. Así pues, admirad el amor y la soberanía divinos, ya que mientras aquellos fueron hechos pedazos, Dios levantó un número de elegidos de entre la raza humana para hacerles estar entre príncipes por los méritos de Jesucristo nuestro Señor.

Notad de nuevo la soberanía divina en el hecho de que Dios *escogió al pueblo israelita y dejó a los gentiles en la oscuridad durante años*. ¿Por qué fue Israel enseñado y salvado mientras Siria se perdía en la idolatría? ¿Era una raza más pura en su origen y mejor en su condición que la otra? ¿No tuvieron los israelitas dioses falsos centenares de veces, que provocaron la ira y el aborrecimiento del Dios verdadero? ¿Por qué fueron favorecidos más que todos sus semejantes? ¿Por qué el sol brilló sobre ellos, mientras a su alrededor las naciones eran dejadas en la oscuridad, y miríadas eran sepultados en el infierno? ¿Por qué? La única respuesta que puede darse es esta: Que Dios es soberano y “del que quiere tiene misericordia; y al que quiere, endurece”.

Y también, ¿cómo es que Dios *nos ha dado su Palabra a nosotros, mientras multitud de personas están todavía sin ella*? ¿Por qué nos podemos acercar al tabernáculo de Dios cada uno de nosotros, domingo tras domingo, teniendo el privilegio de escuchar la voz de un ministro de Jesús, mientras otras naciones no han sido bendecidas del mismo modo? ¿No podía Dios haber hecho que la luz resplandeciera también en esos sitios de tinieblas? ¿No podía Él, si le hubiese placido, haber enviado mensajeros raudos como la luz para que proclamasen su Evangelio por toda la

tierra? Podía haberlo hecho si hubiera querido. Pero, puesto que sabemos que no ha sido así, nos inclinamos con humildad, confesando su derecho de hacer lo que quiera con lo suyo.

Mas permitidme que traiga, una vez más, la doctrina a nuestros ámbitos. Observad cómo manifiesta Dios su soberanía en el hecho de que *de la misma congregación, donde todos han oído al mismo predicador y escuchado idéntica verdad, es tomado el uno y dejado el otro.* ¿Por qué será que en una de mis oyentes, sentada en los últimos bancos de la capilla junto a su hermana, el efecto de la predicación es diferente que en la otra que está a su lado? Ambas han sido criadas sobre las mismas rodillas, mecidas en la misma cuna y educadas con igual esmero; las dos han oído al mismo predicador y con idéntica atención; ¿por qué una será salvada y la otra dejada? Lejos esté de nosotros el buscar excusas en favor del hombre que se condena, cuando no hay ninguna. Igualmente, lejos esté de nosotros el restarle gloria a Dios, pues sabemos que es Él quien hace la diferencia; por eso la hermana que se ha salvado no debe agradecérselo a sí misma, sino a su Señor. Habrá también dos hombres dados al vicio de la bebida. Unas palabras de la predicación traspasarán a uno de ellos de parte a parte, pero el otro permanecerá impassible, aunque serán bajo todos los aspectos idénticamente iguales, tanto en temperamento como en educación. ¿Cuál es la razón? Tal vez digáis: porque uno ha aceptado el mensaje del Evangelio y el otro lo ha rechazado. Pero debemos responder con la misma pregunta: ¿quién hace que uno acepte y el otro rechace? *Me figuro* que diréis que el hombre mismo hizo la distinción; pero *debéis* admitir en vuestra conciencia que es a Dios solo a quien pertenece este poder; a pesar de ello, aquellos a los que no les agrada esta doctrina, están siempre en pugna contra nosotros y dicen: ¿Cómo puede Dios hacer tal acepción entre los miembros de su familia? Imaginaos un padre que tuviese determinado número de hijos, y que a uno diera todos sus beneficios, relegando a los otros a la miseria: ¿no diríamos que era un padre duro y cruel? Admito que sí, pero no es el mismo caso, porque no es con *un padre* con quien tenéis que tratar, sino con *un juez*. Decís que todos los hombres son hijos de Dios, y yo os emplazo a probarlo con la Biblia. Nunca he leído en ella nada parecido, y jamás me atrevería a decir: “Padre nuestro que estás en el cielo”, hasta que fuese regenerado; no puedo gozarme de su paternidad hasta saber que soy uno con Él y coheredero con Cristo; no osaría llamarle Padre mientras fuera una criatura sin regenerar. No existe aquí la misma relación que entre padre e hijo -porque el hijo siempre tiene algún derecho sobre su padre- sino entre rey y súbdito; y aun ni siquiera ésta, porque el súbdito tiene a veces algo, por pequeño que sea, que reivindicar de su rey- Pero una criatura, una criatura pecadora, jamás puede tener derechos sobre Dios; porque si así fuera, la salvación sería por obras y no por gracia. Si el hombre pudiera merecerla, el salvarlo sería entonces el pago de una deuda, y no se le daría más que lo que se le debía. Sostenemos que la gracia, para que sea tal, ha de hacer diferencias. Alguno dirá: Pero, ¿no está escrito que “*a cada uno le es dada medida de gracia para provecho*” Bien, si os gusta podéis repetir esa maravillosa cita hasta la saciedad, que seréis bien recibidos. Pero tened en cuenta que esta no es una cita de las Escrituras, a menos que se halle en una edición arminiana. El único pasaje parecido a este se refiere a los dones espirituales de los santos, y sólo de los santos. Ya que, admitiendo vuestra suposición, si a cada uno le es dada medida de gracia para provecho, es evidente que hay otros que la reciben con carácter especial para que, precisamente, les sea provechosa. ¿Qué entendéis por gracia que puede usarse para provecho? Me es fácil comprender los adelantos humanos para perfeccionar la utilización de la grasa, pero lo que no entiendo es una gracia que sea perfeccionada para ser usada por los hombres.

La gracia no es una cosa que yo pueda usar, sino algo que me usa a mí; sin embargo la gente habla de ella como pudiéndole manejar, y no como una influencia que tiene poder sobre ellos. No es algo que yo pueda perfeccionar, sino que me perfecciona a mí, que me emplea y obra sobre mí. Que los hombres hablen cuanto quieran sobre la gracia universal; absurdo por completo porque no existe tal cosa ni puede existir. De lo que pueden hablar con propiedad es de bendiciones universales, porque vemos que los dones naturales de Dios han sido esparcidos por doquier, en mayor o menor profusión, y los hombres pueden aceptarlos o rechazarlos. Pero que no digan lo mismo de la gracia, porque nadie puede cogerla para, por sí mismo, volverse de las tinieblas a la luz. La luz no viene a la oscuridad y le dice: úsame, sino que la toma y la echa fuera. La vida no acude al cadáver y le dice: válete de mi y torna a vivir, sino que con su propio poder lo resucita.

El poder espiritual no se acerca a los huesos secos para decirles: usadme y revestíos de carne, sino que él los cubre, y acaba la obra. La gracia es, pues, algo que se nos da y que ejerce su influjo sobre nosotros.

«Solamente el deseo soberano
De Dios, nos hace herederos de gracia;
Nacidos a la imagen de su hijo,
Restaurados de la caída raza.»

Y nosotros decimos a todos aquellos que rechinan sus dientes al oír esta verdad, que, tanto si lo saben como si no, sus corazones están llenos de enemistad contra Dios; porque mientras no lleguen al conocimiento de esta doctrina, hay algo que aun no han descubierto, y que les hace oponerse a la idea de un Dios absoluto, libre, sin cadenas, inmutable y teniendo libre albedrío, cosa que son tan dados a demostrar que las criaturas poseen. Estoy persuadido de que debemos mantener la doctrina de la soberanía de Dios, si tenemos una mente sana. “De Jehová es la salud.” Dad, pues, toda la gloria a su santo nombre, pues a Él le pertenece toda.

III. En tercer lugar, vamos a considerar las distinciones que Dios hace en su Iglesia al repartir los DONES HONORIFICOS. Hay diferencia entre los propios hijos de Dios, cuando éstos son tales. Fijaos en lo que quiero decir: Unos tienen, por ejemplo, el don honorífico del *conocimiento* en mayor grado que otros. Tropiezo de vez en cuando con un hermano con el que podría hablar durante meses, y aprender algo de él cada día. Posee una profunda experiencia -ha buscado en “lo profundo de Dios”-, toda su vida ha sido un continuo estudio, dondequiera que ha estado. Parece haber sacado sus pensamientos, no de los libros meramente, sino de la vida de los hombres, de Dios, de su propio corazón; y conoce todas las vueltas y recodos de la experiencia cristiana: ha comprendido la anchura, longura, profundidad y altura del amor de Cristo, que excede a todo conocimiento. Ha conseguido una clara idea e íntimo conocimiento del sistema de la gracia, y puede vindicar la conducta del Señor para con su pueblo.

Os encontraréis con otro que ha pasado por multitud de tribulaciones, pero que no tiene un conocimiento profundo de la experiencia cristiana; no aprendió ni un solo secreto en todas sus calamidades. Surgía del barro de una charca para caer inmediatamente en otra, pero nunca se detuvo a recoger alguna de las joyas depositadas en el cieno, ni trató jamás de descubrir las perlas escondidas en sus aflicciones. Conoce muy poco de la altura y la profundidad del amor del Salvador. Podéis charlar con ese hombre tanto como queráis, que no sacaréis de él nada de provecho. Si me preguntáis por qué es esto, os responderé que hay una soberanía de Dios que da el conocimiento a unos y a otros no. Paseando el otro día con un cristiano de edad avanzada, me hablaba de cuánto provecho había sacado de mi ministerio. Nada hay que me haga humillar más que el pensamiento de que un creyente anciano reciba instrucción en los caminos del Señor de un neófito en la gracia. Pero yo espero, cuando llegue a viejo, si es que llego, ser también instruido por algún recién nacido en la fe; porque Dios cierra muchas veces la boca de los mayores y abre la de los niños. ¿Por qué somos maestros de centenares de personas que, en otros aspectos, están mucho más capacitadas para instruirnos a nosotros? La única respuesta que podemos encontrar reside en la soberanía de Dios, y debemos inclinarnos ante ella; porque, ¿no le es lícito a Él hacer lo que quiera con lo suyo? En vez de tener envidia de aquellos que tienen el don del conocimiento, procuremos tenerlo nosotros también, si nos es posible. En lugar de murmurar, protestando por no tener más entendimiento, deberíamos recordar que ni el pie puede decirle a la cabeza, ni la cabeza al pie, no te necesito; porque Dios nos ha dado los talentos como a Él le ha placido.

No penséis, cuando hablamos de dones honoríficos, que éstos se reducen solamente al del conocimiento; también el del *servicio* es un don honorífico. No hay nada más honroso para un hombre que el cargo de diácono o ministro de la Palabra. Engrandecemos nuestro oficio, pero no a nosotros mismos; porque estamos plenamente convencidos de que el desempeñar cualquier

cometido en la iglesia es uno de los más grandes honores. Preferiría ser diácono antes que alcalde de Londres. No hay honor más grande para mí que el de ser ministro de Cristo. Mi púlpito me es más apetecible que el más alto trono, y mi congregación es un gran imperio, ante el cual los más grandes reinos de la tierra quedan reducidos a algo sin importancia eterna. ¿Por qué Dios, por medio del Espíritu Santo, llama con especial vocación a unos para que sean pastores, y no a otros? Incluso hay personas mejor dotadas, pero no nos atreveríamos a darles el púlpito, porque no han sido llamadas con esa vocación. Igual ocurre con el diaconado; hombres a los que consideramos los más capacitados son excluidos, mientras otros son escogidos. Es la soberanía de Dios, que también se hace patente en el nombramiento de los que han de ser utilizados en cualquier cometido -al poner a David sobre el trono, al escoger a Moisés como caudillo de los hijos de Israel por el desierto, y a Daniel para desenvolverse en las esferas palaciegas; al elegir a Pablo como ministro de los gentiles, y a Pedro como apóstol de la circuncisión-. Y los que no habéis recibido ningún don honorífico, medita humildemente en la verdad y razón de la pregunta del Señor: “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?” Otro de los dones honoríficos de Dios es el de la *expresión*. La elocuencia ejerce mayor poder sobre los hombres que todos los demás dones juntos, y si alguno quiere influir sobre las multitudes, deberá tocar sus corazones y encadenar sus oídos. Hay quienes son como vasos llenos de conocimiento hasta los mismos bordes, pero sin recursos para darlos a conocer a los demás; poseen todas las perlas del saber, pero no saben cómo engarzarlas en el dorado anillo de la elocuencia; pueden cortar las más delicadas flores, pero no son capaces de trenzarlas en dulce guirnalda para ofrecerla a los ojos de su amada. ¿Cómo puede ocurrir esto? He aquí la misma e invariable respuesta: la soberanía de Dios también se manifiesta en el reparto de los dones honoríficos. Aprended, hermanos, si tenéis algún don, a poner todo su honor a los pies del Salvador, y a no murmurar, si no los tenéis; porque, recordad que Dios es igualmente bondadoso tanto cuando retiene como cuando distribuye sus dádivas. Si hay entre vosotros alguno que está encumbrado, que no se envanezca, ni desprecie al humilde, porque Dios da a cada vaso su medida de gracia. Servidle según vuestra medida, y adorad al Rey del cielo que hace según le place.

IV. Consideraremos en cuarto lugar los dones de *utilidad*. Muchas veces he hecho mal censurando a otros hermanos pastores por no tener más fruto, y he dicho que podían haber sido tan efectivos como yo si hubiesen mostrado mayor celo y diligencia; pero he llegado a comprender que hay otros cuya efectividad no guarda relación, ni mucho menos, con su gran celo y constancia. Por lo tanto, me retracto de mis censuras para afirmar que el don de la utilidad es otra manifestación de la soberanía de Dios. No reside en el hombre tal facultad, sino en Dios. Podemos desplegar tanta actividad como queramos, pero sólo en Él está la virtud de hacernos útiles. Izaremos todo nuestro velamen cuando el viento sople, pero no nos es dado el poder levantar ni la más ligera brisa.

Vemos también la soberanía Divina en la diversidad de los dones ministeriales. Hay ministros cuya predicación es como mesa servida con ricos y abundantes manjares, mentiras que otros no tienen suficiente para dar de comer a un ratón; siempre que hablan es para censurar y no para alimentar a los hijos de Dios. Hay otros que pueden ofrecer gran consuelo, pero son incapaces de reprender a los que caen; no tienen la suficiente fuerza de espíritu para dar unos cuantos azotes cariñosos que tantas veces son necesarios. Y, ¿cuál es la razón? La soberanía de Dios. Hay algunos, también, que son la antítesis de lo anterior: manejan magníficamente el martillo, pero no saben curar un corazón quebrantado, y si intentaran hacerlo, su efecto sería tan deplorable que os imaginaríais a un elefante tratando de ensartar una aguja. Son buenos para reprender, pero inútiles para aplicar aceite y vino a una conciencia abrasada. ¿Por qué? Porque Dios no les ha dado ese don. Asimismo los hay que sólo predicán teología experimental, y muy pocas veces sobre temas doctrinales. Otros son todo doctrina y hablan poco de Cristo crucificado. ¿Por qué, de nuevo? Dios no les ha dado el don de doctrina. Otros -como los de la escuela Hawker- sólo predicán a Jesús ¡bendito Jesús!-, y hay quienes se quejan porque no hablan de los problemas de la vida cristiana, porque no entran en detalles sobre la corrupción que experimentan y aflige a los hijos de Dios. Pero no les censuréis por eso. Habréis reparado como de la misma persona unas veces

brotan chorros de agua de vida, y otras no podría estar más seco. Por esto, un domingo os marcháis llenos y gozosos, y al siguiente vacíos e indiferentes. Debemos aprender a reconocer y a admirar la mano poderosa de la soberanía de Dios obrando en todo ello. Predicando a una gran muchedumbre, la semana pasada, ocurrió que, en cierto momento de la predicación, la emoción nos embargó a todos y sentí como el poder de Dios estaba con nosotros. Una pobre criatura, movida por el horror de la ira de Dios contra el pecado, clamaba a voz en grito sin poderse reprimir. Aquellas mismas palabras podrán ser pronunciadas de nuevo, con el mismo deseo en el corazón del predicador, y no producir ningún efecto. En las dos ocasiones, pues, debemos atribuirlo a la soberanía divina. La mano de Dios está en todo. ¿Os habéis percatado de que la generación actual es la más impía que haya pisado la tierra? Yo al menos así lo creo. Cuando en tiempos de nuestros padres caía un fuerte aguacero, decían que era Dios quien lo mandaba; oraban pidiendo la lluvia, o el sol, o la bondad de la cosecha; oraban por los almiarres cuando se incendiaban, y oraban cuando el hambre azotaba la tierra; nuestros antepasados decían: El Señor lo ha querido. Pero ahora, nuestros filósofos tratan de explicarlo todo, atribuyendo cuantos fenómenos ocurren a causas secundarias. Mas nosotros, hermanos, pensamos que el origen y dirección de todas las cosas pertenecen al Señor y sólo al Señor.

V. Finalmente consideraremos que los DONES CONSOLADORES son de Dios. Cuán reconfortantes son las dádivas que hacen que nos gocemos con las ordenanzas del culto y con un ministerio provechoso. Pero, ¿cuántas iglesias hay que no lo tienen, y por qué nosotros sí? Porque Dios ha hecho la diferencia. Algunos tenéis una fe firme y podéis sonreír ante la adversidad; podéis cantar en todo tiempo, tanto en la tempestad como en la calma. Sin embargo, hay otros con una fe tan flaca que están en peligro de derrumbarse al menor soplo de viento. Unos nacen con un carácter melancólico y, aun en la calma, ven señales de borrasca; otros son de temperamento más alegre y, aunque las nubes sean negras, en cada una de ellas ven una cinta de plata, y son felices. Pero, ¿por qué es esto? Porque los dones consoladores vienen de Dios. Podéis observar que nosotros mismos somos diferentes en determinados momentos de nuestra vida. ¿Por qué ha habido épocas en que hemos podido tener un bendito contacto con el cielo, y nos ha sido permitido el mirar más allá del velo? Y otras veces, sin embargo, ese delicioso placer desaparece Repentinamente. ¿Murmuramos por ello? ¿No le es lícito a El hacer lo que quiere con lo suyo? ¿No puede quitar lo que antes había dado? El consuelo que nosotros tenemos era suyo antes que nuestro.

«Y aunque te lo llevaras
Yo jamás me quejaría;
Que antes que me lo dieras.
Sólo Tú lo poseías.»

No hay gozo del Espíritu, ni bendita esperanza, ni fe fuerte, ni deseo ardiente, ni comunión íntima con Cristo que no sea una dádiva de Dios y que no provenga de Él. Cuando esté en tinieblas y sufra contrariedades, alzaré mis ojos y diré: Él da canciones en la noche; y cuando tenga que gozarme, diré: Mi monte permanecerá para siempre. El Señor es el soberano Jehová, y por tanto, postrado a sus pies estoy, y si perezco pereceré allí.

Pero permitid que os diga, queridos hermanos, que esta doctrina de la soberanía divina, lejos de hacer que os sentéis perezosamente, espero que, con la ayuda de Dios, os humille y os lleve a exclamar: “Indigno soy de la más pequeña de todas tus mercedes, y reconozco que tienes derecho a hacer conmigo lo que quieras. Si me aplastas como a un vil gusano, no serás afrentado; no tengo derecho a pedirte que tengas compasión de mí; sólo te ruego que me mires según tu misericordia. Señor, si quieres puedes perdonarme, y jamás diste tu gracia a alguien que la deseara más ardientemente. Lléname del pan del cielo, porque estoy vacío; vísteme de tus ropajes, porque estoy desnudo; dame vida, porque estoy muerto”. Si elevas esta plegaria con toda tu alma y con toda tu mente, aunque Jehová es soberano, extenderá su cetro y salvará, y vivirás para adorarle en la hermosura de la santidad, amando y bendiciendo su bondadosa soberanía. “El que creyere”, es la

declaración de la Escritura, “y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere será condenado.” El que creyere en Cristo únicamente y fuere bautizado con agua en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, será salvo; pero el que rechaza a Cristo y no cree en Él, será condenado. Éste es el decreto soberano y la proclamación celestial; inclínate a él, reconócelo, obedécele, y Dios te bendiga.

IX. LA JUSTIFICACIÓN POR LA GRACIA

«Siendo justificados gratuitamente por su gracia,
por la redención que es en Cristo Jesús»
(Romanos 3: 24).

El monte de la confortación es el monte del Calvario; la casa del consuelo está edificada con la madera de la cruz; el templo celestial donde se alivian las penas está asentado sobre la Roca hendida, hendida por la lanza que atravesó su costado. Ninguna escena de la historia sagrada alivia tanto nuestra alma como la escena del Calvario.

«¿No es extraño que la hora más oscura
Que sonara en el mundo pecador
Tenga mayor poder consolador
Que el gozo de una angélica criatura?

¿No es extraño que mire el afligido
Antes al Gólgota con su tortura
Que a Belén con su plácido tañido?»

En ninguna otra parte encuentra el alma tanto consuelo como en aquel preciso lugar donde reinó el sufrimiento, donde triunfó el dolor, donde la agonía alcanzó su punto culminante. La gracia ha hecho brotar allí un manantial cuyas aguas puras y cristalinas manan en abundancia eternamente, siendo cada gota capaz de aliviar el dolor de la humanidad. Vosotros, hermanos y hermanas en Cristo Jesús, todos habéis pasado por épocas de aflicción y todos reconoceréis conmigo que no fue en el monte de los Olivos donde encontrasteis consuelo, ni tampoco en el Sinaí, ni en el Tabor, sino en el Getsemaní, el Gabata, y el Gólgota. Las amargas hierbas del Getsemaní han quitado a menudo las amarguras de vuestra vida, la flagelación del Gabata ha ahuyentado vuestras cuitas con sus trallazos, y los gemidos del Calvario han acallado todos los demás gemidos.

Nos encontramos, pues, esta mañana ante un tema que confío pueda servir para confortar a los santos de Dios, ya que vemos que tiene su origen en la cruz, y desde ella fluye como rico torrente de bendiciones perennes para todos los creyentes. Notad que, antes que nada, encontramos en nuestro texto *la redención de Cristo Jesús*; después, *la justificación de los pecadores que dimana de ella*; y por último, *la forma en que se otorga esta justificación*: “gratuitamente por su gracia”.

1. En primer lugar, pues, vemos LA REDENCIÓN QUE ES EN O POR CRISTO JESÚS. La figura de la redención es muy sencilla y ha sido utilizada con mucha frecuencia en la Escritura. Cuando alguna potencia extranjera capturaba a un prisionero y lo convertía en esclavo, era corriente que, antes de que pudiera otorgársela la libertad, se pagara por él determinada suma en señal de rescate. Ahora bien, siendo nosotros, por la caída de Adán, dados a delinquir, y por lo tanto virtualmente culpables, fuimos abandonados a la venganza de la ley por el intachable juicio de Dios; fuimos entregados en manos de la justicia, y ésta nos reclamaba para hacernos sus esclavos eternamente, a menos que pudiéramos pagar un rescate por el cual nuestras almas fueran redimidas. Pero nosotros éramos muy pobres, no teníamos medios para santificarnos. Éramos, como dice el himno, “deudores arruinados”; nuestra casa había sido embargada, todo cuanto poseíamos había sido vendido; estábamos en la miseria, pobres y desnudos, y no podíamos en modo alguno conseguir el rescate que necesitábamos. Fue entonces cuando intervino Cristo haciéndose nuestro fiador, y pagando el precio del rescate por todos los creyentes, para que en aquella misma hora fuésemos liberados de la maldición de la ley y de la venganza de Dios, y pudiéramos seguir nuestro camino limpios y libres, justificados por su sangre.

Procuraré mostraros algunas cualidades de la redención que es en Cristo Jesús. Recordaréis la *multitud* de los que han sido redimidos por Él; no se trata solamente de mí ni de vosotros, sino de “una gran multitud la cual nadie puede contar”, que superara con mucho el número de las estrellas del cielo, tal y como supera todos los cálculos humanos. Cristo los ha redimido para sí de entre todos los reinos, naciones y lenguas bajo el sol; los ha rescatado de entre todos los hombres de todas las categorías, de la más elevada a la más baja, de todas las razas sin distinción de color; de todas las clases sociales, de la mejor a la peor. Porque Cristo Jesús se ha dado en rescate por muchos de entre todas las criaturas para redimirlos.

Ahora bien, referente a este rescate, hemos de observar que su precio fue *pagado totalmente y de una sola vez*. Cuando Cristo redimió a su pueblo lo hizo de una manera absoluta; no dejó sin liquidar ni un solo penique de la deuda, nada quedó para ser saldado posteriormente. Dios requiera de Cristo el pago por los pecados de todo su pueblo, y Cristo salió fiador y abonó hasta el último céntimo de lo que los suyos debían. El sacrificio del Calvario no fue una entrega a cuenta, no fue una expiación parcial, sino una satisfacción completa y perfecta que obtuvo la remisión plena y acabada de todas las deudas de todos los creyentes que han vivido, viven y vivirán hasta el fin de los tiempos. En aquel día en que Cristo fue clavado en la cruz, nuestro bendito Salvador no dejó ni un ardite para que fuese pagado por nosotros como satisfacción a Dios. Desde lo más importante hasta lo más insignificante, todo fue satisfecho por Él. La totalidad de cuanto requería la ley fue abonado en aquel mismo instante por Jehová Jesús, el gran sumo sacerdote de todo su pueblo. Y bendito sea su nombre, porque también lo pagó de una sola vez. El rescate que se pedía por nuestras almas era tan inestimable, y su precio tan regio y munífico, que, aunque Cristo lo hubiera pagado en varias veces, habría sido algo maravilloso. Así ha ocurrido a menudo con los rescates de los reyes, parte al contado y el resto en plazos posteriores que han sido abonados al correr de los años. Mas no ocurre así con nuestro Salvador; Él se dio en sacrificio una vez y para siempre; saldó en el acto la suma adeudada y dijo: “Consumado es”, no dejando nada pendiente para ser hecho por Él o completado por nosotros. No abonó una parte del débito manifestando a continuación que volvería otra vez para morir o que sufriría u obedecería nuevamente, sino que liquidó en el acto hasta el último céntimo del rescate por todo su pueblo, y a éste le fue entregado un recibo por saldo de cuentas, el cual clavó Cristo en su cruz diciendo: “Consumado es, ya está hecho; he raído la cédula de 109 ritos clavándola en la cruz; ¿quién es el que condenará a mi pueblo, o quién le acusara?; porque Yo deshice como a nube sus rebeliones, y como a niebla sus pecados”.

Observaréis, además, que en esta redención Cristo lo hizo todo *completamente solo*. El tuvo mucho cuidado en que ello fuese así. Simón el cireneo llevó la cruz un trecho, pero no sería él quien fuera clavado a ella. El lugar sagrado del Calvario estaba reservado únicamente para Cristo. Allí habían con Él dos ladrones, hombres injustos, no fuera a ser que alguien dijera que la muerte de aquellos dos justos ayudó al Salvador. Habían allí dos malhechores condenados con Él para que los hombres pudieran ver que había realceza en su miseria, y que podía perdonar y manifestar su soberanía incluso cuando agonizaba. Ningún justo sufrió, ningún discípulo compartió su muerte; no fue Pedro arrastrado allí para ser decapitado, ni Juan fue clavado en una cruz junto a Él, sino que fue dejado solo. Él dice: “Pisado he yo solo el lagar, y de los pueblos nadie fue conmigo”. Toda la tremenda deuda fue puesta sobre sus hombros, el peso completo de los pecados de todo su pueblo fue cargado sobre Él. Hubo un momento en que pareció tambalearse bajo el agobio de la carga: “Padre, si es posible”; mas se irguió de nuevo: “Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”. La plenitud del castigo de los suyos fue vertida en un solo vaso, y ninguna boca humana tomaría de él ni un solo sorbo. Cuando se acercó aquel cáliz a sus labios, fue tan amargo su sabor que casi lo rechazó: “Pase de mí este vaso”. Pero el amor por su pueblo era tan grande que lo tomó con ambas manos y

«Apuró de un gran trago de amor
Aquel vaso de condenación».

Se lo bebió todo, lo sobrellevó todo, lo sufrió todo, de forma que a partir de entonces, y para siempre, no habrá llamas infernales, ni tormentos, ni penas eternas para los suyos. Cristo ha padecido todo lo que su pueblo debía haber sufrido, y éste debe ser y será libre. La obra fue consumada totalmente por Él, sin ayuda de nadie.

Observad también que su redención *fue aceptada*. En verdad fue un rescate excelente. ¿Qué podría igualarlo? Un alma “triste hasta la muerte”, un cuerpo desgarrado por la tortura, una muerte de lo más inhumano, y una agonía tal, que es imposible describirla, y que ni siquiera la mente humana es capaz de imaginar sin horrorizarse. Fue un precio considerable. Pero decidme, ¿fue aceptado? A veces han habido precios que al ser ofrecidos no han sido admitidos por la parte a quien se hizo la oferta, y a causa de ello el esclavo no logró la libertad. Pero éste fue aceptado. Os mostraré la evidencia de ello: Cuando Cristo manifestó que saldría fiador de todo su pueblo, Dios envió a los agentes de la ley para que lo arrestarán; le prendieron en el huerto de Getsemaní y, agarrándolo, lo arrastraron al pretorio de Pilato, a casa de Herodes y al tribunal de Caifás. El pago fue hecho efectivo en su totalidad, y Cristo fue sepultado. Y allí permanecería encerrado en aquella abyecta prisión hasta que en el cielo fuera confirmada la aceptación. Durmió en aquella tumba durante tres días. Era manifiesto que la ratificación había de ser ésta: el fiador quedaría en libertad tan pronto como su compromiso de fianza fuese cumplido. Pero, tratad de pintar en vuestras mentes el cuadro de Jesús enterrado. Helo allá en el interior del sepulcro; ha pagado, es verdad, toda la deuda, pero aun no le ha sido entregado el recibo. Duerme en la angosta tumba. Aún se encuentra allí retenido, guardado por una gran piedra precintada. Aún no ha sido dada por Dios la aceptación. Aún no han llegado los ángeles del cielo diciendo: “La escritura de donación está hecha; Dios ha aceptado tu sacrificio”. Momento crítico para el mundo, momento grave que oscila en la balanza. ¿Aceptará o no aceptará Dios el rescate? En seguida lo veremos. Un ángel resplandeciente desciende del cielo; remueve la piedra y sale el cautivo sin ligaduras en las muñecas, abandonando tras de sí la indumentaria fúnebre: libre para nunca más morir o sufrir. Pero

«Si Jesús la deuda no hubiera satisfecho
Nunca hubiera logrado libertad este preso».

Si Dios no hubiera aceptado su sacrificio, permanecería en estos momentos en su tumba; jamás se habría levantado del sepulcro. Pero su resurrección fue señal de que Dios lo aceptó. “Hasta este momento he tenido contra ti una reclamación”, le dijo, “más ya ha sido satisfecha. Eres libre.” Y la muerte entregó a su real prisionero; la piedra fue removida, y el conquistador salió llevando cautiva la cautividad.

Y Dios nos da otra prueba de su aceptación en el hecho de llevar al cielo a su Unigénito Hijo, y sentarlo a su diestra muy por encima de todos los principados y potestades. Con ello quiso decirle: “Siéntate en el trono porque has realizado la poderosa hazaña; todas tus obras y sufrimientos son aceptados en precio del rescate por los hombres”. ¡Oh!, amados míos, pensad que escena tan maravillosa debió ser aquella de la ascensión de Cristo a la gloria. ¡Qué excelente certificado de la aceptación de su Padre! ¿No os parece contemplar la escena en la tierra? Alzad vuestros ojos a aquel monte donde unos cuantos discípulos contemplan cómo Cristo se eleva en el aire en pausado y solemne rapto, como si un ángel impulsara su marcha gradual y suavemente, como la niebla o el vapor de un lago subiendo blandamente hacia los cielos. ¿Podéis imaginaros lo que sucedía allá a lo lejos? ¿Podéis concebir por un momento cómo lo recibirían los ángeles, cuando el poderoso conquistador penetró por la puerta del cielo?:

«Trayendo su carroza, de lo alto bajaron
Para llevarle al trono que se halla a la derecha
Del Padre; triunfalmente, gozosos aletearon
Cantando: La gran obra de gloria ya está hecha».

¿Podéis imaginaros cómo resonarían los aplausos cuando cruzó las puertas del cielo?, ¿podéis haceros una idea de cómo se apiñarían los cielos para verle volver vencedor y sangrante de la

batalla?, ¿no veis a Abraham, Isaac, Jacob y todos los santos redimidos, cómo se acercan para ver el Salvador y Señor? ¡Cómo habían añorado este momento!; y ahora sus ojos pueden ver en carne y hueso al vencedor de la muerte y el infierno. ¿No veis cómo lleva el infierno amarrado a las ruedas de su carro, y cómo arrastra cautiva a la muerte por las calles reales del cielo? ¡Oh, cuán gran suceso hubo allí aquel día! Ningún soldado romano consiguió nunca semejante triunfo; nadie presenció jamás escena tan majestuosa. La pompa de todo el universo, la realeza de la creación entera, los querubines y los serafines y todos los poderes creados, se maravillaron ante el espectáculo; y el mismo Dios, el Eterno, lo culminó cuando, estrechando a su Hijo contra su pecho, dijo: “Bien hecho, bien hecho; has terminado la obra que te encomendé. Quédate para siempre, Amado”. Ah, pero nunca podría haber conseguido este triunfo si no hubiera pagado toda la deuda. Si su Padre no hubiese aceptado el precio del rescate, el Redentor no hubiera sido tan glorificado; mas porque fue aceptado, triunfó. Hasta aquí, pues, lo concerniente al rescate.

II. Y ahora, con la ayuda del Espíritu Santo de Dios, trataré del EFECTO DE LA REDENCIÓN: la justificación; “siendo justificados gratuitamente por su gracia, por la redención”.

Ahora bien, *¿qué quiere decir justificación?* Los teólogos os confundirán si les preguntáis. Intentaré, como mejor pueda, exponemos la justificación tan clara y sencillamente que pueda ser entendida por un niño. Sólo hay un camino para que los mortales puedan ser justificados en la tierra. Justificación, como vosotros sabéis, es un termino forense que se emplea siempre en sentido legal. Un preso es llevado ante el tribunal de la justicia para ser juzgado. Solamente de una forma podrá ser justificado, es a saber: Deberá ser considerado inocente; por tanto, al no hallarse culpa en él, será justificado, es decir, se habrá comprobado que es un hombre justo. Pero sí es considerado culpable, es imposible que sea justificado. La reina podrá perdonarlo, pero no justificarlo. El delito en sí no es justificable; por lo tanto, si es culpable, no podrá ser justificado. Puede que sea perdonado, pero ninguna realeza puede por sí misma purificar su carácter. Continúa siendo tan criminal después de haber sido perdonado como antes. No existe medio alguno entre los hombres para justificar a otro de una acusación, si no es por la comprobación de su inocencia. Pero la maravilla de las maravillas es que nosotros somos culpables manifiestos, y no obstante somos justificados. El veredicto ha sido fallado contra nosotros: Culpables; pero aun así, somos declarados justos. ¿Podrá algún tribunal terreno hacer esto? No, lo que ningún tribunal de la tierra puede hacer, quedó para la redención de Cristo Jesús. Todos somos culpables. Leed el versículo 23 que precede al texto: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”. He aquí el veredicto de culpabilidad y, no obstante, inmediatamente después se nos dice que somos justificados gratuitamente por su gracia.

Ahora, permitidme que os explique *cómo justifica Dios al pecador*. Voy a imaginarme un caso imposible. Un preso ha sido juzgado y condenado a morir, es culpable de su delito, y por lo tanto no puede ser declarado justo. Pero suponed por un momento que pudiera suceder algo parecido a lo siguiente: imaginad que un segundo personaje pudiera entrar en escena, alguien que pudiera cargar sobre sí mismo las culpas de ese hombre, que pudiera ponerse en su lugar, y que, por medio de algún proceso misterioso, imposible para los hombres, se convirtiera en el reo, o se posesionara de su condición. Es decir, que ocupara el lugar del condenado invistiendo a éste con su justicia. Nosotros no podemos hacer semejante cosa en nuestros tribunales. Pero si yo compareciese ante el juez, y éste estuviera de acuerdo en encarcelarme durante tanto tiempo como durara la pena de aquel miserable condenado, no por eso yo sería responsable de su culpa; tomaría su castigo, pero no su culpabilidad. Mas lo que la carne y la sangre no pueden hacer, Cristo lo hizo por medio de su redención. He aquí que yo soy pecador -me nombro a mí mismo en representación de todos vosotros- y estoy condenado a morir. Dios dice: “Condenaré a ese hombre; debo, quiero, y lo haré”. Se acerca Cristo, me aparta a un lado, y se coloca en mi lugar. Cuando se pide que hable el reo, Cristo dice: “Soy culpable”; y hace suya mi culpa. Cuando ha de llevarse a cabo el castigo, se ofrece Él diciendo: “Castígame a mí. He revestido a ese hombre con mi justicia y he cargado sobre mí todos sus pecados. Padre, castígame a mí, y considérale a él como si fuera Yo. Deja que él reine en el cielo, y que Yo sufra sus miserias. Deja que yo sufra su maldición, y que el reciba mis bendiciones”. Esta maravillosa doctrina del intercambio de lugares entre Cristo y los pobres pecadores, es doctrina de revelación, porque nunca hubiera podido ser concebida por mente

humana alguna. Permitidme que insista de nuevo, no sea que no me haya explicado bien. La forma en que Dios salva al pecador no es, como algunos dicen, ignorando el castigo. No, el castigo ha sido cumplido totalmente; es colocando a otra persona en el lugar del culpable. El que se rebela debe morir; así lo afirma Dios. Pero Cristo dice: “Yo seré su sustituto; él tomará mi lugar y Yo el suyo”. Y Dios consiente en ello. Ningún monarca terrestre tendrá poder para dar su asentimiento a semejante cambio; pero el Dios del cielo puede obrar como le plazca. En su infinita misericordia consintió en el convenio: “Hijo de mi amor”, dijo, “has de colocarte en el puesto del pecador; debes sufrir lo que él debía; debes ser considerado culpable, tal y como el era; de esta forma miraré al pecador de otra manera. Lo veré como si fuera Cristo; lo aceptaré como si fuera mi Unigénito Hijo, lleno de gracia y de verdad. Le daré una corona en el cielo, lo introduciré en mi corazón para siempre jamás”. Así es como somos salvados. “Siendo justificados gratuitamente por su gracia, por la redención que es en Cristo Jesús.”

Permitidme ahora que vaya más allá y os *explique algunas de las características de esta justificación*. En el momento en que un pecador arrepentido es justificado, lo es por todos sus pecados. En el mismo instante en que cree en Cristo, recibe el perdón, y sus pecados ya no son más suyos; porque son arrojados a las profundidades de la mar. Fueron cargados sobre los hombros de Cristo y han desaparecido. Ahora es un hombre justo a los ojos de Dios, y acepto en el Amado. “¡Cómo!”, diréis, “¿dice usted eso al pie de la letra?” Así es, en efecto. Esa es la doctrina de la justificación por la fe. Desde el momento en que se cree en Cristo la culpa es borrada, y el hombre deja de ser considerado culpable por la justicia divina. Pero yo quiero ir un poco más allá. En el momento en que el hombre cree en Cristo, no sólo deja de ser culpable ante los ojos de Dios, sino que se vuelve justo y meritorio; porque desde el instante en que Cristo toma sus pecados, él se apropia de la justicia de Cristo, de forma que cuando Dios mira al que sólo una hora antes estaba muerto en delitos, lo contempla con tanto amor como jamás pudo haber mirado a su Hijo. Él mismo lo dijo: “Como el Padre me amó, también yo os he amado”. El nos ama tanto como su Padre le ama a El. ¿Podéis concebir una tal doctrina?, ¿no sobrepasa a todo conocimiento? Pues bien, es doctrina del Espíritu Santo; aquella por la que debemos esperar ser salvos. ¿Podría yo ilustrar mejor esta idea a los no instruidos? Os diré la parábola que encontramos en los profetas, la parábola de Josué el sumo sacerdote. Entra Josué ataviado con viles vestiduras; esas viles vestiduras representan sus pecados. Desvestidle de esas inmundas vestiduras: he ahí el perdón. Poned la mitra sobre su cabeza, vestidle con ropa de gala, hacidle rico y apreciable: eso es la justificación. Pero, ¿de dónde salen *estas* ropas, y a dónde van a parar esos harapos? Los andrajos que Josué llevaba pasan a Cristo, y con las vestiduras de Cristo se reviste Josué. El pecador y Cristo hacen exactamente lo que hicieron Jonatán y David; Jonatán puso su ropa sobre David, y éste le entregó sus vestiduras; así también Cristo toma nuestros pecados, y nosotros tomamos la justicia de Cristo; y por medio de esta gloriosa sustitución e intercambio de lugares, el pecador queda en libertad siendo justificado por Su gracia. “Pero”, dirá alguno, “nadie es justificado de esa forma hasta que muere.” Creedme,

«Cuando el pecador erre en esa hora
En que confía en su Dios crucificado,
Es inmediatamente perdonado,
Salvado por Su sangre redentora».

Si aquel joven que está allá ha creído verdaderamente en Cristo esta mañana, habiendo experimentado espiritualmente lo que yo he intentado describir, está ahora tan justificado a los ojos de Dios como puede estarlo cuando se encuentre ante su trono. Los espíritus gloriosos no son en el cielo más aceptables a Dios que el pobre hombre que aquí en la tierra ha sido justificado por la gracia. Son una perfecta purificación, perfecta imputación, y perfecto perdón. Somos completa, libre y totalmente aceptados por Cristo nuestro Señor. Sólo una palabra más sobre esto, y dejaré el tema de la justificación. Los que han sido justificados una vez, están justificados irrevocablemente. En cuanto un pecador ocupa el lugar de Cristo, y Cristo toma el sitio del pecador,

no hay temor de que pueda haber un segundo cambio. Si Jesús ha pagado la deuda, ésta está saldada y nunca más será presentada al cobro; si sois perdonados, lo sois de una vez y para siempre. Dios no concede al pecador su libre perdón firmado de su puño y letra para retractarse más tarde y castigarle. Lejos de Dios está el proceder de esta manera. Él dice: “He castigado a Cristo; tú puedes irte libremente”. Y después de esto “nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”, porque “justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Oigo que alguien exclama “Esa es una doctrina extraordinaria”. Bien, alguno puede pensar así; pero permitidme que os diga que es una doctrina que profesan todas las iglesias protestantes, aunque no la prediquen. Es la doctrina de la iglesia anglicana; es la doctrina de Lutero; es la doctrina de la iglesia presbiteriana; es ostensiblemente la doctrina de todas las iglesias cristianas; y si resulta rara a vuestros oídos, es porque ellos están enajenados, y no por que la doctrina sea extraña. Es doctrina inspirada que nadie puede condenar a quien Dios justifica, y nadie puede acusar a aquellos por los que Cristo murió, pues han sido completamente liberados de pecado. Así pues, como uno de los profetas sostiene, Dios “no ha notado iniquidad en Jacob ni ha visto perversidad en Israel”. En el mismo instante en que ellos creen, sus pecados son imputados a Cristo, dejan de pertenecerles, y la justicia de Cristo les es imputada y contada como suya, de forma que son aceptados.

III. Y ahora termino con el tercer punto, el cual espero exponer breve y encarecidamente: LA FORMA DE OTORGAR ESTA JUSTIFICACIÓN. John Bunyan diría que hay a quienes se les hace la boca agua por este gran regalo de la justificación. Algunos de los aquí presentes se estarán diciendo: “¡Oh, si yo pudiera ser justificado! Pero, ¿podré serlo? He sido un borracho, he sido un blasfemo y todo lo vil que pueda ser un hombre. ¿Habrá justificación para mí?, ¿tomará Cristo mis negros pecados y me pondrá sus blancas vestiduras?” Sí, pobre alma, si tú lo deseas, si Dios *te ha hecho desearlo*. Si confiesas tus pecados, Cristo está dispuesto a coger tus andrajos y a darte su justicia para que sea tuya para siempre. “Bien, pero, ¿qué se debe hacer para obtenerlo?”, dirá alguno. “¿He de ser un santo varón durante muchos años para llegar a conseguirlo?” ¡Oye esto!: “Gratuitamente por su gracia”, “gratuitamente”, porque no hay precio que pueda pagarlo; “por su gracia”, porque no es por nuestros méritos. “Pero yo he estado orando por ello y no creo que Dios me perdone si no hago algo para merecerlo.” Está cierto que, si aportas algunos de tus merecimientos, jamás serás perdonado. Dios otorga su justificación gratuitamente, y si tú traes algo con que pagarla, te lo arrojará a la cara, y no te otorgará su justicia. El la da gratuitamente. El viejo Rowland Hill fue cierta vez a predicar a una feria. Observó cómo los buhoneros vendían sus mercancías en pública subasta, y entonces Rowland dijo: “Yo también haré una subasta en la que venderé vino y leche sin dinero y sin precio. Estos amigos de ahí enfrente -dijo- se esfuerzan en que vosotros alcancéis sus precios, mientras que yo no hallo quien sea capaz de aceptar los míos”. Y esto, mis oyentes, es muy común a todos los hombres. Si yo predicara una justificación que se pudiese comprar por una libra, ¿quién se iría de aquí sin ser justificado? Si predicara que el que anduviese unos cientos de millas obtendría la justificación, ¿no nos convertiríamos en peregrinos mañana mismo muy temprano? Si yo predicara una justificación que consistiera en flagelarse y torturarse, ¿cuántos de los que aquí estamos no lo haríamos, e incluso de una forma cruel? Pero si yo ofrezco una justificación que es gratuita, gratuita, gratuita, los hombres la desprecian. “¡Cómo!, ¿voy a obtenerla completamente gratis, sin hacer nada?” Así es; sin hacer nada, o jamás la tendrás: es gratuita. “Pero, ¿no puedo ir a Cristo y apelar a su misericordia diciendo: Señor, justifícame, pues no soy tan malo como los demás?” Eso no te servirá de nada, porque es “por su gracia”. “Pero, ¿no podré alegar siquiera que voy a la iglesia dos veces al día?” No señor; es “por su gracia”. “Pero, ¿tampoco podré decir que intento ser cada vez mejor.” No señor; es “por su gracia”. Insultas a Dios trayendo tu moneda falsa para comprar sus tesoros. ¡Oh, qué ideas más pobres tienen los hombres sobre el valor del Evangelio de Cristo, cuando piensan que pueden comprarlo! Dios no admitirá vuestros mohosos peniques para comprar el cielo. Una vez, un rico que se estaba muriendo, creyó que podría comprar un trozo de cielo construyendo a sus expensas unas cuantas casas de caridad. Un hombre recto se acercó a su cama y le preguntó: “¿Cuánto va a dejar usted?” “Veinte mil libras.” “Esa cantidad no es suficiente para que sus pies

puedan pisar el cielo; si sus calles son de oro, ¿qué valor puede tener el suyo, cuando el suelo está empedrado con él?” No amigos; no podemos comprar el cielo con oro, ni con buenas acciones, ni con oraciones, ni con nada. ¿Cómo habremos, pues, de conseguirlo? Con solo pedirlo. Todos los que nos reconocemos pecadores, podemos tener a Cristo con solo pedirlo. ¿Deseas tú tener a Cristo? ¡Puedes tener a Cristo! “El que quiere, tome del agua de la vida de balde.” Pero si os apeáis a vuestros propios pensamientos y decís: “No, yo trataré de hacer muchas obras buenas, y entonces creeré en Cristo”, os digo, amigos míos, que os condenaréis por confiar en semejante engaño. He de advertiros muy seriamente que no seréis salvos de esa manera. “Bien, pero, ¿no he de hacer buenas obras?” Naturalmente que sí; pero no tienes que confiar en ellas. Confía solamente en Cristo, y entonces hazlas. “Pero”, dice uno, “yo creo que si hiciera algunas buenas obras me servirían de recomendación para acercarme a Cristo.” No sería así; no habría recomendación alguna. Suponed que un mendigo con guantes blancos de cabritilla se acercara a vuestra casa diciendo que está muy necesitado y quiere que le deis una limosna. ¿Le servirían de recomendación sus guantes blancos para conseguir vuestra caridad?, ¿podrá servirle de recomendación para lograr vuestra limosna un bonito sombrero nuevo que se compró esta mañana? “No”, dirás. “¡Eres un miserable impostor!; no necesitas nada, y no obtendrás nada; ¡fuera de aquí!” El mejor distintivo de un mendigo son los harapos; y el mejor ropaje para un pecador que vaya a Cristo, es ir tal cual es, sin otra cosa que pecado. “Pero seré algo mejor, y creo que entonces Cristo me salvará.” No podrás ser mejor por mucho que lo intentes. Además -y haciendo uso de una paradoja-, si pudieras lograrlo, tanto peor sería para ti, porque cuanto peor seas, tanto mejor serás para ir a Cristo. Si sois totalmente impíos, venid a Cristo; si sentís vuestros pecados y renunciáis a ellos, venid a Cristo; aunque hayáis sido los más perversos y viles, venid a Cristo; si sentís que no tenéis nada que os sirva de recomendación, venid a Cristo.

«Abrázate a Jesús crucificado,
Sin dejar que se mezcle otra creencia.»

No digo esto para incitar a ningún hombre a que continúe en su pecado. ¡No lo quiera Dios! Si continuáis en pecado, ¡no vendréis a Cristo!; no podréis, vuestra iniquidad os estorbará. No podéis venir a Cristo y ser libres, y continuar encadenados al remo de vuestra galera, el remo de vuestros pecados. No, habréis de arrepentiros, tendréis que dejar vuestros pecados inmediatamente. Pero observad que ni el arrepentimiento, ni el dejar vuestros pecados, puede salvaros. Es Cristo, Cristo, Cristo, sólo Cristo quien puede hacerlo.

Empero sé que muchos de vosotros os marcharéis e intentaréis construir vuestra propia torre de Babel para llegar al cielo. Unos obraréis de una manera y otros de otra. Optaréis por las ceremonias: pondréis como cimientos de la estructura la doctrina del bautismo de los niños, y sobre el edificaréis la confirmación y la cena del Señor. “Iré al cielo”, decís; “¿no guardo el Viernes Santo y el día de Navidad? Soy mejor que esos disidentes. Soy una persona excelente. ¿No rezo más que ningún otro?” Estarás largo tiempo subiendo esa rueda de molino, sin que consigas adelantar una pulgada. No es éste el camino para llegar a las estrellas. Uno dice: “Iré y estudiaré la Biblia y creeré la verdadera doctrina; y no dudo que, creyéndola, seré salvo”. ¡En verdad que no lo serás! No serás más salvo por creer en la verdadera doctrina que por hacer buenas obras. “¡Vaya!”, dirá otro, “eso me gusta; creeré en Cristo y viviré como mejor me plazca.” ¡De cierto que no lo harás!; porque si crees en Cristo, El no te dejará vivir como a tu carne le gusta- por medio del Espíritu te constreñirá a mortificar tus inclinaciones y concupiscencias. Si te concede la gracia de que creas, también te dará después la de llevar una vida santa. Si te da fe, te dará buenas obras más tarde. No puedes creer en Cristo a menos que renuncies a tus pecados y decidas servirle con pleno propósito de corazón. Por último, creo oír a un pecador que dice: “¿Es ésa la única puerta?, y ¿puedo aventurarme a pasar por ella? Entonces lo haré. Pero no lo comprendo muy bien; soy como el pobre Tiff en “Dred”, ese libro tan notable. No hacen más que hablar de una puerta, pero yo no la veo; hablan mucho de un camino, pero no puedo encontrarlo. Porque si el pobre Tiff pudiera ver el camino hubiese llevado por él a aquellos niños. Hablan de combates, pero no veo luchar a nadie, de otro modo yo también combatiría”.

Permitid que os lo explique, pues. Encuentro en la Biblia: “Palabra fiel y digna de ser recibida de todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”. ¿Qué otra cosa podéis hacer, sino creer en esto y confiar en Él? Nunca seréis defraudados con una fe como ésta. Os pondré otro ejemplo que he utilizado cientos de veces, pero que volveré a emplear al no encontrar otro mejor. La fe es algo parecido a esto: Es una historia que se cuenta de un capitán de barco de guerra, cuyo hijo -un muchacho joven- era muy aficionado a subir por el cordaje del buque. Una vez, corriendo detrás de un mono, subió al mástil hasta alcanzar el verterlo mayor. Y como vosotros sabéis, el verterlo mayor es como una gran mesa redonda puesta sobre el mástil; así que, cuando el joven estuvo sobre ella, comprobó que tenía espacio suficiente; pero la dificultad estaba -expresándome como mejor puedo- en que no podía alcanzar el mástil que estaba debajo de la plataforma, pues su estatura no le permitía descolgarse por el verterlo para bajar. Su padre, que vio esto, quedó horrorizado; ¿qué podía hacer? ¡De un momento a otro su hijo caería y quedaría destrozado! Estaba aferrado a la plataforma con todas sus fuerzas, pero en pocos segundos caería sobre cubierta convirtiéndose en una masa informe. El capitán pidió un megáfono, y poniéndoselo ante la boca gritó: “¡Muchacho, la próxima vez que el barco cabecee, tírate al mar!” Era, a decir verdad, su único medio de salvación; en el agua podría ser rescatado, pero jamás se salvaría si caía sobre cubierta. El pobre joven miró al océano; había mucha altura, no podía soportar la idea de tirarse a la alborotada corriente que le esperaba allá abajo; tan brava y peligrosa era. ¿Cómo podría lanzarse a ella? Y así permanecía aferrado con todas sus fuerzas al verterlo, aunque sabía que pronto se soltaría y éste sería su fin. El padre pidió una pistola, y apuntando al muchacho dijo: “Si la próxima vez que el barco cabecee no te lanzas al mar, dispararé”. El chico sabía que su padre cumpliría su palabra, y así, al primer bandazo, se lanzó al mar. Los atezados brazos de los marineros siguieron en pos de él, y lo rescataron, subiéndole a cubierta. Al igual que aquel joven, nosotros nos encontramos por naturaleza en una posición extremadamente peligrosa, de la cual, ni vosotros ni yo tenemos la menor posibilidad de escapar por nosotros mismos. Desgraciadamente, tenemos algunas buenas obras propias a las que, como aquel verterlo, nos aferramos de forma tan entrañable que no las soltaremos nunca. Cristo sabe que, si no las abandonamos, terminaremos hechos pedazos, destrozados por esa confianza suicida. Y por eso nos dice: “Pecador, deja esa confianza en tus propias obras, y déjate caer en el mar de mi amor”. Nosotros miramos hacia abajo y pensamos: “¿Podré ser salvo confiando en Dios? Parece como si estuviera disgustado conmigo, y no puedo fiarme de Él”. ¡Ah!, ¿no te convence el tierno grito de la misericordia?: “El que creyere se salvará”. O, ¿es necesario que te apunte con el arma de la destrucción?: “El que no creyere se condenará”. *Ahora* te encuentras en la misma posición que aquel joven; te hallas en una situación que encierra un peligro inminente, y tu desprecio para con el consejo del Padre es motivo de la más terrible alarma, y hace que el peligro se agrave. ¡Debes hacerlo, o de otro modo morirás! ¡Suéltate de tu asidero! Fe es que un pecador se suelte de su asidero y se deje caer, y por eso es salvado. Y aquello que parecía ser su destrucción es el medio de su salvación. Creed en Cristo, oh, pobres pecadores, creed en Cristo. Vosotros, los que sois conscientes de vuestra culpa y miseria, venid, abrazaos a Él, creed en mi Señor; que tan cierto como que vive y estoy delante de Él, nunca confiaréis en vano, sino que os sentiréis perdonados y viviréis gozándoos en Cristo Jesús.

X. SOBERANÍA Y SALVACIÓN

«Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos
de la tierra; porque Yo soy Dios, y no hay más»
(Isaías 45:22).

Hoy hace seis años, aproximadamente a esta misma hora del día, me encontraba “en hiel de amargura y en prisión de maldad”; pero fui llamado, no obstante, por la gracia divina, a sentir la amargura de aquella prisión y a llorar la pena de su esclavitud. Buscando reposo y no hallándolo, entré en la casa del Señor y me senté allí, temeroso de levantar la vista, no fuera a ser totalmente cortado y no fuera a ser que su ira me consumiera. El ministro se irguió en su púlpito y, al igual que yo he hecho esta mañana, leyó el siguiente texto: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra; porque Yo soy Dios, y no hay más”. Yo miré al momento; la gracia de la fe me fue concedida en aquel mismo instante, y ahora creo que puedo decir de verdad:

«Desde que, por la fe, de tus heridas
Vi manar el torrente de tu luz,
Tu redención de amor es en mi vida
Mi tema, hasta morir sobre tu cruz».

Nunca olvidaré aquel día mientras la memoria me sea fiel; ni puedo dejar de repetir este texto, siempre que recuerdo aquella hora en que conocí al Señor. ¡De qué extraña forma tan llena de gracia! Qué maravilloso y bueno es el hacer que, aquel que oyó aquellas palabras para provecho de su propia alma hace tan poco, se dirija a vosotros esta mañana como a oyentes del mismo texto, en la plena y confiada esperanza de que algún pobre pecador, dentro de este recinto, pueda oír la buena nueva de salvación para el también, y pueda ser hoy, en este 6 de enero, convertido “de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios”.

Si estuviera dentro del grado de capacidad humana imaginar un tiempo en el que Dios estaba solo, sin criaturas, tendríamos entonces una de las más grandes y magníficas ideas de Dios. Hubo una época cuando el sol aún no había comenzado su carrera, ni había aún lanzado sus rayos dorados a través del espacio para alegrar la tierra. Hubo una era en que ninguna estrella brillaba en el firmamento, porque no había ningún mar de azul en el cual pudiera flotar. Hubo un tiempo en que todo lo que ahora contemplamos del gran universo de Dios aún no había nacido, se hallaba dormitando en su mente, increado e inexistente; no obstante había Dios, y Él era sobre todas las cosas “bendito por los siglos”. Aunque ningún serafín cantará himnos de alabanza, aunque ningún querube de fuertes alas volará como un rayo a cumplir sus altos mandatos, aunque estaba sin ningún acompañamiento, a pesar de todo estaba sentado como un rey en su trono, el poderoso Dios, para ser por siempre adorado. El Augusto Supremo, en solemne silencio, moraba en la vasta inmensidad, haciendo de las plácidas nubes su dosel, y la luz de su semblante formando el brillo de su gloria. Dios era, y Dios es. Desde el principio Dios era Dios; antes de que los mundos tuvieran principio, Él era “desde el siglo y hasta el siglo.” Así pues, cuando le plugo crear sus criaturas, pensad cuán pequeñas debieron ser estas ante Él. Si vosotros fuerais alfareros y moldearais un vaso sobre la rueda, ¿intentaría aquella pieza de arcilla compararse a vosotros? No: sino que, cual no sería la diferencia; porque, en cierto modo, habríais sido sus creadores. Así, cuando el Todopoderoso formó sus criaturas, ¿no fue una consumada osadía que éstas se atrevieran, por un momento, a compararse a Él? Aquel architraidor, el cabecilla de los rebeldes, Satanás, anheló subir al alto trono de Dios; pero encontró pronto que sus miras eran demasiado elevadas, y no halló el infierno lo suficientemente profundo como para escapar de la venganza divina. Él sabe que Dios es “Dios solo”. Desde que el mundo fue creado, el hombre ha imitado a Satanás; la criatura de un día, la efímera de una hora ha intentado competir con el Eterno. Por ello, uno de los objetos del gran Jehová ha sido siempre el enseñar a la humanidad que Él es Dios, y aparte de Él no hay ningún otro. Ésta es la lección que ha estado enseñando al mundo desde que

éste se apartó de Él. Dios ha hundido los altos lugares, elevado los valles, y humillado los orgullosos pensamientos y las miradas altivas, para que todo el mundo pueda

«Saber que el Señor es Dios único;
El puede crear y destruir».

Esta mañana intentaré mostraros, en primer lugar, como Dios *ha estado enseñando* esta gran lección al mundo: que Él es Dios, y que aparte de Él no hay ningún otro; y en segundo lugar, la forma *especial en que Él lleva a cabo esta enseñanza en el asunto de la salvación*. "Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra; porque yo soy Dios, y no hay más."

I. Primeramente pues, ¿CÓMO HA ENSEÑADO DIOS ESTA LECCIÓN A LA HUMANIDAD?

Respondamos que, en primer lugar, la ha enseñado *a los falsos dioses y a los idólatras que se han inclinado ante ellos*. El hombre, en su impiedad y pecado, ha levantado un bloque de piedra y madera para que sea su creador, y se ha inclinado ante él. Ha moldeado para sí una imagen a semejanza de hombre mortal, o bien de los peces de la mar, o de las cosas que se arrastran sobre la tierra, y ha postrado su cuerpo y también su alma ante esta criatura de sus propias manos llamándole dios; aunque no tuviera ojos para ver, ni manos para palpar, ni oídos para oír. Mas, ¿cómo ha mostrado Dios su desprecio para con los antiguos dioses de los paganos!; ¿dónde están ahora?; ¿son siquiera conocidos? ¿Dónde están aquellas falsas deidades ante las cuales se postraban las multitudes de Nínive? Preguntad a los topos y a los murciélagos, que son sus compañeros; o preguntad a los bancos de arena bajo los cuales están enterradas; o id a contemplarlas en los museos: vedlas como curiosidades, y sonreíd al pensar que los hombres hayan llegado jamás a inclinarse ante unos dioses como éstos. ¿Dónde están las deidades de Persia? Los fuegos permanecen apagados siglos ha, y los adoradores del fuego han desaparecido casi por completo de la tierra. ¿Dónde están los dioses de Grecia, aquellos dioses adornados con poesía y cantados en las más sublimes odas? Han desaparecido. ¿Quién habla de ellos ahora, a no ser como cosa de antaño? Júpiter, ¿se inclina alguien ante él? Y ¿quién es el que adora a Saturno? Todos han pasado y han sido olvidados. Y de los de Roma, ¿qué diremos? ¿Preside Janos el templo?; ¿alimentan las vírgenes vestales su fuego perpetuo? ¿Hay alguien que se incline ante estos dioses? No, han perdido su trono. Y, ¿dónde están los dioses de las islas de los Mares del Sur, aquellos demonios sangrientos ante los cuales criaturas infelices postraban sus cuerpos? Han sido casi extinguidos. Preguntad a los habitantes de China y Polinesia dónde están los dioses ante los cuales se inclinaban. Preguntad, y el eco repite: Preguntad y volved a preguntar. Han sido derribados de sus tronos, han sido arrojados de sus pedestales, sus carros están rotos, sus cetros quemados en el fuego, sus glorias han terminado; Dios ha conseguido la victoria sobre los falsos dioses, y ha enseñado a sus adoradores que Él es Dios y que aparte de Él no hay ningún otro. ¿Hay dioses aún adorados, o ídolos ante los que se inclinan las naciones? Esperad que pase algún tiempo y los veréis caer. El cruel Juggernaut, cuyo carro aplasta en su carrera a los necios que se arrojan bajo él, será objeto de escarnio. Y los ídolos más notables, como Buda, Brahma y Vishnú, se abatirán, con todo, sobre la tierra, y los hombres los pisotearán como lodo en las calles; porque Dios enseñará a todos que Él es Dios y que no hay otro.

Observad, una vez más, cómo Dios ha enseñado esta verdad a los *imperios*. Los imperios se han levantado y se han erigido como dioses de su era. Sus reyes y príncipes se han otorgado altos títulos y han sido adorados por las multitudes. Pero preguntad a los imperios si hay alguien además de Dios. ¿No os parece oír el jactancioso soliloquio de Babilonia: "Yo estoy sentada, reina, y no soy viuda, y no veré llanto; yo soy diosa, y no hay más"? Y ¿creéis que ahora, si pasarais por las ruinas de Babilonia, encontraríais a alguien, salvo el solemne espíritu de la Biblia, erguido como un anciano profeta de grises cabellos, que os diría que hay un Dios y que aparte de Él no hay otro? Id a Babilonia, cubierta de arenas, las arenas de su propia destrucción. Contemplad las ruinas de Nínive, y dejad que salga la voz: "Hay un Dios, y los imperios se hunden ante Él; hay solamente una potestad, y los príncipes y reyes de la tierra, con sus dinastías y

tronos, son sacudidos por el pisar de sus plantas”. Id y sentaos en el templo de Grecia; recordad allí las orgullosas palabras que pronunciará Alejandro; pero, ¿dónde está él ahora?, ¿dónde está su imperio? Sentaos sobre los ruinosos arcos del puente de Cartago, o pasead por los desolados teatros de Roma, y oiréis una voz en el viento salvaje entre las ruinas: “Yo soy Dios, y no hay más”. “¡Oh!, ciudad que a ti misma te llamaste eterna; Yo te he fundido como gotas de rocío. Tú dijiste: ¡Me asiento sobre siete colinas y perduraré para siempre! Pero Yo te he hecho desmoronar, y eres ahora un lugar pobre y vil, comparado con lo que fuiste. Eras piedra; tú te hiciste mármol a ti misma, y Yo te he vuelto a hacer piedra y te he humillado.” ¡Oh, cómo ha enseñado Dios a las monarquías y a los imperios que se elevaron como nuevos reinos celestiales, que El es Dios y que no hay otro!

Veamos ahora cómo ha enseñado esta gran verdad a los monarcas. Ha habido algunos que han sido tan orgullosos, que han tenido que aprenderla de una forma más dura que otros. Tenemos como ejemplo a Nabucodonosor. Su corona sobre sus sienes, su manto de púrpura sobre sus hombros; pasea por Babilonia, y dice: “¿no es ésta la gran Babilonia que yo edificué?” ¿Veis esa criatura en el campo? Es un hombre. “¿Un hombre?”, decís; sus cabellos han crecido como plumas de águila y sus unas como garras de aves; se arrastra por los suelos, come hierba como los bueyes, y ha sido apartado de entre los hombres. Es el monarca que un día dijera: “¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué?”; ahora ha sido devuelto a su palacio para que pueda decir: “Alabo al Rey del cielo que humillar puede a los que andan con soberbia”. Recordemos a otro monarca. Volvamos nuestros ojos a Herodes. Se halla en medio de su pueblo y les dirige la palabra. ¿No oís los gritos de los impíos? “Voz de Dios” -gritan- “y no de hombre.” El orgulloso rey no da a Dios Su gloria; se erige como dios y parece sacudir el mundo, creyéndose divino. Un gusano penetró en su cuerpo, y luego otro, y otro más; y antes de que el sol se ocultase fue devorado por ellos. ¡Ah, monarca!, ¡creíste ser un dios y te han comido los gusanos! Pensabas que eras más que un hombre, y, ¿qué eres? Menos que hombre, porque los gusanos te consumen y eres presa de la corrupción. Así humilla Dios a los orgullosos; así abate a los poderosos. También podríamos tomar ejemplos de la historia moderna; pero la simple muerte de un rey es más que suficiente para enseñar esta lección, si los hombres quieren aprenderla. Cuando los reyes mueren y en pompas funerales son llevados al sepulcro, se nos está enseñando la lección: “Yo soy Dios, y no hay más.” Cuando oímos hablar de revoluciones y de imperios que se desmoronan, cuando vemos tambalearse viejas dinastías y destronados viejos monarcas de grises cabellos, parece como si Jehová pusiese sus pies entre el mar y la tierra, y con el brazo en alto gritase: “¡Oíd, pueblos de la tierra! No sois más que langostas. Yo soy Dios, no hay más”.

También ha tenido Dios mucho que hacer para enseñar esta lección a los sabios *de este mundo*; porque el rango, la pompa y el poder, así como la sabiduría, han usurpado el lugar de Dios; y uno de los más grandes enemigos de la Divinidad ha sido siempre la sabiduría del hombre. Esta sabiduría no quiere ver a Dios, porque, diciéndose ser sabios, se hacen fatuos. ¿Y no habéis notado, leyendo la historia, cómo abate Dios el orgullo de la sabiduría? En épocas pasadas, mando al mundo mentes privilegiadas, creadoras de sistemas filosóficos. “Estos sistemas”, dijeron, “perdurarán para siempre.” Sus discípulos los creyeron infalibles, y escribieron sus máximas en duraderos pergaminos, diciendo: “Este libro será eterno; las generaciones venideras lo leerán y, hasta el último hombre, este libro será reverenciado como el compendio de la sabiduría”. ¡Ah!, pero dijo Dios: “Este libro será considerado vano antes de que pasen cien años”. Y así, los poderosos pensamientos de Sócrates y la sapiencia de Solón están ahora completamente olvidados; y si los oyéramos hablar, el niño más pequeño de nuestras escuelas se reiría al ver que sabe más filosofía que ellos. Pero cuando el hombre ha descubierto lo vano de un sistema, sus ojos se deslumbran ante otro. Si Aristóteles no es suficiente, aquí está Bacon. Ahora lo sabré todo, dice, y se pone a trabajar creyendo que esta nueva filosofía durará para siempre. Coloca sus fundamentos con vivo entusiasmo, y piensa que cada verdad que acumula es preciosa e imperecedera. Pero, ¡ay!, vienen otros siglos, y todo aquello se convierte en “madera, heno y hojarasca”. Se alza una nueva secta de filósofos que refutan a sus predecesores. Así también, tenemos sabios en nuestros días -sabios de este mundo- que pretenden haber encontrado la verdad; pero esperad a que pasen otros cincuenta años y, fijaos bien en lo que digo, estos cabellos no se

tornarán grises hasta que el último de esta estirpe haya perecido, y sus seguidores sean considerados necios. Los sistemas incrédulos se pasan como gotas de rocío bajo el sol, porque Dios dice: “Yo soy Dios, y no hay más.” Esta Biblia es la piedra que hará polvo a la filosofía; ésta es la piedra que una mujer todavía puede arrojar a la cabeza de los Abimelecs, destruyéndolos totalmente. ¡Oh, Iglesia de Dios!, no temas; tú harás maravillas; los sabios serán confundidos, y tú, y ellos también, sabréis que Él es Dios y que aparte de El no hay ningún otro.

Algunos dirán: “*La iglesia de Dios* no necesita, naturalmente, de esta enseñanza”. A lo que contestamos: Si, porque de todos los seres, aquellos que han sido objeto de la gracia de Dios son, quizá, los más expuestos a olvidar esta verdad cardinal; como la olvidó la iglesia de Canaán cuando adoraron a otros dioses, por lo que Dios mandó sobre ellos poderosos reyes y príncipes, sumiéndoles en la aflicción y el dolor. ¡Cómo la olvidó Israel!, y fue llevado cautivo a Babilonia. Y lo que hizo Israel en Canaán y en Babilonia, hacemos nosotros ahora. Olvidamos demasiado a menudo que Él es Dios y que aparte de Él no hay ningún otro. ¿Me comprende el cristiano? ¿No lo ha hecho él mismo alguna vez? A veces, la prosperidad ha habitado en su casa, y las suaves brisas han impulsado su barca donde su voluntad impetuosa ha querido llevarla; entonces se ha dicho para sí: “Ahora tengo paz; ahora soy feliz; aquello que tanto he deseado está al alcance de mi mano. Diré, pues, a mi alma: Siéntate y reposa; come, bebe y huélgate; estas cosas te contentarán; haz de ellas tu dios, y sé feliz”. Pero, ¿no hemos visto a Dios tirar los odres por tierra, derramar el vino dulce, y en su lugar llenarlos de hiel? Y dándonoslo, ¿no ha dicho: “*Bebed, bebed, habéis creído encontrar un Dios en la tierra; pero apurad la copa conoced su amargura*”? Y cuando hemos ingerido el penoso trago, hemos exclamado: “¡Oh, Señor! No volveré a beber de esta pócima. Tú eres Dios, y fuera de ti no hay ningún otro”. Y cuán a menudo, también, hemos trazado planes para el futuro sin contar con el consentimiento de Dios. Los hombres han dicho, como aquellos necios que mencionara Santiago: mañana iremos a tal ciudad, compraremos mercadería y ganaremos”, sin saber lo que sería de ese día de mañana; porque mucho antes de que llegase, ya no podrían comprar ni vender; la muerte los habría reclamado, y un pequeño rectángulo de tierra sería todos sus dominios. Dios enseña a su pueblo cada día con enfermedades, con aflicciones, con depresiones espirituales, dejándoles de la mano, con la pérdida del Espíritu durante algún tiempo y con la falta de alegría en su semblante, que Él es Dios y que aparte de Él no hay ningún otro. Y no debemos olvidar que hay algunos siervos especiales de Dios, llamados a realizar grandes obras, los cuales, de una forma particular, deberían aprender esta lección. Tomemos por ejemplo a un hombre llamado a la gran tarea de predicar el Evangelio. Tiene éxito; Dios le asiste, miles de personas se sientan a sus pies, y las multitudes están pendientes de sus labios. Tan verdad como que es un hombre, tendrá la tendencia a elevarse sobremanera, y empezará a mirarse a sí mismo en demasía, y demasiado poco a su Dios. Si Dios nos da una misión especial, generalmente tomamos para nosotros parte del honor y la gloria. Empero, si observamos los grandes santos de Dios, ¿habéis notado cómo Él les ha dado sentir que es Dios y que aparte de Él no hay otro? El pobre Pablo pudo haberse creído un dios, y haberse engraido excesivamente por razón de la grandeza de su revelación, de no haber tenido un aguijón en su carne. Pero pudo darse cuenta de que no lo era, a causa de este aguijón que los dioses no pueden tener. A veces Dios alecciona a los ministros negándoles su ayuda en ocasiones particulares. Subimos a nuestro púlpito y pensamos: “¡Oh, desearía que hoy fuese un buen día!” Empezamos nuestra labor; hemos sido ardientes y constantes en la oración; pero somos como un caballo ciego girando alrededor de un molino, o como Sansón con Dalila; sacudimos nuestros inútiles miembros con gran sorpresa, “nos encontramos impotentes”, y no ganamos victoria. Se nos hace experimentar que el Señor es Dios, y que aparte de Él no hay ningún otro. Frecuentemente, Dios enseña esto al ministro llevándole a considerar su propia naturaleza pecaminosa. Tendrá tal conocimiento de su propia iniquidad y de su corazón abominable, que sentirá, mientras sube los escalones del púlpito, que no merece ni tan siquiera sentarse en su banqueta, y mucho menos dirigirse a sus hermanos. Aunque siempre sentimos gozo al proclamar la Palabra de Dios, sabemos lo que es temblar al subir al púlpito con la sensación de que al mayor de los pecadores no le debería ser permitido predicar a otros. ¡Oh, queridos hermanos!, no creo que tenga mucho éxito como ministro el que no ha sido llevado a las oscuridades y profundidades

de su propia alma, y no se le ha hecho exclamar: “A mí, que soy *menos que el más pequeño de todos los santos*, es dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el Evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo”. Hay otro antídoto que Dios aplica a sus ministros; y si no se lo administra personalmente, les levanta huestes de enemigos, para que comprendan que Él es Dios único. Un estimado amigo me envió ayer un viejo manuscrito, muy valioso, de uno de los himnos de George Whitefield, que se cantaba en Kennington Common. Es un himno espléndido, completamente “whitefieldiano”. En él se muestra que su confianza estaba totalmente en el Señor, y que Dios estaba dentro de él. ¿Es posible que un hombre se someta a la maledicencia de las multitudes, se afane y trabaje día tras día incansablemente, predique el Evangelio domingo tras domingo, y vea su nombre calumniado y difamado, si no tiene la gracia de Dios en él? Por lo que a mí respecta, puedo deciros que, si no fuera porque el amor de Cristo me constriñe, ésta sería la última vez que predicara, por lo que a comodidad se refiere. Mas “me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciara el Evangelio!” Pero esta oposición, a través de la cual Dios conduce a sus siervos, les lleva a constatar enseguida que Él es Dios y que no hay ningún otro. Si todos aplaudieran, si todo esfuerzo fuera gratificado, nos creeríamos dioses; pero cuando se burlan y gritan, nos volvemos a El y exclamamos:

«Si he de sumir mi alma en esta noche
De sufrir por tu amor, mi Dios querido,
En mi faz la vergüenza y el reproche,
Sea todo vituperio bienvenido.

II. Y esto nos lleva a la segunda parte de nuestro discurso. La salvación es la más grande de las obras de Dios; por ello, en su más grande obra, Él nos enseña principalmente esta lección: Que El es Dios, y que aparte de El no hay ningún otro. Nuestro texto nos dice CÓMO NOS LA ENSEÑA: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra”. Nos muestra que Él es Dios, y que aparte de Él no hay ningún otro, de tres maneras distintas. Primera, por la persona a quien hemos de mirar: “Mirad a *mí*, y sed salvos”. Segunda, por los medios que debemos utilizar para obtener misericordia: “Mirad”, simplemente “mirad”. Y tercera, por las personas llamadas a “mirar”: “Mirad a mí, y sed salvos, *todos los términos de la tierra*”.

1. En primer lugar, *¿a quién dice Dios que miremos para ser salvos?* ¡Oh! ¿No rebaja el orgullo de los hombres oír decir a Dios: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra”? No se trata de: “Mirad a vuestro sacerdote, y sed salvos”; si así fuera habría otro Dios, y aparte de Él habría algún otro. Tampoco se trata de: “Mírate a ti mismo”; porque también habría alguien que se arrogaría parte de la gloria de la salvación; sino que dice: “Mirad a *mí*”. Cuán frecuentemente os miráis a vosotros mismos aquellos que acudís a Cristo. Decís: “No estoy lo bastante arrepentido”. Eso es miraros a vosotros mismos. Y también lo es el decir: “No creo lo suficiente”. “Soy demasiado indigno.” “No puedo encontrar en mí justicia alguna.” Verdad es decir que no hay en vosotros justicia; pero es equívoco buscarla. Se trata solamente de: “Mirad a *mí*”. Dios te hará apartar los ojos de ti, y volverlos a Él. Lo más duro para un hombre es apartar los ojos de sí mismo; mientras viva sentirá placer en volver la vista y contemplarse. Dios dice: “Mirad a *mí*”. Desde la cruz en el Calvario, donde las manos sangrantes de Jesús destilan misericordia; desde el huerto de Getsemaní, donde los poros sangrantes del Salvador sudaban perdón, se alza el grito: “Mirad a *mí*, y sed salvos, todos los términos de la tierra”. “Consumado es” -oigo un grito-: “Mirad y sed salvos”. Pero del interior de nuestras almas se alza otro que es malvado: “No. ¡Mírate a ti mismo!, ¡mírate a ti mismo!” Oh, queridos oyentes, miraos a vosotros mismos y seréis condenados. Éste será el resultado de esa mirada. Mientras te contemples a ti mismo, no hay esperanza para ti. No va a salvarte la consideración de lo que tú eres, sino la consideración de lo que es Dios y de lo que es Cristo. Aparta tus ojos de ti para volverlos a Jesús. Hay hombres que interpretan tan mal el Evangelio, que creen que sus justicias les califican para ir a Cristo, ignorando que el pecado es el único requisito para acudir a la cruz. El buen viejo Cristo decía: “Mi justicia me aparta de Cristo; no todos tienen necesidad de médico, sino el que está

enfermo. El peso del pecado me hace ir a Jesús, y al acudir a Él, cuanto más pecado hay en mí, más razón tengo para esperar conseguir misericordia”. También David dijo algo sorprendente: “Ten misericordia de mí, porque grande es mi pecado”. Pero David, ¿por qué no dijiste que era pequeño? Porque David sabía que cuanto más grande fuera su pecado, mayor razón tenía para pedir misericordia. Cuanto más vil es un hombre, tanto más le invito yo a creer en Jesús. Nosotros, como ministros, lo que tenemos que hallar en los demás es la sensación de pecado. Predicamos a los pecadores y, cuando sabemos que un hombre se reconoce como tal pecador, le decimos: “Mira a Cristo y serás salvo”. “Mira”, esto es todo lo que Él quiere de ti; e incluso esto te da. Si te miras a ti mismo, te condenas; tú eres un vil infiel, lleno de abominación, corrompido y corruptor de otros; pero, ¡mira aquí! ¿No ves a ese hombre pendiente de la cruz?; ¿no observas su cabeza agonizante, inclinada dulcemente sobre su pecho?; ¿no ves esa corona de espinas arrancando gotas de sangre que ruedan por sus mejillas?; ¿no ves sus manos taladradas y rotas, y sus benditos pies soportando el peso de su cuero, casi rasgados por los crueles clavos? ¡Pecador! ¿No le oyes gritar: “Eli, Eli, lama sabactani”? ¿No le oyes clamar a gran voz: “Consumado es”? ¿No observas su cabeza inerte?; ¿no ves ese costado atravesado por la lanza, y el cuerpo arrancado de la cruz? ¡Oh!, ¡ven aquí! Esas manos fueron taladradas por ti; esos pies ensangrentados por ti; el costado fue abierto por ti; y si quieres saber cómo puedes encontrar misericordia, ¡ahí lo tienes! “¡Mira!” “¡Mirad a mí!” Deja de mirar a Moisés. Aparta tú vista del Sinaí. Ven aquí y mira al Calvario, a la Víctima del Gólgota y a la tumba de José. Y mira más allá, al Hombre que se sienta al lado del Trono, cerca de su Padre, coronado de luz e inmortalidad. “¡Mira, pecador!”, te dice esta mañana, “mírame y sé salvo”. Así es cómo enseña Dios que no hay otro aparte de Él: haciéndonos fijar los ojos en su persona y apartándonos de la nuestra.

2. El segundo pensamiento es: *Los medios de salvación*. “Mirad a mí, y sed salvos.” Habréis observado a menudo que a muchos les gusta un culto intrincado, una religión complicada que a ellos les cueste trabajo comprender. Estas personas no pueden soportar la sencillez de nuestra adoración. De este modo, necesitan tener un hombre vestido de blanco y otro de negro; un altar y un antealtar. Después de algún tiempo, esto no es suficiente y utilizan velas y flores. El clérigo se convierte en sacerdote, y viste una túnica jaspeada con una cruz en medio. Y así sucesivamente: lo que es simplemente un plato, se convierte en patena; y lo que fue vaso, se torna en cáliz; y cuanto más complicadas son las ceremonias, tanto más les agradan. Les gusta que sus ministros se yergan como seres superiores. ¡Al mundo le gusta una religión que no pueda comprender! Pero, ¿no habéis notado cuán gloriosamente sencilla es la Biblia? No hay en ella ninguna de esas tonterías. Habla claramente y de cosas claras. “¡Mirad!” A ningún inconverso le gusta esta palabra: “Mirad a Cristo y sed salvos.” El incrédulo viene a Cristo como Naamán a Eliseo; y cuando se le dice: “¡Ve, y lávate en el Jordán!”, responde: “He aquí yo decía para mí, saldrá el luego, y estando en pie invocará el nombre de Jehová su Dios, y alzaré su mano y tocará el lugar; pero la idea de decirme que me bañe en el Jordán es ridícula. ¡Cualquiera podría hacer lo mismo!” Si el profeta le hubiese pedido que hiciera algo grande, ¿no lo habría hecho? ¡Ah!, claro que sí. Y si esta mañana yo predicara que todo el que fuera a Bath (1), sin zapatos ni calcetines, o hiciera algo imposible sería salvo, os pondríais en camino mañana mismo sin esperar a desayunar. Si necesitara siete años para describir el camino de la salvación, estoy seguro de que vosotros soportaríais todo ese tiempo para oírlo. Si sólo uno de los sabios doctores pudiera enseñar el camino del cielo, ¡Cuántos iríais tras él! Y si lo hiciera con palabras difíciles, cargadas de latín y griego, mucho mejor aun. Pero el Evangelio que tenemos que predicar es muy sencillo. Se trata de: “¡Mirad!” Al oírlo las almas se preguntan: “¿Es ése el Evangelio? No prestaré atención a una cosa así”. Pero, ¿por qué nos ha ordenado Dios hacer algo tan sencillo? Simplemente, para humillar nuestro orgullo y para enseñarnos que Él es Dios, y que aparte de Él no hay ningún otro. ¡Oh!, cuán simple es el camino de la salvación. ¡Mirad, mirad, mirad! -sólo cinco letras-. “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra.” Algunos teólogos necesitan una semana para deciros lo que tenéis que hacer para ser salvos, mientras que el Santo Espíritu de Dios sólo necesita cinco letras: “¡Mirad!” ¡Qué sencillo es este camino de salvación! ¡Y que instantáneo! Para mover las manos necesitamos unos segundos, pero una mirada... ¡es tan rápida! De está

forma, en un sólo momento, el pecador cree; y en ese mismo instante en que confía en el perdón de su Dios crucificado, recibe la salvación por Su sangre, plena y totalmente. Puede que esta mañana haya entrado aquí alguno sintiendo el peso de su conciencia, y tal vez salga justificado.

(1) Ciudad del condado de Somerset, en Inglaterra. Se halla aproximadamente a 150 kilómetros de Londres.- (N. del T.)

Puede haber aquí pecadores empedernidos hasta este preciso momento- pero perdonados un segundo después. ¡Es cosa de un instante! ¡“Mirad”!, ¡“mirad”!, ¡“mirad”! ¡Y qué universal! Dondequiera que me encuentre, no importa lo apartado que sea, sólo tengo que mirar. No dice que tenga que ver, sino simplemente mirar. Si miramos a algo en la oscuridad no podremos verlo, pero habremos mirado, habremos hecho lo que se nos dijo. Así pues, un pecador, con sólo mirar a Jesús, será salvo; porque Jesús en la oscuridad es lo mismo que Jesús en la claridad; igual cuando no podemos verle que cuando le vemos. Todo está condensado en una mirada. “¡Ah!”, dicen algunos, “pero yo he estado tratando de ver a Jesús durante todo el año, y no lo he visto.” No dice que tengamos que verle, sino: “Mirad a mí”. Y dice que aquellos que miraron fueron iluminados. Aunque haya obstáculos ante ti, si miras en la dirección verdadera, eso basta. No se trata de ver a Cristo, sino de buscarle. De poner nuestra voluntad en Cristo; de poner en Él nuestros anhelos y deseos; de creerle, de abrazarnos a Él; eso es lo que se nos pide. ¡“Mirad”!, ¡“mirad”!, ¡“mirad”!, ¡“mirad”! ¡Ah, con tal de que el hombre mordido por la serpiente volviera sus ojos sin vista a la serpiente de bronce, aunque no la viera, le era devuelta la vida. Es el “mirar”, y no el “ver”, lo que salva al pecador.

Y ¡cómo *humilla* esto al hombre! Algún caballero dirá: “Si para salvarme hubieran sido necesarias mil libras no lo hubiera dudado un momento”. Pero su oro y su plata es podredumbre; no le sirven para nada. “Entonces, ¿yo voy a ser salvado igual que mi sirvienta Betty?” Sí; exactamente igual; no hay otro camino de salvación para usted. Está hecho así para enseñar a los hombres que Jehová es Dios y que aparte de Él no hay ningún otro. El sabio dirá: “Si se hubiera tratado de resolver el más enrevesado de los problemas, o de descifrar el mayor de los enigmas, lo hubiese hecho en seguida. ¿No hay para mí un evangelio lleno de misterio? No puedo creer en alguna religión misteriosa?” No, solamente tiene que “mirar”. “¿Cómo!, ¿tengo yo que ser salvado igual que ese andrajoso colegial que no sabe ni leer lo que escribe?” Así es, de otro modo no habría salvación para usted. Y algún otro dirá: “Yo he sido recto y moral, he observado todas las leyes del país, y si hay algo más que hacer, lo haré: los viernes comeré solamente pescado, y guardaré todos los ayunos de la iglesia, si eso me salva.” No señor, eso no le salvará; sus buenas obras son inútiles. “¿Qué!, ¿voy a ser salvado del mismo modo que un borracho o una prostituta?” Sí, señor; sólo hay un camino de salvación para todos. “Dios encerró a todos en incredulidad, para tener misericordia de todos.” Él ha puesto bajo condenación a todos los hombres, para que su libre gracia pueda venir sobre muchos para salvación. ¡“Mirad”!, ¡“mirad”!, ¡“mirad”! Éste es el sencillo método. “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra.”

3. Empero, veamos finalmente cómo ha arrancado Dios el orgullo del hombre, y se ha exaltado a Sí mismo *por medio de aquellos a quienes ha llamado para que miren*. “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra.” Cuando el judío oyó a Isaías decir esto, exclamó: “¡Ah!, debieras haber dicho: Mira a mí, oh Jerusalén, y se salva. Eso hubiera sido lo justo. Pero esos perros gentiles, ¿van a mirar y ser salvos?” “Sí”, dice Dios, “Yo os enseñaré, judíos, que, aunque os he concedido muchos privilegios, exaltaré a muchos sobre vosotros; pues me es lícito hacer lo que quiero con lo mío.”

Preguntémonos ahora: ¿quiénes son “los términos de la tierra”? Hay todavía pobres naciones paganas que se diferencian muy poco de las bestias, incivilizadas e incultas; y si yo pudiera atravesar el desierto y hallar al bosquimán en su choza, o bajar a los Mares del Sur y encontrar al caníbal, a ambos, al caníbal y al bosquimán, les diría: “Mirad a Jesús, y sed salvos, todos los términos de la tierra”. Ellos son parte de “los términos de la tierra”, y el Evangelio es enviado a ellos tanto como pueda serlo a los cortesanos griegos, a los refinados romanos o a los educados

británicos. Pero yo creo, además, que “los términos de la tierra” abarcan aun a aquellos que se han apartado lo más lejos posible de Cristo. ¡Me refiero a ti, borracho! Has estado tambaleándote hasta que has llegado a los términos de la tierra; casi has sufrido delirium tremens, ya no puedes ser peor, no hay un hombre sobre la tierra que sea peor que tú, ¿verdad? ¡Ah!, pero Dios, para humillar tu orgullo, te dice: “Mírame y se salvo”. Hay alguna mujer que ha llevado una vida de infamia y pecado hasta que se ha arruinado a sí misma, e incluso Satanás parece barrerla por la puerta de servicio. A ésa le dice el Señor: “Mira a mí y sé salva”. Me parece que veo a algunos estremecerse y pensar: “¡Ah!, yo no he sido uno de estos, señor, pero he sido algo peor, porque he entrado en la casa de Dios y he ahogado mis convicciones; he apartado todos mis pensamientos de Jesús, y ahora creo que Él nunca tendrá misericordia de mí”. Tú eres uno de ellos. “¡Términos de la tierra!” Siempre que encuentre a alguno sujeto a estos sentimientos, puedo decirle que él es “el término de la tierra”. Otro dirá: “Yo soy tan extraño; si no sintiera como siento, todo iría bien; pero siento que mi caso es especial”. Así es; hay gente muy especial. Tú serás uno de ellos. Pero hay también quien dice: “No hay nadie en el mundo como yo; no creo que pueda encontrar un ser bajo el sol que haya recibido tantas llamadas sin atenderlas, y que haya tenido sobre su conciencia tantos pecados y culpas, faltas que no confesaría a nadie por nada del mundo”. Uno de “los términos de la tierra”, de nuevo. Por ello todo lo que tengo que hacer es gritar en nombre del Maestro: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra; porque yo soy Dios, y no hay más”. Si tú dices que el pecado no te deja mirar, yo te digo que te será quitado en el momento en que mires. “*Pero no me atrevo, me condenara, tengo miedo de mirar.*” Mas te condenará si no miras. Teme, pues, y mira; pero no dejes que el temor te prive de mirar. “*Pero Él me apartará*” Pruébalo. “*Es que no puedo verle.*” Te repito que no se trata de ver, sino de mirar. “*Pero es que mis ojos están tan fijos aquí abajo; son tan terrenales y mundanos.*” ¡Ah!, pobre alma, Él da poder para mirar y vivir. Él es quien dice: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra”.

Recibid este pensamiento, queridos amigos, los que amáis al Señor, y aquellos que le miráis por vez primera, como un texto de Año Nuevo. ¡Cristiano!, en tus preocupaciones a lo largo de este año, mira a Dios y sé salvo. En todas tus agonías, en todos tus arrepentimientos por tus culpas, pobre alma, mira a Cristo y encontrarás el perdón. Acuérdate en este año de dirigir tu mirada y también tu corazón hacia el cielo. Mira a Cristo y no temas. No hay tropiezo cuando un hombre camina con los ojos puestos en Jesús. El que mira las estrellas cae en la zanja; pero el que mira a Cristo camina con seguridad. Mantén tus ojos arriba todo el año. “Mira a *Él* y sé salvo”, y recuerda que “*Él* es Dios y que aparte de *Él* no hay ningún otro”. ¿Qué harás, pobre alma?, ¿empezarás el año mirándole? Tú sabes cuán lleno de pecados estás esta mañana; tú conoces cuánta es tu corrupción; pero recuerda que antes de salir de aquí puedes estar tan justificado como los mismos apóstoles ante el trono de Dios. Es posible que antes de que tus pies pisen el umbral de tu casa, hayas perdido la carga que has tenido sobre tus hombros, y vayas por el camino cantando: “Estoy Perdonado, estoy perdonado; soy un milagro de la gracia. Este es el día de mi nacimiento espiritual”. ¡Quiera Dios que así sea para muchos de vosotros, para que aquel día pueda yo decir: “Heme aquí, y conmigo los hijos que me has dado”! ¡Oye esto, pecador convencido! “Este pobre lloró y el Señor le libró de su aflicción.” ¡Oh, gusta y prueba que el Señor es bueno! Cree ahora en Él. Echa tu alma culpable sobre su justicia; sumérgela y quita su negrura en el baño de Su sangre; vístela con las ropas de la justicia de Cristo, y siéntala al festín de la abundancia. Este “mira”, ¡tan sencillo como parece!, es lo más difícil de conseguir de los hombres. No mirarán jamás, hasta que les obligue la gracia. Marchad con este pensamiento: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra; porque yo soy Dios, y no hay más”.

XI. ¿POR QUÉ SON SALVADOS LOS HOMBRES?

«Salvólos empero por amor de Su nombre.» (Salmo 106:8).

Al contemplar las obras de Dios en la creación, acuden de inmediato dos preguntas a nuestra pensativamente, que han de ser contestadas si queremos conseguir la clave de la ciencia y la filosofía de todo lo creado. La primera se refiere a su autor: ¿Quién hizo todas estas cosas? Y la segunda está relacionada con su intención: ¿Con qué propósitos fueron creadas? El primero de estos interrogantes puede ser respondido fácilmente por cualquier persona de recta conciencia y mente sana; porque cuando eleva sus ojos para leer en las lejanas estrellas, ve que estas escriben letra a letra con caracteres de oro la palabra *Dios*; y cuando mira hacia abajo, al seno de las aguas, si sus oídos están sinceramente abiertos oye en el rumor de cada ola proclamación del nombre de *Dios*. Si contempla las cimas de los montes, ellos no hablarán, pero en la noble respuesta de su silencio parecerán decir:

«Divina es la mano que nos hizo».

Si escuchamos el murmullo del arroyuelo bajando por la ladera, el rugido del torrente, el mugido del ganado, el cantar de los pájaros, y toda voz y sonido de la naturaleza, oiremos la respuesta a nuestra pregunta: “Dios es nuestro hacedor; Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos”.

El siguiente interrogante, correspondiente al objeto de lo creado -¿para qué han sido hechas estas cosas?- no es tan fácil de contestar, si prescindimos de la Escritura; pero al leer la Biblia descubrimos que, si la respuesta a la primera pregunta es Dios, la réplica a la segunda es la misma. Estas cosas fueron hechas para gloria de Dios, para su gozo y honor. No hay otra contestación que sea compatible con la razón. Cualquier otra argumentación que propongan los hombres no podrá ser realmente acertada. Si durante un momento consideraran que hubo un tiempo en que Dios no había creado nada -cuando moraba solo, el poderoso Hacedor de las edades, glorioso en su increada soledad, divino en su desierta eternidad (“Yo soy y aparte de mí no hay otro”)- nadie podría responder a la pregunta: ¿con qué objeto hizo Dios la creación?, de otra forma que no fuera la siguiente: “La creó para su propio gozo y gloria”. Alguno podrá decir que Dios formó el universo para sus criaturas; pero el que así habla ha de tener en cuenta que entonces no había criaturas, y esa respuesta sólo sería acertada *ahora*. Dios nos da las cosechas; cuelga el sol en el firmamento para que nos bendiga con su luz y calor- coloca la luna en su órbita nocturna para atenuar la oscuridad reinante en la tierra; Dios hace todo esto por y para sus criaturas. Pero la primera contestación, volviendo al origen de todas las cosas, no puede ser otra que ésta: “Fueron y son creadas para su gozo”. “Él hizo todas las cosas por y para Sí mismo.”

Ahora bien, cuanto hemos dicho sobre las obras de la creación, es igualmente válido para las obras de salvación. Elevad vuestros ojos a las alturas, más allá de aquellas estrellas que titilan en los comienzos del cielo; mirad allí donde los espíritus vestidos de blanco, con resplandor más puro que la luz, brillan como astros en su magnificencia; mirad allá, donde los redimidos con sus sinfonías corales “rodean con gozo el trono de Dios”, y haceos la siguiente pregunta: “¿Quién salvó a esos seres gloriosos, y con qué propósito?” Os aseguramos que la respuesta ha de ser la misma que hemos dado anteriormente: El los salvó, “salvólos por amor de Su nombre”. El texto, pues, es una respuesta a las dos grandes preguntas relacionadas con la salvación: ¿quién salva a los hombres? y ¿por qué son salvados? “Salvólos por amor de Su nombre.”

Esta mañana, procuraré penetrar en este tema. Quiera Dios hacerlo provechoso para cada uno de nosotros, y que seamos hallados entre el número de los que han de ser salvos “por amor de Su nombre”. Considerando el texto de forma literal -y de esa forma lo entenderá la mayoría- encontramos lo siguiente: Primero, *un glorioso Salvador*: “Él los salvó”; segundo, *un pueblo favorecido*: “Él los salvó”; tercero, *una razón divina por la que fueron salvados*: “Por amor de Su nombre”; y cuarto, un impedimento *superado* en la palabra “empero”, la cual indica que había una

dificultad que fue superada: «Salvólos empero por amor de su nombre». Un Salvador, los salvados, la razón y el impedimento superado.

I. En primer lugar, pues, nos hallamos ante UN GLORIOSO SALVADOR –“Salvólos”-. ¿Quién fue el que los salvó? Posiblemente muchos de mis oyentes contestarán: “Está claro, el Señor Jesucristo, que es el Salvador de los hombres.” Muy bien, amigos míos, pero no es esa toda la verdad. Jesucristo es, en efecto, el Salvador, pero no lo es más que Dios el Padre, o que Dios Espíritu Santo. Muchas personas que desconocen el sistema de la divina verdad, tienen a Dios Padre por un ser lleno de ira, cólera y justicia, pero carente de amor; y tal vez piensan en Dios Espíritu Santo considerándolo como una mera influencia que emana del Padre y del Hijo. Pues bien, nada puede ser más incorrecto que esta opinión. Es verdad que el Hijo me ha redimido, pero el Padre dio a su Hijo para que muriese por mí, y fue también el Padre quien me escogió en la eterna elección de su gracia. El Padre borra mi pecado, y el Padre me acepta y me adopta haciéndome miembro de su familia por medio de Cristo. El Hijo sin el Padre no podría salvar, como tampoco el Padre sin el Hijo. Y respecto al Espíritu Santo, si el Hijo redime, ¿no sabéis que es el Espíritu Santo el que regenera? El es quien nos hace nuevas criaturas en Cristo, el que nos engendra de nuevo en una esperanza viva, quien purifica nuestra alma, el que santifica nuestro espíritu, y el que, finalmente, nos presenta sin culpa ni mancha ante el trono del Altísimo, aceptos en el Amado. Cuando digas: “Salvador”, recuerda que hay una Trinidad en esa palabra: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, siendo este Salvador tres personas en un mismo nombre. No puedes ser salvado por el Hijo prescindiendo del Padre, como tampoco por el Padre sin el Hijo, ni por el Padre y el Hijo sin el Espíritu Santo. Sino que, del mismo modo que son uno en la creación, así lo son también en la salvación, operando unidos en un solo Dios, a quien sea gloria eterna por los siglos de los siglos, amén.

Notemos ahora, cómo este ser divino exige para sí mismo la plenitud de la salvación. “Salvólos.” Pero, ¿dónde estás tú, Moisés? ¿No fuiste tú quien los salvó?; tú extendiste tu vara sobre el mar, y las aguas quedaron divididas; tú elevaste al cielo tu plegaria, y aparecieron las ranas, las moscas llegaron en enjambre, el agua se convirtió en sangre, y el granizo asoló la tierra de Egipto. ¿No fuiste tú, Moisés, su salvador? Y tú, Aarón; tú ofreciste el buey que fue aceptado por Dios; tú los condujiste junto con Moisés a través del desierto. ¿No fuiste tú su salvador? Ellos nos contestan: “No, nosotros fuimos simplemente los instrumentos; fue Él quien los salvó. Dios hizo uso de nosotros, mas toda la gloria sea dada a su nombre, y ninguna al nuestro”. Y vosotros, pueblo de Israel; vosotros erais fuertes y poderosos, ¿no os salvasteis a vosotros mismos? Tal vez fue por vuestra propia santidad por lo que el Mar Rojo se secó; tal vez los líquidos muros estaban asustados ante la piedad de los santos que caminaban entre sus márgenes; tal vez Israel se liberó a sí mismo. No, nada de eso, dice la Palabra de Dios; Él los salvó; ni ellos se salvaron a sí mismos, ni fueron redimidos por sus semejantes. Y fijaos que, a pesar de todo, hay quien discute este punto, creyendo que los hombres se salvan a sí mismos, o que los sacerdotes y predicadores pueden ayudarles a hacerlo. Pero el predicador sólo es el instrumento que, en la mano de Dios, sirve para llamar la atención de los hombres, para asentarlos y despertarlos; por lo demás, no es nada; Dios lo es todo. La elocuencia más poderosa que jamás haya salido de los labios del más sublime predicador, nada es sin el Santo Espíritu de Dios. Ni Pablo, ni Apolos, ni Cefas, son nada: Dios da el crecimiento, y de Él ha de ser toda la gloria. Por doquier encontramos algunos que dicen: “Yo he sido convertido por fulano de tal; soy uno de los convertidos por el Reverendo Doctor zutano o mengano”. Bien, si es así, no puedo daros muchas esperanzas de ir al cielo, porque allí sólo van los que son convertidos por Dios; no los prosélitos del hombre, sino los redimidos del Señor. ¡Oh!, es muy poco convertir a un hombre a nuestra propia opinión, pero es mucho ser el medio de convertirle al Señor nuestro Dios. Hace algún tiempo recibí una carta de un buen hermano ministro bautista de Irlanda, el cual deseaba que yo fuese allá para, como él decía, representar al grupo bautista, porque éste era allí muy escaso, y tal vez así la gente tuviese mejor opinión de nuestra denominación. Le contesté que si era sólo para hacer eso, no me molestaría ni en cruzar la calle, y mucho menos en atravesar el mar de Irlanda. Jamás pensaría ir allí por ese motivo. Si lo hiciera sería como instrumento de Dios para hacer cristianos, y como

medio para traer los hombres a Cristo. La denominación a la que habrían de pertenecer después la dejaría a su elección, confiando al Santo Espíritu de Dios que los dirigiera y guiará hacia la que ellos considerarán más cerca de Su verdad. Hermanos, yo podría, tal vez, haceros a todos bautistas y, sin embargo, no por ello seríais mejores; si yo os convirtiera de esa forma, tal conversión os arrastraría a la mayor deshonra, pues habríais sido convertidos en hipócritas y no en santos. He visto algunas de esas conversiones al por mayor. Han surgido predicadores que han pronunciado sermones atronadores, y han hecho temblar a los hombres. “¡Qué hombre tan maravilloso!”, ha dicho la gente. “En un sermón ha convertido a tantos más cuantos.” Pero buscad a sus conversos dentro de un mes. ¿Qué es de ellos? Veréis a algunos en la taberna, oiréis blasfemar a otros, y hallaréis que muchos siguen siendo bribones y timadores, porque no fueron convertidos de Dios, sino del hombre. Hermanos, si la obra ha de ser realizada de alguna manera, ha de ser hecha por Dios, porque si no es Él quien convierte, nada de lo que se haga durará, ni tendrá provecho para la eternidad.

Empero algunos objetan: “Bueno, pero los hombres se convierten a sí mismos”. Así es, en efecto, y por cierto que es ésta una conversión estupenda. Con mucha frecuencia se convierten por ellos mismos. Pero lo que el hombre hace, el hombre lo deshace. El que un día se convierte a sí mismo, vuelve a su vómito al siguiente. Hace un nudo que puede desatar con sus propios dedos. Recordad esto: Podéis convertirlos por vuestro propio poder tantas veces como queráis, pero “lo que es nacido de la carne, carne es”, y “no puede ver el reino de Dios”. Sólo “lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”, y será por ello congregado al fin en el reino espiritual, donde únicamente lo que es del Espíritu se hallará ante el trono del Altísimo. Esta prerrogativa debemos reservarla totalmente para Dios. Si alguien sostuviera que Él no es el Creador, le llamaríamos incrédulo; pero si negara la doctrina de que Dios es el Hacedor absoluto de todas las cosas, sería objeto de nuestra más firme repulsa, y su incredulidad tendría el sello de la peor especie; porque es más pérfido el que, en vez de destituir a Dios del trono de la creación, le arranca del de la misericordia, y dice a los hombres que pueden convertirse por su opio deseo y poder. Dios es quien lo hace todo. Únicamente *El*, el gran *Jehová* -Padre, Hijo y Espíritu Santo- “salvólos por amor de Su nombre”. De esta forma he procurado exponer claramente la primera verdad sobre el divino y glorioso Salvador.

II. Ahora, y en segundo lugar, trataremos sobre LAS PERSONAS FAVORECIDAS. «Salvólos.» ¿Quiénes son ellos? Responderéis: “La gente más respetable que pudiera encontrarse en el mundo; un pueblo de oración, amante, santo y digno, y por tanto, porque eran buenos, Él los salvó.” Muy bien, esa es vuestra opinión, pero os diré lo que dice Moisés: “Nuestros padres en Egipto no entendieron tus maravillas- no se acordaron de las muchedumbres de tus misericordias, sino que se rebelaron junto a la mar, en el Mar Bermejo. Salvólos empero.” Leed el versículo séptimo, y en él encontraréis reflejado el carácter de aquella gente. En primer lugar eran necios: “Nuestros padres en Egipto no entendieron tus maravillas.” Además eran desagradecidos: “No se acordaron de la muchedumbre de tus misericordias”. Y en tercer lugar eran rebeldes: “Sino que se rebelaron junto a la mar, en el Mar Bermejo”. ¡Ah!, ésta es la gente a la que salva la gracia soberana; éstos son los hombres y mujeres que el Dios de toda merced se place en cobijar en su seno, creándolos de nuevo.

Notad primeramente que eran unos necios. Frecuentemente Dios envía su Evangelio, no al prudente ni al sabio, sino al ignorante:

«Él toma al necio y le hace conocer
Las maravillas de su cruz de amor».

No creáis, amigos míos, que porque seáis iletrados y apenas sepáis leer, que porque os hayáis criado en extrema ignorancia y escasamente podáis escribir vuestros nombres, no podéis ser salvos. La gracia de Dios puede salvaros y después abriros el entendimiento. Un hermano ministro me contaba la historia de un hombre que, en cierto pueblo, era tenido por tonto, y considerado como retrasado mental; nadie pensaba que jamás pudiera entender nada. Pero un día

asistió a la predicación del Evangelio. Hasta entonces había sido un borracho con entendimiento suficiente para ser impío (clase de entendimiento que se da con mucha frecuencia). El Señor se agradó en bendecir su Palabra en aquella alma de tal forma que nuestro hombre cambió por completo; y lo más maravilloso de todo fue que la fe puso en él algo que comenzó a desarrollar sus facultades dormidas. Se dio cuenta de que tenía un motivo para vivir, y empezó a meditar en lo que debía hacer. En primer lugar, deseó poder leer la Biblia para gozarse leyendo el nombre de su Salvador, y después de mucho insistir en sus delectos, pudo leer capítulos enteros. Más adelante se le rogó que orará en un culto de oración; era este un ejercicio de su capacidad vocal. Cinco o seis palabras fueron toda su oración, y se sentó lleno de azoramiento. Pero, orando continuamente entre su familia, llegó a hacerlo como los demás hermanos, y siguió progresando hasta convertirse en predicador, y muy bueno por cierto; tenía una fluidez, una profundidad de entendimiento y un poder mental poco comunes en los ministros que ocupan el púlpito ocasionalmente. Fue singular el hecho de que la gracia contribuyera incluso a desarrollar sus poderes naturales, dándole un objetivo, animándole a vivirlo firme y devotamente, y sacando a la luz todos sus recursos, los cuales se manifestaron en toda su plenitud. ¡Ah!, ignorantes, no tenéis por qué desesperar. Él los salvó, no por los méritos *de ellos*, pues no había nada por lo que pudieran ser salvados. Él los salvó, no por causa de su sabiduría, sino que aun a pesar de ser ignorantes y no entender el significado de sus milagros, “salvólos por amor de Su nombre”.

Observad ahora que los salvó a pesar de que *eran unos desagradecidos*. Dios los rescató incontable número de veces y obró para ellos poderosos milagros; pero continuaban rebelándose. ¡Ah!, igual que vosotros, amados oyentes; también habéis sido rescatados muchas veces del borde del sepulcro; Dios os ha dado casa y comida día tras día, ha cuidado de vosotros y os ha guardado hasta la hora presente; pero ¡qué ingratos habéis sido! Como dijo Isaías: “El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; Israel no conoce, mi pueblo no tiene entendimiento”. Cuántos hay de esta condición que en un año no tendrían tiempo suficiente para contar la historia de los favores que han recibido de Dios, y sin embargo, ¿qué han hecho ellos por Él? No serían capaces de mantener a un caballo que no trabajará, ni a un perro que no los reconociera; pero Dios los ha alimentado cotidianamente, y ellos han pagado con su ingratitud; han hecho mucho contra Él, y nada para Él. Ha puesto el pan en sus mismas bocas, los ha sustentado y conservado sus fuerzas, pero ellos las han empleado en desafiarle, en maldecir Su nombre, y en profanar el día de reposo. A pesar de todo, los salvó. Muchos de esta condición han sido salvados. Confío en que haya aquí también quienes sean salvos por la gracia victoriosa, y hechos nuevos hombres por el poder eficaz del Espíritu de Dios. “Salvólos empero.” Cuando nada hablaba en favor de aquellas criaturas, cuando todo parecía indicar que debían ser desechados por su ingratitud, Él los salvó. Además, *era un pueblo rebelde*: “Se rebelaron junto a la mar, en el Mar Bermejo”. ¡Ah!, cuántos hay en este mundo que se enfrentan a Dios. Y si Él fuera como los hombres, ¿quién de nosotros estaría hoy aquí? Si alguien nos provoca un par de veces, ello es suficiente para irse en seguida a las manos. En algunos hombres su cólera estalla ante la más mínima ofensa; otros, que son un poco más pacientes, aguantan una tras otra, hasta que al final dicen: “Todo tiene un límite; no puedo aguantar más; ¡deténgase o seré yo quien le detenga!” ¡Ah!, ¿dónde estaríamos nosotros si Dios tuviera ese temperamento? Bien podría decir: “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos; porque Yo Jehová no me mudo; y así, vosotros, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos.” Eran unos rebeldes, pero Él los salvó. ¿Te has rebelado tú contra Dios? Ten ánimo, si estás arrepentido, porque Él ha prometido salvarte; y, lo que es más, puede que esta mañana te dé arrepentimiento y remisión de pecados, porque Él salvó a los rebeldes por amor de Su nombre. Oigo decir a alguno de mis oyentes: “Lo que este hombre hace es dar pábulo al pecado con creces”. ¿De veras, amigo? Sí, ya sé; porque me dirijo a los más depravados, y no obstante les digo que pueden ser salvos, ¿verdad? Pero, contésteme por favor; cuando yo hablo a las criaturas más depravadas, ¿me dirijo a usted o no? No, claro, usted es una de las personas más buenas y respetables que existen. Así pues, no es necesario predicar para usted, porque está convencido de que no necesita misericordia. “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos.” Pero esta pobre gente a quien usted dice que yo animo a pecar, necesitan que se les hable. Le dejo, señor, buenos días. Siga con su propio evangelio, pero dudo de que encuentre en el camino del

cielo. Mejor dicho, no lo dudo, sino que sé ciertamente que no lo hallará, a menos que sea traído como un pobre pecador a recibir a Cristo en su Palabra y sea salvado por amor de Su nombre. Así, me despido de usted y continuo mi camino. Pero, ¿por qué decía que yo animo a los hombres al pecado? Yo les aliento a que se conviertan de él. Yo no he dicho que Él salvará a los rebeldes y que luego les permitiera volver a rebelarse; ni tampoco he dicho que salvará a los impíos para permitirles que pequen como hacían antes. Ya conocéis el significado de la palabra “salvo”; lo expliqué la otra mañana. La palabra “salvo” no quiere decir simplemente llevar a los hombres al cielo, sino mucho más que eso; significa salvarlos de su pecado, significa que les es dado un corazón, un espíritu y una vida nuevos; significa que son hechos nuevas criaturas. ¿Hay algo licencioso en decir que Cristo toma a los hombres más perversos para convertirlos en santos? Si lo hay, yo no lo veo. Sólo deseo que tomara a los peores de esta congregación para convertirlos en santos del Dios viviente, y habría entonces mucho menos libertinaje. Pecador, yo te aliento, no en tu pecado, sino en tu arrepentimiento. Pecador, los santos del cielo fueron una vez tan malos como tú has sido. ¿Eres tú un borracho, un blasfemo, un lascivo? “Esto eran algunos; mas ya han sido lavados, ya han sido santificados.” ¿Están negras tus ropas? Pregúntales a ellos si las tuyas lo estuvieron alguna vez. Te contestarán: “Sí, hemos lavado nuestras ropas”. Si no hubiesen estado manchadas no hubieran tenido necesidad de ser lavadas. “Hemos lavado nuestras ropas y las hemos blanqueado en la sangre del Cordero.” Así pues, pecador, si ellos estaban manchados y fueron salvos, ¿por qué no puedes serlo tú también?

¿No son sus dones gratis y preciados?
 Di pues, alma, ¿por qué no para ti?
 Nuestro Jesús murió crucificado;
 Dime, alma mía, ¿por qué no por ti?»

Animaos, penitentes, Dios tendrá misericordia de vosotros. «Salvólos empero por amor de Su nombre.”

III. Llegados al tercer punto, consideraremos LA RAZÓN DE LA SALVACIÓN: “Salvólos empero por amor de Su nombre.” No hay ninguna otra razón para que Dios salve al hombre, aparte del amor de Su nombre; no hay en el pecador nada que le de derecho a ser salvo, o que pueda hacerle estimable ante la misericordia; ha de ser el propio corazón de Dios el que dicte el motivo por el cual los hombres han de ser salvos. Algunos dicen: “Dios me salvará porque soy muy inteligente”. No señor, no lo hará. ¡*Tu talento!* ¡Necio! Tu talento, bobo engreído, nada es comparado al que tenían los ángeles que una vez estuvieron ante el trono de Dios y pecaron, y que fueron arrojados para siempre en el insondable abismo. Si los hombres hubieran de ser salvos por su inteligencia, Satanás ya lo habría sido, porque era mucho su conocimiento. Y por lo que respecta a tu moralidad y bondad, no son más que sucios harapos, y Dios nunca te salvará por lo que tú hagas. Jamás seríamos salvos si Él esperara algo de nosotros; debemos serlo única y exclusivamente por razones que atañen a su persona, y que proceden de su misma esencia. Bendito sea su nombre porque nos salva “por amor de su nombre”. ¿Qué quiere decir esto? Creo que significa que el nombre de Dios es su persona, sus atributos y su naturaleza. Por amor de Su naturaleza, por amor de Sus atributos, Él salvó a los hombres; y tal vez hayamos de añadir esto también: “Mi nombre está en Él”, es decir, en Cristo; Él nos salva por amor de Cristo, que es el nombre de Dios. Y ¿qué significa esto? Creo que quiere decir lo que exponemos a continuación. Él los salvó, en primer lugar, para manifestación de Su naturaleza. Dios era todo amor y quería manifestarlo. Él demostró su amor cuando hizo el sol, la luna y las estrellas, y cuando esparció las flores sobre la verde y sonriente tierra. Manifestó el amor cuando hizo el aire, bálsamo para el cuerpo, y los rayos solares que alegran la vista. Nos calienta en invierno con las ropas y con el combustible que había almacenado en las entrañas de la tierra. Empero quería revelarse más manifestamente. “¿Cómo podré demostrarles que los amó con todo mi infinito corazón? Daré a mi Hijo para que, con Su muerte, salve a los peores, y manifestaré así mi naturaleza.” Así lo ha hecho Dios, patentizando con ello su poder, su justicia, su amor, su fidelidad y su verdad. Dios se

ha manifestado en toda su plenitud en el gran plan de la salvación. Éste ha sido, por decirlo así, el balcón donde Dios se ha asomado para mostrarse a los hombres, el balcón de la salvación. De esta forma se revela Dios, salvando las almas de los hombres.

Además, lo hizo para vindicar Su nombre. Algunos dicen que Dios es cruel, e impiamente le llaman tirano. “¡Ah!”, dice El, “Yo salvaré a los pecadores más perversos y vindicaré mi nombre; borraré el estigma, haré desaparecer la detracción; no podrán llamarme más de esa forma, a menos que sean unos sucios embusteros, porque seré misericordioso en abundancia. Yo quitaré esta mancha y verán que mi excelso nombre es un nombre de amor.” “Haré esto por amor de mi nombre”, continua el Señor, “es decir, para hacer que esta gente ame mi nombre. Sé que si escojo a los mejores y los salvo, amarán mi nombre; pero si elijo a los peores, ¡oh, cuánto me amarán! Si los escojo de entre la basura de la tierra para hacerlos mis hijos, ¡cómo me amarán! Entonces serán fieles a mi nombre, les sonará más melodioso que la música, será para ellos más precioso que el espicanardo para los mercaderes orientales; lo valorarán como al oro, sí, como al oro más fino. El hombre que más ama es aquel a quien más pecados le han sido perdonados: debe mucho y por ello amará mucho.” Ésta es la razón por la que Dios escoge frecuentemente a los peores de entre los hombres para hacerlos suyos. Un antiguo escritor dice: “Todas las entalladuras del cielo fueron hechas de madera nudosa; el templo de Dios, el rey del cielo, es de cedro; pero los cedros estaban llenos de nudos cuando Él los taló”. Escogió a los peores para hacerse un nombre al poner de manifiesto su habilidad y su arte; como está escrito: “Y será a Jehová por nombre, por señal eterna que nunca será raída”. Así, pues, mis queridos oyentes, cualquiera que sea vuestra condición, tengo algo que deciros digno de vuestra consideración, es a saber: que si somos salvos, lo somos por el amor de Dios, por amor de su nombre, y no por nosotros mismos.

Ahora bien, esto sitúa a todos los hombres a un mismo nivel en el plan de la salvación. Imaginaos que para entrar en este parque se os hubiera exigido como requisito el que hubieseis mencionado mi nombre; la regla es que nadie sea admitido por su título o condición, sino solamente por decir cierto nombre. Se acerca un noble, lo pronuncia, y entra; llega un mendigo cubierto de harapos, se sirve del nombre y -como la regla dice que con sólo nombrarlo es suficiente-, al servirse de él, es admitido. De este modo, señora mía, si viene, a pesar de toda su moralidad, deberá pronunciar Su nombre; y vosotros, pobres y sucios habitantes de barracas y buhardillas, si venís y hacéis uso de Su nombre, la puerta se abrirá inmediatamente de par en par porque para ningún otro hay salvación sino para todos aquellos que mencionen el nombre de Cristo. Esto abate el orgullo del moralista, degrada la propia exaltación del farisaico, y nos coloca a todos, como pecadores culpables, en igualdad de condiciones ante Dios para recibir la misericordia de sus manos “por amor de su nombre”, y sólo por esta razón.

IV. Os he entretenido demasiado; termino, pues, con la consideración del IMPEDIMENTO SUPERADO que se encierra en la palabra “empero”. Os hablaré en forma amena, a modo de parábola.

Hubo un tiempo en que Misericordia se sentó en su trono de blanca nieve rodeada por las huestes del amor. Un día fue llevado a su presencia un pecador al que Misericordia se había propuesto salvar. El heraldo tocó la trompeta y, después de tres clarinadas, dijo con voz potente: “¡Oh, cielos, tierra e infiernos, yo os convoco en este día para que vengáis ante el trono de Misericordia a deponer por qué no habría de ser salvo este pecador!” Allí en medio, temblando de miedo, se hallaba el pecador; él sabía que montones de adversarios se aglomerarían en la sala de Misericordia y dirían con ojos llenos de ira: “No debe ser salvo; no escapará; ¡ha de ser condenado!” Sonó la trompeta, y Misericordia se sentó plácidamente en su trono, permaneciendo allí hasta que entró alguien de ígneo semblante; su cabeza estaba rodeada de luz, hablaba con voz de trueno, y sus ojos despedían rayos de fuego. “¿Quién eres tú?”, preguntó Misericordia. “Yo soy Ley, la ley de Dios”, contestó el recién llegado. “¿Y qué es lo que tienes que decir?” “He aquí mis cargos”, habló levantando una tabla de piedra escrita por ambos lados: “estos diez mandamientos han sido quebrantados por este miserable. Mi demanda es sangre; porque está escrito: ‘El alma que pecare, esa morirá’”. Así pues, muera él, o habrá de perecer la justicia.” El desdichado se estremece, sus piernas tiemblan, y su espíritu se agita por la ansiedad y el temor.

Ya le parecía ver el rayo dirigido contra él, y en su imaginación veía el fuego penetrar en su alma; contemplaba cómo se abrían a sus pies las fauces del infierno, y se sintió arrojado allí para siempre. Pero Misericordia sonrió, y dijo: “Voy a responderte, Ley. Este desdichado merece morir, y la justicia exige que sea condenado; pues bien, se acepta la demanda.” ¡Oh, cómo tiembla el pecador! “Pero hay aquí uno que ha venido hoy conmigo, mi Señor y mi Rey; su nombre es Jesús; Él te dirá cómo puede ser satisfecha la deuda, de forma que el pecador quede en libertad.” Habló Jesús entonces, y dijo: “Bien, Misericordia, haré lo que me pides. Tóname Ley, llévame al huerto y hazme sudar gotas de sangre, clávame en un madero, azota mi espalda antes de darme muerte, suspéndeme de la cruz, deja que la sangre brote de mis pies y manos, descuéndeme al sepulcro. Déjame pagar todo lo que debía el pecador; moriré en su lugar”. Y Ley azotó al Salvador y lo clavó en la cruz. Cuando hubo terminado, volvió ante el trono de Misericordia con el semblante resplandeciente por la satisfacción, y Misericordia le dijo: “Ley ¿qué tienes que decir ahora?” “Nada, hermoso ángel”, respondió Ley, “absolutamente nada”. “¿Cómo!, ¿ni uno solo de estos mandamientos está contra él?” “Ni uno. Jesús, el sustituto, los ha guardado todos; Él ha satisfecho la pena por la desobediencia de este pecador, y ahora, en vez de su condenación, solicito, como un deber de justicia, su absolución.” “Quédate aquí”, dice Misericordia, “siéntate en mi trono, y ahora los dos juntos publicaremos otra citación.” Nuevamente suena la trompeta. “¡Venid todos los que tengáis que decir algo contra este pecador que se oponga a su absolución!” Ya se acerca otro -uno que frecuentemente afligía al pecador, uno cuya voz, aunque no tan fuerte como la Ley, era igualmente aguda y espeluznante, una voz cuyos susurros eran cortantes como el filo de una daga-. “¿Quién eres tú?”, pregunta Misericordia. “Yo soy Conciencia; este pecador debe ser castigado, ha quebrantado tanto la ley de Dios que debe ser condenado. Ésa es mi demanda, y no le daré reposo hasta que sea cumplido el castigo; y ni aun después lo dejaré, porque le seguiré hasta el sepulcro y le perseguiré hasta después de la muerte con remordimientos indecibles.” “Escúchame un momento”, dijo Misericordia, y haciendo una pequeña pausa, tomó un manojo de hisopo, y roció con sangre a Conciencia, diciendo: “óyeme, te digo: “La sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado”. ¿Tienes ahora algo que decir?” “Nada”, replicó Conciencia, “absolutamente nada.”

«Su justicia cubierta ya quedó;
Libre es de la condena el pecador.»

De ahora en adelante no le atormentaré más; seré para él una buena conciencia, por la sangre de nuestro Señor Jesucristo.” La trompeta volvió a sonar por tercera vez, y, rugiendo extrañamente, surgió de las cavernas más profundas un negro y horrendo engendro demoníaco con la mirada preñada de odio, y con expresión de infernal majestad. El nuevo personaje es interrogado: “¿Tienes tú algo en contra de este pecador?” “Sí”, responde, “esta criatura ha hecho un pacto con el infierno y una alianza con el abismo; helo aquí firmado de su puño y letra. En una de sus borracheras pidió a Dios que destruyera su alma y juró que nunca volvería a Él. Mirad, ¡aquí está su pacto con el infierno!” “Veámoslo”, dijo Misericordia; y le fue entregado el documento mientras el siniestro espíritu maligno contemplaba al pecador, traspasándole con su oscura mirada. “¡Ah!, pero”, continuó Misericordia, “este hombre no tiene ningún derecho a firmar esta escritura, puesto que nadie puede disponer de las propiedades ajenas. Esta criatura ha sido comprada y pagada de antemano, así pues, no se pertenece; la alianza con la muerte se anula, y el pacto con el infierno se hace pedazos. Márchate, Satanás.” “Nada de eso”, replicó el diablo dando alaridos, “tengo algo más que decir; ese hombre fue siempre mi amigo, nunca dejó de oír mis insinuaciones, se mofó del Evangelio, despreció la majestad del cielo; ¿va a ser él perdonado mientras que yo he de permanecer encerrado en mi cueva infernal, soportando eternamente la pena por mi delito?” “¡Fuera demonio!”, contestó Misericordia. “Estas cosas las hizo en tiempos anteriores a su regeneración, mas esta sola palabra, “empero”, las ha borrado todas. Márchate a tu infierno, y considera esto como otro trallazo contra ti: el pecador será perdonado, pero tú, ¡nunca, diablo traidor!” Al llegar aquí, Misericordia dijo volviéndose sonriente hacia el pecador: “Pecador, ¡la trompeta va a sonar por última vez!” Y así, las notas hieren nuevamente el espacio sin que

nadie responda. Entonces, el pecador se puso en pie, y Misericordias le dijo: “Ahora, tú mismo, pecador, pregunta al cielo, a la tierra y al infierno, si alguno puede condenarte”. Y aquel hombre, irguiéndose, con voz fuerte y osada dijo: “¿Quién acusará a los elegidos de Dios?” Y miró al infierno, y allí estaba Satanás, mordiendo sus ligaduras de hierro; miró a la tierra, y todo en ella era silencio; y en la majestuosidad de la fe, el pecador ascendió al mismo cielo, y dijo “¿Quién acusará a los elegidos de Dios? “¿Dios?”

Y se oyó la respuesta: “No; Él es el que justifica”. “¿Cristo?” Dulcemente se oye como en un susurro: “No; Cristo es el que murió”. Entonces el pecador, volviéndose, exclamó alegremente: “¿Quién me separará del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro?” Y aquel que una vez estuviera condenado, volvió ante el trono de Misericordia y, postrándose a sus pies, afirmó solemnemente que en adelante sería suyo para siempre, si quería guardarle hasta el fin y hacer de él cuanto ella quisiera que fuese. No volvió a sonar la trompeta; los ángeles se regocijaron, y el cielo se alegró porque el pecador era salvo.

De esta forma, según habéis visto, he dramatizado, como se suele decir, la cuestión; mas lo que me importa no es lo que suele decirse, sino atraer la atención de mis oyentes, para lo cual éste es un buen medio, cuando no hay otro. “Empero”; ¡he ahí el impedimento eliminado! Pecador, cualquiera que sea el “empero”, no empañará lo más mínimo el amor del Salvador, ni nunca lo disminuirá, sino que este amor permanecerá para siempre inalterable.

«Acude, corre a Cristo, alma culpable;
Ven a sanar tus múltiples heridas;
La libre gracia abunda, saludable.
En este día glorioso de la Vida.
Ven a Jesús, ¡oh pecador culpable!»

Llora de rodillas tu confesión llena de dolor- mira a Su cruz y contempla al Sustituto; cree y vive. A vosotros, los que sois casi demonios, a los que habéis ido más lejos en el pecado, Jesús os dirá ahora: “Si conocéis vuestra necesidad de Mí, volved a Mí, y Yo tendré misericordia de vosotros; y al Dios nuestro el cual será amplio en perdonar”.

XII. EL LIBRE ALBEDRÍO: UN ESCLAVO

«Y no queréis venir a mí, para que tengáis vida» (Juan 5:40).

Éste es uno de los grandes cánones de los arminianos que, emplazado en lo alto de sus murallas, es frecuentemente disparado con fragor contra los pobres cristianos llamados calvinistas. Trataré de inutilizarlo esta mañana, o, mejor aun, volverlo contra el enemigo; porque nunca fue suyo, nunca fue moldeado en sus fundiciones, sino que fue hecho para enseñar la doctrina diametralmente opuesta a la que ellos sostienen. Normalmente, cuando se trata de exponer este texto, se divide en varias partes. Primera: El hombre tiene voluntad. Segunda: Es completamente libre. Tercera: Puede decidir por sí mismo el ir a Cristo, de otro modo no será salvo. Pero nosotros no vamos a hacer ninguna de tales divisiones, sino que trataremos de considerarlo detenidamente. Y no nos precipitaremos a concluir que enseña la doctrina del libre albedrío, porque en él parezca concurrir la intención del “querer” o el “no hacer”. Ha sido probado ya hasta la saciedad que el libre albedrío es un absurdo. La libertad será un atributo de la voluntad, tanto como la ponderabilidad lo es de la electricidad. Son cosas distintas. Creemos en la libertad de acción del individuo; pero creer en la libertad para determinar lo que debe hacer, es simplemente ridículo. Es bien sabido por todos que la voluntad es dirigida por el entendimiento, movida por los estímulos y guiada por otras partes del alma, de la que es una potencia secundaria. Tanto la filosofía como la religión descartan de consumo la idea del libre albedrío; y yo iré tan lejos como Martín Lutero cuando afirmaba rotundamente: “Si cualquiera atribuye alguna parte de la salvación, aunque fuese la más insignificante, al libre albedrío del hombre, el tal no sabe nada de la gracia, y no ha asimilado a Jesucristo como es debido”. Puede que a algunos este pensamiento les parezca un poco duro; pero aquel que esté firmemente convencido de que el hombre puede volver a Dios por su libre determinación no ha sido enseñado de Él; porque uno de los principios fundamentales que aprendemos cuando Dios viene a nosotros, es que no tenemos ni el querer ni el poder, sino que los recibimos de Él: Dios es el “Alfa y el Omega” en la salvación de los hombres. Nuestros cuatro puntos a considerar esta mañana serán: Primero, *que el hombre está muerto*; porque se dice: “Y no queréis venir a mí, para que tengáis vida”. Segundo, *que hay vida en Cristo Jesús*; “Y no queréis venir a mí, para que tengáis vida”. Tercero, *que hay vida en Cristo Jesús, para todo aquel que venga a buscarle*; “Y no queréis venir a mí, para que tengáis vida”, implicando que todo el que venga la tendrá. Y cuarto -la parte esencial del texto reside aquí- *que ningún hombre, por naturaleza, vendrá jamás a Cristo*; “Y no queréis venir a mí, para que tengáis vida”. Lejos de afirmar que el hombre por su propia voluntad puede hacer tal cosa, lo que hace es negarlo lisa y llanamente al decir: “Y NO QUEREIS venir a mí, para que tengáis vida”. Amados, me dan ganas de gritar a aquellos que creen en el libre albedrío: ¿No sabéis que estáis desafiando la inspiración de las Escrituras? ¿Es que carecéis de sentido todos los que negáis la doctrina de la gracia? Os habéis apartado tanto de Dios que sois capaces de tergiversar esto para probar vuestra doctrina? Porque el texto dice: “Y NO QUEREIS venir a mí para que tengáis vida”.

I. En primer lugar, pues, nuestro texto implica que EL HOMBRE ESTÁ MUERTO POR NATURALEZA. Nadie necesita buscar la vida si la tiene en sí mismo. El versículo se expresa muy claramente cuando dice: “Y no queréis venir a mí, para que tengáis vida”. Y aunque no se diga con palabras, afirma, en efecto, que el hombre necesita otra vida que la que tiene en sí mismo. Todos estamos muertos, queridos oyentes, a menos que hayamos sido regenerados en esperanza viva. Estamos muertos legalmente: “El día que comieres del árbol, morirás”, dijo Dios a Adam. Y aunque Adam no murió en aquel momento de modo físico, murió legalmente; es decir, la muerte estaba guardada para él. Tan pronto como, en el Tribunal Central de lo Criminal, el juez se pone el negro birrete y pronuncia la sentencia, el reo es considerado muerto a la ley. Quizás transcurra un mes antes de que el condenado suba al cadalso a sufrir el rigor de la justicia; pero para la ley ese hombre estaba ya muerto. Es imposible para él hacer cualquier cosa. No puede heredar ni legar, no es nada, es un cadáver. El país le considera como si no viviera, y si hay

elecciones no puede votar, porque esta muerto. Está encerrado en la celda de los condenados, y es un difunto viviente. Y vosotros, impíos pecadores, que nunca habéis tenido vida en Cristo, estáis vivos esta mañana porque la sentencia todavía no se ha cumplido; pero, ¿sabéis que legalmente estáis muertos- que Dios os considera como tales; que el día en que Adam vuestro padre tocó la fruta, y cuando vosotros pecasteis, Dios, el Eterno Juez, se puso el negro birrete y os condenó? Habláis mucho de vuestra reputación, bondad y moralidad, ¿dónde está todo ello? La Escritura dice que ahora "ya sois condenados". No tenéis que esperar al día del juicio para oír la sentencia - entonces será su ejecución-, "ya sois condenados". En el momento en que pecasteis vuestros nombres fueron escritos en el libro negro de la justicia. Todos fuimos sentenciados por Dios a muerte, a menos que encontremos un sustituto de nuestros pecados en la persona de Cristo. ¿Qué diríais si fueseis a la penitenciaría y contemplaseis un reo condenado tranquilo en su celda, cantando y riendo? "Ese hombre está loco", excluiríais; "ha sido condenado y será ejecutado, y ¡cuán contento está!" ¡Qué necio es el hombre que estando sentenciado vive en alegría y regocijo! O ¿acaso crees que la sentencia de Dios no se cumplirá? ¿Crees que tu pecado, escrito para siempre en las rocas con pluma de hierro, no inspira horror? Dios ha dicho que ya estás condenado. Si sólo te dieras cuenta de esto, ello sería suficiente para poner gotas de amargura en tus dulces copas de placer; cesarían tus bailes, y tu risa acabaría en llanto, si te pararas a pensar que ya estás condenado. Todos deberíamos llorar si grabáramos en nuestra alma que por naturaleza no tenemos vida a los ojos de Dios; que estamos positivamente condenados; nos está reservada la muerte y a los ojos de Dios somos considerados como si ya hubiésemos sido arrojados en el infierno. Aquí, el pecado nos ha condenado, y aunque no sufrimos el castigo, la sentencia está escrita contra nosotros. Estamos legalmente muertos, y continuaremos así mientras no encontremos vida ante la ley en la persona de Cristo, de lo cual hablaremos más adelante.

Y además de estar legalmente muertos, estamos también sumidos en la *muerte espiritual*. Porque la sentencia no sólo fue asentada en el libro, sino que pasó también al corazón; penetró en la conciencia, obró en el alma, en el juicio, en la imaginación y en todo el ser. Y el día que comió Adam, empezó a ser ejecutada, no de una forma física, sino por algo que ocurrió en él. Del mismo modo que, cuando llegue la hora en que este cuerpo muera, la sangre se detendrá, el pulso cesará de latir, y los pulmones se inmovilizarán, así también ocurrió en el alma de Adam el día de su caída. Su imaginación perdió la poderosa virtud de elevarse a lo divino y contemplar el cielo; su voluntad perdió la capacidad de elegir siempre lo bueno; su juicio perdió toda facultad para discernir infalible y decididamente entre lo justo y lo injusto, aunque algún vestigio quedara en su conciencia; su memoria quedó viciada, sujeta a retener el mal y olvidar el bien; todo su poder, todas sus facultades, perdieron su vitalidad moral. La bondad, que era el vigor de sus facultades, se fue. La virtud, la santidad, la integridad, que regían la vida del hombre, se perdieron, y él, perdiendo todo esto, murió. Así pues, en lo que respecta a la vida espiritual, "estamos muertos en delitos y pecados". No está menos muerta el alma en el hombre carnal, que el cuerpo cuando es bajado a la tumba. Está ya positiva y ciertamente muerta; no de modo metafórico, pues Pablo no usa metáfora cuando dice: "Vosotros, que *estabais muertos* en vuestros delitos y pecados". Me gustaría, queridos oyentes, poder hablar a vuestros corazones sobre este particular. Ha sido algo desagradable el recordar la sentencia de muerte que pesa sobre nosotros; pero ahora la consideraremos como algo que ha tenido lugar de modo real en nuestros corazones. No sois lo que fuisteis un día; no sois lo que fuisteis en Adam; no sois lo que erais cuando fuisteis creados. El hombre fue hecho puro y santo. No sois esas perfectas personas de las que algunos alardean; todos habéis caído, todos os habéis extraviado, todos os habéis corrompido y ensuciado. ¡Oh!, no oigáis los cantos de sirena de aquellos que os hablan de vuestra dignidad moral y de vuestra elevada capacidad para alcanzar la salvación. No sois perfectos. "Ruina" es la terrible palabra que está escrita en vuestros corazones; sellada esta la muerte en vuestro espíritu. No te engañes, hombre moral, pensando que podrás alzarte delante de Dios con tu moralidad, porque no eres más que un cadáver embalsamado con tu legalismo, un muerto vestido con finas ropas, pero corrompido a los ojos de Dios. Y no creas tú, que tienes una religión natural, que por tu poder y virtud te harás acepto a Dios. ¡Estás muerto!, y por mucho que adornes a un muerto no pasará de ser una solemne burla. Contempla a Cleopatra: ceñida la corona en sus sienes, vestida con su

manto real, expuesta en la cámara mortuoria. ¡Qué escalofríos estremecen tu cuerpo cuando pasas por su lado! Todavía es atractiva aun en la muerte; pero ¡cuán horrible es permanecer junto a un cadáver, aunque éste sea el de una reina celebrada por su majestuosa belleza! Así, también tú puedes ser glorioso en tu belleza; atractivo, amable, simpático; puedes ceñirte la corona de la honradez y ataviarte con todos los mantos de la rectitud; pero a menos que Dios te haya dado vida, ¡oh, hombre!, a menos que el Espíritu Santo haya obrado en tu alma, serás tan detestable para Dios como el frío cadáver lo es para ti. A ti no te gustaría sentar un muerto a tu mesa... ni a Dios tenerte delante de sus ojos. Él está airado contigo porque estás en pecado -estás muerto legal y espiritualmente.

La tercera clase de muerte es la consumación de las otras dos: *la muerte eterna*. Es la ejecución de la sentencia de la ley; la consumación de la muerte espiritual. La muerte eterna es la muerte del alma, que tiene lugar cuando el cuerpo ha sido puesto en el sepulcro, después que el alma ha salido de él. Si la muerte legal es terrible, es por sus consecuencias; y *si* la muerte espiritual es horrible, es por lo que viene después. Las dos muertes primeras son, podríamos decir, las raíces, y la muerte eterna es la flor. ¡Ojalá tuviera palabras para describir lo que es la muerte eterna! El alma se presenta delante de su Hacedor; el libro ha sido abierto; la sentencia pronunciada; el “apártate maldito” estremece el universo, y los mundos se oscurecen por el enojo del Creador; el alma ha sido arrojada a los profundos infiernos, donde será su morada con otros muchos en muerte eterna. ¡Cuán horrible es su situación! Su lecho es lecho de llamas; lo que sus ojos contemplan es tan cruel que aterra a su espíritu; sus oídos sólo oyen gritos, quejidos, lamentos y ayes de dolor, y su cuerpo sólo siente la pena de su castigo, dolores indecibles y su miseria total. El alma mira hacia arriba, pero no hay esperanza -se fue-; baja la vista con temor y temblor llena de remordimiento. Mira a la derecha, e impenetrables muros de muerte la encierran en sus límites de tortura. Mira a la izquierda, y llameantes cortinas de fuego le impiden subir por la escala, ahogando toda esperanza de escape. Busca en sí misma consuelo, pero un gusano implacable la corroe. Mira a su alrededor, pero no hay amigos que le ayuden, sino sólo atormentadores por doquier. No hay esperanza de libertad, ella lo sabe; ha oído la llave perpetua del destino girar en su horrible cerradura, y ha visto a Dios cogerla y arrojarla en lo profundo de la eternidad, para que nunca más pueda ser encontrada. No hay esperanza, no hay escape, no hay libertad. Llama a la muerte, pero es su gran enemiga y no ira a ayudarla. Clama por sumirse en la inexistencia, pues peor es esta muerte eterna que la aniquilación. Anhela la exterminación como el jornalero el día de descanso. Suspira por ser diluida en la nada, como el galeote por la libertad, pero nada de esto llega: está muerta para toda la eternidad. Cuando hayan pasado millones y millones de infinitos periodos de lo eterno, todavía seguirá muerta. El “para siempre” no tiene fin; la eternidad sólo será sustituida por la eternidad, y el alma podrá leer por toda ella escrito sobre su cabeza: “Condenada para siempre”. Oirá lamentos que nunca se acabarán; vera llamas que serán inextinguibles; sabrá de dolores imposibles de mitigar, y escuchará una sentencia que retumbará, no como los truenos de la tierra que pronto se desvanecen, sino siempre en aumento, sacudiendo los ecos de la eternidad, haciéndola estremecer por miles de años con el horrible estruendo de su espantoso sonido: “¡Apártate, ¡apártate!, ¡apártate maldito!” Esta es la muerte eterna.

II. Consideraremos en segundo lugar que EN CRISTO JESÚS HAY VIDA, porque Él dice: “Y no queréis venir a mí, para que *tengáis vida*”. En la Santa Trinidad no hay vida para el pecador en el Padre ni en el Espíritu Santo, sino sólo en Jesús. La vida para el pecador está en Cristo. Aunque fueseis al Padre no la hallaríais; a pesar de que ama a sus elegidos y ha decretado que vivirán, la vida solamente está en el Hijo. Lo mismo sucedería si fueseis al Espíritu Santo, aunque Él es quien nos da la vida espiritual, porque esta vida es en Cristo: la vida está en el Hijo. No nos atreveríamos, ni podríamos recurrir en primer lugar al Padre ni al Espíritu Santo en busca de vida espiritual. Lo primero que se nos hace hacer cuando Dios nos saca de Egipto, es comer la Pascua. El primer medio por el cual recibimos vida es comiendo la carne y la sangre del Hijo de Dios; viviendo en Él, confiando en Él, creyendo en su gracia y poder. El punto que estamos tratando es que hay vida en Cristo, y os mostraremos cómo hay tres clases de vida en Él, del mismo modo que existen tres clases de muerte.

Hay *vida legal* en Cristo. Así como cada hombre por naturaleza, considerado en Adam, recibió sentencia de condenación en el momento del pecado de éste, y más especialmente en el momento de sus propias transgresiones, así a mí, si soy creyente, y a vosotros, si confiáis en Cristo, nos es concedida sentencia absolutorio por lo que Él ha hecho. ¡Oh!, condenado pecador: esta mañana estás tan condenado como los presos en Newgate; pero antes de que acabe el día puedes ser tan libre como los ángeles del cielo. Hay vida legal en Cristo y, ¡bendito sea Dios!, muchos de nosotros la gozamos. Sabemos que nuestros pecados han sido perdonados, porque Él pagó el castigo por ellos. Sabemos que nunca seremos castigados, porque Cristo sufrió en nuestro lugar. La Pascua ha sido sacrificada por nosotros; el dintel y los postes de la puerta han sido untados y el ángel exterminador jamás nos tocará. Para nosotros no hay infierno, aunque arda con terrible llama. Tofet ya ha tiempo que está preparada, y con mucha leña y mucho humo; pero nosotros nunca iremos allí. Cristo murió por nosotros, en nuestro lugar. ¿Qué si allá hay instrumentos de tortura? ¿Qué si hay una sentencia que produce los más horribles ecos de atronador sonido? Porque ¡ni los tormentos, ni las mazmorras, ni los truenos son para nosotros! Hemos sido liberados en Cristo Jesús. “AHORA, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, mas conforme al espíritu.”

¡Pecador!, ¿estás legalmente condenado esta mañana? ¿Te das cuenta de que así es? Entonces déjame decirte que la fe en Cristo te dará el conocimiento de la absolución de la ley. Amados, no es fantasía el que estemos condenados por nuestros pecados, es una realidad; como tampoco lo es el que hayamos sido absueltos: ello es otra realidad. Si un hombre a punto de ser colgado recibe pleno perdón, lo sentirá como una maravillosa realidad, y dirá. “He recibido un perdón total y nadie me podrá tocar ahora”. Éste es mi sentir.

«Absuelto de pecado, camino libremente
Teniendo en mi descargo la Santa Redención;
Y ante Jesús amado, postrado humildemente,
Salvado por su gracia, le rindo adoración.»

Hermanos, hemos alcanzado vida legal en Cristo de tal manera que no podemos perderla. La sentencia fue dictada contra nosotros una vez, pero ya no tiene vigor. Esta escrito: “AHORA, PUES, NINGUNA CONDENACIÓN HAY”, y este “*ahora*” vale para mí en estos momentos tanto como dentro de cincuenta años. En tanto cuanto dure nuestra vida, estará escrito: “*Ahora*, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”.

En segundo lugar, hay *vida espiritual* en Cristo Jesús. Si el hombre está muerto espiritualmente, Dios tiene vida espiritual para él; porque no hay necesidad que no pueda ser remediada por Jesús; no hay vacío en el corazón que Cristo no pueda llenar; no hay soledad que Él no pueda poblar, ni desierto que no pueda hacer florecer como una rosa. ¡Oh, vosotros!, pecadores muertos, muertos espiritualmente; hay vida en Cristo Jesús, porque nosotros hemos palpado -¡sí!, estos ojos lo han visto- que los muertos vuelven a la vida. Hemos conocido hombres de alma completamente corrompida que, por el poder de Dios, han corrido en pos de la santidad. Hemos conocido hombres de mente lujurioso, de bajos instintos, de fuertes pasiones, que, de repente, por el poder irresistible de lo alto, se han consagrado a Cristo, y han sido hechos hijos de Jesús. Sabemos que hay vida en Cristo Jesús, vida espiritual; vida que hemos experimentado en nuestras propias personas. No podemos dejar de recordar cuando estábamos sentados en la casa de oración, tan muertos como los mismos asientos que nos soportaban. Habíamos oído el Evangelio por mucho tiempo sin ningún efecto, cuando, de pronto, como si nuestros oídos hubiesen sido abiertos por los dedos de un poderoso ángel, una voz entró en nuestros corazones. Creíamos oír a Jesús decir: “El que tenga oídos para oír, oiga”. Una poderosa e irresistible mano estrujó todo nuestro ser hasta hacernos brotar una oración. Nunca oramos como hasta aquel día. Clamamos: “¡Oh Dios!, ten misericordia de mí, pecador”. Durante meses sentimos una mano que nos apretaba como si hubiésemos sido atrapados en el vicio; y nuestras almas sangraron gotas de aflicción. Aquella miseria era el signo de una nueva vida. Las personas, cuando estamos en tribulación y quebranto, no sentimos el dolor y la pena tanto como cuando todo ha pasado y hemos sido restaurados. ¡Oh!,

cómo recordamos aquellos dolores, aquellos gemidos, aquella vida de lucha cuando nuestra alma fue a Cristo. Cómo recordamos el don de nuestra vida espiritual, tanto como alguien pudiera recordar el día en que fuera librado de la tumba. Nos imaginamos a Lázaro recordando su resurrección, aunque no todas las circunstancias de la misma. Así nosotros, aunque hemos olvidado mucho, recordamos el día de nuestra entrega a Cristo. Os podemos decir a todos los pecadores, por muy muertos que estéis, que hay vida en Cristo Jesús, aunque estuvierais podridos y corruptos en la tumba. Aquel que levantó a Lázaro nos levantó también a nosotros, y todavía puede decir, aun a vosotros: “¡Lázaro!, ven fuera”.

En tercer lugar, hay *vida eterna* en Cristo Jesús. Si la muerte eterna es terrible, la vida eterna es bendita; porque Él dijo: “Allí donde Yo esté, estará mi pueblo”. “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde Yo estoy, ellos estén también conmigo, para que vean mi gloria que me has dado.” “Yo les doy vida eterna; y no perecerán para siempre.” Así que el arminiano que predicare sobre este texto, debiera comprar un par de labios de repuesto de goma de la India; porque estoy seguro que los necesitaría para poder abrir su boca hasta desencajarla por el asombro; nunca podrá decir toda la verdad, sino tratando de hacerlo de una forma enrevesada y misteriosa. Vida eterna; no vida que se pueda perder, sino vida eterna. Yo perdí la vida en Adam y la recobré en Cristo; si me perdí a mí mismo para siempre, me he encontrado a mí mismo para siempre en Cristo. ¡Vida eterna! Oh, bendito pensamiento! Nuestros ojos brillan de gozo y nuestras almas arden en éxtasis al pensar que tenemos vida eterna. ¡Apagaos, estrellas!, dejad que Dios ponga su dedo sobre vosotras, que mi alma vivirá en bienaventuranza y paz. ¡Oscurece tus ojos, oh sol!, que los míos “verán al Rey en su hermosura” cuando los tuyos nunca más hagan reír a la verde tierra. ¡Y tú, luna, conviértete en sangre!, que la mía nunca dejará de ser; este espíritu vivirá todavía cuando tú hayas dejado de existir. ¡Y tú, poderoso mundo!, húndete en un segundo, como desaparece la espuma de la cresta de las olas, que yo tendré vida eterna. ¡Oh, tiempo!, contempla las gigantes montañas morir y esconderse en sus tumbas; ve las estrellas como higos maduros caer del árbol; pero nunca, nunca jamás, verás morir mi espíritu.

III. Y ello nos lleva a nuestro tercer punto: LA VIDA ETERNA ES DADA A TODO AQUEL QUE VENGA A BUSCARLA. No ha habido nunca nadie que viniendo a Cristo por vida eterna, vida legal, vida espiritual, no la haya recibido, en algún sentido, y no le haya sido manifiesto el tenerla tan pronto como vino. Veamos uno o dos textos: “Por lo cual puede también salvar eternamente a los que por Él *se allegan* a Dios”. Todo el que se allegue a Cristo encontrará que es poderoso para salvarlo -no para salvarlo un poco, no para liberarlo un poco del pecado, no para guardarlo un poco del juicio, no para sostenerlo durante un poco y después arrojarlo- sino para salvarlo de su pecado hasta lo sumo, para guardarlo a lo largo de todo el juicio, en lo más profundo de sus aflicciones, durante toda su existencia. Cristo dice a todos los que a Él vienen: “Ven, pobre pecador, no necesitas preguntar si tengo poder para salvarte. Yo no te preguntaré cuán hondo hayas caído en el pecado. Puedo salvarte hasta lo sumo”. Y no hay nadie en la tierra que pueda ir más allá de “lo sumo” de Dios.

Ahora otro texto: “El que a mí viene (notad que las promesas están casi siempre dirigidas a aquellos que vienen) no lo echo fuera”. Todo el que venga encontrará abierta la puerta de la casa de Cristo -y la de su corazón también-. Todo aquel que venga -y lo digo en el más amplio sentido- sabrá que Cristo tiene misericordia de él. Lo más absurdo del mundo es el querer tener un evangelio más amplio que el que tenemos en la Escritura. Cuando predico que todo aquel que crea será salvo -que todo el que venga encontrará misericordia- hay algunos que me preguntan: “Pero supongamos que fuese a Cristo uno que no hubiera sido elegido, ¿sería salvo?” Los que así hablan lo hacen sin sentido, y yo no puedo responder a un absurdo. Si un hombre no es elegido, jamás vendrá; y si viene, es la prueba más segura de su elección. Otros dicen: “Supongamos que alguien fuera a Cristo sin ser llamado por el Espíritu”. Un momento, hermano mío; esa suposición no puedes hacerla porque tal cosa no puede ocurrir, y cuando así hablas lo haces únicamente con la idea de confundirme- pero no lo lograrás aún. Yo digo que todo el que venga a Cristo será salvo. Y puedo decirlo como calvinista o hipercalvinista, tan claramente como tú. Mi evangelio no es más limitado que el tuyo; sólo que el mío está fundado en sólidos cimientos, mientras el

tuyo está edificado sobre la arena y la podredumbre. “Todo aquel que venga será salvo; porque ninguno puede venir a mí si el Padre no le trajere.” “Pero”, dice otro, “supongamos que todo el mundo quisiera venir, le recibiría Cristo?” Ciertamente, si todos vinieran; pero no quieren venir. Es, todo aquel que venga; aunque fueran tan malos como Satanás, Cristo los recibiría; si sus pecados e inmundicias corrieran por su corazón como una cloaca común a todo el mundo, Cristo no los rechazaría. Hay también quien dice: “Quisiera saber algo sobre el resto de la gente. ¿Puedo ir y decirles: Jesucristo murió por vosotros? ¿Puedo decirles que hay virtud y vida eterna para todos?” No, no puedes. Debes anunciarles que hay vida para todo aquel que venga; porque si declararas que hay vida para uno de aquellos que no creen, estás pronunciando una peligrosa mentira. Si les dices que Jesús pagó el pecado de todos, y que, sin embargo, ellos se perderán, estás engañándoles con una vil falsedad. Creer que Dios castigó a Cristo y además a ellos... ¡me maravilla que tengas la imprudencia de decir tal cosa! Hubo una vez alguien que predicaba que había arpas y coronas en el cielo para todos sus oyentes; y a continuación concluía: “Mis queridos amigos, hay muchos para quienes estas cosas están preparadas que nunca irán allá”. En verdad inventó la historia más lamentable que podía habersele ocurrido; pero os diré por quien debía haberse lamentado: debía haber llorado por todos los ángeles del cielo y por todos los santos; porque eso sería corromper completamente el cielo. Sabéis, cuando os reunís la familia en Navidad, que si vuestro hermano partió y su silla está vacía, decís: “Siempre nos hemos gozado en estos días; pero hay algo ahora que empaña nuestro gozo: ¡pobre David!, ya está muerto y enterrado”. Imaginaos a los ángeles diciendo: ¡Ah, éste es un cielo maravilloso- pero no nos gusta ver todas estas coronas cubiertas por el polvo y las telarañas; no podemos resistir el ver estas calles desiertas; no podemos contemplar esos tronos vacíos”. Y las pobres almas se dirían unas a otras: “Ninguna está segura aquí; porque la promesa fue: “Yo doy vida eterna a mis ovejas”; y hay muchas de ellas en el infierno a las cuales Dios dio vida eterna; hay muchas, por las que Cristo derramó su sangre, ardiendo en el abismo, y si estas han ido a parar allá, nosotros también podemos ir. Si no podemos creer una promesa, tampoco podemos confiar en la otra”. De esta manera, el cielo perdería sus cimientos y caería. ¡Fuera con vuestro desatinado evangelio! Dios nos ha dado el suyo firme y seguro, construido sobre un pacto sellado y bien ordenado, sobre propósitos eternos y seguro cumplimiento.

IV. Consideraremos ahora el cuarto punto: QUE NINGÚN HOMBRE POR NATURALEZA VENDRÁ JAMÁS A CRISTO; porque el texto dice: “Y no queréis venir a mí, para que tengáis vida”. Puedo afirmar, con la autoridad que me concede la Escritura, que no vendréis a Cristo para que tengáis vida. Estad ciertos que aunque os predicara eternamente y me apropiara de la elocuencia de Demóstenes y Cicerón, no vendríais a Cristo. Podría rogaros de rodillas, con lágrimas en los ojos, y mostraros los horrores del infierno y los goces del cielo, la suficiencia de Cristo y vuestra propia perdida condición, pero ninguno vendríais a Él por vosotros mismos, a menos que el Espíritu, que está en Jesús, os trajere. Es verdad universal que los hombres, por su condición natural, no vendrán a Cristo. Pero oigamos ahora otra pregunta de alguno de esos charlatanes: “Y, ¿no podrían venir si quisieran?” Amigo mío, te responderé otro día. No es éste el asunto que nos ocupa esta mañana. Estoy hablando sobre si quieren, no sobre *si pueden*. Notaréis, siempre que tratéis sobre el libre albedrío, que el pobre arminiano, en un segundo, se pone a hablar de poder, y mezcla dos conceptos que deberían estar completamente separados. Nosotros, si nos lo permitís, tomaremos solamente uno de ellos; declinamos tratar los dos a la vez. Otro día predicaremos sobre el texto que dice: “Ninguno *puede* venir a mí si el Padre no le trajere”. Pero ahora estamos ocupados con la voluntad; y es una realidad que los hombres no quieren venir a Cristo para tener vida. Podríamos probarlo con muchos textos de la Escritura; pero tomaremos una parábola solamente. Recordaréis aquella en que cierto rey hizo fiesta para su hijo, e invitó a gran número. Toros y animales engordados habían sido muertos y los mensajeros fueron enviados a llamar a muchos a la cena. ¿Fueron a la fiesta? No, Sino que todos ellos, como si se hubieran puesto de acuerdo, a una comenzaron a excusarse. Uno dijo que acababa de casarse y que por tanto no podía ir, cuando, en realidad, podía haber llevado a su esposa con él. Otro había comprado cinco yuntas de bueyes y tenía que probarlas, a pesar de que la fiesta era por la

noche y no podría hacerlo en la oscuridad. El otro había comprado una hacienda y quería ir a verla, aunque yo no creo que fuera con un farol. Así, todos se excusaron y ninguno fue. Pero el rey había determinado que la fiesta tuviera lugar, y dijo a su criado: “Ve por los caminos y por los vallados, y -¿invítalos?, ¡ajo!, no dice *invítalos*- fuérzalos a entrar”; porque ni aun los mendigos en los vallados habrían venido si no hubieran sido forzados. Consideremos otra parábola: Hubo un hombre que tenía una viña, y cuando fue el tiempo, envió a uno de sus siervos para que recibiese sus frutos. Y, ¿qué hicieron con él? Lo golpearon. Envío a otro, y lo apedrearon. Envío a otro y lo mataron. Hasta que al final dijo: “Enviaré a mi hijo amado; lo respetaran”. Pero, ¿qué ocurrió? Dijeron Éste es el heredero; venid, matémoslo, para que la heredad sea nuestra”. Y así lo hicieron. Lo mismo hace el hombre por naturaleza. El Hijo de Dios vino y los hombres lo rechazaron. “Y no queréis venir a mí, para que tengáis vida.” Nos llevaría mucho tiempo el mencionar todas las pruebas de la Escritura; pero quisiera que paráramos mentes en la gran doctrina de la caída humana. Todo aquel que crea que la voluntad del hombre es enteramente libre, y que ella es la que determina su salvación, no cree en la caída del hombre. Como os he dicho varias veces, pocos predicadores de religión creen totalmente en la doctrina de la caída humana, y a lo más, piensan que cuando Adam cayó solo se partió el dedo meñique; pero no que se mató, arruinando toda la raza con su muerte. Amados, la caída destruyó al hombre por completo; no quedó nada de él entero. Todo fue hecho añicos, deshecho y deshonorado. Como si en un grandioso templo quedara alguna columna sin destruir, algún capitel, alguna pilastra, pero todos ellos rotos, aunque algunos retuvieran mucho de su forma y posición. La conciencia retiene mucho de su antigua ternura, pero ha caído. La voluntad tampoco queda exenta. Y aunque es el “Alcalde de Alma-humana”, como Bunyan la llama, el Alcalde se ha descarriado. “El señor Obstinado” siempre hace lo malo. Vuestra naturaleza toda ha quedado inservible; vuestra voluntad, entre otras cosas, se ha apartado totalmente de Dios. Pero la prueba más incontrovertible es que nunca encontraréis un verdadero cristiano que diga haber ido a Cristo sin que Cristo haya ido antes a él. Me atrevería a decir que habréis oído muchos sermones arminianos, pero jamás una oración arminiana; porque los santos, cuando oran, son una misma cosa en pensamiento, palabra y obra. Un arminiano hincado de rodillas orará tan desesperadamente como un calvinista. No puede orar sobre el libre albedrío: no hay lugar para él en sus plegarias. Imagináosle: *“Señor, te doy gracias porque yo no soy como esos presuntuosos calvinistas. Señor yo nací con un glorioso libre albedrío y con poder para, por mí mismo, volver a Ti. Yo he aprovechado mi gracia. Si todos hicieran con la suya lo que yo con la mía, podrían ser salvos. Señor, yo sé que Tú no puedes doblegar nuestra voluntad si nosotros no queremos. Tú has dado la gracia a todos; algunos no la aprovechan, pero yo sí. Hay muchos que se condenan aunque hayan sido comprados con la sangre de Cristo, como yo lo fui; a ellos les fue dado el Espíritu Santo también, la misma oportunidad y bendición que a mí. No fue tu gracia la que hizo la diferencia; yo sé que sirvió de mucho, pero yo encontré” el modo de hacerla útil; usé de lo que se me dio, y otros no lo hicieron: ésta es la diferencia entre ellos y yo*”. Ésta es una oración demoníaca, porque nadie más que Satanás podría orar así. ¡Ah!, cuando predicán y hablan cuidadosamente, puede que anuncien erróneas doctrinas; pero cuando oran, la verdad brota de sus labios, no pueden remediarlo. Si alguien habla despacio puede hacerlo de una minera estudiada; pero cuando lo hace deprisa, no puede evitar que salga a sus labios el acento de la tierra donde ha nacido. De nuevo os pregunto: ¿Habéis encontrado alguna vez un cristiano que diga: “Yo he venido a Cristo sin la ayuda del poder del Espíritu Santo?” Si así ha sido, no dudéis en decirle: “Mi querido amigo, lo creo completamente, como también creo que te alejaste de nuevo sin el poder del Espíritu Santo, y que no sabes nada del mismo, y en hiel de amargura y en prisión de maldad estás”. ¿Oiré quizás a un cristiano decir: “Yo busqué a Cristo antes de que Él me buscara a mí; yo fui al Espíritu y no el Espíritu a mí”? No, amados, tenemos todos que ponernos la mano sobre el corazón, y decir:

«La gracia enseñó a mi alma a orar
E hizo a mis ojos anegarse en llanto;
Me ha guardado hasta hoy bajo su manto,

Y nunca ya me dejará marchar».

¿Hay aquí uno -uno sólo- hombre, mujer, joven o viejo, que pueda decir: “Yo busqué a Dios antes de que Él me buscara a mí?” No; y aun tú, que eres arminiano, cantarás:

«¡Oh, sí!, a mi Jesús yo quiero,
Porque Él a mí me amó primero».

Ahora una pregunta más. ¿No notamos que nuestra alma no es libre, aun después de haber ido a Cristo, sino que es guardada por Él? ¿No hay veces, aun ahora, cuando el querer no esta en nosotros? Hay una ley en nuestros miembros que se rebela contra la ley de nuestra mente. Y si los que están espiritualmente vivos sienten que su voluntad es contraria a Dios, ¿qué diremos de aquellos que están “muertos en delito y pecados?” Sería un absurdo increíble poner a ambos al mismo nivel. Pero más absurdo sería poner al que está muerto antes del que está vivo. El texto es cierto y la experiencia lo ha grabado indeleblemente en nuestros corazones: “Y no queréis venir a mí, para que tengáis vida”.

Ahora debemos deciros las razones por las que el hombre no quiere venir a Cristo. La primera es que, por naturaleza, cree que no lo necesita. El hombre natural piensa que no tiene necesidad de Cristo, que su misma justicia es suficiente para cubrirle, que está bien vestido, que no está desnudo, y que no necesita que la sangre de Jesús lo lave. No le hace falta la gracia que lo purifique porque, ni está manchado, ni sus pecados son rojos como el carmesí. Ningún hombre conocerá su pobreza hasta que Dios se la muestre; y nunca buscará el perdón hasta que el Espíritu Santo le haga ver la necesidad que tiene de él. Yo podría estar predicando a Cristo por toda la eternidad; pero a menos que sintáis que lo necesitáis, nunca vendréis a Él. La farmacia puede estar llena de las mejores medicinas; pero nadie las comprará si antes no se siente enfermo.

Otra razón es porque a los hombres no les gusta la forma en que Cristo salva. Uno dice: “No me agrada porque me hace santo, y no podré emborracharme ni blasfemar si soy salvo.”

Otro comenta: “Me exige que sea recto y puritano, y yo quisiera un poco más de libertad”. A otro no le gusta porque es humillante; la “puerta del cielo” no es lo suficientemente alta como para entrar erguido, y a él no le gusta tener que encorvarse. Ésta es la principal razón de que no queráis venir a Cristo: porque no podéis acercarnos a El con la cabeza orgullosamente alzada; porque os hace inclinaros al ir a Él. A otro no le gusta tampoco porque todo es de gracia, desde el principio hasta el final, y dice: “Si yo pudiera tener aunque sólo fuera un poco de honor...” Pero oye que todo ha de ser de Cristo, que todo ha de ser por Cristo, o que no será nada, y decide: “No iré”; vuelve sobre sus pasos y se aleja por sus propios caminos. ¡Ay de vosotros!, orgullosos pecadores que *no queréis* venir a Cristo. ¡Ay de vosotros!, ignorantes pecadores que *no queréis* venir, porque no sabéis nada de El. Y ésta es la tercera razón.

Los hombres desconocen la excelencia de Cristo, porque si la conocieran vendrían a Él. ¿Por qué no fue ningún marino a América antes que Colón? Porque no creían que existiera. Pero Colón tuvo fe, y fue. Aquel que tiene fe en Cristo va a Él. Pero vosotros no conocéis a Jesús. Muchos nunca habéis visto cuán bella es su faz, cuán aplicable su sangre para los pecadores, cuán maravillosa su expiación, y cuán suficientes sus méritos; y por eso “no queréis venir a Él”.

¡Oh!, queridos oyentes, oíd mi último y solemne pensamiento. He predicado que no vendréis, y alguno dirá: “Es el pecado el que no nos deja ir”. ASÍ ES. Pero no por eso vuestra voluntad deja de ser responsable y pecaminosa. Hay quienes creen que, cuando predicamos esta doctrina, ponemos “colchones de plumas” a la conciencia para que descanse; pero no es así. No consideramos esta imposibilidad como parte de la naturaleza original del hombre, sino como parte de su ser *caído*. Es el pecado el que os lleva a esta condición de no querer venir. Si no hubieseis caído, os entregaríais a Cristo la primera vez que se os predicara; pero no venís a causa de vuestros delitos y pecados. La gente se excusa a sí misma amparándose en su corazón corrompido; pero ésta es la excusa más fútil del mundo. No se justifican los robos y pillajes por un corazón malo. Imaginaos un ladrón que dijera al juez: “No pude evitarlo; tengo un corazón

perdido”. ¿Qué le contestaría? “¡Eres un canalla! Si tu *corazón* es malo, más dura será mi sentencia; porque eres verdaderamente un villano. Tu excusa es necia”. Así también, el Todopoderoso, de los que así hablen, “se reirá de ellos y pondrálos por escarnio”. No predicamos esta doctrina para que os sirva de excusa, sino para humillaros. El tener una naturaleza corrompida es mi delito y mi terrible calamidad. Es un pecado que siempre pesará sobre los hombres. No quieren venir a Cristo, porque el pecado los mantiene lejos. Me temo que el que no predique esto, no es fiel a Dios y a su conciencia. Marchad a casa con este pensamiento: “Soy por naturaleza tan perverso, que no quiero ir a Cristo, y esa impía perversidad de mi ser es mi pecado. Merezco ser arrojado al infierno”. Y si este pensamiento, en manos del Espíritu Santo, no os humilla, nadie más podrá hacerlo. Esta mañana no hemos ensalzado a la naturaleza humana, sino que la hemos derribado y abatido. Dios nos humille a todos. Amén.

XII. LA INCAPACIDAD HUMANA

“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Juan 6:44).

“Venir a Cristo” es una frase muy común en la Sagrada Escritura, y se usa para expresar aquellas acciones del alma por las que, abandonando totalmente nuestra propia justicia y pecados, corremos hacia el Señor Jesucristo para recibir su justicia, como nuestra cubierta, y su sangre como nuestra expiación. El venir a Cristo, pues, entraña el arrepentimiento, la negación de uno mismo y la fe en Él; y compendia todas aquellas cosas que son el necesario acompañamiento de estas extraordinarias condiciones del corazón, tales como la creencia en la verdad, la diligencia en la oración a Dios, la sumisión del alma a los preceptos de su Evangelio, y todo aquello que concurre en la salvación del pecador. Aquel que no venga a Cristo, haga lo que haga y crea lo que crea, está aún en “hiel de amargura y en prisión de maldad”. El venir a Cristo es el primer efecto de la regeneración. Tan pronto como el alma es vivificada descubre su condición perdida, se horroriza ante su estado, busca refugio, y creyendo encontrarlo en Cristo, corre presurosa para hallar en Él su reposo. Donde no hay ese venir a Cristo, ciertamente tampoco ha habido nueva vida; y donde no hay nueva vida, el alma está muerta en delitos y pecados, y como está muerta no puede entrar en el reino de los cielos. Tenemos ante nosotros una declaración muy sorprendente que muchos catalogan de molesta. Nuestro texto dice que el venir a Cristo es algo completamente imposible para el hombre, a menos que el Padre le trajere; bien que hay quienes afirman que ello es lo más fácil del mundo. Así pues, será nuestro cometido el extendernos sobre esta declaración. No dudamos que siempre será ofensiva para la naturaleza carnal, pero sabemos, no obstante, que esta ofensa a la naturaleza humana ha sido muchas veces el primer paso para traerla humillada a los pies del Señor. Y si éste es el resultado, no pensemos en la ofensa y gocémonos en las gloriosas consecuencias.

Esta mañana trataré antes que nada de hacer resaltar en qué consiste *la incapacidad del hombre*. En segundo lugar, cuáles son las *formas empleadas por el Padre para traernos a Cristo*, y cómo las utiliza sobre el alma. Y finalmente concluiré considerando *el dulce consuelo* que mana de este texto aparentemente tan árido y terrible.

I. Primeramente, pues, LA INCAPACIDAD DEL HOMBRE. El texto dice: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere”. ¿Dónde radica esta incapacidad? No en defecto *físico alguno*. Si para venir a Cristo fuese necesario mover nuestro cuerpo o caminar con nuestros pies, ciertamente el hombre tendría poder físico para venir a El en ese sentido. Recuerdo haber oído decir a un necio antinomiano que el no creía que ningún hombre tuviese poder para ir a la casa de Dios a menos que el Padre le trajere. Aquello era una solemne tontería, porque pudo haber reparado que, mientras el hombre tiene vida y piernas, es tan fácil para él ir a la casa de Dios como a la de Satanás. Si el venir a Cristo es el pronunciar una oración, el hombre no tiene defecto físico alguno sobre este articular, si no es mudo, y puede decirla tan fácilmente como proferir la más horrenda blasfemia; lo mismo puede cantar uno de los himnos de Sión, que la más profana y obscena canción. No existe falta de poder físico para venir a Cristo. Todo cuanto es necesario referente a la capacidad corporal, el hombre, en verdad lo tiene; y si la salvación consistiese en esto, estaría total y completamente a su alcance sin ayuda alguna del Espíritu de Dios. La incapacidad no reside tampoco en alguna deficiencia *mental*. Yo puedo creer que la Biblia es la verdad tan fácilmente como que lo es cualquier otro libro. Considerando el creer en Cristo como un mero acto mental, yo puedo creer en Él tanto como en cualquier otro. Admitiendo que su declaración sea verdad es infundado que se me diga que no puedo creerla. Puedo admitir como cierto lo que Cristo dice tanto como las manifestaciones de cualquier otra persona. No hay ninguna deficiencia de capacidad en la mente: el hombre puede apreciar como un mero hecho intelectual la culpa del pecado tanto como la responsabilidad de un asesinato. Yo encuentro tan posible ejercitar la idea mental de buscar a Dios, como ejercitar el pensamiento de la ambición. Si

el poder y la fuerza de la mente, considerados como simples factores intelectuales, fuesen necesarios para la salvación, yo poseo cuanto de ese poder y de esa fuerza pudiera necesitar. Es más, creo que no hay ningún hombre tan ignorante que presente su deficiencia mental como excusa para rechazar el Evangelio. El defecto, pues, no reside en el cuerpo o en lo que, hablando teológicamente, nosotros llamamos la mente. No hay deficiencia o insuficiencia en ella, si bien la inutilidad de la mente, su corrupción y ruina, es, después de todo, la misma esencia de la incapacidad humana.

Permitidme que os muestre donde reside realmente la incapacidad del hombre: en lo más profundo de su naturaleza. Por la caída y por nuestro propio pecado, la naturaleza humana ha quedado tan degradada, depravada y corrompida, que para el hombre es imposible venir a Cristo sin el auxilio del Espíritu Santo de Dios. Para ilustramos en qué forma la naturaleza humana ha imposibilitado al hombre para ir a Cristo, os hablaré por medio de una figura. Contemplad una oveja: ¡con qué fruición come la hierba! Nunca la habréis visto suspirar por la carroña. No podría alimentarse de lo que come el león. Ahora traedme un lobo; preguntadme si puede comer hierba o ser tan dócil y manso como un cordero. Yo os responderé que no, porque su naturaleza es contraria a ello. “Bien”, me decís, “pero si tiene orejas y patas, ¿no podría oír la voz del pastor y seguirle dondequiera que le lleve?” Claro que podría; no hay ninguna causa física por la que no pueda hacerlo, pero su naturaleza se lo impide y por lo tanto no *puede*. ¿No podría ser domesticado y hacerse desaparecer su ferocidad? Probablemente fuera dominado de forma que aparentara ser manso, pero siempre existiría una marcada distinción entre él y la oveja por lo dispar de sus naturalezas. Así pues, la razón por la que el hombre no puede venir a Cristo no es porque haya incapacidad en su mente o cuerpo, sino porque su naturaleza está tan corrompida que no tiene ni el querer ni el poder para venir, a menos que sea traído por el Espíritu. Pero os daré otra ilustración mucho más clara. Tenemos a una madre con su bebé en los brazos. Poned un cuchillo en sus manos y pedidle que lo clave en el corazón de la criatura. Verdaderamente os dirá que no puede. Por lo que se refiere al poder físico, sí que podría hacerlo si quisiera: tiene el cuchillo y tiene el niño. El pequeño no puede defenderse y ella posee suficiente vigor en su brazo para clavar el puñal en su corazón. Pero está en lo cierto cuando dice que no puede hacerlo. Ella puede pensar en matar a su hijo como un simple acto de la mente, y aun así dice que le es imposible pensar tal cosa; y no dice mentira cuándo así habla, porque su naturaleza de madre no le permite hacer algo ante lo cual toda su alma se rebela. Por el hecho de ser la madre de aquel niño, siente que no puede matarlo. Igual ocurre con el pecador. El venir a Cristo es tan odioso a la naturaleza humana que, aunque en lo que respecta a fuerzas mentales y físicas (y éstas no tienen sino una muy pequeña acción en la salvación), los hombres podrían venir si quieran, es estrictamente correcto decir que ni pueden ni quisieran, a menos que el Padre que envió a Cristo les traiga. Profundicemos un poco más en este aspecto de la cuestión, y tratemos de descubrir en qué consiste esta incapacidad humana en sus más minuciosos detalles.

1. Primeramente, en *la rebeldía de la humanidad del hombre*. “¡Oh!”, dice el arminiano, “los hombres pueden salvarse si quieren.” Mi querido amigo, todos nosotros estamos de acuerdo con eso; pero es precisamente en *si quieren* donde está la dificultad. Afirmamos que *nadie quiere* venir a Cristo, a menos que sea traído; o lo que es más, no somos nosotros los que hacemos tal aseveración, sino el mismo Cristo cuando dice: “*Y no queréis venir a mí para que tengáis vida*”; y mientras este no *queréis venir* esté escrito en la Santa Escritura, no nos sentiremos inclinados a creer en doctrina alguna que nos hable de la libertad de la voluntad humana. Es extraño como la gente, cuando habla del libre albedrío, toca un tema del que no tiene ni idea. “Yo creo”, dice uno, “que los hombres podrían salvarse si quisieran.” No, querido amigo, no es ésta la cuestión ni mucho menos. El problema es si los hombres están bien dispuestos, por naturaleza, a aceptar las humillantes condiciones del Evangelio de Cristo. Nosotros declaramos, con la autoridad de la Escritura, que la voluntad humana está tan irremisiblemente maleada, tan depravada, tan inclinada a todo lo malo, y tan opuesta a todo lo bueno, que sin la poderosa, sobrenatural e irresistible influencia del Espíritu Santo, ningún ser humano querrá jamás ser constreñido a ir a Cristo. Tú

dices, querido amigo, que algunas veces las personas van a Dios sin la ayuda del Espíritu Santo. ¿Te has encontrado nunca con alguna que fuera? De docenas y centenares, y aun miles de cristianos de diferentes opiniones con los que he conversado, jóvenes y viejos, jamás tuve la suerte de tropezarme con uno que pudiera afirmar haber venido a Cristo por sí mismo, sin haber sido traído. La confesión universal de todo creyente verdadero es ésta: “Yo sé que si Jesucristo no me hubiera buscado cuando yo era un errante peregrino alejado del redil de Dios, ahora estaría lejos, muy lejos de El, y amando cada vez más esa distancia”. Todos los creyentes afirman a una la verdad de que los hombres no vendrán a Cristo a menos que el Padre que le envió les trajere.

2. No solamente es la obstinación de la voluntad, sino también el *oscurecimiento de la inteligencia*. De esto tenemos abundantes pruebas en la Escritura. No estoy haciendo meras afirmaciones, sino declarando doctrinas que son enseñadas autoritariamente en las Santas Escrituras y grabadas en la conciencia de cada cristiano; en ellas se nos enseña que el entendimiento del hombre está tan entenebrecido que, a menos que reciba la luz, no podrá comprender de ninguna manera las cosas de Dios. El hombre es ciego por naturaleza. La cruz de Cristo, tan llena de glorias y de esplendorosos atractivos, nunca atrae al pecador, porque es ciego y no puede ver sus bellezas. Habladle de las maravillas de la creación, mostradle el arco multicolor que cruza los cielos, enseñadle la grandeza de un paisaje, y verá todo esto; pero habladle de las maravillas del pacto de la gracia, habladle de la seguridad del creyente en Cristo, contadle las perfecciones de la persona del Redentor, y será completamente sordo a todas vuestras descripciones; seríais, en verdad, como uno que tocara una bella melodía, pero él no prestaría atención porque es sordo y no puede oírla, ni comprenderla. O como nos dice la Escritura: “El hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura, y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente”; y puesto que es hombre natural, no está en él el poder de discernir las cosas que son de Dios. Alguno dice: “Yo creo que he llegado a un grado bastante elevado de discernimiento en asuntos teológicos, y no encuentro dificultad en entender casi todos sus puntos”. Ciertamente; puedes haber llegado, pero sólo en la letra; porque el espíritu de ella, lo verdaderamente asimilable para el alma, y una comprensión real es completamente imposible que lo hayas logrado a menos que hayas sido traído por el Espíritu. La mente carnal no puede percibir las cosas espirituales, y a menos que hayas sido regenerado y hecho criatura espiritual en Cristo Jesús, entre tanto que esta Escritura sea verdad debes admitir como cierto que tú no las has percibido. La voluntad, pues, y el entendimiento son dos grandes puertas tapiadas hasta el dintel por las que no podemos salir para ir a Cristo; y mientras no sean abiertas por la dulce influencia del Espíritu Santo, permanecerán cerradas para todo lo que sea ir a Cristo.

3. Consideraremos ahora esta incapacidad en *los afectos*, que constituyen una gran parte del individuo y que están también depravados. El hombre, tal como es antes de recibir la gracia de Dios, ama todas y cada una de las cosas más que lo espiritual. Si queréis comprobarlo, mirad a vuestro alrededor. No es necesario que busquéis la depravación de los afectos humanos en un lugar particular. Dirigid vuestra mirada a cualquier sitio; no hay calle, ni casa, ni, lo que es peor, corazón, que no pueda mostrar la triste evidencia de esta terrible verdad. ¿por qué los hombres no están universalmente reunidos en la casa de Dios el domingo?, ¿por qué no leemos más asiduamente nuestras biblias?, ¿por qué la oración es descuidada casi generalmente?, ¿cuál es la causa de que Jesucristo sea tan poco amado?, ¿por qué los que profesan ser sus seguidores sienten tan poco afecto hacia El?, ¿de dónde proceden estas cosas? Es bien cierto, amados hermanos, que no podemos atribuir las a ninguna otra fuente que no sea la corrupción e invalidación de los afectos. Amamos lo que debíamos odiar y odiamos lo que debíamos amar. No se debe a otra cosa que a la naturaleza caída el que amemos más esta vida que la venidera. No es sino por el efecto de la caída que amamos más al pecado que la justicia, y los caminos de este mundo más que los de Dios. Y, lo repetimos de nuevo, mientras estos afectos no sean renovados y convertidos en

corriente de agua viva por la misericordioso influencia del Padre, nadie podrá amar al Señor Jesucristo.

4. Hablemos ahora sobre la *conciencia*, también subyugada por la caída. Creo que no hay mayor error entre los teólogos que el que cometen cuando enseñan a la gente que la conciencia es el vicario de Dios en el alma, y uno de los poderes que conservan su primitiva dignidad alzándose entre sus caídos compañeros. Hermanos míos, cuando el hombre cayó en el Edén, toda la humanidad fue derribada. No quedó en pie ni un solo pilar del templo humano. Es cierto, la conciencia no fue destruida. No fue hecha añicos; cayó en una pieza, y allí quedó tendida como el más poderoso vestigio de lo que fuera obra perfecta de Dios en el hombre. Pero de que la conciencia cayó, estoy plenamente seguro. Contemplad la humanidad. ¿Quién de entre los hombres tiene “una buena conciencia delante de Dios”, sino el que es regenerado? ¿Imagináis que los hombres podrían vivir cometiendo cada día esos actos que son tan contrarios a la justicia como las tinieblas a la luz, si sus conciencias les gritaran continuamente de forma clara y potente? No, amados, la conciencia me dice que soy un pecador; pero no puede hacérmelo sentir. La conciencia puede decirme que tal o cual cosa es mala, pero ni ella misma sabe hasta que punto puede ser mala. ¿Ha advertido la conciencia alguna vez al hombre que sus pecados merecían la condenación, si no ha sido por la iluminación del Espíritu Santo? Y si lo ha hecho, ¿le llevó a sentir aborrecimiento del pecado como tal? O dicho más claramente: ¿llevó la conciencia alguna vez a alguien a la renuncia de sí mismo, de forma que se detestase a él y a todas sus obras y se entregase a Cristo? No, aunque la conciencia no está muerta, esta arruinada, su poder ha sido dañado, ya no tiene aquella agudeza de vista, aquella mano poderosa, ni aquella voz de trueno que tuvo antes de la caída, sino que ha dejado en gran manera de ejercer su supremacía en la ciudad de Almahumana. Así pues, amados, por esta misma razón de que la conciencia está depravada, es de todo punto necesario que el Espíritu Santo intervenga para mostrarnos la necesidad de un Salvador y llevarnos al Señor Jesucristo.

“Entonces”, dirá alguno, “por lo que ha dicho hasta ahora, me parece entender que usted considera que la razón por la que los hombres no vienen a Cristo es la de no querer en vez de la de no poder.” Ciertamente, más que cierto. Yo creo que la razón más poderosa de la incapacidad humana reside en la rebeldía de su voluntad. Una vez superado esto, creo que esta quitada la piedra del sepulcro, y la parte más difícil de la batalla está ya ganada. Pero permitidme que vaya un poco más lejos. El texto no dice: “Ninguno quiere venir”, sino: “Ninguno puede venir”. Ahora bien, muchos intérpretes creen que la palabra *puede* no es sino una expresión enfática que no expresa más que el significado de *querer*. Estoy firmemente seguro que esta interpretación no es correcta. En el hombre no hallamos solamente oposición a ser salvado, sino también impotencia espiritual para venir a Cristo. Y esto se lo demostraré al menos a los cristianos. Amados, os hablo a vosotros que habéis sido ya vivificados por la gracia divina: ¿No os enseña vuestra experiencia que hay veces que queréis servir a Dios y no tenéis el poder para hacerlo?; ¿no ha habido ocasiones en las que os habéis visto obligados a decir que quisierais creer y habéis tenido que orar: “Señor, ayuda mi incredulidad”? Porque aunque habéis recibido suficiente testimonio de Dios, vuestra naturaleza carnal era demasiado poderosa para vuestras fuerzas, y sentisteis la necesidad de ayuda sobrenatural. ¿Sois capaces de entrar en vuestra habitación a cualquier hora que queráis y caer sobre vuestras rodillas diciendo: “Quiero ser diligente en la oración para estar cerca de Dios”? ¿Encontráis vuestro poder parejo con vuestro querer? Podréis decir aun delante del mismo tribunal de Dios que sois sinceros en vuestra buena voluntad. Anheláis absorbernos en vuestra devoción, y es vuestro deseo que vuestra alma no se aparte de una perfecta contemplación del Señor Jesucristo; pero veis que, aun cuando estáis dispuestos, no podéis hacerlo sin la ayuda del Espíritu. Ahora bien, si los reavivados hijos de Dios encuentran esta incapacidad espiritual, ¿cuánto más no la encontrará el pecador que está muerto en delitos y pecados? Si aun el cristiano maduro, después de treinta o cuarenta años, se encuentra dispuesto pero sin poder -si tal es su experiencia-, ¿no parecerá más lógico que el pobre pecador que todavía no ha creído necesite el poder tanto como el querer?

Pero aun hay otro argumento. Si el pecador tiene poder para venir a Cristo, me gustaría saber cómo vamos a interpretar las continuas descripciones que se nos hacen en la santa Palabra de Dios sobre la situación del inconverso. Se nos dice que el que no ha sido regenerado está muerto en delitos y pecados. ¿Afirmaréis que la muerte implica solamente la ausencia de la voluntad? Podéis estar seguros de que un cadáver es tan impotente como reacio. Pero, por otra parte ¿es que no ve la gente que existe una clara distinción entre *querer* y *poder*? ¿No podría ser vivificado ese cadáver lo suficiente como para tener un deseo, y a pesar de eso seguir tan impotente que no moviera ni siquiera un pie o una mano?; ¿es que no hemos presenciado casos de personas que han sido lo bastante reanimadas como para dar señales de vida, y no obstante han estado tan casi muertas que no han podido hacer el más ligero movimiento?; ¿no existe una clara diferencia entre la manifestación del querer y la manifestación del poder? Sin embargo, es totalmente cierto que la voluntad precede al poder. Haced a un hombre diligente y será hecho poderoso, porque, cuando Dios da la voluntad, no atormenta a la persona haciéndola desear algo que no puede efectuar; empero, Él hace tal separación entre la voluntad y la capacidad, que ambas cosas se echan de ver claramente como dones completamente distintos del Señor nuestro Dios.

Aun tenemos otra pregunta que hacer: Si todo cuanto el hombre necesita que le sea dado es el querer, ¿no queda con ello degradado el Espíritu Santo? Si solemos dar toda la gloria a Dios Espíritu Santo por la salvación obrada en nosotros, pero asimismo tiempo afirmamos que todo cuanto necesitamos de El es el querer para obrar estas cosas por nosotros mismos, ¿no nos hacemos participantes de su gloria? Y siendo así, podríamos decir osadamente: “Es cierto que el Espíritu me infundió la voluntad para hacer estas cosas, pero fui yo quien la ejerció por sí mismo, y por lo tanto puedo gloriarme; y no arrojaré mi corona a sus pies, porque he sido yo quien las ha obrado sin ninguna ayuda de lo alto; mía es, yo la he ganado y nadie me la usurpará”. Mientras en la Escritura se diga que es siempre la persona del Espíritu Santo la que obra en nosotros el querer y el hacer por su buena voluntad, mantendremos como legítima inferencia que su obra consiste en algo más que otorgarnos el querer, y que por lo tanto, el Pecador, no sólo precisa la voluntad, sino que también necesita el poder, ya que carece verdadera y totalmente de él.

Ahora, antes de abandonar esta consideración, permitidme que me dirija a vosotros un momento. Frecuentemente se me acusa de predicar doctrinas que pueden hacer mucho daño. Pues bien, no voy a negar tal acusación, porque no me preocupa mucho el responderla. Aquí presentes están mis testigos que probarán que, efectivamente, cuanto he predicado ha hecho gran daño, pero no a la moralidad o a la iglesia de Dios, sino a Satanás y su causa. Esta mañana no son uno ni dos los que se gozan de haber sido traídos a Dios, sino centenares; de ser profanos quebrantadores del domingo, borrachos o personas mundanas, han sido llamados a conocer y amar al Señor Jesucristo; y si esto es hacer daño, quiera Dios en su infinita misericordia maltratarnos de esta manera miles y miles de veces más. Pero hay más aún: ¿Qué verdad no herirá al que haga mal uso de ella? Los que predicáis la redención general gustáis de proclamar la gran verdad de la misericordia de Dios hasta el último momento de la vida. Pero, ¿cómo osáis predicar eso? Muchas personas se infieren daño al posponer el día de la gracia creyendo que la última hora es tan buena como la primera. Si hubiésemos de predicar solamente aquello que el hombre no pudiera denigrar ni utilizar malamente, deberíamos sujetar nuestra lengua para siempre. También hay quien dice: “Así pues, si yo no puedo salvarme por mi mismo, si yo no puedo ir a Cristo, no me preocuparé en absoluto ni intentaré hacer nada”. Los que así hablan con pleno conocimiento, están firmando su sentencia. Muchas veces hemos dicho con toda claridad que hay muchas cosas que vosotros podéis hacer. El venir a la casa de Dios está en vuestra mano; el estudiar su Palabra con diligencia está a vuestro alcance; el renunciar a vuestra carnalidad, el abandonar los vicios a los cuales os entregáis, el vivir una vida honrada, sobria y virtuosa, está en vuestro poder. Para ello no necesitáis ninguna ayuda del Espíritu Santo, pues todo esto lo podéis hacer por vosotros mismos; pero el venir a Cristo, ciertamente, no está en vuestra capacidad si antes no habéis sido renovados por el Espíritu Santo. Y no olvidéis que vuestra falta de poder no os excusa, dado que no queréis venir y que vivís en continua y voluntaria rebelión contra Dios. Vuestra falta de poder radica principalmente en la obstinación de la naturaleza. Imaginaos que una persona mentirosa se

lamentara de no poder hablar verdad a causa del tiempo que lleva sumida en la mentira, y dijera que le es imposible dejar su vicio; ¿podría esto excusarla? Si un hombre que ha estado entregado a sus pasiones por mucho tiempo os dijera que se siente aprisionado por ellas como por una red de hierro, y que no puede deshacerse de sus deseos, ¿aceptaríais esta razón como una excusa? Sinceramente no hay justificación alguna. Si un vicioso de la bebida llegase a estar tan suciamente alcoholizado que le fuera imposible pasar por delante de una taberna sin entrar en ella, ¿le disculparíais por ello? No; porque su incapacidad para reformarse reside en su misma naturaleza, que no siente el deseo de refrenar o superar. El efecto y la causa, al proceder ambos de la misma raíz de pecado, no pueden excusarse el uno al otro. ¿Cuál es la causa de que el etíope no pueda mudar su piel, ni el leopardo sus manchas? Es por el hecho de haber aprendido a hacer el mal, por lo que ahora no podéis hacer el bien; y por lo tanto, en lugar de no preocuparos y tratar de excusaros a vosotros mismos, deberíais espantaros e inquietaros por ello. Recordad que el permanecer sin hacer nada es estar condenados para toda la eternidad. ¡Quiera el Espíritu Santo de Dios hacer uso de esta verdad en un sentido muy diferente! Confío en que antes de terminar seré capacitado para mostraros cómo esta verdad, que aparentemente condena a los hombres y les cierra la puerta, es, después de todo, la gran verdad que ha sido bendecida para la conversión de muchos.

II. Nuestro segundo punto es LAS FORMAS DE TRAER DEL PADRE. “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere.” ¿cómo, pues, trae el Padre a los hombres? Los teólogos arminianos enseñan, generalmente, que Dios trae a los hombres por medio de la predicación del Evangelio. Muy cierto; la predicación del Evangelio es el instrumento para traer a los hombres, pero debe haber algo más. ¿A quién dirigió Cristo las palabras de nuestro texto? Al pueblo de Capernaum, donde Él había predicado con frecuencia, donde había anunciado con tristeza y dolor las maldiciones de la Ley y las invitaciones del Evangelio. En aquella ciudad había hecho grandes señales y obrado muchos milagros. En efecto, tales enseñanzas y testimonios milagrosos les fueron mostrados a ellos, que Él declaró que Tiro y Sidón tiempo ha que sentadas en cilicio y ceniza se habrían arrepentido, si hubiesen sido bendecidas con tales privilegios. Así pues, si la predicación del mismo Cristo no bastó para traer aquellos hombres a Él, es imposible creer que el Padre intentará traerles simple y totalmente por medio de la predicación. No, hermanos; debéis notar que Él no dice que ninguno puede venir si el *ministro* no le trajere, sino si el *Padre* no le trajere. Desde luego, existe tal cosa como ser traído por el Evangelio y ser traído por el ministro sin haberlo sido por Dios. Pero ciertamente es una atracción divina la que se quiere indicar con esto; ser traído por el Altísimo Dios -la Primera Persona de la Santísima Trinidad enviando a la Tercera, el Espíritu Santo, para inducir a los hombres a venir a Cristo-. Hay otros que cambian de postura y dicen burlonamente: “Entonces, ¿cree usted que Cristo arrastra a los hombres hacia Él a pesar de que no quieren?” Recuerdo haberme encontrado una vez con uno que me dijo: “Señor, usted predica que Cristo coge a la gente por los cabellos y la fuerza a ir a Él”. Cuando le dije que le agradecería me dijera la fecha del sermón en el que oyó tan extraordinaria doctrina, no la recordaba. Pero yo le dije que Cristo no traía a la gente cogida por los cabellos de la cabeza, sino que la arrastraba agarrada por el corazón tan poderosamente como podría sugerir el ejemplo que él mismo me había puesto. Notad que en el traer del Padre no hay compulsión de ninguna clase; Cristo nunca constriñó a nadie a venir en contra de su voluntad. Si un hombre no estuviera dispuesto a ser salvado, Cristo no lo salvaría en contra de su deseo. ¿Cómo le trae, pues, el Espíritu Santo? Haciéndole dispuesto. El Espíritu no se vale de la “persuasión moral”, sino que emplea un método mucho más certero para tocar el corazón. Se introduce en lo más profundo y secreto del alma y, Él sabrá cómo, por alguna misteriosa operación vuelve el sentir de la voluntad en la dirección contraria, de manera que, como Ralph Erskine dice paradójicamente, el hombre es salvado “con pleno asentimiento en contra de su voluntad”; es decir, en contra de su vieja voluntad. Pero es salvado con pleno asentimiento, porque ha sido hecho deseoso en el día del poder de Dios. No penséis que nadie vaya a ir al cielo pateando todo el camino y forcejeando contra la mano que le lleve. No imaginéis que nadie vaya a ser lavado en

la sangre del Salvador en tanto que este tratando de apartarse de su lado. Oh, no. Es completamente cierto que, al principio, todo hombre se opone a ser salvo. Cuando el Espíritu Santo deja sentir su influencia en el corazón, se cumple la Escritura: “Llévame en pos de ti, correremos”. Proseguimos tras Él en tanto nos lleva, contentos de obedecer la voz aue una vez despreciamos. Pero el quid de la cuestión está en el cambio de la voluntad. Cómo ocurre esto, ninguna carne lo sabe; es uno de esos grandes misterios que son claramente percibidos por sus resultados, pero cuya causa ninguna lengua podría decir, ni ningún corazón adivinar. Sin embargo, por su forma aparente, yo puedo deciros cómo opera el Espíritu Santo. Lo primero que el Espíritu encuentra cuando entra en el corazón del hombre es esto: que la persona está pagada de sí misma; y no hay nada que impida tanto al hombre venir a Cristo como el tener una excelente opinión de sí mismo. Dice el hombre: “Yo no necesito ir a Cristo. Mi justicia es tan buena como cualquiera pudiera desear, y estoy convencido de que puedo entrar en el cielo por mis propios méritos”. El Espíritu Santo destapa su corazón, le muestra el repugnante cáncer que está carcomiendo su vida poco a poco, le descubre toda la negrura e inmundicia de aquel vertedero del infierno -el corazón humano-, y entonces el hombre tiembla horrorizado. “Jamás pensé que yo fuera así. ¡Oh!, aquellos pecados que yo consideraba como minucias han elevado sus ramas a gran altura. Lo que yo tenía por colina, se ha convertido en montaña; lo que antes era hisono sobre la pared, ha llegado a ser ahora como cedro del Líbano.” “¡Oh!”, dice para sí, “trataré de enmendarme; haré tantas buenas obras que borre todas mis negras acciones.” Es entonces cuando llega el Espíritu Santo y le muestra que no puede hacer tal cosa, le despoja de todo su fantasioso poder y fuerza de tal forma que, haciéndole caer en agonía sobre sus rodillas, clama: “¡Oh!, una vez creí poderme salvar por mis buenas obras, pero ahora veo que,

«Toda una eternidad llorar podría,
Podría en vivo celo desvelarme;
Mas esto mi pecado no expiaría.
Sólo Tú, mi Señor, debes salvarme».

Entonces el corazón se deshace y el hombre se encuentra al borde de la desesperación. Y clama: “Jamás podré ser salvo. Nada puede salvarme”. Pero he aquí que se acerca el Espíritu Santo, muestra al pecador la cruz de Cristo, y ungiendo sus ojos con colirio celestial le dice: “Mira aquella cruz; aquel Hombre murió por salvar a los pecadores; tú sabes que lo eres, ¡Él murió por ti!” Y hace que el corazón pueda creer y venir a Cristo. Y cuando viene, traído por el dulce influjo del Espíritu, encuentra “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, la cual guardara su corazón y pensamientos en Cristo Jesús”. Ahora pues, podéis percibir que todo esto puede ocurrir sin ninguna compulsión. El hombre es traído tan voluntariamente que parece como si no fuera traído; y viene a Cristo con pleno consentimiento, con tan pleno consentimiento como si ningún influjo secreto hubiese sido ejercido en su corazón. Pero es completamente necesario que esa influencia haya tenido lugar, o de otro modo nunca hubiera habido ni habría nadie que quisiera o pudiera venir al Señor Jesucristo.

III. Y ahora, cuando estamos próximos a terminar, concluiremos nuestro sermón haciendo una aplicación práctica de la doctrina, y confiamos en que sirva para consuelo. “Bien”, dirá. alguno, “si lo que este hombre predica es verdad, ¿qué voy a hacer con mi religión? Porque, ¿sabe usted?, llevo muchos años esforzándome, y desazona oírle decir que nadie puede salvarse por sí mismo. Yo creo que sí, si es que se persevera; y si he de admitir lo que usted dice, tendré que abandonarlo todo y comenzar de nuevo.” Mis queridos amigos, sería algo maravilloso si así lo hicierais. No creáis que yo me alarmaría si tomarais esa decisión. Tened presente que lo que estáis haciendo es edificar vuestra casa sobre la arena, y es una obra de caridad la que os hago al sacudirla un poco. Os aviso en el nombre de Dios que, si vuestra religión no tiene bases más firmes que vuestra propia fuerza y poder, no resistiréis el juicio de Dios. Nada perdurará por toda la eternidad, sino aquello que procede de la eternidad. A menos que el eterno Dios haya hecho su buena obra en

vuestros corazones, todos vuestros actos habrán de rendir cuentas en aquel gran día del juicio. Es en vano que seáis asiduos visitantes de iglesias o capillas, guardadores del domingo, y observantes en vuestras oraciones; es inútil que paséis por buenas personas ante vuestros vecinos y que vuestra conversación sea intachable; es en vano que confiéis en estas cosas, si son toda vuestra esperanza de salvación. Continuad, sed tan virtuosos como queráis, guardad perpetuamente el domingo, vivid tan santamente como podáis. Yo no os disuadiré de ello. Dios no lo quiera; creced en buenas obras, pero, por amor a vosotros mismos, no pongáis en ellas vuestra confianza: porque si fiáis en ellas, descubriréis, cuando más las necesitéis, que no os sirven para nada. Y si hay algo más para lo que os hayáis sentido capaces sin el auxilio de la divina gracia, cuanto antes os desembaracéis de la esperanza que ha sido engendrada por ello, tanto mejor para vosotros; porque es vana ilusión el confiar en las obras de la carne. Un cielo espiritual debe ser habitado por hombres espirituales, y la preparación para entrar en él ha de ser obrada por el Espíritu de Dios. “Pero”, dice algún otro, “yo he seguido las doctrinas de una religión en la que, por boca de sus ministros, se me ha enseñado que podría arrepentirme y creer cuando quisiera; y he aquí que yo lo he demorado día tras día. Creí que podría hacerlo en cualquier momento, que sólo tendría que decir: Señor, ten misericordia de mí, y creer, y así ser salvo. Usted me ha despojado de toda mi esperanza, y siento que el horror y el espanto se apoderan de mí.” A ti te digo también, mi querido amigo: Me alegro de ello. Éste era el efecto que yo esperaba lograr. Y oro para que este sentimiento te sea multiplicado. Cuando desesperas de salvarte a ti mismo, confío en que Dios ha comenzado ya a hacerlo. Me regocijaré cuando te oiga decir: ¡Oh!, no puedo ir a Cristo. Señor, llévame, ayúdame”; porque si alguien siente el deseo, aunque no tenga el poder, es señal de que la gracia ha comenzado a obrar en su corazón, y Dios no le dejará hasta que su obra sea acabada. Pero no olvides, descuidado pecador, que tu salvación depende de la mano de Dios. ¡Oh!, recuerda que estás completamente en sus manos. Tú has pecado contra Él y, si quiere condenarte, condenado estás. No puedes resistir a su voluntad ni frustrar su propósito. Iras merecido su ira, y si Él quiere derramar sobre tu cabeza toda la abundancia de su cólera, tú no puedes hacer nada para evitarlo. Pero si por otra parte decide salvarte, Él es poderoso para hacerlo hasta lo sumo. Tú eres en sus manos lo que una indefensa mariposa sería entre tus dedos. Él es el Dios a quien tú has ofendido cada día. ¿No te hace estremecer el pensamiento de que tu destino eterno está en las manos de Aquel a quien has enojado y enfurecido?, ¿no tiemblan tus rodillas y la sangre se te hiela en las venas? Si así es me gozo en ello, porque esto puede ser el primer efecto de la acción del Espíritu en tu alma. ¡Oh!, tiembla al pensar que el Dios al que tú has encolerizado es el Dios de quien depende completamente tu salvación o condenación. Temblad y “besad al Hijo, porque no se enoje y perezcáis en el camino, cuando se encendiera un poco su furor”.

Y he aquí ahora el pensamiento que servirá de consuelo: Muchos de vosotros sois conscientes de estar acercándoos a Cristo esta mañana. ¿No habéis empezado a derramar lágrimas de arrepentimiento? ¿No os encerrasteis a solas en vuestra habitación antes de venir orando en devota preparación para oír la Palabra de Dios? Y durante el culto de esta mañana, ¿no ha clamado vuestro corazón desde lo más profundo: “Señor, sálvame o perezco, porque yo no puedo salvarme a mí mismo”? ¿Y no podríais alzaros ahora de vuestros asientos y cantar:

«Oh, gracia soberana, te rindo el corazón;
Cautivo soy, de grado, de mi amado Señor.
Yo quiero ser llevado en alas de triunfo
A cantar la victoria del Verbo Redentor»?

¿Y no he oído yo mismo que habéis dicho en vuestro corazón: “Jesús, Jesús, toda mi confianza está en ti. Yo sé que ninguna de mis justicias y virtudes puede salvarme; solamente Tú, oh Cristo, puedes hacerlo; pase lo que pase me entrego completamente a ti”? ¡Oh, hermano!-, estás siendo traído por el Padre, porque no podrías venir si Él no te trajere. ¡Dulce pensamiento! Y si has sido traído, ¿sabes cuál es la maravillosa conclusión? Déjame decírtelo con palabras de la Escritura, y ojalá te sirvan de consuelo: “Jehová se manifestó a mí ya mucho tiempo ha, diciendo: Con amor

eterno te he amado; por tanto, te soportaré con misericordia”. Sí, hermano mío que lloras, puesto que vienes a Cristo, Dios te ha traído; y puesto que Él te ha traído, ello es la prueba de que te amó desde antes de la fundación del mundo. Eres uno de los suyos, deja que tu corazón salte dentro de ti. Tu nombre fue escrito en las manos del Salvador cuando fueron clavadas en el maldito madero. Tu nombre brilla hoy en el pectoral del Sumo Sacerdote; sí, allí estaba antes que el lucero del alba fuese emplazado en el firmamento, o los planetas iniciaran su ciclo. Gózate en el Señor, tú que has venido a Cristo, y dad saltos de alegría todos los que habéis sido traídos por el Padre. Porque ésta es vuestra prueba, vuestro solemne testimonio, de que habéis sido escogidos de entre todos los hombres en eterna elección, y que seréis guardados por el poder de Dios, mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada.

XIV. LA INTENCIÓN DE LA CARNE ES ENEMISTAD CONTRA DIOS

“La intención de la carne es enemistad contra Dios” (Romanos 8:7).

He aquí la gran acusación que el apóstol Pablo profiere contra la mente carnal: es enemistad contra Dios. Cuando consideramos lo que el hombre fue al principio, poco menor que los ángeles, el compañero de Dios que paseaba con Él al aire libre en el Jardín del Edén; cuando pensamos que fue hecho a la misma imagen y semejanza de su Creador. Puro, sin mancha y perfecto, no podemos por menos que afligirnos por esta acusación que se hace contra nuestra raza. Colguemos nuestras arpas de los tilos para oír la voz de Jehová que solemnemente habla a sus rebeldes criaturas. “¡Cómo caíste del cielo, hijo de la mañana!” “Tú echas el sello a la proporción, lleno de sabiduría y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; toda piedra preciosa fue Tu vestidura; los primores de tus tamboriles y pífanos estuvieron apercebidos para ti en el día de tu creación. Tú, querubín grande, cubridor; y yo te puse, en el santo monte de Dios estuviste; en medio de piedras de fuego has andado. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. A causa de la multitud de tu contratación fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín cubridor.”

¡Cuánta tristeza embarga nuestro corazón al contemplar la ruina de nuestra raza! Como el cartaginés que, al recorrer el desolado escenario de su muy amada ciudad, convertida en escombros por los romanos, derramaría lágrimas de dolor; o como el judío vagabundo por las desiertas calles de Jerusalem lamentaría la destrucción de la belleza y la gloria de aquella ciudad que había sido el deleite de toda la tierra; así deberíamos llorar por nosotros y por nuestra raza, cuando contemplamos la ruina de aquella construcción santa que Dios había formado; aquella criatura, sin igual en armonía de inteligencia casi angelical; aquel poderoso ser, el hombre: caído, caído, caído de su privilegiada posición, convertido en cúmulo de destrucción. Hace unos cuantos años fue vista una estrella centelleando con gran fulgor, pero en seguida desapareció. Se ha dicho que era un mundo incandescente, a miles de millones de kilómetros de nosotros, y, sin embargo, hasta nosotros llegaron los rayos luminosos de su conflagración; la luz, el silencioso mensajero, dio la alarma a los habitantes de este lejano planeta, como diciendo: “¡Un mundo en llamas!” Pero, ¿qué es el incendio de un planeta remoto, qué es la destrucción de la simple materia del más grande de los astros, comparado con la caída de la humanidad, con el naufragio de todo lo que hay de sagrado y santo en nosotros? Es muy difícil hacer comparaciones, cuando nuestro corazón se siente inclinado hacia una de las artes. La caída de Adam fue nuestra caída; caímos en él y con él, somos compañeros de infortunio. Es la ruina de nuestra propia casa la que lamentamos, es la destrucción de nuestra ciudad la que lloramos cuando vemos escrito en palabras lo suficientemente claras para entender su significado: “La intención de la carne -aquella mismísima naturaleza que en otro tiempo fue santa, y que ahora es carnal- es enemistad contra Dios”. ¡Quiera el Todopoderoso ayudarme esta mañana a pronunciar contra todos vosotros esta acusación solemne! ¡Oh!, que el Santo Espíritu nos redarguya de pecado de modo tal que, unánimemente delante de Dios, podamos declararnos “culpables”.

No hay dificultad en la interpretación del texto que hemos leído; casi no necesita explicación. Todos sabemos lo que la palabra carne significa: la mente natural, el alma que heredamos de nuestros padres, lo que nació en nosotros cuando nuestros cuerpos fueron formados por Dios. El ánimo carnal, la *frónema sarkos*, los deseos, las pasiones del alma; esto es lo que se ha apartado de Dios para convertirse en su enemigo.

Antes de que pasemos a considerar la doctrina de este texto, observad cuán firmemente lo expresa el apóstol. “La intención de la carne”, dice, “es ENEMISTAD contra Dios.” Usa un nombre, y no un adjetivo. No dice meramente que se opone a Dios, sino que es absoluta enemistad. No es oscuro sino oscuridad; no es una enemistad, sino la enemistad misma; no es

corrupto, sino corrupción; no es rebelde, sino rebelión; no es impío, sino impiedad. El corazón es engañoso porque es en sí mismo engaño; es maldad en lo concreto, y pecado en su esencia; es el extracto, la quintaesencia de todo lo perverso; no es envidioso de Dios, sino la misma envidia; no está enemistado con Él, sino que es la enemistad misma.

No creo que sea necesario aclarar que se trata de “enemistad *contra Dios*”. No acusa a los hombres de una simple aversión al dominio, leyes o doctrinas de Jehová; sino que asesta un golpe mucho más certero y profundo. No hiere al hombre en la cabeza, sino que se introduce en su mismo corazón; pone el hacha a la raíz misma del árbol y lo llama “enemistad *contra Dios*”, contra la persona de la Divinidad, contra la Deidad, contra el poderoso Autor del universo; no enemistad contra su Biblia o contra su Evangelio, aunque sería justo, sino contra Dios mismo, Su esencia, Su existencia y Su persona. Sospesemos las palabras de este texto porque son solemnes. Han sido trazadas por Pablo, aquel maestro de elocuencia, y además, inspiradas por el Espíritu Santo, quien enseña al hombre cómo hablar rectamente. Quiera Él ayudarnos en la exposición de este pasaje, pues El mismo lo puso a nuestra consideración.

Esta mañana hemos de reseñar, primero: la *veracidad de esta afirmación*; segundo: la *universalidad del delito que se nos imputa*; tercero: nos adentraremos aún más en este tema, para llevar a vuestros corazones *la enormidad de este delito*. Después de ello, si tenemos tiempo, deduciremos un par de doctrinas que se derivan de este hecho en general.

I. En primer lugar consideremos *la veracidad de esta gran declaración*: “La intención de la carne es enemistad contra Dios”. Nosotros, como cristianos, creemos todo cuanto está escrito en la Palabra, y no necesitamos pruebas que nos acrediten su veracidad. Las palabras de la Escritura son palabras de infinita sabiduría, y si nuestra razón no logra vislumbrar la base de alguna afirmación de la revelación, ello nos obliga, más reverentemente, a creerla; pues estamos seguros de que, aún escapando a nuestro entendimiento, no puede estar en oposición a él. La Biblia dice: “La intención de la carne es enemistad contra Dios”, y ello me basta. Pero si necesitara otros testimonios, me remontaría a los pueblos de la antigüedad, y desplegando ante mí las páginas de la historia, os leería los horribles hechos de los hombres. Quizá llevaría vuestras almas al aborrecimiento, hablándoos de las crueldades de esta raza para consigo misma; mostrándoos cómo el mundo es un campo de Acéldama por sus guerras, inundado de sangre por sus luchas y asesinatos; enumerándoos la negra lista de los vicios a que todas las naciones se han entregado, o declarándoos el verdadero carácter de alguno de los más famosos filósofos; cosas de las que me ruborizaría hablar, y que vosotros os negaríais a oír; sí, sería imposible para vosotros, refinados habitantes de un país civilizado, soportar la cita de los crímenes cometidos por aquellos hombres que, hoy día, son tenidos como dechados de perfección; temo que si toda la verdad hubiera sido escrita, levantaríamos la cabeza de la lectura de las vidas de esos poderosos héroes y orgullosos sabios de la tierra, para decirles a todos de una vez: “Todos se apartaron, a una fueron hechos inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni aún uno”.

Y si todo lo dicho no bastase, os llevaría a los errores de los paganos; os hablaría de las intrigas de sus sacerdotes, por las que sus almas han sido esclavizadas en la superstición; pondría ante vosotros sus dioses, y seríais testigos de sus horribles obscenidades: los diabólicos ritos que son lo más sagrado para estos hombres embrutecidos. Entonces, después de haber oído cómo es la *religión* natural del hombre, os preguntaría: ¿cómo debe ser, pues, su *irreligión*? Si así es su devoción, ¿cómo será su impiedad? Si este es su amor ardiente a la Deidad ¿cómo será su odio? Estoy seguro que reconoceréis que la acusación está probada, porque sabéis lo que es la raza humana, y que el mundo, sin reservas y sinceramente, debe exclamar: “¡Culpable!”

Otro argumento más puedo encontrarlo en el hecho de que los mejores hombres han sido siempre los que han estado más dispuestos a confesar su depravación. Los más santos, los más puros, son los que más la han sentido. El que lleva el vestido más blanco percibirá mejor las manchas. Aquél cuya corona brilla con más fulgor, sabrá cuando ha perdido una perla. Aquel que ilumina al mundo con su luz, podrá descubrir siempre su propia oscuridad. Los ángeles del cielo velan sus rostros, y los ángeles de Dios que están en la tierra, su pueblo escogido, deben siempre

velar los suyos con humildad, cuando recuerdan lo que eran. Oíd a David: él no era de los que se jactan de una naturaleza santa y de una condición pura. “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre.” Leed de todos aquellos santos varones que escribieron este inspirado volumen, y los hallaréis confesando que no eran limpios; sí, todos ellos; uno llegó a exclamar: ¡Oh! miserable hombre de mí; ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?”

Y aún más. Citaré otro testigo de la veracidad de este hecho, quien decidirá la cuestión: vuestra conciencia. ¡Conciencia, voy a interrogarte, responde, di la verdad! ¡No estés drogada por el láudano de tu propia seguridad! ¡Di la verdad! No has oído nunca decir al corazón: “Ojalá no hubiera Dios”? ¿No han deseado los hombres, muchas veces, que nuestra religión no fuese verdad? Aunque no han podido librarse del todo de la idea de la Divinidad, no han deseado que Dios no existiera? ¿No han sentido el deseo de que todas estas realidades divinas resultasen ser un engaño, una farsa y una impostura? “Sí”, responden todos, “este pensamiento ha cruzado por mí mente muchas veces. He deseado entregarme a la locura y que no hubiera ley que me refrenara; he deseado, como el necio, que no hubiera Dios.” El pasaje de los Salmos: “Dijo el necio en su corazón, no hay Dios”, está mal traducido. Debiera decir: “Dijo el necio en su corazón, *fuera Dios*.” El necio no dice en su corazón que *no hay* Dios, porque él sabe que lo hay; sino que dice: “Fuera Dios, no necesito ninguno y desearía que no existiera”. Y, ¿quién de nosotros no ha sido tan necio que deseara que Dios no existiera? Ahora, conciencia, ¡responde a otra pregunta! Tú has confesado que a veces has deseado que no hubiera Dios; imagínate que un hombre deseara la muerte de otro, ¿no significaría ello que lo odiaba? Y así, amigos míos, el desear que Dios no exista es prueba de que le aborrecemos. Cuando deseo que alguien muera y se pudra en la tumba, que no le hubiese sido dado el ser, debo de odiar a tal persona; de otra manera no desearía que fuese borrado de la existencia. Así pues, este mero deseo -y no creo que haya un solo hombre en el mundo que no lo haya sentido- prueba que “la intención de la carne es enemistad contra Dios”. ¡Aun tengo otra pregunta, conciencia! ¿No ha deseado nunca tu corazón que, puesto que hay un Dios, fuera un poco menos santo, un poco menos puro, para que todas esas cosas que ahora son grandes crímenes pudieran ser tenidos como ofensas veniales, como pecadillos? Corazón, nunca has dicho: “Plugiera a Dios que tales pecados no estuviesen prohibidos. ¡Plugiérale ser tan misericordioso que los pasara por alto sin expiación! ¡Plugiérale no ser tan severo, tan rigurosamente justo, tan severamente estricto en su integridad!” ¿No has dicho esto alguna vez, corazón mío? La conciencia debe responder: “Lo has dicho”. Ese deseo tuyo de querer cambiar a Dios, prueba que tú no amas al Dios que existe, al Dios de cielos y tierra; y aunque puedas hablar de religión natural, y jactarte de que reverencias al Dios de los verdes campos, de las herbosas praderas, del agitado mar, del retumbante trueno, del azul del cielo, de la estrellada noche y del gran universo; aunque amaras el bello y poético ideal de la Deidad, no sería el Dios de la Escritura, porque tú has deseado cambiar su naturaleza, y con ello has probado que eres su enemigo. Pero ¿por qué, conciencia, no he de ir derecho a la cuestión? Tú puedes atestiguar, si quieres decir la verdad, que todos cuantos estamos aquí hemos transgredido tanto contra Dios, hemos traspasado sus leyes tan frecuentemente, profanado sus sábados, pisoteado sus estatutos y despreciado su Evangelio, que es verdad, la más grande de las verdades, que “la intención de la carne es enemistad contra Dios”.

II. Ahora, en segundo lugar, consideraremos *la universalidad del delito*. ¡Cuán amplia es esta afirmación! No habla de una persona ni de una clase especial de caracteres, sino de “la carne”. Es una afirmación absoluta que incluye a todos los individuos. Todo ser no regenerado por el Espíritu Santo puede ser llamado carnal con toda propiedad, y su intención es “enemistad contra Dios”.

Notad que, por ser de carácter universal, afecta a *todas las personas*; y no quedan excluidos ni aún los niños de pecho. Nosotros les llamamos inocentes, y en realidad lo son de transgresiones reales, pero como dice el poeta: “En el más tierno pecho hay una piedra”. En la mente de un niño hay enemistad contra Dios; no está desarrollada, pero allí está. Hay quien dice que aprenden a pecar por imitación; pero no es así. Tomad un pequeño y, antes de que crezca, ponedle bajo las

más piadosas influencias; que el aire que respire esté purificado por la piedad, que beba en arroyos de santidad, que sólo oiga la voz de la oración y la alabanza, que sus oídos estén siempre afinados por las notas del canto sacro; ese niño, a pesar de todo, puede llegar a ser uno de los más grandes transgresores; y aunque aparentemente esté colocado en el mismo camino del cielo, si no es dirigido por la gracia divina marchará hacia abajo, hacia el abismo. ¡Oh!, cuán verdad es que algunos que han tenido los mejores padres han sido los peores hijos; muchos que han sido educados bajo los más santos auspicios, entre las más edificantes escenas de piedad, han llegado, sin embargo, a ser perdidos y licenciosos. Así pues, el niño es malo, no por imitación, sino por naturaleza. Admitid que los pequeños también son carnales; el texto dice: “La intención de la carne es enemistad contra Dios”. He oído decir que el cocodrilo recién nacido, cuando aún casi no ha salido del cascarón, se pone en seguida en posición de ataque, abriendo sus fauces como si hubiese sido enseñado y adiestrado. Sabemos que los cachorros de león, aún después de haber sido amansados y domesticados, conservan en su interior la fiera natural de su raza, y si se les diese libertad, devorarían con la misma ferocidad que los otros. Igual sucede con el niño; podéis cubrirlo con los verdes mimbres de la educación; podéis hacer con él lo que queráis; pero dado que no sois capaces de cambiar su corazón, su mente carnal continuará en enemistad contra Dios, y a pesar de la inteligencia, talento y cuanto pudierais darle para su provecho, será, si no tan manifiestamente perversa, de la misma índole pecaminosa que la de cualquier otro niño: “la intención de la carne es enemistad contra Dios”.

Y si decimos esto de los niños, podemos aplicarlo igualmente a toda clase de personas. Hay hombres que han venido a este mundo dotados de un espíritu superior, que andan como gigantes, arropados en mantos de luz y gloria; me refiero a los poetas, seres que se yerguen como colosos, más grandes que nosotros, y que parecen descender de las esferas celestiales. Hay otros de aguda inteligencia, quienes, investigando los misterios de la ciencia, descubren cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo; hombres de penetrante mirada y gran erudición. Y aún de todos ellos poetas, filósofos, físicos y grandes descubridores- puede decirse: “La intención de la carne es enemistad contra Dios”. Tomad al hombre; instruídle, haced su inteligencia casi como la de los ángeles, infundid en su alma tan admirable espíritu, que entienda lo que para nosotros son enigmas y misterios, y pueda descifrarlos en sólo un momento sin esfuerzo; podéis hacerlo, tan poderoso que pueda entender los inexpugnables secretos de las colinas eternas y, en su puño, reducirlos a átomos; dadle una visión aguda, capaz de penetrar en los arcanos de las rocas y montañas; poned en él un alma tan poderosa que pueda vencer a la gigantesca Esfinge que por siglos conturbó a los más grandes hombres de ciencia, y con todo, cuando hayáis hecho todo esto, su mente seguirá siendo depravada, y su corazón carnal continuará en oposición a Dios. Y no sólo eso; traedlo a la casa de oración, que escuche constantemente la más clara predicación de la Palabra y que oiga las doctrinas de la gracia en toda su pureza y santa unción, que aún así, si esa santa unción no descansa sobre él, todo habrá sido en vano. Quizás asista con la máxima regularidad a los cultos, pero como las piadosas puertas de la capilla, con su movimiento de vaivén, entrando y saliendo, él continuará siendo el mismo; tendrá a lo sumo una cierta apariencia de religiosidad, pero su mente carnal continuará en enemistad contra Dios. Esta aseveración no es mía, sino que es una declaración de la Palabra de Dios; y podéis creerla o no, pero no discutáis conmigo; es el mensaje de mi Maestro, y es verdad para todos vosotros -hombres, mujeres y niños, y para mí también- que si no hemos sido regenerados y convertidos, si no hemos experimentado un cambio en el corazón, nuestra naturaleza carnal permanece en enemistad contra Dios.

Asimismo, notad la universalidad de este pecado *en todo momento*. La intención de la carne es en todo instante enemistad contra Dios. “¡Oh, sí!”, dirá alguno, “puede ser verdad que muchas veces nos hayamos opuesto a Él; pero no ha sido siempre. Habrá habido momentos, es cierto, en que hemos sido rebeldes, en que nuestras pasiones nos han arrastrado; pero también los ha habido de bondad, cuando verdaderamente hemos sido amigos de Dios y le hemos rendido sincera devoción. Hemos permanecido (continúa el que así habla) en la cima de la montaña hasta que, a la vista del panorama que se ofrecía a nuestros pies, nuestras almas han quedado arrobadas y nuestros labios han entonado un himno de alabanza:

«Gloriosas son tus obras, creador de bondades.
¡Oh!, Todopoderoso, tuyo es el universo,
Perfecto en su estructura como Tú eres perfecto.»

Sí, pero lo que es verdad un día, puede ser mentira al otro; “la intención de la carne es enemistad contra Dios” en todo momento. El lobo, aunque duerma, sigue siendo lobo; la serpiente de matices azulados, aunque esté aletargada entre las flores y un niño pueda acariciar su viscoso lomo, seguirá siendo serpiente; no cambia su naturaleza porque esté dormida. El mar es lugar de grandes tempestades, aún cuando aparezca tranquilo y cristalino como un lago. El trueno es siempre poderoso y horrísono, por muy lejos que lo oigamos. Y el corazón, aún cuando no percibamos su ebullición, aunque no vomite su lava ni arroje fuera las ardientes piedras de su corrupción, será siempre el mismo volcán terrible. A todas horas, en todo momento, a cada instante (y digo esto con palabras de Dios), si sois carnales, sois todos enemigos de Dios.

Veamos otro pensamiento acerca de la universalidad de esta afirmación. *Todo el ser* es enemistad contra Dios. El texto dice: “La intención de la carne es enemistad contra Dios”; es decir, todo el hombre, todo él: sus facultades y deseos. He aquí una pregunta que se oye con bastante frecuencia: “¿Qué parte del hombre ha sido herida por la caída?” Algunos creen que solamente sus afectos quedaron dañados, pero que la inteligencia permaneció incólume. Para apoyar su razonamiento citan la sabiduría del hombre y sus grandes descubrimientos, tales como la ley de la gravitación universal, la máquina de vapor y las ciencias naturales. Pero yo creo que todas estas cosas son una pobre manifestación del saber humano, comparado con lo que ocurrirá en los próximos cien años, y de insignificante valor si pensamos en lo que el hombre hubiera podido lograr si su inteligencia hubiese continuado en su prístina condición. Creo sinceramente que la caída aplastó al hombre por completo, y que, si bien al precipitarse como un alud sobre el grandioso templo de la naturaleza humana quedó algún capitel sin destruir, y entre las ruinas encontráis, aquí y allá, gárgolas, pedestales, cornisas y columnas casi enteros, con todo, toda la estructura se derrumbó, y sus más preciadas reliquias son cosas caídas, hundidas en el polvo. Todo el hombre está desfigurado. Mirad *nuestra memoria*; ¿no es cierto que también está degenerada? Yo puedo recordar lo malo mucho mejor que lo que sabe a piedad. Si oigo una canción obscena, su música infernal vibrará en mis oídos hasta que la cabeza se me cubra de canas; pero si fuera de santa alabanza, ¡qué lástima! La olvidé. Porque la memoria agarra con mano de hierro todo lo malo y sujeta con débiles dedos todo lo bueno. Permite que las maderas preciosas de los bosques del Líbano se deslicen por el arroyo del olvido; pero retiene toda la hez e inmundicia que sube de la depravada ciudad de Sodoma. Alberga lo malo y deja lo bueno. La memoria está pervertida. E igual ocurre con *nuestros afectos*. Amamos todo lo de esta tierra más de lo que debiéramos; nuestro corazón se siente pronto atraído por una criatura, pero muy pocas veces por su Creador; y aún cuando lo entreguemos a Jesús, su intención es siempre apartarse de Él. ¿Y nuestra *imaginación*? ¡Oh! ¡Cómo se revela cuando el cuerpo está enfermizo! Dad al hombre algo que lo intoxique, drogadlo con opio, y ¡con qué gozo danzará su imaginación! ¿Cómo volará con alas más que de águila, como pájaro desenjaulado! Ve cosas que no hubiera soñado ni aún en las sombras de la noche. ¿Por qué no obra la imaginación cuando el cuerpo se encuentra en condiciones normales? Simplemente, porque está depravada, y mientras no entra en acción un elemento extraño -mientras el cuerpo no comienza a estremecerse bajo los efectos de la intoxicación- la fantasía no puede celebrar su orgía. Existen espléndidas muestras de lo que algunos hombres escribieron bajo el maldito influjo de bebidas espirituosas. La mente está tan corrompida que desea todo cuanto pueda sumir al cuerpo en condiciones anormales; y en ello tenemos una prueba de que la imaginación se ha descarriado. ¿Y el *juicio*? Puedo probar lo injusto de sus decisiones. Y de igual modo puedo acusar a la conciencia, haciéndooos ver su ceguera y tolerancia para con las más grandes atrocidades. Si recapacitamos sobre cada una de nuestras facultades, no cabe duda de que habremos de escribir sobre todas ellas: “¡Traidor contra el cielo! ¡Traidor contra Dios!” Porque la intención de toda la carne “es enemistad contra Dios”.

Ahora bien, queridos oyentes, solamente “la Biblia es la religión de los protestantes”, pero hay un libro, reverenciado por nuestros hermanos los episcopalianos, que me da completamente la razón y que me complace citar. Habéis de saber que si me juzgáis por los Artículos de la Iglesia Anglicana, no hallaréis bajo el azul del cielo predicador más fiel al evangelio en ellos contenidos; porque si hay un verdadero compendio del Evangelio, éste se encuentra en los mencionados Artículos. Para demostramos que no os hablo de doctrinas extrañas, leamos el Artículo Noveno que trata del pecado original o de nacimiento: “El pecado original no consiste en imitar a Adam (como vanamente enseñan los pelagianos), sino que es la falta y la corrupción de la naturaleza de todo hombre, engendrada de modo natural en todos los descendientes de Adam, por la cual el hombre se encuentra completamente alejado de su primitiva justicia, y es inclinado por su propia naturaleza a hacer el mal, de manera que la carne codicia siempre contra el espíritu; y por tanto, toda persona venida a este mundo es merecedora de la condenación y de la ira de Dios. Y esta contaminación de la naturaleza permanece aún en aquellos que han sido regenerados; por lo que la concupiscencia de la carne, llamada en griego *frónema sarkos*, y que algunos interpretan como sabiduría, sensualidad, afecto o deseo de la carne, no se sujeta a la ley de Dios. Y aunque no hay condenación para aquellos que creen y son bautizados, con todo, el Apóstol confiesa que la concupiscencia y el, deseo tienen en sí mismos la naturaleza del pecado”. No necesito más. ¿Hay alguno que crea en el Ritual y que no esté de acuerdo con la doctrina de que “la intención de la carne es enemistad contra Dios”?

III. En tercer lugar, como dije al principio, trataré de mostraros *lo grave de esta culpa*. Me temo, hermanos, que muy frecuentemente, cuando consideramos nuestra situación, no pensamos tanto en la culpa en sí, como en sus consecuencias. Muchas veces he leído sermones sobre la inclinación del pecador a hacer lo malo, en los que esto ha sido eficazmente probado, humillando y abatiendo el orgullo humano; pero hay algo que, si se pasa por alto, lo considero una omisión lamentable: la doctrina de que el hombre es culpable de todas estas cosas. Si su corazón está contra Dios, debemos decirle que es por su pecado; y si no puede arrepentirse, deberíamos decirle que la única causa de su impotencia es el pecado; que su desvío de Dios es pecado; que su alejamiento de Dios es pecado. Me temo que muchos de los que estamos aquí debemos reconocer que no acusamos a nuestras conciencias de su pecado. Sí, decimos, hay en nosotros mucha maldad. ¡Desde luego! Pero nos quedamos tan tranquilos. Hermanos míos, no debiera ser así. Precisamente nuestro delito es tener esta maldad que deberíamos confesar como algo enorme; y si yo, como ministro del Evangelio, no buscara donde reside la raíz de la maldad, no daría con el verdadero virus de la misma. Y sería omitir lo que es su misma esencia, si no os hiciera ver que es un delito. Así pues, “la intención de la carne es enemistad contra Dios”. ¡Qué gran pecado es éste! Esto se pondrá de manifiesto de dos maneras. Considerad nuestra posición en relación con Dios, y entonces, recordad lo que Dios es; y cuando haya hablado de estas dos cosas, espero que veáis verdaderamente que estar enemistado con Dios es pecado.

¿*Qué es Dios para nosotros?* Es el Creador de cielos y tierra, el que sostiene las columnas del universo, el que con su aliento perfuma las flores y con su lápiz las pinta de bellos colores; El es el autor de esta maravillosa creación; “somos ovejas de su prado; él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos”; está unido a nosotros en parentesco como Hacedor y Creador, y por ello exige ser nuestro Rey. Él es nuestro legislador, el autor de la ley; y para que nuestro pecado sea más negro todavía. Él es gobernador de la providencia, porque es El quien nos cuida día tras día. Provee nuestras necesidades, mantiene la respiración en nuestros pulmones, ordena a la sangre que siga su curso por nuestras venas, nos mantiene en vida y nos guarda de la muerte, se nos presenta como nuestro Creador, nuestro Rey, nuestro Sustentador, y nuestro Bienhechor. Y yo pregunto: ¿No es un pecado de enorme magnitud -alta traición contra el Emperador del cielo-, no es un horrible pecado, cuya profundidad no podemos medir con todas las sondas de nuestra razón, que nosotros, sus criaturas, que dependemos de Él en todo y para todo, seamos sus enemigos?

Pero el delito adquiere sus verdaderas proporciones cuando pensamos en *lo que Dios es*. Permitid que personalmente apele a vosotros en forma de interrogatorio para que mis palabras

tengan más fuerza. ¡Pecador! ¿por qué estás enemistado con Dios? Él es un Dios de amor, Él es bueno para con sus criaturas, te mira con amor benevolente y por eso cada día su sol brilla sobre ti, estás alimentado y vestido, y has llegado hasta aquí con salud y vigor. ¿Odias a Dios porque te ama? ¿Es esa la razón? ¡Considera cuántas mercedes has recibido de sus manos todos los días de tu vida! No has nacido deforme y has tenido una salud considerable, has sido rescatado muchas veces de la enfermedad cuando estabas a las puertas de la muerte, su brazo ha detenido tu alma cuando estaba a un paso de la destrucción. ¿Odias a Dios por todo esto? ¿Le odias porque por su tierna misericordia te perdonó la vida?

¡Contempla cuánta bondad ha derramado sobre ti! Podía haberte enviado al infierno, pero estás aquí. Así pues, ¿le odias por perdonarte? ¡Oh! ¿por qué razón eres su enemigo? ¿No sabes que Dios envió al Hijo de su amor, colgándolo de un madero, y allí lo sujetó hasta que murió por los pecadores, el justo por los injustos? Y ¿odias a Dios por ello? ¡Oh! pecador, ¿es ésta la causa de tu enemistad? ¿Serás tan desagradecido que devuelvas odio por amor? Y porque te ha rodeado de favores, colmado de misericordia y llenado de bondad infinita, ¿le aborreces? Él puede decir como Jesús a los judíos: “¿Por cuál obra de éstas me apedreáis?” ¿Por cuál de estas obras odias a Dios? Si una persona te procurara el alimento, ¿la odiarías?; si te vistiera, ¿abofetearías su rostro?; si te hubiese dado talentos, ¿volverías esas facultades contra ella? ¡Oh, responde! ¿Forjarías tú el hierro y la daga para clavarlo en el corazón de tu mejor amigo? ¿Odias a la madre que te amamantó sobre sus rodillas? ¿Maldices al padre que veló por ti sabiamente? Dices que no; nosotros sentimos algo de gratitud hacia nuestros familiares de este mundo. ¿Cómo son vuestros corazones, y dónde los tenéis, que aún podéis odiar a Dios y ser sus enemigos? ¡Oh, diabólico crimen, satánica atrocidad, iniquidad que no hay palabras para describir! ¡Odiar al Amor Supremo, despreciar la esencia de la bondad, aborrecer al siempre misericordioso, desdeñar al eterno bienhechor, escarnecer al bueno, al compasivo, y sobre todo, odiar al Dios que entregó a su Hijo para morir por nosotros! Temblad al solo pensamiento de que “la intención de la carne es enemistad contra Dios”. Querría hablaros con más poder, pero únicamente mi Maestro puede grabar en vosotros el enorme mal del horrible estado de vuestro corazón.

IV. De todo lo que hemos considerado, trataré de deducir, como os dije al principio, un par de importantes doctrinas. ¿Está la carne “en enemistad contra Dios”? Entonces *la salvación no puede ser por méritos*, sino por gracia. Si estamos enemistados con Él, ¿qué mérito podemos tener? ¿Cómo podemos merecer algo de Aquél a quien odiamos? Pero aunque fuésemos tan puros como Adam, tampoco mereceríamos nada; porque no creo que él tuviera ningún mérito delante de su Creador, ya que cuando había guardado todas sus leyes, siervo inútil era, pues no había hecho más de lo que debía hacer: no poseía saldo favorable ni superávit. Mas, habiendo venido a ser enemigos de Dios, ¿qué esperanza de salvación tenemos por nuestras obras? No; la Biblia nos dice, desde el principio hasta el fin, que la salvación no es por las obras de la ley, sino por la acción de la gracia. Martín Lutero decía que él predicaba continuamente la justificación por la fe sola, y añadía: “Porque la gente suele olvidarlo; de manera que casi me veo obligado a golpear sus cabezas con mi Biblia para meterla en sus corazones”. Y es una realidad que incesantemente olvidamos, que la salvación es por la gracia sola; pero nosotros siempre intentamos añadir las migajas de nuestra virtud: queremos cooperar en algo. Recuerdo un dicho del viejo Matthew Wilkes: “¡Tratar de salvarse por las obras es como intentar llegar a América en un barco de papel!” ¡Es imposible salvaros por ellas! El pobre legalista es como el caballo ciego que da vueltas al molino; o como el prisionero que sube los escalones de la rueda con que mueve una máquina sin moverse nunca del mismo sitio, siempre al mismo nivel después de todo su esfuerzo, sin una esperanza ni tierra firme donde apoyarse. No hace bastante, “nunca bastante”. La conciencia siempre dice: “Esto no es perfección; debería ser mejor”. La salvación de los enemigos ha de ser por medio de un embajador -por una expiación-; sí, por Cristo.

Otra doctrina que sacamos es, *la necesidad de un completo cambio de nuestra naturaleza*. Es verdad que desde que nacemos somos enemigos de Dios. ¡Cuán necesario es, pues, que nuestra naturaleza sea cambiada!; pero hay muy poca gente que lo crea sinceramente. Piensan que,

cuando estén a las puertas de la muerte, con clamar: “Señor, ten misericordia de mí”, irán derechos al cielo. Supongamos, por un momento, un caso imposible de ocurrir. Imaginaos a un hombre que, sin que su corazón hubiese cambiado, entrara en el cielo. Se acerca a la puerta, oye un cántico, ¡se sobresalta!: es de alabanza a su *enemigo*. Ve un trono, y sentado en él a alguien que es glorioso: es su *enemigo*. Pasea por calles de oro, pero aquellas calles son de su *enemigo*. Ve huestes de ángeles, pero aquellas huestes son de siervos de su *enemigo*. Está en casa de su *enemigo*, porque se halla *enemistado* con Dios. No podría unir su voz al coro que canta, porque no sabría la música. Permanecería quieto, callado, hasta que Cristo dijera, con voz más fuerte que miles de truenos: “¿Qué haces tu ahí? ¿Enemigos en un banquete de bodas? ¿Enemigos en la casa de los hijos de Dios? ¿Enemigos en el cielo? ¡Echadle de aquí! ¡Apártate, maldito, al fuego eterno del infierno!” ¡Oh, amigos!, si el hombre no regenerado pudiera entrar en el cielo, y cito una frase harto repetida de Whitefield, sería tan desgraciado allá, que rogaría a Dios le permitiera precipitarse en el infierno en busca de refugio. Si pensamos en la condición futura, debemos reconocer que es necesario un cambio, porque ¿cómo podrán jamás los enemigos de Dios sentarse a las bodas del Cordero?

Y para terminar -y esto está en el texto después de todos recordaré que *este cambio debe ser obrado por un poder superior al vuestro*. Un enemigo puede convertirse en amigo, pero nunca la *enemistad* en amistad. Si el ser enemigo se debiera a algo añadido a la naturaleza del hombre, éste podría transformarse en amigo; pero si la misma esencia de su existencia es enemistad positiva, ésta no puede cambiarse a sí misma. Debe haber algo mucho más poderoso que lo que nosotros podamos hacer, y este algo es precisamente lo que se ha olvidado en nuestros días. Si queremos tener más conversiones, debemos predicar con más frecuencia sobre el Espíritu Santo. Os digo, amigos, que, aunque os cambiéis a vosotros mismos, aunque os hagáis mejores y mejores cada día, jamás seréis lo suficientemente buenos para el cielo. Hasta que el Espíritu de Dios ponga sobre vosotros su mano, hasta que renueve vuestro corazón y purifique vuestra alma, hasta que cambie totalmente vuestro espíritu y os haga nuevas criaturas, no podréis entrar en el cielo. Cuán seriamente deberíais pararos a meditar. Heme aquí: criatura de un día, mortal nacido para morir, y sin embargo inmortal. Ahora estoy enemistado con Dios. ¿Qué haré? ¿No es mi obligación y mi dicha preguntar dónde puede hallar un camino que me lleve a la reconciliación con Él?

¡Oh! afligidos esclavos del pecado, ¿no son vuestros caminos senderos de locura? ¿Es sensato odiar a Dios? ¿Es sensato estar enemistado con Él? ¿Es prudente despreciar las riquezas de su gracia? Si es sensato, será una sensatez infernal. Sí es sabio, será con la sabiduría que es necedad para con Dios. ¡Oh! quiera el Todopoderoso daros que os volváis a Jesús con firme propósito de corazón. Él es el embajador del cielo; Él puede pacificar por su sangre, y aunque hayáis entrado aquí como enemigos, si podéis mirar a la serpiente de bronce que fue levantada, a Cristo Jesús, saldréis por esa puerta siendo sus amigos.

Puede que el Espíritu Santo haya convencido de pecado a alguno. A vosotros os anunciaré el camino de salvación. “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado para que todo aquel que en Él creyere no se pierda sino que tenga vida eterna.” ¡Mirad, trémulos penitentes, he aquí los medios de vuestra libertad! Volved vuestros ojos llorosos a la cima del Calvario, y contemplad a la víctima de la justicia, el sacrificio expiatorio de vuestras transgresiones. Ved al Salvador en su agonía, cubierto de sangre -el precio de vuestras almas- soportando vuestro castigo, rodeado de las más intensas angustias y dolores. El murió por ti, si ahora confiesas tus culpas. Ven, alma condenada, vuelve tus ojos acá, porque una sola mirada salva. Pecador, tú has sido mordido. ¡Mira!, solamente ¡mira!; simplemente ¡mira! Y aunque no puedas hacer otra Cosa sino mirar a Jesús, tú eres salvo. Oye la voz del Redentor: “Mirad a mí y sed salvos”. ¡Mirad! ¡Mirad! ¡Mirad! ¡Mirad! Oh, alma culpable,

«Abrázate a Jesús crucificado
Sin dejar que se mezcle otra creencia
Sólo Él puede hacer buena la conciencia

Del pobre pecador desamparado».

Quiera mi bendito Señor ayudaros a ir a Él, y llevaros a su Hijo, por amor de Jesús. Amén y amén.

XV. LA REDENCIÓN LIMITADA

«Como el Hijo del hombre no vino para ser
servido, sino para servir, y para dar su
vida en rescate por muchos» (Mateo 20:28).

El día en que por primera vez ocupé este púlpito en el cumplimiento de mi ministerio para predicar en esta sala, mi congregación tenía el aspecto de una masa irregular de personas, reunidas de todas las calles de esta ciudad para oír la Palabra. Entonces, se trataba simplemente de un evangelista predicando el Evangelio a muchos que nunca lo habían oído anteriormente. Por la gracia de Dios, el más bendito cambio tuvo lugar; y ahora, en vez de contar con una multitud irregular y fluctuante, mi congregación es tan estable como la de cualquier ministro de Londres. Desde este púlpito, puedo contemplar las caras de mis amigos que han ocupado los mismos sitios, tan exactamente como les ha sido posible, durante todos estos meses; y tengo el privilegio y el placer de saber que la mayor parte de ellos, tres de cada cuatro de los aquí reunidos, no son personas que hayan entrado en este lugar movidos por la curiosidad, sino que son mis asiduos y constantes oyentes. Y observad cómo mi condición ha cambiado también; pues de ser simplemente un evangelista, ahora me he convertido en vuestro pastor. Antes erais un abigarrado grupo que os juntabais para oírme, pero ahora todos estamos unidos por los lazos del amor, y por medio de este contacto hemos crecido en amor y respeto los unos para con los otros, y habéis llegado a ser las ovejas de mi dehesa y miembros de mi rebaño. Y es para mí un honor el asumir el cometido de pastor en este lugar, así como en la capilla donde desarrollo mi ministerio por la tarde. Creo, pues, que como la congregación y el lugar han cambiado, no extrañará a nadie que las enseñanzas también sufran un pequeño cambio. Ha sido siempre mi costumbre el dirigirme a vosotros con las verdades sencillas del Evangelio, y raras veces he tratado de explorar en lo profundo de Dios. Un texto que yo haya considerado apropiado para mi congregación de por la tarde, no lo sometería a vuestra consideración por la mañana. Hay elevadas y sublimes doctrinas, las cuales he tenido frecuentemente la oportunidad de tratar en mi propio local, que no me he tomado la libertad de traerlas aquí, considerandoos como concurrencia reunida casualmente para oír la Palabra. Pero ahora, puesto que las circunstancias han cambiado, la enseñanza también cambiará. No me ceñiré simplemente a la doctrina de la fe, o a la enseñanza del bautismo del creyente. No trataré de una manera superficial las cosas, sino que me aventuraré, según Dios quiera guiarme, a penetrar en aquello que es la base de nuestra amada religión. No me alteraré si os predico la doctrina de la soberanía divina, ni temblaré si os anuncio de forma clara y sin reservas la de la elección. No tendré miedo de exponeros la gran verdad de la perseverancia final de los santos, ni la inequívoca doctrina del llamamiento eficaz de los elegidos de Dios. Me esforzaré, hasta donde Dios me ayude, en no ocultar nada a vosotros, mi nuevo rebaño. Considerando que muchos ya habéis “gustado que el Señor es benigno”, procuraremos examinar detenidamente todo el sistema de las doctrinas de la gracia, para que los santos puedan ser edificados y reafirmados en su más santa fe.

Así pues, comenzaremos esta mañana con la doctrina de la redención. El Señor vino para “dar su vida en rescate por muchos”.

Esta doctrina es una de las más importantes del sistema de la fe. Un error en este punto nos llevaría inevitablemente a la más completa confusión de todo el sistema de nuestras creencias.

Ahora bien, vosotros sabéis que hay diferentes teorías en cuanto a la redención. Todos los cristianos creen que Cristo murió para redimir, pero no todos enseñan la misma redención. Discrepamos sobre la naturaleza de la expiación, y sobre el propósito de la misma redención. Por ejemplo, los arminianos dicen que Cristo, cuando murió, no fue con la intención de salvar a ninguna persona en particular, y enseñan que Su Muerte no asegura, más allá de toda duda, la salvación de ningún hombre determinado. Ellos creen que Jesús murió para hacer posible la salvación de todos y que, haciendo algo más, cualquiera que lo desee puede alcanzar la vida eterna; en consecuencia, se ven obligados a mantener que, si la voluntad humana no cede y se

entrega voluntariamente a la gracia, la expiación de Cristo será inútil. Sostienen que no hay nada especial ni particular en la muerte de Cristo. Jesús murió, según ellos, tanto por Judas en el infierno como por Pedro que subió al cielo. Creen que ha habido una verdadera y real redención tanto para los que han sido entregados al fuego eterno, como para aquellos que están delante del trono del Altísimo. Pero nosotros no creemos tal cosa. Afirmamos que, cuando Cristo murió, lo hizo con un propósito definido, y que este propósito se cumplirá con toda exactitud y sin ningún género de duda. Medimos el objeto de la muerte de Cristo por su resultado. Si alguien nos preguntara: “¿Qué se propuso Cristo con su muerte?”, responderíamos con otra pregunta: “¿Qué ha hecho Cristo, o que hará Cristo por su muerte?” Porque nosotros declaramos que la medida del efecto del amor de Cristo, es la medida de su objeto. No podemos falsear de tal forma nuestra razón como para creer que la intención del Todopoderoso podría ser frustrada, o que el propósito de algo tan grande como la expiación podría fracasar por alguna causa. Mantenemos- y no tenemos reparo en decir lo que creemos- que Cristo vino a este mundo con la intención de salvar “una gran multitud que nadie puede contar”; y como resultado de ello, estamos seguros de que todos aquellos por quienes Él murió, serán certísimamente limpios de pecado, y permanecerán delante del trono del Padre, lavados por sangre. No creemos que Cristo efectuara una expiación eficaz por los que están condenados para siempre; no osaríamos pensar que la sangre de Cristo fue derramada con la intención de salvar a aquellos que Dios previó que nunca serían salvos, y menos aún que, de acuerdo con lo que dicen algunos, Cristo muriera por muchos que ya estaban en el infierno cuando Él subió al Calvario.

He expuesto así someramente nuestra teoría de la redención y aludido a las diferencias que separan a dos grandes grupos de la iglesia profesante. Trataré ahora de mostrar la grandeza de la redención de Jesucristo y, al hacerlo, espero ser ayudado por el Espíritu de Dios para sacar a la luz todo el gran sistema de la redención, de forma que pueda ser comprendido por todos nosotros, aunque no todos lo aceptemos. Pero debéis tener presente, si es que algunos estáis dispuestos a discutir lo que yo afirmo, que eso de argumentar no va conmigo; yo enseñaré siempre las cosas que considere ser la verdad, sin impedimento ni estorbo de persona alguna. Vosotros tenéis la misma libertad de acción en vuestros locales, y podéis predicar lo que creáis conveniente en vuestras propias asambleas, como yo pretendo tener el derecho de hacerlo en la mía, plena y decididamente.

Cristo Jesús “dio su vida en rescate por muchos”; y por ese rescate obró gran redención para nosotros. Trataré de mostrar la grandeza de esta redención midiéndola de cinco maneras. Notaremos su grandeza, pues, primeramente, por *la atrocidad de nuestra propia culpa*, de la cual Él nos ha librado; en segundo lugar, apreciaremos su redención *por la severidad de la justicia divina*; en tercer lugar, la mediremos *por el precio que Él pagó*, los tormentos que tuvo que sufrir; acto seguido, trataremos de magnificarla estimando *la liberación que por Él gozamos ahora*; y terminaremos haciendo mención *del inmenso número por quienes esta redención ha sido efectuada*, que nuestro texto describe como “muchos”.

I. Primeramente, pues, veremos que la redención de Cristo, sólo con medirla por NUESTROS PECADOS, no fue algo insignificante. Hermanos, considerad por un momento el abismo de donde habéis sido sacados y la cantera donde habéis sido labrados. Vosotros que habéis sido lavados, purificados y santificados, paraos un momento y recordad vuestro primitivo estado de ignorancia; los pecados a los que os entregabais, los delitos en los que os precipitabais, y la continua rebelión contra Dios que teníais como forma ordinaria de vida. Un solo pecado puede perder un alma para siempre; no hay capacidad en la mente humana para poder comprender la maldad infinita que encierran las entrañas de un solo pecado, ni la inmensidad de la culpa que se esconde en una sola de las transgresiones contra la majestad de las alturas. Así, sólo con que vosotros y yo hubiésemos pecado una sola vez, nada que no fuera una expiación de infinito valor podría haber borrado jamás el pecado y satisfecho por él. Pero ¿es cierto que vosotros y yo fuimos transgresores solamente una vez? No, hermanos míos, nuestras iniquidades fueron más numerosas que los cabellos de nuestra cabeza, y han prevalecido poderosamente sobre nosotros.

Podemos contar las arenas de la mar, o averiguar las gotas que encierra el vasto océano, antes que enumerar las transgresiones que han marcado nuestras vidas. Recordemos nuestra niñez. ¡Qué temprano comenzamos a pecar! ¡Cómo desobedecíamos a nuestros padres y hacíamos de nuestra boca cueva de mentiras! ¡Cuán pícaros y desobedientes fuimos en nuestra infancia! Testarudos y veleidosos, prefiriendo nuestra propia voluntad, rompíamos violentamente todo freno o moderación que nuestros piadosos padres ejercían sobre nosotros. Nuestra adolescencia tampoco nos apaciguó. Furiosamente, muchos de nosotros, nos precipitamos en la vorágine de la danza del pecado. Nos convertimos en guías de iniquidad; no solamente pecamos nosotros, sino que enseñamos a otros. Y al llegar a la madurez, y entrar en la flor de la vida, llegamos a ser más sobrios en apariencia, y quizá nos liberamos de la disipación de la juventud; pero, ¡que mejoría tan imperceptible! A menos que la gracia soberana de Dios nos haya renovado, no somos mejor de lo que éramos al principio; y aunque este cambio haya sido operado en nosotros, aún tenemos pecados de qué arrepentirnos, y aún hemos de poner nuestras bocas en el polvo, y ceniza sobre nuestras cabezas, clamando: “¡inmundo!, ¡inmundo!” Y vosotros también, los que os apoyáis cansados en vuestro bastón, soporte de vuestra vejez, ¿no quedan todavía pecados adheridos a vuestras ropas? ¿Son vuestras vidas tan blancas como los albos cabellos que coronan vuestras cabezas? ¿No sentís que la transgresión salpica todavía los bordes de vuestros vestidos manchando su albura? ¡Cuán frecuentemente os habéis hundido en el arroyo hasta que vuestra misma ropa os ha causado náuseas! Posad vuestros ojos sobre los sesenta, setenta u ochenta años que Dios os ha perdonado la vida, y decidme si podéis contar vuestras innumerables transgresiones o calcular el peso de los delitos que habéis cometido. ¡Oh, estrellas del cielo!, el astrónomo puede medir vuestra distancia y decirnos vuestra altura, pero vosotros, ¡Oh, pecados de la humanidad!, sobrepasáis toda medida y conocimiento. ¡Y vosotras, altas montañas!, venero de tempestades y nido de tormentas; el hombre puede trepar a vuestras cimas y hollar vuestras nieves con su pie; pero vosotras, ¡Oh, simas de transgresiones!, sois más hondas que todo cuanto nuestra imaginación pudiera profundizar. ¿Me acusáis vosotros, queridos oyentes, de que denigro la naturaleza humana? Si lo hacéis es, porque no la conocéis. Si Dios os hubiera mostrado vuestros corazones, daríais testimonio de que, lejos de exagerar, mi pobre palabra falla en el intento de describir la grandeza de nuestra perversidad. ¡Ay!, si cada uno de todos nosotros miráramos hoy en el interior de nuestros corazones, y nuestro, ojos pudieran penetrar hasta ver la iniquidad que, como con punta de diamante, está grabada en nuestras rocosas entrañas, tendríamos que decirle al ministro que, aunque el pudiera describir la gravedad de nuestra maldad, su descripción siempre sería pobre. ¡Cuán grande, pues, amados, tuvo que ser el rescate pagado por Cristo para salvarnos de todos estos pecados! Los hombres por quienes Jesús murió, por grandes que fueran sus pecados, fueron justificados de todas sus transgresiones cuando creyeron. Aunque pudieran haber caído en los más grandes vicios, y se hubieran entregado a los más bajos deseos que Satanás les insinuaba y que el hombre fuera capaz de cometer, toda la culpa fue borrada solamente con creer. Quizá han andado años tras año metidos en tinieblas de maldad hasta que su pecado ha llegado a ser doblemente negro y horrible; pero en un momento de fe, en un momento de triunfal confianza en Cristo, la gran redención quitó la culpa de muchos años. Y no sólo eso, sino que si fuera posible que todos los pecados que la humanidad ha cometido en pensamiento, palabra, y obra, desde que el mundo fue hecho, fueran cargados sobre una sola y pobre cabeza, la gran redención es totalmente suficiente para borrarlos todos y emblanquecer al pecador más que la misma nieve.

¡Oh!, ¿quién medirá la altura de la suprema suficiencia del Salvador? Al que lo intente, habladle primero de la inmensidad del pecado y, después, recordadle que, como Noé permaneció sobre la cima de las montañas de la tierra, la sangre de la redención de Cristo creció sobre las cumbres de las montañas de nuestros pecados. En los atrios celestiales hay hombres que una vez fueron asesinos, ladrones, borrachos, fornicarios, blasfemos y perseguidores; pero que han sido lavados, han sido santificados. Preguntadles de dónde nace el brillo de sus ropas, y dónde se ha perfeccionado su pureza, que todos al unísono os contestarán que han lavado sus vestiduras y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. ¡Oíd vosotros, los que tenéis la conciencia afligida!, ¡los trabajados y cargados!, ¡los que gemís bajo el peso de vuestros pecados!; la gran redención

que ahora os proclamamos” es del todo suficiente para colmar vuestras necesidades. Y si la multitud de vuestros pecados sobrepasase en número a las estrellas que engalanan el cielo, sabed que hay una expiación hecha por todos ellos, un río que puede arrastrarlos y llevarlos lejos de vosotros para siempre. Ésta es, pues, la primera medida de la expiación:

la atrocidad de nuestra culpa.

II. En segundo lugar, debemos medir la gran redención. POR LA SEVERIDAD DE LA JUSTICIA DIVINA. “Dios es amor”, bondad infinita; pero mi próxima proposición no contradirá en modo alguno esta aseveración. Dios es severamente justo, inflexiblemente riguroso en su trato con el hombre. El Dios de la Biblia no es la clase de dios que algunos imaginan, que tiene tan en poco el pecado que lo pasa por alto sin exigir el castigo debido. No es el dios de aquellos que creen que nuestras transgresiones son minucias, simples pecadillos a los que el dios del cielo hace la vista gorda y tolera hasta que mueran marchitos por el olvido. No, Jehová, el Dios de Israel, ha dicho de sí mismo “Él es Dios celoso”. Y he aquí su propia declaración: “De ningún modo justificaré al culpable”. “El alma que pecaré, esa morirá.” Aprended, amigos míos, a considerar a Dios tan severo como si en Él no hubiese amor, y tan amoroso como si en Él no hubiera severidad. Su amor no atenúa su justicia, ni su justicia, en el más mínimo grado, hace mella en su amor. Las dos cosas están dulcemente enlazadas en la expiación de Cristo. Pero notad que nunca podremos comprender la plenitud de la expiación, si antes no hemos entendido la verdad bíblica de la inmensa justicia de Dios. No ha habido nunca una mala palabra dicha, un mal pensamiento concebido, o una mala acción cometida, que Dios no haya de castigar en la persona de los culpables o en la de otro. El quiere una satisfacción de vosotros, o si no de Cristo. Si no tenéis expiación por medio de Cristo, la deuda que nunca pudisteis saldar, la pagaréis en eterna miseria sin fin; porque, tan cierto como que Dios es Dios, antes perderá su Deidad que dejar un solo pecado sin castigar, o un intento de rebelión sin venganza. Podéis decir que este carácter de Dios es frío, riguroso y severo. No puedo impedir que habléis así; no obstante, lo que he dicho es verdad. Así es el Dios de la Biblia; y aunque repetimos como cierto que Él es amor, no es menos verdad que, además de amor, es suma justicia; porque en Dios se halla todo lo bueno elevado a la perfección, de forma que, mientras el amor alcanza su consumada hermosura, la justicia se torna en severamente inflexible. No hay aberración ni componenda en el carácter de Dios; ninguno de sus atributos destaca sobre los demás de forma que les haga sombra. El amor tiene pleno dominio, y la justicia no está más limitada que su amor. ¡Oh, amados!, pensad, pues, cuán grande debe de haber sido la sustitución de Cristo cuando satisfizo a Dios por todos los pecados de su pueblo. Porque el pecado del hombre exige de Dios eterno castigo, y Él ha preparado un infierno para arrojar en él a todos los que mueran impenitentes. ¡Oh, hermanos!, por toda esta eterna aflicción que Dios debió haber cargado sobre nosotros si no hubiera sido abrumada sobre Cristo nuestro sustituto, podréis comprender cuál debió ser la grandeza de la expiación. ¡Mirad!, ¡mirad!, ¡mirad con grave mirada las sombras que nos separan del mundo de los espíritus, y contemplad aquel lugar de desgracia y miseria que los hombres llaman infierno! No podéis soportar el espectáculo. Recordad que allí hay almas pagando para siempre su deuda a la justicia divina; y aunque muchas de ellas han estado en aquel lugar abrasándose en las llamas durante los últimos cuatro mil años, su deuda sigue tan intacta como cuando empezaron; y cuando diez mil veces diez mil años hayan pasado, continuarán sin haber satisfecho a Dios por su culpa, como no lo han hecho hasta ahora. Sabiendo esto, podréis apreciar también la grandeza de la mediación de vuestro Salvador, cuando pagó de una sola vez lo que adeudabais. Así pues, no hay nada de la deuda del pueblo de Cristo que haya quedado sin pagar a Dios, a no ser un gran débito de amor. Para la justicia, el creyente no debe nada; y aunque al principio su deuda fuera tan enorme que toda la eternidad no bastaría para saldarla, aún así, Cristo en un momento la pagó, de manera que el que cree es completamente justificado de toda culpa y librado del castigo por la obra de Jesús. Considerad, pues, la grandeza de su expiación por todo cuanto Él ha hecho.

Haremos aquí una pausa para exponemos otro pensamiento. Hay veces en que Dios Espíritu Santo muestra la severidad de la justicia en las conciencias de los hombres. Quizás haya aquí alguno cuyo corazón ha sido herido por una sensación de pecado. Uno que era un libertino, no sujeto a nadie; pero ahora, la flecha del Señor se ha hundido firmemente en su corazón y le ha sumido en una esclavitud más dura que la de Egipto. Vedle hoy y escuchad cómo os dice que su culpa le persigue por doquier. El negro esclavo, guiado por la estrella polar, puede escapar de las crueldades de su amo y alcanzar otra tierra donde ser libre; pero nuestro hombre sabe que aunque recorriera todo el ancho mundo, no podría huir de su culpabilidad. El que esta atado por muchas cadenas aún tiene la esperanza de encontrar una lima que le desate y le dé la libertad; pero este hombre os dirá cómo ha probado con oraciones y lágrimas y buenas obras, que no bastaron para soltar los grillos de sus muñecas; ahora se siente como un pobre y perdido pecador, y la emancipación le parece una imposible quimera. El cautivo en la mazmorra piensa a veces que es libre, aunque su cuerpo este preso. Su espíritu rompe los muros de su celda, y vuela a las estrellas como el águila, que no es esclava de nadie; pero este hombre es esclavo de sus mismos pensamientos; no puede tener una idea alegre o feliz. Su alma ha sido abatida, las cadenas se han soldado con su espíritu, y está sumamente afligido. El preso olvida a veces su esclavitud en el sueño, mas este hombre no puede dormir; por la noche sueña con el infierno, y durante el día le parece vivir en él; un horno de fuego arde en su corazón, y haga lo que haga no lo puede apagar. Ha sido confirmado, ha sido bautizado, recibe los sacramentos, asiste a la iglesia o frecuenta alguna capilla, guarda todas las reglas y obedece todos los preceptos; pero a pesar de ello el fuego sigue ardiendo. Da limosnas a los pobres, está dispuesto a dar su cuerpo para ser quemado, da de comer al hambriento, visita al enfermo, viste al desnudo; pero el fuego continúa ardiendo, y haga lo que haga no lo puede apagar. ¡Oíd vosotros, hijos de aflicción y fatiga!, esto que sentís es la justicia de Dios que os busca, y bienaventurados sois por ese sentimiento, porque es a vosotros a quienes os predico este glorioso Evangelio del bendito Dios. Vosotros sois los hombres por los que Cristo ha muerto; por vosotros Él ha satisfecho la severa justicia; y ahora todo lo que tenéis que hacer para lograr la paz de la conciencia es decir a vuestro adversario que os busca: “¡Mira allí! Cristo murió por mí; yo sé que mis buenas obras no te detendrían ni mis lágrimas te apiadarían; pero ¡mira allí! ¡Contempla a mi Dios sangrante, pendiente de la cruz! ¡Escucha su lamento de muerte! ¡Vele morir! ¿No estás ahora satisfecho?” Y cuando hayáis hecho esto, tendréis la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, la cual guardará vuestro corazón y mente por Cristo Jesús Señor nuestro; y así conoceréis la grandeza de su expiación.

III. En tercer lugar, mediremos la grandeza de la redención de Cristo por EL PRECIO PAGADO. Es imposible para nosotros saber cuán grandes fueron los tormentos de nuestro Salvador; pero el contemplarlos nos dará una pequeña idea de la magnitud del precio que pagó por nosotros. ¡Oh, Jesús!, ¿quien describirá tu agonía?

«¡Venid a mí, vosotros los manantiales, todos,
Morad en mi cabeza; ; venid, nubes y lluvia!;
Mi aflicción necesita de todas esas aguas
Que la naturaleza ha engendrado en vosotros.
Veneros, parid ríos que aneguen estos ojos,
Mis ojos ya cansados, y por el llanto secos
A menos que otros canos los llenen nuevamente,
Y despierten sus fuerzas, para que prestar puedan
A mi dolor inmenso los chorros de sus fuentes.»

¡Oh, Jesús!, Tú fuiste víctima desde tu nacimiento, varón de dolores, experimentado en quebranto. Los sufrimientos cayeron sobre ti en llovizna perpetua, hasta la última pavorosa hora de tinieblas; y entonces, no como nube, mas como torrente, como catarata de aflicción, tus agonías se precipitaron sobre ti. ¡Vedle allá! Es noche de frío y escarcha, pero Él está en el campo. Es de

noche; no duerme, sino que está en oración. ¡Oíd en el silencio sus gemidos! ¿Ha tenido nunca ningún hombre lucha como la suya? ¡Acercaos y mirad su faz! ¿Habéis visto alguna vez sobre rostro mortal semejante sufrimiento como podéis contemplar en ella? ¿Oís sus palabras? “Mi alma está muy triste, hasta la muerte.” Se levanta; es agarrado y prendido por los traidores. Avancemos hacia el sitio en que ha estado en agonía. ¡Oh, Dios!, ¿qué es lo que ven nuestros ojos? ¿Qué es esto que mancha la tierra? ¡Sangre! ¿De dónde? ¿Quizás de alguna herida que se ha abierto de nuevo por su espantosa lucha? ¡Ah!, no. “Fue su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra.” ¡Oh, agonías que las palabras no bastan para describir! ¡Oh, sufrimientos que el lenguaje es pobre para narrar! ¡Cuán terribles debisteis ser que excitasteis el bendito ser del Salvador hasta hacer brotar sudor de sangre de todo su cuerpo! Y este es el principio, el comienzo de la tragedia. Seguidle tristemente, Iglesia afligida, para dar testimonio de la consumación. Es acuciado en tropel por las calles, arrastrado de un tribunal a otro, desechado y condenado ante el Sanedrín, escarnecido por Herodes, juzgado por Pilato. Su sentencia es pronunciada: “¡Sea crucificado!” Y ahora la tragedia llega a su momento culminante. Su espalda es desnudado, es amarrado a la columna romana del suplicio. El sangriento látigo levanta tiras de piel, y como por un río de sangre sus lomos se tintan de grana; vestidura carmesí que le proclama emperador de aflicción. Es metido en el cuerpo de guardia; sus ojos son vendados, y la soldadesca le aboetea y le dice: “Profetiza quién es el que te hirió”. Escupen sobre su rostro, tejen una corona de espinas y la clavan sobre sus sienes, le visten con un manto de grana, hincan la rodilla delante de Él burlándose. Enmudece, no abre su boca. “Cuando le maldecían, no retornaba maldición”, sino que encomendó su causa a Aquel a quien vino a servir. Y ahora lo asen, y entre burlas y desprecio lo sacan del palacio y lo llevan en tropel por las calles. Desfallecido por los continuos ayunos y abatido por su agonía de espíritu, tropieza bajo el peso de su cruz. ¡Hijas de Jerusalén!, Él desmaya en vuestras calles. Lo vuelven a levantar, ponen su cruz sobre otros hombros, y lo empujan, quizás a punta de lanza, hasta que llega al monte de la ejecución. Groseros soldados caen sobre él y lo tumban sobre su espalda; el leño cruzado queda bajo Él, sus brazos son distendidos cuanto el cruel suplicio requiere, los clavos son preparados; cuatro martillos los clavan a una en las partes más tiernas de su cuerpo, y helo allí, acostado sobre el madero, muriendo en su cruz. Todavía no se ha terminado. El leño es alzado por los rudos soldados. El agujero ya está preparado. La cruz es soltada bruscamente en él, lo rellenan con tierra, y allí queda. Pero mirad los miembros del Salvador, ¡cómo tiemblan! ¡todos sus huesos se han desconyuntado por el golpe cruel del madero contra el suelo! ¡Cómo llora! ¡Cómo gime! ¡Cómo solloza! Y aún más; oíd su último grito de agonía: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” ¡Oh, sol, no me pasma que cerraras tus ojos para no contemplar por más tiempo un hecho tan cruel! ¡Oh, rocas, no me maravilla que la compasión ablandara y rompiera vuestros corazones cuando vuestro Creador murió! Nunca sufrió nadie como Él. Aun la muerte se enterneció, y muchos de los que estaban retenidos en sus tumbas salieron y bajaron a la ciudad. Pero estas fueron todas las señales externas; y creedme, hermanos, lo que no se vio fue muchísimo peor. Lo que nuestro Salvador sufrió en su cuerpo no es nada comparado con el suplicio de su alma. No podéis imaginaros, ni yo tengo palabras para ayudaros, el sufrimiento moral de nuestro Redentor. Suponed por un momento -y repito esta idea que a menudo he usado- suponed a un hombre que ha caído en el infierno; imaginaos que todos sus eternos tormentos pudieran concentrarse en una hora y ser multiplicados por el número de los salvados, número que sobrepasa toda humana consideración. ¿Podéis imaginar así la inmensidad de la desgracia y miseria de los sufrimientos del pueblo de Dios, si hubiese sido castigado por toda la eternidad? Y recordad que Cristo tuvo que soportar el equivalente a todos los infiernos de sus redimidos. Es imposible expresar este pensamiento mejor que con aquellas conocidas palabras: El infierno fue puesto en su copa; Él la tomó, y “en un terrible trago de amor bebió la condenación hasta las heces”. Así pues, apuré todas las penas y miserias infernales para que su pueblo jamás tuviera que sufrirías. Yo no digo que Él sufriera en esa misma proporción, sino que sufrió en conformidad a la deuda de los suyos, pagó a Dios por todos los pecados de su pueblo, y llevó un castigo equivalente al de ellos. ¿Podéis ahora imaginar, podéis haceros una idea de la gran redención de nuestro Señor Jesucristo?

IV. Seré muy breve en este punto que consideraremos ahora. La cuarta manera de medir las agonías del Salvador es ésta: **POR LA GLORIOSA LIBERACIÓN QUE EL HA EFECTUADO.** ¡Levántate, creyente; permanece firme y seguro, y da testimonio de la grandeza de lo que el Señor ha hecho por ti! Déjame que lo diga en lugar tuyo. Yo diré tu experiencia y la mía en un solo corazón. Una vez mi alma estaba cargada de pecado. Me rebelé contra Dios y gravemente le ofendí. Los terrores de la ley me asaltaban, el desasosiego de mi convicción me conturbaba. Me vi culpable. Mire al cielo y contemplé un Dios airado decidido a castigarme. Torné mis ojos al suelo, y allí había un infierno abierto, listo para devorarme. Busqué mis buenas obras para satisfacer mi conciencia; pero todo fue en vano. Traté de apaciguar la intranquilidad que ardía en mí asistiendo a las ceremonias religiosas; pero todo fue inútil. Mi alma estaba triste, hasta la muerte. Pude haber dicho como el antiguo enlutado: "Mi alma escogerá la asfixia y la muerte antes que la vida". He aquí el gran interrogante que siempre me dejaba perplejo: "Yo he pecado, Dios debe castigarme, pues ¿cómo sería Él justo si no? Entonces, si es justo, ¿qué será de mí? Hasta que, una vez, mis ojos repararon en aquella dulce palabra que dice: "La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado". Con aquel texto entré en mi cuarto, y en mi soledad medité. Vi a uno pendiente de una cruz: era mi Señor Jesús. Allí estaba la corona de espinas y las señales de inigualable y sin par miseria. Mire a Él, y a mi pensamiento acudió aquel versículo que dice: "Palabra fiel y digna de ser recibida de todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores". Y me dije: "¿Murió este hombre por los pecadores? Yo soy uno de ellos; así pues, Él murió por mí. Todos aquellos por quienes Él murió serán salvos; yo soy pecador, Él murió por mí, Él me salvará". Mi alma confió en aquella verdad. Mire a Él, y cuando "contemplé el flujo de su sangre redentora", mi espíritu se regocijó, y pudo decir:

«Nada traigo en mis manos a tu luz,
Sólo vengo a abrazarme a tu cruz;
En ti, mi desnudez halla vestido;

Desamparado, busco gracia en ti,
Y mi mancha, a tu fuente, traigo aquí,
¡Lávame, Salvador, o estoy perdido!»

Y ahora te toca a ti, creyente, decir lo que queda. Desde el momento que creíste, tus hombros fueron descargados, y fuiste hecho más ligero que el aire. La luz sustituyó a la oscuridad; en lugar de vestidos de tristeza, fuiste vestido con ropas de alabanza. ¿Quién describirá tu gozo? Cantas en la tierra himnos celestiales, y tu sosegada alma disfruta ya del eterno reposo de los redimidos. Porque has creído, has entrado en el reposo. Sí, pregónalo por el mundo; todos aquellos que creen son justificados por la muerte de Jesús de todo lo que no pudieron ser librados por las obras de la ley. Di en el cielo que nadie puede acusar a los elegidos de Dios. Anuncia a toda la tierra que los redimidos de Dios están limpios de pecado a los ojos de Jehová. Grita aún al mismo infierno que los escogidos de Dios nunca irán allá; porque si Cristo murió por ellos, ¿quién los condenará?

V. Nos hemos dado un poco de prisa en acabar esta consideración, para entrar en el último punto, el más dulce de todos. Se nos dice en nuestro texto que Jesucristo vino al mundo "para dar su vida en rescate por muchos". Podemos medir la grandeza de la redención de Cristo por el **INMENSO NÚMERO POR QUIENES HA SIDO EFECTUADA.** Él dio su vida "en rescate por muchos". Nos vemos obligados a tratar de nuevo esta cuestión tan discutida. Frecuentemente se nos dice (me refiero a aquellos que comúnmente somos apodados por el nombre de calvinistas - por cierto que no nos avergonzamos de ello; creemos que Calvino, después de todo, sabía más del Evangelio que casi todos los hombres que han vivido, a excepción de los escritores inspirados-); frecuentemente se nos dice, pues, que nosotros limitamos la expiación de Cristo por el hecho de que decimos que Él no ha satisfecho por todos los hombres, o de otro modo todos serían salvos.

Pero tenemos que volver contra ellos su misma imputación, porque son ellos los que hacen la limitación, no nosotros. Los arminianos dicen que Cristo murió por todos los hombres. Pedidles que os expliquen eso. ¿Murió Cristo para asegurar la salvación de todos los hombres? “No, ciertamente no”, dirán. ¿Murió Cristo para asegurar la salvación de algún hombre en particular? De nuevo, “no”; y tienen que admitirlo así, si son consecuentes. Dicen: “No; Cristo murió para que cualquier hombre pueda ser salvo si...”, y añaden ciertas condiciones para la salvación. Nosotros decimos, pues, volviendo a la primera afirmación: Cristo no murió para asegurar la salvación de nadie, ¿verdad? Tenéis que decir que “no”; os veis obligados a ello, porque creéis que el hombre puede caer de la gracia y perderse, aún después de haber sido perdonado. Así pues, ¿quiénes son los que limitan la muerte de Cristo? Vosotros. Decís que Cristo no murió para asegurar infaliblemente la salvación de nadie. Os presentamos nuestras excusas, cuando nos acusáis de ser nosotros los que limitamos la muerte de Cristo. “No, queridos amigos, sois vosotros los que lo hacéis. Nosotros decimos que Cristo murió para asegurar infaliblemente la salvación de una multitud que nadie puede contar, quienes por Su muerte, no solamente podrán ser salvos, sino que lo serán, deben serlo, y de ninguna manera correrán el riesgo de ser otra cosa que salvados. Que os aproveche vuestra expiación; podéis guardárosla. Nosotros no renunciaremos a la nuestra por lo que vosotros digáis.

Ahora, amados, cuando oigáis a alguien que se ríe o se burla de una expiación limitada, podéis decirle que la expiación universal es como un puente de gran anchura que sólo tiene medio arco, no cruza el río: solamente llega hasta la mitad del camino y no asegura la salvación de nadie. Así que yo prefiero poner mi pie sobre un puente tan estrecho como el de Hungerford, que llega hasta la otra orilla, antes que en uno tan ancho como el mundo, pero que no cruce la corriente. Hay quienes me dicen que es mi obligación el anunciar que todos los hombres han sido redimidos, y que las Escrituras lo atestiguan: “El cual se dio a sí mismo en precio del rescate por todos, para testimonio en sus tiempos”. Pero también parecen haber poderosos argumentos que se oponen a esta interpretación. Por ejemplo: “El mundo se va tras de Él”. ¿Quiere ello decir que todo el mundo iba tras de Cristo? “Y salía a Él toda la provincia de Judea, y los de Jerusalén; y eran todos bautizados por él en el río de Jordán.” ¿Fue toda Judea, o toda Jerusalén bautizada en el Jordán? “Sabemos que somos de Dios”, y “todo el mundo está puesto en maldad”. ¿Quiere decir “todo el mundo” todas las personas? Si así fuera, ¿quiénes serían los “de Dios”? Las palabras “mundo” y “todos” tienen siete u ocho significados en la Escritura; y pocas veces “todos” significa todas las personas una por una. Esas palabras se usan generalmente para dar a entender que Cristo ha redimido a muchos de todas clases, tanto judíos como gentiles, ricos y pobres; Él no ha reservado su redención a judíos ni gentiles.

Dejando la controversia, responderé a una pregunta: ¿Por quién murió Cristo? Respóndeme a un par de preguntas y te diré si Cristo murió por ti. ¿Quieres un Salvador? ¿Sientes necesidad de Él? ¿Tienes conciencia de pecado esta mañana? ¿Te ha enseñado el Espíritu Santo que estás perdido? Si es así, Cristo murió por ti y serás salvo. ¿Tienes conciencia de que Cristo es tu única esperanza en este mundo? ¿Comprendes que no puedes ofrecer por ti mismo una expiación que satisfaga la justicia de Dios? ¿Has abandonado toda confianza en ti mismo? ¿Y puedes decir de rodillas: “Señor, sálvame, o perezco”? Cristo murió por ti. Pero si dices: “Soy tan bueno como debo ser; puedo ir al cielo por mis propias obras”, entonces, recuerda lo que la Escritura dice de Jesús: “No he venido a llamar justos, sino pecadores a arrepentimiento”. Mientras permanezcas en estas condiciones no hay expiación para ti. Pero si, por el contrario, esta mañana te sientes culpable, miserable, digno del castigo, y estás dispuesto a aceptar a Cristo como tu único Salvador, no solamente te diré que puedes ser salvado, sino, lo que es mejor, que lo serás. Cuando estés desnudo y no tengas nada excepto la esperanza en Cristo, cuando estés preparado para venir con las manos vacías para que Él sea tu todo, y tu nada, entonces podrás mirar a Cristo y decirle: “¡Tú bendito, Tú inmolado Cordero de Dios! Tú sufriste mis aflicciones; por tus llagas fui sanado, y por tus sufrimientos fui perdonado.” Y cuando hayas hablado así, sentirás que la paz inunda tu conciencia; porque si Cristo murió por ti, no puedes perderte. Dios no castiga dos veces la misma falta. Y si Cristo fue castigado por ti, jamás te castigará. “El pagó a las demandas de la justicia de

Dios no se exige dos veces, primero de la sangrienta mano, y luego de la mía.” Hoy, si creemos en Cristo, podemos subir al mismo trono de Dios; permanecer allí, y cuando se nos diga: “Pero, ¿tú no eres culpable? Y si lo eres, ¿cuál es la razón por la que no has sido castigado?”, podemos decir: “Gran Dios, tu justicia y tu amor son nuestra garantía de que Tú no nos castigarás por nuestros pecados, ¿no castigaste ya a Cristo por ellos? ¿Cómo serías justo, cómo podrías ser Dios si, habiendo Él satisfecho nuestra deuda, la exigieras ahora de nuestras manos?” La única pregunta que debe preocupar es: “¿Murió Cristo por mí?” Y la única respuesta que puedo daros: “Palabra fiel y digna de ser recibida de todos, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”. ¿Podéis escribir vuestros nombres detrás de esta frase, entre los pecadores; no entre los pecadores de compromiso, sino entre los pecadores que se sienten como tales, entre los que lloran su culpa, entre los que la lamentan, entre los que buscan misericordia para la misma? ¿Eres pecador? Si así lo sientes, si así lo reconoces, si así lo confiesas, estás invitado a creer que Cristo murió por ti, porque tú eres pecador; y eres instado a caer sobre esta grande e inamovible roca, y a encontrar seguridad eterna en el Señor Jesucristo.

XVI. LA ELECCIÓN

«Mas nosotros debemos dar siempre gracias a Dios por vosotros, hermanos amados del Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, por la santificación del Espíritu y fe de la verdad, a lo cual os llamó por nuestro Evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo» (II Tesalonicenses 2:13,14).

Si no hubiera otro texto más que éste en la Sagrada Escritura, creo que estaríamos todos obligados a recibir y reconocer la veracidad de la grande y gloriosa doctrina de la eterna elección de la familia de Dios. Pero parece haber en la mente humana un inveterado prejuicio contra ella; y aunque otras muchas doctrinas son recibidas con más o menos precaución o gozo por los que se dicen ser cristianos, ésta es la que más frecuentemente se excluye y se descarta. Predicar un sermón sobre *la elección* se consideraría en muchos de nuestros pulpitos como un horrible pecado, y delito de alta traición, porque no se podría pronunciar lo que bastantes llaman un discurso “de resultados prácticos”. Pero yo creo que en esto yerran. Todo cuanto Dios ha revelado lo ha hecho con algún propósito, y no hay nada en la Escritura que, bajo el poder del Espíritu Santo, no pueda ser convertido en una predicación de resultados prácticos, porque “toda Escritura es inspirada divinamente, y útil” para cualquier fin espiritual. Es cierto que el tema de la elección no puede ser convertido en una plática sobre el libre albedrío -eso lo sabemos nosotros perfectamente-, sino en un provechoso sermón de la libre gracia; ya que cuando las verdaderas doctrinas del amor inmutable de Dios se aplican al corazón de santos y pecadores, sus efectos son de óptimos resultados. Confío en que esta mañana algunos de vosotros, que tembláis al solo nombre de “elección”, os digáis: “Trataré de oír con imparcialidad; pondré de lado mis prejuicios, y me limitaré a escuchar lo que este hombre tenga que decir”. No cerréis vuestros oídos diciendo que es “una doctrina muy elevada”. ¿Quién os autorizó a juzgarla alta o baja? ¿Por qué tendréis que oponeros a la enseñanza de Dios? No olvidéis lo que les ocurrió a aquellos muchachos que se burlaban del profeta diciendo: “¡Calvo, sube!, ¡calvo, sube!”; no sea que, encontrándoles vosotros defectos a las cosas de Dios, salgan como entonces las bestias dañinas del monte, y os devoren. Hay otros desastres además del manifiesto juicio del cielo; id con cuidado no caigan sobre vuestras cabezas. Desechad vuestros prejuicios; oíd tranquila y desapasionadamente; oíd lo que la Escritura dice, y si Dios se place en manifestar la verdad a vuestras almas, no os avergoncéis de confesarla. Declarar que ayer estabais equivocados no es más que reconocer que hoy sois un poco más sabios- y, en lugar de ser una censura contra vosotros mismos, es un galardón para vuestro discernimiento, y una muestra de vuestro progreso en el conocimiento de la verdad. No os avergoncéis de aprender, y de echar a un lado vuestras viejas doctrinas y opiniones, para quedaros con lo que más claramente veáis expuesto en la Palabra de Dios. Sin embargo, si lo que vamos a hablar no lo encontráis en la Biblia, os suplico, por amor de vuestras almas, que sea rechazado cuanto yo pueda decir, por más dignas de crédito que sean las fuentes que cite. Y si alguna vez oís algo dicho desde este púlpito que no esté de acuerdo con la Sagrada Escritura, no olvidéis que la Biblia debe ser primero, y que el ministro de Dios ha de estar sujeto a ella. Para predicar no debemos erigirnos por encima de la Escritura, sino que la Palabra Santa ha de ser siempre nuestro dosel. Aun después de lo que os hemos predicado, todos nos percatamos bien de que el monte de la verdad es más alto que lo que alcanza nuestra vista; nubes y oscuridad rodean su cima, y no podemos distinguir su pico más elevado. De todas formas, trataremos de predicar según nuestro mejor saber y entender, pero como somos mortales, sujetos a error, os ruego que vosotros juzguéis: “probad los espíritus si son de Dios”. Si después de una madura reflexión sobre vuestras dobladas rodillas os sentís guiados a rechazar la doctrina de la elección -cosa que considero completamente imposible-, entonces olvidadla, no escuchéis a los que la predicán; pero creed y confesad lo que veáis que es Palabra de Dios. No os puedo decir más a modo de introducción.

Así, pues, primeramente os diré algo sobre la *veracidad* de esta doctrina: “Dios os ha escogido desde el principio para salvación”. En segundo lugar, trataré de probar que esta elección es

absoluta: “Él os ha escogido desde el principio para salvación”, no para santificación, sino “por la santificación del Espíritu y fe de la verdad”. En tercer lugar, esta elección es eterna, porque el texto dice: “Dios os ha escogido *desde el principio*”. En cuarto lugar, es *personal*: “Él os ha escogido”. Luego, consideraremos los *efectos* de esta doctrina es decir, lo que ella produce; y finalmente, en la medida que Dios nos capacite, probaremos y examinaremos sus consecuencias, y por lo tanto veremos si es una nefasta y atrevida doctrina. La cogeremos cual una flor y, como la abeja, miraremos si hay algo de miel en ella; si podemos sacar algo bueno, o si todo es pura y simplemente malo.

I. Comenzaré tratando de probar que esta doctrina ES VERDADERA. Permitidme que lo haga, antes que con otro, con un *argumento ad hominem*. Os hablaré según vuestra postura y condición. Muchos de los que están aquí pertenecen a la iglesia anglicana, y me alegro de ver tantos entre nosotros. Aunque es cierto que de cuando en cuando hablo duro sobre la iglesia y el estado, a pesar de eso amo a la vieja iglesia, pues hay en esa denominación muchos ministros piadosos y santos eminentes. Sé que sois firmes creyentes en lo que los Artículos dicen que es ser sana doctrina; y acto seguido os daré una muestra de lo que indican referente a la elección, de forma que, si creéis en ellos, no podéis rechazar esta doctrina. Os leeré una porción del artículo 17.0, que habla sobre la predestinación y la elección:

“La predestinación para vida es el eterno propósito de Dios por el que ha decretado (antes de la fundación del mundo y por su consejo oculto a nosotros) liberar de la maldición y la condenación a aquellas personas que Él había elegido en Cristo, trayéndoles por Éste salvación, como vasos hechos para honra. Por lo que los que han sido dotados con tan excelente beneficio de Dios, cuando son llamados por su Espíritu según Su propósito, obrando Aquel a su tiempo, obedecen el llamamiento por gracia; son justificados gratuitamente; hechos hijos de Dios por adopción; conformados a su Unigénito Hijo Jesucristo; andan piamente en buenas obras, y, al final, alcanzan ventura eterna por la misericordia de Dios.”

Así, pues, cualquier miembro de esa iglesia que sea un fiel y sincero creyente en ella, debe ser también un perfecto creyente en la elección. Es cierto que si lee otras partes del Ritual, encontrará cosas que son contrarias a la doctrina de la libre gracia, y completamente ajenas a la enseñanza de la Escritura; pero si mira los Artículos, tiene que darse cuenta de que Dios ha elegido a su pueblo para vida eterna. De todas formas, no estoy tan perdidamente enamorado de ese libro como podéis estar vosotros; y solamente he usado este artículo para demostramos que, si pertenecéis a la iglesia oficial de Inglaterra, deberíais, por lo menos, no poner objeciones a esta doctrina de la predestinación.

Otra autoridad humana que puede confirmar igualmente la doctrina de la elección, es el antiguo credo de los Valdenses. Si leéis esta declaración de fe, que nos llega de entre el ardiente fuego de la persecución, veréis que esos esforzados profesantes y confesores de la verdad cristiana habían recibido y abrazado firmemente esta doctrina, como parte de la verdad de Dios. De un viejo libro he copiado uno de los artículos de su fe:

“Que Dios salva de la corrupción y condenación a aquellos que Él ha elegido desde la fundación del mundo, no por su condición, fe o santidad que hubiera previsto de antemano en ellos, sino simplemente por su misericordia en Cristo Jesús su Hijo; dejando a los demás, según la irreprimible razón de su soberana voluntad y justicia.”

No es una novedad, pues, lo que yo predico; no son nuevas enseñanzas. Me gusta predicar estas poderosas y viejas doctrinas, llamadas por el sobrenombre de calvinismo, pero que son segura y firmemente la verdad de Dios revelada en Cristo. Si yo, buscando esta doctrina, me remontara en peregrinaje a los siglos pasados, vería padre tras padre, confesor tras confesor, mártir tras mártir, levantarse para darme la mano. Pero si, por el contrario, fuera pelagiano, o creyente en el libre albedrío, tendría que caminar siglo tras siglo completamente solo. Acá y allá podría encontrar herejes de no muy honorable condición que me llamarían hermano. Pero tomando estas cosas como norma de mi fe, veo la tierra de mis mayores poblada por mis hermanos, veo multitudes que creen lo mismo que yo, y reconocen esta doctrina como la religión de la misma iglesia de Dios.

Os mostraré, también, un extracto de la antigua Confesión Bautista. Nosotros lo somos también en esta congregación -la mayor parte al menos-, y nos gusta leer lo que nuestros propios antepasados escribieron. Hace aproximadamente dos siglos, los bautistas se reunieron y redactaron y publicaron sus artículos de fe, para poner fin a ciertas quejas sobre su ortodoxia, las cuales se habían extendido por doquier. Tengo en mis manos ese viejo libro -que he publicado recientemente- y puedo leer lo que sigue:

Artículo 3.º: “Por el decreto de Dios, para manifestación de Su gloria, algunos hombres y ángeles son predestinados o preordinados para vida eterna por Cristo Jesús, para alabanza de Su gloriosa gracia; otros son dejados en sus pecados para su justa condenación, para alabanza de Su gloriosa justicia. Estos hombres y ángeles así predestinados y preordinados, son particular e inmutablemente designados, y su número tan exacto y definido, que no puede ser aumentado o disminuido. A aquellos que están predestinados para vida, Dios, desde antes de la fundación del mundo, según Su eterno e inmutable propósito y el secreto consejo de Su buena voluntad y deseo, los ha elegido en Cristo para gloria eterna por Su libre gracia y amor, y no por sus méritos o condición, u otro motivo que le haya movido a ello.”

Empero, por ser humanos estos testimonios que hemos citado, ninguno de los tres me importa un ardite. No me preocupa lo que ellos dicen, ya sea en pro o en contra, sobre esta doctrina; sino que, simplemente, los he usado para confirmación de vuestra fe, y para mostraros que, a pesar de que me tachen de hereje e hipercalvinista, la antigüedad me respalda. Los tiempos pretéritos me defienden, y no me importa el presente. Concededme el pasado, y tendré confianza en el futuro. Dejad que el presente, como una pleamar, me llegue hasta la boca; no me preocupa. Aunque gran número de las iglesias de esta ciudad hayan olvidado las grandes y fundamentales doctrinas de Dios, no importa. Si un puñado de nosotros nos quedamos solos, resueltos a mantener la soberanía de nuestro Dios, y somos asediados por nuestros enemigos, e incluso, ¡ay! por nuestros propios hermanos, que debieran ser nuestros amigos y colaboradores, no importa, aunque sólo contemos con el pasado; la noble pléyade de mártires, las gloriosas huestes de confesores, son nuestro amigos; los testigos de la verdad nos defienden. Con ellos a nuestro lado, no diremos que estamos solos, sino que podremos exclamar: “He aquí, Dios ha reservado para sí siete mil hombres los cuales no han doblado la rodilla ante Baal”. Pero nuestro mejor socorro es que *Dios está con nosotros*.

La única gran verdad es siempre la Biblia, y sólo la Biblia. Vosotros no creéis en otro libro que no sea éste, ¿verdad? Por lo tanto, si lo que vamos a hablar lo probara con todos y cada uno de los libros de la cristiandad; si pudiera traeros la Biblioteca de Alejandría, para ampararme en la autoridad de sus volúmenes, vosotros no le daríais más crédito a ellos que a lo que está escrito en la Palabra de Dios.

He seleccionado unos cuantos textos para leéroslos. Me gusta ser prolijo en mis citas, cuando temo que se pueda desconfiar de una verdad, a fin de que quede uno lo suficientemente sorprendido para que no haya lugar a dudas -si es que en realidad no se cree-. Así, pues, leeremos una serie de pasajes donde los del pueblo de Dios son llamados elegidos. Naturalmente, si hay *elegidos*, debe haber elección. De igual modo, si Jesucristo y sus apóstoles solían nombrar a los creyentes con el título de elegidos, debemos creer, lógicamente, que lo eran; de otra forma, esa expresión estaría desprovista de significado. Jesucristo dijo: “Y *si* el Señor no hubiese abreviado aquellos días, ninguna carne se salvaría; mas por causa de los *escogidos* que Él escogió, abrevió aquellos días”; “porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y darán señales y prodigios, para engañar, si se pudiese hacer, aún a los *escogidos*”; “y entonces enviará sus ángeles, y juntará sus *escogidos* de los cuatro vientos, desde el cabo de la tierra hasta el cabo del cielo” (Marcos 13:20,22,27). “¿Y Dios no hará justicia a sus *escogidos*, que claman a Él día y noche, aunque sea longánime acerca de ellos?” (Lucas 18:7). Hay otros muchos pasajes que podrían ser seleccionados en los que aparecen los términos “elegidos”, “escogidos”, “preordinados”, “establecidos”, o también, “mis ovejas”, que demuestran que el pueblo de Cristo era distinguido del resto de los hombres.

No quiero importunaros más con los textos, ya que vosotros tenéis vuestras concordancias. En todas las epístolas vemos que los santos son llamados “los elegidos”. En Colosenses encontramos a Pablo que dice: “Vestíos, pues, como *escogidos* de Dios, santos amados, de entrañas de misericordia”. Cuando escribe a Tito, dice de sí mismo: “Pablo, siervo de Dios, y apóstol de Jesucristo, según la fe de los *escogidos* de Dios”. Pedro se expresa en idénticos términos: “*Elegidos* según la presciencia de Dios Padre”. Si vamos a Juan, vemos cuánto le gusta usar la misma palabra. Dice: “El anciano a la señora *elegida*”; y habla de nuestra “hermana elegida”. También conocemos aquel pasaje en que está escrito: “La iglesia que está en Babilonia, juntamente elegida con vosotros”. Ellos no se avergonzaban de ser llamados así en aquellos días, como tampoco tenían miedo de declararlo; pero, en nuestros tiempos, la palabra ha sido disfrazada con diversos sentidos, y ha habido quienes la han mutilado y desfigurado de forma tal, que la han hecho verdadera doctrina de demonios; he de confesarlo. Y otros, que se llaman a sí mismos creyentes, han ido a engrosar las filas del anti-nomianismo. Pero a pesar de todo esto, ¿por qué hemos de avergonzarnos nosotros si son los demás los que la pervierten? Amamos la verdad de Dios tanto cuando la ensalzan como cuando la ponen en el potro del tormento; y si hubiera algún mártir al que nosotros amáramos antes de ir al potro, más grande sería nuestro amor cuando le viéramos extendido en él. Y así, cuando la verdad divina es quebrantada en el tormento, no por eso la vamos a negar. No nos gusta verla en el suplicio, pero la amamos aún cuando es martirizado, porque podemos apreciar cuál debía haber sido su justa armonía si no hubiese sido atormentada y torturada por la crueldad y las invenciones de los hombres. Si leyeráis las epístolas de los antiguos padres, veréis que siempre hablan del pueblo de Dios como “elegido”. Igualmente, éste era el término más usual que empleaban para tratarse entre sí muchas de las primitivas iglesias cristianas, demostrando con ello que era creencia general el que el pueblo de Dios es *elegido*.

Así, pues, veamos ahora los textos que prueban positivamente esta doctrina. Abrid vuestras Biblias en el evangelio de Juan 15:16. Vemos aquí cómo Jesucristo ha elegido a los suyos, cuando dice: “No me elegisteis vosotros a mí, más Yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis del Padre en mi nombre, Él os lo dé”. También en el versículo diecinueve de este capítulo leemos: “Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; mas porque no sois del mundo, antes Yo os elegí del mundo, por eso os aborrece el mundo”. Y ahora pasemos al capítulo 17:8,9: “Porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que Tú me enviaste. Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son”. Leemos en Hechos 13:48: “Los gentiles, oyendo esto, fueron gozosos, y glorificaban la Palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna”. Si queréis, podéis analizar este versículo tan sutilmente como podáis, pero no olvidéis que en el original se dice con claridad meridiana: “ordenados para vida eterna”; y nos traen sin cuidado los comentarios que se han hecho sobre él mismo por muy agudos que sean. Creo que casi no es necesario recordamos el capítulo ocho de Romanos, porque confío en que todos los conoceréis bien y, por lo tanto, ya sabréis lo que se dice en él. Pero de todas formas leeremos del versículo 29 al 33: “Porque a los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó. ¿Pues qué diremos a esto? Si Dios por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que aún a su propio Hijo no perdonó, antes lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios?” No creo que sea preciso leer también todo el capítulo 9 de esta epístola. Mientras éste permanezca en la Biblia, nadie podrá jamás probar el arminianismo; y ni las más violentas y refinadas contorsiones de estos textos podrán exterminar de la Escritura la doctrina de la elección.

Leamos algunos versículos más. “(Porque no siendo aún nacidos ni habiendo hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección, no por las obras sino por el que llama permaneciese), le fue dicho que el mayor serviría al menor”. Y en el 22 y 23: “¿Y qué, si

Dios, queriendo mostrar la ira y hacer notoria su potencia, soportó con mucha mansedumbre los vasos de ira preparados para muerte, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, mostrólas para con los vasos de misericordia que Él ha preparado para gloria?” Romanos 11:7: “¿Qué pues? Lo que buscaba Israel, aquello no ha alcanzado; mas la elección lo ha alcanzado, y los demás fueron endurecidos”. En el versículo 5 del mismo capítulo leemos: “Así también, aún en este tiempo han quedado reliquias por la elección de gracia”. Sin duda recordáis también I Corintios 1:26-29: “Porque mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles; antes lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo flaco del mundo escogió Dios, para avergonzar lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, para que ninguna carne se jacte en su presencia”. No olvidéis tampoco I Tesalonicenses 5:9: “Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por nuestro Señor Jesucristo”. Y luego tenemos el texto que hemos leído al principio que creo es más que suficiente. Pero si vuestro recelo aún no ha desaparecido, y necesitáis más pruebas de la Escritura que os confirmen la veracidad de esta doctrina, podéis encontrar otras muchas buscándolas con tiempo.

Me parece, amigos, que esta abrumadora cantidad de testimonios debería hacer temblar a aquellos que se ríen de esta doctrina. ¿Qué diremos de los que tan a menudo la desprecian, y niegan su divinidad; de los que han injuriado su equidad, y osado desafiar a Dios llamándole todopoderoso tirano, porque ha escogido a muchos para vida eterna? ¿Puedes tú, contradictor, borrarla de la Biblia? ¿Puedes tú coger el cuchillo de Jehudí y seccionarla de la Palabra de Dios? ¿Serás como aquella mujer a los pies de Salomón que permitía que el niño fuese dividido en dos con tal de tener ella su parte? ¿Es que no está en la Escritura? ¿Y no es tu obligación, pues, reverenciarla, y reconocer humildemente lo que tú no comprendes, recibirla como cierta aunque no la entiendas? No intentaré defender la justicia de Dios al escoger a algunos y dejar a otros. No me toca a mí vindicar a mi Señor. Él habla por sí mismo y dice: “Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo labró: ¿por qué me has hecho tal? ¿O no tiene potestad el alfarero para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para vergüenza?” ¿Quién es el que dirá a su padre: “¿por qué me has engendrado?”; o a su madre: ¿Por qué me has traído al mundo?” “Yo soy el Señor; Yo formo la luz y creo la oscuridad; Yo, el Señor, hago todas las cosas.” ¿Quién eres tú, para que alterques con Dios? Tiembla y besa su vara; sé fiel e inclínate ante su cetro; no contradigas su justicia, ni acuses sus acciones ante tu propio tribunal, ¡Oh, hombre!

Empero hay quienes dicen: “Es muy cruel por parte de Dios el elegir a unos y dejar a otros”. Permitid, entonces, que os haga una pregunta: ¿Hay aquí alguien esta mañana que desee ser santo, que desee ser regenerado, y abandonar el pecado para vivir en santidad? Si alguno responde que sí, el tal es elegido. Pero habrá otro que quizá diga: “No; no necesito ser santo, ni me agrada la idea de tener que dejar mis pasiones y vicios”. Y los que así habláis, ¿por qué os quejáis, pues, de que Dios no os haya escogido para eso? Porque si hubierais sido elegidos, no os habría gustado, según vuestra propia declaración; y hubierais respondido que no os importaba. ¿No reconocéis que preferís la embriaguez a la sobriedad, y la indecencia al decoro? Amáis los placeres mundanos más que la religión; ¿por qué murmuráis, entonces, de que Dios no os haya elegido para vivir en ella? Si la amáis, es que Él os *ha escogido*; y si no, ¿qué derecho tenéis a decir que Dios debía haberos dado lo que no os gustaba? Imaginaos que yo tuviera en mi mano algo que no fuera de vuestro aprecio, y decidiera regalarlo a determinada persona; ¿verdad que no os quejaríais por ello? No creo que fuerais tan necios como para protestar de que otro hubiera recibido lo que para vosotros no era de ningún valor. Por lo que habéis dicho antes, muchos no deseáis la religión; no queréis tener un corazón nuevo y un espíritu recto; no apreciáis el perdón de los pecados ni la santificación; no ansiáis ser elegidos para estas cosas; entonces, ¿por qué os doléis enojados? ¿por qué os quejáis contra Dios de que Él haya dado estas cosas, que para vosotros son como hojarasca, a los que ha elegido? Si os son preciosas y las deseáis, ahí están para vosotros. Dios da abundantemente a todos los que piden; pero, antes de nada, Él pone el deseo en vuestro corazón; de

otra forma jamás hubieseis querido. Si anheláis todo esto, Él os ha escogido para que lo tengáis; pero si no, ¿quiénes sois vosotros para censurar a Dios, cuando vuestro terrible deseo es el que os impide amar estas cosas; vuestro mismo yo, el que os hace odiarlas?

Suponed un hombre diciendo en la calle: “Qué lastima que no haya podido coger un asiento en la capilla para oír lo que ese hombre tiene que decir”. E imaginaos que añade: “Odio al predicador, y su doctrina me es completamente intolerable; pero de todas formas me hubiera gustado entrar y sentarme”. Esa manera de hablar es ilógica, ¿verdad? Debemos pensar que a ese hombre no le interesaba lo más mínimo lo que se tuviera que decir aquí. ¿Por qué, pues, tenía que quejarse de que otras personas tuvieran lo que él despreciaba? Si no amáis la santidad ni os gusta la virtud, y Dios me ha elegido a mí para darme estas cosas, ¿os ha ofendido Él por eso? “¡Ah!, pero yo creía”, dirá alguno, “que era que Dios escoge a unos para el cielo y a otros para el infierno.” Eso, amigos míos, es completamente distinto a la doctrina del Evangelio. Él ha elegido a los hombres para el cielo mediante la santidad y la justicia. No se puede decir que haya simplemente escogido a unos para el cielo, y a otros para el infierno. Os ha elegido para santidad, si vosotros le amáis. Si alguno quiere ser salvo por Jesucristo, Él le eligió para ser salvo. Os llamó para salvación si vosotros la deseáis sincera y ardientemente; pero si no, ¿por qué seréis tan absurdamente necios como para protestar de que Dios haya dado a otros lo que vosotros no queréis?

II. De esta forma, ya hemos visto algo sobre la doctrina de la elección, y ahora consideraremos brevemente que es una elección ABSOLUTA. Es decir: no depende de lo que nosotros somos. El texto dice: “Dios os ha escogido desde el principio para salvación”; pero nuestros oponentes opinan que Él escoge a los hombres porque son buenos, y que los elige en atención a sus diferentes obras. Y nosotros preguntamos: ¿En atención a qué obras es la elección de su pueblo? ¿Son aquellas que nosotros llamamos comúnmente “obras de la ley, actos de obediencia que la criatura puede hacer”? Si son éstas, debemos decir que si el hombre no puede ser justificado por las obras de la ley -como nos dice la Escritura-, lógicamente en modo alguno podrá ser elegido por ellas; si no puede ser justificado por sus buenos hechos, tampoco puede ser salvado por ellos. De manera que el decreto de la elección no puede haber sido dictado basándose en las obras.

“Bueno”, dicen otros, “es que Dios los elige porque prevé su fe”. Mas, si la fe la da Él, tampoco es sensato decir que los elija porque la ha previsto en ellos. Considerad este ejemplo: Si hubiera en la calle una veintena de mendigos, y yo decidiera dar a uno de ellos un chelín, ¿podría alguien decir que yo escogí a ese en particular porque preví que lo aceptaría? Eso sería hablar sin sentido. De la misma manera, sería absurdo decir que Dios eligió a algunos porque conoció de antemano que habían de tener fe, que es el mismo germen de la salvación. La fe es un don de Dios. Toda virtud emana de Él. Por ser, pues, un don la fe, no puede ser la causa de la elección. La elección, estamos seguros, es absoluta; completamente aparte de cualquier mérito que los santos puedan tener después. Si hubiese alguno tan piadoso y entregado como Pablo, tan valiente como Pedro, o tan amante como Juan, ni aún así podría exigir nada de su Señor. Y no he conocido a ninguno, sea de la denominación que fuere, que crea que Dios le salvó porque previera en él cualquier virtud o mérito. Las mejores joyas que los santos puedan lucir, nunca serán de primera calidad si son labradas por ellos. Siempre hay algo de barro en ellas. La gracia más excelente que jamás podamos tener, tendrá en todo momento empañado su brillo por la mundanalidad. Y esto lo sentimos más acusadamente cuanto más puros y santos somos. Siempre debemos decir:

«Soy de los pecadores el mayor:
He aquí, por mí murió el Señor».

Nuestra única esperanza, nuestra única defensa, reposa firmemente en la gracia manifestada en la persona de Jesucristo. Y debemos rechazar y olvidar completamente que nuestras virtudes -que son dones de nuestro Señor, y la siembra de su mano derecha- pudieran haber sido la causa de su amor.

«Nada en nosotros merecía querencia,
Nada podía agradar al Creador;
Más aún así nos demostró Su amor,
Porque pareció bueno a su Omnisciencia.»

“Tendré misericordia del que tendré misericordia”; salva porque quiere salvar. Y si me preguntáis por qué me salvó a mí, solamente os diré: porque quiso hacerlo. ¿Había algo en mí que me diera algún valor ante los ojos de Dios? No, todo lo había desechado; no había nada recomendable en mí. Cuando Él me salvó, era yo el más abyecto, perdido y arruinado de todos los hombres; impotente por completo para ayudarme a mí mismo. Era ante su presencia como un bebé desnudo, y ¡cuán miserable me vi y me sentí ante Él! Si vosotros habéis tenido algo que os hiciera aceptables a Dios, yo jamás lo tuve. Y seré feliz de ser salvo por *gracia*, por pura gracia. No puedo jactarme de mis méritos, aunque vosotros podáis. Sólo puedo entonar:

«Desde el principio al fin, sólo la gracia
Ha ganado mi afecto, y guardado mi alma».

III. En tercer lugar consideraremos cómo la elección es ETERNA. “Dios os ha escogido desde el principio.” Y, ¿puede alguien decirme cuándo fue el principio? No hace muchos años se creía que el principio de este mundo se remontaba a Adam; pero se ha descubierto que miles de años antes de que Dios moldeara al hombre, Él preparaba el caos para hacer de él nuestra morada, poblándolo de diferentes clases de seres que murieron y dejaron tras sí la huella de Su obra y de Su prodigioso saber. Pero aquello no era el principio, porque la revelación nos habla de una época muy anterior a cuando el mundo fue formado, de los días en que las estrellas fueron engendradas; cuando, como gotas de rocío de los dedos de la mañana, astros y constelaciones cayeron uno a uno de la mano de Dios; cuando de sus propios labios salió la palabra que puso en marcha este inmenso universo; cuando su brazo lanzó los cometas, como exhalaciones que surcan el firmamento, para encontrar un día su cielo. Retrocederemos a las edades remotas, cuando los mundos fueron hechos y los sistemas formados, pero aún no nos habremos acercado al principio. No habremos llegado al principio mientras no nos remontemos al momento en que el universo dormía en la mente de Dios, aún sin gestar; mientras no entremos en la eternidad donde Dios el Creador vivía solo, con todas las cosas latentes en Él, con toda la creación descansando en su poderoso y prodigioso pensamiento. Podemos subir los siglos, como peldaños de una escalera infinita, sin llegar jamás al final. Podemos llegar, valga la palabra, a las eternidades; pero aún así no habremos llegado al principio. Nuestras alas se cansarían; nuestra imaginación se desvanecería; y aunque pudiera aventajar al majestuoso rayo en poder y rapidez, antes quedaría rendida que llegar al principio. Pero Dios eligió su pueblo desde el principio; cuando el proceloso éter aún no había sido agitado por el aleteo de un solo ángel; cuando el espacio no tenía límites, o más aún, cuando no existía; cuando reinaba universal silencio, y ni una voz o murmullo turbaba la solemne paz; cuando no había seres, ni movimiento, ni tiempo, ni nada excepto Dios, solo en su eternidad; cuando no había canciones de ángeles, ni presencia de querubines; mucho tiempo antes de que las criaturas hubieran nacido, o que las ruedas del carro de Jehová fueran formadas; aún antes, “en el principio era el Verbo”, y en el principio el pueblo de Dios fue uno con el Verbo, y “en el principio El los escogió para vida eterna”. Nuestra elección es, pues, eterna. No me voy a entretener en demostrarlo; y solamente hemos visto estos pensamientos en beneficio de los principiantes, para que entiendan que queremos decir por elección eterna y absoluta.

IV. En cuarto lugar veremos cómo la elección es PERSONAL. De nuevo, también en esto, nuestros oponentes han tratado de derribar la elección, diciendo que es una elección de pueblos y no de personas. Pero el apóstol dice: “Dios os ha escogido desde el principio”. Es el más pobre de los subterfugios decir que Dios no ha elegido a personas, sino a naciones; porque la mismísima objeción que se alza por elegir a aquellas, se alza también por elegir a éstas. Y si no fuera justo

escoger a personas, mucho más injusto sería hacerlo con pueblos, ya que éstos están formados por multitudes de aquellas; y elegir a una nación parece mayor delito -si es que la elección es un delito- que escoger a una sola persona. Ciertamente, escoger a diez mil debería considerarse peor que escoger a uno; distinguir a una nación del resto de la humanidad parece ser más extraño, en los hechos de la soberanía divina, que elegir a un pobre mortal y dejar a otro. Pero, de todas maneras, ¿que son las naciones sino hombres? ¿Qué son los pueblos, sino el conjunto de diferentes unidades? ¿No formamos la nación tú y yo, y ése y aquél? Si me decís que Dios escogió a los judíos, os diré que escogió a este judío, a ése, a aquél y al de más allá. Y si decís que escogió a Inglaterra, yo diré que escogió a ese inglés, a éste y a aquel otro. Así que, después de todo, es la misma cosa. La elección es personal, es necesario que lo sea. Cualquiera que lea este texto, y otros como éste, verá que las Escrituras hablan continuamente del pueblo de Dios considerándolo individuo por individuo, y los presenta como siendo el especial y particular objeto de la elección.

«Somos sus hijos por Su elección,
Los que creemos en Jesucristo;
La gracia santa aquí recibimos
Para una eterna salvación.»

Sabemos que es una elección personal.

V. El quinto pensamiento es -porque el tiempo vuela demasiado aprisa y no me permite extenderme en estos puntos- que la elección produce BUENOS RESULTADOS. “Dios os ha escogido desde el principio para salvación, por la santificación del Espíritu y fe de la verdad.” ¡Cuántos hombres equivocan completamente la doctrina de la elección! ¡Y cómo arde y hierve mi alma al recordar los terribles males que ha ocasionado la perversión y adulteración de este maravilloso fragmento de la gloriosa verdad de Dios! ¡Cuántos hay que se han dicho a sí mismos: “Soy elegido”, y se han dormido en su pereza y han seguido peor que antes! “Soy elegido de Dios”, han dicho, y han hecho el mal a manos llenas. Después de decir esto han corrido prestamente a la impiedad: “Soy un hijo elegido de Dios, y no por mis obras; por lo tanto puedo vivir como mejor me parezca y quiera”. ¡Oh, amados!, permitidme que os amoneste solemnemente a que no llevéis la verdad hasta más allá de sus confines o mejor, que no la convirtáis en error; porque podemos pasar sus límites, y hacer, de lo que es para nuestro gozo y consuelo, una terrible mezcla para nuestra destrucción. Os digo que ha habido miles de hombres que se han perdido por tener una idea equivocada de la elección; son aquellos que han dicho: “Dios me ha elegido para el cielo y la vida eterna”, pero han olvidado que está escrito también que Él los escogió “por la santificación del Espíritu y fe de la verdad”.

Ésta es la elección de Dios: elección para santificación y para fe. Dios escoge a su pueblo para ser santo y creyente. ¡Cuántos de vosotros, pues, sois creyentes? ¡Cuántos de mi congregación pueden levantar la mano y decir que creen en El, que son santificados? ¿Hay alguno de vosotros que diga: “Soy elegido”, mientras yo pueda recordarle cómo blasfemaba la semana pasada? Uno dirá: “Creo que soy elegido”. Mas yo llamo la atención de tu memoria para que recuerdes algunas cosas poco honorables que hiciste durante los últimos seis días. Otro dirá también: “Soy elegido”; pero puedo mirarle a la cara y decirle: “¿Elegido?; tú eres el más maldito de los hipócritas; eso es lo que eres”. Habrá otro que diga igualmente: “Soy elegido”, mas ha olvidado el trono de la gracia y no ora.

¡Oh, amados!, no creáis nunca que sois elegidos a menos que seáis santos. Podéis venir a Cristo como pecadores, pero jamás como elegidos si no veis vuestra santidad. No interpretéis mal mis palabras; no digáis: “soy elegido”, y creáis que aún es posible seguir viviendo en pecado. No puede ser así; los elegidos de Dios son santos. No son puros, ni perfectos y sin mancha; pero, considerando sus vidas en general, son personas santas; son marcados y distintos de los demás; y nadie tiene el menor derecho a considerarse elegido, sino es en su santidad. Puede serlo y

continuar aún en tinieblas, pero no tiene derecho a creerlo; nadie lo ve, no hay evidencia de ello. El hombre puede vivir un día, pero hoy está muerto. Si vivís en el temor de Dios, tratando de agradarle y obedecer sus mandamientos, no dudéis que vuestros nombres hayan sido escritos en el libro de la vida del Cordero desde antes de la fundación del mundo.

Y, caso de que lo dicho hasta aquí sea demasiado profundo para vosotros, notad la otra señal de la elección: la fe. “La fe de la verdad.” Todo aquel que cree en la verdad de Dios y en Jesucristo, es elegido. Frecuentemente encuentro personas que tiemblan y se estremecen ante este pensamiento: “¡Oh, señor!”, dicen ellas; “¡y si yo no fuera elegido!” “He puesto mi esperanza en Jesús; es cierto que creo en su nombre y confío en su sangre; pero, ¡ay! ¿seré yo elegido?” ¡Pobre querida criatura!, no sabes mucho del Evangelio, o de otra manera no hablarías así, porque *el que cree es elegido*. Aquellos que son elegidos, lo son para santificación y fe; así, pues, si la tenéis sois de los elegidos de Dios. Podéis y debéis conocerlo, porque es de certeza absoluta. Si tú, como pecador, miras a Jesucristo esta mañana y dices:

«Nada traigo en mis manos a tu luz
Sólo vengo a abrazarme a tu cruz».

eres elegido. No tengo miedo de que la elección espante a santos y pecadores. Hay clérigos que responden a quien les pregunta acerca de este tema: “No te preocupes por la elección”. Pero los que así responden obran mal, porque la pobre alma no va a quedarse tranquila. Si quedase conforme, bien valdría la respuesta; pero continuará preocupada sin poder remediarlo. Contestadles, pues, que si creen en Jesucristo son elegidos. Si se entregan a Él, son suyos. A ti, al mayor de los pecadores, te digo esta mañana en su nombre que si te acercas a Dios sin ninguna obra por tu parte, y confías en la sangre y en la justicia de Jesucristo; si vienes ahora y depositas tu confianza en Él, eres elegido, has sido amado por Dios desde antes de la fundación del mundo: porque no podrías haber actuado de esa forma si Él no te hubiera dado la fuerza, y te hubiera escogido para hacerlo.

Así, pues, sois salvos y estáis seguros con solo descansar en él, desear ser suyos y anhelar su amor. Pero no creáis que alguien vaya a ser librado sin fe y sin santidad. No esperéis que algún extraño decreto escondido en la eternidad pueda salvaros, si no creéis en Cristo; ni imaginéis que escaparéis de la condenación si no tenéis fe y santidad. Esta es la más abominable y maldita de las herejías, la cual ha perdido a millares. No uséis la elección como almohada para dormir, porque podríais despertar en la condenación. No permita Dios que yo os ponga un mullido cojín para que descanséis cómodamente en vuestros pecados. ¡Pecadores!, no hay nada en la Biblia que pueda paliar vuestro pecado. ¡Oh, hombres y mujeres!; si estáis condenados, si estáis perdidos, no encontraréis en ella ni una gota de agua para refrescar vuestras lenguas, ni una doctrina que pueda disimular vuestras culpas; vuestra perdición será totalmente la paga de vuestro delito, merecida en gran manera porque no habéis creído y el que no cree es condenado. “Vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas.” “Y no queréis venir a Mí para que tengáis vida.” No imaginéis, ni por un momento, que la salvación excusa el pecado; ni os mezcáis dulcemente en la complacencia del pensamiento de vuestra irresponsabilidad. Sois responsables. Debemos reconocer ambas cosas. Es necesario que haya soberanía divina y responsabilidad humana. Es necesario que haya elección, pero también es necesario que acosemos vuestros corazones, que os demos la verdad de Dios; es necesario que os recordemos que, aunque está escrito: “En Mí está tu ayuda”, también está escrito: “Te perdiste, oh Israel”.

VI. Y, finalmente, consideraremos cuáles son las verdaderas y razonables tendencias de un recto concepto de la doctrina de la elección. En primer lugar, hablaremos de lo que los santos hacen movidos por esta doctrina bajo las bendiciones de Dios; y, en segundo lugar, lo que esta misma doctrina hace por los pecadores, si Dios la envía para bendecirles.

Yo creo que, para el creyente, la elección es una de las doctrinas más *despojadoras* de su amor propio -para quitar toda confianza en la carne, o toda seguridad en lo que no sea Jesucristo-. Cuán

a menudo nos prendamos de nuestra propia justicia y nos adornamos con las falsas gemas de nuestras obras y virtudes. Decimos: “Seré salvo, porque tengo tal y cual evidencia”. Pero no es eso lo que salva, sino la fe sola, sin nada más; esa fe en el Cordero que no tiene en cuenta las obras, pero que es el origen de ellas. Cuántas veces buscamos apoyo en cosas que no son nuestro Amado, y confiamos en algún poder distinto del que viene de lo alto. Así pues, si queremos evitar esto debemos considerar la elección. Detente, alma mía, y medita esto. Dios te amó antes de que tuvieras el ser; te amó cuando estabas muerta en delitos y pecados, y envió a su Hijo a morir por ti. Él te compró con su preciosa sangre mucho antes de que tú supieras balbucear su nombre. ¿Puedes, entonces, ser orgullosa?

No conozco nada, nada en el mundo, que sea más humillante para nosotros que esta doctrina de la elección. Muchas veces he tenido que caer postrado ante ella cuando he intentado comprenderla. He agitado mis alas, y, cual águila, me he remontado al sol. Constante ha sido mi ojo y seguro mi vuelo; pero cuando he llegado cerca de Él, y aquel pensamiento -“Dios os ha escogido desde el principio para salvación”-, se ha apoderado de mí, me he perdido en su resplandor, he sido cegado por su luz; mi alma ha temblado ante tan inescrutable idea, y ha caído deshecha y rota desde aquella cima de vértigo, diciendo: “Señor, yo no soy nada, yo soy menos que nada. ¿Por qué yo? ¿Por qué yo?”

Amigos, si queréis ser humillados, estudiad la elección, porque ella os humillará por el poder del Espíritu Santo. El que sienta orgullo por su elección no es elegido; y aquel que se sienta humillado por ella, puede creer que lo es; porque tiene uno de sus más benditos efectos: que nos ayuda a todos a humillarnos delante de Dios.

La elección debería hacer al creyente *muy temerario* y *muy osado*. Ningún hombre es tan intrépido como el que se sabe elegido por Dios. ¿Qué le importa a él el hombre, si ha sido escogido por su Hacedor? ¿Qué le importa a él el compasivo piar de los pajarillos, cuando sabe que es águila real? ¿Qué le importará que el mendigo le señale, cuando sangre real del cielo corre por sus venas? ¿Temerá si todo el mundo se levanta contra él? Si toda la tierra se levanta en armas, él vive en perfecta paz, porque mora en el lugar secreto del tabernáculo del Altísimo, en el gran pabellón del Todopoderoso. “Soy de Dos”, dice. “Soy diferente a los demás. Ellos son de una raza inferior. ¿No soy noble? ¿No soy aristócrata del cielo? ¿No está mi nombre escrito en el libro de Dios?” Así pues, ¿le preocupará el mundo? De ninguna manera: es como el león que no se inmuta por el ladrido del perro, y se ríe de todos sus enemigos; y si se le acercan, con sólo moverse los destroza. ¿Por qué se turbara por ellos? “Se mueve entre sus adversarios como un coloso; mientras enanos que andan bajo sus pies, le ignoran”. Su cabeza es de hierro y su corazón de pedernal; ¿qué le preocupará del hombre? Si fuese silbado y despreciado por el mundo entero, podría sonreír y decir:

«El que ha hecho de Dios su cotarro,
Hallará en Él la morada sin marro.»

“Soy uno de sus elegidos. Escogido por Dios y estimado; y aunque el mundo me aborrezca, no tengo miedo.” ¡Ay de vosotros, acomodaticios!, algunos os doblaréis como los sauces. Hay pocos robles cristianos hoy día que puedan aguantar la tormenta; y os diré la razón: no tienen la confianza en ellos mismos de haber sido elegidos. Al hombre que sabe que lo es, su orgullo le impedirá pecar; no se humillará para hacer lo que los demás hacen. El creyente en esta verdad dirá: ¿Comprometeré mis principios? ¿Cambiaré mis doctrinas? ¿Me apartaré de mis ideas? ¿He de esconder lo que creo que es la verdad? ¡No!, y porque se que soy elegido de Dios, en los mismos oídos de los hombres hablaré de Su verdad, digan lo que digan”. Nada hace a un hombre tan osado como el saber que es un escogido de Dios. No temblará ni se amedrentará, porque sabe que Él lo ha elegido.

Más aún, la elección nos hace santos. No hay cosa bajo la maravillosa influencia del Espíritu Santo que pueda hacer al cristiano más santo que el pensamiento de saberse elegido. “¿Pecaré yo, dice, después que Dios me ha escogido? ¿Seré un transgresor, considerando tanto amor? ¿Me

apartaré al ver tan tierna misericordia y bondad? No, Dios mío; ya que Tú me has escogido te amaré y viviré para ti.

«Ya que Tú, mi Dios eterno,
Mi santo Padre te has hecho.

Quiero entregarme a ti y ser tuyo para siempre, por la elección y la redención, y consagrar solemnemente mi vida entera a tu servicio”.

Y ahora, finalmente, unas palabras para el inconverso. ¿Qué te dice a ti la elección? Antes que nada tengo que deciros que os excuso. Sé que a muchos no os gusta esta doctrina, y no puedo censuraros por ello; porque yo mismo he oído decir tranquilamente a algunos que la predicán que “no tienen una palabra que decir al pecador”. Es lógico que os desagrade tal predicación, y os repito que, en ese caso, no sois vosotros los culpables de tal aversión. Animaos, tened esperanza, pecadores, porque hay elección. Lejos de desalentaros y descorazonaros, es verdaderamente risueño y esperanzador que la haya. ¿Qué pasaría si yo os dijera que nadie puede salvarse; que no hay ninguno ordenado para vida eterna?; ¿No retorceríais vuestras manos con desesperación, diciendo cómo nos salvaremos, pues, si no hay elegidos?” Mas yo os digo que hay multitud de ellos, incontables; hueste innumerable más allá de todo cálculo. Por lo tanto, ¡tened ánimo, pobres pecadores! Sacudid vuestro abatimiento; ¿no podrás ser tu elegido como cualquier otro, si hay una hueste innumerable? ¡Hay gozo y consuelo para ti! No solamente ten ánimo, sino ven y prueba al Señor. Recuerda que, si no fueras elegido, no perderías nada con ello. ¿Qué dijeron los cuatro leprosos? “Vamos pues ahora, y pasémonos al ejército de los sirios; si ellos nos dieran la vida, viviremos; y si nos dieran la muerte, moriremos”. ¡Oh!, pecador, ven al trono de la gracia que elige. Puedes morir donde estás. Ve a Dios, y aún suponiendo que te rechazara, suponiendo que apartara tus manos implorantes -cosa imposible- con todo, no perderás nada; no serás más condenado de lo que eres ahora, y si lo fueras, tendrías al menos la satisfacción de poder decir a Dios, levantando tus ojos en el infierno: “Dios, te pedí misericordia y no quisiste concedérmela; Supliqué y lloré por ella, pero me la negaste”. ¡Eso nunca podrás decirlo, pecador! Si vas a Él, y se la pides, la recibirás; porque ¡aún no ha despreciado a nadie! ¿No te infunde esperanza esto? Y aunque hay un número determinado, todos los que la buscan pertenecen a él. Ve y busca la misericordia, pecador; y si fueras el primero en ir al infierno de todos los que la buscaron, di a los demonios cómo percaste; di a los espíritus perversos que fuiste echado fuera después de haber ido a Jesús como un culpable pecador. Sabe, pecador, que ello deshonoraría al Eterno -con reverencia a su nombre- y no permitirá tal cosa. Es celoso de su honor, y no puede dar lugar a que nadie hable así.

Y lo que es más, ¡pobre alma!, cree no sólo que no perderás nada con venir, sino que hay algo mucho mejor. ¿Amas la doctrina de la elección? ¿Estás dispuesto a aceptar su justicia? Di pues: “Sé que estoy perdido y lo merezco; y que si mi hermano es salvado, yo no puedo murmurar. Si Dios me destruye, soy digno de ello, pero si salva a los que están sentados a mi lado, a Él le es lícito hacer lo que quiera con lo suyo, y yo no puedo sentirme ofendido por ello”. ¿Podéis decir esto sinceramente desde lo más profundo de vuestro corazón? Si así es, la doctrina de la elección ha hecho su justo efecto en vuestro espíritu, y no estáis lejos del reino de los cielos. Habéis sido traídos a donde debíais estar, donde el Espíritu ha querido; y siendo así esta mañana, marchaos en paz; Dios ha perdonado vuestros pecados. No podríais sentir esto si no hubierais sido perdonados. Es imposible tener esa sensación si el Espíritu de Dios no obrara en vuestros corazones. Alegraos, pues, de ello. Descansad vuestra esperanza en la cruz de Cristo. No penséis en la elección, sino en Él. Jesús en el principio, después y por toda la eternidad.

XVII. LAS ALEGORÍAS DE SARA Y AGAR

«Éstas son los dos pactos» (Gálatas 4:24).

No hay dos cosas en el mundo entre las que pueda haber mayor diferencia que la que existe entre la ley y la gracia. Y es paradójico que, a pesar de ser tan diametralmente opuestas y esencialmente diferentes una de otra, la mente humana está tan depravada, y la inteligencia, aún después de ser bendecida por el Espíritu Santo, tan lejos de un recto discernimiento, que es difícilísimo el distinguir correctamente lo que es la gracia de lo que es la ley. Aquel que sepa apreciar y tener siempre presente lo que diferencia a ambos conceptos, se puede decir que se ha apoderado de la esencia misma de la teología. No está lejos de comprender lo que es el Evangelio, su alcance, las doctrinas que lo forman, etc., quien puede discriminar entre ley y gracia. En todas las ramas del saber humano ha habido partes que, cuando las hemos sabido, nos han parecido fáciles y sencillas; aunque bien es verdad que al principio se nos presentaban como murallas infranqueables. Igual ocurre cuando tratamos de instruirnos en el Evangelio. Todo cristiano debiera saber distinguir con claridad meridiana la diferencia que hay entre la ley y la gracia, especialmente aquellos que han sido preparados e instruidos; aunque, a veces ocurre, son precisamente estos los que más tienden a confundir las dos cosas. A pesar de ser tan opuestas como la luz y las tinieblas, y tan irreconciliables como el agua y el fuego, hay quienes continuamente tratan de hacer una mezcla con ellas -unas veces por ignorancia, otras con plena conciencia-, despreciando que Dios las haya puesto separadas.

Consideraremos esta mañana algunos aspectos de las alegorías de Sara y Agar, a fin de que nos ayuden a una mejor comprensión de las diferencias esenciales que existen entre los pactos de la ley y la gracia. No analizaremos el tema de una manera exhaustiva, sino que nos limitaremos a unas cuantas ilustraciones que el mismo texto nos ofrece. Así pues, nuestro primer punto será *las dos mujeres* que Pablo usa como tipos: Sara y Agar; en segundo lugar, trataremos de *los dos hijos*:

Ismael e Isaac; a continuación *el comportamiento de Ismael para con Isaac*; y por último *el diferente destino de ambos*.

I. Empezaremos, pues, considerando LAS DOS MUJERES: Agar y Sara. Se dice que ellas son el tipo de los dos pactos; y antes de continuar debemos tener presente qué pactos eran éstos. El primero es el que Agar representa, el de las obras. Éstas son sus condiciones: “He aquí mi ley, oh hombre; si tu por tu parte te comprometes a cumplirla, yo por la mía te prometo que, cumpliéndola, vivirás. Si guardases mis mandamientos plena, total y perfectamente, sin un solo fallo, yo te llevaré al cielo. Pero óyeme, si quebrantases mis estatutos, si fueses rebelde contra una sola de mis ordenanzas, te destruiré para siempre”. Éste es el pacto de Agar propuesto en el Sinaí entre rayos y truenos, fuego y humo; o mejor dicho, entregado en el Edén mucho antes que éste, cuando dijo Dios a Adam: “El día que de él comieres, morirás”. Mientras permaneció sin comer del árbol, conservándose puro y sin pecado, estaba seguro de vivir. Éste es el pacto de Agar, el pacto de la ley. Pero el de Sara es el de la gracia; no hecho entre Dios y el hombre, sino entre Dios y Cristo. He aquí sus condiciones: “Cristo Jesús, por Su parte, se compromete a sufrir el castigo por los pecados de todo Su pueblo, a morir, a pagar sus deudas, a cargar sus iniquidades sobre Sus hombros; y el Padre, por la suya, promete que todos aquellos por quienes Su Hijo murió serán salvos con plena seguridad; a todos aquellos cuyo corazón es perverso, Él grabará la ley en sus corazones, para que nunca más se aparten de ella; de todos aquellos que están llenos de pecado, Él pasará de largo y nunca más se acordará de sus iniquidades”. El pacto de las obras era: “Haz esto y vivirás, ¡oh, hombre!” La diferencia entre los dos reside en esto: Uno fue hecho con el hombre y el otro con Cristo; uno fue condicional a la fidelidad de Adam, y el otro es condicional para Cristo, aunque completamente incondicional para nosotros. No hay condiciones de ninguna clase en el pacto de gracia; y si las hay, el mismo pacto las otorga. Nos confiere la fe, el arrepentimiento, las buenas obras y la salvación, de modo puramente gratuito e incondicional; ni

aún la perseverancia en Él depende en lo más mínimo de nosotros. El pacto fue hecho con Cristo, firmado, sellado y ratificado, y en todo bien ordenado.

Ahora consideraremos la alegoría. Quisiera que notarais el hecho de que *Sara, que es tipo del nuevo pacto de gracia, era la primera esposa de Abraham*. Antes que él supiese nada de Agar, Sara era su mujer. Asimismo, el pacto de gracia es, después de todo, el primer pacto. Hay algunos malos teólogos que enseñan que Dios creó al hombre en perfección e hizo un pacto con él; que éste, pecando, lo quebrantó no cumpliendo las condiciones establecidas, y que entonces Dios, pensándolo mejor, estableció un nuevo pacto con Cristo para la salvación de su pueblo. Pero que todo esto es un craso error lo vemos en el hecho de que el pacto de gracia fue establecido con anterioridad al de las obras, puesto que Cristo Jesús, antes de la fundación del mundo, fue ordenado como su cabeza y representante, y somos elegidos según la presciencia de Dios Padre para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesús. Fuimos amados por Dios mucho antes de nuestra caída, y no por lástima o compasión, sino que Él amó a su pueblo simplemente por ser criaturas suyas. Los amó cuando se convirtieron en transgresores- pero al hacerlo los consideró como criaturas. Permitió que cayeran en el pecado, para mostrar a los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia, que era mucho antes que los pecados de ellos. No los escogió de entre los demás después de que cayeron, sino que los amó más allá de Su pacto y antes de su pecado. Él hizo el pacto de la gracia antes de que nosotros cayéramos por el de las obras; y si pudieseis remontaros a la eternidad y preguntar quién nació primero, oiríais que la gracia fue antes que la ley; que aquella vino al mundo antes que ésta fuese promulgada; que aún más antigua que los principios básicos que rigen nuestra moral es la grande y firme roca de la gracia; como un sello de un pacto hecho tiempo ha, mucho antes de que los profetas pregonaran la ley, y mucho antes de que el Sinaí se cubriese de humo, Dios había ordenado a su pueblo para vida eterna; aquellos que habían de ser salvos por Jesús fueron escogidos mucho antes de que Adam fuese puesto en el Jardín del Edén.

Notad, también, que, *aunque Sara era la primera mujer, fue Agar la que alumbró el primer hijo*. Así también Adam, el primer hombre, viene a ser el hijo de Agar; y a pesar de que mientras estaba en el Edén era puro y sin mancha, no por eso era el hijo de Sara, sino que su estancia allí estaba sujeta al pacto de las obras: si pecaba moriría, y si era obediente viviría para siempre. Dependía de él, pues, tanto el obedecer a Dios como el desobedecerle. La base del pacto era: “Si comieres de esta fruta morirás; pero si fueres obediente y guardases lo que te he mandado, vivirás”. Pero Adam, perfecto como era, hasta después de su caída no se portó como un Isaac, sino como un Ismael. *Aparentemente*, al menos, fue un agareno; aunque *secretamente*, según el pacto de la gracia, pudo haber sido un hijo de la promesa. Bendito sea Dios, que desde que Adam cayó no estamos bajo Agar; no estamos bajo la ley. Sara ha alumbrado más hijos, y el nuevo pacto es “la madre de todos”.

Reparad también en cómo *Agar no fue destinada a ser esposa; y cómo nunca debió haber sido otra cosa que la criada de Sara*. De la misma manera, la ley jamás intentó salvar al hombre, sino que fue destinada a ser la sierva del pacto de gracia. Cuando Dios promulgó la ley en el Sinaí, era completamente ajena a su intención la idea de que el hombre pudiera salvarse por ella; Él nunca concibió que cumpliendo sus preceptos fuera posible alcanzar la perfección. Vosotros sabéis cuán excelente sierva de la gracia es la ley. ¿Quién os trajo si no a los pies del Salvador? ¿No fue ella quien tronaba en vuestros oídos con sus acusaciones? Jamás hubiéramos venido a Cristo si la ley no nos hubiese traído, ni nunca hubiésemos conocido nuestros pecados si ella no nos los hubiera revelado. La ley es la sierva de Sara que barre nuestros corazones formando tal polvareda, que tenemos que clamar ser rociados con sangre para que el polvo se asiente. Es, valga el símil, el perro pastor de Cristo que va tras las ovejas para llevarlas al redil. Es centella del cielo que aterroriza al impío haciéndole dejar su camino de pecado, para buscar a Dios. ¡Ah!, todo iría mejor si supiéramos hacer buen uso de ella, poniéndola en el lugar que le corresponde, y haciéndola obediente a su señora. Y aunque esta Agar nunca se somete, y siempre intenta ser el ama como Sara, ésta jamás se lo permitirá, sino que ciertamente deberá tratarla con dureza y echarla fuera. Nosotros debemos hacer lo mismo, y que nadie nos critique si en estos días

tratamos duramente a los agarenos, si a veces juzgamos sin miramiento a los que confían en las obras de la ley. Citaremos a Sara como ejemplo. Ella trató a Agar despiadadamente, y nosotros haremos igual. Quisiéramos hacer huir a Agar al desierto, para no tener que tratar nunca más con ella. A pesar de eso, es verdaderamente sorprendente que, aunque Agar sea ordinaria y mal encarada, los hombres hayan sentido siempre mayor amor por ella que por Sara; que continuamente estén dispuestos a exclamar: “Agar, tú serás mi señora”, en lugar de decir: “No; Sara, yo seré tu hijo y Agar será la sierva”. Éstos que así hablan olvidan que la ley esta bajo el cristiano, para andar por ella, para ser su guía, su norma y su modelo. “No estamos bajo la ley; sino bajo la gracia.” La ley es el camino por el que vamos, no la vara que nos conduce ni el espíritu que nos mueve. Es buena y excelente, pero en su debido lugar. Nadie puede censurar a la criada porque no sea la esposa, como tampoco nadie debe despreciar a Agar porque no sea Sara; y si aquella hubiera recordado simplemente cuál era su posición, el ama no hubiese tenido que echarla, y todo hubiera ido bien para ella. En modo alguno queremos expulsar la ley de nuestras iglesias; pero cuando intenta erigirse como señora, ¡fuera con ella!; no queremos nada con el legalismo.

Continuando con las dos mujeres, vemos cómo *Agar nunca fue libre ni Sara esclava*. De la misma manera, el pacto de las obras nunca fue libre ni sus hijos tampoco. Todos cuantos confían en sus obras nunca son libres ni podrían serlo jamás, aunque pudieran alcanzar la perfección con sus buenas acciones. Aun cuando no tengan ningún pecado, continúan siendo esclavos; porque, cuando hemos hecho todo lo que debemos, Dios no es nuestro deudor, sino nosotros de Él; por lo tanto, siguen siendo esclavos. Si yo pudiera cumplir toda la ley de Dios, no tendría ningún derecho a mi favor porque no habría hecho más que lo que era mi deber, y por consiguiente, sería aún un esclavo. La ley es el amo más riguroso del mundo, y ninguna persona sensata debiera desear prestarle sus servicios; porque después que hubiere hecho todo, nunca le daría las gracias, sino que le diría: “¡Continúa!; ¡todavía más!” El pobre pecador que intenta salvarse por la ley es como el caballo ciego que da vueltas y más vueltas al molino, sin moverse del mismo lugar, recibiendo latigazos continuamente; cuanto más aprisa vaya y más trabaje, más se cansará y tanto peor para él. El más legalista más segura tiene la condenación. El más santo, si confía en sus obras, puede estar completamente seguro de su rechazamiento final y de su eterna porción con los fariseos. Agar era una esclava; Ismael, virtuoso y bueno como era, no fue otra cosa sino un esclavo, y nunca podría ser más. Ni todos cuantos méritos pudiera ofrecer a su padre durante toda su vida, harían que fuera hijo de la libre. Por el contrario, Sara nunca fue esclava. Pudo ocurrir, como en el caso de Faraón, que cayera prisionera; pero no fue esclava. También pudo ocurrir que su marido la negara; pero no por eso dejó de ser su esposa y el pronto la reconoció como tal, de modo que Faraón se vio constreñido a devolverla. De la misma manera, una vez también pareció como si el pacto de gracia estuviera en peligro, cuando su representante exclamó: “Padre mío, si es posible, pase de mí este vaso”; pero nunca el riesgo fue real. Igualmente ha podido parecer a veces como si los que están bajo el pacto de la gracia fueran cautivos y esclavos; pero, a pesar de eso, son libres. Ojalá sepamos estar “firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres”.

Consideraremos un pensamiento más. *Agar y su hijo fueron expulsados, mas Sara nunca lo fue*. El pacto de las obras ha dejado de ser tal pacto; y de la misma manera que no solamente fue echado Ismael, sino también su madre, así, los que confían en este pacto han sido también desechados. El legalista puede saber, pues, no solamente que esta condenado, sino que la ley ha cesado como pacto; porque tanto la madre como el hijo han sido expulsados por el Evangelio, y los que confían en la ley son despedidos por Dios. Si preguntáis: ¿quién es la esposa de Abraham?, la respuesta será, naturalmente, Sara. ¿No duerme ella en la cueva de Macpela junto a su marido? Allí está, sí; y si tuviera que continuar allá por mil años más, seguiría siendo la esposa de Abraham, mientras que Agar jamás podrá serlo. ¡Oh!, cuán dulce es saber que aquel antiguo pacto fue perfecto en todo, y que nunca será mudado. “No así mi casa para con Dios; sin embargo él ha hecho conmigo pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y será guardado.” ¡Ay de vosotros, legalistas! No me extraña que enseñéis que el creyente se puede perder, porque esa doctrina armoniza con vuestra teología. Naturalmente, Agar e Ismael fueron ambos expulsados;

pero nosotros, que predicamos el pacto de la libre y plena salvación, sabemos que Isaac nunca fue echado y que Sara jamás dejó de ser la esposa y amiga de Abraham. ¡Vosotros, agarenos!, ¡ceremonialistas!, ¡hipócritas!, ¡legalistas!, ¿de qué os valdrá todo eso cuando al final os preguntéis: “¿Dónde está mi madre?, ¿dónde está mi madre la ley?” “Ha sido expulsada”, se os dirá, “y vosotros podéis ir os también con ella al olvido eterno.” Pero cuando al final el cristiano haga la misma pregunta -¿dónde está mi madre?- se le responderá: “He aquí la madre de los fieles, la Jerusalem de arriba, la madre de todos nosotros; y entraremos y moraremos en ella con nuestro Dios y Padre”.

II. Ahora vamos a considerar LOS DOS HIJOS. Así como las dos mujeres tipifican los dos pactos, sus hijos representan a todos aquellos que viven bajo cada uno de dichos pactos. Isaac es el tipo de los que andan por fe y no por vista, y que esperan ser salvos por gracia. Ismael de los que viven por las obras, y esperan ser salvos por sus buenas acciones. Consideremos a los dos por separado.

Primero. *Ismael es el mayor* El legalista es mucho más viejo que el cristiano; y si hoy en día yo fuera legalista, tendría quince o dieciséis años más de los que tengo como cristiano; porque todos hemos nacido legalistas. Whitefield decía que “todos hemos nacido arminianos”. Es la gracia la que nos hace calvinistas; es la gracia la que nos hace cristianos; es la gracia la que nos hace libres, y es la gracia la que nos hace conocer nuestra posición en Cristo. Es de esperar, pues, que el legalista tenga más poder de argumentación que Isaac; y cuando los dos luchan entre sí, lógicamente es Isaac el que casi siempre cae derribado, porque Ismael es mayor. Es de esperar, también, que sea Ismael el que forme más alboroto, porque su carácter es especial para la violencia; siempre sus manos contra todos y las manos de todos contra él, mientras que, por el contrario, Isaac es un muchacho pacífico. Siempre defiende a su madre, y cuando se burlan de él, todo lo que puede hacer es ir a decirle que Ismael se burló de él; es un muchacho débil. Y, ¿qué es si no lo que ocurre en nuestros días? Los ismaelitas son generalmente los más fuertes, y nos hacen sufrir penosas caídas cuando argumentamos con ellos. Se enorgullecen y glorían de que Isaac no tiene mucha capacidad para razonar ni mucha lógica. No, Isaac no la necesita porque es heredero según la promesa, y la promesa y la lógica tienen poco en común. Su lógica es la fe y su retórica la seriedad. No esperéis nunca que el Evangelio salga victorioso cuando disputáis según el modo de los hombres; antes bien, esperad salir derrotados. Si en vuestras conversaciones con legalistas sois vencidos, podéis decir: “Esperaba que ocurriera así, y esto me muestra que soy un Isaac; porque Ismael siempre estaba seguro de poder apalear a su hermano. No me pesa en absoluto. Vuestros padres estaban en la flor de la vida y eran fuertes, y es natural que me hayáis podido; porque los míos eran viejos”.

Pero, ¿qué era lo que diferenciaba a estos dos muchachos en su apariencia externa? *No había ninguna diferencia entre ellos en canto a ordenanzas*, pues ambos estaban circuncidados. No tenían ningún signo exterior que los distinguiera. Así ocurre también hoy día; es muy fácil confundir a Ismael con Isaac; es muy fácil confundir al legalista con el cristiano en lo que se refiere a ceremonias externas: hace uso de los sacramentos, y se bautiza igualmente, aunque por temor a morir si no lo hiciera. *Tampoco creo que hubiera mucha diferencia de carácter entre ellos*. Ismael era casi tan bueno y honorable como Isaac. Las Escrituras no nos dicen nada en contra de él; y me siento inclinado a pensar que era muy buen muchacho, por el hecho de que cuando Dios dijo a Abraham, refiriéndose a Sara: “... reyes de pueblos serán de ella”, el respondió: “Ojalá Ismael viva delante de ti”. Pidió a Dios por Ismael, porque amaba al joven, sin duda, por su disposición. Ismael fue bendecido con varias bendiciones temporales, como la de que sería padre de príncipes; pero Dios no cambió su plan ni por la oración de Abraham. Y cuando Sara se enojó en gran manera y echó a Agar fuera de su casa, sabemos que “pareció grave en gran manera a Abraham a causa de su hijo”; y no creo que el afecto que sentía por él fuese inmotivado. Hay un rasgo en el carácter de Ismael que a vosotros os es muy simpático; cuando murió su padre, a pesar de que no le dejó nada en absoluto -pues anteriormente, cuando lo echó de casa, le había dado su parte-, vino a los funerales; pues sabemos que él e Isaac lo enterraron en

Macpela. Así, parece que no hubiera más que una pequeña diferencia en la forma de ser de ambos. De la misma manera, hay poca diferencia entre el cristiano y el legalista en lo que respecta a su comportamiento visible. Los dos son hijos de Abraham y no hay nada en su vida que los distinga; porque Dios permitió que Ismael fuese tan bueno como Isaac, para demostrar que no es por la bondad del hombre que Él hace la distinción, sino que “del que quiere tiene misericordia, y al que quiere, endurece”.

Entonces, *¿qué era lo que les distinguía?* Pablo nos dice que el primero nació según la carne, y el segundo según el *Espíritu*. El primero era hijo natural; el segundo, espiritual. Preguntad al legalista: “Tú haces buenas obras, y dices que guardando la ley no tienes necesidad de arrepentimiento; pero, ¿de dónde sacas esa fortaleza para poder guardarla?” Quizás os diga: “Es la gracia”; pero si insistís en que os explique que es lo que el entiende por gracia, os dirá que él no sólo tiene gracia sino que hace uso de ella. De manera que la verdadera diferencia estriba en que tú te vales de ella y los demás no. En ese caso podemos decir que tanto da que la llames gracia como mostaza, porque al fin y al cabo es el hacer uso de ella lo que hace la diferencia. Preguntad ahora al pobre Isaac cómo puede guardar la ley, y os dirá de su dificultad para hacerlo. ¿Eres pecador, Isaac? “¡oh! Sí, y en gran manera; me he rebelado miles de veces contra mi padre, y muy frecuentemente me he apartado de él.” Entonces, ¿No te crees tan bueno como Ismael? “No, en modo alguno.” Bien, le diréis, pero después de todo hay algo que os diferencia, ¿qué es ello? “Es la gracia lo que me distingue.” ¿Por qué Ismael no es un Isaac?, ¿Podría haberlo sido? “No”, responde Isaac, “fue Dios quien hizo que me diferenciara desde el principio hasta el final, y quien me escogió como hijo de la promesa antes de que yo naciera, y así me guardará.”

«La gracia premiará todas las obras
Con coronas de bienaventuranza;
Ella es la luz, la piedra más preciosa,
Digna de toda gloria y alabanza.»

Isaac posee realmente buenas obras, y no tiene por qué envidiar a Ismael. Cuando se convierte trabaja, si fuera posible, para servir a su padre mucho mejor que el legalista pueda servir a su amo; pero a pesar de eso, si ambos os contaran su vida, veríais a Isaac considerarse como un pobre y miserable pecador, mientras que Ismael se ensalzaría así mismo como un honorable fariseo. La diferencia no reside en las obras, sino en los motivos que las impulsan; no en la manera de vivir, sino en los principios que mantienen esa vida; no en cuanto se hace, sino en cómo se hace. Y ésta es precisamente la diferencia que hay entre algunos de vosotros. No quiero decir que vosotros, legalistas, seáis peores que los cristianos, sino que vuestras vidas pueden ser mejores que las de ellos, y al fin perderos. ¿Que esto es injusto? De ninguna manera. Dios dice a los hombres que deben salvarse por la fe, pero vosotros decís que no, que os salvaréis por vuestras obras; podéis probar si queréis, que al final os condenaréis para siempre. Es como si tuvieseis un criado y le dijeseis: “Juan, haz tal o cual cosa en la caballeriza”; pero el fuera e hiciese todo lo contrario de lo que le hubierais mandado y os dijese: Señor, ya está hecho todo perfectamente”. “Sí”, diríais, “pero no era eso lo que te ordené que hicieras.” Así Dios tampoco os ha dicho que ganéis la salvación con vuestras buenas obras, sino “ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer por su buena voluntad”. Y cuando vengáis a su presencia a presentarle vuestras acciones, os dirá: “Nunca te dije que hicieras eso, sino: Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo. “¡Ah!”, le contestaréis, “creímos que éste era el mejor camino.” Amigos míos, os perderéis por culpa de vuestros pensamientos. “¿Pues qué diremos? Que los gentiles que no seguían justicia han alcanzado la justicia, mas Israel que seguí a la ley de justicia, no ha llegado a la ley de justicia. ¿Por qué?; porque la seguían no por fe, mas como por las obras de la ley.”

III. A continuación solamente diré un par de palabras sobre EL COMPORTAMIENTO DE ISMAEL PARA CON ISAAC. Sabemos cómo se mofó de él. ¿No os habéis exasperado muchas

veces, estimados hijos de Agar, cuando habéis oído hablar de esta doctrina? Habéis dicho: “Es terrible, espantoso, completamente injusto que yo pueda ser tan bueno como quiera, pero que si no soy hijo de la promesa no pueda ser salvo; es verdaderamente horrible; es una doctrina inmoral, que esta ocasionando gran daño y debería ser completamente extirpada”. ¡Naturalmente!; vuestra reacción demuestra que sois ismaelitas, porque Ismael siempre se burlará de Isaac, y nosotros no necesitamos más explicación. Allí donde la pura soberanía de Dios es predicada, donde se dice que el hijo de la promesa, y no el de la carne, es el heredero, Ismael siempre forma tumulto. ¿Qué dijo Ismael a Isaac? “¿Qué parte tienes tu aquí?, ¿No soy yo el hijo mayor de mi padre?; todo hubiera sido mío si no hubiera sido por ti, ¿eres tú quizá más que yo?” Ésta es la forma de hablar del legalista. ¿No es Dios padre de todas las criaturas? ¿No somos todos sus hijos? Si así es, no debió hacer ninguna diferencia.” Ismael dijo: “No soy tan bueno como tú? ¿No sirvo igualmente a mi padre? Tú eres el favorito de tu madre, pero la mía vale tanto como la tuya”. Así importunaba y se mofaba de Isaac. Exactamente igual que los arminianos hacen con la salvación gratuita. El legalista dice: “Ni lo veo, ni lo acepto, ni lo aceptaré; porque si ambos somos iguales en condición, no es justo el que uno haya de perderse mientras el otro se salva.” De igual forma se burlan de la libre gracia. Podéis adquirir buena fama sin dificultad si no predicáis muy claro la libre gracia; pero si osáis hablar de tal cosa, a pesar de ser molesta y herir a la gente, dirán que es “el anzuelo de la popularidad”. Sin embargo, pocos peces pican en ese anzuelo. La mayoría de las personas dicen: “Lo odio, no puedo soportarlo, es poco caritativo”. ¡Decís que predicamos esto para hacernos populares! Ello es mentira, por cuanto la doctrina de la soberanía divina siempre será impopular. Los hombres siempre la aborrecerán y mostrarán su animosidad, tal como hicieron cuando Jesús la proclamaba. Muchas viudas había en Israel, pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a Sarepta de Sidón, a una mujer viuda. Y muchos leprosos había en Israel, y ninguno fue limpiado, sino aquel que vino de la lejana Siria. Envidiable popularidad la que nuestro Salvador ganó con aquel sermón. Todo cuanto consiguió fue que el pueblo se llenara de ira y lo echaran de la ciudad y lo llevaran a la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada para despeñarlo. Mas Él pasó por en medio de ellos y se fue. ¡Qué popular es el humillar el orgullo del hombre, derribar su jactancia y hacerle arrastrarse delante de Dios como un pobre y miserable pecador! No, esto nunca será popular hasta que los hombres nazcan como los ángeles y hasta que toda criatura ame al Señor; y creo que ello tardará en llegar.

IV. Ahora, en cuarto lugar, nos toca considerar QUÉ FUE DE LOS DOS HIJOS.

Isaac recibió toda la herencia, mientras que Israel no recibió nada. No quiere decir esto que Ismael fuera dejado en la pobreza; porque sabemos que recibió muchos regalos y llegó a ser muy rico y poderoso en este mundo. Fue de la herencia espiritual de la que no le tocó nada. Así también los legalistas recibirán muchas bendiciones como recompensa de su legalismo; serán honrados y respetados. “Verdaderamente”, dijo Cristo, “los fariseos tienen ya su galardón.” Dios no priva a nadie de su premio; el hombre siempre alcanza aquello por lo cual se afana. Dios siempre paga lo que debe y mucho más; y aquellos que guardan su ley, recibirán grandes favores aún en este mundo. Obedeciendo los mandamientos de Dios no perjudicarán su cuerpo como los viciosos, y conservarán mejor su reputación. En este sentido, la obediencia es beneficiosa. Mas a pesar de todo lo recibido, Ismael se quedó sin la verdadera herencia. De igual forma, Tú, pobre legalista, si dependes de tus obras o de cualquier otra cosa que no sea la libre y soberana gracia de Dios para librarte de la muerte, no esperes ni un palmo de la tierra prometida de Canaán; sino que en aquel gran día, cuando Dios reparta las porciones a todos los hijos de Jacob, no habrá un solo trozo para ti. Pero si eres un pobre Isaac, un culpable y tembloroso pecador, y si dijese: “Ismael tiene las manos llenas; pero yo

Nada traigo en mis manos a tu luz,
Sólo vengo a abrazarme a tu cruz»;

y si en esta mañana dices:

«Todo es en ti, Señor, nada es en mí,
De Cristo cuanto tengo recibí»;

si renuncias a todas las obras de la carne y confiesas: “¡Pobre de mí, el más grande de los pecadores!; pero soy hijo de la promesa, y Jesús murió por mí”, la herencia será tuya, y ni los Ismaeles escarnecedores de este mundo podrían privarte de ella, ni todos los hijos de Agar menguarla. Quizá, a veces, seas vendido y llevado a Egipto como esclavo; pero Dios volverá a traer a sus Josés y a sus Isaacs, y los exaltará hasta la gloria, y se sentarán a la diestra de Cristo. Cuantas veces he pensado en la consternación que causarán en el infierno los aparentemente buenos cuando entren allí. “Señor”, dirá uno de ellos, “¿y yo voy a entrar en esa nauseabunda mazmorra? ¿No he sido un fiel y estricto cumplidor del domingo? Yo nunca maldije o blasfemé en toda mi vida, y ¿he de ir allí? Pagué los diezmos de todo cuanto poseía, y ¿he de ser encerrado ahí? He sido bautizado y he participado en la Cena del Señor, y además he sido todo lo bueno que cualquier hombre haya podido ser jamás. Sí, es verdad, no creí en Cristo, pero fue porque pensé que no lo necesitaba; yo era demasiado recto y honorable, y, ¿por eso he de ser encerrado ahí?” ¡Sí señor!, y entre los condenados tendrás esa preeminencia, ya que tu despreciaste a Cristo más que todos ellos. Ellos jamás se erigieron en anticristo; simplemente siguieron una vida de pecado, lo mismo que tú hiciste en tu medida; pero tú sumaste a los tuyos el más execrable de los pecados: te alzaste como anticristo, y te inclinaste e idolatraste tu propia fantástico justicia. Y Dios continuará: “Oí cómo te quejabas de mí soberanía, cómo decías que era injusto que Yo salvara a mi pueblo y que distribuyese mis favores según el consejo de mi propia voluntad. Tú impugnaste la justicia de tu Creador, y por eso, esta misma justicia se manifestará sobre ti con todo su poder”. El hombre siempre ha creído que el saldo de sus obras le es favorable; pero siempre acaba descubriendo que sólo ha hecho una íntima parte de su obligación; y así, cuando Dios extiende la inmensa lista de sus pecados, terminada por una frase que dice: “Sin Cristo, alejados de la república de Israel, sin Dios y sin esperanza”, llega a darse cuenta que su pequeño tesoro no es más que algo vil y despreciable, mientras que su deuda con Dios es miles de millones de veces más grande. Y así, con un horrible grito y desesperado lamento, se apartará con la lista de los méritos que esperaba que le salvaran, clamando: “¡Estoy perdido!; Estoy perdido con todas mis buenas obras! Me doy cuenta que mis buenas obras son como un grano de arena comparado con las montañas de mis pecados; y, como no tengo fe, toda mi justicia no es sino hipocresía blanqueada.”

Ahora, una vez más, consideraremos cómo *Ismael fue echado de Su casa, mientras que Isaac* permanecía en ella. Así ocurrirá con alguno de vosotros cuando los días de juicio vengan a probar a la Iglesia de Dios. Aunque os hayáis disfrazado con vuestra profesión de cristianos, descubriréis que de nada os servirá. Habéis sido como el hijo mayor de la parábola; siempre que un pobre pródigo ha vuelto a la Iglesia, habéis dicho: “Cuando vino éste tu hijo, que ha consumido tu hacienda con rameras, has matado para él el becerro grueso”. ¡ay de ti, envidioso legalista!-, tú también serás arrojado del hogar. Sábete, legalista y formalista, que tu relación con Cristo no pasa de ser como la de cualquier pagano; y aunque hayas sido bautizado en su bautismo, te hayas sentado a su mesa y hayas oído predicaciones cristianas, no tienes suerte ni parte en este asunto; no más que un católico o un mahometano, a menos que confíes solamente en la gracia de Dios y seas heredero según la promesa. Aquel que confíe en sus obras, aunque sólo sea un loco, descubrirá cómo esa poca confianza puede perder su alma. Todo lo que trama la naturaleza humana debe ser desenmascarado. El alma debe confiar sola y exclusivamente en el pacto de Dios, o de otra manera se perderá. Legalista, tú esperas ser salvo por tus obras. Ven ahora, que te trataré con toda consideración. No te acusaré de que hayas sido un borracho o un blasfemo, pero quiero preguntarte: ¿Verdad que sabes que para ser salvo por las obras es requisito indispensable el ser enteramente perfecto? Dios exige el cumplimiento de toda la ley. Si tuvieses una vasija con la más pequeña rotura, ¿verdad que no estaría completa? ¿No has cometido en tu vida un sólo pecado? ¿No has tenido nunca un mal pensamiento? No voy a suponer que hayas manchado tus

blancos guantes con cosas tales como el deseo o la carnalidad; o que tu delicada boca, de tan pura conversación, se haya rebajado a blasfemar o a hablar de lo que no debieras; tampoco puedo imaginar que hayas cantado jamás una canción obscena. No, ya sé que ello no es posible; más, ¿No has pecado nunca? Si has pecado, porque es así, oye lo que dice la Escritura: “*El alma que pecare, esa morirá*”; y esto es todo cuanto tengo que decirte. Pero aún suponiendo que negaras tu pecado, sabe que si a partir de ahora cometieras uno sólo; aunque vivieras durante setenta años una vida santa, si al final pecares una sola vez de nada te valdría toda tu obediencia; porque “el que ofendiere en un punto, se hace culpable de todos”. “¡Oh!”, me dirás, “parte usted de una base equivocada; porque aunque yo crea que debo hacer buenas obras, también creo que Jesucristo es muy misericordioso y que, aunque yo no sea enteramente perfecto y no pueda prestarle, por lo tanto, obediencia perfecta, si soy sincero y sé que aceptará la sinceridad de mi obediencia.” ¡Eso lo dirás tú, naturalmente!; pero, ¿qué es la obediencia sincera? Conocí a un hombre que se emborrachaba durante toda la semana. Era muy sincero y creía que, con tal de estar sobrio para el domingo, no hacía ningún mal. Muchos son los que tienen lo que ellos llaman una sincera obediencia; pero ésta es de tal clase que siempre deja un pequeño margen a la iniquidad. “Sí, claro”, dirás, “pero es tan pequeño que sólo nos concedemos algunos pecadillos sin importancia.” Mi querido amigo, estás completamente equivocado si crees que eso es una sincera obediencia; porque si fuera así como Dios la exige, entonces, cientos de personas de la condición más vil serían tan sinceras como tú -aunque yo no creo que tú lo seas, ya que, si lo fueses, obedecerías lo que dice Dios: “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo”-. Me parece que tu sincera obediencia es un sincero engaño, y que tú mismo así lo reconocerás. “Bueno”, dices, “también puedo ir a Cristo después de haberlo hecho todo y decirle: Señor, mira cuanta deficiencia hay en lo mío, querrás tu suplirla?” Es sabido que, no hace muchos siglos, las que eran acusadas de brujería eran pesadas en una gran balanza contra la Biblia parroquias, y si el platillo se inclinaba a su favor se declaraba su inocencia; pero el poner las brujas y la Biblia en el mismo platillo es una idea nueva. Cristo jamás se pondrá en la balanza con personajes tan necios y orgullosos como tú. Te gustaría que Él fuera una especie de contrapeso. Muchas gracias de su parte por tu atención; pero no aceptará un servicio tan denigrante. “Él puede ayudarme en el asunto de mi salvación”, dices. Sí, y sé que te gustaría; pero Cristo es un Salvador completamente distinto de lo que tú te imaginas; cuando empieza una obra le gusta acabarla por completo. Quizá te parezca extraño; pero no le agrada que nadie le ayude. Cuando hizo el mundo no necesitó que el ángel Gabriel enfriara con sus alas la materia incandescente; sino que Él lo hizo todo completamente solo, y lo mismo hace en la salvación. Él dice: “A otro no daré mi gloria”. Permíteme recordarte, si declaras ir a Cristo y al mismo tiempo hacer algo tú, aquel pasaje de la Escritura, a *propósito* para ti, y que puedes digerir sin prisas: “Y si por gracia, luego no por las obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por las obras, ya no es gracia; de otra manera, la obra ya no es obra”. Porque si las pones juntas, echas a perder las dos. Cuando vayas a casa trata de mezclar el agua con el fuego; haz que un cordero y un león moren juntos bajo tu techo, y si logras que el éxito te sonría, puedes decir que has conseguido que la gracia y las obras se avengan; pero aún entonces te diré que mientes, porque las dos son tan esencialmente opuestas, que es imposible que eso pueda ocurrir. Al que de vosotros quiera arrojar todas sus buenas obras y venir a Jesús diciendo: “Nada, nada, NADA,

Nada traigo en mis manos a tu luz,
Solo vengo a abrazarme a tu cruz»,

Cristo le proveerá abundantemente de buenas obras, y el Espíritu Santo obrará en él tanto el querer como el hacer por Su buena voluntad, y le hará santo y perfecto. Pero si tratáis de conseguir tal santidad fuera de Cristo, habéis empezado por el final; habéis cortado las flores antes de sembrarlas, y trabajáis innecesariamente, por vuestra necedad. ¡Tiembla ante Él ahora, Ismael! Si muchos de vosotros sois Isaacs, recordad siempre que sois hijos de la promesa. No cedáis. No os dejéis uncir por el yugo de servidumbre; porque no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.

XVIII. EL PODER DEL ESPÍRITU SANTO

«El poder del Espíritu Santo» (Romanos 15:13).

El poder es la prerrogativa especial y característica de Dios, y solamente de Dios. “Dos veces he oído esto: que de Dios es la fortaleza.” Dios es Dios, y el poder le pertenece. Aunque delegue una parte del mismo en sus criaturas, no obstante continua siendo Su poder. El sol, aunque es “como un novio que sale de su tálamo, y se alegra cual gigante para correr el camino”, no tiene vigor para realizar sus movimientos, a menos que Dios lo dirija. Los astros, aunque giran en sus órbitas y nada podría detenerlos, no tienen más poder que el que diariamente les infunde Dios. El eminente arcángel, cerca de Su trono, que resplandece más que un cometa incandescente, aunque es un ser notable en poderío y esta presto a oír la voz de mando de Dios, no tiene ninguna potestad, excepto la que le concede su Hacedor. E igual ocurría con el leviatán, que hacía hervir como una olla la profunda mar en forma tal, que parecía que era cana. Así también con behemot, que bebía ríos sin inmutarse y se jactaba de poder sorber el Jordán. Todas las majestuosas criaturas que hay sobre la tierra deben su fuerza a Aquel que moldeó sus huesos con acero e hizo sus músculos de bronce. Y referente al hombre, si tiene señorío y poder, es tan pequeño e insignificante que difícilmente puede llamársele así. En efecto, cuando se halla en el esplendor de su grandeza -cuando blande su cetro, cuando manda los ejércitos y cuando rige los destinos de las naciones- el poder siempre pertenece a Dios. Y verdad es que “dos veces he oído esto: que de Dios es la fortaleza”. Este privilegio exclusivo de Dios se encuentra en cada una de las tres Personas de la gloriosa Trinidad. El Padre tiene poder: porque por su palabra fueron hechos los cielos y todos sus moradores; por su potencia todas las cosas subsisten, y por Él cumplen su destino. El Hijo tiene poder: porque al igual que el Padre es el Creador de todas las cosas; “sin Él, nada de lo que es hecho, fue hecho”, y “por Él todas las cosas subsisten”. Y el Espíritu Santo tiene poder, y es de este poder que quiero hablaros esta mañana. Ojalá tengáis en vuestros corazones un ejemplo práctico de este atributo, al sentir que estoy hablando las palabras del Dios viviente a vuestras almas por la influencia de su Espíritu, y que sintáis su efecto en vosotros.

Vamos, pues, a contemplar el poder del Espíritu Santo en tres formas distintas. La primera es *la demostración eterna visible de Su poder*. La segunda, *la manifestación interior y espiritual del mismo*; y por último, *las obras que de Él esperamos en el futuro*. Con esto, confío en que quede claramente expuesto a vuestras almas el poder del Espíritu.

I. Primeramente, pues, vamos a ver el poder del Espíritu en SU DEMOSTRACION EXTERNA Y VISIBLE. El poder del Espíritu no ha permanecido dormido, sino que se ha estado ejerciendo. Mucho ha sido lo hecho por el espíritu de Dios hasta ahora; más de lo que pudiera haber obrado cualquier ser que no fuera el Eterno, Infinito y Todopoderoso Jehová, una de cuyas Personas es el Espíritu Santo. Hay cuatro obras que son el signo externo y manifiesto del poder del Espíritu: creación, resurrección, obras de testimonio y obras de gracia. De cada una de ellas hablaré muy brevemente.

1. Así pues, el Espíritu ha manifestado la omnipotencia de su poder en la creación; porque, aunque no muy frecuentemente, a veces las Escrituras atribuyen la creación tanto al Espíritu Santo como al Padre y al Hijo. La creación de los cielos es referida como obra del Espíritu de Dios; y esto lo comprobaremos en el acto leyendo Job 26:13: “Su Espíritu adornó los cielos; su mano creó la serpiente tortuosa”. Todas las estrellas del firmamento han sido emplazadas en su lugar por Él, y una constelación en particular, llamada la “serpiente tortuosa”, se señala como obra suya. Él afloja las ligaduras de Orión; ata los suaves lazos de las Pléyades, y guía a Arturo con sus hijos. Él hizo todos los astros que brillan en los cielos. Los cielos fueron adornados por sus manos, y por Su poder formó la serpiente tortuosa. Además, interviene en todos los continuos actos creativos que tienen lugar en el mundo; tales como la procreación de hombres y animales, su gestación y nacimiento. Estos se atribuyen, también, al Espíritu Santo. Si leéis el Salmo 104:29,30, os dirá:

“Escondes tu rostro, túrbanse; les quitas el Espíritu, dejan de ser, y tórnanse en su polvo. Envías tu Espíritu, críanse, y renuevas la haz de la tierra”. De este modo, la creación de cada hombre es la obra del Espíritu; y la creación de toda vida y de toda existencia carnal en este mundo debe atribuirse al poder del Espíritu Santo, tanto como la primera población de los cielos, o la formación de la serpiente tortuosa. Y leyendo en el primer capítulo del Génesis veréis presentada de modo más particular esa operación especial de poder del Espíritu Santo sobre el universo, y descubriréis cuál fue su obra: “Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas”. No sabemos cuán lejano puede quedar el período de la creación del mundo; desde luego muchos millones de años antes de la aparición de Adán. Nuestro planeta ha pasado por varias etapas en su existencia, y diferentes clases de criaturas han vivido sobre su suelo, habiendo sido todas moldeadas por Dios. Pero antes de que apareciera esa era, en la que el hombre sería su principal morador y soberano, el Creador abandonó el mundo a la confusión. Permitió que los fuegos interiores estallaran desde el fondo, fundiendo toda la materia sólida de tal forma que toda clase de sustancias se mezclaron en un vasto cúmulo de desorden; el único nombre que podía dársele entonces al mundo era el de caótico montón de materia; es imposible imaginarse la realidad de lo que era. Todo estaba completamente vacío y sin forma, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo. Llegó el Espíritu y, extendiendo sus amplias alas, ordenó a la oscuridad que se dispersara; y mientras se movía en ella, los diferentes conglomerados de materia se agruparon en su lugar correspondiente, y nunca más estuvo “desordenada y vacía”, sino que tomó forma redonda como sus planetas hermanos, y comenzó a moverse entonando himnos de alabanza al Creador, no en forma discordante, como lo hiciera hasta entonces, sino como una gran nota en la inmensa escala de la creación. Milton describe bellamente la obra del Espíritu en este poner en orden la confusión, cuando el Rey de Gloria con su poderosa Palabra y Espíritu vino a crear nuevos mundos:

«Vieron desde los límites del cielo
El vasto e inconmensurable abismo:
Ascendía como un mar tempestuoso
Salvaje, devastado, tenebroso,
Agitado por furia huracanado
Y olas como montañas, que quisieran
Asaltar de los cielos las alturas,
Y centro y polo unir en su mixtura.
-Silencio, ondas tumultuosas,
Cesad en vuestra discordia;
Y tú, profundidad. paz-
Se oyó al Hacedor Verbo ordenar.
Entonces el Espíritu de Dios,
Extendiendo sus alas creadoras,
Infundió su virtud y su calor
Sobre la masa ingrátida de otrora.

Esto que habéis visto es el poder del Espíritu. Si hubiésemos podido contemplar la tierra en toda aquella confusión, habríamos exclamado: “¿Quién puede hacer de esto un mundo?” El poder del Espíritu Santo. Con sólo extender sus alas colombinas puede reagruparlo todo. Donde no hay sino el caos, reinará el orden.” Pero no es éste todo el poder del Espíritu. Hemos visto parte de sus obras creadoras; pero existe un ejemplo de creación más particular que concierne directamente al Espíritu Santo: la formación del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Aunque el Señor nació de una mujer y fue concebido en semejanza de carne de pecado, el poder que lo engendró pertenecía por completo a Dios Espíritu Santo, como lo expresan las Escrituras: “La virtud del Altísimo te hará sombra”. Fue engendrado, como dice el Credo apostólico, por el Espíritu Santo. “Lo Santo que nacerá, será llamado Hijo de Dios.” La forma corpórea del Señor Jesucristo fue una obra

maestra del Espíritu Santo. Supongo que su cuerpo excedía a todos los demás en belleza; que era como el primer hombre; modelo de lo que será el cuerpo en el cielo cuando resplandezca en toda su gloria. Aquella contextura, en toda su hermosura y perfección, fue diseñada por el Espíritu, y en su libro estaban anotados y descritos todos los miembros, aún antes de que existiera alguno; Él los hizo y los plasmó, y en esto tenemos otra muestra del poder creador del Espíritu.

2. Una segunda manifestación de este poder la hallamos en la *resurrección del Señor Jesucristo*. Si habéis estudiado el tema, tal vez os hayáis sorprendido al encontrar que, a veces, la resurrección de Cristo se le atribuye a Él mismo. Por su propio poder y divinidad no podía ser atrapado por los lazos de la muerte; sino que, habiendo entregado su vida voluntariamente, tenía poder para volverla a tomar. En otra parte de las Escrituras encontramos que se atribuye a Dios Padre: “Lo levantó de los muertos”. “A éste a Dios ensalzado.” Y otros muchos pasajes de parecida importancia. Pero también nos dice la Biblia que Jesús fue levantado por el Espíritu Santo. Las tres cosas son ciertas. Fue resucitado por el Padre, porque Éste dijo: “Suelta al prisionero; déjalo marchar. La justicia se ha cumplido. Mi ley no requiere más satisfacción -la venganza ha tenido lugar-; déjalo ir, pues.” Con esto dio la solemne orden que liberó a Jesús del sepulcro. Resucitó por su propia majestad y poder, porque tenía derecho a hacerlo. Por lo tanto, “rotos los lazos de la muerte, no podía continuar mas en ella”. Pero también fue resucitado por el Espíritu en lo que se refiere a la fuerza que recibió su cuerpo mortal, por la cual se levantó de la tumba después de haber permanecido en ella durante tres días y tres noches. Para comprobarlo, abramos de nuevo nuestras Biblias en I Pedro 3:18: “Porque también Cristo padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu”. Y otra prueba más la encontramos en Romanos 8:11 (de vez en cuando me gusta ser textual, porque creo que la gran falta de los cristianos es la de no escudriñar lo suficiente las Escrituras; y de este modo les hago leerlas cuando están aquí, por si no lo hacen en ninguna otra parte). “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó a Cristo Jesús de los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.”

La resurrección de Cristo fue, pues, efectuada por mediación del Espíritu; y ello nos proporciona otra magnífica muestra de su omnipotencia. Si hubieseis podido bajar, tal como hicieron los ángeles, al sepulcro de Jesús, y ver su cuerpo dormido, lo habríais encontrado tan frío como cualquier cadáver. Levantad su mano, y al soltarla cae inerte. Mirad sus ojos: están vidriosos. En su costado hay una lanzada de muerte que debe haber aniquilado su vida. Contemplad sus manos: no sale sangre de ellas; están rígidas e inmóviles. ¿Podrá este cuerpo volver a la vida?, ¿podrá levantarse? Sí, puede; y ser una muestra del poder del Espíritu. Porque cuando este poder vino sobre Él, tal como ocurrió cuando se extendió sobre los huesos secos del valle, “se levantó en la majestad de su divinidad, brillando y resplandeciendo de tal forma que la guardia se asombró y huyó. Así resucitó para no morir jamás, sino para vivir eternamente, Rey de reyes y Príncipe de los reyes de la tierra”.

3. La tercera de las obras del Espíritu Santo, que tan maravillosamente han evidenciado su poder, son *las obras de testimonio*. Con esto quiero decir obras de testificación. Cuando Jesucristo bajó a las aguas del bautismo en el Jordán, el Espíritu Santo descendió sobre Él en forma de paloma y le proclamó el Hijo amado de Dios. Esto es lo que yo llamo una obra de testimonio. Cuando más tarde resucitaba a los muertos, cuando curaba a los leprosos, cuando hablaba a las enfermedades y éstas huían prestamente, cuando arrojaba los demonios de los posesos a millares: todo fue hecho por el poder del Espíritu; y este mismo Espíritu moraba en Jesús sin medida, y con su poder se obraron todos esos milagros. Y aún después que Cristo hubo partido, el testimonio poderoso del Espíritu se manifestó como un viento impetuoso sobre la asamblea de los apóstoles, en forma de lenguas de fuego. Recordaréis cómo testificó de Su ministerio dándoles el hablar en lenguas; cómo obraron milagros; en qué forma enseñaban; de qué modo Pedro resucitó a Dorcas; cómo devolvió la vida a Eutico; y todos los grandes hechos que

hicieron tanto los apóstoles como su Maestro. Señales, prodigios y diversos milagros fueron realizados por el Espíritu Santo y muchos creyeron por ello. ¿Quién dudará de su poder después de esto? ¡Ah!, esos socinianos que niegan la existencia del Espíritu Santo y su personalidad absoluta, ¿qué dirán cuando les mostremos estas obras de creación, resurrección y testimonio? Se estrellarán contra las Escrituras. ¡Y notad!, ésta es una piedra que el que cayere sobre ella será quebrantado; más sobre quien ella cayere, como en el caso de los que le resisten, lo desmenuzará. El Espíritu Santo es omnipotente, porque es Dios.

4. Si deseamos más señales externas y visibles del poder del Espíritu, tenemos también sus *obras de gracia*. Imaginaos una ciudad donde un adivino ejerce su influencia con poder -el mismo que él se ha otorgado para destacar su importancia-; aparece en escena un tal Felipe que predica la Palabra de Dios; como consecuencia de ello, Simón el Mago pierde su virtud, e incluso busca que le sea dada la del Espíritu, creyendo que puede comprarse con dinero. Y ahora, en nuestros días, contemplad un país donde sus habitantes viven en chozas miserables, alimentándose de reptiles y de otras criaturas despreciables. Miradles cómo se inclinan ante sus ídolos y adoran a sus falsos dioses. Están tan degradados y envilecidos, tan sumidos en la superstición, que uno se pregunta si tendrán alma. Llega a estos lugares un Moffat con la Palabra de Dios en sus manos; oíble predicar la elocuencia del Espíritu y, por este mismo poder, sus oyentes echan sus ídolos al fuego, aborrecen sus primitivos deseos, construyen hogares, visten sus cuerpos, rompen los arcos y las lanzas, y tornan a su sano juicio, la barbarie se convierte en civilización, y el que nada sabía comienza a leer las Escrituras. De esta forma, por la boca de los hotentotes, Dios manifiesta el inmenso poder de su Espíritu. Vayamos ahora a cualquier hogar de esta ciudad -¡podría llevaros a tantos!-: el padre es un borracho; ha sido el más desesperado de los casos. Vedle en su locura: parece un tigre desencadenado capaz de hacer pedazos a cualquiera que le ofenda. Observad a su mujer: también ella tiene su genio y se resiste cuando él la maltrata. Muchas peleas han tenido lugar en esta casa, y a menudo el vecindario ha sido molestado por el escándalo. Y en lo que respecta a los hijos, vedles harapientos, desnudos y malcriados. ¿Malcriados, digo? Están bien, pero que muy bien criados y enseñados en la escuela del mal, y crecen para ser herederos de la condenación. Pero, alguien bendecido por el Espíritu de Dios es conducido a esta casa. Quizá se trata simplemente de un humilde misionero, pero tiene valor para dirigirse a aquel hombre: “¡Oh!”, le dice, “acércate y oye la voz de Dios”. Y como la Palabra es viva y poderosa, por sí sola o por la predicación, penetra en aquel corazón pecador. Las lágrimas ruedan por sus mejillas -algo que hasta entonces nadie había visto-. El hombre fuerte, temido por todos, tiembla y se estremece hincando sus azogadas rodillas en tierra. Su corazón indómito late trémulamente bajo el poder del Espíritu; y así, permanece penitente mientras sus labios musitan una plegaria infantil: la oración de un hijo de Dios. Es un hombre cambiado, ¡observad la transformación de su casa! Su esposa es una mujer ejemplar; los niños son el orgullo del hogar; y, pasado el tiempo, crecerán como ramas de olivo, como piedras pulidas que adornen la casa. Pasemos junto a ella: ni un escándalo, ni una pelea; sino canciones de Sión. Ya no existen las francachelas para el padre; apuró su última copa y, renunciando a ella, se acerca a Dios y es su siervo. No oiréis ya por las noches los gritos y bacanales; en su lugar sólo se oyen las notas de un solemne himno de alabanza a Dios. ¡No demuestra esto el poder del Espíritu Santo? ¡Sí!, todas estas manifestaciones lo atestiguan y lo prueban. Sé de un pueblo que, en un tiempo, fue quizás el más profano de Inglaterra; minado por la embriaguez y el libertinaje de la peor especie, donde era casi imposible para un viajero honrado el hospedarse en su hostería sin ser molestado por las blasfemias. Un lugar ideal para ladrones e incendiarios. Un día, un hombre, el cabecilla del pueblo, escuchó la voz de Dios, y su corazón fue quebrantado. Toda la banda oyó el Evangelio y parecían reverenciar al predicador como si fuera un dios en vez de un hombre. Todos fueron transformados y cambiados por completo; y quien conoce aquel lugar afirma que tal cambio jamás se hubiera realizado a no ser por el poder del Espíritu Santo. Que el Evangelio sea predicado y el Espíritu derramado, y veréis que tiene tal poder para cambiar las conciencias, mejorar la conducta, elevar a

los envilecidos, y castigar y refrenar la maldad de las gentes, que os gloriaréis en él. Os digo que no hay nada como el poder del Espíritu. Cuando Él se manifiesta, todo puede realizarse.

II. Y ahora, el segundo punto: EL PODER INTERIOR Y ESPIRITUAL DEL ESPÍRITU SANTO. He hablado hasta ahora de cosas que pueden ser vistas; pero en adelante hablaré de algo que sólo puede sentirse, y nadie comprenderá verdaderamente lo que digo, a menos que lo haya experimentado. Lo primero debe reconocerlo así aún el infiel; el blasfemo más grande no puede negarlo, si es que habla verdad. Pero lo segundo es aquello de lo cual el uno se reirá con entusiasmo, y el otro calificara de invención de nuestra fantasía calenturienta. No obstante, tenemos palabras de testimonio más firmes que todo lo que puedan decir ellos. Tenemos un testigo en nuestro interior. Sabemos que es la verdad, y no tememos hablar del poder interno y espiritual del Espíritu Santo. Consideraremos dos o tres cosas que muestran y exaltan grandemente el poder del Espíritu Santo.

1. Primeramente, que el Espíritu Santo tiene *poder sobre el corazón de los hombres*. Es muy difícil causar efecto en los corazones humanos, que sólo ceden ante las atracciones mundanas. El corazón del hombre se puede ganar de mil maneras: una palabra engañosa, un puñado de oro, un poco de fama, un pequeño clamor de aplausos. Pero ningún ministro sobre la tierra puede ganarlo por sí mismo. Conquistará los oídos y hará escuchar; conquistará los ojos y hará que se fijen en los suyos; conquistará la atención, pero el corazón es muy escurridizo. Sí, el corazón es un pez difícil de atrapar por los pescadores del Evangelio. A veces, casi se saca totalmente del agua; pero, resbaladizo como una anguila, se escapa de entre los dedos y, al final, se malogra su captura. Más de uno ha creído haber atrapado el corazón humano, pero ha quedado defraudado. Se necesita un buen cazador para alcanzar al ciervo en las montañas. Es demasiado veloz para que nadie pueda acercársela. Solamente el Espíritu tiene poder sobre el corazón del hombre. ¿Habéis probado alguna vez vuestro poder sobre algún corazón? Si alguien cree que un ministro puede convertir un alma, me gustaría que lo intentara. Ya puede ser maestro de escuela dominical: que dé clase, que use los mejores libros que pueda conseguir, que tenga los mejores métodos, que trace el cerco alrededor de su Sebastopol espiritual, que escoja el mejor muchacho de la clase, y, o mucho me equivoco, o se cansará al cabo de una semana. Quizás emplee cuatro o cinco domingos en la prueba; pero al final dirá: “Este joven es incorregible”. Probará con otro. Y después con otro y otro, y así sucesivamente, antes de que haya conseguido convertir a uno sólo. Pronto se dará cuenta de que no con ejército, ni con fuerza; sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová”. ¿Puede un ministro tocar el corazón humano y convertirlo? David dijo: “Engrasóse el corazón de ellos como sebo”. ¡Ay!, verdad es esto. Nuestra espada no puede penetrar a través de tanta grasa para acertarle, porque es más dura que una piedra de molino. Muchas de las antiguas y buenas espadas de Jerusalem han sido despuntadas al chocar contra el pétreo corazón. Más de un fragmento del templado acero que Dios ha puesto en manos de sus siervos, ha saltado hecho añicos al ser dirigido contra el corazón del pecador. No podemos llegar al alma; sólo el Espíritu puede. “Mi amado metió su mano por el agujero, y mis entrañas se conmovieron dentro de mí.” Sólo El puede desmoronar un corazón de piedra, haciéndole sentirse perdonado y comprado por sangre. Sólo Él puede

«Hablar con esa voz que no desalma,
Que resucita muertos como lema,
Y hace que al verse y ser culpable, el alma,
A la muerte que nunca muere tema».

Él pudo hacer audibles los truenos del Sinaí, y puede hacer que el suave susurro del Calvario penetre en lo más profundo de nuestro ser. Él tiene poder sobre el corazón del hombre, y ello es otra gloriosa prueba de la omnipotencia del Espíritu.

2. Pero si hay algo más irreductible que el corazón, es la *voluntad*. “Mi señor Obstinado”, como Bunyan le llamó en su “Guerra Santa”, es un individuo que no se doblega fácilmente. La voluntad, especialmente en algunos hombres, es algo verdaderamente inquebrantable; y en todos, si ha sido incitada en alguna ocasión a la oposición, no puede hacerse nada con ella. ¡*Libre albedrío* en que algunos creen!; ¡libre albedrío con que algunos sueñan!; ¡libre albedrío! ¿Dónde se encuentra? Lo hubo una vez en el paraíso, y cometió tan terrible torpeza, que fue la causa de la ruina del Edén y de la expulsión de Adam. También lo hubo una vez en el cielo, y destruyó a los gloriosos arcángeles, y una tercera parte de las estrellas cayeron al abismo. No quiero saber nada del libre albedrío; pero al tratar de averiguar si está en mí, descubro que lo tengo, poderosamente capaz para el mal, y completamente inútil para el bien. Suficientemente libre cuando pecho; y, cuando quisiera hacer lo bueno, hallo que el mal está en mí, y el bien que quiero, no puedo. Con todo, algunos se jactan de poseerlo. Me pregunto si los que creen en él, tienen algún poder superior al mío sobre la voluntad de los demás; porque yo sé que no tengo absolutamente ninguno. Hallo verdad el viejo proverbio que dice: “Un hombre puede llevar el caballo al abrevadero, pero cien hombres no pueden hacerle beber”. Yo puedo traerlos a todos vosotros al agua, y a muchos más de los que puedan caber en esta capilla; pero no os puedo hacer beber, ni creo que lo consiguieran cien ministros juntas. He leído al viejo Rowland Hill, a Whitefield, y a otros muchos, para saber qué sistema empleaban para salvar almas; pero no he descubierto ningún plan para doblegar vuestra voluntad. Verdaderamente, no puedo coaccionaros; no os sometería por ninguna clase de medios. No creo que nadie tenga poder sobre la voluntad de los demás; sólo el Espíritu Santo lo tiene. “Tu pueblo será de buena voluntad en el día de tu poder.” Él hace al pecador reacto tan dispuesto, que se lanza impetuosamente en pos del Evangelio. El que antes era obstinado, después se da prisa por llegar a la cruz; el que se reía de Jesús, se abraza a su misericordia; y el que no quería creer, por la obra del Espíritu, cree; y no sólo voluntariamente, sino, además, con vehemencia; es feliz y se alegra; se goza al escuchar el nombre de Jesús, y disfruta al seguir el camino de los mandamientos de Dios. El Espíritu Santo, pues, tiene poder sobre la voluntad.

3. Pero todavía hay algo que considero mucho peor que la voluntad. Seguro que adivinaréis de qué se trata. La voluntad es algo peor que el corazón para ser ablandada; pero hay otra cosa que le aventaja en maldad: la imaginación. Yo vivo en la esperanza de que mi voluntad es dirigida por la divina gracia; pero temo que no ocurra lo mismo algunas veces con mi imaginación. Los que son imaginativos saben cuán difícil es de manejar. No se puede contener; rompe los frenos y nunca se tiene dominio sobre ella. Vuela a veces hacia Dios tan poderosamente, que ni alas de águila pueden competir con ella. Posee tal intensidad que casi puede ver al Rey en su hermosura y contemplar la tierra lejana. Por lo que a mí se refiere, a veces me saca por las puertas de hierro y, a través del infinito desconocido, me lleva a las mismas puertas de perlas, y contempla al Bendito Glorificado. Pero si en un sentido es potente, también lo es en el otro; porque también mi imaginación me ha bajado a los más viles antros y cloacas de la tierra. Me ha dado pensamientos tan terribles, que mientras no pude apartarlos me horrorizaron por completo. Y estos pensamientos suelen acudir a mi mente, a veces, cuando me encuentro en el más santo lugar; cuando estoy en la más ferviente de las oraciones y me siento más devoto de Dios; la terrible plaga irrumpe entonces con más depravada fuerza. Cuando estos pensamientos vienen a mí, echaría a gritar. Sé que está escrito en el libro de Levítico que, cuando se cometía un acto pecaminoso, si la joven gritaba, su vida era respetada. Así ocurre con el cristiano; si grito hay esperanza. ¿Podéis encadenar vuestra imaginación? No, sólo el Espíritu puede hacerlo. Así lo hará; lo hará al final, y ahora en la tierra también.

III. Nuestra última consideración son LAS OBRAS QUE DE ÉL ESPERAMOS EN EL FUTURO; porque, después de todo, aunque el Espíritu Santo ha hecho tanto, aún no puede decir: “Consumado es”. Jesucristo lo pudo decir al terminar su obra; pero el Espíritu Santo, no; todavía

le queda mucho por hacer, y hasta la consumación de todas las cosas, cuando el mismo Hijo se sujete al Padre, no dirá: “Consumado es”. ¿Qué es, pues, lo que le queda por hacer?

1. Primeramente tiene que *perfeccionarnos en santidad*. El cristiano necesita dos clases de perfección: una, la de la justificación en la persona de Jesucristo; y la otra, la de la santificación obrada en él por el Espíritu Santo. Todavía queda corrupción en el pecho del regenerado; todavía su corazón es parcialmente impuro; todavía existen deseos y pensamientos pecaminosos. Mas mi alma se llena de gozo al saber que llegará el día en que Dios acabará la obra que ha empezado, y se la presentará, no solamente perfecta en Cristo, sino también perfecta en el Espíritu, sin ninguna clase de mancha, impureza o cosa semejante. Y, ¿Es verdad que este pobre corazón depravado será tan santo como el de Dios?; ¿Es verdad que este pobre espíritu que a menudo exclama: “¡Miserable hombre de mí! ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?” será liberado de la muerte y del pecado?; ¿es verdad que no habrá maldad que atormente mis oídos, ni pensamientos impíos que perturben mi paz? ¡Oh!, hora feliz; ¡quiera Dios adelantarla! Cuando yo muera, la santificación habrá concluido; pero hasta ese momento, nunca trataré de encontrar perfección en mí. Entonces, cuando llegue el instante de la partida, mi espíritu recibirá el último bautismo de fuego por el Espíritu Santo. Seré puesto en el crisol para la última prueba al horno; y entonces, libre de escoria y pulido como una cuña de oro puro, seré presentado a los pies del Señor sin el menor grado de impureza o mezcla. ¡Oh, gloriosa hora! ¡Oh, bendito momento! Creo que anhelaría morir, aunque no hubiera cielo, si sólo pudiera obtener esa última purificación, y salir de las aguas del Jordán blanco y limpio. ¡Oh, quedar limpio, puro y perfecto! Ni un ángel será más puro que yo; Sí, ¡ni el mismo Dios más santo! Y podré decir en dos sentidos: “Soy limpio, Gran Dios, lo soy por la sangre de Jesús y también por la obra del Espíritu Santo”. ¿Verdad que debemos alabar el poder del Espíritu Santo en este hacernos aptos para permanecer ante nuestro Padre en los cielos?

2. Otra gran obra del Espíritu Santo que aún no ha tenido lugar, es la manifestación de *la gloria de los últimos días*. Dentro de unos años -no se cómo ni cuándo- el Espíritu Santo se mostrará de una forma completamente distinta a como lo ha hecho hasta ahora. Hay diversidad de procesos, y en estos últimos años esta diversidad ha consistido en una pobre, muy pobre, manifestación del Espíritu. Los ministros han seguido su torpe rutina predicando, continuamente predicando, y muy poco bien ha sido hecho. Espero que quizá haya amanecido para nosotros una nueva era, y que en estos días haya un mayor derramamiento del Espíritu. Porque la hora viene, y puede ser ahora, cuando el Espíritu Santo se extenderá de nuevo de tan maravillosa forma, que muchos correrán de acá para allá, y el saber se aumentará; el conocimiento de Dios cubrirá la tierra como las aguas cubren las superficies de los grandes abismos; entonces será cuando vendrá su reino y se hará su voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. No vamos a estar siempre arrastrándonos como Faraón sin las ruedas de su carro. Mi corazón exulta y mis ojos se iluminan ante el solo pensamiento de que es muy probable que yo viva para ver este derramamiento del Espíritu, cuando los hijos y las hijas de Dios profetizaran, los jóvenes verán visiones, y los ancianos soñarán sueños. Tal vez no haya dones milagrosos, porque no serán necesarios; pero lo que sí habrá será tal aumento de santidad, un fervor por la oración tan extraordinario, una comunión con Dios tan real, una religión tan llena de vida, y tal extensión de las doctrinas de la cruz, que todos verán que verdaderamente el Espíritu ha sido derramado como agua, y que las lluvias vienen de lo alto. Oremos por ello; trabajemos continuamente, y pidámoslo a Dios.

3. Una obra más del Espíritu que manifestará especialmente su poder es la *resurrección general*. Tenemos razones para creer por las Escrituras que la resurrección de los muertos, además de ser efectuada por la voz del Padre y su Verbo (el Hijo), también será llevada a cabo por el espíritu. El mismo poder que levantó a Jesucristo de los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales. El poder de la resurrección es, quizá, una de las pruebas más preciosas de la

obra del Espíritu Santo. ¡Ah, amigos!, si pudiera arrancarse el manto de la tierra durante un momento, si pudiéramos cortar las verdes raíces y mirar a seis pies de profundidad en el interior de sus entrañas, ¡qué mundo se vería!: huesos, esqueletos, podredumbre, gusanos, corrupción. Y vosotros os podríais preguntar: ¿Podrán estos huesos secos volver a la vida?, ¿podrán levantarse y andar?” ¡Sí!, “y en un momento, en un abrir de ojos, a la final trompeta, los muertos serán levantados”. Miradlos; ¡están vivos! ¡Contemplad cómo se reúnen los huesos dispersos!, ¡ved cómo los cubre la carne! ¡Aun están sin vida! “Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos.” Cuando el viento del Espíritu Santo llega, viven y se yerguen sobre sus pies formando numeroso ejército.

Con esto he pretendido hablar del poder del Espíritu Santo, y confío habérselo mostrado. Tomemos ahora unos momentos para sacar consecuencias prácticas. El Espíritu es poderoso en gran manera. ¡Cristiano!, ¿qué deduces de esto? ¿Verdad que no tienes por qué desconfiar del poder de Dios para llevarte al cielo? ¡Oh!, cuán dulce es este verso que ayer llegó a mi alma:

«Su santo brazo, fiel y omnipotente,
Se haya dispuesto, en tu defensa alzado.
¿Qué poder, pues, te alcanzará a Su lado?
Seguro estás en Él eternamente».

El poder del Espíritu Santo es tu baluarte y toda su omnipotencia te defiende. Sólo en el caso de que tus enemigos pudieran vencerla, y luchar contra la Divinidad, podrían conquistarte. Porque el poder del Espíritu Santo es nuestro poder y nuestra fuerza.

Una vez más, cristiano, si tal es el poder del Espíritu, ¿por qué dudas? Tienes a tu hijo y a tu mujer por los que has suplicado tan frecuentemente; no dudes del poder del Espíritu. “Aunque se tardare, espéralo.” He ahí tu marido, ¡santa mujer!; has luchado por su alma, pero a pesar de que aún continua endurecido y hecho un perdido miserable, a pesar de que te maltrata, existe el poder del Espíritu Santo. Y vosotros, los que habéis venido de iglesias estériles, casi mustios y marchitos, no dudéis de su poder para levantarnos; porque todo será como “cuevas donde huelguen asnos monteses, y ganados hagan majada”, abiertas, pero desiertas, hasta que el Espíritu sea derramado desde lo alto. Y entonces, la tierra agostada se convertirá en estanque; de la tierra sedienta manará agua, y de las moradas de los dragones, donde cada baldío será cubierto de hierba con canas y juncos. Y vosotros, miembros de Park Street, acordaos de lo que vuestro Dios ha hecho especialmente por vosotros, y no desconfiéis nunca del poder del Espíritu. Habéis visto florecer los páramos como el Carmelo; habéis visto florecer el desierto como las rosas: confiad en Él para el futuro. Id, pues, y trabajad con la convicción de que el poder del Espíritu Santo lo puede todo. ¡Id a vuestra escuela dominical!; ¡id a vuestra labor de distribución de tratados!; ¡id a vuestras empresas misioneras!; ¡id a predicar en vuestros hogares, convencidos de que el poder del Espíritu Santo es nuestra gran ayuda!

Y para terminar, vosotros, pecadores: ¿Qué hay que deciros sobre el poder del Espíritu Santo? Para mí, hay alguna esperanza para algunos de vosotros. Yo no puedo salvaros; no puedo llegar hasta vosotros. A veces, puedo haceros llorar, pero enjugáis vuestras lágrimas y todo termina ahí. Mas sé que mi Maestro puede hacerlo, y ése es mi consuelo. ¡Grandes pecadores, hay esperanza para vosotros! Este poder puede salvaros tanto a vosotros como a cualquier otro. Él puede quebrantar vuestro corazón, aunque sea de hierro; puede anegar vuestros ojos en llanto, aunque antes hayan sido secos como las rocas. Su poder, ahora, si Él lo desea, puede cambiar vuestros corazones, torcer la corriente de vuestras ideas y haceros en un momento hijos de Dios, justificándoos en Cristo. Hay suficiente poder en el Espíritu Santo. Él puede traer el pecador a Jesús; Él puede haceros obedientes en el día de su poder. ¿Quieres seguirle esta mañana? ¿Ha llegado a hacerte desear su nombre y anhelar a Jesús? Entonces, di mientras te salva: “¡Llévame, soy un ser despreciable sin ti!” Síguele; y mientras Él te guía sigue sus pisadas, y alégrate de que haya comenzado una buena obra en ti; porque hay la seguridad de que la continuará hasta el fin. Y, ¡Oh, desesperados!, poned vuestra confianza en el poder del Espíritu; descansad en la sangre de

No hay otro Evangelio. Charles Spurgeon

157

Jesús, y vuestra alma será salva; no solamente ahora, sino por toda la eternidad. Dios os bendiga a todos. Amén.

XIX. EL LLAMAMIENTO EFICAZ

«Y como vino a aquel lugar Jesús, mirando,
lo vio, y díjole: Zaqueo, date prisa, desciende,
porque hoy es necesario que pose en tu casa»
(Lucas 19:5).

No obstante estar convencido de que la mayor parte de vosotros estáis bien instruidos en las doctrinas del Evangelio eterno, en nuestras conversaciones con recién convertidos continuamente nos damos cuenta de cuán absolutamente necesario es repetir nuestras primeras lecciones, y probar una y otra vez aquellas doctrinas que son la base de nuestra santa religión. Por ello, nuestros amigos que hace muchos años aprendieron la gran doctrina del llamamiento eficaz, pensarán que, dado que predico esta mañana de una forma sencilla, el sermón está dirigido a aquellos que son jóvenes en el temor del Señor, para que entiendan mejor este maravilloso comienzo de Dios en el corazón: el llamamiento eficaz de los hombres por parte del Espíritu Santo. Utilizaré el caso de Zaqueo como ilustración de la doctrina del llamamiento eficaz. Recordaréis la historia: Zaqueo sentía curiosidad por ver a aquel hombre extraordinario que era Jesucristo, el cual estaba trastornando el mundo causando gran excitación en la mente de los hombres. A veces creemos que la curiosidad es mala, y decimos que es pecado entrar en la casa del Señor movidos por ella; yo no estoy tan seguro de que debamos aventurarnos a hacer dicha aseveración. El motivo en sí no es pecaminoso, aunque, desde luego, tampoco virtuoso; no obstante, frecuentemente se ha visto que la curiosidad es uno de los mejores aliados de la gracia. Zaqueo, impulsado por ella, deseó ver a Cristo; pero había dos obstáculos en su camino: una gran multitud que le impedía acercarse al Salvador, y su estatura, tan baja que le hacía desistir de verle por entre las cabezas de los demás. ¿Y qué hizo? Pues exactamente lo que hacían los niños -porque los niños de antes, sin lugar a dudas, eran iguales que los de ahora-, que estaban encaramados en las copas de los árboles para ver pasar a Jesús. Aunque era un hombre mayor, Zaqueo trepa y se sienta entre ellos. Los niños tienen miedo de hacer caer o molestar a este severo y viejo publicano, a quien sus padres temen. Miradle con cuánta ansiedad atisba por entre las hojas para ver quién es Cristo, porque el Salvador no tenía ninguna pomposa distinción; ante El no caminaba ningún macero con una maza de plata, no llevaba en sus manos báculo de oro, ni tampoco iba vestido de pontifical; sus ropas eran como las de los que le rodeaban. Su túnica podría ser la de cualquier campesino, hecha de una pieza de arriba abajo; y Zaqueo podría distinguirlo a duras penas. Sin embargo, antes de que él haya visto a Cristo, Cristo ha fijado sus ojos en él; y parándose bajo el árbol, mira hacia arriba y dice: “Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose en tu casa”. Zaqueo baja, Cristo va a su casa, Zaqueo se hace su discípulo y entra en el Reino de los Cielos.

1. Ahora bien, el llamamiento eficaz es completamente de *gracia*. Esto podéis deducirlo del hecho de que Zaqueo era un personaje al que nosotros colocaríamos en último lugar para ser salvo. Era de Jericó, ciudad perversa que había sido maldecida y de la que nadie podía sospechar que alguien saliera para salvarse. Fue cerca de Jericó donde aquel hombre cayó entre los ladrones; creemos que Zaqueo no tomó parte en aquello, pero hay algunos que, además de ser publicanos, pueden ser también ladrones; y también hoy, como de la Jericó de aquellos días, podemos esperar convertidos de San Giles o de la parte más baja de Londres, y de entre los peores y más viles antros de corrupción. ¡Ah!, mis queridos hermanos, no importa de dónde seáis ni dónde viváis; podéis vivir en una de las calles más sucias, en uno de los peores barrios de Londres, que si os llama la *gracia eficaz*, es un llamamiento eficaz que no hace distinción de lugar. Zaqueo pertenecía también a una profesión extremadamente mala y, probablemente, estafaba a los demás para enriquecerse. Es lógico, pues, que cuando Cristo fue a su casa EL LLAMAMIENTO EFICAZ se levantara un rumor general, porque había de ser huésped de un hombre que era un pecador. Pero la gracia no hace distinciones, no hace acepción de personas, sino que Dios llama quien quiere, y así, llamó a este hombre, el peor de los publicanos, en la peor ciudad y con la peor

de las ocupaciones. Además, Zaqueo era uno de los menos indicados para ser salvo, porque era rico. Es verdad que pobres y ricos son bien recibidos; no existe el más pequeño motivo para que nadie desespere a causa de su condición; con todo, es un hecho que “no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos” son llamados, sino que Dios ha elegido “lo vil del mundo”, ricos en fe. La gracia no hace distinciones en este punto. El *rico* Zaqueo es llamado a bajar del árbol, baja y es salvo. El que Dios mire hacia abajo sobre los hombres, lo he considerado una de las más grandes muestras de su condescendencia; pero os digo que hubo mayor condescendencia aún cuando Cristo miró hacia arriba para mirar a Zaqueo. Porque el que Dios mire hacia abajo sobre sus criaturas, es misericordioso; pero el hecho de que Cristo se humillara hasta el extremo de tener que levantar la vista para mirar a una de sus propias criaturas, es aún mayor misericordia. ¡Ah!, muchos de vosotros habéis trepado al árbol de vuestras buenas obras, y os habéis sentado en las ramas de vuestras santas acciones, confiando en el libre albedrío de la pobre criatura o descansando en máximas mundanas; a pesar de todo, Cristo eleva sus ojos hacia los pecadores orgullosos y les dice que bajen. “Desciende”, dice, “hoy es necesario que pose en tu casa.” Si Zaqueo hubiese sido un hombre humilde, sentado al borde del camino a los pies de Cristo, hubiésemos admirado la misericordia del Maestro; pero helo aquí alzado, y he aquí a Cristo, mirando hacia arriba e instándole a bajar.

2. Además, fue un llamamiento personal. Había también niños en el árbol, además de Zaqueo, pero no hubo error acerca de la persona: “Zaqueo, date prisa, descende”. Hay otros llamamientos mencionados en las Escrituras. Se dice, especialmente: “Muchos son llamados, más pocos escogidos”. Ahora bien, este no es el llamamiento eficaz al que se refiere el apóstol cuando dice: “A los que llamé, a estos también justifico”. Aquel es un llamamiento general, el cual muchos hombres, en realidad todos, rechazan, a menos que sea seguido del llamamiento personal y particular que nos hace cristianos. Vosotros me daréis testimonio de que fue un llamamiento personal el que os llevó al Salvador. Fue algún sermón el que te condujo a sentir que *tú* eras, sin ninguna duda, la persona a quien aquél iba dirigido. El texto era, tal vez: “Tú eres Dios que ve”; y el ministro habló de tal forma, que sentiste los ojos de Dios fijos en *ti*, y antes de que el sermón terminara, en tu pensamiento veías a Dios abrir los libros para condenarte, y tu corazón susurró ¿Ocultárase alguno, dice Jehová, en escondrijos que Yo no lo vea?” Quizá estuviste subido en la ventana, o de pie, apiñado en la sala; pero tenías la solemne convicción de que el sermón era predicado para ti, y no para otros. Dios no llama a su pueblo en multitudes, sino de uno en uno. “Dícele Jesús: ¡*María!* Volviéndose ella, dícele: ¡*Raboni!* que quiere decir, Maestro.” Jesús vio a Pedro y a Juan pescando en el lago, y les dijo: “Seguidme”. Vio a Mateo sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: “Levántate y sígueme”, y Mateo, levantándose, le siguió. Cuando el Espíritu Santo viene a un hombre, la flecha de Dios entra en su corazón; no toca solamente su casco, o hace un arañazo en su armadura, sino que penetra por entre las junturas del arnés, llegando a lo más profundo de su alma. ¿Has sentido tú, querido amigo, esa llamada personal? ¿Te acuerdas cuando una voz dijo: “Levántate, Él te llama”? ¿Puedes volver la vista atrás, a aquel día en que dijiste: “Señor *mío* y Dios *mío*” Te diste cuenta de que el Espíritu porfiaba *contigo*, y tu dijiste: “Señor, vengo a Ti porque se que me llamas”. Yo puedo llamaros a todos vosotros durante toda la eternidad, pero si Dios llama a uno, este llamamiento personal a uno sólo será más eficaz que mi llamada general a multitudes.

3. Es, también, un llamamiento *apremiante*. “Zaqueo, date prisa.” El pecador, cuando es llamado solamente por el ministro, replica: “Mañana”. Oye un sermón poderoso, y dice: “Me volveré a Dios más tarde”. Las lágrimas ruedan por sus mejillas, pero pronto son enjugadas. Aparece alguna bondad, pero, como la nube matutina, se disipa con el sol de la tentación. “Prometo solemnemente”, dice, “ser un hombre reformado a partir de ahora. Después de gozar una vez más de mi querido pecado, renunciaré a mis deseos y me decidiré por Dios.” ¡Ah! ese es solamente el llamamiento del ministro, y no sirve para nada. Se dice que el infierno está pavimentado con buenas intenciones. Estas buenas intenciones son engendradas por los

llamamientos generales. El camino de la perdición está bordeado con las ramas de árbol que a veces arrancan estos llamamientos, pero los hombres sentados en ellos no se caen, aunque las ramas sean arrancadas. La paja echada ante la puerta de un enfermo hace que el paso de los carruajes no sea tan ruidoso. Así, aquellos que siembran su senda con promesas de arrepentimiento, caminan más fácil y silenciosamente hacia la perdición. Pero la llamada de Dios no es para mañana. “Si hoy oyereis su voz, no endurezcáis vuestro corazón como en Meriba, donde me tentaron vuestros padres.” La gracia de Dios llega siempre con prontitud y, si sois atraídos por Dios, correréis tras Él, y no hablaréis de demoras. “Mañana” no está escrito en el almanaque del tiempo. “Mañana” se encuentra en el calendario de Satanás, y en ningún otro lugar. “Mañana” es una roca blanqueada por los huesos de marinos que han naufragado sobre ella; es la lámpara de los raqueros que destella en la playa, atrayendo hacia la destrucción a los pobres e incautos navíos. “Mañana” es la copa del necio, que fingió dejar al pie del arco iris, pero que nadie ha encontrado jamás. “Mañana” es un sueño. “Mañana” es un engaño. “Mañana”, ¡ay!, mañana puedes despertar en el infierno y encontrarte entre tormentos. El reloj dice “hoy”; tu pulso susurra “hoy”; oigo mi corazón hablar cuando late, y dice: “hoy”; todo grita: “hoy”; y el Espíritu Santo se une a todo ello y dice: “Si hoy oyereis su voz, no endurezcáis vuestro corazón”. Pecadores, ¿os sentís inclinados ahora a buscar al Salvador? ¿Suspiráis ahora una oración? ¿Os estáis diciendo: “¡Ahora o nunca!, debo ser salvo ahora”? Si es así, espero que sea un llamamiento eficaz, porque Cristo, cuando hace un llamamiento eficaz, dice: “Zaqueo, date prisa”.

4. Se trata, además, de una llamada *humillante*. “Zaqueo, date prisa, *desciende*.” Muchas veces, los ministros han llamado a los hombres al arrepentimiento de tal forma que les han enorgullecido y exaltado en su propia estima, induciéndoles a pensar: “Puedo volver mis ojos a Dios cuando quiera, y puedo hacerlo sin la influencia del Espíritu Santo”. Han sido llamados a *subir*, no a *bajar*. Dios siempre humilla al pecador. ¿Acaso no me acuerdo de cuando Dios me dijo que bajara? Uno de los primeros pasos que tuve que dar fue descender de mis propias obras, y ¡Que caída aquella! Entonces me erguí sobre mi propia suficiencia, y Cristo me dijo: “¡Desciende!”

Te he derribado de tus buenas obras y ahora te derribaré de tu propia suficiencia”. Tuve otra caída, y estaba seguro de haber llegado al fondo, pero Cristo volvió a decirme: “¡Desciende!”, y me hizo bajar hasta que caí en algún punto donde creí que ya era suficiente para salvarme. “¡Abajo!, descende aún más.” Y descendí hasta que tuve que soltar todas las ramas del árbol de mis esperanzas, lleno de desesperación; y entonces dije: “No puedo hacer nada, estoy perdido”. Las aguas envolvieron mi cabeza, y fui apartado de la luz del día, y me creí un extraño de la república de Israel. “¡Desciende más aún! Tienes demasiado orgullo para ser salvo.” Entonces fui bajado hasta ver mi corrupción, mi iniquidad, mi inmundicia. “Desciende”, dice Dios cuando viene a salvar. Ahora, altivos pecadores, no os servirá de nada ser orgullosos, ni el aferraros al árbol: Cristo os hará descender. Oh, tú que moras con el águila en la escabrosa roca, descenderás de tu altura, caerás por la gracia, o caerás un día bajo la venganza. “Jehová ensalza a los humildes, humilla los impíos hasta la tierra.”

5. Además, es un llamamiento *afectuoso*. “Hoy es necesario que pose en *tu casa*.” Podéis imaginar fácilmente la sorpresa de la multitud. Ellos creían que Cristo era el mejor y más santo de los hombres, y estaban dispuestos a hacerle rey. Mas Jesús dice: “Hoy es necesario que pose en tu casa”. Había allí un pobre judío que había estado en casa de Zaqueo; fue maltratado y no podía olvidar qué clase de casa era aquella; recordaba cómo fue llevado allí, y el concepto que tenía de aquel lugar era similar al que una mosca puede tener de un nido de arañas. Otro, que había sido embargado de casi todas sus propiedades, y la idea que tenía de entrar allí era la de entrar en una cueva de leones. “¡Cómo!”, dijeron, “¿va este santo varón a penetrar en ese cubil, donde nosotros, pobres infelices, hemos sido robados y maltratados? Ya hizo mal en dirigirle la palabra cuando estaba en el árbol, ¡Pero la idea de ir a su casa...!” Todos censuraban que fuera a ser “el huésped de un hombre que era un pecador”. Sé como pensaron algunos de sus discípulos: era una

imprudencia, podía perjudicar Su reputación y ofender a las gentes. Pensaron que debería haber ido a verle de noche, como Nicodemo, y recibirle cuando nadie le viera; pero reconocer a aquel hombre públicamente era la mayor ligereza que podía cometer. Mas ¿por qué actuó Cristo de aquella forma? Porque quería hacer a Zaqueo un llamamiento afectuoso. “No permaneceré en tu umbral, ni miraré por tu ventana, sino que entraré en tu casa, la misma casa donde los llantos de las viudas llegaron a tus oídos y tú no los oíste; entraré en tu gabinete, donde las lágrimas de las huérfanas no te movieron nunca a compasión; entraré allí, donde tú, como un voraz león, devorabas a tu presa; entraré allí donde has ennegrecido tu casa y la has hecho infame; entraré en el lugar donde los llantos se elevaron al cielo, arrancados de los labios de tus oprimidos; entraré en tu casa y te bendeciré.” ¡Oh, cuánto amor había en todo aquello! Pobre pecador, mi Maestro es muy amoroso. Él entrara en tu casa. ¿Qué clase de casa tienes? ¿Una casa que has hecho mísera con tus borracheras? ¿Una casa que has mancillado con tu impureza? ¿Una casa que has deshonrado con tus maldiciones y blasfemias? ¿Una casa donde llevas un negocio perverso del que te alegraría desembarazarte? Cristo te dice: “Yo iré a tu casa”. Y yo sé de algunos hogares, que antaño fueron cuevas de pecado, donde Cristo llega cada mañana; y el marido y la esposa que antes reñían y peleaban, doblan juntos sus rodillas en oración. Cristo va allí a la hora de comer, cuando el trabajador va a casa para tomar su sustento. Algunos de mis oyentes tienen escasamente una hora disponible para sus comidas, pero han de decir una palabra de oración y leer las Escrituras. Cristo viene a ellos. En las paredes que estuvieron llenas de lascivia y de cuadros frívolos, hay un almanaque cristiano; en un cajón de la cómoda hay una Biblia, y aunque vivan solamente en una habitación, si un ángel entrara y Dios le preguntara: “¿Qué has visto en aquella casa?”, respondería: “He visto buenos muebles, porque allí hay una Biblia, y por doquier libros religiosos; los cuadros inmundos han sido descolgados y quemados; ya no están los naipes en el cajón de la cómoda del marido; Cristo ha entrado en su casa”. ¡Oh, que bendición que podamos tener nuestro Dios familiar como los romanos lo tenían! Nuestro Dios es el Dios del hogar. Tiene a vivir con su gente y ama las tiendas de Jacob. Así pues, pobre y andrajoso pecador, tú que vives en el antro más inmundo de Londres, si te encuentras aquí, Jesús te dice: “Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es *necesario que pose en tu casa*”.

6. Además, no es solamente un llamamiento afectuoso, sino también un llamamiento *permanente*. “Hoy es necesario que *pose* en tu casa.” El llamamiento corriente es como sigue: “Hoy iré a tu casa y entraré por una puerta, saliendo por la otra.” El llamamiento general que se hace a todos los hombres por el Evangelio, opera en ellos durante algún tiempo y después desaparece; pero el llamamiento salvador es permanente. Cuando Cristo habla, no dice: “Date prisa, Zaqueo, y desciende, porque vengo un momento”, sino que dice: “Es necesario que *pose* en tu casa; vengo a sentarme, a comer y a beber contigo”. Algunos dicen: “¡Ah! Cuántas veces me ha impresionado; a menudo he tenido una serie de profundas convicciones y he creído que realmente era salvo, pero todo se esfumó más tarde; como un sueño, cuando uno se despierta y todo se ha desvanecido con él, así me ha ocurrido a mí”. ¡Pobre alma! no desesperes. ¿Sientes el empeño de la gracia del Todopoderoso dentro de tu corazón, constriñéndote hoy a arrepentirte? Si así es, será un llamamiento permanente. Si es Jesús operando en tu alma, vendrá a quedarse en tu corazón y te consagrará para Él eternamente. Cristo dice: “Vendré y moraré contigo para siempre. Vendré y diré:

«Haré aquí mi lugar de reposo,
No tornaré a marcharme y a volver;
No seré más un huésped o extraño
El Señor de estos lares seré».

“¡Oh!”, dirás, “eso es lo que yo deseo; quiero un llamamiento permanente, algo perdurable; no quiero una religión que se destina, sino una cuyos colores permanezcan vivos”. Pues bien, ésa es la clase de llamada que hace Cristo. Sus ministros no pueden hacerlo, pero cuando Cristo habla,

lo hace poderosamente, y dice: “Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose en tu casa”.

7. Hay algo de lo que no debo olvidarme, y es que se trata de un llamamiento necesario. Leámoslo de nuevo: “Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es *necesario* que pose en tu casa”. No era algo que podía hacer o dejar de hacer, sino algo *necesario*. La salvación del pecador es para Dios un asunto tan necesario como el cumplimiento de su pacto -que la lluvia no volverá a anegar la tierra-. La salvación de cada hijo de Dios comprado por sangre es algo necesario por tres razones: porque es el propósito de Dios, porque es la adquisición de Cristo y, por último, porque es la promesa de Dios. Es necesario que los hijos de Dios sean salvados. Algunos teólogos creen que es erróneo dar énfasis a esta idea, especialmente en el pasaje donde dice: “Y era menester que pasase por Samaria”. Explican que a Jesús le era necesario ir a Samaria porque no había otro camino por el que pudiese ir, y por ello se vio obligado a ir por aquella ruta. Sí, señores, contestamos, no hay duda sobre ello; pero podía haber habido otra. La providencia lo hizo así para que fuese necesario que pasara por Samaria, y que ésta se encontrara situada en la ruta que Él había elegido. De tal forma que, de todos modos, “era menester que pasase por Samaria”. La providencia hizo que los hombres edificaran a Samaria exactamente en aquel camino, y la gracia obligó al Salvador a dirigirse en aquella dirección. Así pues, no fue dicho: “Desciende, Zaqueo, porque hoy *puede* que pose en tu casa”, sino, “es *necesario*”. El Salvador sintió una gran necesidad. Una necesidad tan inevitable como la de que el hombre muera, o que el sol nos alumbrase durante el día y la luna durante la noche; y tan grande como la de que todos los hijos de Dios comprados por sangre sean salvos. “Hoy es necesario que pose en tu casa”. Y, ¡oh!, cuando el Señor llega a este punto, en que debe hacer algo, ¡Qué trascendencia tiene esto para el pobre pecador! En otras ocasiones preguntábamos: “¿Le dejaré entrar? Hay un extraño a mi puerta, está llamando y ya ha llamado otras veces; ¿le dejaré entrar?” Pero ahora se trata de: “*Es necesario* que pose en tu casa”. No hubo ninguna llamada a la puerta, sino que ésta se desintegró, y entró libremente. “Es necesario, quiero hacerlo y lo haré; no me importan tus protestas, tu vileza ni tu incredulidad; es necesario que pose en tu casa y así lo haré”. Alguien dirá: “No creo, de ninguna manera, que Dios vaya a forzarme a creer lo que vosotros creéis, ni a hacerme cristiano”. ¡Ah!, pero si Él dice: “Hoy es necesario que more en tu casa”, no habrá resistencia por tu parte. Algunos de vosotros os burlaríais ante la sola idea de convertirlos en metodistas pomposos. “¿Cómo! Supone usted que yo pueda convertirme en uno de sus correligionarios?” No, amigo mío, no lo *supongo*; lo sé positivamente. Si Dios dice “es necesario”, no hay oposición posible. Cuando lo diga, todo será como Él quiera.

Para probaros lo dicho, voy a contaros una anécdota: “Un padre iba a mandar a su hijo a la universidad, mas conociendo la suerte de influencias a que estaría expuesto, estaba preocupado por la felicidad espiritual y eterna de su querido hijo. Temiendo que los principios de su fe cristiana, que se había esforzado en inculcar en su mente, iban a ser desconsideradamente atacados, y confiando en el poder de la Palabra que es viva y eficaz, adquirió, sin que su hijo lo supiera, un bonito ejemplar de la Biblia, y lo colocó en el fondo de su baúl. El joven comenzó su carrera universitaria. Las bases de su educación piadosa fueron prontamente quebrantadas, y el muchacho pasó de la especulación a la duda, y de la duda a la negación de la veracidad de su religión. Cuando llegó a ser, según su propio criterio, más sabio que su padre, un día, rebuscando en el baúl, descubrió con gran sorpresa e indignación el sagrado depósito. Lo sacó, y después de pensar sobre la forma de tratarlo, decidió que lo utilizaría para limpiar su navaja mientras se afeitaba. Y así lo hizo. Cada vez que iba a afeitarse arrancaba una o dos hojas del sagrado libro, hasta que la mitad del volumen quedó destruida. Pero mientras cometía este ultraje, hoy un versículo y mañana otro, penetraron como la afilada punta de una flecha en su corazón. Un día, oyó un sermón que acentuó en su mente la impresión que había recibido de la última hoja arrancada del bendito e insultado volumen, descubriéndole su propio carácter y la forma en que estaba expuesto a la ira de Dios. Si los mundos hubieran estado a su disposición, los habría regalado, si con ello hubiese podido deshacer lo que había hecho. Finalmente, encontró perdón al

pie de la cruz. Las hojas arrancadas al libro sagrado sanaron su alma, porque le permitieron descansar en la misericordia de Dios, lo cual es suficiente para el mayor de los pecadores”. Os digo que no hay réprobo que ande por la calle corrompiendo el aire con sus blasfemias, ni criatura depravada, tan perversa casi como el propio Satanás, a quien, si es hijo de vida, no le alcance la misericordia; y si Dios dice: “Hoy es *necesario* que pose en tu casa”, así lo hará, sin duda. ¡Experimentas, querido oyente, en este momento, algo en tu espíritu que parece decirte que has estado bastante tiempo resistiéndote al Evangelio, pero que ya no puedes resistirte más? Sé que sientes que una fuerte mano se ha apoderado de ti, y que una voz te dice: “Pecador, es necesario que pose en tu casa. A menudo me has despreciado, a menudo te has reído de mí, has escupido frecuentemente en la faz de la misericordia y me has blasfemado; ayer diste un portazo en la misma cara del misionero y quemaste el tratado que te dio, te burlaste del ministro, maldijiste la casa del Señor y profanaste el domingo; mas, a pesar de todo, pecador, es necesario que pose en tu casa, ¡y así lo haré!” Tú dirás: “¡Señor! ¿posar en mi casa?; está llena de iniquidad. ¿Posar en mi casa, donde no hay una silla o una mesa que no me grite acusadoramente? ¿Posar en mi casa, donde las vigas y el piso se levantarían para decirte que no soy digno de besar la orla de tu vestido? ¿Cómo, Señor! ¿Posar en mi casa?” “Sí”, te contesta, “*es necesario*; existe una imperiosa necesidad; mi poderoso amor me fuerza a ello y, quieras o no, estoy decidido a hacer que quieras y me dejes entrar.” ¿No te sorprende esto, temeroso pecador; tú que creíste que el día de la misericordia había pasado, y que la campana de tu destrucción había tañido, doblando a muerto? ¡Oh! ¡No te sorprende que Cristo no se limite a pedirte que vayas a Él, sino que, además, se invite a tu mesa, y que cuando vayas a rechazarle, te diga amablemente: “Es necesario, tengo que entrar”? Piensa por un momento en Cristo, caminando en pos de un pecador, llorando detrás de él, implorando que le deje salvarle; considera que eso es exactamente lo que hace Jesús con sus escogidos. El pecador huye de Él, pero la gracia lo persigue, y le dice: “Pecador, ven a Cristo”, y si nuestros corazones están cerrados, Cristo pone su mano en la puerta; y si en vez de abrir lo rechazamos fríamente, Él nos dice: “Es necesario, debo entrar”. Lloro sobre nosotros hasta que sus lágrimas nos ganen; clama en nuestros oídos hasta que sus gritos prevalecen; y finalmente, en la hora que Él tiene bien determinada, entra en nuestro corazón y mora allí. “Es necesario que pose en tu casa”, dijo Jesús.

8. Por último, este llamamiento es eficaz, porque vemos los frutos que siguieron. Abierta estaba la puerta de Zaqueo, servida estaba su mesa, generoso era su corazón, lavadas estaban sus manos, aliviada estaba su conciencia y alegre su alma. “He aquí Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres”; porque la mitad de lo que tengo se lo he robado a ellos, “y si en algo he defraudado a alguno, lo vuelvo con el cuatro tanto”. ¡Ah! Zaqueo, esta noche te acostarás mucho más pobre que cuando te levantaste esta mañana, pero, también, infinitamente más rico; pobre, muy pobre, en bienes de este mundo, comparado a lo que poseías cuando subiste a aquel árbol sicómoro; pero rico, infinitamente rico en tesoros celestiales. Pecador, en esto sabremos si Dios te ha llamado: si Él llama, será un llamamiento eficaz, no una llamada que hoy oyes y mañana olvidas, sino una que produce buenas obras. Si Dios te ha llamado esta mañana, caerá al suelo tu capa de borracho, y se elevarán tus oraciones; si Dios te ha llamado esta mañana, no habrá hoy un postigo cerrado en tu tienda, sino *todos*, y clavarás un letrero que diga: “Esta casa se cierra los domingos, y nunca volverá a estar abierta en ese día”. Mañana habrá tales o cuales diversiones mundanas, pero si Dios te ha llamado, tú no iras. Y si has robado a alguien (quién sabe si hay algún ladrón entre los presentes), si Dios te llama, restituirás lo robado; abandonarás todo cuanto tengas para seguir a Dios con todo tu corazón. No creemos que un hombre esté convertido, a menos que renuncie a los errores de su vida pasada, a menos que llegue al conocimiento práctico de que Cristo es dueño de su conciencia y que Su ley es su delicia. “Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose en tu casa. Entonces él descendió aprisa, y lo recibió gozoso.” “Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, lo vuelvo con el cuatro tanto. Y Jesús le dijo: Hoy ha

venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham. Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.”

Ahora, un par de lecciones. *Una lección al orgulloso:* ¡Descended, corazones orgullosos, descended! La misericordia corre por los valles, pero no sube a la cima de las montañas. ¡Desciende, descende espíritu altanero! Él hizo descender hasta el suelo a la alta ciudad, y la volvió a construir. *Y una lección para ti, pobre alma desesperada:* Me alegro de verte en la casa de Dios esta mañana; es una buena señal. No me importa el por qué has venido. Tal vez oíste que había un hombre raro que predicaba aquí. No importa. Vosotros sois tan raros como él. Es necesario que haya hombres extraños para recoger a los extraños. En estos momentos tengo ante mí una multitud, y si se me permite hacer una comparación, os asemejaría a un gran montón de cenizas, entre las cuales hay mezcladas limaduras de acero. Ahora bien, si mi predicación es asistida por la divina gracia, actuará como una especie de imán: no atraerá a la ceniza -ésta se quedará donde está-, pero sacará de entre ella las limaduras de acero. Tengo aquí a un Zaqueo, allá una María, y más allá a un Juan, una Sara, un Guillermo o un Tomás, los escogidos de Dios; ellos son las limaduras de acero en el montón de cenizas, y mi Evangelio, el Evangelio del bendito Dios, como un gran imán, los sacará de entre el montón. Ahí vienen, ahí llegan. ¿Por qué? Porque había un poder magnético entre el Evangelio y sus corazones. Pobre pecador, ven a Jesús, cree en su amor y confía en su misericordia. Si sientes el deseo de venir, si te estás abriendo camino a través de las cenizas para ir a Cristo, es que Él te está llamando. ¡Oh!, todos vosotros, los que os reconocéis pecadores; hombres, mujeres y niños; Sí, los pequeños (porque Dios me ha dado algunos de vosotros para que seáis mi recompensa), ¿os sentís perdidos?; creed, pues, en Jesús y sed salvos. Muchos de vosotros habéis venido aquí por curiosidad. ¡Ojalá seáis hallados y salvados! Siento pena por vosotros, no vaya a ser que os hundáis en el fuego del infierno. ¡Escucha a Cristo mientras te habla! Él te dice: “*Desciende*”, esta mañana. Id a casa y humillaos ante Dios, id y confesad vuestras iniquidades y vuestros pecados contra El; id a casa y decidle que sois unos miserables, arruinados sin su gracia soberana; y entonces, miradle con la seguridad de que Él os ha mirado antes. Vosotros decís: “Yo estoy dispuesto a ser salvo, pero tengo miedo de que Él no lo esté”. ¡No, no penséis más así! ¿No sabéis que es casi una blasfemia? Si no fuera por vuestra ignorancia, os diría que en parte lo es. Vosotros no podéis mirar a Cristo antes de que El os haya mirado. Si deseáis ser salvos, Él os ha dado ese deseo. Creed en el Señor Jesucristo y bautizaos, y seréis salvos. Confío en que el Espíritu Santo os está llamando. Tú, joven que estás junto a la ventana, ¡date prisa! descende! Anciano que estás en estos bancos, descende. Comerciante, al fondo de la sala, date prisa. Mayores y jóvenes que no conocéis a Cristo, ojalá os mire también a vosotros. Anciana, oye la llamada de la gracia; y tú, jovencito, Cristo puede estar mirándote, confío en que así sea, y en que esté diciéndote: “Date prisa, descende, porque hoy es necesario que pose en tu casa”.

XX. LA RESURRECCIÓN ESPIRITUAL

«Y Él os dio vida a vosotros, cuando estabais
muertos en vuestros delitos y pecados»
(Efesios 2:1).

Es natural que esperéis que en este día, corrientemente llamado domingo de Resurrección, yo haya escogido el tema de la resurrección. Mas no lo he hecho así; porque aunque haya leído porciones que hacen referencia a este glorioso asunto, me ha rondado la mente con insistencia un tema que no es precisamente la resurrección de Cristo, pero que está en cierto modo relacionado con ella: la resurrección en esta vida, por medio del Espíritu de Dios, del hombre perdido y caído.

El apóstol habla aquí, como podéis observar, de la iglesia de Efeso, y de hecho de todos aquellos que fueron elegidos en Cristo Jesús, aceptados en Él y redimidos por su sangre; y dice de ellos El os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados.”

¡Qué visión más sombría nos ofrece un cuerpo muerto! Cuando ayer tarde trataba de hacerme cargo de este pensamiento, me sentí totalmente sobrecogido por él. Es abrumador pensar que este cuerpo mío será pronto un festín para los gusanos; que por dentro y por fuera de estas cuencas donde resplandecen mis ojos se arrastrará una repugnante progenie de bichejos inmundos; que este cuerpo se estirará en la, pasiva quietud de una muerte fría y abyecta, y se tornara en algo malsano y nauseabundo, despreciado incluso por aquellos que me amaron, quienes dirán: “Sepulta mi muerto de delante de mí”. Tal vez vosotros apenas podáis haceros a la idea de que tal cosa os ocurrirá. ¿No os parece extraordinario que vosotros, que habéis venido aquí esta mañana por vuestro propio pie, hayáis de ser llevados al sepulcro; que los ojos con que ahora me miráis serán pronto velados por tinieblas eternas; que la lengua que hace unos momentos se movía en armoniosos cánticos será en breve un mudo pedazo de barro; y que vuestro cuerpo fuerte y fornido, el mismo que se encuentra ahora aquí, será en el futuro incapaz de mover un solo músculo, y se convertirá en algo repugnante, hermano de gusanos y de la corrupción? Apenas podemos imaginarnos a obra tan terrible que la muerte realiza en nosotros; es tal su vandalismo en nuestra mortal estructura, y de tal forma arruina este hermoso edificio construido por Dios, que difícilmente podemos soportar la contemplación de su devastadora labor.

Empero, haced lo posible por concebir la idea de lo que es un cadáver, y cuando así lo hayáis hecho, os ruego que procuréis entender que ésta es la metáfora utilizada en nuestro texto para manifestar cuál es el estado de vuestra alma por naturaleza. Así como el cuerpo esta muerto, incapaz, impotente, insensible y, dentro de poco, corrompido y putrefacto, así también nos encontramos nosotros si no somos vivificados por la divina gracia: muertos en delitos y pecados, teniendo en nuestro interior la muerte capaz de evolucionar progresivamente en estados cada vez más perversos de pecado e iniquidad, hasta lograr que todos los que aquí estamos, abandonados por la gracia de Dios, vengamos a ser seres abominables por el pecado y la impiedad, tal como ocurre en el cadáver por putrefacción natural. Entendamos, pues, que la doctrina de la santa Escritura es la de que el hombre, desde su caída, está muerto por naturaleza; es un ser arruinado y corrompido y, en sentido espiritual, total y completamente muerto. Así, si alguno de nosotros llega a entrar en la vida espiritual, debe ser por el avivamiento del Espíritu de Dios que nos es otorgado soberanamente por la voluntad de Dios Padre; no por ningún mérito nuestro, sino totalmente por infinita y abundante gracia.

Confío en no hacerme pesado; intentaré hacer el tema tan interesante como me sea posible, y al mismo tiempo procuraré ser breve. La doctrina general que consideramos esta mañana es la de que el que viene al mundo está muerto espiritualmente, y que la nueva vida ha de serle otorgada por el Espíritu Santo, sin que pueda obtenerse por ninguna otra fuente. Ilustraré esta doctrina de una manera muy simple. Recordad que nuestro Salvador resucitó solamente a tres personas, pues, que yo sepa, la Escritura sólo habla de tres resurrecciones obradas por Él durante toda su vida. La primera fue la de aquella joven, *la hija de Jairo*, quien, yaciendo muerta en la cama, volvió a la vida con sólo pronunciar Cristo: “*!Talita cumi!*” La segunda fue la del *hijo de la viuda*, el cual

estaba en el féretro a punto de ser llevado a la tumba, y a quien Jesús levantó diciéndole: “Mancebo, a ti digo, levántate”. Y la tercera, la más memorable de todas, fue la de *Lázaro*, el cual no se hallaba en la cama ni en el féretro, sino en la tumba, y además en corrupción; pero que a pesar de eso fue sacado de su sepulcro por la voz omnipotente del Señor Jesucristo que dijo: “Lázaro, ven fuera”.

Utilizaré estos tres hechos a modo de ilustración de *los diferentes estados del hombre* dentro de su misma muerte; también los usaré para ilustrar *los diferentes medios de que se vale la gracia para resucitarle*, bien que es un mismo y único gran poder el que se emplea; y por último, estos hechos ilustrarán igualmente la *posterior experiencia de los vivificados*, porque, aunque en términos generales es la misma para todos, no obstante hay algunos puntos de diferencia.

I. Comenzaré, pues, por notar, en primer lugar, LA CONDICIÓN DEL HOMBRE POR NATURALEZA. Los hombres están todos muertos por naturaleza. Contemplemos a la hija de Jairo: yace en su cama y parece como si estuviera viva. Su madre hace apenas unos instantes acaba de besar su frente, su mano permanece aún entre las amorosas de su padre, que casi no puede creer que esté muerta; pero lo está: carente de vida, yace en su lecho completamente muerta. El siguiente caso es el del joven que fue sacado de su féretro; está más que muerto, la corrupción ha comenzado su obra y en su rostro aparecen los primeros signos de la putrefacción. Lo llevan a enterrar, y aunque las señales de la muerte son más patentes en él, no por eso está más muerto que la joven. Simplemente, está muerto; los dos lo están, y la muerte no tiene grados. En el tercer caso la muerte va mucho más lejos en sus manifestaciones; es la ocasión en que Marta, usando vividas palabras, dijo: “Señor, hiede ya, que es de cuatro días”. Y no obstante, advertid que la hija de Jairo estaba tan muerta como Lázaro, aunque la muerte no se había mostrado tan manifestamente en su caso. Todos estaban igualmente muertos. Hay en mi congregación criaturas favorecidas, de buen parecer, agradables tanto en su modo de ser como en su aspecto: dotadas de todo lo bueno y hermoso.

Pero mirad: si no han sido regeneradas, aún están muertas. Aquella muchacha en su cuarto, en su cama, tenía muy pocas señales que revelaran su muerte. Aun no había cerrado sus párpados la mano amorosa; todavía parecía haber luz en sus ojos. Semejaba una azucena recién cortada, tan hermosa como la vida misma. El gusano no había comenzado a corroer sus mejillas, el rubor no se había desvanecido aún de su rostro: parecía estar casi viva. Y así sucede con algunos que hay aquí. Tenéis todo cuanto vuestro corazón ansia, menos lo único indispensable; lo tenéis todo menos el amor al Salvador. Todavía no estáis unidos a Él por una fe viva. ¡Ah!, siento tener que deciros que estáis ¡muertos!, ¡muertos!, tan muertos como el peor de los hombres, aunque vuestra muerte no sea tan aparente. Hay en mi presencia jóvenes que han llegado a una edad más en sazón que la de aquella bella damisela que murió en su adolescencia. Existe en vosotros mucho de hermoso, pero ya habéis comenzado a caer en vicios perversos; aún no os habéis convertido en pecadores depravados; todavía no habéis llegado a ser considerados por los demás como totalmente indeseables; no habéis hecho más que comenzar a pecar. Sois como aquel mancebo que era sacado en su ataúd; aún no os habéis convertido en borrachos empedernidos, todavía no habéis empezado a maldecir y blasfemar a Dios, todavía sois admitidos en la buena sociedad, aún no os han proscrito; pero estáis muertos, completamente muertos, tan muertos como en el último y peor de los tres casos. Mas me atrevería a decir que también hay aquí algunos que podrían ilustrar igualmente el tercer ejemplo. He aquí a Lázaro en su tumba, fétido y pútrido; de igual manera hay hombres que no están más muertos que otros, pero que su muerte ha comenzado a ser más visible. Su carácter se ha tornado abominable, sus acciones les acusan, son expulsados de la sociedad decente, la piedra ha sido colocada sobre la boca de sus tumbas, los demás saben que no pueden mantener relaciones con ellos porque han perdido completamente toda noción de rectitud. Tenemos que decir: “¡Quitadlos de nuestra vista; no podemos soportarlos!” Pero aún estos pútridos seres pueden vivir; pues a pesar de que la muerte se manifiesta más plenamente en su corrupción, no están más muertos que la muchachita en su cama. Jesucristo puede resucitar tanto a uno como a otro, y hacer que lo conozcan y amén Su nombre.

I. Ahora, pues, entraré en la consideración de los pequeños detalles que diferencian a estos tres casos. Tomaré primeramente el de la jovencita. La tengo hoy aquí delante de mí, personificada su presencia en muchos de vosotros, o al menos así lo creo yo. ¿Me permitiréis que señale cada una de las diferencias? Hela ahí; no tengáis miedo de mirarla. Está muerta, bien es verdad, pero, ¡oh!, *su belleza subsiste*, y a pesar de que la vida la ha abandonado, sigue siendo bonita y encantadora. En el caso del joven no hay belleza; los gusanos han comenzado su festín; su prestancia ha desaparecido. En el tercer caso existe una corrupción absoluta. Pero en el de la doncella no ocurre así; todavía hay hermosura en sus mejillas. ¿No respira bondad su rostro?, ¿no es hermosa?, ¿No despierta nuestra admiración y nuestra envidia?, ¿No es la más bella entre las bellas? ¡Ay!, todo eso es; pero el Espíritu de Dios no la ha mirado todavía; ella aún no ha doblado sus rodillas ante Jesús pidiendo misericordia; lo tiene todo menos la religión verdadera. ¡Ay de ella!, ¡lástima que una criatura tan encantadora esté muerta!; ¡ay, hermana mía!, ¡lástima que tú, la caritativa, la buena, a pesar de todo estés aún muerta en tus delitos y pecados! Como Jesús se lamentó sobre aquel joven que había guardado los mandamientos, y no obstante le faltaba una cosa, así me lamento yo sobre ti esta mañana. ¡Ay de ti, hermosa criatura, de buen carácter y aspecto bondadoso!, ¿por qué permanecerás muerta? Porque muerta estás a menos que tengas fe en Cristo. Tu prestancia, tu virtud y tu bondad, no te servirán de nada; estás muerta, y así continuarás hasta que Él te resucite.

Asimismo, observad también que esta joven a quien os hemos presentado, la hija de Jairo, *todavía era acariciada*; solamente hacía unos momentos que acababa de morir, y su madre aún oprimía sus mejillas con sus besos. ¡Oh!, ¿es posible que esté muerta?, ¿No llueven las lágrimas sobre ella como si pudiesen esparcir de nuevo la semilla de la vida en aquella tierra muerta, tierra que parece lo suficientemente fértil como para llevar fruto con una lágrima vivificante? ¡Ay!, pero esas lágrimas saladas son lágrimas de esterilidad. La muchacha no vive, pero aún es acariciada. No así el joven; está metido en su ataúd y nadie lo tocará jamás, sopena de contaminarse. Y en cuanto a Lázaro, se halla enterrado detrás de la losa. Esta jovencita aún recibe caricias, y lo mismo ocurre con muchos de vosotros: sois amados aún por los vivientes de Sión; el pueblo de Dios os ama, el ministro ha orado a menudo por vosotros, sois admitidos en las asambleas de los santos, os sentáis con ellos como si fueseis del pueblo de Dios, oís lo que ellos oyen y cantáis lo que ellos cantan. ¡Ay de vosotros!, ¡ay de vosotros porque todavía estáis muertos! ¡Oh!, cómo me aflige el corazón el pensar que, a pesar de que algunos sois todo lo que vuestra alma anhela, os falta todavía una cosa, la única que puede libraros. Sois acariciados por nosotros, recibidos por los vivientes de Sión en su compañía y trato, aprobados y aceptados. ¡Qué lástima que todavía estéis sin vida! ¡Oh!, en vuestro caso, si habéis de ser salvados, tendréis que uniros a los más perversos, para decir: “He sido resucitado por la gracia divina; de otro modo jamás habría vivido.”

Y ahora, ¿queréis volver a mirar a esta jovencita? Reparad que *todavía no la han amortajado*; lleva sus propias prendas, exactamente como cuando se acostó sintiéndose un poco enferma, y así yace. Aun no la han envuelto en el lienzo y el sudario; todavía lleva puesta la ropa de dormir, y aún no ha sido entregada a la muerte. No es como aquel joven que ya estaba amortajado, ni tampoco como Lázaro, con sus manos y pies envueltos en vendas. Ella está como si durmiera. Lo mismo sucede con los jóvenes a quienes me dirijo esta mañana. Todavía no tienen vicios perversos, como el joven que era sacado en el ataúd, ni como aquel pecador de cabellos grises que está vendado por ellos de pies a cabeza. Nuestra doncella parece comportarse como si estuviera viva, su vida no se diferencia en nada de la de un cristiano; su forma de ser es atrayente, buena y decente; sólo parece que esté un poco enferma. ¡Ay, qué lástima que estés muerta!, aunque lleves tus más decorosas ropas. ¡Ay!, tú que lucas la guirnalda de la bondad sobre tu frente, que te has ataviado con las blancas vestiduras de la pureza, si no has vuelto a nacer, continuas muerta. Tu belleza se pasará como una flor, y en el día del juicio serás apartada de los justos si Dios no te da vida. ¡Oh!, lloraría sobre esos jóvenes que parecen haber sido librados de vicios que podrían descarriarlos, pero que todavía no han sido resucitados ni salvados. ¡Oh!, quiera Dios, jóvenes y muchachas, que en vuestra juventud seáis resucitados por el Espíritu.

Observaréis además que el fallecimiento de esta joven únicamente era *conocido por los de la casa*. Aquel mancebo era llevado a las puertas de la ciudad y mucha gente lo vio. Y en cuanto a Lázaro, los judíos iban a llorar sobre su tumba. Pero a esta jovencita todavía no la habían sacado de su dormitorio. ¡Ay!, así ocurre con muchos jóvenes y muchachas. Su pecado es hasta ahora secreto, guardado en lo más profundo de su ser; la concepción de la iniquidad ha tenido lugar en su corazón, aunque no se ha manifestado; sólo existe el embrión del deseo que aún no se ha desarrollado. El joven no ha apurado todavía la copa embriagadora, pero ya ha oído los susurros de sus delicias; aún no se ha precipitado por los caminos de maldad, pero ya ha sentido el impulso de la tentación; hasta ahora ha mantenido su pecado recluido en su aposento, y su más terrible aspecto no ha sido visto todavía. ¡Qué lástima, hermano mío!, ¡qué lástima, hermana mía!; qué lástima que mientras que tu apariencia es tan buena tengas pecado en el aposento de tu corazón y muerte en lo más secreto de tu ser; muerte que es tan real como la del mayor de los pecadores, aunque no se haya manifestado en toda su plenitud. Quiera Dios que puedas decir: “Y Él me dio vida, porque a pesar de mi hermosura y de mis encantos, yo estaba por naturaleza muerto en mis delitos y pecados”. Mas permitidme que insista un poco más. Hay algunos en mi congregación que me preocupan en gran manera. ¡Oh, queridos amigos!, mis muy amados amigos, cuántos hay entre vosotros que tenéis todo lo que puede desear el corazón, menos una cosa: no amáis a mi Señor. ¡Oh, vosotros!, jóvenes que venís a la casa de Dios y que sois tan buenos aparentemente, ¡ay de vosotros!, porque os falta lo que verdaderamente vale la pena. ¡Oh, vosotras!, hijas de Sión, vosotras que estáis siempre en la casa de oración, ¡lastima que estéis aún sin la gracia en vuestro corazón! Id con cuidado, os lo suplico, vosotras las más atractivas, las más jóvenes, las más honradas y honestas: porque cuando los muertos sean separados de los vivos, a menos que seáis regeneradas, vuestra parte será con los muertos; y por muy encantadoras y buenas que seáis, seréis arrojadas a las tinieblas si no tenéis vida.

2. Hasta aquí lo concerniente al primer caso. Veamos, pues, el del joven en segundo lugar. No está más muerto que la doncella, pero *su estado es más avanzado*. Venid y detengamos el féretro. ¡Es imposible soportar el cuadro! Sus mejillas están hundidas y surcos profundos las desfiguran; no son como las de la muchacha que estaban redondas y sonrosadas. Y los ojos... ¡cuánta negrura hay en sus cuencas! Miradle; pronto podréis ver cómo aparecerá sobre su cuerpo la mordedura del gusano; la corrupción ha comenzado su obra. Así ocurre con algunos jóvenes que se encuentran presentes. No son lo que eran en su niñez, cuando sus costumbres eran decentes y correctas, sino que ya han sido atraídos seductoramente hacia la casa de la extraña; ya han sido tentados a apartarse del camino de la rectitud; su corrupción está a punto de comenzar; desdeñan los sabios y cariñosos consejos de su madre, y ¡consideran una despreciable necedad guardar las reglas a que obliga la moral! ¡Dicen que son libres, y que seguirán siéndolo! Todo su deleite es llevar una existencia alegre y feliz. Y así continúan en bulliciosas y perversas diversiones, llevando las señales de la muerte sobre ellos. Han llegado más lejos que la doncella. Ella todavía aparecía hermosa y gentil, pero aquí la muerte ha avanzado más en su obra destructora. La joven aún recibía caricias, pero a él nadie lo toca; yace en su féretro, y aunque los hombres lo transportan sobre sus hombros, sienten repulsión hacia él. Está muerto y todo el mundo puede ver que así es. Joven, tú eres el vivo ejemplo de ese cadáver: sabes que los hombres decentes te rehuyen. Fue ayer mismo cuando tu madre lloró copiosamente al aconsejar a tu hermano menor que evitara caer en tu pecado; tu propia hermana, al besarte esta mañana, rogó a Dios que te regenerarás en esta casa de oración, pero bien sabes que de poco tiempo a esta parte se avergüenza de ti, tus conversaciones se han vuelto tan profanas e impías que incluso ella a duras penas puede soportarte. Hay casas en las que antes eras bien recibido, donde doblabas tu rodilla para orar con ellos y se mencionaba tu nombre; y ahora prefieres no ir allá, porque cuando vas te tratan con reserva. El hombre justo de la casa sabe que no puede dejar que su hijo salga contigo, porque lo contaminarías; ya no se sienta a tu lado para hablar de cosas sublimes como hacía antes, y permite que te sientes en la habitación por pura cortesía, pero se pone lo más lejos posible de ti; él sabe que tu espíritu ya no se compenetra con el suyo. Mas aunque se te tiene un poco apartado,

todavía no eres completamente rehuido, aún eres recibido en el pueblo de Dios; pero existe cierta frialdad que pone de manifiesto que ellos comprenden que no eres un ser viviente.

Y advierte también que este joven que era llevado a la tumba no era como la doncella; ella todavía llevaba las vestiduras de la vida, pero *él estaba envuelto en la mortaja encerada de la muerte*. Muchos de vosotros habéis empezado a adquirir hábitos perversos, sabéis que ya el tornillo del maligno os aprieta con sus vueltas. Antes podíais moveros dentro y fuera de él con holgura, decíais que erais dueños de vuestros placeres, pero ahora ellos son vuestros amos. Vuestros costumbres no son recomendables, bien lo sabéis vosotros; sois conscientes de que vuestros caminos son malos, y esta mañana mientras os hablo os sentís culpables. ¡Ah!, joven, aún cuando no hayas llegado tan lejos como el perdido y desvergonzado libertino, ve con cuidado: ¡estás muerto!, ¡estás muerto!, y a menos que el Espíritu te resucite serás arrojado a la Gehena para servir de pasto al gusano que nunca muere, que come almas por toda la eternidad. Y, ¡ah!, joven, lloro, lloro sobre ti; todavía no has llegado tan lejos como para que la piedra te separe del mundo, aún no te has hecho odioso, aún no eres el borracho vacilante ni tampoco el ateo blasfemo; en tu interior hay mucha maldad, pero aún no se ha manifestado en todo su poder. Ve con cuidado; llegarás más lejos aún, el pecado no tiene fin. Una vez que el gusano penetra, no puedes poner tu dedo sobre él y decirle: “Párate, no comas más.” No, seguirá hasta tu completa ruina. Quiera Dios salvarte ahora, antes de que llegues a la consumación que el infierno espera y que sólo el cielo puede evitar.

He aquí otra observación más referente al joven. El cadáver de la doncella no salió de su aposento; mas *el del joven había sido sacado a las puertas de la ciudad*. En el primer caso, el pecado era secreto. Pero joven, en el tuyo no lo es. Has ido tan lejos que tus costumbres son declaradamente impías; te has atrevido a pecar a la luz del sol. No eres como otros, aparentemente buenos, sino que tienes la osadía de decir: “No soy hipócrita; me atrevo a obrar el mal. Sé que soy un sinvergüenza incorregible y no practico la rectitud. Me he descarriado, y no me avergüenzo de pecar en público”. ¡Ah, joven, joven”, quizá tu padre tenga que decir: “Quisiera Dios que yo hubiese muerto por él, quisiera Dios que yo lo hubiese visto enterrado antes de contemplar tal grado de perversidad en él. ¡Ojalá que Dios, cuando vi a mi hijo por primera vez y mis ojos se recrearon en él, lo hubiera herido por la enfermedad y la muerte al minuto siguiente! ¡Oh, quisiera Dios que su alma infantil hubiese sido llevada al cielo antes que permitirle vivir para traer de esta manera sobre mis grises cabellos la aflicción hasta la tumba!” Tus pasatiempos a las puertas de la ciudad son sufrimientos en la casa de tu padre. Tus libertinas diversiones frente al mundo causan agonía en el corazón de tu madre. ¡Oh, te lo suplico, detente! ¡Oh. Señor Jesús!, toca el fétetro esta mañana. Haz que algún joven deje su perversa vida y dile: “¡Levántate!” Entonces se unirá a nosotros y confesará que aquellos que están vivos han sido resucitados por Jesucristo, por medio del Espíritu, a pesar de estar muertos en delitos y pecados.

3. Ahora llegamos al tercer y último caso: LÁZARO, MUERTO Y ENTERRADO. ¡Ah!, queridos amigos, no puedo llevaros a ver a Lázaro en su tumba. ¡Oh!, permaneced lejos de él. ¿A dónde huiremos para evitar el olor nauseabundo que emana de ese cadáver?, ¿a dónde huiremos? No hay nada agradable allí; no nos atrevemos a mirarlo. Ni siquiera hay falsa apariencia de vida. ¡Oh!, maloliente espectáculo. No intentaré describirlo; me faltarían las palabras y os afectaríais demasiado. Tampoco me atrevería a describir el carácter de algunos de los presentes. Me avergonzaría de decir las cosas que muchos de vosotros habéis hecho. Estas mejillas se sonrojarían al referir las tenebrosas acciones que algunos de los impíos cometen diariamente. ¡Ah!, el último proceso de la muerte, el último proceso de la corrupción; ¡Oh!, cuánta fetidez; pero ¡mucho más fétido es el último grado del pecado! Algunos escritores parecen tener especiales aptitudes para remover la ciénaga y sacar el pútrido fango. Pero he de confesar que yo no las tengo. Soy incapaz de describir la concupiscencia y los vicios de un pecador envilecido. Es imposible enumerar los vicios, las pasiones degradantes, los diabólicos y bestiales pecados en que caen los impíos, cuando la muerte espiritual ha completado su obra en ellos y el pecado se ha manifestado en toda su pavorosa maldad. Puede que aquí haya algunos. No son cristianos. No

son como la doncella acabada de morir, ni tampoco como el joven que era llevado en su cortejo fúnebre; no, han ido tan lejos que las personas decentes los rehuyen. Sus propias esposas, cuando llegan a casa, suben precipitadamente las escaleras para no verlos. Son despreciados. Tal es la ramera a quien la gente vuelve la cara en plena calle. Tal es el libertino público de quien procuramos pasar bien retirados no vaya a ser que tropecemos con él. Es un hombre que ha ido demasiado lejos, y la piedra ha sido colocada ante él. Nadie lo considera digno. Quizá viva en alguna sucia callejuela de los barrios bajos; y a pesar de ser tan ruin y miserable el sitio donde mora, sabe que si su vecino conociera su depravada vida, se apartaría de su lado y rehuiría su compañía, porque ha llegado al último grado, no hay señales de vida en él, está totalmente corrompido. Y fijaos bien, así como en el caso de la doncella el pecado estaba en el aposento, secreto, y en el siguiente en plena calle, público, éste vuelve a ser secreto. Esta en la tumba. Porque observaréis que los hombres, cuando aún no han alcanzado el grado total de perversidad, cometen sus pecados abiertamente; pero en cuanto están completamente enfangados en ella, su concupiscencia se vuelve tan degradante que se ven obligados a hacerlo en secreto. Se encierran en la tumba para quedar ocultos. Su lujuria es tal que sólo puede ser perpetrada a media noche, envueltos en el anónimo manto de la oscuridad. ¿Hay aquí alguno de los tales? No puedo decir que haya muchos, pero sí algunos. ¡Ah!, habiendo tenido conversaciones muchas veces con personas arrepentidos, he tenido que sonrojarme por esta ciudad. Hay comerciantes cuyos nombres permanecen encumbrados y sin tacha. ¿Debo decirlo aquí? Lo sé de muy buena y verdadera tinta. Hay algunos que poseen espléndidas mansiones, quienes en la bolsa gozan de buena reputación y honorabilidad, y a quienes todo el mundo recibe y admite en sociedad; ¡Ah! pero algunos de ellos se entregan a abominables lujurias. Hay en mi iglesia y congregación -y no tendré reparo en decir lo que los hombres no tengan reparo en hacer-, hay en mi congregación mujeres cuya ruina y deshonor ha sido labrada por alguno de los caballeros respetados en la honorable sociedad. Pocos se atreverán a echaros en cara estas cosas, pero si vosotros os atrevéis a hacerlas, yo debo hablar de ellas. El embajador de Dios no tiene por qué morderse la lengua, Sino que debe amonestar osadamente al que osadamente peca. ¡Ah!, hay algunos cuyo hedor hiere el olfato del Todopoderoso; algunos cuyos caracteres son repugnantes más allá de toda monstruosidad. Tienen que ser escondidos en la tumba del secreto, porque los hombres los apartarían de la sociedad, y con aversión los rehuirían si lo supiesen todo. Y no obstante -por medio de una bendita intervención- este último caso puede ser salvado lo mismo que el primero, y con la misma facilidad. Tanto puede salir de su tumba el corrompido Lázaro, como la adormecida doncella de su cama. El último, el más corrompido, el más abominable, también puede ser resucitado, y con gozo exclamar: “He sido resucitado aún cuando estaba muerto en delitos y pecados”. Confío que entenderéis lo que quiero decir: que en todos los casos la muerte es la misma (aunque se manifieste de distintas maneras), y que la vida debe venir de Dios, y solamente de Dios.

II. Y ahora pasaré al segundo punto, LA RESURRECCIÓN. Aquellas tres personas, aunque las tres fueron resucitadas por el mismo ser, es decir, por Jesucristo, lo fueron de diferentes maneras. Primero, observad a la muchacha en su cama. Cuando fue devuelta a la vida, se dice que “Jesús, tomándola de la mano, clamó diciendo: muchacha, levántate”. Era una voz dulce y queda. Su corazón volvió a latir, y vivió. Fue por el suave contacto de la mano -no por una manifestación declarada-, y al oír la grata voz “levántate”. Normalmente, cuando Dios convierte a jóvenes que todavía se hallan en la primera fase del pecado, antes de que hayan adquirido malos hábitos, procede de una forma delicada; no con los terrores de la ley, la tempestad, el fuego y el humo, sino que obra como lo hizo con Lidia, “el corazón de la cual abrió el Señor” para que recibiera la Palabra. En los tales “cae como el suave rocío del cielo sobre la tierra”. Sobre los pecadores endurecidos, la gracia descende en copiosa lluvia, pero sobre los jóvenes conversos descende normalmente de forma suave. Se manifiesta simplemente en el dulce hálito del Espíritu. Tal vez a ellos les cueste trabajo creer que haya sido una verdadera conversión, más verdadera será si han sido vueltos a la vida.

Notemos ahora el segundo caso. Cristo no actuó de la misma forma con el joven que con la hija de Jairo. No; fijaos que lo primero que hizo no fue colocar sus manos sobre él, sino *sobre el féretro*, “y los que lo llevaban, pararon”. Acto seguido, sin tocar al joven, dijo en voz alta: “Mancebo, a ti digo, levántate”. Observad la diferencia: a la joven le fue dada la nueva vida secretamente, mientras que el muchacho la recibió de una forma pública, ya que fue resucitado en plena calle. La vida de la muchacha le fue devuelta suavemente, por medio del contacto; pero en el caso del mancebo, la resurrección se llevó a cabo, no tocándole a él, sino al féretro. Cristo quita al joven sus medios de placer. Él ordenará a sus compañeros detenerse, quienes, por el mal ejemplo, lo llevan en el féretro hacia la tumba. Después, durante algún tiempo, tiene lugar una reforma parcial, y finalmente se deja oír la voz clara y poderosa: “Mancebo, a ti digo, levántate”.

Y ahora viene el peor caso. (¿Querréis, por favor, cuando podáis, comprobar en vuestras casas la preparación que hizo Cristo en este último caso de Lázaro?). Cuando resucitó a la joven, Jesús entró sonriendo en el aposento y dijo: “No está muerta, sino que duerme”. Cuando devolvió la vida al joven, dijo: “No llores.” Pero nada de esto dijo en este último caso; en él había algo mucho más terrible: se trataba de un *hombre corrompiéndose en la tumba*. Fue en aquella ocasión cuando leemos que “lloró Jesús”, y después que hubo llorado, se nos dice que “se conmovió en espíritu”; y acto seguido dijo: “Quitad la piedra”. Luego tuvo lugar la oración: “Yo sabía que siempre me oyes”. Y notad que lo que se nos dice a continuación no se expresa tan plenamente en los casos anteriores. Está escrito que “Jesús clamó a gran voz: Lázaro, ven fuera.” Y no leemos que clamara a gran voz en las otras resurrecciones. Él les habló, fue su voz la que salvó a todos; pero en el caso de Lázaro, Jesús clamó a gran voz. Y bien, tal vez yo tenga aquí a algunos de este tipo -lo peor de lo peor-. ¡Ah, pecador, quiera el Señor resucitarle! Pero recuerda que esta obra hace llorar al Salvador. ¡Oh, amigos!, yo creo que cuando viene a llamaros de vuestra muerte en el pecado, a los que habéis llegado a los límites más extremos del delito, Jesús se acerca llorando y suspirando por vosotros. Es necesario que sea quitada la piedra que os encierra: vuestros hábitos malos y perversos; pero cuando sea quitada, no os bastará con una voz dulce y queda, sino que ha de ser fuerte y aplastante, como la voz del Señor que rompe los cedros del Líbano: “¡Lázaro, ven fuera!” John Bunyan era uno de esos corrompidos. ¡Y qué medios más poderosos se emplearon en su caso! Sueños terribles, espantosas convulsiones, tremendas sacudidas, todo ello fue necesario para hacerle vivir. Y sin embargo, cuando Dios os aterroriza con los truenos del Sinaí, algunos de vosotros creéis que no os ama. Y no es eso; es que estabais tan muertos que hacía falta una gran voz para que oyeráis.

III. Éste es un tema muy atrayente; desearía extenderme en él, pero la voz me falla; por tanto, permitidme que lo considere de una forma muy breve. LA EXPERIENCIA POSTERIOR DE ESTAS TRES PERSONAS FUE DIFERENTE; al menos podemos deducirlo por las disposiciones de Cristo. Cuando la joven volvió a la vida, Jesús mandó que le diesen de comer; cuando el joven resucitó “diólo a su madre”; y cuando Lázaro fue sacado del sepulcro, Cristo dijo: “Desatadle y dejadlo ir”. Creo que podemos sacar alguna enseñanza de todo ello. Cuando los jóvenes que aún no han adquirido malos hábitos son convertidos, cuando son salvados antes de hacerse detestables a los ojos del mundo, la disposición es: “*Dadles de comer*”; los jóvenes necesitan instrucción, necesitan ser edificados en la fe; normalmente están faltos de conocimiento, no tienen la profunda experiencia del hombre mayor, no saben tanto sobre el pecado o sobre la salvación como el adulto que ha llegado a ser un pecador culpable: necesitan ser alimentados. Así pues, nuestra misión como ministros, cuando los corderitos son traídos, es recordar la orden: “Apacienta mis corderos”; cuidar de ellos y darles mucho alimento. Jóvenes, buscad un ministro que os instruya, buscad libros instructivos, escudriñad las Escrituras y procurad ser enseñados; ese es vuestro principal que hacer. “Dadle de comer.”

El siguiente caso es diferente. Jesús dio el muchacho a su madre. ¡Ah!, esto es exactamente lo que hará contigo, joven, si te resucita. Tan seguro como que te convirtió, que te enviará con tu madre de nuevo. Con ella estabas cuando siendo un niño te sentabas en su regazo, y con ella habrás de volver nuevamente. Oh, sí; la gracia ata de nuevo los vínculos que deshizo el pecado.

Sí un joven es un perdido, despreciará la tierna influencia de una hermana y la dulce compañía de una madre; pero al convertirse, una de las primeras cosas que hará será buscar a su madre y a su hermana, y encontrará en su compañía un encanto que nunca conoció. Vosotros, los que habéis andado en el pecado, que sea ésta vuestra misión, si Dios os ha salvado. Buscad buenas compañías. Como Cristo entregó el joven a su madre, busca tu el entregarte a tu madre, la iglesia. Procura siempre ser hallado en la compañía del justo; porque como antes eras llevado a la tumba por las malas compañías, has de ser llevado al cielo por las buenas.

Y ahora, el caso de Lázaro. “*Desatadle, y dejadlo ir.*” No sé cómo el joven no estaba atado. He estado mirando en todos los libros que poseo sobre las costumbres y usanzas orientales, y no he podido encontrar ningún indicio de la diferencia entre el joven y Lázaro. El joven, cuando Cristo le hubo hablado, “se incorporó y comenzó a hablar”; pero Lázaro, envuelto en su mortaja, yaciendo en el nicho de su tumba, no pudo hacer más que arrastrar los pies fuera del hueco en que estaba metido y permanecer recostado contra el mismo. No podía hablar, estaba envuelto en un sudario. ¿Por qué no ocurrió lo mismo con el joven? Me siento inclinado a creer que la diferencia estribaba en la desigualdad de sus riquezas. El joven era el hijo de una viuda. Posiblemente estaba cubierto con algunas vestiduras corrientes, y no tan apretadamente vendado como Lázaro. Este último era de una familia rica; así pues, es muy posible que lo vendaran más cuidadosamente. Si era así o no, yo no lo sé. A lo que vengo a referirme es a esto: cuando un hombre ha ido muy lejos en el pecado. Cristo hace lo mismo con él: lo desata de sus malos hábitos. Es muy probable que la experiencia del pecador consumado no sea la de alimentarse. Tampoco será una experiencia de andar entre santos, sino que, en la medida que pueda, habrá de quitarse las vestiduras sepulcrales de sus viejos vicios. Tal vez tenga que estar el resto de su vida desgarrando trozo a trozo la mortaja encerada en que ha estado envuelto. Helo aquí, por ejemplo, ante su embriaguez: ¡Oh, qué batalla tendrá que librar contra ella!, ¡qué combate habrá de mantener durante muchos meses contra sus concupiscencias! ¿Y su costumbre de blasfemar?; ¡cuántas veces subirá hasta sus labios un juramento, y tendrá que luchar con todas sus fuerzas para volvérselo a tragar! Y ante su sed de placeres, aunque ya los ha abandonado, ¡cuán a menudo le buscarán sus compañeros para pedirle que vaya con ellos! Su vida será en lo sucesivo un continuo desatarse y salir; porque es necesario que sea así hasta que suba para estar eternamente con Dios.

Y ahora, queridos amigos, terminaré haciéndoos la siguiente pregunta: *¿Has sido tú vivificado?* Debo advertirte que, ya seas bueno, malo, o indiferente, si no has sido resucitado, estás muerto y al final serás arrojado al lago de fuego. No obstante, yo os insto a vosotros, los que habéis ido más lejos en el pecado, a que no desesperéis. Cristo puede daros vida, tanto como pueda dársela al mejor de los hombres. ¡Oh, que Él os la dé y os lleve a creer!, que en estos momentos El grite a alguno de los que estáis aquí: “¡Lázaro, ven fuera!” y haga virtuosa a la ramera y sobrio al borracho. ¡Oh!, que Él bendiga la Palabra, especialmente en los jóvenes amables y bondadosos, haciéndolos en este momento herederos de Dios e hijos de Cristo.

Y ahora, una palabra más para aquellos que han sido resucitados, y me despediré por hoy, y ¡qué Dios os bendiga! Mis queridos amigos, los que habéis sido resucitados, permitid que os prevenga contra el diablo; con toda seguridad os perseguirá. Mantened siempre ocupadas vuestras mentes; sólo de esta manera podréis escapar de él. ¡Oh!, estad prevenidos contra sus artimañas, procurad “sobre toda cosa guardada, guardar vuestro corazón; porque de él mana la vida”. El Señor os bendiga por amor de Jesús.

XXI. EL NUEVO CORAZÓN

«Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne» (Ezequiel 36:26).

Contemplemos una de las maravillas del amor divino. Cuando Dios hace a sus criaturas, creación que Él considera buena, si éstas caen de la condición en que han sido creadas, Dios, por lo general, consiente que sufran el castigo de su transgresión, y que moren en el lugar en que han caído. Pero ha hecho una excepción: el hombre, el hombre caído. Creado por su Hacedor puro y santo, se rebeló impía y voluntariamente contra el Altísimo, y perdió su estado primitivo; sin embargo, he aquí que él será objeto de una nueva creación por el poder del Espíritu Santo de Dios. ¡Considerad esto y maravillaos! ¿Qué es el hombre comparado con un ángel? ¿No es algo pequeño e insignificante? "Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, mas dejaron su habitación, los ha reservado debajo de oscuridad en prisiones eternas hasta el juicio del gran día." Dios no tuvo misericordia de ellos; los hizo puros y santos, y debieron haber permanecido así; pero puesto que voluntariamente se rebelaron, los arrojó de sus brillantes tronos para siempre, y, sin una sola promesa de misericordia, los encerró en las sólidas mazmorras del destino, para sufrir el tormento eterno. Pero maravillaos, cielos, el Dios que destruyó a los ángeles bajó de su alto trono en la gloria para hablar al hombre y decirle: "También vosotros habéis caído de mí como los ángeles; os habéis descarriado grandemente y habéis dejado mis caminos, pero -no por vosotros, sino por amor de mi nombre- Yo repararé el daño que vuestra propia mano ha hecho; quitaré de vosotros el corazón que se ha rebelado contra mí. Os hice una vez y vosotros os deshicisteis; Yo os haré de nuevo. Pondré manos a la obra por segunda vez; os colocaré una vez más sobre la rueda del alfarero y *os haré* vasos de honra, aptos para mi bendito uso. Quitaré vuestro corazón de piedra y os daré un corazón de carne; pondré espíritu nuevo dentro de vosotros". ¿No es una maravilla de soberanía divina y de infinita gracia, que mientras los poderosos ángeles fueron arrojados al fuego eterno, Dios hiciera un pacto con el hombre prometiéndole su renovación y restauración?

Y ahora, mis queridos amigos, trataré esta mañana de resaltar, en primer lugar, *la necesidad de la gran promesa contenida en nuestro texto*: que Dios nos dará un corazón nuevo y un espíritu nuevo; en segundo lugar, consideraremos *la naturaleza de la gran obra que Dios hace en el alma cuando cumple esta promesa*; y por último, *unas cuantas observaciones personales dirigidas a mis oyentes*.

I. En primer lugar, pues, voy a tratar de demostrar LA NECESIDAD DE ESTA GRAN PROMESA. No es que sea menester demostrarlo a los que han sido iluminados y vivificados, sino para convicción del impío y humillación de nuestro amor propio. Quiera el misericordioso Espíritu Santo mostrarnos esta mañana nuestra depravación de tal forma que podamos ser llevados a buscar el logro de esta misericordia, la cual es cierta y plenamente necesaria, si queremos ser salvos. Advertiréis que, en el texto, Dios no nos promete que mejorará nuestra naturaleza, o que arreglará nuestros rotos corazones, sino que nos dará nuevos corazones y espíritus rectos. La naturaleza humana ha ido demasiado lejos para que ahora pueda ser reformada. No es una casa en la que haya que hacer ligeras reparaciones: una teja levantada, o algunos trozos de yeso desprendidos del techo. No; la casa está deshecha por todas partes, y sus mismos cimientos han sido socavados; no hay un solo madero que no haya sido carcomido por la polilla, desde el tejado hasta lo más profundo de su base; no queda nada ileso en ella, todo está en mal estado y a punto de derrumbarse. Dios no intenta arreglarla, no repinta la puerta ni apuntala las paredes, no la adorna ni embellece, sino que decide que la vieja casa sea derribada por completo, para poder edificar una nueva. Está demasiado ruínosa, repito, para ser restaurada. Si solamente necesitara una ligera reparación, podría hacerse. Si la dificultad residiera únicamente en el arreglo de una o dos poleas

de esa gran máquina que se llama “hombre”, Aquel que la hizo podría componerla; podría poner una nueva rueda allí donde se hubiese roto, y una nueva polea donde se hubiese estropeado, y la máquina volvería a andar de nuevo. Pero no, nada de ella tiene arreglo; todas sus palancas están rotas, sus ejes torcidos, y ni una sola de sus ruedas obra sobre las otras. Toda la cabeza está enferma, y todo el corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga. El Señor, por lo tanto, no trata de reparar esto, sino que dice: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra; no trataré de ablandarlo, lo dejaré tan duro como siempre fue, pero lo quitaré, y os daré un corazón nuevo, un corazón que será de carne”.

Ahora procuraré mostraros cómo Dios está justificado en esto, y cómo fue totalmente necesario que adoptara la determinación de obrar así. Porque si considerarais lo que la naturaleza humana ha sido, y lo que ahora es, no pasaría mucho rato sin que tuvierais que exclamar: “¡Ah!, es un caso completamente perdido”.

Considerad, pues, por un momento, cuál debe ser la perversidad de la naturaleza humana por el mal trato que ha dado a su Dios. Recuerdo que William Huntingdon, en su autobiografía, dice que una de las más profundas sensaciones de pena que tuvo, después de haber sido vivificado por la gracia divina, fue “la de sentir lástima por Dios”. No creo haber hallado esta expresión en ninguna otra parte, pero es muy expresiva, aunque yo preferiría decir sentir simpatía hacia Dios y pesar por el mal trato que recibe. ¡Ah, amigos míos!, hay muchas personas que son olvidadas, despreciadas y ultrajadas por sus semejantes, pero jamás ha habido hombre alguno que lo haya sido en mayor grado que el eterno Dios. Recordemos nuestra vida pasada: ¡cuán ingratamente nos hemos portado con Él! Él nos dio el ser, y la primera palabra que salió de nuestros labios debiera de haber sido en su alabanza; y, mientras vivamos, nuestra obligación ha de ser la de cantar perpetuamente en su honor; pero en lugar de ello, desde que nacimos no hemos hecho más que hablar mentiras, engaños e impiedades, y así continuamos hasta hoy. Nunca hemos correspondido a sus muchas misericordias con gratitud y reconocimiento, sino que las hemos olvidado sin que hayan arrancado de nosotros ni tan siquiera un aleluya, creyendo, en nuestra indiferencia para con el Altísimo, que olvidábamos a Dios porque Él nos había olvidado a nosotros. Pensamos tan poco en Él que bien pudiera creerse que, ciertamente, Dios no nos ha dado ocasión de pensar en Él. Addison decía:

«Cuando mi alma naciente reconoce
La grandeza de tu misericordia,
Absorta ante su vista, se deshace
En darte todo amor, honor y gloria».

Pero yo creo que, si recapacitamos con ojos contritos, debemos sumirnos en hondo sentimiento y dolor, porque nuestro lamento será: ¿Cómo pude tratar tan mal a tan buen amigo? ¿Cómo pude olvidarme de tan misericordioso bienhechor, y no haber abrazado nunca a un padre tan amante? ¿He tratado alguna vez de darle el beso de rendida gratitud? ¿He buscado la forma de hacer algo para indicarle que apreciaba su bondad, y que sentía el grato influjo de su amor en mi corazón?”

Pero, lo que es peor aún que haberle relegado al olvido, nos hemos rebelado contra El. Hemos atentado contra el Altísimo. Y si ha habido algo que nos recordara su nombre, lo hemos odiado inmediatamente; hemos despreciado a los de su pueblo llamándoles santurrones, hipócritas y metodistas. Hemos menospreciado su día, aquel que dedicará para nuestro bien, y lo hemos tomado para nuestros propios placeres y trabajos en lugar de consagrarlo a su persona. Nos dio un libro en prueba de su amor, pidiéndonos que lo leyéramos, porque en él nos hablaría de su misericordia, y lo hemos tenido perennemente cerrado y las arañas han tejido su polvoriento velo alrededor de sus hojas. Él abrió una casa de oración y nos invitó a ir a ella, para hablarnos allí desde su trono de misericordia; pero nosotros preferimos el teatro a la casa de Dios, y el escuchar cualquier cosa antes que la voz que nos hablaba desde el cielo.

¡Ah!, amigos míos, de nuevo os repito que nunca ha habido nadie que, incluso del peor de sus semejantes, haya recibido tan mal trato como Dios; y sin embargo, mientras los hombres han estado maltratándole, Él no ha cesado de bendecirlos. Dios mantenía en ellos el hábito de vida, aún cuando ellos le maldecían; Él ha dado al hombre alimento, sabiendo que utilizaba el vigor de su cuerpo en hacer la guerra contra el Altísimo; e incluso el domingo, cuando habéis estado quebrantando su mandamiento y dedicando el día a vuestros propios deseos pecaminosos, ha sido Él quien ha dado luz a vuestros ojos, aire a vuestros pulmones y fuerza a vuestros músculos y nervios, bendiciéndoos cuando le maldecíais. ¡Oh!, qué consuelo saber que Él es Dios y que no cambia, porque de otra manera, nosotros, descendientes de Jacob, tiempo ha que debiéramos haber sido justamente consumidos.

Imaginaos a una pobre criatura muriendo en una fosa. No creo que esto ocurra nunca en este país, pero si tal cosa tuviese lugar, si uno que fuera rico se hiciese pobre de la noche a la mañana y todos sus amigos le abandonaran, y si cuando pidiese pan nadie le ayudara, hasta que finalmente, y sin un harapo con que cubrirse, su maltrecho cuerpo fuera arrojado vivo en una fosa, si ello ocurriese, creo que sería el colmo del abandono humano; y sin embargo, Jesucristo, el Hijo de Dios, recibió peor trato aún. Mil veces más caritativo hubiera sido dejarle morir en la fosa sin más consideración; pero esto hubiera sido demasiada bondad por parte de la naturaleza humana. Fue necesario que conociese la maldad hasta lo sumo, y por eso Dios permitió que los hombres se apoderaran de Cristo y lo clavasen en el madero, que fuera alzado entre cielo y tierra, que fuera escarnecido y que, en su sed, le diesen a beber vinagre, siendo objeto de la burla y el desprecio en el colmo de su agonía. Dios permitió que el hombre hiciese de Él el objeto de sus risas y desdén, el centro de las miradas de aquellos ojos crueles y lascivos que se posaban sobre su llagado y desnudo cuerpo.

¡Oh!, oprobio de la humanidad: nunca criatura alguna puede haber sido peor que el hombre. Las mismas bestias son mejores que él, porque el hombre tiene todos los peores atributos de ellas, y ninguno de los mejores. Tiene la fiera del león, pero no su nobleza; es tan tozudo como un asno, pero no tiene su paciencia; es tan rapaz y glotón como el lobo, pero carece de su sabiduría para evitar la trampa. Es un buitre ávido de carroña, pero jamás tiene hartura; es la misma serpiente con el veneno del áspid debajo de su lengua, pero escupe su ponzoña tanto cerca como lejos. ¡Ah!, si juzgáis la naturaleza humana por su forma de tratar a Dios, verdaderamente reconoceréis que es demasiado mala para poder ser enmendada, y que es necesario hacer una nueva.

Hay otro aspecto bajo el que podemos considerar la pecaminosidad del hombre: *el orgullo*. El ser tan orgulloso es la misma esencia de su maldad. Amados, el orgullo está tejido en la misma trama y urdimbre de la naturaleza humana, y no nos desharemos de él hasta que estemos envueltos en nuestra mortaja. Es sorprendente cómo cuando estamos en nuestras oraciones, cuando tratamos de usar humildes expresiones, somos vendidos al orgullo. Me ocurrió precisamente el otro día; estaba yo de rodillas orando de la siguiente manera: “¡Oh!, Señor, heme aquí, afligido en tu presencia; ojalá no hubiese sido tan pecador como he sido. Oh, si nunca me hubiera sublevado y rebelado como lo he hecho”. Allí estaba el orgullo; porque ¿quién soy yo? ¿Por qué me lamentaba? Yo debía haberme sabido tan pecador como para que no fuera nada anormal el haberme descarriado. Lo verdaderamente extraordinario era que no hubiese llegado a ser peor aún, y en ello la honra era de Dios y no mía. De manera que, cuando intentamos ser humildes, podemos estar resbalando neciamente hacia el orgullo. ¡Qué cosa tan chocante es el ver a un culpable y miserable pecador orgulloso de su moralidad!; y a pesar de eso, es algo que encontraréis todos los días. Hay hombres enemigos de Dios, orgullosos de su honradez, y no obstante robando a Dios; orgullosos de su castidad y, sin embargo, si comprueban sus propios pensamientos, los hallan llenos de lascivia e impureza; orgullosos del encomio de sus semejantes, sabiéndose, a pesar de ello, censurados por sus conciencias y reprobados por Dios Todopoderoso. Disparatado y descabellado es creer que el hombre pueda ser orgulloso, cuando no tiene nada de que ufanarse. Un montón de arcilla animado, viciado y corrompido, un infierno viviente, y sin embargo orgulloso. ¡Yo, hijo bastardo de aquel que robaba el huerto de oro de su Señor, de aquel

que se descarrió y no quiso ser obediente; de quien despreció todo cuanto tenía por el vil valor de una manzana! ¡Y aún estoy orgulloso de mi alcurnia! ¡Yo, que vivo de la caridad cotidiana de Dios, orgulloso de mi riqueza, cuando no tengo ni un cuarto de penique con qué dotarme, a menos que Él decida dármelo! Yo, que vine desnudo a este mundo y desnudo saldré de él. ¡Yo, un inexperto potro salvaje, un ignorante que nada sabe, orgulloso de mi sabiduría! Oh, maravillosa cosa es que ese necio llamado hombre se titule a sí mismo doctor, y se haga maestro de todas las artes, cuando no lo es de ninguna, y es mucho más necio cuando cree que su ciencia ha alcanzado el cenit. Y lo más extraordinario es que el hombre, con su corazón engañoso, lleno de toda clase de concupiscencia, fornicación, idolatría y lujuria, se atreva a decir que es una excelente persona, y se ensoberbezca creyendo que, porque reúne algunas buenas cualidades, es digno de la veneración de sus semejantes, si no de la consideración del Altísimo. Ah, naturaleza humana, ésta es tu propia condenación: eres locamente orgullosa, cuando no tienes de qué gloriarte. Escribid “Icabod” sobre ella. La gloria ha sido traspasada para siempre de la naturaleza humana. Repudiémosla, y que Dios nos dé una nueva, porque la vieja jamás podrá ser mejorada. Está irremediabilmente insana, decrépita, y corrompida.

Además, es completamente cierto que la naturaleza humana no puede mejorarse, porque tenemos el testimonio de los muchos que han probado y siempre han fracasado. Quien trata de corregir su condición es como el que intenta girar una veleta hacia el este cuando el viento sopla del oeste, en cuanto quite las manos de ella, tornará de nuevo a su posición anterior. He visto algunos que tratan de refrenar su naturaleza, personas de temperamento colérico, que intentan enmendarse un poco y lo consiguen, pero enseguida vuelve a trascender, ya que si el fuego no arde normalmente, ni la llama encuentra desahogo, quema sus huesos hasta tornarlos blancos por el calor de la malicia, dejando en su corazón un residuo de cenizas de venganza. He conocido a otros que intentan hacerse religiosos, y sólo consiguen convertirse en algo monstruoso, porque sus piernas no son iguales y caminan renqueando en el servicio de Dios; son deformes y desmanadas criaturas, y todo aquel que las mira puede descubrir pronto la inconsistencia de su profesión. Os aseguramos que en vano intentará cambiar su piel aplicándole cosméticos; es como si el leopardo intentara limpiar sus manchas: nunca podrá encubrir la ruindad de su naturaleza mediante esfuerzos religiosos.

¡Ah!, yo sólo sé de qué forma he intentado muchas veces reformarme sin adelantar ni un paso. Cuando empezaba, sentía un demonio dentro de mí, y cuando terminaba, el número había aumentado a diez; en vez de ser mejor, lo que hacía era empeorar; y los diablos de mi propia justicia, de la confianza en mí mismo, del orgullo, y otros muchos, hacían en mí su morada. Cuando estaba ocupado barriendo mi casa y adornándola, he aquí que aquel a quien yo quería quitarme de encima se marchaba por una corta temporada para enseguida volver, acompañado de otros siete espíritus más impíos que él mismo, haciendo de mí su morada. ¡Ay!, mis queridos amigos; intentad reformaros, y descubriréis vuestra imposibilidad; mas aunque lo lograrais, no sería esa la obra que Dios exige; Él no quiere reformas, sino renovación; Él no desea un corazón algo mejor, sino uno nuevo.

Y además, os daréis cuenta fácilmente de que necesitamos un nuevo corazón, si consideraréis cuáles son las ocupaciones y gozos de la religión cristiana. La naturaleza que puede alimentarse de la inmundicia del pecado y devorar la carroña de iniquidad no es, en modo alguno, la naturaleza que podrá cantar alabanzas a Dios y regocijarse en Su santo nombre. ¿Acaso creéis que el cuervo, que sólo ha comido de todo lo repugnante, llegara a tener la pulcritud de la paloma para jugar con la zagala en el cenador? No, a menos que lo cambiéis en paloma; porque mientras sea cuervo, todas sus apetencias innatas le inclinarán siempre a lo suyo, y le será imposible hacer algo que esté por encima de su naturaleza de cuervo. Habéis visto al buitre hartarse de carne putrefacto, y ¿esperáis verle posado en la rama cantando alabanzas a Dios con su bronca garganta y estridente graznido? ¿Os imagináis quizás que podréis contemplarlo como ave de corral, picando el grano limpio a la puerta del granero, sin que su carácter y disposición hayan sido completamente cambiados? Imposible. ¿Os figuráis al león, paciando con el becerro y comiendo

hierba como el buey, siendo león? No; es necesario que sea transformado. Podéis vestirlo con piel de oveja, pero jamás será un cordero, a menos que lo despojéis de su fiera naturaleza. Probad a enmendar a un león por tanto tiempo como queráis; si el mismo Van Amburgh hubiera estado amansando a los suyos durante mil años, jamás los hubiera convertido en ovejas. Y también podéis intentar mejorar al cuervo o al buitre durante tanto tiempo como os plazca, pero jamás podréis hacerlos palomas; es necesario que haya un cambio total de carácter. Así pues, decidme: ¿Es posible que un hombre que ha cantado las obscenas canciones de la embriaguez, que ha manchado su cuerpo con toda clase de impurezas y ha maldecido a Dios, pueda entonar Sus supremas alabanzas en el cielo como aquel que ha amado los caminos de pureza y la comunión con Cristo? No, nunca; a menos que su naturaleza haya sido totalmente cambiada. Porque si su condición sigue siendo la misma, la mejoréis cuanto la mejoréis, nunca lograréis nada. Mientras el corazón sea lo que es, nunca podréis hacerle sentir los goces celestiales de la naturaleza espiritual de los hijos de Dios. Por consiguiente, hermanos, es ciertamente necesario que una nueva naturaleza nos sea impartida.

Una consideración más, y habré terminado con este punto. Dios aborrece la naturaleza depravada, y por lo tanto ésta debe ser apartada antes de que podamos ser aceptados por El. Dios no odia nuestro pecado tanto como nuestra pecaminosidad. No la abundancia del manantial, sino la fuente en sí misma; no la flecha que sale del arco de nuestra depravación, sino el brazo que levanta el arco de pecado, y el motivo que lanza los dardos contra Dios. El Señor está enojado, no solamente contra nuestros hechos manifiestos, sino contra la naturaleza que los impulsa. Dios no es tan miope que sólo mire a la superficie, sino que mira a la misma fuente y origen. Él dice: “En vano será que hagáis el fruto bueno si el árbol es malo. En vano tratáis de endulzar el agua si la fuente está corrompida”. Dios está airado contra el corazón del hombre; siente aborrecimiento hacia su naturaleza depravada, y Él la quitará y la abstergará totalmente antes de admitir al hombre en comunión con El y sobre todo en la dulce comunión del Paraíso. Existe, por tanto, la exigencia de una nueva naturaleza que nosotros debemos poseer, o de otro modo, jamás veremos Su rostro con favor.

II. Y ahora, me ocuparé con gozo en mostraros muy brevemente, en segundo lugar, LA NATURALEZA DE ESTE GRAN CAMBIO QUE EL ESPÍRITU SANTO OBRA EN NOSOTROS.

Y antes de continuar, os haré notar que esta obra es *divina* desde el principio hasta el fin. El dar al hombre un corazón nuevo y un espíritu nuevo, es algo que a Dios corresponde, y sólo a Dios. El arminianismo se viene abajo cuando llegamos a este punto. Nada cuadra aquí mejor que aquella verdad pasada de moda que los hombres llaman calvinismo. “*La salvación es solamente el Señor.*” Esta verdad soportará la prueba de los siglos, y permanecerá incommovible para siempre, porque es la verdad del Dios viviente. Todo el camino de la salvación tenemos que aprenderlo de ella, pero especialmente esta particular e indispensable parte de la salvación: la formación de un nuevo corazón en nosotros. Es necesario que sea la obra de Dios; el hombre puede reformarse por sí mismo, pero ¿cómo logrará hacerse con un nuevo corazón? No hace falta que me extienda mucho sobre este pensamiento, pues creo que comprenderéis en seguida que la misma naturaleza del cambio, y los términos en que se menciona aquí, la coloca sin lugar a dudas más allá de todo poder humano. ¿Cómo podrá el hombre hacerse un nuevo corazón, cuando éste, siendo el principio de toda vida, debe ejercer su acción antes de que nada sea hecho? Y siendo así, ¿cómo podrán los influjos de un corazón viejo sacar a la luz uno nuevo? ¿Podéis imaginar que un árbol, con sus entrañas podridas, pueda, por su propia energía vital, crearse a sí mismo un nuevo corazón? No podéis pensar tal cosa. Si el corazón fuese recto en su esencia, y los defectos radicarán simplemente en algunas ramas del árbol, mediante el poder vital de la sabia que corre por sus entrañas podría rectificar lo que estuviera mal. Sabemos que hay cierta clase de insectos que cuando pierden sus miembros, por la energía de vida que hay en ellos vuelven a reproducirlos. Pero arrancad la fuente de esta energía: el corazón; haced que el mal arraigue allí, y ¿qué poder

existe capaz de rectificarlo de forma alguna, si no es un poder externo de lo alto? Oh, amados, jamás ha habido nadie que anduviera ni siquiera el grosor de un cabello en el camino que conduce a un nuevo corazón. Es necesario que el hombre permanezca pasivo; más adelante será activo, mas cuando Dios pone una nueva vida en su alma, el hombre está inactivo, y, si hace algo, es ofrecer activa resistencia, hasta que Dios, dominando con su victoriosa gracia, ejerce su señorío sobre la voluntad de la persona.

También es un cambio de gracia. Cuando Dios pone un corazón nuevo en el hombre, no es porque éste lo merezca, ya que no hay nada bueno en su naturaleza que pueda haber movido a Dios a darle un nuevo espíritu. El Señor da al hombre un nuevo corazón simplemente porque así lo desea; ésta es la única razón. “Pero”, decís, “¿y si alguien se lo pide?” Sabed que nadie clamará pidiendo un corazón nuevo en tanto no lo tenga; ya que el anhelar tenerlo es señal de que ya se posee. Alguno dirá: “¿No debemos, pues, pedir un espíritu nuevo?” Sí, sé que ésa es vuestra obligación, como también sé que nunca lo pediréis. Sois instados a haceros un corazón nuevo, pero sé que nunca trataréis de hacerlo, hasta que Dios os mueva a ello. Tan pronto como manifestéis el deseo de buscarlo, es señal de que ya lo tenéis en su germen, pues no hubiera habido en vosotros ese indicio de oración si la semilla no hubiera sido antes sembrada.

“Pero”, argüirá algún otro, “supongamos que haya alguien que no tenga ese nuevo corazón, y sin embargo ansíe tenerlo, ¿lo tendría?” Tú, que así me hablas, no debieras suponer cosas imposibles; mientras el corazón del hombre sea depravado y vil, nunca tendrá tal deseo, y es lógico, pues, que yo no pueda responder a una pregunta sobre algo que nunca ocurrirá; es imposible contestar a meras suposiciones, y si tú mismo te pones ante el dilema, procura también tú mismo salirte de él. La realidad es que nadie ha buscado, ni buscará jamás un nuevo corazón y un espíritu recto, si la gracia de Dios no ha comenzado previamente la obra. Si hay aquí algún cristiano que en su andar con Dios haya sido el quien diera el primer paso, que lo diga a los cuatro vientos; oigamos, aunque sólo sea por una vez, que ha habido alguien que se anticipó a su Hacedor. Pero yo no he conocido nunca un caso parecido; todo cristiano declara que Dios comenzó la obra, y su corazón con gozo canta:

«Fue el mismo amor que preparó el celestial festín
 Quien dulcemente me tomó y me obligó a entrar;
 Pues de otra forma, yo jamás hubiese ido hasta allí,
 Y en mi pecado y corrupción habría muerto ya.

Es un cambio por gracia, libremente concedido, sin ningún mérito por parte de la criatura, sin ningún deseo o buena voluntad que lo precedan. Dios lo obra por su propio beneplácito, y no por la voluntad del hombre.

Es, además, un esfuerzo *victorioso* de la gracia divina. Cuando Dios comienza la obra de cambiar el corazón, encuentra plena aversión a que tal cambio se realice. El hombre, por naturaleza, se resiste y lucha contra Dios en su oposición a ser salvo. Yo mismo he de confesar que, si por mi deseo hubiera sido, jamás hubiese sido salvado. Durante tanto tiempo como pude me rebelé y sublevé y peleé contra Dios. Cuando Él quería que yo orara, o que escuchara la palabra de sus ministros, yo no lo hacía. Y cuando esto ocurría, y las lágrimas rodaban por mis mejillas, me las secaba y me resistía a que ablandara mi corazón, distrayéndole con placeres pecaminosos cuando era enternecido. Y cuando no era de esta forma, trataba de defenderme con mi propia justicia, y no hubiera sido salvado si el soplo eficaz de su gracia no me hubiese acosado, venciendo toda oposición con su esfuerzo irresistible. Él conquistó mi depravada voluntad, haciéndome inclinar ante el cetro de su gracia. Y así ocurre en todos los casos. El hombre se subleva contra su Hacedor y Salvador; pero cuando Dios determina salvarlo, lo salva. Dios se posesionará del pecador, si así lo decide. Ni uno solo de Sus propósitos ha sido frustrado jamás. El hombre se resiste con toda su fuerza, pero todo su poder, tan tremendo como es para el pecado, no tiene punto de comparación con la virtud majestuosa del Altísimo cuando cabalga en Su

carroza de salvación. Él salva irresistiblemente, y, victoriosamente, conquista el corazón del hombre.

Este cambio es, además, un cambio instantáneo. La santificación del hombre es obra de toda una vida; pero el dotarlo de un corazón nuevo es cuestión de un instante. En un segundo, más veloz que la luz del rayo, Dios pone en el hombre un nuevo corazón, haciéndolo nueva criatura en Cristo Jesús. Tú puedes estar ahí, sentado en tu banco, como enemigo de Dios, con un corazón impío, duro como una piedra, muerto y frío; pero si el Señor lo quiere, el fuego de vida prenderá en tu alma, y en ese momento comenzarás a temblar y te invadirá el sentimiento; confesarás tu pecado, y acudirás presuroso a Cristo en pos de misericordia. Las otras partes de la salvación se desarrollan gradualmente; pero la regeneración es la obra instantánea de la gracia soberana, eficaz e irresistible de Dios.

III. En este punto que vamos a tratar ahora tenemos amplia base de esperanza y ánimo, aún para los más viles de los pecadores. Queridos oyentes, permitidme que con todo afecto me dirija a vosotros, abriéndoo mi corazón por unos momentos. Muchos de los que aquí estáis buscáis misericordia; durante muchos días habéis estado orando en secreto, hasta que vuestras rodillas os han dolido por la frecuencia de la intercesión. Habéis clamado a Dios diciendo: “Crea en mí un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí”. Consolaos, amigos míos, sabiendo que vuestra oración ha sido ya escuchada. Ya tenéis ese corazón nuevo y ese espíritu recto. Quizá no podáis daros cuenta durante los próximos meses de la verdad de esta declaración; por tanto, continuad orando hasta que Dios quiera abrir vuestros ojos, para que veáis cómo vuestras plegarias han sido contestadas; pero, aunque ahora no lo veáis, estad seguros de que ya lo han sido. Si odiáis el pecado, eso no es de la naturaleza humana; si anheláis ser amigos de Dios, si deseáis ser salvos por Cristo, si deseáis, sin condición alguna por vuestra parte, que Él os tome para ser suyos, para preservaros y guardaros en la vida y en la muerte, si queréis vivir para Él, y, si fuera necesario, morir por su honor, todo esto no procede de la naturaleza humana, sino que es la maravillosa obra de la gracia divina. Ya hay algo bueno en vosotros; el Señor ha comenzado su buena obra en vuestro corazón, y Él la perfeccionará hasta el fin. Todos estos deseos y anhelos son algo que vosotros jamás podríais haber sentido por vosotros mismos. Dios os ha ayudado a subir esta divina escalera de la gracia, y tan cierto como que Él ha hecho que muchos peldaños quedaran atrás, Él os llevará hasta la misma cima, para tomaros en los brazos de su amor en gloria eterna.

Hay otros muchos aquí que no han tenido esta experiencia, sino que han caído en la desesperación. El diablo os ha dicho que no podéis ser salvos, que sois demasiado culpables, demasiado viles. Cualquier otra persona en este mundo podría encontrar misericordia, pero no vosotros, porque no merecéis la salvación. Óyeme, pues, querido amigo, si éste es tu caso. ¿Es que no he tratado, en este culto de hoy, de dejar más claro que la luz del sol que Dios nunca salva al hombre por lo que éste sea, y que no comienza ni perfecciona su obra en nosotros por lo que tengamos de bueno? El más grande de los pecadores puede ser tan merecedor de ser elegido como el menor de ellos. Aquel que ha sido el primero de los criminales, vuelvo a insistir, es tan digno de ser escogido por la soberana gracia de Dios, como el que ha sido un dechado de moralidad. Porque Dios no requiere nada de nosotros. No le ocurre lo que al labrador, que rehuye el arar todo el día sobre las rocas, y echa su yunta por el terreno blando, buscando la fértil tierra donde comenzar su tarea. No, Dios no necesita nada de esto. Él obrará en terreno rocoso, y trabajará laboriosamente vuestros duros corazones hasta convertirlos en rico y negro limo de afligido arrepentimiento, y entonces sembrará en él la semilla de vida, hasta que dé fruto centuplicado. No, no necesita nada de vosotros. Él puede hacerlo contigo, ladrón, borracho, prostituta, o cualquier cosa que seas; Él puede hacerte caer de rodillas clamando misericordia, llevarte a vivir una vida santa y guardarte hasta el fin. “¡Oh”, dirá alguno, “yo deseo que Él lo haga conmigo, pues.” Bien, alma que así hablas, si es sincero lo que dices, *El quiere*. Si tú lo deseas, hoy serás salvado. Jamás hubo un Dios no dispuesto para un pecador bien dispuesto. Pecador, si tu quieres ser salvo, Él no quiere la muerte de nadie, sino que todos vengan al arrepentimiento; y tu eres

libremente invitado esta mañana a volver tus ojos a la cruz de Cristo. Él ha soportado los pecados de los hombres y ha llevado sus aflicciones; a ti se te ofrece el mirar allí y el confiar ciega y simplemente. Ahora pues, eres salvo. Ese deseo tuyo, si es sincero, muestra que Dios ya ha comenzado a regenerarte en esperanza viva. Si ese sincero anhelo permanece, será la señal evidente de que el Señor te ha traído a Él, y de que tú eres y serás suyo.

Y ahora, todos vosotros, los que no sois convertidos, pensad en que esta mañana estamos todos en las manos de Dios. Merecemos la condenación, y *si* Él nos condena, no habrá ni una sola palabra que pueda alzarse contra tal decisión. Nosotros no podemos salvarnos a nosotros mismos, estamos completamente en sus manos; Él puede aplastarnos bajo su dedo, como a una mariposa, si le place, o darnos la libertad y salvarnos. ¡Cuáles no debieran ser nuestros pensamientos, si pensáramos detenidamente en esto! Debiéramos caer sobre nuestro rostro cuando lleguemos a casa, y clamar: “¡Gran Dios, sálvame a mí, pecador!; Sálvame! Renuncio a todos mis méritos, porque no son ninguno; merezco la perdición; Señor, sálvame, por Cristo Jesús”; y vive el Señor mi Dios, en cuya presencia estoy, que no habrá ninguno de vosotros que así haga, a quien mi Dios le cierre las puertas de la misericordia. “¡Ve y Pruébalo, pecador!, ¡ve y Pruébalo! Arrodíllate en tu habitación hoy, y prueba a mi Maestro. Comprueba si no quiere perdonarte. Tú piensas muy duramente de Él. Es mucho más amoroso de lo que tú te imaginas. Crees que es un amo duro, pero no es así. Yo también pensaba, como Tú, que era severo y colérico, y cuando le busqué, me dije: “Aunque acepta a todo el mundo a su lado, seguramente a mí me rechazará”. Pero yo sé cómo me estrechó contra su pecho; y cuando creí que me despreciaría para siempre Él dijo: “Yo deshice como a una nube tus rebeliones, y como a niebla tus pecados”; entonces me maravillé, al igual que me maravillo ahora. Y a ti te ocurrirá lo mismo. Sólo te suplico que lo pruebes. El Señor te ayude a ello, y a Él sea la gloria, y a ti la felicidad y la bienaventuranza, por los siglos de los siglos.

XXII. UN PUEBLO VOLUNTARIO Y UN CAUDILLO INMUTABLE

«Tu pueblo serálo de buena voluntad en el día
de tu poder, en la hermosura de la santidad (1)
desde el seno de la aurora: tienes tu el rocío
de tu juventud» (Salmo 110:3).

Jamás un versículo de las Escrituras me ha confundido tanto como éste para encontrarle significado y relación. Al leerlo rápidamente, a primera vista, puede parecer muy fácil; pero si se escudriña cuidadosamente se encuentra dificultad para ensartar las palabras o darles un significado inteligible. He tomado en consideración a todos los comentaristas que conozco, y he encontrado que todos ellos dan algún significado de las palabras; pero ni uno de ellos -ni siquiera el doctor Gill- da un significado coherente a la totalidad de la frase. Después de mirar las antiguas traducciones y emplear todos los medios a mi alcance para descubrir el significado, me encontré tan lejos de una solución como cuando empecé. Matthew Henry, uno de los más sabios comentaristas, sin duda el mejor para la lectura familiar, sin pretender que su traducción sea la correcta, expone el pasaje como sigue: "Tu pueblo vendrá voluntariamente en el día de tu poder en la hermosura de la santidad. En el seno de la aurora tienes tú el rocío de tu juventud", queriendo decir, con referencia a la última frase del versículo, que desde los primeros días de su vida, desde el seno de la aurora, los jóvenes se entregarán a Cristo Jesús. Pero yo no creo que sea eso precisamente, ya que hay dos puntos detrás de la palabra "aurora", que dividen la frase.

(1) Para la mejor comprensión del sermón, es necesario seguir aquí la puntuación de la versión inglesa utilizada por Spurgeon (King James); en el texto del versículo seguimos la versión Reina-Valera (Nota del Editor).

Además, no dice: "El pueblo se te ofrecerá voluntariamente; tú tienes el rocío de *su juventud*", como sería según lo entiende el comentarista; sino que dice de Cristo: "Tienes tú el rocío de *tu juventud*". Hasta que miramos completa y detenidamente toda la armonía del texto, o intentamos comprender la finalidad del salmo, no pensamos que habíamos encontrado su significado; y, aún ahora, lo dejaremos a vuestro juicio para que decidáis si hemos conseguido o no obtener la mente del Espíritu, como creemos.

Este salmo es una especie de cántico de coronación. Cristo es invitado a tomar posesión de su trono: "Siéntate a mi diestra". El cetro es colocado en su mano. "La vara enviará Jehová desde Sión." Y entonces aparece la pregunta: ¿dónde está su pueblo? Porque un rey no será tal sin súbditos. El título más alto de la dignidad real no es sino vaciedad si carece de súbditos que sean su complemento. ¿Dónde, pues, encontrará Cristo aquellos que serán la plenitud del que es el todo en todos? Nuestra gran ansiedad no es por saber si Cristo es rey o no -ya que sabemos que lo es, y Señor de la creación y de la providencia-. Nuestra ansiedad es por sus súbditos. Frecuentemente nos preguntamos: ¡Oh, Señor!, ¿dónde encontraremos tus súbditos? Cuando hemos predicado a corazones endurecidos y profetizado a huesos secos, nuestra incredulidad dice a veces: ¿Dónde encontraremos gentes que sean los súbditos de su imperio? Todos nuestros temores se alejan con este pasaje: "Tu pueblo serálo de buena voluntad en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad desde el seno de la aurora", y por la promesa de: "Tienes tú el rocío de tu juventud". Estos pensamientos están aquí para aliviar la ansiedad de los creyentes, y para hacerles ver cómo Cristo será efectivamente rey y nunca le faltarán multitudes de súbditos.

Encontramos en este texto dos promesas; *una referente a su pueblo, y la otra al mismo Cristo*: de que siempre será un Cristo fuerte, lozano, joven y poderoso.

I. Primeramente consideraremos LA PROMESA QUE AFECTA AL PUEBLO DE CRISTO. “Tu pueblo serálo de buena voluntad en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad desde el seno de la aurora.” He aquí una promesa de tiempo: “en el día de tu poder”. Una promesa de *gente*: “tu pueblo.” Una promesa de *disposición*: “tu pueblo serálo de buena voluntad”. Una promesa de carácter: “tu pueblo serálo de buena voluntad en la hermosura de la santidad”. Y, finalmente, una *figura majestuosa*, que enseña la forma en que serán realizadas todas estas cosas. Por medio de una metáfora muy audaz, se dice que su pueblo vendrá tan misteriosamente como las gotas del rocío desde el seno de la aurora. No sabemos cómo, pero serán traídos por Dios. “Tu pueblo será lo de buena voluntad en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad.” Y vendrán en el seno de la aurora.

1. En primer lugar, consideremos la promesa de tiempo. Cristo no va reuniendo su pueblo todos los días en general, sino en un día en particular, el día de *su* poder. No es el día en que el hombre se sienta más poderoso y capaz cuando las almas serán reunidas; porque ¡ay!, los siervos de Dios predicán a veces hasta que su propia complacencia les dice que han estado elocuentísimos y poderosos, y que por sus palabras los hombres serán salvos; pero no hay ninguna promesa de que veamos a los hombres reunidos en Cristo en el día de *nuestro* poder. También hay veces en que la gente parece mostrar gran empeño en buscar a Dios y gran interés por escuchar; pero tampoco existe ninguna promesa de que simplemente cuando haya más o menos excitación, cuando parezca que hay poder en la criatura, vaya a ser el día de la cosecha del Señor. Será “en el día de *Su* poder”, no del poder del ministro o de los oyentes. El día del poder de Dios, ¿cuándo será? Creemos que cuando *el Señor derrame su propio poder sobre el ministro* de forma tal, que los hijos de Dios sean reunidos por su predicación.

Hay veces, amados, en que el siervo ordenado del Dios viviente no tiene que hacer esfuerzo alguno en su predicación, sino solamente abrir la boca y dejar que fluyan las palabras. Apenas tiene que pensar, porque las ideas son inyectadas en su mente, y mientras predica siente que hay un poder que acompaña a sus palabras; también lo perciben sus oyentes. Algunos de ellos se sienten como si estuvieran puestos bajo una maza que golpeará sus corazones. Otros notan como si la verdad penetrara en sus almas y matara toda su incredulidad de forma tal, que no pueden resistir el bendito poder. Los hijos de Dios encontrarán irresistibles el poder y el influjo que acompañan a las palabras. Ya han oído otras veces al mismo ministro; les gustaba y sabían que habían sido edificados y sacado provecho, pero ese día fueron heridos en lo más íntimo de su ser; cada palabra cayó en buena tierra; cada golpe dio en el blanco; ni una flecha disparada dejó de dar en el centro del alma, y ni una sola sílaba fue pronunciada sin que fuera como la misma palabra de Jehová hablando desde el Sinaí o desde el Calvario. ¿No habéis conocido nunca tales momentos? ¿No los habéis sentido cuando estabais de pie o sentados en la casa de Dios? ¡Ah!, esos son los momentos en que Dios, por manifestación de sí mismo, se ha placido en iluminar a sus hijos, reunir a su pueblo y hacer obedientes a los pobres pecadores. También hay un día particular de poder *en el corazón de cada pecador*; porque, desgraciadamente, el día general de poder que tiene lugar en nuestra congregación, excluye a muchos -muchos por los cuales tenemos que llorar-. Mientras centenares derraman lágrimas de arrepentimiento, otros tantos permanecen estólidos e inmovibles. Mientras que algunos corazones saltan de alegría, otros permanecen encadenados en la ignorancia y sumidos en el sueño de la muerte. Mientras Dios derrama su Espíritu y algunos corazones están llenos hasta el borde a punto de rebosar, otros están secos sin una gota del rocío celestial. Pero el día del poder de Dios es un día de poder personal en nuestras almas, como aquel de Zaqueo, cuando el Señor le dijo: “Date prisa y desciende”. No es un día de argumentos humanos, sino de poder omnipotente; Dios obrando en los corazones. Tampoco es un día de iluminación intelectual, ni meramente de instrucción; sino un día en que Dios penetra en el corazón y con mano poderosa arrebató la voluntad y la convierte según Sus deseos, haciendo que el juicio juzgue rectamente y la imaginación piense como es debido, y guiando toda el alma hacia El. ¿No habéis pensado nunca que poder es el que Dios ejerce individualmente en cada corazón? No hay poder como éste. Si un hombre ordenara a las poderosas cataratas que se congelaran y

formasen montones de agua inmóvil, y fuera obedecido por ellas, su milagro no sería ni la mitad de poderoso que el que hace Dios en el corazón cuando manda que se detenga el flujo del pecado. Y si yo ordenara al Etna, con todo su humo y sus llamas, que cesara su ebullición y fuese obedecido al instante, no habría hecho una acción tan poderosa como la que realiza Dios cuando habla a los espíritus hirvientes, que arrojan humo y fuego, instándoles a la quietud. El sempiterno Dios manifiesta más poder cuando convierte a un pecador de sus caminos de perdición, que en la creación de un mundo o en la sustentación de un universo. En el día del poder de Dios su pueblo será obediente. Amados, también nosotros esperamos *un día de poder en el reinado de Cristo Jesús en los días venideros*. Yo lo entiendo como que vendrá un tiempo en que los más débiles de nosotros seremos como David, y David como el ángel del Señor. Se acerca la hora cuando cada pobre e ignorante ministro predicará con poder, y cuando cada hijo de Dios será lleno del conocimiento de Dios. Esperamos un día feliz en que” Cristo vendrá y hará que el conocimiento del Señor se extienda tan rápidamente que cubra la tierra como las aguas cubren la mar. A veces nos consolamos con este argumento: bien, si ahora trabajamos en vano y gastamos nuestras fuerzas en balde, no será así siempre; llegará un día en que el viento renovador del Espíritu henchirá las velas de la Iglesia y la hará marchar velozmente hacia adelante; en que la débil mano del ministro será tan poderosa como la de los más audaces guerreros cristianos que jamás empuñarán la espada del Espíritu; en que cada palabra de Cristo será como ungüento que, derramado, extenderá su perfume sobre un mundo de pecado; en que no se predicará ningún sermón sin efecto; en que, como la lluvia y la nieve bajan del cielo, no solamente no volverá vacío, sino que regará la tierra de tal forma que, cuando haya germinado y florecido, produzca fruto para la gloria de Dios: la destrucción de los ídolos y la extirpación de todas las falsas religiones. ¡Día feliz aquel día de poder! Cristianos, ¿por qué no oráis por él?; ¿por qué no pedís a Dios que dé poder a su pueblo y que Cristo pueda venir pronto y lo encuentre obediente?

Existe, no obstante, otra traducción de estas palabras. Calvino las tradujo como: “En el tiempo de la reunión de sus ejércitos”, “au jour des montres”, “en el día de la parada”. A veces os decís: “¡Oh!, si hubiera de ocurrir una gran contienda, ¿dónde se encontrarían los hombres para luchar por Cristo?” Hemos oído decir a creyentes pusilánimes: “Temo que si se alzara la persecución encontraríamos muy pocos valientes para defender la verdad; pocos ministros saldrían audazmente a sostener el Evangelio de Cristo”. ¡Nada de eso, hermanos! El pueblo de Cristo estará presto en el día de los ejércitos de Dios. Nunca tuvo el Señor batalla donde tuviera que decir: “No tengo soldados en reserva”. Ni tuvo ardua campana en la cual sus ejércitos fueran insuficientes. Una vez el profeta dijo: “Después alcé mis ojos, y mire, y he aquí cuatro cuernos. Y dije al ángel que hablaba conmigo: ¿Qué son éstos? Y respondiome: Estos son los cuernos que aventaron a Judá, a Israel y a Jerusalén. Mostróme luego Jehová cuatro carpinteros. Y yo dije: ¿Qué vienen éstos a hacer? Y respondiome, diciendo: Éstos son los cuernos que aventaron a Judá, tanto que ninguno alzó su cabeza; mas éstos han venido para hacerlos temblar, para derribar los cuernos de las gentes que alzaron el cuerno sobre la tierra de Judá para aventaría” (Zacarías 1:18-21). Dios tenía suficientes hombres para cortar los cuernos, y para construir su casa había cuatro; y disponía justamente de la clase de hombres que necesitaba para realizar su obra, porque “los carpinteros” estaban preparados. Siempre que se aproxime una contienda, Dios encontrará sus hombres. Siempre que haya que comenzar una batalla, Dios encontrará los hombres valientes que defiendan la verdad. No temáis nunca que el Señor no cuide de su Iglesia. “Tu pueblo serálo de buena voluntad en el día de la batalla del Señor.” ¿Has emprendido alguna noble empresa? Tal vez digas: “He aquí un gran intento para evangelizar el mundo; pero, ¿dónde encontraré quien vaya?” La respuesta es: “El pueblo de Dios serálo de buena voluntad en el día de sus ejércitos”. Algunos maestros de escuela dominical se quejan de que en sus iglesias no pueden encontrar los necesarios para recorrer el distrito. ¿Por qué no? Porque no tienen suficiente gente de Dios, pues la gente de Dios serálo de buena voluntad en el día de sus ejércitos. Nos quejamos de que no hay ministros que evangelicen; ¿por qué no? Porque no están completamente imbuidos en el Espíritu del Maestro, pues su pueblo serálo de buena voluntad en el día de los ejércitos de Dios, cuando sean requeridos. Siempre tienen un corazón dispuesto, presto para la batalla, y no dirán: “Debo

consultar a carne o sangre”. No, éste es su estandarte: ¡Adelante, soldados de Dios!; y entrados en batalla, dicen: “¡Sacad las espadas!” Están en todo momento preparados para luchar. Siempre están listos en el día de los ejércitos de Dios. Amados míos, no temáis la contienda; no os arrearéis ante ninguna empresa; no penséis que el oro o la plata se apartarán de nosotros, porque: “Mía es la plata y mío el oro”, “y los millares de animales en los collados”. No esperéis el fracaso en ningún intento por grande que éste sea. El pueblo de Dios avanzará voluntario cuando sea requerida su ayuda. Creemos firmemente en esta verdad; pero debemos esperar el día de Dios; es necesario que oremos para que llegue; debemos aguardarlo esperanzados; debemos trabajar para que venga, y cuando llegue, Dios encontrará a su pueblo bien dispuesto, como debe ser.

2. Nos encontramos también ante la promesa de *un pueblo*: “*Tu pueblo* serálo de buena voluntad en el día de tu poder”, y nadie más. La promesa es que Cristo siempre tendrá un pueblo. Aun en las épocas más oscuras de la historia Él ha tenido una Iglesia; y si vienen tiempos aún más oscuros, continuará teniendo su Iglesia. ¡Oh, Elías!, que loca tu incredulidad, cuando dijiste: “Y yo solo he quedado, y me buscan para quitarme la vida”. No, Elías, en aquellas cuevas tenía Dios sus profetas escondidos en cincuentenas. Tú también, pobre cristiano incrédulo, has dicho alguna vez: “Me han dejado solo, completamente solo”. ¡Oh!, si tuvieras ojos para ver, si pudieras viajar un poco, tu corazón se alegraría al comprobar que Dios no carece de pueblo. Consuela mi corazón el ver cómo Dios tiene familia en todas partes. A cualquier sitio que vayamos encontraremos verdaderos corazones ardientes, hombres llenos de oración. Bendigo a Dios, porque puedo decir de su Iglesia que, donde quiera que estuve, aunque no son muchos, hay algunos que gimen y suspiran por las penas de Israel. En cada iglesia hay grupos escogidos, hombres fervorosos que esperan y están preparados para recibir a su Maestro, y claman a Dios para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio. No estéis demasiado tristes; Dios tiene un pueblo que es obediente ahora; y cuando venga el día de Su poder no hay temor de que no encuentre a los suyos. La religión puede estar en un período decadente, pero nunca estará tan baja la “marea de esta decadencia que el barco de Dios encalle; puede haber decrecido mucho, pero el Maligno nunca podrá atravesar en seco el foso del castillo de la Iglesia de Cristo: siempre encontrará abundante agua en él; Dios, danos gracia para buscar a tu pueblo y para creer que lo hay en todas partes, porque la promesa es: “Tu pueblo serálo de buena voluntad en el día de tu poder”.

3. Consideraremos a continuación la *disposición*. El pueblo de Dios es un pueblo dispuesto. Adam Clarke dice: “Este versículo ha sido tristemente adulterado. Se ha creído que indica la irresistible acción de la gracia de Dios sobre el alma de los elegidos, haciéndolos, de esta forma, dispuestos a recibir a Cristo como su Salvador”. Doctrina que él descarta plenamente. Pues bien, mi querido Adam Clarke, le agradecemos mucho su observación; pero tenemos que decirle, al mismo tiempo, que el texto no ha sido “tristemente adulterado”. Creemos que ha sido usado con mucha propiedad para demostrar que Dios predispone al hombre. Porque si leemos la Biblia correctamente, comprenderemos que los hombres, por naturaleza, no son dóciles. Le remitimos a un texto al que usted es muy aficionado, y el cual no pensamos que sea suyo, que dice así: “Y no queréis venir a mí para que tengáis vida”. También hay otro pasaje que nos gustaría recordarle a usted y a sus hermanos, que dice: “Ninguno puede venir a mí si el Padre que me envió no le trajere”. Si tiene en cuenta *este detalle*, creemos que, aunque el texto no dice nada de ella, debiera usted tener al menos alguna consideración por esta doctrina. Leemos que el pueblo de Dios serálo de buena voluntad en el día de Su poder; y si leemos como lo haría cualquier persona que hablara nuestra lengua, vemos la promesa de que Dios hará un pueblo que será voluntario en el día de Su poder; y por el hecho de que ningún hombre es sumiso por naturaleza, se infiere del texto que ha de haber una obra de gracia que predisponga a los hombres para el día del poder de Dios. No sabemos si usted considera esto razonar con lógica o no; pero nosotros creemos que sí. Se nos ha acusado de no ser lógicos, y la verdad es que no nos sentimos muy apenados por ello, porque preferimos poseer lo que los hombres llaman dogmatismo, que lógica. A Cristo le toca probarlo y a nosotros predicar. Dejemos los argumentos para Él; nosotros nos limitaremos a afirmar lo que

vemos en la Palabra de Dios. El pueblo de Dios ha de ser obediente, y podemos distinguir quienes son Sus hijos por el hecho de su disposición. Os predico miles de veces a muchos de vosotros. Os hablo del infierno y os insto a huir de él. Os hablo de Cristo y os ruego que vayáis a Él; pero no estáis dispuestos a hacerlo. ¿Qué puedo deducir de ello? O bien que el día del poder de Dios no ha llegado aún, o que vosotros no sois su pueblo. Cuando se predica con poder y la Palabra se ministra con unción, si os veo inmóviles, irresolutos y mal dispuestos a entregaros a Cristo, ¿qué debo pensar? Me temo que ese no sea el pueblo de Dios; porque el pueblo de Dios estará dispuesto en el día de Su poder, y sumiso para someterse a la gracia soberana, para ponerse en las manos del Mediador y para abrazarse a la cruz buscando salvación. Y cuando esto ocurre, de nuevo me pregunto: ¿qué los habrá hecho estar aparejados? ¿No habrá sido la gracia lo que les ha convertido la voluntad? Si la voluntad del hombre fuera completamente libre para hacer el bien o el mal, os conjuro, amigos míos, a que contestéis a esto: ¿Por qué no os convertís a Dios en este mismo momento, sin asistencia divina? Os lo diré: Porque no lo deseáis, y era necesaria una promesa para que el pueblo de Dios lo fuera de buena voluntad en el día de Su poder.

Creo que estas palabras se aplican no solamente a su deseo de ser salvos, sino también a su deseo de obrar después de haber sido salvados. ¿Habéis conocido a algún ministro que predicara el domingo y que en la reunión de oración del lunes pareciera como si le agradara más estar en casa? Y si había alguna conferencia el jueves, ¿No acudió el pobre hombre como si fuera a desempeñar algún duro deber? ¿Qué pensáis de él? No creeréis que es uno de los del pueblo de Dios, porque si lo fuera lo haría de buen grado. Hay quienes vienen a la casa de Dios como el negro al lugar de la flagelación; no les gusta, y están deseando que todo acabe para salir. Pero, del pueblo de Dios, decimos:

«A los atrios, con gozo desconocido
sube el pueblo bendecido».

Es un pueblo obediente. Hay una colecta porque la Iglesia de Dios requiere asistencia. Hay quien contribuye lo más exigüamente que puede, dentro del margen que le permite conservar su respetabilidad. El que así obra, no podemos creer que exhiba un espíritu cristiano, porque no hace las cosas con voluntad; mas los cristianos lo hacen todo de corazón, porque no les mueve una obligación, sino sólo la gracia. Estoy seguro que hacemos las cosas mucho mejor cuando las hacemos voluntariamente que por obligación. Dios se complace en los servicios de su pueblo, porque son hechos de voluntad. El voluntarismo es la esencia del Evangelio, y Dios se agrada de tener por servidores a los voluntariosos. Nunca tendría esclavos alrededor de su trono, sino hombres libres, que con gozo y alegría se le ofrezcan voluntariamente en el día de Su poder.

4. Casi no tenemos tiempo para discutir la totalidad del texto; pero, además de la disposición, notaremos brevemente el *carácter* del pueblo de Dios. “Tu pueblo serálo de buena voluntad en el día de tu poder.” “En la hermosura de la santidad.” Así es cómo serán revestidos; no solamente de santidad, sino de la hermosura de la santidad; porque la santidad tiene su hermosura, sus gemas y sus perlas; y ¿cuáles son éstas? Serán vestidos con la hermosura de la santidad de la justicia imputada y de la gracia impartida. El pueblo de Dios es, por sí mismo, deforme, y de ahí que toda su belleza haya de serle dada. El estandarte de la hermosura es la santidad. Si un ángel descendiera del cielo, y llevara a Dios la más hermosa criatura que pudiera encontrar, no escogería las rosas de la tierra, ni haría un ramillete de lirios, sino que llevaría al cielo el hermoso carácter de un hijo de Dios. Dondequiera que encontrara un héroe que se negase a sí mismo, donde hallara un cristiano desinteresado, un ardiente discípulo, el ángel se detendría a tomarlo, y llevándolo a la divina presencia, exclamaría: “Dios Todopoderoso, he aquí la hermosura; tómala, es tu hermosura”. Estamos acostumbrados a admirar la belleza de las esculturas y a exclamar: “Esto es bello”; pero la verdadera hermosura es la del cristiano; la hermosura de la santidad. ¡Oh!, vosotros, los jóvenes, los alegres, los engreídos; ¿por qué buscáis la belleza? ¿No sabéis que toda la de este mundo no os ha de servir de nada, porque al morir desaparecerá bajo el sudario?

«El tiempo robará de tu hermosura,
La muerte enterrará tu donosura.»

Mas si poseéis la hermosura de la santidad, ella irá en aumento, cada vez mayor y más preciosa. Entre los ángeles hermosos, vosotros, tan hermosos como ellos, permaneceréis revestidos de la justicia de vuestro Salvador. “Tu pueblo serálo de buena voluntad” para marchar hacia adelante; pueblo ideal: santo y adornado con la hermosura de la santidad.

5. Como último punto de esta consideración, hay una audaz metáfora que debemos explicar. El texto dice: “Tu pueblo serálo de buena voluntad en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad”. Esto es comprensible; pero, ¿qué quieren decir las palabras: “Desde el seno de la aurora”? El comentarista explica: “Desde los primeros días de su vida el pueblo de Dios se le ofrecerá voluntariamente.” Pero no, no es ese el sentido. Nos encontramos ante una figura atrevida e inteligente. Se nos pregunta la procedencia del pueblo, cómo y por qué medios serán traídos, y de que forma será hecho; y he aquí la respuesta simple: ¿No habéis visto las gotas de rocío brillando sobre la tierra? ¿No os habéis preguntado nunca su procedencia, cómo aparecen en infinito número, tan prodigiosamente esparcidas por doquier, tan puras y transparentes? La naturaleza nos dice al oído: “Vienen del seno de la aurora”. Así aparecerá el pueblo de Dios, tan silenciosa, divina y misteriosamente como si procediera “del seno de la aurora”, como las gotas del rocío. La filosofía ha tratado de descubrir el origen del rocío, y tal vez lo haya adivinado; pero para el oriental, uno de los enigmas más grandes era el de la localización del seno del rocío. ¿Quién es la madre de esas gotas perlinas? Así, de la misma manera, aparece el pueblo de Dios, *misteriosamente*. Alguno dirá al final de una predicación: “No había nada de particular en lo que dijo aquel hombre; creí que oiría a un gran orador. Como ha sido el medio de salvación de tantos miles, pensé que escucharía algo interesante y más elocuente; pero he oído a muchos predicadores mucho más inteligentes e intelectuales que él; y me pregunto: ¿cómo se convertirían esas almas?” Misteriosamente, porque procedían “del seno de la aurora”. Y de nuevo, las gotas de rocío, ¿quién las hizo? ¿Se yerguen los reyes y príncipes sosteniendo sus cetros y ruegan a las nubes que derramen lágrimas, o las aterran con el redoblar de los tambores para que lloren? ¿Van los ejércitos a la batalla para obligar al cielo a abandonar sus tesoros y desparramar sus diamantes pródigamente? No, Dios es el que habla; Él susurra al oído de la naturaleza, y ésta llora de gozo al saber que se acerca la alborada. Dios lo hace sin la intervención aparente de otros fenómenos: no hay truenos ni relámpagos. Dios lo ha hecho, y así es cómo salvara a su pueblo; vendrán “desde el seno de la aurora”, *divinamente* llamados, nacidos, bendecidos, numerados y esparcidos por toda la superficie del globo, enviados por Dios para ser el refrigerio del mundo, “desde el seno de la aurora”. Habréis observado cuán grande *multitud* de gotas de rocío aparecen con el alba, y probablemente os habréis preguntado De dónde viene tan grande muchedumbre?” La respuesta está en el seno de la naturaleza, capaz de diez mil nacimientos al mismo tiempo. Así, los hijos de Dios vendrán “desde el seno de la aurora”. Sin esfuerzo, sin angustia, sin gritos de dolor, ni agonía; todo es secreto. Nacerán en la frescura “del seno de la aurora”. La figura es tan bella que las palabras no pueden explicarla con propiedad. Sólo tenéis que salir al campo una mañana temprano, cuando el sol comienza a esparcir sus rayos por el cielo, y contemplarlo brillante con el manto del rocío. Preguntaos entonces: “¿De dónde viene todo esto?” “Desde el seno de la aurora”, es la respuesta. Así, cuando contemplamos la multitud de los salvos, que aparece tan misteriosa, suave, divina y numerosamente, sólo podemos compararla a las gotas del rocío de la mañana. Decid, ¿de dónde vienen estos?; y la respuesta es: Vienen “desde el seno de la aurora”.

II. Y ahora, la segunda parte del texto, la más dulce y a la que dedicaremos un poco de nuestro tiempo. Hemos visto la promesa hecha a Cristo con relación a su pueblo, y ella quita todos nuestros temores acerca de la Iglesia. Veamos, pues, la OTRA PROMESA QUE SE LE HIZO A CRISTO: “Tienes tu el rocío de tu juventud.” ¡Creyentes!, ¡ésta es la inagotable fuente de los éxitos del Evangelio! ¡Cristo tiene el rocío de su juventud! Jesucristo, *personalmente*, tiene el rocío de su juventud. Muchos caudillos han conducido sus tropas a la batalla en los días de su

juventud, y les han inspirado valor y coraje con la potencia de su voz y la fuerza de sus músculos; pero ahora, el viejo guerrero tiene los cabellos sembrados de canas, se torna decrepito y ya no puede conducir a sus hombres a la lid. No ocurre lo mismo con Jesucristo, porque Él tiene aún el rocío de su juventud. El mismo Cristo que en su juventud llevó sus tropas a la lucha, las sigue llevando ahora. El brazo que conmovió al pecador con su palabra, es el mismo de nuestros días; sigue siendo tan firme como antes. Los ojos que contemplaron con gozo a sus amigos, los mismos ojos que miraron a sus enemigos fija y severamente, son los que nos contemplan hoy a nosotros, claros y brillantes como los de Moisés. El tiene el rocío de su juventud. Cómo nos llena de gozo el pensar que el Cristo que era en su juventud “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos”, todopoderoso, es el mismo de nuestros días. No es un Cristo viejo ni gastado, sino que sigue siendo nuestro caudillo. Es tan joven como siempre, cubierto por el mismo rocío y la misma lozanía. Oímos decir de algún ministro: “En su juventud era muy ameno; pero ya se va haciendo viejo y empieza a hacerse pesado”. Pero no es así con Cristo, tiene siempre el rocío de su juventud. El que un día “hablara como jamás había hablado hombre alguno”, cuando vuelva a hablar lo hará como lo hizo antes. Él, personalmente, tiene el rocío de su juventud.

También *doctrinalmente* tiene Cristo el rocío de su juventud. Es normal que cuando una religión está en sus comienzos sea muy exuberante, para decaer más tarde. Contemplad la religión de Mahoma. Durante más de cien años amenazó con subvertir los reinos y trastornar el mundo entero; más, ¿dónde están las espadas que brillaron entonces?, ¿dónde están las manos que asolaron a sus enemigos? Su religión se ha convertido en algo viejo y gastado; nadie se preocupa de ella, y el turco, sentado en su diván con las piernas entrelazadas y fumando su pipa, es la mejor imagen de la religión de Mahoma: vieja, estéril y enfermiza. Pero la religión cristiana permanece tan lozana como cuando comenzara en su cuna de Jerusalén. Se conserva tan sana, tan vigorosa y poderosa como cuando Pablo la predicaba en Atenas o Pedro en Jerusalén. No es una religión vieja. Nada en ella ha envejecido, a pesar de los cientos de años que han pasado. ¡Cuántas religiones han perecido desde que comenzó la de Cristo! ¡Cuántas han nacido en una noche, como las setas! ¿No permanece la de Cristo tan nueva como siempre? Contestad vosotros, los que tenéis los cabellos de plata, los que conocisteis al Maestro en vuestra juventud, hallando sus doctrinas preciosas y dulces; ¿las encontráis inútiles ahora? ¿Creéis que Cristo no tiene ya el rocío de su juventud? No; todos podéis decir: “Dulce Jesús, el día que tome tu mano, el día de mis esponsales, te hallé hermoso- y como no eres como los amigos de la tierra, no te has hecho viejo y permaneces tan joven como siempre. Tu frente está tersa y sin arrugas; tus ojos limpios y sin sombra; tus cabellos, siempre negros y brillantes, no han emblanquecido con el tiempo. Eres inmutable e inalterable, a pesar de los años que hace que te conozco”. Ved, amados, el estímulo que es para nosotros, en la propagación del reino del Maestro, saber que no predicamos algo viejo y pasado de moda, sino una religión que conserva el rocío de su juventud. La misma que salvó a tres mil el día de Pentecostés puede salvar ahora otros tres mil. Predico viejas doctrinas, pero son tan nuevas como monedas recién salidas de la fundición celestial; la imagen y la inscripción permanecen igual de nítidos, y el metal tan reluciente y pulido como siempre. Tengo una espada antigua, pero que no está enmohecida. No hay en ella señal de flaqueza; aunque haya herido y cortado muchos Rahabs, sigue tan nueva como cuando fue forjada en el yunque de la sabiduría. El mismo vigor tiene el Evangelio ahora que cuando era un Evangelio joven. Como Pedro lo predicó un día, muchos Pedros lo predicán actualmente, y Dios los ungirá también. Igual que Pablo lo anunciaba, así otros Pablos lo anuncian hoy. Como Timoteo sostuvo la Palabra del Señor, igual la sostienen los Timoteos de nuestros días, y el mismo Espíritu Santo los acompaña. Me temo que los cristianos no crean en esto: que Cristo tiene el rocío de su juventud. Tienen la idea de que los tiempos de los grandes avivamientos pertenecen al pasado. Y los padres, preguntan, ¿dónde están? Y nos sentimos inclinados a gritar: “¡Carro de Israel y su gente de a caballo!” Nadie volverá a llevar el manto de Elías ni veremos nuevamente hechos prodigiosos. ¡Oh, incredulidad necia! Cristo tiene aún el rocío de su juventud. Tiene tanto Espíritu Santo como tenía entonces, porque lo posee sin medida; y aunque lo ha concedido a miríadas, continuará concediéndolo. Muchos se preguntarán: “¿Cómo es que la gente de nuestro tiempo empieza a

cansarse del Evangelio, si este tiene el rocío de su juventud?” Amados míos, porque el Evangelio no viene a ellos en forma de rocío. ¿No oímos frecuentemente la predicación de un evangelio totalmente seco y falto de médula, como huesos a los que se les hubiera extraído el tuétano? Esos huesos vacíos son muy apreciados por los teólogos filosóficos, que gustan de estudiar antigüedades y descubrir a que animal inmundo pertenecen; pero carecen de utilidad para los hijos de Dios, porque no hay en ellos alimento. Necesitamos un Evangelio ungido y con sabor; y cuando el pueblo de Dios lo posee nunca se cansa de él, porque encuentra en su contenido lozanía y rocío perdurable.

Ahora bien, si Cristo tiene el rocío de su juventud ¡cuán diligentemente debemos proclamar su Palabra nosotros, los que somos sus ministros! No hay nada como una fe firme para hacer a un hombre predicar poderosamente. Si yo creyera predicar un evangelio ruinoso y viejo no podría proclamarlo con celo; pero si creo que lo que anuncio es un Evangelio fuerte y saludable, cuyos cimientos no han sido conmovidos y cuyo poder es tan grande como siempre, ¡con cuánta fuerza lo predicaré! Gracias a Dios que hay unos cuantos corazones tan ardientes como siempre, unas cuantas almas tan firmes en la causa de su Maestro como fueron los apóstoles. Todavía hay unos cuantos hombres buenos y sinceros que se agrupan al pie de la cruz. Como los hombres de David en la cueva de Adulam, hay algunos hombres poderosos que se agrupan alrededor del estandarte. Él no se ha quedado sin testigos; tiene aún el rocío de la juventud, y ha de llegar el día en que aquellos que ahora se encuentran escondidos en la oscuridad, saldrán como el rocío antes del amanecer, reluciendo en cada arbusto y adornando cada árbol, iluminando cada ciudad, alentando los pastos, y haciendo cantar de alegría a las pequeñas colinas. Ve, cristiano, y pon esto en forma de oración. Ora a Cristo para que su pueblo lo sea de buena voluntad en el día de su poder, y que Él siempre conserve el rocío de su juventud.

«¡Oh, Príncipe!, cabalga triunfalmente
Y haz que el mundo a tus pies te sea obediente.»

¡Adelante, Señor! Prueba que eres el mismo de siempre, el Dios bendito, “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos”. ¡Levántate, cristiano!, ¡arriba!; ¡lucha por tu joven Monarca! ¡Adelante, guerreros! ¡Desenvainad vuestras espadas! ¡Combatid por vuestro Rey! ¡Adelante!, ¡adelante!; porque el viejo estandarte es un nuevo estandarte. Cristo continúa joven y lozano. ¡Dejad que os embargue el entusiasmo de vuestra juventud! Una vez más, alzaos vosotros, viejos cristianos, y haced que vuestros días de jóvenes vuelvan a la vida; porque si Cristo tiene el rocío de su juventud, conviene que le sirváis con juvenil vigor. ¡Levantaos! Despertad ahora de vuestro sueño; entregadle una nueva juventud, y esforzaos por ser tan ardientes y celosos por su causa, como si fuera el primer día que le conocisteis. ¡Quiera Dios hacer obedientes a muchos pecadores! ¡Quiera Él traer a muchos a sus pies!; porque Él ha prometido que ellos se le ofrecerán voluntariamente en el día de Su poder.

XXIII. LA FE

«Sin fe es imposible agradar a Dios» (Hebreos 11:6).

El Catecismo de la Asamblea de Westminster pregunta: ¿Cuál es el más alto e importante fin del hombre? A lo que se responde: “El fin más alto e importante del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre”. La respuesta es correctísima, pero hubiera sido igualmente exacta con menos palabras. El fin principal del hombre es “agradar a Dios”; porque haciéndolo así, no es necesario decirlo pues es un hecho evidente, se agradará a sí mismo. Creemos que la meta principal del hombre en esta vida, y en la venidera, es complacer a su Hacedor. Si alguno agrada a Dios hace lo que más conviene a su felicidad temporal y eterna. El hombre que agrada a Dios atrae sobre sí gran bienaventuranza, porque el complacerle es señal de que Él lo ha aceptado como hijo, le ha otorgado las bendiciones de la adopción, ha derramado sobre él las mercedes de Su gracia, lo ha santificado en esta vida y le ha asegurado una corona de eterna felicidad que brillará sobre sus sienes con resplandor inmarcesible cuando todas las diademas de las glorias terrenales se hayan deshecho. Mientras que, por el contrario, el que no agrada a Dios atrae sobre sí inevitablemente penas y sufrimientos en esta vida, mete gusanos y podredumbre en el corazón de todas sus alegrías, llena de espinas su almohada de muerte e incremento el fuego eterno con haces llameantes que lo consumirán para siempre. El que agrada a Dios corre, por la gracia divina, en pos del último galardón de todos aquellos que aman y temen al Señor; pero el que le desagrade, porque así lo dice la Escritura, será desterrado de la presencia del Todopoderoso y, por consiguiente, del goce de la felicidad. Así pues, tenemos razón al decir que complacer a Dios es ser feliz. La cuestión más importante es: ¿cómo puedo yo agradar a Dios?; y en el enunciado de nuestro texto encontramos esta solemne aseveración: “Sin fe es imposible agradar a Dios”. Es decir, haz cuanto quieras, esfuérzate con todo el ardor que te sea posible, vive tan intachablemente como te plazca, haz cuantos sacrificios quieras, distínguele cuanto puedas en todo lo honorable y de buen crédito, que ninguna de estas cosas puede agradar a Dios, si no va mezclada con fe. Como el Señor dijo a los judíos: “En toda ofrenda ofrecerás sal”, así también nos dice a nosotros: “Con todos tus hechos debes traer fe, porque de otro modo, sin fe es imposible agradar a Dios”.

Esta es una ley antigua, tan antigua como el primer hombre. Tan pronto como Caín y Abel vieron la luz del mundo y se hicieron mayores, les mostró Dios de una forma práctica esta ley de que “sin fe es imposible agradarle”. Un buen día, Caín y Abel erigieron dos altares el uno junto al otro. Caín trajo de los frutos de los árboles y de la abundancia de la tierra, y los colocó sobre su altar. Abel puso sobre el suyo de los primogénitos de su rebaño. Iba a decidirse cuál aceptaría Dios. Caín aportó lo mejor, pero lo hizo sin fe; Abel llevó su ofrenda con fe en Cristo; ahora pues, ¿cuál sería mejor recibido? Las ofrendas eran iguales en valor; en lo que a ellas concernía, ambas eran igualmente buenas. ¿Sobre cuál descendería el fuego celestial? ¿Cuál de las dos consumiría el Señor con el fuego de su complacencia? ¡Oh!, me parece ver cómo arde la ofrenda de Abel mientras se demuda el semblante de Caín, porque Dios miró propicio a Abel y a su sacrificio, no haciendo caso de Caín ni de su ofrenda. Y así será hasta que el último hombre sea congregado en el cielo. Nunca habrá una ofrenda aceptable si no ha sido sazónada con fe; porque aunque parezca buena, aparentemente tan buena como la que tiene fe, a menos que en realidad la tenga, Dios nunca podrá ni nunca querrá aceptarla, porque Él ha dicho que “sin fe es imposible agradar a Dios”.

Esta mañana procuraré condensar mis ideas y ser tan breve como me sea posible y me lo permita la explicación del tema. Primeramente, haré una *exposición* de lo que es la fe; en segundo lugar, haré el *razonamiento* de que sin fe es imposible ser salvo; y por último, haré una pregunta: ¿tienes tú la fe que agrada a Dios? Así pues, consideraremos una exposición, un razonamiento y una pregunta.

I.- Primeramente, LA EXPOSICIÓN: ¿Qué es la fe?

Los escritores antiguos, que son con mucho los más sensatos -pues habréis notado que los libros escritos hace aproximadamente doscientos años por los viejos puritanos dicen más en una línea que los modernos en una página, y más en una página que en un volumen de nuestra actual teología-; los escritores antiguos, pues, os dicen que la fe se compone de tres elementos: conocimiento, asentimiento, y lo que ellos llaman confianza o posesión de ese conocimiento al que hemos dado nuestro asentimiento haciéndolo nuestro al confiar en Él.

1. Comencemos, pues, por el principio. El primer elemento de la fe es el conocimiento. Nadie puede creer en lo que no conoce. Esto es un axioma de palmaria claridad. No puedo creer en algo que no conozco y de lo que no he oído hablar en mi vida. Y, no obstante, hay quienes tienen una fe como la de aquel carbonero, quien, cuando fue preguntado acerca de sus creencias, respondió: “Creo en lo que cree la Iglesia”. “Y ¿qué es lo que cree la Iglesia?” “La Iglesia cree lo que yo creo.” “Pero, ¿cuál es su creencia y la de la Iglesia?” “La misma, ambos creemos lo mismo.” Este hombre no creía nada, excepto que la Iglesia tenía razón, pero no podía decir en qué. De nada le sirve al hombre decir: “Soy creyente”, y no saber lo que cree; no obstante, conozco a algunos que adoptan esta postura. Su sangre se ha encendido por la predicación de un fogoso sermón; el ministro ha gritado: “¡Creed!, ¡creed!, ¡creed!”, y a la gente se le ha metido en la cabeza la idea de que son creyentes, y salen del culto diciendo: “Soy creyente”. Pero si alguien les preguntara: “¿Puede saberse qué es lo que cree?”, no sabrían dar razón de la esperanza que hay en ellos. Están convencidos de que, por el hecho de ir a la iglesia el domingo, reunirse con los de la congregación, cantar con ardor y usar un lenguaje rimbombante, serán salvos; pero no pueden decir qué es lo que creen. Ahora bien, yo sostengo que nadie tendrá fe cierta a menos que sepa lo que cree. Porque si dice: “Creo”, y no sabe que, ¿cómo puede llamar a eso verdadera fe? El apóstol dice: “¿Cómo creerán a aquel de quien no han oído?, ¿y cómo oirán sin haber quien les predique?, ¿y cómo predicarán si no fueren enviados?” Es necesario, pues, para que exista verdadera fe, que el hombre conozca algo de la Biblia. Creedme, es ésta una generación en la que la Biblia no es tan apreciada como antes.

Hace unos siglos el mundo estaba lleno de fanatismo, crueldad y superstición; pero ahora nuestra tendencia al extremismo nos ha llevado a la situación opuesta. Entonces se decía: “Sólo una fe es la verdadera; destruyamos las demás con la espada y el tormento”; y ahora se dice: “A pesar de las contradicciones que puedan haber entre nuestros credos, todos son verdaderos”. Hay quien dice: “Tal o cual doctrina no es necesario que se predique, y no hay por qué creerla”. Así pues, amigo, si no es necesario que sea predicada, tampoco es necesario que haya sido revelada. Y tú impugnas la sabiduría de Dios cuando dices que una doctrina es innecesaria, porque lo que vienes a decir es que Dios ha revelado algo que no hacía falta; y tan insensato hubiese sido si hubiera hablado de más, como si hubiese hablado de menos. Creemos que cada una de las doctrinas de la Palabra de Dios debe ser estudiada por los hombres, y que su fe debe descansar en la totalidad de las Sagradas Escrituras, y más especialmente sobre todas aquellas partes que conciernen a la persona de nuestro bendito Redentor. Es necesario que haya algo de conocimiento previo antes de que pueda haber fe. “Escudriñad las Escrituras”, pues, “porque a vosotros os parece que en ellas tenéis vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de Cristo”; y por el escudriñar y el leer viene el conocimiento, y por el conocimiento la fe, y por la fe la salvación.

2. Con todo, el hombre puede tener conocimiento de algo y no tener fe. Yo puedo tener noticia de una cosa y sin embargo no creerla. Por lo tanto, el asentimiento debe acompañar a la fe: es decir, debemos creer que lo que conocemos es con plena certidumbre la verdad de Dios. Así pues, con respecto a la fe, es necesario, no solamente que lea las Escrituras y las entienda, sino que las reciba en el alma como la perfecta verdad del Dios viviente, aceptando devotamente con todo mi corazón que todas ellas son inspiradas por el Altísimo, y que constituyen la doctrina que El quiere que yo crea para mi salvación. No os está permitido dividir las Escrituras y creer lo que os

plazca; no podéis creerlas a medias, porque si así lo hacéis conscientemente, no tenéis la fe que solo mira a Cristo. La verdadera fe da su pleno asentimiento a las Escrituras; cuando lee una de sus páginas dice: “Creo en ella cualquiera que fuere su contenido”; y conforme continúa leyendo confiesa: “Hay aquí algunas cosas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para perdición de sí mismos; mas por muy difíciles que sean, yo las creo”. La fe verdadera acepta la Trinidad; no puede comprender lo Trino en Uno, pero lo cree. Considera el sacrificio de la expiación; encuentra dificultad en su comprensión, pero cree en él; y vea lo que vea en la revelación, pondrá piadosamente sus labios sobre el libro y dirá: “Lo amo en toda su extensión; doy mi pleno, libre y sincero asentimiento a cada una de sus palabras, ya sea la amenaza o la promesa, el proverbio, el precepto o la bendición. Creo que, puesto que todo es Palabra de Dios, es certísimamente verdad”. Quienquiera que desee ser salvo deberá conocer las Escrituras, y otorgarles su pleno asentimiento.

3. Empero, alguno puede haber llegado hasta aquí y todavía no poseer verdadera fe; porque la parte más importante reside en el último elemento, es decir, en la confianza en la verdad; no simplemente en el creerla, sino en el posesionarnos de ella como algo nuestro, y en el descansar confiadamente en ella para salvación. Reposar en la verdad era la palabra que utilizaban los antiguos predicadores. Con ella querían indicar que debemos apoyarnos en la revelación diciendo: “Ésta es la verdad, en ella confío mi salvación”. Así, la verdadera fe es, en su esencia misma, un apoyarse en Cristo. No me salvará saber que Él es un Salvador, sino mi confianza en que es mi Salvador. No seré liberado de la ira al creer que su expiación es suficiente, sino que seré salvo al hacer de esta expiación mi confianza, mi refugio y mi todo. La substancia, la esencia de la fe radica en esto: en arrojarse en los brazos de la promesa. No salva al que se está ahogando el salvavidas que hay a bordo del barco, ni el creer que tal aparato es un invento afortunado y excelente. ¡No!, es necesario que lo tenga rodeando su cuerpo o entre sus manos; de otra forma, se hundirá. Utilicemos una vieja y repetida ilustración. Suponed que hay fuego en el último piso de una casa; la gente contempla la tragedia desde la calle. Hay un niño en la planta alta: ¿Cómo escapará? No puede saltar al vacío, pues sería morir estrellado. De pronto, aparece un hombre fornido que, colocándose bajo la ventana, le grita: “¡Déjate caer en mis brazos!” Una parte de la fe es el saber que aquel hombre está allí; otra, el creer en su fortaleza; pero la misma esencia de ella reside en el hecho de dejarse caer en sus brazos. Ésta es la prueba de la fe, su verdadera substancia y esencia. Así pues, pecador, has de saber que Cristo murió por el pecado, has de comprender que Cristo puede salvar, y has de creer en ello; pero, con todo, no eres salvo a menos que, además, confíes en que Él es tu Salvador, y que lo es eternamente. Como Hart dice en su himno -verdadera expresión del Evangelio-,

«Abrázate a Jesús crucificado
Sin dejar que se mezcle otra creencia;
Sólo El puede hacer buena la conciencia
Del pobre pecador desamparado.»

Ésta es la fe que salva; y a pesar de todo lo impía que hasta ahora haya podido ser tu vida, esta fe, si te es dada ahora, borraré todos tus pecados, cambiará tu naturaleza, hará de ti un hombre nuevo en Cristo Jesús, te llevará a vivir una vida santa y hará tu salvación eterna tan segura como si esta mañana fueses transportado al cielo sobre las resplandecientes alas de un ángel. ¿Tienes tú esa fe? Esta pregunta es de la mayor importancia; porque si con fe los hombres son salvos, sin ella son condenados. Como ha dicho Brooks en una de sus maravillosas obras: “El que cree en el Señor Jesucristo será salvo por muchos que sean sus pecados; pero el que no cree en el Señor Jesús, será condenado por pocos que éstos sean”. ¿Tienes tú fe? Porque el texto nos afirma que “sin fe es imposible agradar a Dios”.

II. Hemos llegado aquí al RAZONAMIENTO, al por qué no podemos ser salvos sin fe.

Habrán algunos caballeros entre los presentes que se estarán diciendo: “Ahora veremos la lógica del señor Spurgeon”. No señores, no la verán, porque no pretendo utilizarla. Confío en poseer la clase de lógica que obra en los corazones humanos; pero no me siento inclinado a usar la menos poderosa de la mente, si puedo ganar el corazón de otra manera. Mas, si fuese necesario, no tendría miedo de demostrar que sé más de lógica y de otras muchas cosas que los hombrecitos encargados de censurarme. Bien estaría si supieran sujetar sus lenguas, lo cual es, al menos, una de las partes más sutiles de la retórica. Mis argumentos serán aquellos que confío obrarán en el corazón y en la conciencia, aunque puede que no lleguen a agradar a quienes son siempre tan aficionados a las demostraciones silogísticas.

«¡Quién sutileza tanta poseyera
Que rasgar un cabello bien pudiera!»

1. “Sin fe es imposible agradar a Dios.” Y esto lo deduzco el hecho de que no hay en la Escritura ni un solo caso de nadie que agradara a Dios sin fe. Oíd sus nombres: “Por la fe Abel ofreció a Dios mayor sacrificio”; “por la fe Enoc fue traspuesto”; “por la fe Noe aparejó el arca”; “por la fe Abraham obedeció para salir al lugar que había de recibir como heredad”; “por la fe habitó en la tierra prometida”; “por la fe Sara dio a luz a Isaac”; “por fe ofreció Abraham a Isaac”; “por fe Moisés rehusó los tesoros de los egipcios”; “por fe bendijo Isaac a Jacob”; “por fe Jacob bendijo a cada uno de los hijos de José”; “por fe José, muriéndose, se acordó de la partida de los hijos de Israel”; “por fe pasaron el mar Bermejo como tierra seca”; “por fe cayeron los muros de Jericó”; “por fe Rahab la ramera no pereció”. “¿Y qué más digo? porque el tiempo me faltara contando de Gedeón, de Barac, de Samsón, de Jefté, de David, de Samuel y de los profetas.” Todos éstos eran hombres de fe. La Escritura nos habla de otros que hicieron grandes cosas, pero no fueron aceptados por Dios. Los hombres se han humillado, y no obstante Dios no los ha salvado. Así ocurrió con Acab, cuyos pecados nunca fueron perdonados. Los hombres se han arrepentido, y sin embargo no han sido salvados, porque ha sido el suyo un arrepentimiento equivocado. Judas se arrepintió, fue y se ahorcó, y no se salvó. Los hombres han confesado sus pecados, y sin embargo no han sido salvados. Así lo hizo Saúl, quien dijo a David: “He pecado, hijo mío, David”; y continuó procediendo como lo había hecho hasta entonces. Hay infinidad de personas que han confesado el nombre de Cristo y han hecho muchas cosas maravillosas, pero a pesar de ello nunca han agradado a Dios, por la sencilla razón de que no tenían fe. Si la Escritura, que es la historia de varios miles de años, no nombra ni siquiera a uno que sin fe haya agradado a Dios, no es verosímil que haya habido alguno durante los dos mil años siguientes de la historia de la humanidad.

2. El segundo razonamiento es que la *fe es la gracia que humilla*, y nada puede hacer que el hombre se humille sin fe. Así, a menos que el hombre se incline, su sacrificio no puede ser aceptado. Los ángeles lo saben y, cuando adoran a Dios, velan su rostro con sus alas. Los redimidos lo saben y, cuando alaban a Dios, arrojan sus coronas a Sus pies. Ahora bien, el que no tiene fe siente que no puede inclinarse, ya que no la tiene porque es demasiado orgulloso para creer. Dice que no someterá su inteligencia, no se convertirá en un niño para creer dócilmente lo que Dios le diga que crea. Es demasiado altanero, y no puede entrar en el cielo, porque la puerta es tan baja que nadie pasará por ella si no inclina la cabeza. Jamás hubo hombre alguno que caminará erguido hacia la salvación. Debemos ir a Cristo con las rodillas dobladas porque, aunque Él es una puerta lo suficientemente amplia para permitir el paso del más grande de los pecadores, es también tan baja que los hombres han de entrar por ella encorvados, si quieren ser salvos. Es por ello que la fe es necesaria, ya que la carencia de ella es evidencia cierta de falta de humildad.

3. Veamos otras razones. La fe es imprescindible para la salvación, porque se nos dice en la Escritura que *las obras no pueden salvar*. Lo explicaremos con una anécdota muy conocida, de forma que hasta los más sencillos comprendan lo que digo: Un día, por una empinada carretera,

subía un ministro para ir a predicar. A sus pies yacían los pueblos en su hermosura con los maizales en reposo bajo los rayos del sol; pero nuestro hombre no se fijaba en ello porque su atención había sido atraída por una mujer que se encontraba a la puerta de su casa, la cual, al verle acercarse, fue a su encuentro con gran ansiedad, y le dijo: “¡Oh, señor!, ¿tiene usted alguna llave que pudiera prestarme? He roto la de mi cómoda y me urge sacar de ella algunas cosas”. “No”, respondió el ministro, “no llevo ninguna.” La señora quedó contrariada, como si esperara que todo el mundo llevase llaves encima. “Pero”, continuó él, “suponga que hubiese tenido alguna llave; podría no haber servido a su cerradura, y en tal caso le hubiera sido imposible sacar lo que necesita. Pero no se apure, espere a que pase alguna otra persona. Y, a propósito”, añadió, deseando aprovechar la ocasión, “¿No ha oído hablar de la llave del cielo?” “¡Claro que sí!”, contestó ella. “Tengo ya muchos años, y he ido a la iglesia muchísimas veces. Sé muy bien que si trabajamos arduamente y nos ganamos el pan con el sudor de nuestra frente, si nos portamos bien con nuestro prójimo, si, como dice el catecismo, nos comportamos humilde y reverentemente con nuestros superiores, si cumplimos con nuestro deber en el lugar que a Dios ha parecido bien asignarnos en esta vida, y si oramos con regularidad, seremos salvos.” “¡Ah!”, exclamó él, “esa es una llave rota, mi buena señora; porque usted ha quebrantado los mandamientos y no ha cumplido plenamente con su deber. Es una buena llave, pero usted la ha roto.” “Pero, señor”, dijo ella en tono asustado, comprendiendo que aquel hombre entendía del asunto, “¿de qué me he olvidado?” “¿De qué?”, contestó él. “De lo más importante, de la sangre de Jesucristo. ¿No sabe que se dice que la llave del cielo está colgada de su cinturón, que Él abre y nadie cierra, y cierra y nadie abre?” Y explicándoselo de una forma más clara, le dijo: “Es Cristo, y solamente Cristo el que puede abrirle el cielo, y no sus buenas obras”. “Entonces”, preguntó ella, “¿No sirven para nada nuestras buenas obras?” “Sí”, respondió él, “pero después de la fe. Una vez haya creído podrá tener tantas buenas obras como quiera; pero si cree, nunca confiará en ellas, porque el hacerlo así sería corromperlas, y dejarían de ser buenas. Haga cuantas buenas obras desee, pero ponga toda su confianza en el Señor Jesucristo, ya que, de otra manera, su llave jamás abrirá la puerta del cielo.” Así pues, queridos oyentes, debemos tener verdadera fe; porque la vieja llave de las obras ha sido tan completamente destrozada por todos nosotros, que nunca entraremos por ella en el Paraíso. Si alguno de vosotros pretende no tener pecado, a fuer de sincero os diré que os engaños a vosotros mismos, y que la verdad no está en vosotros. Si creéis que por vuestras propias obras entraréis en el cielo, nunca hubo ilusión más cruel; y en el día del juicio encontraréis que vuestras esperanzas eran vanas, y que, como las hojas marchitas en el otoño, vuestros más sublimes hechos serán arrastrados por el viento, o quemados en la llama donde vosotros sufriréis eternamente. Cuidad de vuestras buenas obras, hacedlas después de la fe, y no olvidéis que el camino de la salvación es simplemente creer en Jesús.

4. Una vez más: Sin fe es imposible salvarse y agradar a Dios, porque sin ella no hay unión con Cristo; y *si no hay unión con Cristo*, tampoco hay salvación. Si acudo con mis oraciones al trono de Dios, nunca serán contestadas si Cristo no las lleva. Los antiguos morosos, cuando no podían conseguir un favor de su rey, empleaban un método muy singular: tomaban al hijo único del rey en sus brazos y, cayendo sobre sus rodillas, clamaban: “¡Oh, rey; por tu hijo, concédenos nuestra petición!” El soberano sonreía y decía: “Nada niego a aquellos que me ruegan en el nombre de mi hijo”. Lo mismo sucede con Dios. No negará nada al que venga asido a Cristo; pero el que se acerque solo, será arrojado de su lado. La unión con Cristo es, después de todo, el punto principal de la salvación. Os contaré una historia para ilustramos este punto: En todo el mundo son admiradas las magníficas cataratas del Niágara; pero aunque es maravilloso el oír de sus encantos, y un espectáculo sublime el contemplarlas, han sido la causa de la destrucción de muchas vidas humanas, cuando por accidente alguien ha sido arrastrado por sus aguas. Hace algunos años, dos hombres, un barquero y un minero, iban en un bote del que perdieron el gobierno, corriendo el riesgo inevitable de morir despeñados, al ser arrastrados vertiginosamente por las aguas. Desde la orilla fueron vistos por algunas personas, pero éstas poco podían hacer por rescatarlos. Finalmente, uno de los dos se salvó al agarrarse a una cuerda que les fue lanzada desde la orilla.

En el preciso momento en que la cuerda llegó a sus manos, un tronco flotó cerca de su compañero. El azorado y confuso barquero, en lugar de asirse a la cuerda, se aferró al madero. Error fatal; ambos corrían el mismo inminente peligro, pero uno fue sacado de las aguas porque estaba sujeto a la gente que había en la orilla, mientras el otro, abrazado al tronco, fue arrastrado irremisiblemente hacia el abismo y nunca más se supo de él. ¿No veis la ilustración práctica que tenemos en este ejemplo? La fe nos ata a Cristo. Él está en la orilla, por así decirlo, sujetando la cuerda de la fe; y si nos aferramos a ella con los brazos de nuestra confianza, Él nos sacará a tierra. Pero nuestras buenas obras, al no tener conexión con Cristo, son arrastradas hacia el abismo de la más cruel desesperación. Aunque nos agarremos a ellas con todas nuestras fuerzas, aunque usemos eslabones de acero, no podrán ayudarnos en lo más mínimo. Estoy seguro que habréis visto claramente lo que he querido deciros. Hay quienes ponen reparo a las anécdotas, pero yo seguiré utilizándolas hasta que se cansen de objetar. Nunca tiene la verdad más poder cuando se expone a las gentes, que cuando, como hizo Cristo, se les cuenta la historia de cierto hombre que tenía dos hijos, o la de cierto propietario que hizo un viaje, dividió su hacienda y dio a uno diez talentos y a otro solamente uno.

Así pues, la fe es una unión con Cristo. Preocupaos por conseguir esta unión; de lo contrario, ¡abrazaos a vuestras obras e iréis flotando corriente abajo!, ¡abrazaos a vuestras obras y os hundiréis en el abismo!, perdidos al no tener ningún vínculo con Cristo, ni trabazón alguna con el bendito Redentor. Pero tú, pobre pecador, con la carga de tus pecados sobre tus hombros, si la cuerda rodea tu cuerpo y Cristo la sujeta, **¡no temas!**

«Con mano fuerte salvará

A sus ovejas el Pastor.

Ni la más débil faltará,

Pues fiel es quien fue su dador.»

5. Un razonamiento más y habré terminado. “Sin fe es imposible agradar a Dios”, *porque sin fe es imposible perseverar en santidad*. ¡Qué multitud de cristianos inestables tenemos en esta época! Muchos de ellos se parecen al argonauta que, en tiempo bonancible, surca la superficie del mar agrupado en diminutas y maravillosas escuadras, como poderosos barcos; pero en cuanto el primer soplo de aire riza las aguas, arrian sus velas y se hunden en las profundidades. Del mismo modo, muchos creyentes, cuando gozan de buenas compañías, cuando se hallan en hogares cristianos, en reuniones, en capillas y sacristías, son muy religiosos; pero si están expuestos al menor ridículo, si alguien intenta reírse de ellos llamándoles burlonamente metodistas, presbiterianos, o algo por el estilo, dejan a un lado su religión hasta el próximo buen día. Así, cuando hace buen tiempo y la religión les es útil para sus propósitos, despliegan de nuevo sus velas y vuelven a ser tan piadosos como antes. Creedme, esa clase de religión es peor que la irreligiosidad. Me gustan los hombres cuya forma de pensar se manifiesta en su vida, los hombres íntegros. Si alguno no ama a Dios, que no diga amarle; mas si es verdadero cristiano, un discípulo de Jesús, que lo confiese y que lo mantenga; no hay por qué avergonzarse de ello; de lo único que hay que sentir vergüenza es de ser hipócrita. Seamos honrados en la profesión de nuestras creencias, y ello será nuestra gloria. ¡Ah!, ¿qué haríais sin fe en tiempos de persecución? Si la estaca se alzara de nuevo en Smithfield, si una vez más el fuego convirtiera a los santos en cenizas, si la torre de los lolardos (*Lolardo*. Nombre dado en Inglaterra a algunos reformadores (*Nota del Editor*). fuera otra vez abierta, si el potro del tormento fuera nuevamente preparado, ¿qué haríais vosotros, gente buena y piadosa, que no tenéis fe? O con que solamente el cepo fuese utilizado -como lo ha sido por una iglesia protestante, dando testimonio de ello la persecución de mi predecesor Benjamin Keach, que fue puesto en el cepo en Aylesbury por escribir un libro contra el bautismo de los niños-, o si la forma más benigna de persecución volviera a tener lugar, ¿cómo se dispersaría la gente por todas partes! Y algunos pastores abandonarían sus rebaños. Confío en que esta otra anécdota os llevará a comprender la necesidad de la fe, al mismo tiempo que a mí me acerca gradualmente a la última parte de mi discurso: Un americano propietario de esclavos, decía en una ocasión al negrero que le vendía uno: “Dígame, honradamente, cuáles son sus faltas”. A lo que contestó el vendedor: “Su único defecto, del que tengo conocimiento, es que ora”. “¡Ah!”, exclamó el comprador, “no me

gusta eso, pero conozco un sistema que le curará muy pronto de su mal”. A la noche siguiente, el dueño sorprendió a Cuffey en la plantación orando fervorosamente por su amo y por su esposa y familia de este. El hombre se detuvo escuchando y no dijo nada en aquel momento; pero a la mañana siguiente llamó al esclavo y le dijo: “No quiero reñir contigo, pero no me gustan las oraciones en mis dominios; así pues, olvídate de ellas”. “Mi amo”, respondió Cuffey, “mí no poder dejar las oraciones, mí debe orar.” “Si insistes, voy a enseñarte a orar.” “Mí debe insistir, mi amo.” “Bien, te daré entonces veinticinco latigazos cada día, hasta que desistas de tu empeño.” “Aunque mi amo darme cincuenta, mí debe orar.” “Puesto que eres tan insolente con tu señor, comenzaré ahora mismo.” De esta forma, atándolo, le dio veinticinco azotes, y le preguntó si volvería a orar. “Sí, mi amo; mí debe orar siempre, mí no puede dejar de hacerlo.” El propietario se quedó asombrado; no podía comprender cómo un pobre santo quería continuar orando cuando esto no podía proporcionarle sino males. Habló de ello a su mujer, y ésta le dijo: “¿Por qué no puedes dejar que ore el pobre hombre? Hace su trabajo a la perfección, y aunque nosotros no nos preocupemos por la oración, nada perdemos con dejarle hacer, con tal de que no abandone el trabajo”. “Es que no me gusta”, dijo el marido, “casi me ha asustado. Si vieras cómo me miraba.” “¿Estaba furioso?” “No, eso no me hubiera importado en absoluto; pero después de azotarle me miró con lágrimas en los ojos, y parecía como si sintiese más lastima de mí que de sí mismo.” Aquella noche el amo no pudo dormir; se agitaba en la cama dando vueltas de un lado para otro. Sus pecados acudieron a su mente; recordaba cómo había perseguido a un santo de Dios. Se incorporó en la cama y dijo a su mujer: “¿Quieres orar por mí?” “No he orado en mi vida”, contestó ella, “así que no puedo hacerlo ahora por ti.” “Estoy perdido”, se lamentó él, “si alguien no ora por mí, porque yo no sé hacerlo.” “No conozco a nadie en la hacienda que sepa orar aparte de Cuffey”, contestó la mujer. Hicieron sonar la campanilla y el esclavo negro fue traído a la estancia. Y así, tomando entre las suyas las manos de su siervo, dijo el propietario: “Cuffey, ¿puedes orar por tu señor?” “Mi amo”, contestó el hombre, “mí estar orando por ti desde que tú azotarme, y mi intención ser orar siempre por ti.” Cuffey clavó sus rodillas en tierra y derramó el alma entre lágrimas, y ambos, marido y mujer, fueron convertidos. Aquel negro no pudo haber hecho aquello sin fe. Sin ella habría desistido inmediatamente, diciendo: “Mí dejar de orar, mi amo; mí no gustarme el látigo del hombre blanco”. Mas porque perseveró por la fe, el Señor lo honró y le dio en recompensa el alma de su amo.

III. Y ahora, para concluir, LA PREGUNTA, la pregunta vital. Querido oyente, ¿tienes tú fe?, ¿crees en el Señor Jesucristo con todo tu corazón? Si así es, puedes confiar en ser salvo, puedes creer con absoluta certeza que no conocerás la perdición. ¿Tienes fe?; ¿te ayudo a contestar esta pregunta? Voy a someterte a tres pruebas, todas ellas muy cortas para no cansarte, y después os diré adiós esta mañana.

El que tiene fe ha renunciado a su propia justicia. No tienes fe si pones un sólo átomo de confianza en ti mismo; si pones una sola partícula de esperanza en algo que no sea la obra de Cristo, no tienes fe. Si confías en tus obras, éstas se convierten en anticristo, y Cristo y el anticristo jamás podrán caminar juntos. Cristo ha de poseerlo todo, o nada; ha de ser un Salvador suficiente, o no lo será de ningún modo. Si tienes fe, pues, podrás decir:

«Nada traigo en mis manos a tu luz,
Sólo vengo a abrazarme a tu cruz».

En esto puede reconocerse la verdadera fe: en que engendra un gran cariño por la persona de Cristo. ¿Amas tu a Cristo? ¿Darías tu vida por El? ¿Buscas servirle en todo? ¿Amas a su pueblo? ¿Puedes decir:

«Jesús, amo tu nombre tan querido
que es música celeste en mis oídos»?

¡Oh!, si no amas a Cristo, no crees en Él, porque creer en Cristo engendra amor. Y más aún: el que tiene verdadera fe tendrá verdadera sumisión. Si alguno dice tener fe, y no tiene obras, miente; si alguno declara creer en Cristo, y a pesar de ello no vive una vida santa, se equivoca; porque aunque no confiamos en las buenas obras, sabemos que la fe las origina. La fe es el progenitor de la santidad, y no tiene al padre quien no ama al hijo. Las bendiciones de Dios son siempre dobles. Con una mano da el perdón, y con la otra da siempre santidad; y nadie puede poseer lo uno sin tener lo otro.

Y ahora, querido oyente, voy a ponerme de rodillas para rogaros que, en el nombre de Cristo, contestéis a esta pregunta en el silencio de vuestras habitaciones: ¿Tienes tú fe? ¡Oh, contestadla! Sí, o no. Dejad de decir: “No sé”, o “no me importa”. ¡Ah!, sí que os *importa*; un día, cuando la tierra se estremezca y el mundo se agite, cuando Dios os cite a juicio y condene al impío y al incrédulo, entonces sí que os importará. ¡Oh!, pido a Dios que seáis sensatos, que os preocupéis ahora, y si alguno de vosotros siente necesidad de Cristo, os ruego en su santo nombre que busquéis la fe en Aquel que es exaltado en el cielo para conceder el arrepentimiento y la remisión, y el cual, si os ha dado arrepentimiento, os dará también remisión. ¡Pecador que conoce tus pecados!, “cree en el Señor Jesucristo y serás salvo.” Reposa en su amor, en su sangre, en su obra, en su muerte, en sus sufrimientos y méritos; si así lo haces, no caerás jamás, sino que serás salvo ahora y en el día del juicio, cuando él no serlo será algo verdaderamente horrible. “Convertíos, convertíos; ¿por qué moriréis, casa de Israel?” Descansad en Él; tocad la orla de su vestido y seréis salvos. Que Dios os ayude a conseguirlo, en el nombre de Cristo. Amén, amén.

XXIV. LA RESPONSABILIDAD HUMANA

«Si no hubiera venido, ni les hubiera hablado,
no tendrían pecado; mas ahora no tienen
excusa de su pecado» (Juan 15:22).

El pecado característico de los judíos, el pecado que agravó principalmente sus antiguas iniquidades, fue el rechazamiento de Jesucristo como Mesías. El había sido claramente descrito en los libros de los profetas, y aquellos que lo esperaban, tales como Simeón y Ana, tan pronto como lo contemplaron, aún en su condición de niño, se regocijaron de verle, y entendieron que Dios había enviado su salvación. Pero Jesucristo no respondía a la expectación de aquella perversa generación; y por no venir rodeado de pompa e investido de poder, por no presentarse con el ornamento exterior de un príncipe ni los honores de un rey, escondieron de Él su rostro; como “raíz de tierra seca”, fue “menospreciado y no lo estimaron”. Pero su pecado no paró ahí. No contentos con negar su mesianidad, fueron en gran manera vehementes en su furor contra Él; lo acosaron durante toda Su vida buscando Su sangre, y solamente se dieron por satisfechos, y su infernal malicia fue totalmente saciada, cuando al pie de la cruz pudieron contemplar los dolores de muerte y las agonías de la expiración de su crucificado Mesías. Aunque sobre la misma cruz fueron escritas las palabras “Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos”, ellos no lo reconocieron como su rey, ni como el Hijo eterno de Dios; y no conociéndolo, lo crucificaron, “porque si lo hubieran conocido nunca hubieran crucificado al Señor de gloria”.

Y ahora, el pecado de los judíos es continuamente repetido por los gentiles; lo que aquellos hicieron una vez, muchos lo hacen cada día. ¿No hay muchos de vosotros aquí presentes hoy, oyendo mi voz, que habéis olvidado al Mesías? No os tomáis la molestia de negarle, ni os degradaríais en un país llamado cristiano, blasfemando su nombre. Quizá vuestra doctrina sea correcta en lo que a Él se refiere, y creáis que es el Hijo de Dios así como el hijo de María; pero aún así, menospreciáis sus deseos, y no le rendís el honor que merece ni lo aceptáis como digno de vuestra confianza. No es vuestro Redentor; no esperáis su segunda venida ni ser salvos por su sangre. Y, lo que es peor, hoy lo estáis crucificando, porque, ¿no sabéis que todos los que rechazan el Evangelio de Cristo crucifican de nuevo al Señor y abren de nuevo sus heridas? Siempre que oigáis predicar la Palabra y la rechacéis, siempre que seáis amonestados y ahoguéis la voz de vuestra conciencia, siempre que tembléis y no obstante digáis: “Déjame tranquilo por ahora; te volveré a llamar cuando tenga una ocasión más propicia”, empuñáis el martillo y los clavos, y, de nuevo, taladráis sus manos y pies, y hacéis brotar la sangre de su costado. Y, además, herís sus miembros de otras diferentes maneras; tantas veces como despreciáis a sus ministros, o ponéis piedras de tropiezo en el camino de sus siervos, o estorbáis el Evangelio con vuestro mal ejemplo, o tratáis de desviar del camino al que busca la verdad, con vuestras aviesas palabras; tantas veces como hagáis estas cosas, cometéis la iniquidad que atrajo la maldición sobre los judíos, maldición que los condenó a vagar errantes por la tierra hasta el día de la segunda venida, cuando vendrá Aquel que, aún por Israel, será reconocido como rey, por quien judíos y gentiles velan en ansiosa expectación; aquel Mesías, el Príncipe que una vez vino para sufrir, pero que ahora viene para reinar.

Y esta mañana trataré de mostraros el paralelismo que existe entre vuestro caso y el de aquellos judíos; y lo haré, no con palabras estudiadas, sino conforme Dios quiera ayudarme; apelando a vuestras conciencias, haciéndoos sentir que, al rechazar a Cristo, cometéis el mismo pecado e incurrís en la misma condenación. Notaremos, antes que nada, la *excelencia del ministerio, puesto que Cristo está patente en él para hablar a los pecadores*: “Si no les hubiera hablado”. En segundo lugar, advertiremos *cómo el rechazar el mensaje de Cristo agrava el pecado del hombre*: “Si no les hubiera hablado no tendrían pecado”. En tercer lugar, *que la predicación de la Palabra acaba con todas las excusas*: “Mas ahora no tienen excusa de su pecado”. Y por último, anunciaremos brevemente, aunque en forma muy solemne, *la sentencia terriblemente agravada de aquellos que, rechazando al Salvador, aumentan la culpa con su desprecio*.

I. En primer lugar, pues, nos toca declarar, y declarar con toda verdad, que POR LA PREDICACIÓN DEL EVANGELIO SE TRAE A LA CONCIENCIA DEL HOMBRE LA VENIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, Y LAS PALABRAS DEL SALVADOR POR MEDIO DE LAS NUESTRAS. Cuando Israel despreció antaño a Moisés y murmuró contra él, Moisés mansamente le dijo: “Vuestras murmuraciones no son contra nosotros, sino contra Jehová”. Y el ministro, con la garantía de la Escritura, puede decir lo mismo con toda justicia: El que nos desprecia, no nos desprecia a nosotros, sino a Aquel que nos ha enviado; quien rechaza el mensaje, no rechaza lo que nosotros decimos, sino el mensaje del Dios eterno. El ministro no es más que un hombre, no tiene poder sacerdotal alguno, pero es llamado de entre los demás y dotado con el Espíritu Santo para hablar a sus semejantes. Y cuando anuncia la verdad con el poder que viene del cielo, Dios lo reconoce, lo nombra su embajador y lo eleva a la alta y responsable posición de atalaya en los muros de Sión, e insta a todos los hombres a tener en cuenta que despreciar y pisotear aquel fiel mensaje, fielmente transmitido, es rebelión contra Dios, y pecado e iniquidad contra el Altísimo. Si yo hablara como hombre, sería muy poco lo que dijera, pero si lo hago como embajador del Señor, guardaos muy bien de menospreciar el mensaje. Lo que nosotros predicamos con el poder del Santo Espíritu es la Palabra de Dios enviada desde el cielo, rogándoos encarecidamente que la creáis. Y no olvidéis que si rechazáis lo que os decimos, no con palabras nuestras, sino con las del Espíritu del Señor nuestro Dios que habla por nosotros, ponéis en peligro vuestras propias almas. ¡Con cuánta solemnidad inviste esto al ministerio del Evangelio! ¡Oíd vosotros, hijos de los hombres!, el ministerio no es palabra humana, sino voz de Dios por medio de los hombres. Los que en verdad han sido llamados y enviados como siervos de Dios no son los autores de su mensaje, sino que primero lo reciben de su Maestro y luego lo anuncian a la gente, teniendo siempre ante sus ojos aquellas solemnes palabras: “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, a ti mismo salvarás y a los que te oyeran”; y a sus espaldas resuena la tremenda amenaza: “Y si tú no lo amonestaras, él morirá, mas su sangre demandaré de tu mano”. Ojalá pudierais ver escritas con letras de fuego delante de vosotros las palabras del profeta: “¡Tierra, tierra, tierra, oye Palabra de Jehová!”; porque, mientras el ministerio sea fiel y sin error, es la Palabra de Dios, y tiene tanto derecho a ser creída como si en vez de ser pronunciada por medio del humilde ministro de su Palabra, fuese el mismo Dios quien hablara desde la cima del Sinaí.

Y ahora, detengámonos un momento en esta doctrina para hacernos una solemne pregunta: ¿no hemos pecado todos nosotros grandemente contra Dios por la poca atención que frecuentemente hemos prestado a los medios de la gracia? ¿Cuántas veces hemos estado ausentes de la casa de Dios cuando Él mismo estaba hablando allí? ¿Qué hubiera sido de Israel si, cuando fue citado aquel día sagrado para oír la Palabra de Dios desde la cima de la montaña, hubiese vagado tercamente por el desierto en lugar de ir a escucharla? Y esto es lo que vosotros habéis hecho. Habéis buscado vuestro propio placer y habéis corrido tras los cantos de sirena de la tentación, haciendo oídos sordos a la voz del Altísimo. Y cuando Él ha hablado en su casa, habéis seguido por caminos perversos y habéis tenido en poco la voz del Señor vuestro Dios. Y si vinisteis alguna vez, ¡qué mirada tan distraída la vuestra y que oídos tan poco atentos! Escuchasteis como si no oyeseis. Vuestro oído percibió las palabras, pero el hombre escondido en vuestro corazón permaneció sordo como una víbora, y por más sabios que fueron nuestros encantamientos, ni los oíais ni los mirabais. Dios mismo ha hablado también muchas veces a vuestra conciencia de forma que lo oyeráis. ¡Cuántas veces os habéis tenido que sentar en los bancos porque de pie, en el pasillo, las rodillas os temblaban al oír tronar a algún poderoso Boanerges con voz de ángel: “*Aparéjate para venir al encuentro de tu Dios -medita sobre tus caminos-, ordena tu casa, porque morirás y no vivirás*”. Pero a pesar de ello, salasteis de la casa de Dios y olvidasteis la clase de personas que erais. Apagasteis el Espíritu; sentisteis aversión hacia el Espíritu de gracia; echasteis lejos de vosotros los remordimientos de conciencia; ahogasteis las oraciones que nacían en vuestro corazón y que pugnaban por salir; estrangulasteis aquellos deseos recién

nacidos que comenzaban a brotar; alejasteis de vosotros todo lo que era bueno y santo; os volvisteis por vuestros propios caminos, y os perdisteis una vez más en las montañas de pecado y en los valles de iniquidad. ¡Ah!, amigos míos; pensad, pues, por un momento, *que en todas estas cosas habéis despreciado a Dios*. Estoy cierto que, si el Espíritu Santo quisiera esta mañana grabar en vuestras conciencias esta solemne verdad, esta sala de conciertos se convertiría en casa de luto, este lugar sería un Boquim, lugar de llanto y lamento. ¡Oh, haber despreciado a Dios, haber pisoteado al Hijo del Hombre, haber pasado de largo por su cruz, haber rechazado los arrullos de su amor y los avisos de su gracia! ¡Cuán solemne es todo esto! ¿Habéis pensado alguna vez en ello? Habéis creído despreciar a un hombre, pero es a Cristo a quien habéis despreciado; porque Él es quien os ha hablado. Dios me es testigo de que Cristo ha llorado a menudo por mis ojos y hablado por mi boca. No he anhelado otra cosa que ganar vuestras almas. Unas veces con torpes palabras y otras con planideros acentos, he procurado llevaros a la cruz del Redentor. Sé que no lo hice por mí mismo, sino que Jesús habló por mis labios; y por cuanto oísteis y llorasteis, aunque luego os marcharais y el olvido se lo llevará todo, recordad que fue Cristo quien os habló. Él fue quien os dijo: “Mirad a *mí* y sed salvos todos los términos de la tierra”, “venid a *mí* todos los que estáis trabajados y cargados”; Él fue quien os amonestó, diciendos que, si despreciabais esta salvación tan grande, pereceríais. Y al haber desoído el aviso y rechazado la invitación no nos habéis menospreciado a nosotros, sino a nuestro Señor; y ¡ay de vosotros si no os arrepentís!, porque terrible cosa es el haber tenido en poco la voz del que habla desde el cielo.

II. Y ahora debemos considerar el segundo punto, es decir, que EL RECHAZAR EL EVANGELIO AGRAVA EL PECADO DEL HOMBRE. Ahora bien, no quisiera que nadie me interpretara mal. Sé de personas que, habiendo ido a la casa de Dios, han sido invadidas por una sensación de pecado, para luego llegar casi a la desesperación, porque Satanás las ha tentado a marcharse, diciéndoles: “Cuanto más vayas mayor será tu condenación”. Mas creo que ello es un gran error; no aumentaremos nuestra condenación por ir a la casa de Dios, sino más bien quedándonos fuera; porque de esta manera existe un doble rechazamiento: rechazamiento de intención, y de espíritu. Si vosotros desdeñáis el yacer en el estanque de Betesda, vuestra situación es aún peor que la de aquel enfermo que no podía descender a las aguas. Si no queréis estar allá y, por lo tanto, despreciáis el oír la Palabra de Dios, os atraéis terrible condenación. Pero si acudís a la casa de Dios buscando sinceramente bendición, aunque no encontréis consuelo, aunque no encontréis gracia, si vais allí devotamente en pos de ella, vuestra condenación no será mayor por esto. Vuestro pecado no será agravado simplemente por oír el Evangelio, sino por rechazarlo de modo consciente e impío una vez lo habéis oído. El hombre que oye la voz del Evangelio y vuelve la espalda con una sonrisa, el tal aumenta su culpa en la más horrible medida.

Y ahora, repararemos en por qué aumenta su pecado en doble medida. En primer lugar, porque *agrega a los que ya tiene uno nuevo que antes no tenía*, y además, porque agrava todos los otros. Traedme un hotentote o un habitante de Kamschatka, un indómito salvaje que nunca haya escuchado la Palabra. Ese hombre podrá tener en su haber todos los pecados y delitos que existen, pero aún le faltará uno. Estoy seguro que no tiene el de rechazar el Evangelio, porque no le ha sido predicado. Pero vosotros, cuando lo oís, tenéis la oportunidad de cometer una nueva transgresión; y si así lo hacéis, añadís una nueva iniquidad a todas las que ya pesan sobre vuestras cabezas. Frecuentemente, algunos, que se han apartado de la verdad, me han censurado porque predico la doctrina de que los hombres pecan al rechazar el Evangelio de Cristo. No me importan cuantos títulos injuriosos puedan darme: estoy seguro de tener el apoyo de la Palabra de Dios para predicar de esta manera, y no creo que ningún hombre pueda ser él a las almas de los demás y libre de su sangre si, frecuente y solemnemente, no hace hincapié sobre asunto de tan vital importancia. “Cuando Él (*el Espíritu, de verdad*) viniere redargüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio: de pecado ciertamente, por cuanto no creen en mí.” “Y ésta es la condenación: porque la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.” El que no cree, ya es condenado, porque no creyó en el nombre del unigénito Hijo de

Dios.” “Si Yo no hubiese hecho entre ellos obras cuales ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; mas ahora, y las han visto, y me aborrecen a mí y a mi Padre.” “¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida!, que si en Tiro y en Sidón hubieran sido hechas las maravillas que se han hecho en vosotras, ya días ha que, sentados en cili5cio y ceniza, se habrían arrepentido. Por tanto, Tiro y Sidón tendrán más remisión que vosotras en el juicio.” “Si no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado.” “Por tanto, es menester que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, porque acaso no nos escurramos. Porque si la palabra dicha por los ángeles fue firme, y toda rebelión y desobediencia recibió justa paga de retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si tuviéramos en poco una salvación tan grande?” “El que menospreciara la ley de Moisés, por el testimonio de dos o tres testigos muere sin ninguna misericordia. ¿Cuánto pensáis que será más digno de mayor castigo el que hollare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del testamento en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Sabemos quién es el que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará su pueblo. Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo.” He estado citando, como habréis visto, algunos pasajes de la Escritura, y si ellos no significan que la incredulidad es un pecado -*el* pecado que, sobre todos los demás, condena las almas de los hombres-, no significan nada en absoluto, y no son más que letra muerta en la Palabra de Dios. El adulterio y el asesinato, y el robo y la mentira son pecados que traen condenación y muerte; pero el arrepentimiento puede limpiarlos por la sangre de Cristo. Mas el rechazar a Cristo quita del hombre toda esperanza. El asesino, el ladrón y el borracho pueden entrar en el reino de los cielos si, arrepintiéndose de sus pecados, confían en la cruz de Cristo; pero con estos pecados, todo aquel que no crea en el Señor Jesucristo, está irremisiblemente perdido. Y ahora, mis oyentes, consideraréis por un momento cuán horrible pecado es éste que añadís a los que ya tenéis. Todos los demás tienen su morada en las entrañas de éste: el rechazar a Cristo. En él se halla el asesinato; porque si un hombre en el cadalso rechaza el perdón, ¿no se asesina a sí mismo? El orgullo también se cobija en él; tú rechazas a Cristo porque tu orgulloso corazón te impide ir a Él. Y la rebelión, porque eres rebelde a Dios, por cuanto rechazas a Cristo. Y la alta traición, ya que rechazas a un rey; apartas de ti a Aquel que es coronado rey de la tierra, y te haces reo del más grande de los delitos. ¡Oh, que terrible!, pensar que el Señor Jesucristo viniera del cielo, que colgara del madero, que allí expiara en dolorosa agonía, y que desde aquella cruz, bajando sus ojos sobre ti, dijera: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados”; y que a pesar de ello continuarás apartado de Él; de todas las heridas, ésta sería la más cruel que podrías infligirle. ¿Hay algo más inhumano y diabólico que apartar tu rostro de Aquel que dio su vida por ti? ¡Ojalá fueras tan sabio que comprendieras esto, que consideraras tu último fin!

Empero, no solamente añadimos un nuevo pecado a la lista de los que ya tenemos, sino que *agravamos todos los demás*. Vosotros, los que habéis oído el Evangelio, no podéis pecar tan groseramente como otras personas. Cuando los incultos e ignorantes pecan, sus conciencias no les remuerden, y no hay la misma culpa en el pecado del culto que en el del que nada sabe. ¿Has robado alguna vez? Mala cosa fue, pero si oyes el Evangelio y continúas robando, serás sin excusa un ladrón. El mentiroso tendrá su parte en el lago; pero si miente después de oír el Evangelio parecerá como si el fuego del Tofet fuese aventado con furia centuplicada. El que peca ignorantemente tiene algo de disculpa, pero el que lo hace contra la luz y el conocimiento, peca osadamente; y bajo la ley no había expiación para esto, porque los pecados de osadía quedaban fuera de los límites de la expiación legal; aunque, bendito sea Dios, Cristo ha expiado también éstos, y el que cree es salvo a pesar de su culpa. ¡Oh!, os suplico que no olvidéis que el pecado de incredulidad ennegrece a todos los demás pecados. Es como Jeroboam, del que se dice que pecó e hizo pecar a Israel. Así pues, la incredulidad es pecado, y nos lleva a cometer todos los demás. La incredulidad es la lima con que afiláis el hacha, la cuchilla y la espada que usáis en vuestra rebelión contra el Altísimo. Vuestros pecados serán sobremanera pecado cuanto menos creáis en Cristo, cuanto más lo conozcáis y cuanto más lo rechazéis. Ésta es la verdad de Dios; pero una verdad que ha de ser anunciada con temor y muchos gemidos en nuestros espíritus. ¡Oh!, tener que daros tal mensaje a *vosotros*; a vosotros digo, porque si hay gente bajo el cielo a quien este texto

le sea apropiado esa gente está aquí. Si hubiera en el mundo quienes tuvieran que dar más cuenta que otros, esos seríais vosotros.

Hay otros muchos, sin duda, que están en igualdad de condiciones, que tienen un ministro fiel y celoso; pero tan cierto como que Dios juzgará tanto a vosotros como a mí en el día del Juicio, puedo decir que he hecho todo cuanto he podido para ser leal a vuestras almas. Jamás he tratado en este púlpito de ensalzar mi sabiduría con palabras difíciles o con un lenguaje rebuscado. Os he hablado claramente; y no ha salido de mi boca ni una sola palabra, creo yo, que no haya sido entendida por todos. Habéis oído un Evangelio sencillo. No he subido aquí y os he predicado fríamente. Conforme ascendía por aquellos escalones pude decir que “la carga del Señor era sobre mí”; porque mi corazón llegó hasta aquí oprimido y el alma me quemaba en las entrañas. Y si alguna vez he predicado débilmente, mis palabras pueden haber sido torpes y el lenguaje poco adecuado, pero mi corazón nunca ha estado falto. Toda mi alma ha sido derramada en vosotros; y si hubiera podido revolver cielos y tierra para encontrar palabras con que ganaros para el Salvador, lo habría hecho. No he rehuido el reprenderos, ni me he andado con contemplaciones. He hablado a esta generación de sus iniquidades, y a vosotros de vuestros pecados. No he dulcificado la Biblia para amoldarla a la mente carnal de los hombres. Yo he dicho condenado donde Dios dice condenado, y no he tratado de suavizarlo diciendo “culpable”. No me he andado con rodeos, ni he tratado de encubrimos o disimularas la verdad, sino que, en conciencia, delante de Dios, he procurado engrandecer el Evangelio encarecidamente y con poder, con un sencillo, franco, celoso y honrado ministerio. No me he guardado las doctrinas gloriosas de la gracia, aunque al predicarlas, los enemigos de la cruz me hayan llamado antinomiano; ni tampoco he tenido miedo de predicar la solemne responsabilidad del hombre, aunque otros me hayan catalogado injustamente como arminiano. Y cuando os digo esto, no lo hago para gloriarme, sino para increparos, si es que habéis rechazado el Evangelio, porque entonces habréis pecado mucho más gravemente que cualquier otro hombre. Al desechar a Cristo, una doble medida del furor y de la ira de Dios caerá sobre vosotros. Así pues, el pecado se agrava al rechazar a Cristo.

III. Y ahora, en tercer lugar, LA PREDICACIÓN DEL EVANGELIO DE CRISTO ACABA CON TODAS LAS EXCUSAS DE AQUELLOS QUE LO OYEN Y LO RECHAZAN. “Ahora no tienen excusa de su pecado.” Las excusas sirven de bien poco cuando hay un ojo que todo lo ve. En el gran día de la tempestad de la ira de Dios, las excusas serán un refugio muy pobre; pero a pesar de ello, el hombre siempre las encuentra. En los días de frío y lluvia vemos cómo la gente se emboza en sus capas (1), y si no tienen otro refugio o cobijo, se sienten, en cierto modo, confortados por la prenda. E igual os ocurre a vosotros; podéis buscar entre todos, si es posible, una excusa para vuestro pecado; y cuando la conciencia os punce con sus remordimientos, intentad curar la herida con ella. Y en el mismo día del juicio, aunque una capa será una pobre cobertura, siempre será mejor que nada. “Mas ahora no tenéis excusa por vuestro pecado.” El viajero ha sido dejado bajo la lluvia sin cobertura, expuesto a la tempestad sin la prenda que una vez le sirvió de abrigo. “Ahora no tenéis excusa por vuestro pecado”; ha sido descubierto, averiguado y desenmascarado; sois inexcusables sin un manto que cubra vuestra iniquidad. Y ahora, permitidme solamente considerar cómo la predicación del Evangelio, cuando es fielmente realizada, acaba con todas las excusas del pecado.

En primer lugar, alguien podría levantarse y decir: “Yo no sabía que estaba haciendo mal cuando cometí tal o cual iniquidad”. Pero nadie puede hablar así. Dios os ha dicho solemnemente por su ley lo que es malo. Hay diez mandamientos, y además los comentarios de nuestro Maestro que los amplían y nos dicen que el antiguo precepto de “No cometerás adulterio”, prohíbe también las miradas lascivas y los ojos de malicia. Si el cipayo comete iniquidad, hay excusa para él. Yo no dudo que su conciencia le dice que ha hecho mal; pero su sagrado libro le enseña que obra bien, y ésa es su excusa. Si el mahometano se entrega a la lujuria, tampoco me cabe la menor duda de que su conciencia se lo reprocha, pero sus libros sagrados le conceden tal libertad. Mas vosotros que tenéis la Biblia en casa, y profesáis creer en ella; vosotros que tenéis a sus predicadores en todas

vuestras calles, cuando pecáis lo hacéis con la proclamación de la ley sobre vuestras cabezas, ante vuestros ojos; violáis conscientemente la ley que os es de sobra conocida, la ley que vino del cielo para vosotros.

(1) Spurgeon hace aquí un juego de palabras cuyo matiz se pierde en la traducción. *Cloak*, traducido aquí capa, significa también, en sentido figurado, excusa. En todo este párrafo el autor usa la palabra *cloak* para *excusa o capa* (N. del E.).

Tú puedes decir también: “Cuando pequé ignoraba cuán grande sería mi castigo”. De esto, también por el Evangelio, eres inexcusable; porque, ¿No te dijo Jesucristo, y te lo dice cada día, que aquellos que no le tienen a Él serán echados a las tinieblas de fuera donde será el llanto y el crujir de dientes? ¿No dijo Él: “Irán éstos al tormento eterno y los justos a la vida eterna”? ¿No declara Él mismo que el impío será quemado en el fuego inextinguible? ¿No te ha hablado de un lugar donde hay un gusano que nunca muere y un fuego que nunca se apaga? Tampoco los ministros del Evangelio han rehuido el hacértelo saber. Has pecado aún sabiendo que te acarreas la perdición. Has bebido la pócima envenenada conociendo su emponzoñamiento: sabías que en cada gota de la copa abrasaba la condenación, pero la apurabas hasta las heces. Has destruido tu alma con pleno conocimiento; eres como el simple que va al cepo, como el buey que va al matadero, y como el cordero que lame el cuchillo del carnicero. Por todo lo cual, te has quedado sin excusa.

Quizá otro podrá argüir: “¡Ah!, yo oí el Evangelio, es cierto, y sabía que obraba mal, pero ignoraba lo que tenía que hacer para ser salvo”. ¿Podéis alguno de los que aquí estáis echar mano de tal excusa? Dejadme creer que no tendréis el atrevimiento de hacerlo. Constantemente vuestros oídos oyen la misma predicación: “Cree y vivirás”. Muchos de vosotros habéis escuchado el Evangelio durante diez, veinte, treinta, cuarenta, e incluso cincuenta años, y no creo que seáis capaces de decir: “No sabía lo que era el Evangelio”. Desde vuestra más tierna infancia lo habéis escuchado. El nombre de Jesús sonaba en vuestras dulces canciones de cuna, y mamasteis el Evangelio en el seno de vuestra madre; pero aún así nunca buscasteis a Cristo. “Saber es poder”, dice la gente. ¡Ay!, el conocimiento, cuando no se usa, es *ira*, IRA en sumo grado contra el que sabe hacer lo bueno y no lo hace.

Me parece oír a otro que dice: “Sí, yo he oído predicar el Evangelio, pero jamás se me predicó con el ejemplo”. Muchos podréis decir eso, y en parte será verdad; pero hay otros a los que no tengo reparo en decirles que mienten con tan falaz excusa. ¡Oh, hombre que gustas de hablar de la inconsistencia de los cristianos! Tú has dicho “que no viven como debieran”, y ¡ay!, cuán cierto es lo que dices. Pero hubo una cristiana que tú conociste, y cuyo carácter te viste obligado a admirar; ¿No la recuerdas? Fue la madre que te trajo al mundo. Su testimonio ha sido tu dificultad. Fácilmente podías haber rechazado el Evangelio, pero el ejemplo de aquella santa mujer se levanta insoslayable ante ti y no has podido superarlo. ¿No guardas en lo más tierno y profundo de tu memoria aquellos momentos cuando, por la mañana, abrías tus ojitos y veías el amoroso rostro de tu madre contemplándote, y sorprendías una lágrima furtiva que rodaba por sus mejillas, al tiempo que decía: “¡Oh!, Dios mío, bendice a mi niño para que un día pueda clamar al bendito Redentor”? Recuerda cómo tu padre te reñía a menudo, pero cuán raras veces lo hizo ella; te hablaba con acento de infinito amor. Acuérdate de aquel pequeño aposento alto donde ella te llevó aparte, y rodeando tu cuello con sus brazos, te dedicó a Dios, y oró al Señor para que te salvara en tu niñez. Recuerda la carta que te dio y el libro donde escribió tu nombre, cuando dejaste la casa paterna para correr mundo, y la aflicción con que te escribió cuando se enteró de que te metías en fiestas y diversiones, juntándote con los impíos; recuerda la tristeza de su mirada cuando estrechó tus manos aquella última vez que la dejaste. Recuerda que te dijo: “Harás descender mis canas con dolor al sepulcro, si andas en caminos de iniquidad”. Sí, tú sabes que no había afectación en sus palabras, sino que todo era sinceridad. Podías burlarte del ministro y decir que era *su oficio*, pero de ella no pudiste nunca; era una verdadera cristiana, sin lugar a dudas. Cuántas veces sufrió en silencio tu colérico temperamento y soportó tus rudos modales, porque era un dulce espíritu, quizá demasiado bueno para esta tierra. Sí, sé que te acuerdas de todo esto. No

estabas allí cuando murió; no pudiste llegar a tiempo, pero sabes que dijo cuando expiraba: “Solamente deseo una cosa, y luego moriría feliz: ¡que yo pudiera ver a mis hijos caminando en la verdad!” Entiendo que ese ejemplo te deja sin excusa alguna para tu impiedad; y si continuas en la iniquidad, ¡cuán horrible será el peso de tu infortunio!

Pero aún quedan los que dirán que no han tenido una madre como ésta; aquellos cuya escuela primaria fue el arroyo, y cuyo primer ejemplo el de un padre blasfemo. Pero si así hablas, recuerda, amigo mío, que existe un dechado de perfección: Cristo; y de Él has leído, aunque no lo hayas visto: Jesucristo, el hombre de Nazaret, fue un varón perfecto; en Él no hubo pecado, ni hubo engaño en su boca. Y si has conocido cristianos que no merecían llevar tal nombre, todo cuanto en ellos no hallaste podrás encontrarlo en Cristo. Así que, cuando esgrimes ese pretexto, recuerda que te arriesgas con una mentira; porque el ejemplo de Cristo, las obras de Cristo, y las palabras de Cristo te dejan sin excusa para tu pecado. ¡Ah!, todavía no hemos terminado; aún queda la siguiente excusa: “Ciertamente, he tenido ocasiones muy propicias, pero nunca despertaron mi conciencia para saberlas aprovechar”. Pero yo os digo que muy pocos de vosotros podéis decir esto. Alguno dirá: “Bien, yo he oído al ministro, pero jamás causó la menor impresión en mí”. ¡Ah, hombres y mujeres, y todos los que estáis aquí esta mañana!, es necesario que yo testifique contra vosotros en el día del juicio de que estáis mintiendo. Porque hace poco vuestras conciencias han sido tocadas; ¿no he visto yo asomar a vuestros ojos, incluso ahora mismo -confío que lo fueran- tiernas lágrimas de arrepentimiento? No, no siempre habéis permanecido impasibles ante el Evangelio. Han pasado los años para vosotros y es mucho más difícil conmovemos, pero no siempre ha sido así. Hubo épocas en vuestra juventud en las que erais muy impresionables. Recordad que los pecados de vuestra mocedad pudrirán vuestros huesos si todavía continuáis rechazando el Evangelio. Vuestro corazón se ha endurecido, pero así y todo no tenéis excusa; una vez fuisteis sensibles, y, ¡ay!, aún hoy no podéis por menos que conservar algo de aquella sensibilidad. Sé que muchos de vosotros, que os removéis inquietos en vuestros asientos ante el solo pensamiento de vuestras iniquidades, casi os habéis hecho la promesa de que hoy mismo buscaréis a Dios, y que la primera cosa que haréis será subir a vuestro dormitorio, cerrar la puerta y clamar al Señor. ¡Ah!, pero yo recuerdo la anécdota de aquel que le hablaba al ministro de cuán bello espectáculo era poder ver tanta gente llorando. “No”, respondió éste, “hay algo más maravilloso todavía, y es que de todos los que lloran, muchos olvidarán sus lágrimas conforme vayan saliendo por la puerta.” Y a vosotros os pasará igual. Pero entonces, cuando lo hayáis hecho, recordaréis que no habéis estado sin el forcejeo del Espíritu de Dios. Recordaréis que Dios ha puesto esta mañana, por así decirlo, una valla en vuestro camino; ha cavado una zanja en vuestro sendero, y ha alzado su mano diciendo: “¡Considerad esto!, ¡cuidado!, ¡cuidado!, ¡cuidado!, ¡que os estáis precipitando locamente en los caminos de iniquidad!” Y esta mañana he venido yo a vosotros y, en el nombre de Dios, os he dicho: “Deteneos, deteneos, deteneos, así ha dicho Jehová: Pensad bien sobre vuestros caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?” Y ahora, si queréis, apartad esto de vosotros, apagad estas chispas, extinguid esta antorcha encendida, ¡así debe ser! Vuestra sangre sea sobre vuestra cabeza, y vuestras iniquidades permanezcan a vuestra puerta.

IV. Aun me queda algo más que hacer. Una cosa muy ingrata; porque, por así decirlo, tengo que PONERME EL NEGRO BIRRETE Y PRONUNCIAR SENTENCIA CONDENATORIA. Para aquellos que viven y mueren rechazando a Cristo hay la más horrible condenación. Perecerán en completa destrucción. Hay diferentes grados de castigo, pero el más duro es el que se aplicará a los que han rechazado a Cristo. Os es bien conocido aquel pasaje, creo yo, que nos habla de la parte que tendrá el mentiroso, el fornicario y el homicida -¿imagináis con quién?- con los *incrédulos*; como si el infierno hubiera sido hecho antes que nada para los incrédulos; como si el abismo hubiera sido cavado, no para los fornicarios, ni para los maledicentes, ni para los borrachos, sino para aquellos que desprecian a Cristo; porque éste es el pecado número uno, el delito más grande por el que los hombres serán condenados. Las otras iniquidades seguirán después, pero ésta será la primera que será juzgada en el juicio. Imaginad por un momento que el

tiempo ha pasado y nos hallamos en aquel gran día. Todos hemos sido congregados: vivos y muertos. El sonido de la trompeta resuena fuerte y poderoso. Todos estamos atentos, esperando algo extraordinario. La bolsa cesa en sus cambios; las tiendas son abandonadas por los comerciantes; las calles se llenan de gente. Todos permanecen en calma, saben que el último gran día de negocio ha llegado y que deben ajustar cuentas para siempre. Una solemne quietud reina en el ambiente: no se oye el más mínimo ruido. Todo, todo es silencio. De pronto, una gran nube blanca con solemne fausto surca el cielo, y entonces... ¡oíd el doble clamor de la tierra sobresaltada! En la nube se sienta uno que es semejante al Hijo del Hombre. Todo ojo lo ve, y al final se eleva una unánime exclamación: “¡Es Él!, ¡es Él!”, y luego oís por un lado: “Aleluya, aleluya, aleluya. Bienvenido, bienvenido el Hijo de Dios”. Pero, mezclado con estos gritos de júbilo, se percibe el sordo rumor de los llantos y lamentos de aquellos que lo rechazaron. ¡Escuchad! Me parece distinguir cada una de las palabras de su clamor, que llegan a mis oídos como solitarios toques de campana que tañe doblando a muerte. Y ¿qué dicen? “Montes y penas: caed sobre nosotros, y escondednos de la cara de Aquel que está sentado sobre el trono.” ¿Estaréis vosotros entre aquellos que dicen a los montes: “escondednos”?

Supón por un momento, oyente incrédulo, que has partido de este mundo, que has muerto incontrito, y que estás entre aquellos que lloran y lamentan y rechinan los dientes. ¡Oh, cuál no será tu terror! La palidez de tu rostro y el temblar de tus rodillas no será nada comparado con el temor de tu corazón, cuando estés borracho y no de vino, y corras de acá para allá en la embriaguez de tu aturdimiento, y caigas, y te revuelques en el polvo a causa del pavor y el espanto. Porque he aquí Él viene, y aquí está con mirada terrible, como dardo de fuego; y ahora ha llegado el momento de la gran separación. Se oye la voz: “Congregad a mi pueblo de entre los cuatro vientos del cielo, a mis elegidos en quienes mi alma se deleita”. Éstos son agrupados a su derecha, y allí permanecen. De nuevo truenan: “Recoged la cizaña y atadla en manojos para ser quemada”. Así serás recogido tú, y puesto a la izquierda atado en manojos. Sólo falta encender la pira. ¿dónde está la tea que la prenda? La cizaña ha de ser quemada, ¿dónde está la llama? La llama sale de Su boca con estas palabras: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y para sus ángeles”. ¿Quieres quedarte a mi lado?”. “¡Apártate!” ¿Buscas bendición? “*Eres maldito.*” Te maldigo con maldición. ¿Tratas de escapar? “Hay un fuego eterno.” ¿Quieres excusarte? No. “*Por cuanto llamé, y no quisisteis; extendí mi mano y no hubo quien escuchase, antes desechasteis todo consejo mío y mi reprensión no quisisteis. También Yo me reiré en vuestra calamidad y me burlaré cuando os viniere lo que teméis.*” “¿Apártate, te digo, apártate para siempre!” Y así serás echado de su presencia. ¿De qué te recriminas? Oye tus propios pensamientos: “¡Oh!, quisiera Dios que nunca hubiese nacido, que jamás hubiese oído la predicación del Evangelio, ¡Qué nunca hubiese cometido el pecado de rechazarlo!” Éste será el remordimiento del gusano de tu conciencia: “Supe lo mejor, pero no lo hice. He sembrado vientos y recojo tempestades. Se me avisó y no quise detenerme. Se me suplicó y no quise aceptar la invitación. Y ahora me doy cuenta de que me he ocasionado la muerte. ¡Oh!, pensamiento más horrible que todos los pensamientos. ¡Estoy perdido, perdido, perdido! Y éste es el horror de los horrores: que yo mismo he sido la causa de mi perdición; yo he rechazado el Evangelio de Cristo; yo he causado mi propia ruina”.

¿Te ocurrirá a ti igual, querido amigo? ¿Serás tú uno de éstos? ¡Ojalá que así no sea! Quiera el Espíritu Santo constreñirse a venir a Jesús, porque yo sé que eres demasiado perverso para doblegarte, y no vendrás si Él no te trae. Así lo espero. Me parece oírte decir: “¿Qué es necesario que yo haga para salvarme?” Escucha el camino de salvación y luego, hasta siempre. Si quieres salvarte “cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”; porque la Escritura dice: “El que creyere y fuere bautizado será salvo; mas el que no creyere será condenado”. ¡Allá está Él muriendo, pendiente de la cruz! Mira a Él y vive.

«Abrázate a Jesús crucificado,
Sin dejar que se mezcle otra creencia.
Sólo El puede hacer buena la conciencia,

Del pobre pecador desamparado.

Aunque seas un impío, un corrompido, un depravado, un envilecido, Cristo te invita. Él recoge incluso lo que Satanás desprecia: Cristo invita a la hez, lo inmundo, la basura, el desecho de este mundo. Ven, pues, y alcanza misericordia. Pero si endureces tu corazón,

«El Señor, de furor revestido,
Levantará su mano y jurará:
“Despreciaste el Canaán prometido;
Nunca, pues, el Jordán cruzarás”»

XXV. LA SALVACIÓN DEL SEÑOR

«La salvación pertenece a Jehová» (Jonás 2:10).

Jonás aprendió esta frase de excelente teología en una extraña escuela. La aprendió en el vientre de una ballena, en los cimientos de los montes, con las algas enredadas a su cabeza, cuando creía que la tierra había echado sus cerrojos sobre él para siempre. La mayoría de las grandes verdades de Dios han sido aprendidas en la tribulación; han tenido que sernos grabadas al fuego con el ardiente hierro de la aflicción, de otra manera en modo alguno las habríamos recibido. Nadie es competente para juzgar en los asuntos del reino, si antes no ha sido probado, puesto que hay muchas cosas que aprender en las profundidades, que nunca podríamos saber desde las alturas. Descubrimos muchos secretos en las cavernas del océano, que jamás habríamos conocido si nos hubiéramos remontado al cielo. El predicador sabrá mejor las necesidades del pueblo de Dios, si antes las ha padecido el mismo; consolará mejor al Israel de Dios el que antes ha carecido de consuelo; y predicará mejor la salvación quien antes ha estado necesitado de ella. Jonás supo emitir un juicio apropiado después de haber sido liberado de aquel gran peligro; cuando, por mandato de Dios, el pez salió obediente de las profundidades para arrojar su carga a tierra firme; y he aquí la conclusión de su experiencia: “la salvación pertenece a Jehová”.

No entendemos aquí por salvación la mera liberación de la muerte que Jonás recibió en aquella ocasión. Según el doctor Gill, en la palabra salvación en el original se da la circunstancia especial de que aparece con una letra más de las que habitualmente lleva cuando quiere expresar la idea de una liberación temporal; por lo que aquí solamente podemos interpretarla como refiriéndose a la gran obra de la salvación del alma, la cual permanece para siempre. Que “la salvación pertenece a Jehová”, procuraré mostrarlo esta mañana lo mejor que pueda. Primeramente me ocuparé en la *exposición de la doctrina*; acto seguido trataré de probar *cómo nos ha guardado Dios del error, y cómo nos ha cercado hasta que hemos creído en el Evangelio*; en tercer lugar, *haré hincapié en la influencia que esta verdad ha ejercido sobre los hombres*; y por último terminaré *considerando la contraparte de esta doctrina*. Pues si toda verdad tiene su reverso, ésta también.

I. Primeramente, pues, comenzaremos con la EXPOSICIÓN DE LA DOCTRINA: La doctrina de que la salvación es del Señor, o de Jehová. Hemos de entender por esto, que toda la obra por la que los hombres son salvados de su condición natural de pecados y ruina, trasladados al reino de Dios y hechos herederos de eterna bienaventuranza, es de Dios, y solamente de Dios. “La salvación pertenece al Señor.”

Así, pues, consideraremos en primer lugar que *el plan de la salvación* es enteramente de Dios. Ningún intelecto humano, ni ninguna inteligencia creada ayudó a Dios en el plan de la salvación; El lo ideó y Él lo llevó a cabo. El plan de la salvación fue discurrido antes de que existieran los ángeles. Antes de que el sol lanzara sus rayos a través de las tinieblas, cuando el inexplorado éter aún no había sido agitado por las alas de los serafines, y cuando la solemnidad del silencio todavía no había sido turbada por las canciones de los ángeles, Dios, previendo que el hombre caería, trazó el plan por medio del cual lo salvaría. Él no creó a los ángeles para consultarles; no, todo lo hizo Él. Verdaderamente podríamos hacernos la pregunta: “¿A quién pidió consejo? ¿Quién fue su guía cuando planeó la gran obra arquitectónica del templo de la misericordia? ¿A quién consultó cuando cavó los pozos del amor, para que de ellos manara la salvación? ¿Quién fue su ayudador?” Nadie. Él solo lo hizo todo. En efecto, si los ángeles hubiesen existido entonces, no podrían haberle ayudado; porque fácilmente podemos suponer que si aquellos espíritus se hubieran reunido en solemne cónclave, y Dios les hubiese planteado la siguiente cuestión: “El hombre se rebelará, y sabed que he de castigarle; mi justicia inflexible y severa así lo exige; pero yo tendré misericordia”; y si Dios hubiese hecho la siguiente pregunta a los poderosos escuadrones celestiales: “¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo pueden cumplirse las demandas de la justicia, y no obstante reinar la misericordia?”, los ángeles hubieran guardado silencio hasta hoy;

Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres

ellos no podrían haber inspirado el plan; hubiera escapado a su angelical intelecto el concebir la forma en que la justicia y la paz podrían encontrarse, y el juicio y la misericordia besarse. Dios lo ideó, porque sin Dios no hubiera podido idearse. Es un plan demasiado maravilloso para ser el producto de cualquier mente, excepto de aquella que luego supo llevarlo a cabo. “La salvación” es más antigua que la creación; “pertenece a Jehová”.

Y así como fue del Señor en su planteamiento, también lo fue *en su ejecución*. Nadie ha ayudado a proveer la salvación; Dios lo ha hecho todo Él solo. El banquete de la misericordia es servido por un único anfitrión, un anfitrión que es el dueño de los millares de animales en los collados; nadie aportó ni un bocado a tan real banquete; Él sólo lo sirvió todo. El regio baño de la misericordia, donde las almas son lavadas, fue llenado por las venas de Cristo; nadie más aportó ni tan siquiera una gota. Él murió en la cruz, y Él solo hizo la expiación. No hubo sangre de mártires que se mezclara en aquel torrente, ni sangre de nobles confesores y héroes de la fe que desembocara en el río de la expiación; todo su caudal manó de las venas de Cristo, y de ningún sitio más. Él lo hizo todo completamente. La expiación es la obra de Jesús sin ayuda de nadie. En aquella cruz veo a aquel hombre que “ha pisado solo el lagar”; en aquel huerto contemplo al solitario conquistador que vino a la lucha sin ayuda, cuyo brazo trajo salvación, y cuya omnipotencia lo sustenta. “La salvación pertenece a Jehová”; Dios -Padre, Hijo y Espíritu- lo ha provisto todo.

Hasta aquí todos hemos estado de acuerdo; pero me temo que a partir de ahora divergiremos un poco. “La salvación pertenece al Señor” en *su aplicación*. “No”, dice el arminiano, “no es así; la salvación es del Señor en cuanto Él hace por el hombre todo lo que puede; pero hay algo que éste debe hacer, porque si no, perecerá.” He aquí el camino arminiano de la salvación. La semana pasada me vino a la memoria esta misma teoría cuando visitaba el castillo de Carisbrooke, hallándome junto a la ventana por la que intentó evadirse el rey Carlos, de desgraciada y perversa memoria. Por la guía me enteré de que todo estaba previsto para su fuga; sus seguidores lo tenían todo preparado para ayudarlo a cruzar el país y llegar a la costa, donde un navío le esperaba para llevarle a otras tierras. Todo estaba listo para su huida. Pero quedaba precisamente la circunstancia más importante de la batalla; todo había sido preparado, pero él tenía que hacer el resto, tenía que salir por la ventana, cosa que, al no poder hacer por ningún medio, desbarató por completo los planes de sus amigos, haciéndolo todo inútil. Y así ocurre con el pecador. Si Dios ha preparado todo lo necesario y solamente requiere de él que salga de la prisión, allí permanecerá para toda la eternidad. ¿No está el pecador por naturaleza muerto en el Recado? Y si Dios le exige que se autorresucite, para después El hacer el resto, verdaderamente, amigos míos, no tenemos por qué estarle tan agradecidos como habíamos creído; porque si requiere de nosotros algo tan importante, y nosotros lo podemos hacer, es lógico que también podamos hacer todo lo demás sin su ayuda. Uno de los milagros extraordinarios que los romanistas han inventado se refiere a san Dionisio, de quien cuenta la falsa leyenda que, una vez le hubieron cortado la cabeza, anduvo con ella en las manos dos mil millas. Pero como dijo alguien agudamente, “las dos mil millas no tienen importancia alguna; lo verdaderamente difícil es dar el primer paso”. Y yo estoy de acuerdo con eso; una vez se ha dado el primer paso, lo demás puede hacerse fácilmente. Si Dios exige del pecador -muerto en el pecado- que dé el primer paso, exige precisamente lo único que hace la salvación tan imposible bajo el Evangelio como bajo la ley, puesto que el hombre es tan incapaz de creer como de obedecer, y tan impotente para venir a Cristo, como para ir al cielo sin Él. El poder ha de serle dado por el Espíritu. Está muerto en pecado, y el Espíritu es el único que puede vivificarle. Las transgresiones atan sus manos y traban sus pies, y habrá de ser el Espíritu el que corte sus ligaduras dándole la libertad. Dios será el que quite las barras de hierro de la ventana, permitiéndole escapar, para que no fallen todos los preparativos; y si no es así, el preso perecerá tanto bajo el Evangelio como bajo la ley. Yo dejaría de predicar si creyera que Dios, en cuanto a la salvación, exige del hombre algo que ya El anteriormente no se haya comprometido a realizar. Porque ¿cuántos hay de la peor condición que están frecuentemente pendientes de mis labios, hombres cuyas vidas han llegado a ser tan terriblemente perversas que cualquier boca decente rehusaría hacer una descripción de su carácter? Cuando yo subo al púlpito, ¿he de creer

que éstos tienen que hacer algo antes de que el Espíritu de Dios obre en ellos? Si así fuera, yo vendría aquí con el corazón desfallecido, sabiendo que jamás podría inducirles a dar el primer paso. Pero en estos momentos me invade una firme confianza: Dios Espíritu Santo se encontrará con ellos esta mañana. Sean tan malos como sean, Él pondrá un pensamiento nuevo en sus corazones; Él les dará nuevos anhelos, nuevos deseos y hará que aquellos que odiaron a Cristo, deseen amarle; que aquellos que amaron el pecado, por el divino Espíritu de Dios lo odien. Y ésta es mi confianza: que lo que ellos no pueden hacer, por ser débiles en la carne, Dios, infundiendo su Espíritu en sus corazones, lo hará por ellos y en ellos, y así serán salvos.

Entonces, dirá alguno, esto hará que la gente se siente tranquilamente y espere cruzada de brazos. No Señor, no lo hará; y si lo hiciera, yo no podría evitarlo. Mi obligación, como ya he dicho muchas veces, no es el probaros lo razonable de alguna verdad, ni defenderla de sus consecuencias, sino que todo cuanto tengo que hacer -y a lo cual debo atenerme estrictamente- es afirmar la verdad, porque está en la Biblia; y si no os gusta, y la consideráis ilógica, presentad las quejas al Señor y querellaos contra la Biblia. Dejemos que otros se encarguen de defender las Escrituras y probar que son verdad, que lo harán mejor de lo que yo podría hacerlo; lo que a mí me atañe es simplemente proclamarlas. Yo soy el mensajero y debo anunciar el mensaje de mi Maestro; y si a vosotros no os gusta lo que digo, discutid con la Biblia, y no conmigo. Mientras yo tenga las Escrituras de mi parte, tendré valor para desafiarlas a que hagáis algo contra mí. “La salvación pertenece al Señor.” El Señor es el que tiene que aplicarla, el que tiene que hacer al desobediente obediente, al malo bueno, y traer al depravado rebelde a los pies de Jesús; de otra manera la salvación jamás se realizaría. Dejad de predicar esto, y habréis roto el eslabón de la cadena, el eslabón imprescindible para toda su integridad. Negad el hecho de que Dios comienza la buena obra y que Él nos da lo que los antiguos teólogos llaman la gracia preventiva, y habréis inutilizado la salvación, habréis quitado la piedra angular del arco, y todo él se derrumbará. No quedará nada en pie.

De nuevo disentiremos un poco en el próximo punto. “La salvación pertenece al Señor” *en cuanto al sostenimiento de la obra en el corazón del hombre*. Cuando el hombre es hecho hijo de Dios no le es dada tal provisión de gracia que le dure hasta la eternidad, sino solamente para aquel día, y es necesario que le sea dada para el día siguiente, para el otro y para el otro, y así hasta que el tiempo se acabe; de lo contrario, de nada servirá la que recibe al principio. Así como el hombre no puede vivificarse espiritualmente a sí mismo, tampoco puede luego mantener esa vida. Podrá alimentarse de comida espiritual para preservar su fuerza espiritual, podrá andar en los mandamientos del Señor para gozarse en su paz y reposo, pero su vida interior, tanto después como cuando fue engendrada, depende del Espíritu. Creo firmemente que, si llegara a poner mis pies en el dorado umbral del paraíso para empuñar su nacarado llamador, jamás podría hacerlo si la gracia no me ayudara a dar el último paso que me introdujera en el cielo. Nadie tiene poder por sí mismo, ni aún el convertido, sino el que diaria, constante y perpetuamente le es infundido por el Espíritu. Pero los cristianos se erigen frecuentemente en señores independientes, y dicen: “Mi roca está firme, y nunca resbalaré”. Mas antes de que pase mucho tiempo, el maná empezará a corromperse. La intención fue que sólo sirviera para un día, pero nosotros lo guardamos para mañana, y entonces nos falta. Es necesario que tengamos gracia nueva. De manera que buscad día tras día gracia nueva. Frecuentemente el cristiano quiere que, en un momento, le sea otorgada gracia para un mes. “¡Oh!”, dice, “cuántas aflicciones me rodean, ¿cómo podré soportarlas? ¡Ay, si yo tuviese gracia suficiente para resistirlas todas!” Mis queridos amigos, tendréis gracia suficiente para todas, conforme se vayan acercando una a una. “Como tus días tu fuerza”; pero no según tus meses o tus semanas. Recibirás tu fuerza como recibes el pan. “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy.” Danos hoy la gracia de cada día. ¿Por qué os afligís por las cosas del mañana? La gente dice; “Cuando llegues al puente, crúzalo.” He aquí una buena máxima. Ponedla vosotros en práctica. Cuando llegue una dificultad, atacadla, derribadla y vencedla; pero no os anticipéis a vuestras calamidades. “¡Ah!, pero tengo tantas”, dirá alguno. Bien, ve haciendo frente, pues, a las que se acerquen, y no te preocupes de las más lejanas. “Basta al día su *afán*.” Haz como aquel valiente griego, Leónidas, quien, defendiendo su patria de los persas, no bajó a pelear en la

llanura, sino que apostó a sus espartanos en el estrecho paso de las Termópilas de forma que, cuando las abrumadoras fuerzas del enemigo fueron llegando, hubieron de pasar uno a uno y así los fue batiendo. Si se hubiera aventurado a bajar al llano, pronto habría sido devorado y sus exiguas tropas fundidas como gotas de rocío en el mar. Apostaos en el estrecho paso del hoy, y pelead con vuestras aflicciones una por una; pero no bajéis a la planicie del mañana, porque seréis dispersos y muertos. Si el mal es bastante, la gracia también lo será. “La salvación pertenece a Jehová.”

Veamos ahora la última consideración de este punto. *La perfección final de la salvación es del Señor.* Pronto, muy pronto, los santos de la tierra serán santos en luz; sus cabellos blanqueados por las nieves de los años serán coronados de gozo perpetuo y juventud eterna; sus ojos velados por las lágrimas, jamás volverán a cubrirse por la pena; sus corazones que ahora tiemblan, alegres y firmes serán puestos para siempre como pilares en el templo de Dios. Sus desatinos, sus cargas, sus penas y sus ayes, pronto se acabarán. El pecado fenecerá, la corrupción será quitada, y un cielo de pureza sin igual y de paz perfecta será suyo para siempre. Pero todo esto ha de ser por la gracia. De la misma piedra que fueron los cimientos, será la cúpula; lo que en la tierra fue el principio, en el cielo será el pináculo. Si fueron redimidos por gracia de su mala manera de vivir, por gracia serán redimidos de la muerte y de la tumba, para entrar en el cielo cantando:

«La salvación es sólo del Señor,
La gracia es una fuente que no se agotará».

En este mundo habrá arminianos, pero allí se acabarán. Aquí pueden decir: “Es de la voluntad de la carne”, pero en el cielo no pensarán así. Aquí conceden algo de gloria al hombre, pero allí arrojarán sus coronas a los pies del Redentor, reconociendo que Él lo hizo todo. Aquí se miran a ellos mismos y presumen un poco de su propia fuerza, pero allí cantarán con la sinceridad y el énfasis más profundo con que jamás lo hicieron en la tierra: “No de nosotros, no de nosotros.” En el cielo, cuando la gracia acabe su obra, esta verdad será escrita con resplandecientes letras de oro: “La salvación pertenece al Señor”.

II. Hasta aquí la exposición del Evangelio. Y ahora veamos CÓMO HA PRESERVADO DIOS ESTA DOCTRINA.

Hay quienes han dicho que la salvación en algunos casos es el resultado de un temperamento natural. Bien, amigo mío, muy bien. Dios ha respondido eficazmente a tu argumento. Tú dices que algunos son salvos porque tienen cierta bondad y religiosidad naturales. Desgraciadamente todavía no me he encontrado con tal clase de persona, pero supongamos que las hubiera. Dios ha respondido incontrovertiblemente a tu objeción; porque, aunque te parezca extraño, la multitud de aquellos que son salvos, son precisamente los que menos se nos hubiera ocurrido a nosotros que lo serían; mientras que, por el contrario, los muchos que perecen, si la disposición natural tuviera parte en este asunto, serían los que nosotros debíamos esperar ver en el cielo. Tomemos un ejemplo cualquiera. Ya en su juventud era un muchacho desatinado. Muchas veces su madre lloró sobre él y condenó y desaprobó su conducta extraviada; era tal su salvaje fogosidad, que no soportaba ni freno ni brida; eran tales sus continuas rebeliones y ardientes explosiones de ira que ella tuvo que decir: “Hijo mío, hijo mío, si ahora eres así, ¿qué serás cuando seas mayor? Seguramente quebrantarás la ley y el orden, y serás la deshonra del nombre de tu padre”. Y el joven creció. En su juventud fue un indómito y libertino, pero, maravilla de las maravillas, de repente se ha convertido en un nuevo hombre; cambiado, totalmente cambiado; no tiene más parecido con lo que era antes que el que los ángeles tienen con los espíritus perdidos. Ahora se sienta a los pies de su madre consolando su corazón; y el que era un perdido irascible se ha vuelto dulce, humilde y manso como un niño, y obediente a los mandamientos de Dios. Vosotros diréis: ¡Maravilla de las maravillas! Pero también existe el caso opuesto. Era un muchacho excelente; cuando no era más que un niño ya hablaba de Jesús; muchas veces, cuando su madre lo tenía en las rodillas, hacía preguntas sobre el cielo; era un prodigio, una maravilla de piedad en su

juventud. Siguió creciendo. Las lágrimas rodaban por sus mejillas cuando oía predicar algún sermón, y los suspiros escapaban de su pecho ante el solo nombre de la muerte. ¡Cuántas veces lo sorprendió su madre -según creía ella- retirado en oración! Y, ¿qué es de él ahora? Hoy mismo, esta mañana, acaba de retirarse después de una noche de pecado. Se ha convertido en un licencioso y desesperado canalla; ha ido tan lejos en todas las formas del vicio, la lujuria y el pecado, que nadie podrá incrementar su condenable corrupción. Su mismo y maligno espíritu, en un tiempo confiado, se ha desarrollado por sí solo, y ha aprendido a hacer de león cuando mayor, lo mismo que hacía de zorro cuando joven. Yo no sé si alguna vez os habréis encontrado con un caso así, pero se da con mucha frecuencia. Sé y puedo decir que en mi congregación los hay; perdidas y pobres criaturas que, con el corazón destrozado y entre lágrimas, han sido llevados a clamar a Dios misericordia, renunciando a sus perversos pecados; mientras que alguna “honrada” joven a su lado ha oído el mismo sermón, y si alguna lágrima ha asomado a sus ojos, ha sido rápidamente enjugada y ha seguido su vida como antes: “Sin Dios y sin esperanza en el mundo”. Dios ha tomado lo despreciable del mundo, y ha tomado a su pueblo de entre lo despreciable de los hombres, para poder probar que no es por disposición natural, sino que “la salvación pertenece al Señor” solamente.

También hay otros que dicen que es el ministro el que convierte a los hombres. ¡Ah!, esa es una idea maravillosa, segurísimo. Sólo un necio podría tomarla en consideración. Hace algún tiempo me encontré con un individuo que me dijo conocer a un predicador poderosamente dotado para convertir a las almas. Hablando de un gran evangelista de América, me dijo: “Aquel hombre ha logrado la mayor cantidad de poder de conversión que jamás se ha conocido en hombre alguno; y el señor fulano de tal, de una ciudad vecina, creo que es el segundo”. Dicho poder de conversión se manifestaba por aquel entonces. Doscientas personas fueron convertidas por este segundo predicador, y añadidas a la iglesia en unos pocos meses. Yo fui a aquel lugar algún tiempo después -esto fue en Inglaterra-, y le pregunté: “¿Cómo siguen sus convertidos?” “Bueno”, dijo él, “no puedo decir mucho sobre ellos”. “¿Cuántos de esos doscientos que ha recibido en un año permanecen firmes?” “Pues..... dijo, “me temo que no muchos; ya hemos tenido que echar a setenta por borrachos”. “Sí”, añadí yo, “así me lo esperaba: ése es el final de los grandes experimentos del poder de conversión.” Si yo pudiera convertiros a todos, cualquiera podría haceros apostatar. Lo que un hombre puede hacer, otro puede deshacerlo. Sólo lo que Dios hace es permanente.

No, hermanos míos; Dios ha tenido mucho cuidado en que jamás pueda decirse que la conversión es del hombre, porque normalmente Él bendice a aquellos que parecen los menos apropiados para ser útiles. No espero ver en este lugar tantas conversiones como hace un año, cuando mis oyentes eran muchos menos. ¿Sabéis por qué? Porque yo era denigrado por todos; mencionar mi nombre era como mencionar el del más aborrecible bufón que haya existido jamás. El mero hecho de pronunciarlo atraía denuesos y maldiciones; para muchos era un nombre despreciable, pisoteado en las calles como una pelota de fútbol; pero entonces Dios me dio almas por centenares, que fueron añadidas a mi iglesia, y en un año me pude gozar viendo personalmente que no menos de un millar habían sido convertidas. Pero tal cosa no creo que ocurra actualmente. Mi nombre es ahora un poco estimado, y los grandes de la tierra no consideran un deshonor el venir a oírme; pero esto me hace temblar, no sea que mi Dios me abandone ahora que el mundo me estima. Preferiría verme despreciado y escarnecido antes de que esto ocurriera. Esta asamblea que vosotros consideráis tan hermosa y excelente, yo estaría dispuesto a dejarla, si con tal pérdida pudiera conseguir mayor bendición. “Lo vil del mundo escogió Dios”; y, por tanto, calculo que cuanto más estimado sea peor será mi posición, y menos podré esperar que Dios me bendiga. Él ha puesto su “tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros”. Un pobre ministro comenzó a predicar una vez, y todo el mundo lo difamó; pero Dios lo bendijo. Poco a poco fueron volviendo a él y empezaron a mimarle. Aquello sí que era un hombre -¡qué maravilla!- ¡y Dios lo abandonó! Y frecuentemente ocurre lo mismo. Hemos de recordar, en los momentos de popularidad, que el “crucifícale, crucifícale”, siguió de cerca a los “hosannas”, y que la multitud de hoy, si es tratada fielmente, puede tornarse mañana en unos

pocos; porque a los hombres no les gusta que se les hable claro. Hemos de aprender a ser despreciados, a ser condenados, a ser difamados, y entonces aprenderemos a ser hechos útiles por Dios. Muchas veces he caído de rodillas con la frente perlada de sudor, ante la infamia de una nueva calumnia propagada contra mí; mi corazón ha estado a punto de romperse en una agonía de dolor; hasta que al final he aprendido a soportarlo todo y a no preocuparme por nada. Y ahora mi pena toma otro sendero: exactamente el opuesto. Tengo miedo de que Dios me abandone para probar que El es el autor de la salvación; que el poder no está en el predicador, ni en la multitud, ni en la atención que yo pueda despertar, sino en Dios, y solamente en Dios. Y lo que ahora os digo lo digo con el corazón abierto: si el ser hecho de nuevo el lodo de las calles, el hazmerreír de los necios y la canción del borracho me hiciera más útil a mi Maestro y a su causa, lo proferiría a toda esta multitud, y a todos los aplausos que el hombre pudiera otorgarme. Orad por mí, queridos amigos, orad por mí, para que Dios me use todavía como medio de salvación de muchas almas; porque temo que diga: “No ayudaré más a ese hombre, no sea que el mundo diga que de él es el poder”; porque “la salvación pertenece a Jehová”, y así será hasta el fin del mundo.

III. Y ahora ¿CUÁL ES, CUÁL DEBE SER, LA INFLUENCIA QUE ESTA VERDAD EJERCE SOBRE LOS HOMBRES?

En primer lugar, es *un gran ariete contra el orgullo del pecador*. Me explicaré por medio de una figura. El pecador, en su condición natural, me recuerda a un hombre que posee un fuerte y casi inexpugnable castillo en el cual se ha refugiado. Una doble protección de fosos lo rodean, altas murallas lo protegen, y en el torreón más alto hay una mazmorra donde el pecador podrá retirarse. El primer foso que rodea el seguro refugio del pecador son sus buenas obras. “¡Ah!”, dice él, “yo soy tan bueno como mi vecino; siempre he pagado veinte chelines por una libra en dinero contante y sonante; yo no soy pecador; yo diezmo la menta y el comino; soy, sin lugar a dudas, una persona buena y honorable.” Bien, cuando Dios viene a obrar en él, a salvarlo, manda a su ejército que cruce el primer foso, y sus soldados lo cruzan al grito de “la salvación es del Señor”; y ante este grito de victoria el foso se seca, porque si la salvación es del Señor, ¿cómo podría ser por buenas obras? Pero aún queda que vencer una segunda protección: las ceremonias. “Bien”, vuelve a decir, “no confiaré en mis buenas obras, pero he sido bautizado, he sido confirmado, y, ¿no participo de los sacramentos? Ésta será mi confianza.” “¡Crucemos el foso! ¡A por él!” Y los soldados avanzan gritando: “La salvación es del Señor”. El segundo foso se ha secado también. Las huestes se acercan a la primera gran muralla. El pecador, dando un vistazo, dice: “Me arrepentiré y creeré cuando yo quiera; me salvaré a mí mismo al creer y arrepentirme”. Pero he aquí que de nuevo el ejército de Dios arremete contra él, y enviando las fuerzas de choque de la convicción, éstas abaten la muralla y gritan: “La salvación es del Señor. La fe y el arrepentimiento te han de ser dados, de otra manera jamás creerás ni te arrepentirás de tus pecados”. Y así, el castillo es tomado. Las esperanzas del hombre han sido barridas una por una; ya no es dueño de su fortaleza; ha sido rendida, y en la almena más alta ondea un estandarte que dice: “La salvación es del Señor”. Pero, ¿se ha terminado la batalla? ¡Oh, no! El pecador se ha retirado al mismo corazón del castillo y cambia de táctica: “No puedo salvarme a mí mismo”, dice, “y el desespero se apodera de mi alma; no hay salvación para mí”. La rendición de este baluarte es tan difícil como la toma de toda la fortaleza, porque el pecador se abandona a sí mismo diciendo: “No hay salvación; he de perecer”. Pero las tropas de Dios, al grito de “la salvación es del Señor”, dominan también este último reducto. Todo esto, no del hombre, sino de Dios; “por lo cual puede salvar eternamente”, porque vosotros no podéis salvaros a vosotros mismos. Esta espada, como veis, es espada de dos filos: derriba el orgullo y taja las ansias mortales de la desesperación. Si alguien se cree suficiente para salvarse o desespera de la salvación, desesperanza y orgullo son derribados a tierra de un solo mandoble, porque “la salvación pertenece al Señor”. Éste es el efecto que esta doctrina ejerce sobre el pecador. ¡Quiera Dios que pueda ejercerlo sobre vosotros!

Pero ¿qué influencia tiene sobre los santos? Ésta es la piedra angular de toda la teología. *Os reto a que seáis heterodoxos* si creéis esta verdad. Por fuerza seréis sanos en la fe si habéis aprendido a interpretar correctamente esta declaración -“la salvación es del Señor”-; y *jamás seréis*

orgullosos si la vivís en vuestras almas; es imposible que lo seáis. Lo arrojaréis todo a sus pies, confesando que vosotros no habéis hecho nada, excepto lo que Él os ha ayudado a hacer y por lo tanto, la gloria debe ser dada a Aquel que hizo la salvación. Si creéis también esta verdad, *jamás desconfiaréis*, sino que diréis: “Mi salvación no depende de mi fe, sino del Señor; mi perseverancia no es obra mía, sino de Dios que me guarda; el volar al cielo no es por el esfuerzo de mis manos, sino de las del Todopoderoso”. Así, cuando vengan dudas y temores, en quietud y reposo cantaréis:

«El ojo de mi fe está ensombrecido,
Mas en Jesús confío, gozoso o abatido».

Si podéis tener siempre esto presente, *podéis estar siempre gozosos*. No tiene motivos para afligirse el que sabe que su salvación es de Dios. ¡Adelante, legiones del infierno!, ¡adelante, demonios del abismo!

«Él es quien hasta ahora me ha ayudado,
y más que vencedor me ha consagrado.»

La salvación no descansa en estos pobres brazos -¡pobre de mí si así fuera!- sino en los del Omnipotente; esos brazos en los que se sujetan los pilares de los cielos. “Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?”

Y esta verdad será la gracia que *os esforzará a trabajar para Dios*. Si fueseis vosotros los que tuvieseis que salvar a vuestros vecinos, podríais cruzaros tranquilamente de brazos; pero como “la salvación es del Señor”, adelante y prosperad. Id y predicad el Evangelio; anunciad las buenas nuevas por doquier. Proclamadlas en vuestra casa, en la calle; publicadlas en toda tierra y nación; porque no es de vosotros, “sino del Señor”. ¿Por qué no vamos a Irlanda a predicar el Evangelio? Irlanda es un baldón para la iglesia protestante. ¿Por qué no vamos a predicar allí? Hace aproximadamente un año un grupo de nuestros bravos ministros lo hicieron, y se portaron con honra y honor. Fueron y volvieron; en esto puede resumirse nuestra gloriosa expedición contra el Papado. Y ¿por qué regresaron? Porque fueron apedreados; ¡pobres hombres esforzados! ¿Creyeron quizá que el Evangelio será predicado alguna vez sin que haya piedras de por medio? ¡Aunque hubieran sido asesinados! ¡Bravos mártires habrían sido! Hubieran engrosado las sangrientas y gloriosas crónicas. ¿Dejaron los mártires de antaño, dejaron los apóstoles de ir a algún país porque en él les esperaba la muerte? No; sabemos que estaban prestos a morir; y si media docena de ministros hubiesen sido asesinados en Irlanda, habría sido lo mejor que se habría hecho en el mundo por la causa de la libertad en el futuro, porque después de eso nadie se hubiera atrevido a tocarnos, el poderoso brazo de la ley los hubiera sujetado, podríamos haber recorrido en paz todas las tierras de Irlanda, la policía pronto hubiera puesto fin a tan infames asesinatos, y el protestantismo en Inglaterra habría sido sacudido para pedir la libertad a que tenemos derecho allí, de la misma manera que nosotros la concedemos en todo lugar. Sí, hermanos míos, nuestros ojos no presenciarán un gran cambio mientras no haya algunos de los nuestros que estén dispuestos a ser mártires. Ese profundo foso jamás será cruzado hasta que el cuerpo de unos cuantos de nosotros lo llene hasta arriba; entonces, será cosa fácil el predicar allí el Evangelio. Nuestros hermanos deberían ir una vez más. Que dejen en casa sus blancos pañuelos y sus blancas plumas, que salgan con un corazón valiente y un espíritu osado. Si la gente se mofa y se ríe, dejémosles reírse y mofarse. George Whitefield, una vez que predicando en Kennington Common le arrojaron gatos muertos y huevos podridos, dijo: “Esto no es más que el abono del metodismo, lo mejor que hay en el mundo para hacerlo crecer; lanzad tanto como podáis.” Y cuando una piedra hirió su frente y la sangre manchaba su cara, parecía que aún predicaba mejor. ¡Oh, quien tuviera tal coraje para poder enfrentarse al populacho para quitarle toda su osadía! Vayamos allá, recordemos que “la salvación es del Señor”, y prediquemos la Palabra de Dios en todo tiempo y

lugar, confiando en que ella puede vencer al pecado, y que Dios será siempre Señor de toda la tierra.

La voz y las ideas me vuelven a fallar. Ya estaba cansado cuando subí al púlpito, y ahora lo estoy más aún. Hay veces en que me siento feliz y contento, y sería capaz de continuar predicando durante mucho tiempo; pero hay otras en que me alegro de terminar. De todas formas, con un texto así quisiera haber podido terminar con todo el poder del que es capaz el labio humano. ¡Oh, hacer saber a los hombres que “la salvación es del Señor”! ¡Blasfemo, no blasfemes el nombre de Aquel en cuyas manos estás! Despreciador, no desprecies a quien puede salvarte o destruirte. Y tú, hipócrita, no trates de engañar a Aquel de quien viene la salvación, el cual sabe muy bien si tu salvación es suya.

IV Y ahora, para concluir, os diré CUÁL ES LA CONTRAPARTE DE ESTA VERDAD. La salvación es del Señor, la *condenación es del hombre*. Si alguno de vosotros se condena, no le echéis la culpa a nadie, sino a vosotros mismos; si alguno de vosotros perece, si alguno de vosotros se pierde y es desechado, las quejas no han de oírse a la puerta de Dios, sino que todos vuestros reproches y torturas habréis de hacérselos a vuestra misma conciencia. Permaneceréis para siempre en la perdición y os recriminaréis: “Me he destruido a mí mismo; yo he asesinado mi alma; he sido mi propio destructor; no puedo echarle las culpas a Dios”. Recordad que, si queréis ser salvos, debéis serlo por Dios; pero si queréis ser condenados, con vosotros mismos tendréis suficiente. “Volveos, volveos; ¿por qué morirás, oh casa de Israel?” Con mis últimas y temblorosas palabras os invito a pararos y pensar. ¡Ay, mis oyentes, mis queridos oyentes! Terrible cosa es predicar a tanta gente. El domingo pasado, cuando bajaba las escaleras acudió a mi mente una memorable frase pronunciada por uno de los que estaban aquí: “Hay aquí esta mañana ocho mil personas que no tendrán excusa en el día del juicio”. Me gustaría predicar de forma que siempre pudiera decirse esto; y si no fuera así, ¡oh, que Dios tenga misericordia de mí, por amor de su nombre! Mas ahora recordad que tenéis alma, y que esa alma ha de ser salvada o condenada. ¿Qué será de ella? Perdidos estáis para siempre si Dios no os salva; si Cristo no tiene misericordia de vosotros, no tenéis esperanza. ¡Caed de rodillas! Pedid a Dios misericordia y elevad vuestros corazones en ardiente suplica. ¡Que Él os salve en este momento, y que en el próximo latido de vuestro corazón, encontréis la paz! Paz que podéis tener ahora, si ese fuera vuestro anhelo. Y ¿cómo? Solamente con pedirla: “pedid y se os dará; buscad y hallaréis”.

-Pero si su mensaje de gracia
Por vosotros fuera desoída,
Al igual que la incrédula raza
-Israel- seréis endurecidos.

El Señor, de furor revestido,
Levantara su mano y jurará:
“Despreciaste el Canaán prometido;
Nunca, pues, el Jordán cruzarás.»

¡Oh, no seáis despreciadores, no sea que “perezcaís”! Quiera Dios que acudáis a Cristo y seáis aceptos en el Amado. Éste es mi más ardiente deseo. ¡Que el Señor lo oiga! Amén.

XXVI. SOLAMENTE DIOS ES LA SALVACIÓN DE SU PUEBLO

«Él solamente es mi roca y mi salvación» (Salmo 62:2).

“MI ROCA.” Cuán majestuoso es este nombre; cuán sublime, sugestivo y subyugador. Es una figura tan divina, que solamente a Dios debiera aplicársela.

Mirad las lejanas montañas y maravillosos de su antigüedad; porque desde sus cimas miles de siglos nos contemplan. Ellas peinaban ya cabellos grises antes de que esta enorme ciudad fuese fundada; se dice que, cuando la humanidad aún no respiraba, ellas estaban ya llenas de días; son las hijas de las edades pasadas. Con respeto miramos estas vetustas rocas, porque ellas se cuentan entre los primogénitos de la naturaleza. Descúbreanse, incrustados en sus entrañas, vestigios de mundos desconocidos, de los que los sabios sacan sus conjeturas, pero que, sin embargo, son insuficientes para conocer todo el misterio que en ellos se encierra, a menos que el mismo Dios quiera descubrirselo. La roca es reverenciada, porque sabemos cuantas historias podría contarnos si pudiese hablar, o decirnos de cómo el agua y el fuego la torturaron hasta darle su forma actual. Así es nuestro Dios: antiguo más que todas las cosas. Sus cabellos son como la lana, tan blancos como la nieve- porque Él es el “Anciano de grande edad”, y las Escrituras nos dicen que “no tiene principio de días”. Él era Dios mucho tiempo antes de que la creación fuese formada, “desde el siglo y hasta el siglo”.

“¡Mi roca!” Cómo podría ella contaros de las tormentas que ha soportado, de las tempestades que a sus pies han alborotado el océano, y de los rayos que han rasgado los cielos sobre su cabeza, y bajo estas condiciones, siempre ha permanecido inmutable: impasible ante las tempestades e indemne ante el azote del temporal. Así es también nuestro Dios. ¡Cuán firme e inmutable se ha mantenido ante el ultraje de las naciones, y cuando los “reyes y príncipes de la tierra han consultado unidos”! Sólo con estarse quieto ha diezmado las filas del enemigo, sin tan siquiera mover su mano. Con su imponente quietud ha desafiado las olas y dispersado los ejércitos adversarios, haciéndoles batirse en confusa retirada. Contemplad la roca una vez más: ¡Cuán fija e inmóvil está! No vaga de un sitio para otro, sino que permanece firme para siempre jamás. Muchas cosas han cambiado: las islas han sido sumergidas bajo los mares, y los continentes han sido sacudidos; pero la roca continúa sólida y segura, como si fuese los mismísimos cimientos del mundo, que no se moverán hasta que la creación sea destruida, o las ligaduras de la naturaleza se aflojen. Así también es Dios: ¡Qué fiel en sus promesas!, ¡qué inmutable en sus decretos!, ¡qué constante!, ¡qué inalterable!

La roca ha sido, y será siempre, insensible a la erosión. Nada, pues, en ella ha cambiado. Aquella vieja cima de granito, unas veces ha reverberado al sol, y otras ha lucido el blanco de la nieve; unas veces ha adorado a Dios con su desnuda cabeza descubierta, y otras, las nubes le han hecho un blanco velo con sus alas, para que, como un querubín, preste adoración a su Hacedor. Pero, tanto unas veces como las otras, la roca ha permanecido inalterable; ni el hielo del invierno ni el calor del verano han podido hacerle mella. Así también es Dios. He aquí, Él es mi roca; Él es el mismo, y su reino no tendrá fin. “Los hijos de Jacob no serán consumidos”; porque Él es inalterable en su ser, seguro en su propia suficiencia e inmutable en su misma esencia. De la roca podemos sacar miles de enseñanzas de lo que Dios es. Ved aquella fortaleza, allá encima de la montaña; tan alta, que las nubes apenas pueden llegar a ella; desde allí los sitiados pueden reírse de los asaltantes; porque profundos precipicios la defienden. Esa fortaleza es nuestro Dios, segura protección. Y no seremos conmovidos, si Él ha “puesto nuestros pies sobre la peña, y enderezado nuestros pasos”. Muchas veces una colosal montaña nos es motivo de admiración, porque desde su cumbre podemos contemplar el mundo extendido a nuestras plantas como si fuera un mapa pequeño. Vemos el río o el arroyo que corre libremente cual cinta de plata incrustada en esmeralda. Descubrimos las naciones bajo nosotros como “gotas de agua en un balde”, y las islas como algo pequeñísimo allá en la distancia; y el mismo mar no parece sino un estanque sostenido

por la mano de un poderoso gigante. El omnipotente Dios es lo mismo que esta montaña, y desde ella contemplamos el mundo como algo insignificante. Hemos subido a la parte más alta del Pisga, desde cuya cima, y a través de esta tierra tempestuosa y agitada, hemos podido mirar las” sublimes regiones del espíritu, ese mundo desconocido para el ojo y el oído, pero que Dios nos ha revelado a nosotros por el Espíritu Santo. Esta poderosa roca es nuestro refugio y nuestra atalaya desde la cual vemos lo invisible, y tenemos la prueba de las cosas que aún no hemos gozado. No creo que sea necesario decirnos que, si fuéramos a considerar todas las enseñanzas que de este símil se deducen, podríamos estar predicando durante varios días; pero lo que hemos dicho hasta aquí, es para que lo meditéis esta semana. “*Él es mi roca.*” ¡Cuán glorioso pensamiento! Sé, y en ello me regocijo, que cuando tenga que vadear la corriente del Jordán, ¡El será mi roca! No pisaré sobre piedras resbaladizas, sino que asentaré mi pie en Aquel que no puede traicionar mis pasos. Y así, cuando muera, con gozo cantaré: “Él, mi fortaleza, es recto, y en Él no hay injusticia”.

Dejaremos este aspecto de la cuestión, para pasar a considerar el tema del sermón, que es éste: Solamente Dios es la salvación de su pueblo.

“ÉL SOLAMENTE es mi roca y mi salvación.”

Encontramos, en primer lugar, *la gran doctrina de que solamente Dios es nuestra salvación*; en segundo lugar, *la gran experiencia de saber y aprender que Él solamente es mi roca mi salvación*; y en tercer lugar, *la gran obligación que tenemos de dar toda la gloria el honor, de descansar toda nuestra fe en quien “solamente es nuestra roca y nuestra salvación”*.

I. Lo primero que vamos a considerar es LA GRAN DOCTRINA: que Dios “solamente es nuestra roca y nuestra salvación”. Si alguien nos preguntara qué lema escogeríamos por divisa como predicadores del Evangelio, creo que le responderíamos: “Dios solamente es nuestra salvación”. El llorado Mr. Denham puso al pie de su retrato este admirable texto: “La salvación es del Señor”; ahora bien, esto es exactamente un extracto del calvinismo, su esencia y substancia; por lo tanto, si alguien os lo pregunta, podéis contestarle que un calvinista es “aquel que dice *que la salvación es del Señor*”. En toda la Biblia no encuentro otra doctrina que no sea ésta, y en ella está compendiada toda la Escritura. “El *solamente* es mi roca y mi salvación.” Decid cuanto queráis, que si se sale de estos límites, seguro que es una herejía. De la misma manera, dadme una herejía y veréis cómo su verdadera raíz está aquí. Veréis cómo es algo que se ha apartado de esta grande, fundamental e inmovible verdad: “Dios es mi roca y mi salvación”. ¿Cuál es la herejía de Roma, sino el añadir a los méritos de Cristo -el aportar las obras de la carne- para cooperar en nuestra justificación? Y, ¿cuál es la del arminianismo, sino el agregar secretamente algo a la obra perfecta del Redentor? Pero todas ellas se descubren por sí solas cuando las acercamos a la piedra de toque; se alejan de esta verdad: “Él solamente es mi roca y mi salvación”.

Trataremos de dejar esta doctrina suficientemente clara. Para mí la palabra “salvación” significa algo más que regeneración y conversión. No creo que sea algo que, después de regenerarme, me deja en tal posición que aún puedo caer del pacto y perderme; no puedo llamar puente a aquello que sólo cruce hasta la mitad del río; como tampoco puedo llamar salvación a aquello que no me lleve hasta el mismo cielo completamente limpio, y me deje entre los glorificados que cantan sin cesar hosannas alrededor del trono. Así pues, si pudiera dividirla en partes, lo entendería de la siguiente manera: liberación, continua preservación durante esta vida, sustentación, y al final la unión de estas tres en la perfección de los santos en la persona de Jesucristo.

1. Por salvación yo entiendo *la liberación* de la casa de esclavitud donde por naturaleza he nacido, y el ser manumitido con la libertad con que Cristo nos hace libres, además de “poner mis pies sobre la peña y enderezar mis pasos”. Y esto, yo creo que es completamente de Dios; y no creo equivocarme al pensar así, porque la Escritura nos dice que el hombre está muerto, y, ¿cómo podrá ayudar un cadáver en su propia resurrección? El hombre está completamente depravado, y aborrece toda transformación divina; ¿cómo podrá, pues, por sí mismo, efectuar ese cambio que odia? Es tal el desconocimiento que tiene de lo que es el nuevo nacimiento que, como Nicodemo, hace la estúpida pregunta: “¿Puede entrar otra vez en el vientre de su madre, y nacer?” No concibo

el que nadie pueda hacer lo que no entiende. Y si el hombre no comprende lo que es nacer de nuevo, es lógico que no pueda llevarlo a cabo por sí mismo; es totalmente incapaz de cooperar en la primera obra de su salvación. No puede romper sus cadenas porque no son de hierro, sino de su propia carne y sangre; antes podría destrozar su corazón, que los grilletes que le atan. Y, ¿cómo quebrará su propio corazón? ¿Con qué martillo quebrantaré mi alma, o con que fuego la fundiré? No, la liberación es sólo de Dios. Esta doctrina es afirmada continuamente en las Escrituras; y el que no la crea, no recibe la verdad de Dios. Solamente El da libertad. “La salvación es del Señor.”

2. Y si hemos sido liberados y vivificados en Cristo, entonces, nuestra *preservación* es del Señor solamente. Si soy piadoso, es de Dios; si virtuoso, Él me da la virtud; si llevo fruto, Dios me lo da; y si vivo una vida recta, Él es quien me sostiene. Yo no hago nada en absoluto para mi propia preservación, a no ser lo que antes el mismo Dios hace en mí. Toda mi bondad es suya, y todo mi pecado es mío. ¿He rechazado a un enemigo? Su fuerza dio vigor a mi brazo. ¿He derribado un adversario? Su potencia afiló mi espada y me dio el valor para asestar el golpe. ¿Predico su Palabra? No soy yo, sino su gracia que esta en mí. ¿Vivo para Dios una vida santa? Es Cristo que vive en mí. ¿Soy santificado? No me santifico yo, sino el Espíritu Santo de Dios. ¿Pierdo el gusto por las cosas del mundo? Es Su corrección la que me aparta. ¿Cresco en conocimiento? El gran Instructor me enseña. Encuentro en Dios todo lo que necesito; porque en mí no hay nada. “Él Solamente es mi roca y mi salvación.”

3. Así mismo, la *sustentación* es absolutamente indispensable. Necesitamos el sustento de la providencia para nuestros cuerpos, tanto como para nuestras almas. “Desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y harta la tierra, y la hace germinar y producir, y da simiente al que siembra, y pan al que come”; pero, ¿de qué manos nace la lluvia, y de que dedos destila el rocío? Es cierto que el sol brilla y hace que las plantas crezcan, que les salgan sus brotes, que los árboles se vistan de flores, y que, por su calor, las frutas maduren; pero, ¿quién le da su luz y esparce su mágico calor? Es verdad que trabajo y me afano, el sudor cubre mi frente, mis manos se cansan, y al final, puedo reposar en mi cama; pero mi vigor y mi fuerza no son míos, ni el guardarme ha dependido de mí. ¿Quién hace estos músculos fornidos, estos pulmones de hierro, y estos nervios de acero? “Dios solamente es mi roca y mi salvación. “Él solo es la salvación de mi cuerpo y mi alma. ¿Me alimento de la Palabra? No me nutrirá, a menos que Dios haga que me sea de provecho. ¿Vivo del maná que descende del cielo? ¿Qué es ese mana, sino el mismo Cristo encarnado, cuyo cuerpo y sangre como y bebo? ¿Recibo continuamente nuevo aumento de poder? ¿De dónde saco mi fuerza? Mi salvación es sólo Él: sin Él nada puedo hacer. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco yo, si no permanezco en El.

4. Ahora trataremos de juntar los tres pensamientos anteriores en uno. *La perfección* que pronto tendremos, cuando estemos allá lejos, cerca del trono de Dios, será toda del Señor. Aquella brillante corona que ceñirá nuestras frentes como constelación de lucientes estrellas, habrá sido labrada solamente por nuestro Dios. Vamos a un país donde, a pesar de que el arado nunca removió el suelo, sus dehesas son más verdes que todas las de la tierra, y sus cosechas las más ricas que nuestros ojos vieran. Moraremos en un edificio de más suntuosa arquitectura que el que jamás el hombre pueda construir; no es una casa terrestre, “no es hecha de manos eterna en los cielos”. Todo cuanto conoceremos en el Edén celestial nos será mostrado por nuestro Señor. Y al final, cuando aparezcamos ante Él diremos:

«La gracia premiará todas las obras
Con coronas de bienaventuranza;
Ella es la luz, la piedra más preciosa,
Digna de toda gloria y alabanza».

II. En segundo lugar, examinaremos LA GRAN EXPERIENCIA. La más grande de todas mis experiencias es saber que “Él solamente es mi roca y mi salvación”. Hasta ahora hemos insistido sobre una doctrina; pero de nada nos sirve la doctrina si no es probada por nuestra experiencia. La mayoría de las doctrinas de Dios se aprenden solamente con la práctica: exponiéndolas a que soporten el roce continuo de la vida. Si yo preguntara a cualquiera de vosotros, a cualquiera que fuese cristiano, si esta doctrina de que hablamos es cierta, seguro que me contestaría: “¡Naturalmente que sí! No hay en toda la Biblia una sola palabra que sea más verdad que ésta; porque, efectivamente, la salvación es solamente de Dios”. “Él solamente es mi roca y mi salvación.” Pero, amigos míos, es muy difícil tener tal conocimiento experimental de una doctrina que no nos apartemos jamás de ella. Es muy difícil el creer que “la salvación es del Señor”. Muchas veces descansamos nuestra confianza en algo más que en Dios, y pecamos cuando lo ponemos codo a codo con cualquier otra cosa, por muy digna que ésta sea. Permitidme entretenerme un poco en considerar la experiencia que nos llevara a saber que la salvación es sólo de Dios.

El cristiano verdadero confesará, *como un hecho*, que la salvación es solamente de Dios, es decir, que “Dios obra en el tanto el querer como el hacer por su buena voluntad”. Recordando mi vida pasada puedo ver cómo desde sus mismos albores todo procedía de Dios y solamente de Dios. No trate de alumbrar al sol con una antorcha, sino que fue Él precisamente quien me alumbró a mí. No fui yo quien comenzó mi vida espiritual; en modo alguno, ya que, antes bien, daba coces contra el aguijón, y luchaba contra todo lo que viniera del Espíritu; había en mi alma tal aversión y odio por todo lo santo y bueno que, aún siendo arrastrado durante algún tiempo por el impulso celestial, no pude seguir tras él. Los galanteos del Espíritu no hicieron mella en mí; sus advertencias fueron esparcidas al viento, y sus amenazas despreciadas; y aún sus susurros de amor fueron rechazados, y tenidos como cosa inútil y vana. Pero seguro estoy, y puedo decirlo ahora hablando por mí mismo, y por todos aquellos que conocen al Señor, que “Él solamente es mi salvación” y también la vuestra. Él fue quien cambió vuestros corazones y os hizo doblar la rodilla. Podéis decir, pues, con toda verdad:

«La gracia enseñó a mi alma a orar
E hizo a mis ojos anegarse en llanto».

Llegando aquí, podemos agregar:

«Me ha guardado hasta hoy bajo su manto,
Y ya nunca me dejará marchar».

Recuerdo que, cuando me entregué al Señor, creía estar haciéndolo yo todo; y aunque lo buscaba de veras, no tenía la menor idea de que ya El andaba buscándome a mí. No creo que el recién convertido se dé cuenta de este detalle al principio de su conversión. Un día estaba yo en la casa de Dios oyendo un sermón sin preocuparme ni poco ni mucho de lo que decía el predicador, porque no lo creía. De pronto, me asaltó un pensamiento: “¿Cómo has llegado a ser cristiano?” He buscado al Señor. “Pero, ¿por qué empezaste a buscarle?” Esta idea cruzó mi mente como un rayo; yo no he podido buscarle a menos que una influencia previa *me haya impulsado a hacerlo*. Estoy seguro de que no pasará mucho tiempo sin que digáis: “El cambio obrado en mí es completamente de Dios”. Yo desearía que éste fuera el lema de toda mi vida. Sé que hay algunos que predicán un evangelio por la mañana y otro diferente por la tarde: un evangelio puro y sano cuando predicán para los santos, y adulterado y falso cuando lo hacen para los pecadores. Pero no hay motivo que justifique el anunciar la verdad ahora y la mentira luego. “La ley de Jehová es perfecta, que vuelve el alma.” No es necesario añadirle nada para traer los pecadores al Salvador. Así pues, hermanos, debéis confesar que “la salvación es del Señor”. Cuando recordéis el pasado, debéis decir: “Señor mío, todo cuanto tengo Tú me lo has dado. ¿Las alas de mi fe? Hubo un tiempo en que yo no las tenía. ¿Los ojos de mi fe? Hubo un tiempo en que yo era ciego. Estaba

muerto, y Tú me diste vida; sin ver, y Tú abriste mis ojos. Mi corazón era un repugnante muladar; pero Tú pusiste perlas en él, y si en él las hay, las perlas no se crían en los muladares. Tú me has dado todo lo que tengo”. Y así, si miráis al presente, si vuestra experiencia es la de un hijo de Dios, lo atribuiréis todo a El; no solamente lo que ha sido vuestro en el pasado, sino todo cuanto ahora tenéis. Estáis aquí esta mañana, sentados en vuestros bancos, y os pido que recapacitéis sobre este hecho. ¿Creéis que estaríais donde estáis, si no fuera por la divina gracia? Recordad la tentación que os asaltó ayer, cuando “consultaban de arrojamós de vuestra grandeza”. Quizá fuisteis tentados como yo lo soy a veces. Hay momentos en que parece que el diablo, usando de sus encantamientos, me lleva al mismo borde del precipicio del pecado, haciéndome olvidar el peligro por la dulzura con que lo rodea. Y exactamente cuando va a arrojarme al vacío, veo el abismo abierto a mis pies y una poderosa mano que me sujeta, mientras una voz dice: “Lo guardaré de que caiga en lo profundo; porque Yo he pagado su rescate”. ¿No creéis que antes de que el sol se ponga podríais ser condenados, si la gracia no os guardara? ¿Tenéis algo bueno en vuestros corazones que ella no os haya dado? Si supiera que la gracia que tengo no procede de Dios, la pisotería bajo mis pies, por no ser de ningún valor. No sería más que una falsificación completamente legítima, por no traer el sello del cielo. Podría parecer muy buena; pero, de cierto, siempre sería mala, a menos que viniera de Dios. Cristiano, ¿puedes tú decir en todas las cosas pasadas y presentes Él solo es mi roca y mi salvación”?

Y ahora, miremos hacia el futuro. Hombre, considera cuántos enemigos tienes, cuántos ríos que cruzar, cuántas montañas que subir, cuántos monstruos que vencer, cuántas bocas de león de las que escapar, cuántos fuegos que atravesar, cuántas corrientes que vadear. ¿Qué piensas, hombre? ¿Puede alguien salvarte, que no sea Dios? ¡Ah!, si yo no tuviera ese brazo eterno en que apoyarme, tendría que gritar: “¡Muerte!, arrójame a cualquier sitio fuera de este mundo”. Si yo no tuviera esa esperanza, esa confianza, exclamaría: ¡Enterradme bajo la creación, en las escondidas profundidades, donde para siempre pueda ser olvidado! ¡Oh!, echadme lejos, porque soy un miserable si no tengo a Dios que me ayude en mi peregrinar. ¿Sois lo suficientemente fuertes como para luchar con uno solo de vuestros enemigos sin vuestro Dios? No lo creo. Una simple criada pudo abatir a Pedro, y puede también hacer lo mismo con vosotros si Dios no os preserva. Os suplico que recordéis esto siempre. Espero que lo hayáis experimentado en el pasado, pero tratad de tenerlo presente en el futuro dondequiera que vayáis: “La salvación es del Señor”. “Él solo es mi roca y mi salvación”.

Desde el punto de vista de la eficacia, todo viene de Dios; y así es, también, en cuanto a los méritos. Hemos experimentado que la salvación es completamente de Él. ¿Qué méritos puedo tener yo? Si recogiera todo cuanto he podido tener y luego os pidiera lo que vosotros habéis reunido, no sacaría entre todo el valor de un cuarto de penique. Hemos oído contar el caso del católico que decía que había una balanza que se inclinaba a su favor por el peso de las obras buenas en contra de las malas, y que, por lo tanto, tenía que ir al cielo. Pero no hay tal cosa. He visto mucha gente, muchas clases, de cristianos, incluso extravagantes, pero jamás he encontrado a uno que diga tener méritos propios, si se le ha obligado a ser sincero. Sabemos de hombres perfectos y de hombres perfectamente necios, y hemos visto que ambos son perfectamente iguales. ¿Poseemos méritos propios? Estoy seguro que no, si hemos sido enseñados de Dios. Hubo un tiempo en que creíamos tenerlos; pero, una noche vino a nuestra casa un ente llamado convicción, y se llevó todas nuestras glorias. ¡Ah!, pero no obstante esto, todavía somos malos. No se si Cowper dijo bien cuando escribió:

«Desde la hora bendita que a tus pies me trajiste,
Cortando mis locuras por sus raíces mismas
No he confiado en brazo que no haya sido el tuyo,
Ni he esperado en justicia que no sea la divina».

Creo que se equivocó, porque muchos cristianos continúan confiando en sí mismos; pero debemos reconocer que “la salvación es del Señor”, si la consideramos desde el punto de vista de los méritos.

Queridos amigos, ¿habéis experimentado esto en vuestros corazones? ¿Podéis decir “amén”, al oírlo? ¿Podéis decir: “yo sé que el Señor es mi ayuda”? Me parece que muchos podéis; pero mejor lo diréis cuando Dios os lo enseñe. Lo *creemos* cuando comenzamos nuestra vida cristiana, y lo *sabemos* después. Y cuanto más larga es nuestra vida, más ocasiones tenemos de comprobar que es verdad. “Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo”; pero, “bendito el varón que se fía en Jehová, y cuya confianza es Jehová”. En verdad, el cenit de la experiencia cristiana se alcanza cuando dejamos de confiar en nosotros mismos, o en otros, y ponemos toda nuestra esperanza pura y simplemente en Jesucristo. La más elevada y noble experiencia no es el quejarse continuamente de la propia corrupción, ni el lamentarse de los extravíos, sino el decir:

«Con todo mi infortunio, aflicción y pecado,
No me dejará irme su Espíritu adorado».

“Creo, ayuda mi incredulidad.” Me gusta lo que decía Lutero: “Yo correría a los brazos de Cristo, aunque blandiera una espada en sus manos”. A esto se le llama una osada confianza; pero, como dice un viejo teólogo, no hay tal osada confianza: no arriesgamos nada con Cristo, no hay el menor riesgo. Bendita y celestial esperanza, cuando en medio de la borrasca podemos acudir a Él y decirle: “¡Oh, Jesús!, creo que me cubriste con tu sangre”; cuando, al ver nuestra inutilidad, podemos clamar: “Señor, creo que, por Cristo Jesús, aunque soy un miserable pecador, Tú me has perdonado”. La fe del santo es pequeña, cuando cree como santo; pero la del pecador es verdadera fe cuando cree como pecador. Dios se goza, no con la fe del puro y sin mancha, sino con la de la criatura llena de pecados. Así pues, hermanos, pedid que ésta pueda ser vuestra experiencia, para aprender cada día más que “Él solamente es mi roca y mi salvación”.

III. Y ahora, en tercer lugar, hablaremos de LA GRAN OBLIGACIÓN. Hemos tenido una gran experiencia; por lo tanto, tenemos también una gran obligación.

Si solamente Dios es nuestra roca, y lo sabemos, ¿no estamos obligados a poner en Él toda nuestra confianza, a darle todo nuestro amor, a afirmar en Él toda nuestra esperanza, a dedicarle toda nuestra vida y a consagrarle todo nuestro ser? Ésta es nuestra gran obligación. Si Dios es todo lo que tengo, seguro que todo lo que tengo es de Dios. Si Dios es mi única esperanza, seguro que toda mi esperanza la pondré en Dios. Si el amor de Dios es lo único que salva, seguro que Él tendrá mi amor. Hermano, permíteme un consejo: no tengas dos dioses, ni dos cristos, ni dos amigos, ni dos esposos, ni dos padres celestiales; no tengas dos fuentes, ni dos ríos, ni dos soles, ni dos cielos; ten solamente uno. Por lo tanto, si la salvación se halla solamente en Dios, allegaos a Él con todo vuestro ser.

Nunca tratéis de *añadir nada a Cristo*. ¿Remendaríais el vestido que Él os ha dado con vuestros viejos y andrajosos harapos? ¿Pondríais vino nuevo en odres viejos? ¿Os colocaríais a Su misma altura? Sería como uncir un elefante con una hormiga: jamás ararían juntos. ¿Aparejaríais un ángel y un gusano al mismo carro, esperando cruzar con él el firmamento? ¡Cuánta inconsecuencia! ¡Cuánta necedad! ¿Vosotros con Cristo? ¡Cristo se reiría!; digo mal, ¡lloraría al pensar tal cosa! ¿Cristo y el hombre uniendo esfuerzos? ¿CRISTO & CIA? Jamás ocurrirá esto; Él nunca lo permitirá; Él ha de ser el todo. Cuán absurdo y *equivocado* es tratar de añadirle algo; no lo podría soportar. A los que aman algo que no es Él, les llama adúlteros y fornicarios. Quiere que confíes en Él con todo tu corazón, que lo ames con toda tu alma y que lo honres con toda tu vida. Cristo no entrará en tu casa mientras no pongas todas las llaves bajo su custodia, y no permitirá que te quedes una sola. Y así, te hará cantar:

«Mas si algo retuviese

Sin que la conciencia me acusara,
Amo a mi Dios con celo tan extremo,
Que todo cuanto hubiese le entregara».

Cristianos, es un pecado dejar de entregar algo a Dios, y *Cristo será afligido si así lo hacéis*. Y seguro que no deseáis apesadumbrar a quien derramó su sangre por vosotros. Esto cierto que ningún hijo de Dios quiere vejar a su bendito hermano mayor. No hay ni una sola alma redimida por sangre que se agrade en contemplar, anegados en llanto, los dulces y tiernos ojos de su Amado. Sé que no queréis entristecer a vuestro Señor, ¿verdad? Pero os digo que acongojaréis su generoso Espíritu, si hay algo que comparta con El vuestro amor. Porque os quiere tanto, que está celoso de vuestro amor. Se dice en las Escrituras que el Padre es “un Dios celoso”; y así ocurre, también, con Cristo; por tanto, no confiéis en carros ni en caballos, sino decid siempre solamente es mi roca y mi salvación”.

Tened presente, también, que hay una razón por la que no debéis mirar a nadie más. Si vuestros ojos están distraídos en otras cosas, *jamás podréis tener una plena visión de Cristo*. “Podemos verle manifestado en sus misericordias”, dices. Sí, es cierto; pero vuestra contemplación sería mucho más perfecta si mirarais directamente a su persona. Nadie puede mirar dos objetos a la vez, y verlos claramente. Puedes mirar un poco a Cristo y otro poco al mundo, pero no puedes poner tus ojos de modo total en Cristo y mirar aún al mundo. ¡Oh!, hermanos, os suplico que no tratéis de hacerlo. Si miráis al mundo, será una mota en vuestro ojo; si confiáis en algo más, como el que se sienta entre dos banquillos, caeréis a tierra de forma estrepitosa. Por lo tanto mirad solamente a Él. “Él solamente es mi roca y mi salvación.”

No olvidéis tampoco, hermanos, mi ruego de que no pongáis ninguna otra cosa con Cristo; porque tantas veces como lo hagáis, *seréis azotados por ello*. Jamás ha habido un hijo de Dios que albergara en su corazón a ninguno de los traidores al Señor; porque habría sido acusado del mismo delito. El Supremo Juez ha extendido auto de registro contra cada uno de nosotros. Y, ¿sabéis qué es lo que buscan sus agentes? Les ha mandado que vengán por nuestros amantes, por todos nuestros tesoros y por nuestros ayudadores. A Dios le importan menos nuestros pecados como tales, que nuestros pecados -y aún nuestras virtudes- que usurpan su trono. En verdad os digo, que no hay nada en este mundo sobre lo que podáis poner vuestro corazón, que no haya de ser colgado en una horca más alta que la de Amán. Si Cristo no ocupa el primer lugar en vuestro corazón, Él lo convertirá en castigo. Si vuestra casa es máspreciada que su persona, en prisión la convertirá; si vuestros hijos son más queridos que su amor, como víboras serán, que morderán vuestro seno; si vuestra comida es preferida a sus manjares, beberéis aguas amargas y el pan será como cascajo en vuestras bocas, hasta que todo vuestro alimento sea Él. No hay nada que tengáis y que Él no pueda convertir en una vara, si está ocupando Su lugar; y no dudéis que así lo hará, si permitís que haya algo que robe a Cristo.

Notad, una vez mas que si posáis vuestra mirada en algo que no sea Dios, *pronto caeréis en el pecado*. No ha habido hombre en el mundo que apartando sus ojos de Cristo, haya andado el camino sin Extraviarse. Así, el marino que navega guiado por la Estrella Polar, siempre irá hacia el norte; pero su rumbo será incierto y perdido, si se rige ora por la Estrella Polar, ora para otras constelaciones. E igualmente con vosotros; si no fijáis continuamente vuestros ojos en Cristo, pronto perderéis la ruta. Si alguna vez habéis abandonado el secreto de vuestro poder, es decir, vuestra confianza en el Señor; si alguna vez habéis perdido el tiempo en devaneos con la Dalila de este mundo, amándola más que a Él, los filisteos caerán sobre vosotros, raparán vuestras guedejas y os atarán con cadenas al molino hasta que vuestro Dios os libere, dejando una vez más crecer vuestros cabellos, y os lleve a depositar toda vuestra confianza en el Salvador. Fijad vuestros ojos en Jesús, porque tan pronto como los apartéis de Él, ¡duras serán las consecuencias! A vosotros os digo, hermanos; cuidado con vuestros dones, cuidado con vuestras virtudes, con vuestra experiencia, con vuestras oraciones, con vuestra esperanza, con vuestra humildad. No hay ninguna de estas gracias que no pudiera condenaros si no las cuidarais. El viejo Brooks decía: “Si una mujer tiene un marido y éste le regala una preciosa sortija, y ella ama la joya y le importa más

que su esposa, ¡cuánto no se ofenderá él, y cuán necia no será ella!” ¡Cuidad vuestros dones, hermanos!, ya que podrían resultar más peligrosos que vuestros pecados. Estad advertidos contra todo lo de este mundo; porque todo tiene la misma tendencia, especialmente lo más elevado. Si gozamos de una posición acomodada, es probable que no miremos mucho a Dios; y si vosotros, cristianos, poseéis cierta fortuna, ¡cuidado con el dinero!, ¡cuidado con el oro y la plata!; porque serán una maldición si se interponen entre vosotros y Dios. Fijad vuestros ojos en la nube y no en la lluvia, en el río y no en el barco que flota en su seno. Contemplad el sol y no sus rayos; atribuid vuestros dones a Dios y decid perpetuamente Él solamente es mi roca y mi salvación”.

Finalmente, os ruego otra vez que no apartéis vuestra mirada de Dios para fijarla en vosotros; *porque, ¡qué seríais ahora que seríais siempre, sino unos pobres condenados pecadores, si estuvierais fuera de Cristo!* El otro día, cuando predicaba, durante la primera parte de mi sermón era el ministro quien hablaba; pero, de repente, recordé que no era más que un pobre pecador, y ¡cuán distintas fueron entonces mis palabras! Los mejores sermones que jamás haya predicado, han sido aquellos que pronuncié, no en mi capacidad de ministro, sino como pobre pecador hablando a los pecadores. Y creo que no hay nada como el que un ministro recuerde que no es más que un pobre pecador, después de todo. Se dice del pavo real que, aunque está vestido de finas plumas, se avergüenza de tener los pies negros. Estoy seguro que nosotros también debemos avergonzarnos de los nuestros. Aunque a veces nuestras plumas aparezcan vistosas y brillantes, deberíamos pensar en lo que seríamos si la gracia no nos hubiera auxiliado. ¡Cristiano!, fija tus ojos en Cristo porque fuera de Él no eres mejor que cualquiera de los que están en el infierno; no hay demonio en el averno que no pudiera hacerte ruborizar si tu estuvieses fuera de Cristo. ¡Oh, si fueras humilde! Recuerda cuán perverso es tu corazón, aunque la gracia haya entrado en él; Dios te amó y te dio su gracia, pero no olvides que aún tienes en ti un tumor canceroso. El Señor sacó mucho de tu recado, pero la corrupción todavía permanece, Sabemos que, aunque el viejo hombre esté algo reprimido, y el fuego un poco sofocado por el influjo de las dulces aguas del Espíritu Santo, podría arder con más fuerza que antes si Dios no lo evitara. No nos gloriemos en nosotros mismos, pues. El esclavo no tiene por qué enorgullecerse de su alcurnia: las marcas del hierro están en sus manos. ¡Fuera con el orgullo! Reposemos total y plenamente en Jesucristo.

Antes de terminar, permitidme una palabra para el impío -tú que no conoces a Cristo-: Has oído todo cuanto hemos dicho de que la salvación es sólo de Él. ¿No es para ti esta una buena doctrina? Porque tú no tienes nada, ¿no es cierto? Eres un pobre, perdido y arruinado pecador. Oye esto, pues: tú no tienes nada, y nada necesitas, porque Cristo lo tiene todo. “¡Pobre de mí! Soy un esclavo encadenado”, dirás. ¡Pero Él tiene la redención! “¡No!, soy un sucio pecador.” Pero podrá lavarte hasta dejarte blanco. Sí, eres un leproso, pero el Médico Divino puede sanar tu lepra. Sí, también estás condenado, pero Él tiene tu libertad firmada y sellada, si tú crees en Él. Ciertamente que estás muerto, pero Cristo tiene la vida y puede resucitarle. No necesitas nada de lo tuyo, sólo confiar en Él. Y si hubiera aquí ahora hombre, mujer o niño, que estuviera dispuesto a decir solemnemente conmigo, con todo su corazón: “Entiendo que Cristo es mi Salvador sin que yo posea ninguna virtud o mérito en qué poder confiar. Conozco mis pecados, pero sé que Él es más fuerte que ellos; reconozco mi culpa pero creo que Él es más poderoso que ella”; repito, si alguno de vosotros puede decir esto, puede irse de este lugar gozoso y contento, porque es heredero del reino de los cielos.

Tengo que contaros una singular historia, que fue referida en nuestra reunión de iglesia; porque quizás, por medio de ella, alguna pobre persona que me oiga pueda entender el camino de la salvación. “¿Podrías decirme -preguntaba uno a su amigo creyente- qué le dirías a un pobre pecador que acudiera a ti deseando saber el camino de la salvación?” “Mira -dijo él-, creo que me resultaría muy difícil; pero eso mismo me ocurrió ayer. Una pobre mujer vino a mi tienda y se lo expliqué de una forma tan vulgar, que no me gustaría repetírtelo.” “¡Oh!, sí, no te importe; me agradaría oírlo.” “Bien; pues esa pobre mujer siempre está empeñando cosas, y de vez en cuando las recupera. No encontré modo mejor que el siguiente: Mire, le dije, su alma está empeñada con el demonio, Cristo ha pagado el precio, y usted, usando la fe como resguardo, puede ir y retirarla.” Como veis, fue una forma muy simple, pero a la vez excelente, para presentarle el camino de

salvación a aquella mujer. Es cierto que nuestras almas estaban empeñadas a la venganza del Todopoderoso, y que no teníamos dinero para pagar; pero vino Cristo y satisfizo el precio por completo, y la fe es el recibo que podemos usar para recuperarla del empeño. No necesitamos emplear ni un solo penique nuestro, sino solamente decir: “Heme aquí, Señor, yo creo en Jesucristo; no he traído ningún dinero para pagar por mi alma, porque tengo este resguardo, el precio fue pagado hace mucho tiempo. Está escrito en tu Palabra: “La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado”. Y si vosotros tenéis ese recibo, podéis también rescatar vuestras almas del empeño, y decir: “He sido perdonado, he sido perdonado; soy un milagro de la gracia”. Quiera Dios bendecimos, amigos míos, por Cristo Jesús.

XXVII. SALVACIÓN HASTA LO SUMO

«Por lo cual puede también salvar eternamente
a los que por El se allegan a Dios, viviendo
siempre para interceder por ellos» (Hebreos 7:25).

La salvación es una doctrina peculiar de la revelación. La Biblia nos ofrece una historia completa de ella, sin que en ningún otro sitio podamos encontrar más indicios. Dios ha escrito muchos libros, pero sólo uno ha tenido como objeto la enseñanza del camino de la misericordia. Ha escrito el gran libro de la creación, cuya lectura es para nosotros un deber y un placer. Es un volumen embellecido en sus cubiertas con rutilantes piedras preciosas y con policromos tonos, conteniendo en su interior maravillosas páginas, ante las cuales el sabio se extasía por siglos, y encuentra siempre en ellas nuevos temas para sus conjeturas. La naturaleza es la cartilla donde el hombre puede aprender el nombre de su Hacedor. Él la ha adornado con bordados, oro y pedrería. Hay doctrinas de verdad en las poderosas estrellas, y lecciones escritas en los verdes campos y en el brotar de las flores. Cuándo contemplamos la tormenta y la tempestad, leemos en los libros de Dios, porque todas las cosas nos hablan de Él, como si fuera Él mismo quien hablara; y si nuestros oídos están abiertos podemos oír su voz en el murmullo de cada arroyuelo, en el retumbar de cada trueno, en el resplandor de cada rayo, en el parpadeo de cada estrella, y en los tiernos capullos de las flores. Dios ha escrito el gran libro de la creación para enseñarnos cuán infinito y poderoso es; pero en él no encuentro nada sobre la salvación. Las rocas dicen: “La salvación no está en nosotras”; el viento sopla, pero su ulular no nos habla de salvación; las olas rompen en la playa, pero entre los restos de naufragos que nos traen no hallamos rastro de salvación; las profundas simas de los océanos encierran perlas en sus entrañas, pero no encierran la perla de la gracia; los cielos estrellados son recorridos por meteoros fulgurantes, pero no hay en sus estelas señales de salvación. Nada nos habla de salvación a no ser este libro escrito por la misericordia del Padre, donde encuentro su bendito amor revelado a la gran familia humana, para decirles que están perdidos, pero que Él puede salvarlos, y que al salvarlos, Él es “el justo y el que justifica”. La salvación, pues, tenemos que hallarla en las Escrituras y solamente en ellas; porque en ninguna otra parte podríamos encontrarla. Y puesto que ha de ser hallada en las Escrituras, sostengo que la doctrina principal de la revelación es la salvación. No creo, por lo tanto, que la Biblia me haya sido enviada para enseñarme historia, sino para hablarme de la gracia; tampoco para ofrecirme un sistema filosófico, sino para enseñarme teología; ni, mucho menos, para educarme en la sabiduría humana, sino en la sabiduría del Espíritu. Por consiguiente, es mi firme opinión que toda predicación sobre filosofía y ciencia debe ser apartada del púlpito. Con esto no pretendo poner coto a la libertad de nadie, porque Dios es el único juez de la conciencia del hombre; pero si profesamos ser cristianos, debemos predicar cristianismo; y si nos llamamos ministros de Cristo, perdemos el tiempo tontamente, engañamos a nuestros oyentes e insultamos a Dios, si en lugar de hablar de salvación nos dedicamos a disertar sobre botánica o geología. Todo aquel que no predique siempre el Evangelio, no debiera ser considerado como ministro de Dios.

Lógicamente, pues, es de la salvación de lo que quiero hablaros. Hemos de destacar en nuestro texto varios puntos importantes. En primer lugar, se nos dice *quiénes son los que serán salvos*: “los que se allegan a Dios por medio de Cristo”; a continuación, *hasta dónde puede salvar el Salvador*: “puede salvar eternamente”; y por último, *la razón por la que puede salvar*: “porque vive siempre para interceder por ellos”.

1. Primeramente se nos dice QUIÉNES SON LOS QUE HAN DE SE SALVOS. Y éstos son “los que se allegan a Dios por Jesucristo”. No encontramos aquí ninguna discriminación de secta o denominación. No dice, los bautistas, los independientes, o los episcopalianos que se acerquen a Dios por Jesucristo, sino simplemente “*los que*”; por lo que yo entiendo que son todos aquellos, sin distinción de credo, jerarquía o clase, que no hagan otra cosa que acercarse a Cristo. Estos

serán salvos cualquiera que sea su aparente posición ante los hombres o cualquiera que sea la denominación a que pertenezcan.

1. Ahora consideraremos a *quién se allegan estas personas*. “Se allegan a Dios.” Por acercarnos a Dios no debemos entender una mera devoción superficial, ya que esto puede no ser más que una manera solemne de pecar. Qué espléndida confesión encontramos en el Devocionario de la Iglesia Anglicana: “Todos nos hemos apartado y extraviado de tus caminos como ovejas perdidas; hemos hecho lo que no debíamos y dejado de hacer lo que debíamos; no hay nada bueno en nosotros”. No hay en toda la lengua inglesa una declaración más hermosa; y sin embargo, amigos, ¡cuán harto frecuente, hasta el más bueno de nosotros, nos hemos burlado de Dios al repetir estas palabras verbalmente, creyendo que hemos cumplido con nuestro deber! ¡Cuántos de vosotros venís a la capilla y, aunque dobláis vuestras rodillas en oración y cantáis himnos de alabanza, debéis confesar vuestra ausencia! Amigos míos, una cosa es ir a la capilla o a la iglesia y otra muy distinta es ir a Dios. Hay muchas personas que pueden orar elocuentemente y que así lo hacen, y quienes han aprendido una forma de orar de memoria o, quizá, emplean expresiones improvisadas de su propia invención, pero que en lugar de ir a Dios, se apartan de Él en todo momento. Persuadíos de que no debéis contentaros con simples formalidades. Habrá muchos condenados que, según ellos, no habrán profanado el domingo; pero que durante toda su vida estuvieron violándolo. Tan posible es quebrantar el domingo en la iglesia, como en el parque; tan fácil en esta solemne asamblea, como en vuestras propias casas. Realmente profanáis el día del Señor cuando os limitáis simplemente a cumplir con la obligación; y una vez cumplida, os volvéis a vuestros hogares muy contentos creyendo que ahí acabó todo -que habéis hecho el trabajo del día- mientras que en ningún momento os habéis acercado a Dios, sino a las ceremonias y ritos externos lo cual no es, en modo alguno, acercarse a Dios.

Permitid que os repita de nuevo que acercarse a *Dios* no es lo que muchos de vosotros suponéis, es decir: *realizar de cuando en cuando un acto de devoción y dedicar al mundo la mayor parte de vuestra vida*. Creéis que si a veces sois sinceros, y de vez en vez eleváis al cielo una ferviente súplica, Dios os aceptará; y aunque vuestra vida sea aún mundana y vuestros deseos carnales, suponéis que gracias a esta devoción ocasional, Dios se contentará y en su infinita misericordia borrará vuestros pecados. Os digo, pecadores, que es imposible traer a Dios una mitad sin entregarle la otra. Si una persona entra aquí, supongo que habrá traído todo su ser; del mismo modo, si alguno va a Dios no puede llevarle sólo una mitad, negándole la otra. Todo nuestro ser debe ser entregado al servicio de nuestro Hacedor. Debemos acudir a Él con una entrega total, dejando cuanto somos y cuanto podemos ser, para estar completamente consagrados a su servicio, o de otro modo nunca habremos ido a Dios como es debido. Me maravillo al ver cuanta gente, en estos días, intenta amar al mundo y a Cristo al mismo tiempo; como dice el viejo proverbio: “Ponen una vela a Dios y otra al diablo”. A veces, cuando les conviene ser religiosos, son verdaderamente buenos cristianos; pero dejan de serlo cuando creen que la religión puede ocasionarles algún contratiempo. Os prevengo que no os ha de servir de nada el tratar de contemporizar de ese modo. “Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él.” Me gustan los hombres íntegros de la clase que sean. Dadme un hombre que sea pecador, que tengo esperanzas para él si veo que reconoce sus vicios y tiene conciencia de su propia condición; pero si me dais uno que sea indiferente, que no sea lo bastante osado para darse al demonio, ni lo suficientemente sincero para entregarse por entero a Cristo, os digo que desespero de él. Quien quiera pertenecer a ambos, es un caso completamente perdido. ¿Creéis, pecadores, que es posible servir a dos señores, cuando Cristo ha dicho que no? ¿Os imagináis que podéis andar con Dios y con Mammón al mismo tiempo? ¿Podréis dar una mano a Dios y otra al diablo? ¿Suponéis que se os permitirá beber en la copa del Señor y en la de Satanás, a la par? Os digo que seréis apartados como malditos y miserables hipócritas, si acudís a Dios de esta manera. El quiere que vengáis totalmente, o, de otra forma, no os recibirá. El hombre, todo él, debe buscar a Dios y derramar toda su alma a Sus pies. No hay otra manera de acercarse a Dios. ¡Oh!, los que claudicáis entre dos pensamientos, recordad lo que os he dicho y temblad.

Me parece oír a alguno que dice: “Bien, díganos pues, que es acercarse a Dios”. A este le contesto que acercarse a Dios implica *dejar algo*. El que se acerque a Dios ha de abandonar sus pecados, su propia justicia, sus malas y sus buenas obras; y acudir a Él dejándolo todo.

Además, acercarse a Dios presupone *que no existe aversión hacia Él*; porque nadie se acercará a Dios mientras le odie; antes al contrario, procurará más bien alejarse de Él. Acercarse a Dios significa *sentir amor hacia Él y desear estar a su lado*. Pero sobre todo, *es orar y tener fe en Él*. Esto es acercarse a Dios, y los que así lo hacen se encuentran entre los salvos; sus espíritus anhelantes apresuran sus pasos.

2. Observemos a continuación *de qué forma se allegan*. “Se allegan a Dios *por medio de Cristo*.” Hemos conocido a muchos que dicen que su religión es la naturaleza, y que adoran a Dios en ella; los cuales creen que pueden acercarse a Él prescindiendo de Jesucristo y despreciando su mediación; estos, en caso de peligro, dirigen sus oraciones a Dios sin fe alguna en el Mediador. ¿Imagináis, acaso, que el Gran - Dios, vuestro Creador, va a oíros y salvaros prescindiendo de los méritos de su Hijo? Solemnemente os aseguro en el santísimo nombre de Dios, que jamás, desde la caída de Adam, ha sido contestada por Dios el Creador oración alguna para salvación sin la mediación de Jesucristo. Nadie puede ir al Padre si no es por Jesucristo; y si alguno de- vosotros niega su divinidad, si vuestras almas no se acercan a Dios por los méritos del Salvador, mi lealtad me obliga a deciros claramente que estáis condenados; porque por muy afables que seáis, no podéis tener razón a menos que creáis en Él. Elevad cuantas oraciones queráis, que, a menos que las presentéis en el nombre de Cristo, seréis condenados. No os servirá de nada si las lleváis al trono vosotros mismos. “Vete de aquí, pecador, vete de aquí -dice Dios-; nunca te conocí. ¿Por qué no pusiste tus plegarias en las manos del Mediador? Ciertamente hubieran sido respondidas. Pero por presentármelas tu mismo, ¡mira lo que hago con ellas!” Y leyendo tus peticiones, las esparcirá a los cuatro vientos del cielo; y tú te marcharas sin ser oído, y sin la salvación. El Padre no salvará a nadie fuera de Cristo; no hay en el cielo ni una sola alma que no haya sido salvada por Jesucristo; no hay ni siquiera uno que haya ido a Dios directamente, sin pasar por Jesús. Si queréis estar en paz con Dios, debéis acercarnos a Él por los méritos de Cristo, porque Él es el camino, la verdad y la vida; presentando siempre su justicia, y solamente la suya.

3. Empero cuando éstos se allegan, *¿por qué lo hacen?* Hay algunos que creen venir a Dios, pero no lo hacen movidos por el motivo que debieran. ¡Cuántos estudiantes acuden a Dios suplicando ayuda para sus estudios! ¡Cuántos comerciantes le piden que les resuelva sus problemas! Están acostumbrados, ante cualquier dificultad, a elevar tal tipo de oración que, si conocieran su valor, desistirían del intento; porque “el sacrificio de los impíos es abominación a Jehová”. El pobre pecador sólo tiene un objetivo al ir a Cristo. Para él, si el mundo le fuese ofrecido, no merecería la pena aceptarlo si tuviese que perder a Cristo. Imaginaos a un hombre sentenciado a muerte, encerrado en la celda de los condenados; tañe la campana; pronto será sacado para morir en la horca. Toma, hombre, te he traído un hermoso vestido. ¡Qué! ¿No te alegras? ¡Mira, está recamado de plata! ¿No ves como brillan sus piedras preciosas? Un vestido como este cuesta cientos y cientos de libras; su confección es de la más delicada artesanía. ¡Se sonríe despectivamente! Escucha, voy a ofrecerte algo más. Toma; el título de propiedad de una gran posesión: grandes terrenos, suntuosas mansiones, parques y bellos jardines. Todo es tuyo. ¡Cómo! ¿Aun no te alegras? Si hubiese dado todas estas cosas a cualquiera que pasara por la calle, aún siendo más rico que tú, habría saltado de alegría. Y ¿no vas a esbozar ni tan siquiera una sonrisa cuando te estoy vistiendo de oro y haciéndote inmensamente rico? Probaré una vez más. También tengo la púrpura del César para ti; ponla sobre tus hombros; ciñete su corona, que no se asentará en ninguna cabeza que no sea la tuya. Es la corona de los imperios que no conocen fronteras. Te haré rey; en tus dominios jamás se pondrá el sol; reinarás de polo a polo. ¡Levántate! ¡Que te llamen César! Eres emperador. Pero ¡cómo!, ¿aún no sonríes? ¿Qué es lo que quieres, pues? “Aparta de mí esa futilidad -dice quitándose la corona- Rompe esa escritura sin valor. Llévate ese vestido y deja que el viento lo arrastre. Entrega todo esto a los reyes de la tierra; a

ellos, que tienen vida; porque yo he de morir, y, ¿de qué me servirán tus presentes? Tráeme el perdón, y no me importará no ser César. Déjame vivir como un mendigo, y no morir como un príncipe.” Éste es el caso del pecador cuando se acerca a Dios. Acude buscando salvación y dice:

«Desdén las riquezas y el honor,
Vanos son los placeres de este mundo;
Nunca satisfarán mi sed de amor.
Dame a Cristo, Señor, sin Él me hundo».

Solamente pide misericordia. ¡Oh, amigos míos!; si alguna vez habéis acudido a Dios clamando salvación, y sólo salvación, habéis pedido lo que El quiere. Estad seguros que no os defraudará. Si pidiereis pan, ¿os daría piedras? Si así fuera, podríais arrojármelas a mí. Si yo os ofreciera riquezas, poca cosa sería. Por eso debemos predicar al pecador que viene a Cristo, la dádiva que mendiga -el don de la salvación por Cristo Jesús, Señor nuestro- que puede ser suyo por la fe.

4. Un pensamiento más sobre este acercarse a Cristo. *¿De qué forma se allegan estas personas?* Intentaré describir cómo acuden algunos a la puerta de la misericordia, según su criterio, para pedir la salvación. He aquí el primero. ¡Un individuo distinguido que llega en carroza tirada por seis caballos! Observad cuán firmemente conduce. Es un hombre de posición que lleva criados con librea y los caballos ricamente enjaezados. Es rico, inmensamente rico. Llega a la puerta y dice: “Llamad por mí; soy lo suficientemente rico, pero, no obstante, me figuro que nunca estará de más que me asegure. Soy un caballero muy respetable. Tengo en mi haber tantas obras buenas y tantos méritos propios que creo, digo yo, que esta carroza me llevará a través del río de la muerte, dejándome sano y salvo en la otra orilla; pero a pesar de ello es elegante ser religioso; así pues me acercaré a la puerta. ¡Portero!, abre las puertas y déjame entrar. Ten presente que soy una persona honorable”. Nunca encontraréis las puertas abiertas para este hombre, porque no se acerca a ellas como debiera. Veamos ahora a otro. Este no tiene tantos méritos, pero también tiene los suyos. Viene andando pausadamente y grita: “¡Ángel!, ábreme la puerta; he aquí vengo a Cristo, y creo que me gustaría ser salvo; no creo que me hagan falta muchas para salvarme. Siempre he sido un hombre recto, honrado y virtuoso; no me considero muy pecador; tengo prendas propias, pero no me importaría ponerme las de Cristo; no me ofendería por ello. Si es necesario ponerse traje de bodas, puedo traer el mío”. Pero las puertas seguirán firmemente cerradas también para éste. Ahora, por último, atended, que se acerca un hombre justo. Desde lejos se oyen sus gemidos y suspiros; se acerca llorando y lamentándose; incluso trae una soga al cuello porque cree que merece ser condenado; viene al trono celestial cubierto de andrajos; y, al llegar a la puerta de la misericordia, le da miedo llamar. Levanta la vista y ve escrito en el dintel: “Llamad, y se os abrirá”; pero no se atreve: teme profanar la puerta con el pobre contacto de su mano. Se decide, y llama quedamente; si la puerta no se abriese sería la más desgraciada de las criaturas. Prueba de nuevo una y otra vez; llama, llama y llama sin cesar, pero nadie responde; aún es pecador, y comprende que es indigno de entrar allí; aún así, no desespera y prueba una vez más, hasta que al final aparece el buen ángel sonriente que le dice: “Pasa, que esta puerta ha sido hecha para los mendigos, y no para los príncipes; la puerta del cielo es para que entren los pobres en espíritu, y no para los ricos. Cristo murió por los pecadores, no por aquellos que son buenos y están manos; Él vino al mundo para salvar a lo abyecto.

«No al justo; pecadores
Jesús vino a llamar.»

¡Entra, pobre, entra!; ¡tres veces bienvenido!” Y los ángeles cantan: “¡Tres veces bienvenido!” ¿Cuántos de vosotros, queridos amigos, habéis venido a Dios por Jesucristo de esta manera? No con la pompa orgullosa del fariseo ni con la hipocresía del bueno que cree merecer la salvación, sino con el sincero lamento del penitente; con el ardiente deseo del alma sedienta por las aguas

vivas; bramando como el ciervo que en el desierto busca las corrientes de las aguas; deseando a Cristo como los que esperan la mañana; más que los que esperan la mañana. Tan cierto como que mi Dios esta sentado en los cielos, si no os habéis acercado a Él de esta forma, en manera alguna os habréis acercado; pero si así lo habéis hecho, he aquí para vosotros su maravillosa palabra puede salvar eternamente a los que por Él se allegan a Dios”.

II. Ya que hemos considerado nuestro primer punto -el ir a Dios-, veremos en segundo lugar: ¿HASTA DONDE PUEDE SALVAR EL SALVADOR? Esta pregunta es tan importante que de su respuesta depende la vida o la muerte; se trata del poder de Cristo. ¿Hasta qué punto puede llegar la salvación? ¿Cuáles son sus confines y términos? Si Cristo es el Salvador, ¿hasta dónde puede salvar? Si Él es médico, ¿hasta dónde llegan sus conocimientos para curar las enfermedades? ¡Cuán excelente respuesta nos da el texto! “Él puede salvar eternamente.” Ahora bien, puedo afirmar con certeza, y ninguno de los que estáis aquí podéis negarlo, que no hay nadie que sepa hasta qué punto alcanza la eternidad. David dijo: “Si tomare las alas del alba, y habitare en el extremo de la mar, aún allí me guiará tu mano.” Pero, ¿quién sabe dónde está el extremo? Pedid restadas alas de ángeles y volad lejos, muy lejos, más allá de la estrella más lejana; id donde nunca ha llegado el batir de las alas, donde el reposado éter está tan tranquilo y sereno como el mismo seno de Dios, y no habréis llegado aún hasta el confin de lo eterno. Aun más; cabalgad en los rayos de la aurora y seguid vuestro viaje más allá de los términos de la creación, donde el espacio se acaba y el caos tiene su reino, que aún así no habréis llegado a la eternidad: está más allá del alcance de la razón o del pensamiento. Sin embargo, nuestro texto nos dice que Cristo puede salvar eternamente”.

1. Pecador, a ti me dirigiré primero, y después a los santos de Dios. Has oído que Cristo “puede salvar eternamente”; por lo cual, debemos entender que lo sumo del pecado, su mayor intensidad, no escapa al poder del Salvador. ¿Hay alguien que pueda decirnos hasta qué grado, hasta qué límite puede llegar el pecado del hombre? Muchos de nosotros creemos que Palmer ha llegado casi al límite concebible de la depravación humana; que ningún corazón podría ser tan perverso como el que proyectó un asesinato tan premeditado y estudió un crimen tan alevoso. Pero yo creo que aún puede haber hombres peores que él, y del mismo modo creo que si se le hubiese perdonado la vida y puesto en libertad, podría superarse a sí mismo en su maldad. Y es más, suponiendo que cometiera otro asesinato, y después otro y muchos más, ¿habría llegado hasta el límite? ¿No es posible que el hombre rebase su propia medida? Durante toda su vida, podrá ser cada día peor. Mas nuestro texto dice que Cristo “puede salvar eternamente”, es decir hasta lo sumo. Quizá alguno de vosotros se ha arrastrado hasta aquí creyéndose el más aborrecible de todos los seres, la más perdida de todas las criaturas. “He llegado hasta el límite del pecado”, dirá, “nadie podría aventajarme en depravación.” Mi querido amigo, suponiendo que hayas llegado hasta el límite, recuerda que aún así no habrás ido más lejos de lo que la divina misericordia puede alcanzar, porque “El puede salvar eternamente”; puedes avanzar un poco más todavía, que tampoco habrás llegado al extremo. Por mucho que puedas apartarte, aunque hayas logrado llegar a las mismísimas regiones árticas del vicio, donde el sol de la gracia parece apenas llegar con sus oblicuos rayos, allá puede alcanzarte la luz de la salvación. Si yo viera a un pecador vacilante en su camino hacia el infierno, no le abandonaría aunque hubiese llegado hasta el último peldaño de la iniquidad. Aunque su pie colgara tembloroso sobre el mismo borde de la perdición, no dejaría de orar por él; y aunque, en su pobre embriaguez de maldad, se acercara tambaleándose hasta que uno de sus pies estuviera sobre el mismo averno, y en un segundo pudiera perecer, no desesperaría de él. Mientras el abismo no lo hubiese atrapado en sus fauces, yo creería que la gracia divina podría salvarlo. ¡Mirad! Está al mismo borde de la sima. En un momento caerá; pero antes que esto ocurra, la libre gracia ordena: “¡Sujetad a ese hombre!” La misericordia descendiende, le pone sus anchas alas y lo salva, llevándolo como trofeo del amor redentor. Si en esta reunión hubiera alguno así -paria de la sociedad, el más vil de lo vil, la escoria, el desecho de este pobre mundo-, ¡Oh, tú, el más grande de los pecadores!, Cristo “puede salvar eternamente”.

¡Pregonad este mensaje por doquier, en las buhardillas, en las cuevas, en los antros de perdición, en todo cubil de pecado!; ¡anunciadlo por todas partes! “¡Eternamente!” -¡Hasta lo sumo!- “¡Él puede salvar eternamente!”

2. Aun más: No solamente hasta el límite del delito, sino *hasta lo sumo del rechazamiento*. Os explicaré lo que quiero decir con esto. Muchos de vosotros habéis escuchado el Evangelio desde vuestra juventud. Conozco a varios que están aquí, quienes, como yo, fueron hijos de padres piadosos, y sobre cuyas frentes infantiles continuamente cayeron las más puras gotas del cielo en las lágrimas de su madre; hay muchos aquí que fuisteis criados por alguien cuyas rodillas siempre se doblaron para orar por vosotros. Ella nunca se marchó a la cama sin haber orado antes por ti, su primogénito. Tu madre tal vez se ha marchado al cielo y todas sus oraciones están aún sin responder. A veces lloras. Recuerdas muy bien cómo cogió tus manos y te dijo: “¡Ah!, Juan, destrozará mi corazón con tu pecado si continuas por esos caminos de perdición; ¡Oh!, si supieras cómo suspira el corazón de tu madre por tu salvación, ciertamente tu alma se ablandaría y te allegarías a Cristo”. ¿Recordáis aquel momento? Gruesas gotas de sudor perlaron vuestra frente, y dijisteis -porque no podíais romper su corazón-: “Madre, lo tendré en cuenta”; pero no lo hicisteis; encontrasteis a vuestros amigos y todo se acabó; os sacudisteis de encima la reconvención materna; como la delgada tela de araña soplada por el fuerte viento del norte, no quedó ni rastro de ella. Desde aquel día muchas veces habéis venido a oír al pastor. No hace mucho tiempo que oísteis un poderoso sermón; el predicador habló tan realmente como si hubiese regresado de la tumba; con tanta veracidad, como *si* él mismo hubiera sido un espíritu que volviera del reino de la desesperación, mostrándoos su propio horrible destino y avisándoos de ello. Recordáis cómo las lágrimas rodaron por vuestras mejillas mientras os hablaba del pecado, la justicia y el juicio que ha de venir; recordáis cómo os predicó a Jesús y la salvación por su cruz, y cómo vosotros os levantasteis de vuestros asientos diciendo: “Si Dios me concede otro día de vida, me volveré a Él con todo mi corazón”. Pero, ahí estás, sin convertirte, quizás peor que antes. El ángel sabe dónde has pasado esta tarde del domingo, y el espíritu de tu madre también lo sabe, y si ella pudiese llorar, lo haría sobre ti que has menospreciado el día del Señor y pisoteado su santa Palabra. Pero, esta noche, ¿no sientes en tu corazón el tierno impulso del Espíritu Santo? ¿No oyes una voz que te dice: “¡Pecador!, ven a Cristo ahora”? ¿No oyes la conciencia que te susurra al oído, que te dice tus pasadas transgresiones? ¿No oyes el dulce canto del ángel que te invita diciendo: “Ven a Jesús, ven a Jesús; Él quiere salvarte todavía”? Ten por cierto, pecador, que aunque hayas rechazado a Cristo hasta lo sumo, aún te puede salvar. Has pisoteado miles de oraciones; centenares de sermones han sido desaprovechados por ti, y has desperdiciado miles de domingos; has rechazado a Cristo, has despreciado su Espíritu; pero, a pesar de todo eso, Él no cesa de llamarte:

¡Vuelve, vuelve, vuelve!” “Cristo puede salvar eternamente” si vienes a Dios por Él.

3. Hay otro aspecto que atrae particularmente mi atención esta noche. Es el del hombre que ha llegado *al extremo de la desesperación*. Hay personas en este mundo, pobres criaturas, que se han empedernido a causa de una vida de delitos; y cuando al fin han sido despertados por los remordimientos y el aguijón de la conciencia, ha habido un espíritu maligno que, cobijándolos bajo sus alas, les ha dicho que es imposible para los que son como ellos encontrar la salvación. Sabemos de algunos que han ido tan lejos que creen que aún los demonios podrían ser salvos antes que ellos. Se han tenido por perdidos y han firmado su propia sentencia de muerte; y en tal estado de ánimo, han tratado incluso de poner fin a su desdichada vida. La desesperación ha llevado a muchos hombres a una muerte prematura, ha afilado muchos cuchillos y ha preparado muchas copas de veneno. ¿Hay algún desesperado aquí? Lo conozco por su cara sombría y su mirada abatida. Desearía estar muerto, porque cree que la realidad del infierno no sería tan mala como el tormento de estar aquí. ¡Alma desesperada!, ten esperanza aún, porque Cristo “es poderoso para salvar eternamente”, y aunque hayas sido encerrado en la mazmorra más profunda del castillo de la desesperación, aunque puerta tras puerta se cierre tras de ti, y el hierro de la reja de tu ventana te

haga desistir de limarla y la altura de los muros de tu encierro sea tan enorme que no tengas esperanza de escapar, sabe que hay Uno a la puerta que puede romper todos los cerrojos y saltar todas las cerraduras; hay Uno que puede sacarte fuera al aire libre de Dios y salvarte, porque, por mal que se pongan las cosas para ti, “Él es poderoso para salvarte eternamente”.

4. Y ahora, una palabra para los santos, para consolarlos; porque este texto es suyo también. ¡Amado hermano en el Evangelio!, Cristo puede salvarte eternamente. ¿Has caído muy bajo *por la aflicción*? ¿Has perdido casa y hogar, amigos y fortuna? Aun así, recuerda que no has llegado hasta el límite. Por muy mal que estés podrías estar peor. Y suponiendo que llegaras a no tener ni un harapo con que cubrirte, ni un mendrugo de pan que comer, ni una gota de agua, aún podría salvarte, porque “Él es poderoso para salvar eternamente”.

Lo mismo ocurre con la tentación. Si fuese asaltado por la más violenta tentación con que jamás persona alguna haya sido probada, Él puede salvarte. Y si hubieses caído en tal trance que el pie de Satanás pisara tu cuello, y el malvado dijera: “Ahora acabaré contigo”, aún entonces podría Dios salvarte. Sí, y si vivieras por muchos años con los peores *achagues* hasta que anduvieses apoyado en un bastón, arrastrando vacilante tu pesada vida, y así sobrevivir a Matusalem, no vivirías más allá de la eternidad, y entonces Él podría salvarte. Y no sólo eso, sino que cuando tu barca sea botada por la *muerte* en el desconocido mar de la eternidad, Él estará contigo; y aunque te cubran densos vapores de tenebrosa oscuridad y no puedas leer en el incierto futuro, aún cuando tus pensamientos te digan que serás destruido, Dios “podrá salvarte eternamente”.

Así, pues, amigos, si Cristo puede salvar a los cristianos eternamente ¿creéis acaso que permitirá que alguno de ellos perezca? Esté donde esté y vaya donde vaya, espero poder elevar siempre mi más firme protesta contra la más perversa de las doctrinas: la de que los santos pueden apostatar y perderse. Hay ministros que predicán que una persona puede ser un hijo de Dios (ahora, ¡ángeles!, no oigáis lo que voy a decir; oidme vosotros, los que estáis abajo en el infierno, que os puede interesar), que un hombre puede ser hijo de Dios hoy e hijo del demonio mañana; que Dios puede absolver a un hombre y más tarde condenarlo -salvarlo por gracia y luego dejarlo perecer-; que puede permitir que una persona sea arrebatada de la mano de Cristo, aunque Él haya dicho que tal cosa jamás ocurrirá. ¿Cómo podéis explicaros esto? Si tal cosa sucediera no sería por falta de poder, sino de amor; y, ¿osaría acusarle de ello? Él está lleno de amor; y puesto que también es todopoderoso, nunca permitirá que ninguno de su pueblo perezca. La verdad es, y lo será siempre, que Él salvará eternamente.

III. Ahora, y por último, consideraremos: ¿POR QUÉ JESUCRISTO “ES PODEROSO PARA SALVAR ETERNAMENTE”? La respuesta es: “Porque Él vive siempre para interceder por ellos”. Esto implica que murió, lo cual es, verdaderamente, la maravillosa fuente de su poder salvador. ¡Oh, cuán dulce es meditar en la grande y admirable obra que Cristo ha hecho, por la que ha llegado a ser “el Pontífice de nuestra profesión”, poderoso para salvarnos! Es consolador volver la vista al Calvario, y contemplar sobre el árbol de la cruz aquella figura agonizante; es dulce, maravillosamente dulce, atisbar con los ojos del amor por entre aquellos apretados olivos, y oír los lamentos del Hombre que suda gruesas gotas de sangre. Pecador, si me preguntas cómo Cristo puede salvarte, te diré que puede hacerlo porque no se salvó a sí mismo; Él puede salvarte porque llevó tus pecados y sufrió tu castigo. No hay otro camino de salvación que no sea el de la satisfacción de la justicia divina. O debe morir el pecador, u otro en su lugar. Pecador, Cristo puede salvarte, porque si vienes a Dios por Él, entonces murió por ti. Tenemos una deuda para con Dios, y Él nunca la perdona: debe ser pagada. Cristo la pagó por nosotros, el pobre pecador queda en paz.

En este texto se nos da también otra razón por la que Él puede salvar: No solamente porque murió, sino *porque vive para interceder por nosotros*. Aquel Hombre que una vez murió en la cruz está vivo; aquel Jesús que fue sepultado en la tumba vive; y os diré qué es lo que está haciendo ahora; Escuchad, si tenéis oídos! ¿No le has oído, pobre penitente pecador? ¿No oíste su voz, más dulce que el sonido del arpa? ¿No has oído una voz embelesadora? ¡Escucha!, ¿qué es lo que ha dicho?

“¡Oh Padre mío, perdona a... -¡menciona tu propio nombre!- ¡Oh, Padre mío, perdónale; no sabía lo que se hacía. Es cierto que pecó contra la luz, el saber y las amonestaciones; es verdad que pecó obstinada y miserablemente; pero, Padre, ¡perdónale!” Penitente, si puedes escuchar, lo oirás rogando por ti. Y es por esto que puede salvar.

Y para finalizar, permitidme una amonestación y una pregunta. Recordad que la misericordia de Dios tiene un límite. Hemos visto por las Escrituras que “Él puede salvar eternamente”; pero existe un límite a este propósito de salvación. Si leemos la Biblia correctamente, encontraremos en ella un pecado que jamás tendrá perdón. Es el pecado contra el Espíritu Santo. Tiembla, impenitente pecador, no sea que lo cometas. Este pecado no presenta las mismas características en cada persona; pero en la mayor parte de ellas consiste en sofocar su propio convencimiento de culpabilidad. Temblad, amigos que me oís, no sea que este sermón sea el último que oigáis. Marchaos y burlaos del predicador, si queréis; pero no olvidéis esta amonestación. Pudiera ser que la próxima vez que os riáis de un sermón, os burléis del predicador, o menospreciéis un texto, en el mismo momento que profiráis la blasfemia, Dios diga: “Se ha dado a los ídolos, dejadle solo; mi Espíritu nunca más disputará con ese hombre; nunca más le hablaré”. Ésta es la amonestación.

Y con la pregunta acabo. *Cristo ha hecho tanto por ti, ¿qué has hecho tú por Él?* ¡Pobre pecador!, si sabes que Cristo murió por ti -yo sé que lo hizo si te arrepintieses-, y si tu supieras que un día puedes ser suyo, ¿le escupirías ahora? ¿Te burlarías del día del Señor si supieras que puede llegar a ser tu día? ¿Despreciarías a Cristo si supieras que Él te ama ahora, y que te manifestará su amor un día? Muchos os aborreceréis a vosotros mismos cuando conozcáis a Cristo, porque no lo tratasteis mejor. Él vendrá a vosotros una de estas claras madrugadas, y os dirá: “Pobre pecador, yo te perdono”; levantaréis los ojos a su cara, y diréis: “¿Qué? ¿El Señor perdonarme a mí que acostumbro a maldecirle, y me burlo de los suyos y desprecio todo cuanto tiene que ver con la religión...? ¡Perdonarme?” “Sí”, dice Cristo, “dame la mano; yo te amaba cuando tu me odiabas. ¡Ven conmigo!”. Estoy seguro que nada romperá tanto vuestro corazón como el conocer el modo en que pecasteis contra Aquel que tanto os amó.

¡Oh!, amados, oíd el texto otra vez “Él puede salvar eternamente a los que por Él se allegan a Dios”. Yo no soy orador ni tengo elocuencia; pero si fuera lo uno y tuviera la otra, os predicaría con toda mi alma. Ahora, todo lo que puedo hacer es seguir hablando y deciros lo que sé; sólo puedo deciros otra vez que

«Él puede, Él quiere, no vuelvas a dudar.
El libre amor de Dios nos glorifica;
Venid, sedientos a la Gran Bondad.
Su gracia, que Él nos da, a Él nos acerca;
Creed y arrepentirás de verdad.
Sin nada de vosotros,
Venid a Jesús, venid y comprado».

Porque “Él puede salvar eternamente a los que por Él se allegan a Dios”. ¡Oh, Señor, haz que los pecadores vengan! ¡Espíritu de Dios, hazlos venir! ¡Fuérzalos a venir a Cristo por tu dulce coacción, y no permitas que nuestra palabra sea vana o nuestro trabajo perdido! ¡Por amor de Jesucristo! Amén.

XXVIII. ¡DESPERTAD! ¡DESPERTAD!

«Por tanto, no durmamos como los demás, antes velemos y seamos sobrios»
(1 Tesalonicenses 5:6).

Cuán tristes son los resultados del pecado. Este nuestro placentero mundo fue en épocas pasadas un templo glorioso donde cada columna reflejaba la bondad de Dios, y donde cada una de sus partes era símbolo de lo bueno; pero el pecado ha destruido y dañado todas las figuras y metáforas que de nuestra tierra se podrían sacar. Ha desordenado de tal forma la economía divina para la naturaleza, que aquellas cosas que eran cuadros inimitables de virtud, bondad y celestial plenitud de bendición se han convertido en figuras y representaciones del pecado. Es sorprendente, pero sorprendentemente cierto, que los mejores dones de Dios hayan venido a ser, por la acción del pecado del hombre, las peores estampas de la culpabilidad humana. ¡Contemplad el agua!; cómo al brotar de sus fuentes se precipita por los campos llevando en su seno la abundancia; los cubre por algún tiempo, para luego filtrarse, dejando sobre la llanura un fértil sedimento donde el labriego sembrará su semilla y de donde sacará su cosecha. Este brotar del agua podría sugerirle a alguien una bella representación de la plenitud de la providencia, de la magnificencia de la bondad de Dios hacia la raza humana; pero vemos cómo el pecado se ha apropiado esta figura para sí mismo. El principio de la iniquidad es como el prorrumper de las aguas. ¡Mirad el fuego! Cuán bondadosamente nos ha concedido Dios ese elemento para confortarnos en medio de los hielos invernales. Huyendo del frío y la nieve, corremos a nuestros hogares a desentumecer nuestras manos en el alegre calor de la chimenea. El fuego es un magnífico cuadro de las influencias del Espíritu, un santo emblema del cielo de los cristianos; pero, ¡ay!, el pecado también ha tocado aquí, e incluso la lengua es llamada “un fuego”, “y es inflamada del infierno”, según se nos dice en la Escritura; lo cual es evidentemente cierto, cuando vemos sus blasfemias y calumnias. Santiago, al ver los males causados por el pecado, levanta sus manos y exclama: “He aquí, un pequeño fuego ¡cuán grande bosque enciende!” ¿Y el sueño? Uno de los más dulces dones de Dios, el grato sueño,

«Dulce restaurador de la naturaleza cansada, bálsamo reparador».

El sueño ha sido escogido por Dios para ser la mejor figura del reposo de los bienaventurados. “Los que durmieron en Jesús”, dice la Escritura. David lo considera como uno de los peculiares dones de la gracia: “Pues que a su amado dará Dios el sueño”. Pero, ¡que lástima!, el pecado tampoco podía dejar escapar esto. El pecado ha pisoteado también esta celestial metáfora; y aunque haya sido el mismo Dios el que ha utilizado el sueño para expresar la excelencia del estado de los bienaventurados, el pecado la ha profanado, antes de que se manifestará. El sueño se emplea en nuestro texto como señal de una condición pecaminosa. “Por tanto, no durmamos como los demás, antes velemos y seamos sobrios.”

Sirva lo dicho como introducción, y procedamos acto seguido a considerar el texto. El “sueño” de que nos habla éste versículo, es *un mal que se ha de evitar*. En segundo lugar, la frase “por tanto” está escrita para mostrarnos que hay *ciertas razones por las que se ha de evitar este sueño*. Y, puesto que el apóstol nos habla de este sueño con pesar, nos enseña con ello que hay algunos, a los que el llama “los demás”, por *quienes debemos lamentarnos*, porque duermen y no velan ni son sobrios.

I. En primer lugar, pues, nos ocuparemos en señalar EL MAL QUE EL APÓSTOL INTENTA DESCRIBIRNOS BAJO EL TÉRMINO SUEÑO. El apóstol nos habla de otros que duermen; y si acudimos a las copias originales, veremos cómo la palabra que se traduce por “los demás” tiene allí un significado mucho más enfático. Podría haber sido traducida (y Horne así lo hace), como “el desecho”: “No durmamos como *el desecho*”, la manada vulgar, los espíritus plebeyos, aquellos que no se ocupan sino de las cosas de esta tierra. “No durmamos como los

demás”, la vulgar y mezquina multitud insensible a la sublime y celestial vocación del cristiano. “No durmamos como el desecho de la humanidad.” También encontraréis en el original que la palabra “sueño” se usa con un sentido mucho más enfático. Significa sueño intenso, sopor profundo; y el apóstol declara que el desecho de la humanidad está sumido en un profundo sopor. Tratemos nosotros ahora de explicar lo que él nos quiere decir con ello.

En primer lugar, el apóstol nos dice que el desecho de la humanidad *se halla en un estado de deplorable ignorancia*. Los que duermen nada saben. Puede que haya fiesta en la casa, pero el perezoso no participa del regocijo; si la muerte visita a la familia, las lágrimas no ruedan por las mejillas del que duerme; si grandes sucesos conmueven a la humanidad, él los ignora todos; si un terremoto arruina una gran ciudad, o una guerra devasta una nación, o el estandarte triunfante ondea al viento, y los clarines de su país nos reciben con sonos de victoria, él nada sabe.

«Ignorando y a un tiempo ignorados
Se pierden sus amores y trabajos.»

El que duerme nada sabe. ¡Notad cómo en el desecho de la humanidad todos son iguales en esto! Saben mucho sobre algunas cosas, pero ignoran todo lo que concierne a las espirituales; de la divina persona de nuestro adorable Salvador no tienen ni idea; los dulces goces de la vida espiritual, ni aún se los imaginan; les es imposible remontarse a los entusiasmos sublimes y a los íntimos arrobamientos del cristiano. Habladles de doctrinas divinas, que para ellos serán enigmas; decidles de sublimes experiencias, y les parecerán fantasías exaltadas. Ellos no saben nada de los goces venideros, y, ¡ay!, no tienen conciencia de los males que les sobrevendrán si continúan en su iniquidad. La gran mayoría de la humanidad es ignorante, no sabe nada; no tiene conocimiento de Dios, ni el temor de Jehová está ante ella, sino que, con los ojos vendados por la ignorancia de este mundo, camina velozmente por los senderos de la concupiscencia hacia el final certísimo y terrible: la ruina eterna de su alma. Hermanos, si somos santos, no seamos ignorantes como los demás. Escudriñemos las Escrituras, porque en ellas tenemos vida eterna, porque ellas son las que dan testimonio de Jesús. Seamos diligentes, no permitamos que la Palabra se aparte de nuestros corazones; meditemos en ella día y noche, para que podamos ser como árboles plantados junto a las aguas. “No durmamos como los demás.”

El sueño nos habla también de *un estado de insensibilidad*. Puede que haya mucho conocimiento escondido, encerrado en la mente del que duerme, que podría desarrollarse solamente con despertárselo. Pero el que duerme no sabe nada, está insensible. El ladrón ha irrumpido en su casa, el oro y la plata están en manos del robador, el hijo es maltratado cruelmente por el que ha entrado en la casa; pero el padre está sumido en su sopor, aunque todo su tesoro, y su hijo más querido, estén en las manos del destructor. Está inconsciente, y ¿cómo podrá sentir, si el sueño ha cerrado completamente sus sentidos? ¡Escuchad! En la calle se oyen lamentos. Un fuego acaba de destruir las casas de los pobres, y los desamparados mendigos se encuentran en la calle. Gritan bajo su ventana pidiendo ayuda; pero él sigue durmiendo, y ¿cómo sabrá si la noche es fría, y si los pobres desgraciados tiritan a la intemperie? Está completamente inconsciente, y no puede sentir nada por ellos. ¡Aun más!, quemad el título de propiedad de su casa, prended fuego a sus corrales, incendiad sus cosechas, matad sus caballos, y destruid sus reses; que el fuego de Dios descienda y consuma a sus ovejas, que el enemigo caiga sobre todo cuanto tiene y lo devore. El duerme tan profundamente como si su sueño estuviera guardado por un ángel del Señor.

Así son los desechos de la humanidad. Y, ¡ay!, ¡tendríamos que incluir en esta palabra “desecho” a la mayor parte de los hombres! ¡Qué pocos hay que sean sensibles a lo espiritual! Cualquiera de ellos siente vivamente el menor daño que se haga a su cuerpo, o a su condición; pero, ¡ay!, ¡cuán poco sensibles son cuando se tocan sus intereses espirituales! Están al mismo borde del infierno, y no tiemblan; la ira de Dios se consume contra ellos, pero no temen; la espada de Jehová está desenvainada, pero el terror no los embarga. Continúan con su alegre danza, beben la copa del placer embriagador, se gozan en la orgía y en el desenfreno, cantan impúdicas canciones, y aún más que esto: en su loco desvarío desafían al Altísimo, mientras que, si fueran de

pronto despertados y vieran su condición, la médula de sus huesos se derretiría y su corazón se fundiría en sus entrañas como cera. Están dormidos, indiferentes e inconscientes. Podéis hacerles lo que queráis; apartad de ellos todo cuanto sea esperanzador, todo cuanto pueda consolarles en la hora de la muerte, que no lo sentirán, porque, ¿cómo podría sentir algo uno que duerme? “Por tanto, no durmamos como los demás, antes velemos y seamos sobrios.”

El que duerme *es también un ser indefenso*. Contemplad aquel joven capitán, fuerte y bien armado. Ha entrado en la tienda. Está cansado, y bebe la leche que aquella mujer le da. Comió “manteca en tazón de nobles”; se echó en tierra y se durmió. Ella se acercó despacio con el martillo y la estaca en la mano. ¡Guerrero!, tú podrías destrozarla con un solo golpe de tu fuerte brazo, pero ahora no puedes defenderte. La estaca se apoya en su sien, el martillo se alza, y su cráneo es destrozado, porque cuando dormía estaba indefenso. El estandarte de Sisara ha ondeado victorioso sobre poderosos enemigos, mas ahora ha sido mancillado por una mujer. ¡Decidlo!, ¡decidlo!, ¡decidlo!; el hombre que, despierto, hacía temblar a las naciones, ha sido muerto, cuando dormía, por la mano de una débil mujer.

Tales son los desechos de la humanidad. Duermen, no tienen poder alguno para resistir la tentación. No tienen fuerza moral, porque Dios se ha apartado de ellos. Sucumben ante la lujuria. Son personas de sanos principios en los negocios, y por nada mancharían su honradez; pero la lascivia los consume, están cogidos como pájaros en el lazo, atrapados en la trampa, completamente dominados. Es posible también que sea otra la forma en que han sido subyugados. Son hombres que jamás cometerían un acto impuro, ni aún tendrían un mal pensamiento, pero tienen otro punto débil: les ha dado por la bebida. Han caído en el vicio, y la embriaguez está acabando con ellos. Sin embargo puede ocurrir que haya algunos que resistan todas estas cosas, y su vida no sea licenciosa ni disipada; en estos, tal vez sea la codicia la que se apodera de ellos. Arropada con el nombre de prudencia, se introduce en sus corazones. Y corren locamente tras el dinero, y amasan el oro, aunque tengan que sacarlo de las venas de los pobres, o chuparlo de la sangre de los huérfanos. Son impotentes para resistir sus pasiones. Cuántas veces ha habido algunos que me han dicho: “No puedo evitarlo, a pesar de que pongo todo mi empeño; me hago el propósito, y me lo vuelvo a proponer, pero siempre torno a hacer lo mismo; soy del todo impotente, ¡no puedo resistir la tentación!” Naturalmente que no puedes, porque estás dormido. ¡Oh, Espíritu del Dios viviente!, ¡despierta a los que duermen! Que su impía pereza y desordenada confianza sean totalmente sacudidas, no sea que Moisés se acerque por su camino, y, encontrándolos dormidos, los cuelgue de la horca de la infamia para siempre.

Y ahora consideremos otro significado de la palabra “sueño”. Espero que hasta aquí algunos de los que escuchan, al ver que esto no iba con ellos, se habrán tomado con calma todo cuanto he dicho sobre estos tres puntos que acabamos de considerar. Pero he aquí que sueño significa también *inactividad*. El labrador, cuando duerme, no puede arar sus campos, ni sembrar su simiente, ni inquirir en las nubes, ni recoger la cosecha. El marinero no puede recoger velas ni gobernar su barco por el océano, cuando le invade el sopor. Es imposible que los hombres tramiten sus negocios en la Bolsa, en la Banca, o en las casas comerciales, con los ojos completamente cerrados por el sueño. Sería algo verdaderamente singular el contemplar un país de durmientes, porque nos hallaríamos ante una nación inactiva: nadie explotaría las riquezas del suelo, nadie tendría donde cobijarse, ni qué comer, ni qué vestir, y todos morirían de hambre. Y sin embargo, ¡cuántos hay en el mundo que están realmente inactivos porque duermen! Sí, inactivos. Y quiero decir con esto que sólo muestran su actividad en una dirección, y no precisamente en la que debieran. ¡Oh, cuántos hay que están totalmente ociosos en todo cuanto sea para la gloria de Dios, o para el bienestar de sus semejantes! Para ellos mismos, son capaces de “levantarse temprano, acostarse de madrugada, y comer el pan con temblor”; para sus hijos, que no son otros que ellos mismos, se afanarán hasta que les duela el alma, se fatigarán hasta que sus ojos se les enrojecen en las cuencas, hasta que el cerebro les estalle y no puedan hacer más; pero por Dios no se molestarán. Muchos dicen que no tienen tiempo y otros confiesen francamente que no tienen ganas: a la iglesia de Dios no consagrarían ni una hora, mientras que para los placeres del mundo serían capaces de dedicar un mes. No pueden emplear con los pobres su tiempo y su

cuidado. Para su propio solaz y diversión no escatiman un minuto; pero para lo bueno, para hacer obras, de caridad. para actos piadosos, dicen que no les queda un momento libre, cuando en realidad es que no quieren.

¡Cuántos hay de los que profesan ser cristianos que duermen de esta manera! Están inactivos. Mientras los pecadores mueren en la calle por centenares, y los hombres se hunden en las llamas de la ira eterna, ellos se cruzan de brazos, diciendo ¡que lástima!, y no hacen nada por las pobres almas que perecen que demuestre lo sincero de su pena. Asisten al culto, se sientan tranquilamente en sus cómodos bancos, y confían en que el ministro les alimente cada domingo; pero no hay ni siquiera un niño que haya sido enseñado por ellos en la escuela dominical, ni un solo folleto ha sido repartido por ellos en los barrios humildes, ni jamás han hecho nada que pudiera servir como medio de salvación para otras almas. Los consideramos como buenas personas, e incluso alguno de ellos será elegido para diácono; sin duda son buenas personas, tan buenas como honorable era Bruto, a juzgar por las palabras que pronunciara Antonio: “Así somos todos nosotros, todos honorables”. Todos seríamos buenos si ellos lo fueran. Mas estos sólo son buenos para una cosa: para comerse el pan sin arar el campo y beber el vino sin cultivar las vides. Ellos creen que han de vivir para sí mismos, olvidando que “ninguno vive para sí, y ninguno muere para sí”. ¡Oh!, cuán gran cantidad de durmientes tenemos en todas nuestras iglesias y capillas; porque, sinceramente, si nuestras iglesias despertaran de una vez, en cuanto a lo material se refiere, hay suficientes hombres y mujeres convertidos, suficientes dones en ellos, suficiente dinero y suficiente tiempo, para que (si Dios concediese la abundancia de su Santo Espíritu, cosa que Él estaría dispuesto a hacer si todos fuesen celosos), el Evangelio pudiera ser anunciado por todos los rincones de la tierra. La Iglesia no tiene motivo para inmovilizarse por falta de instrumentos ni por falta de brazos: tenemos todo cuanto necesitamos, menos la voluntad: tenemos todo cuanto podemos esperar que Dios de para la conversión del mundo, menos un corazón capaz de tal empresa y el Espíritu derramado en medio de nosotros. ¡Oh hermanos!, “no durmamos como los demás”. Y “los demás” podréis encontrarlos en las mismas condiciones tanto en la iglesia como en el mundo: “el desecho” de ambos esta completamente dormido.

Antes de dar por terminada la explicación de este primer punto, es necesario decir que el mismo apóstol nos proporciona parte de la misma, pues la segunda mitad del versículo, “velemos y seamos sobrios”, se nos presenta como el reverso de dormir, que es justamente lo que el apóstol quería decir. “*Velemos.*” Hay muchos que nunca velan. Jamás están vigilantes contra el pecado, jamás están advertidos contra las tentaciones del enemigo, jamás están alerta contra ellos mismos y contra “la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida”. Tampoco están atentos a las oportunidades de hacer el bien; descuidan el instruir al ignorante, el confirmar al débil, el consolar al afligido, el socorrer al necesitado. Desperdician la ocasión de glorificar a Jesús o de estar en comunión con Él, descuidan sus promesas, no confían en recibir respuestas a sus oraciones, no esperan la segunda venida del Señor Jesús. He aquí el desecho del mundo: no velan, porque están dormidos. Pero velemos nosotros: así demostraremos que no estamos adormecidos.

“*Seamos sobrios.*” Albert Barnes dice que esto se refiere más que nada a la abstinencia, o temperancia en el comer y el beber. Pero Calvino no lo ve así, y dice que se refiere más especialmente al espíritu de moderación en las cosas del mundo. Ambos tienen razón, pues se refiere a ambas cosas. Hay muchos que no son sobrios, y duermen al no serlo, porque la intemperancia provoca el sueño. No son sobrios, sino borrachos y glotones. No son sobrios, y no se contentan con hacer algo en pequeña escala, sino que tienen que hacerlo en cantidad. No son sobrios, y no se dan por satisfechos con llevar adelante un negocio que sea seguro, sino que han de especular. No son sobrios, y si pierden lo que tienen, su espíritu se abate, y son como borrachos con ajenjo. Y si se enriquecen, tampoco son sobrios: ponen de tal manera sus afectos sobre las cosas de la tierra, que pronto el orgullo de las riquezas los embriaga, y llegan a estar tan orgullosos de su dinero, que necesitarían que el cielo fuese alzado un poco más arriba, para no derribar las estrellas con su cabeza. ¡Cuántos hay que no son sobrios! ¡Ojalá que yo pudiera haceros vivir esta máxima especialmente en nuestros días, mis queridos amigos! Estamos viviendo tiempos

difíciles, y más difíciles serán los que vendrán. Seamos sobrios. El tremendo pánico de América se ha desatado principalmente por desobedecer este mandamiento: “Sed sobrios”. Si los que hacen profesión de fe en América hubiesen obedecido este precepto y hubiesen sido sobrios, el pánico podría haber sido al menos mitigado, si no totalmente evitado. Y ahora, a no tardar mucho, los que tenéis algún dinero ahorrado correréis a sacarlo del banco por temor a que éste se declare en quiebra. No seréis lo suficientemente sobrios como para tener un poco de confianza en vuestros semejantes, ayudándolos en sus dificultades y aportando así un beneficio colectivo. Y los que creéis que hay ganancia prestando dinero a usura, no satisfechos con prestar el que ya tenéis, exigís y oprimís a vuestros infelices deudores para poder tener más que prestar. Los hombres raras veces se contentan con hacerse ricos paulatinamente; y sin embargo, el que se apresura a ser rico no será inocente. Cuidado, hermanos míos; si vinieran tiempos difíciles, si las casas comerciales se arruinaran y los bancos quebraran, procurad ser sobrios. Nada nos servirá mejor para sobreponernos al pánico que el que cada uno de nosotros tratemos de mantener nuestro espíritu en alto; levantémonos por la mañana y digamos: “Los tiempos son difíciles, y hoy mismo puedo perder todo lo que tengo; pero el que yo me preocupe no lo evitará; de manera que mi corazón será valiente contra el cruel infortunio. Las ruedas del negocio pueden pararse, pero bendito sea Dios que mi tesoro está en los cielos y allí no habrá bancarrota. Todo lo que tengo está puesto en las cosas de Dios, y jamás podré perderlo. ¡Ese es mi tesoro!, ¡ésa es mi esperanza!” Si todos tratáramos de hacerlo así, contribuiríamos a crear un clima de pública confianza; pero la causa de la ruina de muchos es la codicia de todos y el recelo de algunos. Si pudiésemos ir por la vida confiadamente y con arrojo, no habría nada mejor en el mundo para evitar la conmoción. Pero la conmoción llegará, y muchos de los que aquí estáis, personas respetables, puede que seáis mendigos antes de que pase mucho tiempo. Vuestro más firme negocio es que pongáis vuestra confianza en Jehová, para que podáis decir: “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto no temeremos aunque la tierra sea removida, aunque se traspasen los montes al corazón de la mar”; y haciéndolo así, tendréis más posibilidades de escapar de vuestra propia destrucción que por cualquier otro medio que la sabiduría de los hombres pueda dictaros. No seamos inmoderados en los negocios, como los otros, sino velemos. “No durmamos”, no seamos arrastrados por el sonambulismo del mundo, porque hay algo mejor que la aidez y la actividad en el sueño; “antes velemos y seamos sobrios.” ¡Oh!, Santo Espíritu, ayúdanos a velar y a ser sobrios.

II. Como habréis visto, hemos empleado mucho tiempo en la explicación del primer punto, es decir, a qué clase de sueño se refería el apóstol. Y ahora, notaréis que la expresión “por tanto”, implica que hay **CIERTAS RAZONES POR LAS QUE ÉL NOS HACE ESTA EXHORTACIÓN**. Estas razones son las que vamos a considerar, y no os extrañéis si os las presento un tanto dramáticamente, pues creo que es la mejor forma para recordarlas. “Por tanto”, dice el apóstol, “no durmamos.”

El mismo capítulo nos habla de ellas, y la primera es la que precede al texto. El apóstol nos dice “que todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; por tanto, no durmamos como los demás.” No tiene nada de particular el que, cuando yo paseo por las calles después que la noche ha caído, las tiendas estén cerradas y los postigos de todas las ventanas hayan sido entornados. Las luces de las habitaciones superiores se encienden, lo que indica que la gente se retira a descansar; y no me sorprende que, media hora después, el ruido de mis pasos me sobresalte, y que no encuentre a nadie en la calle. Si subiera las escaleras y entrara en los dormitorios de las casas, no me extrañaría el encontrar a todo el mundo durmiendo, porque la noche se ha hecho para dormir. Pero si al día siguiente, a las once de la mañana, bajase a la calle, y yo fuese la única persona en ella, si las tiendas permanecieran cerradas, si las casas apareciesen totalmente sin vida, y no se oyera ningún ruido, tendría que decir: “Es raro, sumamente raro, asombroso. ¿Dónde estará la gente? Es pleno día y aún duermen”. Me darían ganas de llamar con fuerza al primer picaporte que encontrase, de empujar la puerta más cercana, y tocar la campanilla de todas las casas de la calle. O quizá de ir al puesto de policía, y despertar a los agentes que allí hubiere para que me

ayudaran a hacer ruido en las calles. Avisaría a los bomberos para que se lanzasen por la calzada, y con su estrépito despertasen a toda la gente dormida. Porque me diría: “La peste ha debido de llegar; el ángel de la muerte debe de haber pasado por estas calles y habrá exterminado a todo el mundo durante la noche; de otra manera estarían levantados”. El dormir durante el día es algo completamente incongruente. “Pues -dice el apóstol Pablo- es de día para vosotros, pueblo de Dios; el sol de justicia se ha levantado sobre vuestras cabezas con el poder sanador en sus alas; la luz del Espíritu de Dios ilumina vuestras conciencias; habéis sido sacados de las tinieblas a la luz admirable; y si vosotros dormís, si la Iglesia cabecea, sois como una ciudad que descansa durante el día, y como un pueblo sumido en el sopor cuando el sol brilla en su altura. Algo inoportuno e inapropiado.”

Y mirando de nuevo al texto, encontraremos otro argumento. “Mas nosotros, que somos del día, estemos sobrios, vestidos de cota de fe y de amor.” Notad que nos habla como si estuviésemos en *tiempo de guerra*; y por tanto, no el muy sensato el dormirse. Mirad aquella fortaleza, allá lejos en la India. Una jauría de abominables cipayos la rodean sedientos de sangre. Si logran entrar en sus muros, no habrá cuartel para nadie: hombres, mujeres y niños serán pasados a cuchillo. Helos ya a las puertas; su cañón está cargado, sus bayonetas sedientas y sus espadas ansiosas de matar. Entrad vosotros en el fortín, y encontraréis que todos duermen. El centinela en la torre dormita sobre su fusil. El jefe de las fuerzas está en su tienda, la cabeza caída sobre la mesa, en su mano la pluma, y los partes delante de él: está dormido. Los soldados se hallan en su acuartelamiento, listos para la guerra, pero todos sumidos en el sueño. No hay nadie que haga la guardia, no hay nadie que vigile. Todos, absolutamente todos, están dormidos. Y vosotros diréis, mis queridos amigos: “Pero, ¿qué es lo que pasa allí?, ¿cómo puede ser eso?; ¿habrán sido todos hechizados por el influjo de la varita de algún mago?, o ¿estarán todos locos?; ¿habrán perdido la razón? Seguro, porque el dormir en tiempo de guerra es algo verdaderamente horrible. ¡Aquí! Descolgad aquella trompeta, acercadla al oído del capitán, sonadla con fuerza y ved si no se despierta en un momento. Sacad la bayoneta del soldado que duerme en la muralla, dadle un agudo pinchazo y ved si no se despabila”. Es cierto. muy cierto, que nadie tendrá paciencia para ver cómo se duerme la gente cuando el enemigo rodea las murallas y aporrea Curiosamente las puertas.

Cristianos, éste es vuestro caso. Vuestra vida es vida de guerra. El mundo, el demonio y la carne, esa diabólica trinidad, asalta la débil trinchera de barro de vuestra miserable naturaleza. ¿Dormís? ¿Dormís cuando Satanás tiene las bolas llameantes del deseo para lanzarlas a las ventanas de vuestros ojos, cuando tiene las flechas de la tentación para clavarlas en vuestro corazón, cuando tiene lazos en los que atrapa vuestros pies? ¿Dormís cuando está minando vuestra misma existencia y cuando está a punto de aplicar la llama que os destruya, si la gracia soberana no lo remedia? ¡Oh, no duermas, soldado de la cruz! El dormir en tiempo de guerra es un absurdo. Ojalá que el todopoderoso Espíritu de Dios no permita que caigamos en el sopor.

Y ahora, aparte del capítulo, os diré un par de razones más por las que confío sacudir al pueblo cristiano y sacarle de su modorra. “¡Sacad a vuestros muertos! ¡Sacad a vuestros muertos! ¡Sacad a vuestros muertos!” Se oye el doblar de una campana. ¡Mirad!, una puerta marcada con una cruz blanca. ¡Señor, ten piedad de nosotros! Todas las casas de la calle han sido marcadas con la misma cruz. Pero ¿qué es esto? La hierba crece por las calles, Cornhill y Cheapside están desiertas, nadie anda por sus solitarias aceras, ningún ruido turba el silencio, a no ser el de los cascos de esos caballos, el sonar sobre las piedras del caballo de la pálida muerte, el repicar de esa campana que dobla a muerto por muchos, el retumbar de las ruedas de ese carro y el terrible grito: “¡Sacad a vuestros muertos! ¡Sacad a vuestros muertos! ¡Sacad a vuestros muertos!” ¿Veis aquella casa? Allí vive un médico. Es un hombre dotado por Dios de gran habilidad y sabiduría. No hace mucho tiempo, cuando estaba en su laboratorio, el Altísimo se ha placido en guiar su mente para que descubra el secreto de la plaga, plaga por la que él mismo ha sido contaminado y que está a punto de llevarle al sepulcro; pero acerca a sus labios la bendita redoma, y bebiendo un trago se cura. ¿Podéis imaginaros lo que os voy a decir ahora?, ¿os lo figuráis? Ese hombre tiene en su bolsillo la receta que sanará a toda la gente. Él tiene la medicina que, si se distribuyera por las calles, regocijaría a los dolientes, y silenciaría aquella fúnebre campana. Pero... ¡está

dormido!, ¡está dormido!, ¡está dormido! ¡Oh, cielos! ¿Por qué no caéis y aplastáis a tal miserable! ¡Oh, tierra! ¿Cómo puedes soportarlo sobre ti?, ¿por qué no te lo tragas de una vez? Él tiene el remedio, pero es tan perezoso que no tiene fuerzas para salir a revelarlo. Él tiene el tratamiento, ¡pero es demasiado holgazán para molestarse en dejar su casa e ir a administrárselo a los enfermos moribundos! No, amigos míos, ¡es imposible que un ser tan miserable e inhumano exista! Y sin embargo, yo puedo verlo hoy aquí... ¡Sois vosotros! Sabéis que el mundo está enfermo por la plaga del pecado, y que vosotros mismos habéis sido curados por la medicina que os ha sido administrada. Pero dormís, estáis ociosos, perdéis el tiempo. No salís para

«Decir a viva voz por todos lados,
Cuán magno Salvador habéis hallado».

Tenéis el precioso Evangelio, pero jamás lo habéis acercado a los labios del pecador. Tenéis la preciosísima sangre de Cristo, pero nunca habéis dicho al moribundo lo que debía hacer para ser salvo. El mundo perece con algo mucho peor que una plaga, ¡y vosotros vivís despreocupados! Y tú, ministro del Evangelio, que has echado esta santa carga sobre tus espaldas, te das por satisfecho con predicar un día entre semana, y un par de veces el domingo, sin que de tus entrañas se eleve el más mínimo reproche. Nunca tuviste interés en atraer multitudes a oír tu predicación; has preferido conservar tus bancos vacíos y tus estudiadas maneras, antes que atraer una sola vez a las gentes y predicarles la Palabra, por temor a aparecer extremadamente celoso. Eres escritor: tienes el gran don de saber usar la pluma, pero dedicas tus talentos a la literatura frívola, o a otras intrascendentes producciones que sirven de pasatiempo y distracción, pero que no alimentan al alma. Conoces la verdad, pero no la divulgas. Y tú, madre, mujer convertida, tienes hijos pero te has olvidado de instruirlos en el camino del cielo. Y tú, joven, no tienes nada que hacer los domingos, y sabes que hay una escuela dominical, pero nunca se te ha ocurrido venir para hablarles a los niños del soberano remedio que Dios ha preparado para la curación de las almas enfermas. La campana de la muerte dobla, el infierno grita con terribles aullidos, hambriento de las almas de los hombres: “¡Sacad al pecador! ¡Sacad al pecador! ¡Sacad al pecador! ¡Que muera y se condene!” Profesáis ser cristianos, pero no hacéis nada que pueda hacer de vosotros el instrumento que salve las almas; ¡nunca extendéis vuestras manos para que el Señor las use como medio para arrancar a los pecadores de la perdición! ¡Ojalá que la bendición de Dios descienda sobre vosotros, para apartarnos de tan mal camino, para que no durmáis como los demás, sino que veléis y seáis sobrios! El peligro inminente del mundo exige que seamos activos, y que no nos durmamos.

¡Oíd cómo cruje el mástil! ¡Mirad cómo se desgarran las velas! ¡Los rompientes se acercan! Pronto estará la nave sobre las rocas. ¿Dónde está el capitán? ¿Dónde está el contramaestre? ¿Dónde están los marineros? ¿Dónde estáis? La tormenta se acerca. ¿Dónde os habéis metido? Están en sus camarotes. Cómo duerme el capitán en plácido sueño. ¡Ah! Parece que al menos hay uno al timón... ¡pero está completamente dormido! Y los demás... ¡sestean en sus hamacas! ¿Y las olas embravecidas que se acercan?, ¿es posible que las vidas de los doscientos pasajeros estén en peligro mientras que estos insensatos duermen? ¡Despertadlos a patadas! ¿De qué sirven unos marineros como éstos cuando hay temporal? ¡A cubierta todos! Si os hubieseis quedado dormidos en bonanza, quizás os habríamos excusado. ¡Arriba, capitán! ¿Dónde te has metido? ¿Estás loco? ¡Escucha!, el barco ha encallado; en pocos segundos se irá a pique. Ahora pondrás manos a la obra, ¿verdad? Ahora te preocuparás, cuando ya no hace falta, cuando los gritos sofocados de las mujeres que se ahogan resuenan lúgubrementemente en el infierno por tu maldita negligencia, por no haber tenido cuidado de ellos. Y esto es, queridos oyentes, lo que, precisamente en nuestros días, nos ocurre a muchísimos de nosotros.

Este orgulloso navío de nuestro país se bambolea en una tormenta de pecado; el mismo palo mayor de esta gran nación cruje bajo el huracán del vicio que azota la cubierta; todas sus cuadernas están deformadas, y Dios ayude al noble navío, o, ¡ay!, nadie podrá salvarlo. Y ¿quiénes son su capitán y sus marineros, sino los ministros de Dios, los que profesan la religión?

Éstos son a quienes Dios ha dado la gracia de gobernar la nave. “Vosotros sois la sal de la tierra”; vosotros la preserváis y la mantenéis en vida, oh hijos de Dios. ¿Estáis dormidos en la tormenta?, ¿dormitáis ahora? Si no hubieran antros de vicio, si no hubiesen prostitutas, si no hubieran casas de perdición, si no hubiesen asesinos ni crímenes, ¡Oh!, vosotros, la sal de la tierra, podríais sestear; pero hoy día los pecados de este pueblo claman en los oídos de Dios. Esta ciudad “behemot” está cubierta de maldad, y Dios es vejado en ella. ¿Dormiremos y no haremos nada? ¡Qué Él nos perdone, pues! Porque es seguro que de todos los pecados que Dios haya perdonado jamás, éste es el mayor: el pecado de la ociosa somnolencia, mientras el mundo se condena; el pecado de no hacer nada mientras Satanás está ocupado en devorar las almas de los hombres. “Hermanos, no durmamos” en tiempos como éstos, porque si lo hacemos, una horrible maldición caerá sobre nosotros.

Mirad ahora al pobre preso en su celda. Sus cabellos caen desordenadamente sobre sus ojos. No hace muchas semanas que el juez, poniéndose el negro birrete, lo condenó a ser llevado al lugar de donde vino, y a ser colgado por el cuello hasta morir. El corazón se le parte al pobre miserable, al pensar en sus ataduras, en la horca, en la trampa que se abrirá bajo sus pies, y, por último, al pensar en el más allá. ¡Oh!, ¿quién podrá describir la desesperación y el dolor de aquella pobre alma, cuando piensa que tiene que dejarlo todo para partir no sabe dónde? Mirad, en su misma celda hay otro preso. Lleva durmiendo desde hace dos días, y bajo su almohada tiene el indulto de su compañero. Deberían azotar a aquel canalla, azotarlo sin piedad, por hacer sufrir a su pobre compañero tan suprema angustia desde hace dos días. Si yo hubiese tenido el indulto de aquel hombre, si yo hubiese tenido tan dulce mensaje que llevarle, hubiera cogido el tren más rápido que existiera, o hubiese cabalgado en las alas del rayo para volar a su lado. Pero ese hombre, ese insensato, duerme a pierna suelta, con el perdón bajo su almohada, mientras el corazón del pobre miserable se deshace por la desesperación. ¡Ah!, no seáis demasiado duros con él, porque lo tenemos hoy aquí. A vuestro mismo lado tenéis sentado esta mañana a un penitente pecador; Dios lo ha perdonado, y quiere que seáis vosotros los que le deis tan buena noticia. Y estuvo el domingo pasado junto a vosotros, y lloró durante toda la predicación, sintiendo su culpa. Si le hubieseis hablado entonces, habría tenido consuelo; pero ahí está de nuevo, y vosotros seguís sin darle la buena noticia. Queréis que sea yo quien se lo diga, ¿verdad? ¡Ah!, señores, no podéis servir a Dios por delegación; lo que el ministro hace no mengua para nada vuestra obligación; tenéis por hacer vuestra propia obra personal, y Dios os ha dado una preciosa promesa que ahora mora en vuestro corazón: „no os volveréis para hablarle de ella a vuestro compañero” Hay muchos corazones dolientes que se quejan de vuestra pereza en hablarles de las buenas nuevas de salvación. Uno de mi congregación, que viene todos los domingos y está pendiente de los muchachos y muchachas que él ha visto llorar el domingo anterior, y que trae muchos a la Iglesia, os dice: “Yo podría contaros una historia.” Y mirando a un joven a la cara le pregunta: “¿No te he visto yo por aquí muchas veces?” “Sí.” “Y me ha parecido ver que seguías los cultos con mucho interés, ¿verdad?” “Sí, es cierto; pero, ¿por qué me hace esta pregunta?” “Porque observé tu rostro el domingo pasado y noté en él que te preocupaba algo.” “¡Oh!, señor, desde que vengo aquí nadie me había hablado hasta ahora, y quiero decirle algo. Cuando yo estaba en casa con mi madre, aún había en mí algo del temor de Dios; pero me marché del hogar para trabajar de aprendiz con una cuadrilla de jóvenes impíos, y he aquí que he hecho todo lo que no debía. Y ahora, el arrepentimiento y la pena me embargan. ¡Ojalá Dios me hiciese saber cómo seré salvo! He oído la predicación, señor, pero necesito que alguien me diga algo personalmente.” “Mi querido joven hermano”, dice tomándole de la mano, “estoy contento de poder hacerlo yo. Mi pobre y viejo corazón se regocija al pensar que Dios todavía obra entre nosotros. No te atribules, no te aflijas, pues es palabra fiel y digna de ser recibida de todos, que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores.” El joven se lleva el pañuelo a los ojos, y después de un minuto dice: “Me gustaría quedarme y charlar un rato con usted, señor”. “¡Oh!, ya lo creo que sí.” Hablan largo rato, hasta que al final, por la gracia de Dios, el feliz joven sale manifestando lo que Dios ha hecho por su alma, siendo deudor de su salvación tanto a la humilde mediación del que le ayudó, como a la predicación del ministro.

Amados hermanos, ¡las bodas se acercan! ¡Despertad!, ¡La tierra pronto será disuelta y los cielos deshechos! ¡Despertad!, ¡despertad! Que el Espíritu Santo nos levante a todos y nos guarde despiertos.

III. No me queda tiempo para la consideración del tercer punto, por tanto no os detendré. Me basta con daros un aviso: hay ALGO MALO DE QUE LAMENTARSE. Hay algunos que están dormidos, y el apóstol se lamenta.

¡Oh!, pecador que me escuchas, que todavía no te has convertido, déjame decirte seis o siete frases antes de que te vayas. ¡Hombre impenitente!, ¡mujer impenitente!, tú eres hoy como aquellos que duermen en lo alto del mástil en tiempo tormentoso; como los que están sumidos en el sopor cuando las aguas se desbordan, y su casa es socavada y arrastrada por la corriente mar adentro; eres como aquel que está acostado en la habitación alta de la casa cuando todo edificio está en llamas, e incluso sus propios cabellos son chamuscados por el fuego, sin que el se entere de nada; eres como el que cabecea al borde del precipicio, con la muerte y la destrucción aguardándole abajo. Un solo sobre salto es suficiente para precipitarlo al abismo, mas el no se da cuenta. Duermes hoy, pero el sitio donde reposas es tan frágil que cuando se rompa caerás en el infierno; y si no despiertas hasta entonces, ¡cuan horrible despertar será! “En el infierno alzo sus ojos, estando en los tormentos”; y dando voces pedía una gota de agua, pero le fue denegada. “El que creyere (en el Señor Jesucristo) y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere será condenado.” Este es el Evangelio. Creed en Jesús, y “os alegraréis con gozo inefable y glorificado”.

XXIX. LA CONTIENDA DE LA VERDAD

«Y dijo Moisés a Josué: Escógenos varones, y sal, pelea contra Amalec; mañana yo estaré sobre la cumbre del collado, y la vara de Dios en mi mano» (Éxodo 17:9).

Los hijos de Israel fueron sacados de Egipto con mano fuerte y brazo extendido. Fueron conducidos a través del vasto y ululante desierto, donde rara vez habitaba el hombre de forma permanente. Durante algún tiempo continuaron su marcha solitaria, descubriendo pozos y otras huellas de pueblos nómadas, pero sin encontrar a nadie que perturbara su soledad. Mas, parece ser que entonces, como ahora, había tribus errantes que, al igual que los árabes beduinos, vagaban de un lado para otro por aquella misma tierra que el pueblo de Israel hollaba entonces con sus plantas. Esta gente, animada por el aliciente del botín, cayeron repentinamente sobre los israelitas que iban en retaguardia, destruyeron cobardemente a los más rezagados, tomaron su presa y escaparon velozmente. Reuniendo fuerza y valor por esta incursión afortunada, se atrevieron a atacar a la totalidad de las huestes de Israel, las cuales, por aquel entonces, debían sumar dos o tres millones de almas que habían sido sacadas de Egipto y alimentadas milagrosamente en el desierto. Esta vez Israel no sería sorprendido; porque dijo Moisés a Josué: “Escógenos varones, y sal, pelea contra Amalec; mañana yo estaré sobre la cumbre del collado, y la vara de Dios en mi mano”, rogando a Dios para que cada golpe dado con la espada sea doblemente eficaz por la poderosa ayuda de Jehová. Se nos dice que se obtuvo una gran victoria, los amalecitas fueron derrotados, y a causa de su ataque injustificado contra los hijos de Israel, fueron condenados al exterminio; porque así lo encontramos escrito: “Escribe esto para memoria en un libro, y di a Josué que del todo tengo de raer la memoria de Amalec de debajo del cielo. Y Moisés edificó un altar, y llamó su nombre Jehová-nisi; y dijo: Por cuanto la mano sobre el trono de Jehová, Jehová tendrá guerra con Amalec de generación en generación”.

Ahora bien, amados, esta escena no está registrada en la Escritura como un hecho interesante para entretener a los amantes de la historia, sino que ha sido escrita para nuestra edificación; porque recordamos el texto que dice: “Las cosas que antes fueron escritas, para nuestra enseñanza fueron escritas”. De lo que hemos narrado se desprende una gran enseñanza y creemos que una enseñanza especial, también, puesto que plugo a Dios hacer de este acontecimiento el primer escrito ordenado por la autoridad divina a la posteridad. Creemos que el caminar de los hijos de Israel nos ofrece muchos símbolos del andar de la Iglesia de Dios en el mundo; y consideramos que esta batalla contra Amalec es una metáfora y un símbolo de esta lucha constante y diaria que el pueblo de Dios debe mantener contra los pecados internos y externos. Esta mañana, me limitaré en particular *al pecado externo*; hablaré de la gran batalla que, contra los enemigos de la cruz de Cristo, se está librando en estos momentos por Dios y por su verdad. Procuraré, en primer lugar, hacer unas cuantas observaciones sobre *la contienda en sí*; a continuación examinaré *el método que debe usarse para pelear*, el cual es doble: golpear fuerte y orar mucho; y por último terminaré *incitando a la Iglesia de Dios* a una mayor y más ardiente diligencia en la batalla por Dios y Su verdad.

I. Para empezar, pues, haremos algunas observaciones sobre LA GRAN CONTIENDA que creemos está tipificado por la lucha entre los hijos de Israel y Amalec.

Antes que nada, notad que esta cruzada, esta guerra santa y sagrada de que os hablo, no *es contra hombres*, sino contra Satanás y contra el error. “No tenemos lucha contra sangre y carne.” Los cristianos no estamos en guerra con ningún hombre de los que pisan la tierra. Estamos en pie de guerra contra la incredulidad, mas a la persona del incrédulo la amamos y oramos por ella; luchamos contra la herejía, pero no estamos enemistados con los herejes; somos enemigos y declaramos la guerra a sangre y fuego a todo lo que se oponga a Dios y a su verdad; pero, con todos los hombres, nos esforzamos en mantener la santa máxima: “Amad a vuestros enemigos,

haced bien a los que os aborrecen”. El soldado de Cristo no tiene pistola ni espada porque no lucha contra hombres. La lucha es “contra malicias espirituales en los aires”, y contra otra clase de principados y potestades que los que se sientan en tronos y sostienen cetros en sus manos. No obstante, he observado que algunos cristianos son muy dados -y a ello somos propensos todos nosotros- a convertir la guerra de Cristo en una guerra de carne y sangre, en vez de una guerra contra el error y la maldad espiritual. ¿No habéis notado nunca como, en las controversias religiosas, los hombres se enfrentan unos a otros, se hacen acusaciones personales y se ultrajan mutuamente? ¿Qué es ello sino olvidar lo que es la guerra de Cristo? No luchamos *contra* los hombres; más bien luchamos *por* los hombres que contra ellos. Peleamos por Dios y su verdad contra el error y el pecado; pero no contra las personas. ¡Ay del cristiano que olvida estas sagradas leyes bélicas! No toquéis al hombre en su persona, mas atacad su pecado con corazón inflexible y fuerte brazo. Matad a los pequeños y a los grandes; no tengáis clemencia con aquello que vaya contra Dios y su verdad; pero no tenemos lucha contra las personas de los pobres seres equivocados. Odiamos a Roma tanto como aborrecemos el infierno; sin embargo, siempre oramos por sus fieles. Denunciamos implacablemente la idolatría y la impiedad; pero los que se envilecen con ellas no son objeto de ira, sino de lástima. No luchamos contra los hombres, sino contra lo que consideramos error a los ojos de Dios. Hagamos siempre esta distinción, o de otra forma el conflicto de la Iglesia de Cristo degenerará en una simple batalla de fuerza bruta y de vestidos ensangrentados, y el mundo será de nuevo un Acéldama -un campo de sangre. Éste ha sido el desatino que ha atado a tantos mártires a la estaca y ha arrojado a tantos confesores a la mazmorra, porque sus adversarios no han sabido distinguir entre la persona y el error imaginario. Al tiempo que se pronunciaban inflexibles contra el supuesto error, creían, en su ignorante fanatismo, que debían perseguir también al hombre, cosa que no tenían por qué hacer ni debían haber hecho. No temeré nunca expresar mis pensamientos con todo el vocabulario que esté a mi alcance, ni hablar duramente contra el diablo y sus enseñanzas; mas de todos los hombres del ancho mundo soy amigo, y con ninguno de ellos estoy más enemistado de lo que podría estarlo con un recién nacido. Debemos aborrecer el error, debemos odiar la falsedad; pero no debemos odiar al hombre, porque la batalla de Dios es contra el pecado. Quiera Él ayudarnos siempre a hacer esta distinción.

Observemos ahora que la guerra que sostiene el cristiano, digámoslo para su estímulo, es una guerra justísima. En cualquier otro conflicto en que el hombre ha tomado parte, ha habido dos opiniones: unos han dicho que la guerra era justa, y los otros que injusta; pero en lo que respecta a la sagrada batalla en la que todos los creyentes están comprometidos, sólo ha habido una opinión entre los hombres de recta conciencia. Cuando el antiguo sacerdote incitaba a los cruzados a la lucha, les hacía gritar: *Deus vult -Dios lo quiere-*. Y nosotros podemos decir lo mismo con mucha más verdad. La guerra de Dios es una guerra contra la falsedad, una guerra contra el pecado; es una guerra que se encomienda por sí misma a todo cristiano, haciéndole saber con toda seguridad que tiene el sello de la aprobación divina cuando va a luchar contra los enemigos de Dios. Amados, no tenemos dudas de ninguna clase, cuando levantamos nuestras voces como trompetas contra el pecado, de que nuestra guerra está justificada por las leyes eternas de la justicia. Plugiera a Dios que todas las guerras tuviesen una excusa tan justa y verdadera como la que Él sostuvo contra Amalec, ¡contra el pecado del mundo!

Recordemos de nuevo que es una contienda de la mayor *importancia*. En otras guerras se ha dicho a veces: “¡Britanos!, ¡luchad por vuestro suelo y por vuestros hogares, por vuestras esposas y por vuestros hijos; luchad y rechazad al enemigo!” Pero en esta contienda no se trata solamente de nuestro suelo y hogares, de nuestras esposas e hijos, sino de algo más, que todo esto. No es contra los que matan el cuerpo, y después no les queda nada por hacer; sino que es una pelea por las almas, por la eternidad, contra aquellos que quieren hundir al hombre en la condenación eterna; una lucha por Dios, por librar las almas de los hombres de la ira que ha de venir. Es una guerra que debiera, en efecto, comenzar, sostenerse y ser llevada a cabo en el espíritu. por todo el ejército de los elegidos de Dios, puesto que ninguna otra batalla puede ser más importante. La salvación instrumental del hombre es, sobre todas las cosas, el más alto objetivo a que debemos aspirar, y la derrota de los enemigos de la verdad nuestra victoria más codiciable. La religión

debe ser el fundamento de todas las bendiciones que la sociedad desee gozar. Por muy poco importante que los hombres la consideren, la religión tiene mucho que ver con nuestra libertad, nuestra felicidad y nuestro bienestar. Inglaterra no sería lo que es ahora, si no hubiera sido por su religión; y en la misma hora en que abandone a su Dios, su gloria caerá y en todos los estandartes habrá de escribirse "Icabod".

En aquel día en que deje de oírse el Evangelio, en que nuestros ministros cesen de predicar, y la Biblia sea encadenada, en aquel día -Dios nos libre de que esto llegue a ocurrir- Inglaterra será contada entre los muertos, porque habrá caído, abandonada de Dios por no prestarle obediencia. Cristianos, en esta lucha por la justicia, peleáis por vuestra nación, por vuestras libertades, por vuestra felicidad y por vuestra paz; porque a menos que la religión, la religión del cielo, sea conservada, todo esto será ciertamente destruido.

Consideremos ahora que luchamos contra insidiosos y *poderosísimos adversarios*, en esta gran guerra por Dios y por Cristo. De nuevo hago la observación de que, al hablar de ciertos caracteres, no me refiero a las personas, sino a sus errores. En estos tiempos encontramos dificultades singulares en la gran contienda por la verdad -singulares, porque muy pocos las aprecian-. Tenemos enemigos de todas clases, y todos ellos mucho más despiertos que nosotros. El infiel mantiene sus ojos bien abiertos, y extiende sus doctrinas por doquier; y mientras nosotros creemos firmemente -somos tan confiados- que nuestra grandeza es ya un árbol maduro, la helada está quemando muchos de nuestros más tiernos vástagos, y a menos que despertemos, ¡Dios nos ayude! La incredulidad parece enseñorearse por doquier, no en la forma osada y jactanciosa de Tom Pavne, sino de una manera más educada y sutil: no la que mata la religión con la hoguera, sino la que busca emponzoñarla con pequeñas dosis de veneno, y continúa su camino diciendo aún que no causa ningún daño a la moral pública- Esto toma auge en todas partes. Me temo que la mayoría de nuestra población está imbuida de este espíritu de incredulidad. Tenemos que temer de Roma más de lo que muchos suponemos; no de la Roma que da la cara -ésta nos inspira poco temor, pues Dios ha dado al pueblo de Inglaterra un espíritu protestante tan intrépido, que cualquier abierta innovación hecha por el papa de Roma, sería inmediatamente rechazada-; me refiero al romanismo que se ha introducido en la Iglesia Anglicana bajo el nombre de puseísmo. Estas ideas se multiplican por doquier. Comienzan a encenderse velas sobre los altares, que son solamente el preludio de otras llamas mayores que consumirán nuestro protestantismo. ¡Oh, ojalá hubiera hombres capaces de desenmascararlos! Hemos de temer mucho de ellos; pero me importaría poco todo ello si no fuese por algo aún peor. Tenemos que luchar" contra un espíritu que no se cómo denominar, y que bien podríamos llamar de moderación, que se ha apoderado de nuestros pulpitos. Los hombres han comenzado a limar los ásperos filos de la verdad, a abandonar las doctrinas de Lutero, Zwinglio y Calvino, y a procurar acomodarlas a gustos más refinados. Hoy día podéis entrar en una capilla católica y oír de labios de un sacerdote papista un sermón tan bueno como el que podríais escuchar, en muchos casos, de un ministro protestante, porque no toca puntos de controversia ni saca a la luz las piedras angulares de nuestra fe protestante. Fijaos, también, en la gran mayoría de nuestros libros, ¡cuánta aversión hay en ellos hacia la sana doctrina!; los escritores parecen creer que la verdad no tiene más valor que la mentira; que respecto a las doctrinas que predicamos, poco puede importar su contenido, pues sostienen que

«No puede equivocarse quien anda rectamente».

Se está introduciendo el letargo y la tibieza en los pulpitos de los bautistas, y en los de cualquier otra denominación, trayendo consigo una especie de invalidación de toda la verdad. A pesar de que en la mayor parte de ellos solamente se predicán errores de muy poca importancia, *la verdad* misma es anunciada de una forma tan disimulada y con un estilo tan ambiguo, que nadie puede descubrirla y a nadie alcanza. Hasta donde el hombre puede lograrlo, las flechas de Dios son despuntadas, y el filo de su espada mellado en el día de la batalla. Los hombres no oyen la verdad como solían hacerlo antaño. La boca de terciopelo ha sucedido al cojín de terciopelo, y el órgano es lo único que en el edificio emite cierto sonido. De todas estas cosas, "¡líbranos buen Señor!"

Quiera el cielo poner fin a toda esta moderación; necesitamos una verdad plena y manifiesta en estos días peligrosos; necesitamos a alguien que hable como Dios le diga, sin importarle nada ni nadie. ¡Oh, si tuviéramos alguno de los antiguos predicadores escoceses! Ellos hacían temblar a los reyes; no eran siervos de hombres; eran señores dondequiera que iban, porque todos ellos decían: “Dios me ha dado un mensaje- mi semblante es inquebrantable ante los hombres; anunciaré lo que Dios me indica”. Como Micaías, decían: “Vive Jehová, que lo que Jehová me hablare, eso diré”. Héroe de la verdad, soldados de Cristo, ¡despertad! También ahora hay enemigos. No creáis que la lucha ha terminado. La gran batalla de la verdad crece con más fragor y fiereza que nunca. ¡Oh, soldados de Cristo!, ¡desenvainad vuestras espadas!, alzaos nuevamente por Dios y su verdad, no sea que el Evangelio de la libre gracia sea olvidado.

Permitidme que os diga, una vez más, concerniente a esta guerra, que es de *duración perpetua*. Recordemos, amados míos, que esta guerra entre la justicia y el yerro debe continuar, y que nunca habrá paz hasta que la verdad consiga la victoria. Si suponéis que nuestros antepasados hicieron bastante por la verdad y por Dios, y que vosotros podéis permanecer ociosos, cometéis un gran error. Hasta aquel día en que el poder esté con la justicia, y la justicia con el poder, hasta entonces no deberemos envainar jamás nuestras espadas; hasta aquella hora feliz en que Cristo reine, cuando sea Señor de toda la tierra, cuando “vuelva sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces”, y los hombres no sepan de guerra nunca más; hasta ese día el conflicto ha de continuar. Que nadie crea que nos encontramos en una posición tal que no tenemos necesidad de vigilancia; esta guerra, aunque con otras características, es tan terrible como lo fuera antaño. En nuestra lucha contra el pecado no tenemos ahora que resistir hasta la muerte, pero necesitamos una capacidad de resistencia tan firme como la que en tiempos pretéritos tuvieron los mártires y confesores. Hermanos, debemos despertar; es necesario que el avivamiento conduzca a los soldados del Señor a tener conciencia de su posición. En este momento, ¡ahora!, formemos a la llamada de la trompeta. ¡Lanzaos a la pelea, huestes aletargadas!, ¡levantaos!, ¡levantaos! Que ondeen vuestros estandartes y centelleen vuestras espadas; porque es día de batalla, día de guerra y contienda.

Empero no puedo dar por finalizada esta sección de mi sermón sin hacer la observación de que no sólo hemos de combatir contra el error en la religión, sino que también hemos de hacerlo contra el error en las costumbres. ¡Oh!, amados, este mundo continúa siendo un mundo perverso, y ésta una ciudad abominable. Todo está cubierto de una hermosa capa de esmalte, un bello exterior, pero, desgraciadamente, en sus partes escondidas continúa dominando el pecado. Ésta es la gran ciudad de la apariencia, la fastuosa casa de la ficción, el fétido hogar de la corrupción. Nuestras calles están bordeadas de hermosas fachadas; pero, ¿qué hay detrás de ellas?, ¿qué ocultan en su corazón? Esta ciudad es un delincuente gigante, un “behemot” pecador, llena por doquier de vidas degradadas por el vicio; mas a pesar de todo, camina sin que nadie la contenga y sin reproche, porque no está bien visto eso de acusar a los hombres de sus pecados, y hay pocos que tengan valor para hablar fuerte y claro de los pecados humanos. Cuando consideramos cómo abunda el libertinaje femenino, y podemos contar por decenas de millares a las que a él se entregan, ¿no es lógico llegar a la conclusión de que también los *hombres* deben engrosar en número suficiente las filas del mismo pecado? Y ¡ay!, que haya necesidad de decir esto. ¿No son admitidos en sociedad, y son considerados como señores respetables y morales, quienes se dedican a tender lazo seduciendo a las pobres desgraciadas? ¿Qué es esto sino abominable hipocresía? En esta ciudad somos más grandes pecadores de lo que muchos creen. Todo está encubierto. Pero no creáis que podéis engañar a Dios. El pecado camina arrogantemente por la tierra, avanzando a una marcha horrorosa; la iniquidad corre por nuestras calles, verdad es que encubierta, el pecado no se exhibe abiertamente, pero sigue siendo igualmente ofensivo a Dios y a los hombres buenos. ¡Oh, hermanos míos!, el mundo aún no es bueno; está cubierto por una fina capa, pero la odiosa enfermedad está latente en tu interior. De nuevo os digo, ¡levantaos soldados de Cristo!; la guerra contra el pecado no ha terminado, sino que apenas ha comenzado.

II. En segundo lugar, consideraremos brevemente los MEDIOS INDICADOS PARA EL COMBATE. Cuando Amalec atacó a Israel, Dios señaló dos medios para combatirlo. Si hubiera querido, podía haber enviado un fuerte viento que los hubiera dispersado, o haber diezmado sus huestes con el hálito pernicioso de la peste; pero no le plugo hacerlo así, porque quiso honrar el esfuerzo humano, y así dijo a Josué: “Escógenos varones, y sal, pelea contra Amalec”. Es verdad que Josué, con la fuerza de Dios, podía haber vencido al enemigo; pero se dijo Dios: “No obstante honrar el esfuerzo humano, haré ver a los hombres que todo lo hace Dios. ¡Moisés! sube a aquella colina; permanece allí en oración, alza tu vara, y mientras los soldados de Josué se lanzan al combate, tú, Moisés, debes orar, y así triunfaréis conjuntamente. Tu oración, ¡Oh Moisés!, no prosperará sin la espada de Josué; X la espada de Josué no será eficaz sin la vara de Moisés”. Estas son las dos formas de combatir el pecado: golpes fuertes y recias oraciones.

En primer lugar, la Iglesia debe utilizar recios golpes y lucha fiera contra el pecado. A menos que hagáis algo vosotros, de nada servirá que os encerréis en vuestras casas y oréis a Dios para que destruya el pecado. A menos que entréis en acción no seréis bendecidos, aunque oréis hasta quedar exhaustos. ¿Recogerá el sembrador la cosecha por la que ora si no ha arado su campo y sembrado las simientes? ¿Triunfará el guerrero que ora por la victoria si sus soldados se dejan matar tranquilamente? No, ha de haber un ejercicio activo del poder dado por Dios; de otra forma, la oración no tendrá ningún provecho. Asestemos, pues, hermanos y hermanas, cada uno en su esfera, golpes fuertes al enemigo. Ésta es una contienda en la que todos los hijos de Dios pueden tomar parte de alguna forma. Del mismo modo que los fuertes esgrimen sus espadas, el que se apoya en sus muletas puede hacer uso de ellas como armas de guerra. Todos los elegidos de Dios tenemos asignada una labor a realizar: procuremos llevarla a cabo. Si eres distribuidor de folletos”, adelante con tu tarea, realízala ardientemente. Si eres maestro de escuela dominical, adelante también, no te detengas en tu bendita labor, hazla para Dios, y no para los hombres. Si eres predicador, predica conforme a la capacidad que Dios te da, y recuerda que El no pide a nadie más de lo que le entrega; no desmayes, pues, si tienes poco éxito, antes bien, sigue adelante. ¿Eres uno que, como Zabulón, sabe emplear la pluma? Utilízala sabiamente y conmoverás con ella las entrañas de los reyes. Y si no puedes hacer mucho, suministra, al menos, proyectiles a los demás, ayudándoles en sus obras de fe y de amor. Así pues, hagamos todos algo por Cristo. Nunca creeré que haya algún cristiano en el mundo que no pueda hacer nada. No hay ni una sola araña que cuelgue de las paredes del rey que no tenga su misión; no hay ni una sola ortiga de las que crecen en el rincón del cementerio que no tenga su designio; ni siquiera uno de los insectos que revolotean en el aire deja de cumplir algún divino propósito; por ello, jamás podré concebir que Dios haya creado a ningún hombre, y en especial a ningún cristiano, sin objeto alguno, destinado a ser algo vano y vacío. A todos os hizo con algún fin. Averigua cuál es ese fin; mira cuál es tu puesto y ocúpalo. Aunque este puesto sea muy humilde, aunque sea solamente el de leñador o el de aguador, haz algo en esta gran batalla por Dios y la verdad. Josué hubo de ir a escoger a sus hombres. Me parece verle: tiene aspecto de haber sido un hombre de guerra desde su juventud, pero las huestes de donde ha de elegir a sus hombres, ¡qué mezcolanza! Un grupo de esclavos que, a no ser en las manos de los egipcios, no habían visto una espada en su vida; pobres e infelices criaturas; cobardes cuando vieron a sus antiguos enemigos en el Mar Rojo; equipados ahora solamente con las armas que aquel mar arrojara, y uniformados de la forma más diversa que imaginarse pueda. No obstante, Josué elige a los más fuertes y les dice: “Venid conmigo”. De hecho fue a la batalla con un “ejército harapiento”, como alguien dijo; y sin embargo, el ejército harapiento fue el vencedor. Josué ganó la batalla a los amalecitas, gente ejercitada en el saqueo. Así también vosotros, hijos de Dios, aunque sepáis poco de táctica guerrera, aunque vuestros enemigos os derroten en el campo de los argumentos, y os aniquilen en el de la lógica, si sois hijos de Dios, los que están con vosotros podrán con vuestros enemigos; viviréis para contemplarlos muertos sobre el campo de batalla: luchad solamente con fe en Dios, y vuestra será la victoria.

Empero, esto no es todo. Aunque hubiese luchado. Josué habría sido derrotado a no ser por Moisés en la cumbre del collado. Ambos eran necesarios. ¿No veis la batalla? A pesar de no ser de grandes proporciones, es digna de toda vuestra atención. Contemplad a los amalecitas

lanzándose al combate con gritos discordantes; observad cómo Israel repele el ataque, ¡y cómo huye Amalec! Pero, ¿qué es lo que veo? Ahora es Israel el que retrocede y huye. Y nuevamente el ejército de Amalec es el que se da a la fuga ante la acometida reorganizada de los israelitas! ¡Mirad! Son destrozados por la espada de Josué, y el poderoso Amalec cede como el maíz bajo la guadaña del segador. Las hordas de Amalec comienzan a declinar. Mas, ¡fijaos otra vez! De nuevo la batalla parece indecisa; ahora es Josué el que se retira; ¡pero una vez más reorganiza sus tropas! Y ¿no habéis notado el portentoso fenómeno? Arriba, en la cumbre del collado, se encuentra Moisés. Os habréis fijado en el hecho de que cuando levantaba sus manos, Israel derrotaba a Amalec, pero en el momento en que por el cansancio las dejaba caer, eran los amalecitas quienes triunfaban momentáneamente; y cuando de nuevo levantaba su vara, volvía Israel a prevalecer sobre sus enemigos. De esta forma, cada vez que caía la mano de oración, la victoria oscilaba entre ambos bandos. ¿No veis al venerable intercesor? Moisés, como es hombre de edad, se cansa de estar tantas horas de pie, y le sientan sobre una piedra; pero a pesar de ello, los brazos no son de hierro, y sus manos caen. ¡Pero mirad!, sus ojos destellan fuego y sus manos se elevan al cielo; las lágrimas empiezan a rodar por sus mejillas, y sus breves y ardientes oraciones vuelan hacia la morada de Dios como dardos que encontrarán su blanco en el oído divino. Contempladle, Él es el eje de la victoria; si vacila prevalece Amalec; mas si permanece firme, es el pueblo escogido el que triunfa. ¡Mirad! Aarón sostiene su brazo durante un momento, después es Hur quien lo aguanta, y el buen anciano alterna sus manos, porque la batalla dura todo el día, y es labor fatigosa mantenerlas siempre en una misma posición bajo el ardiente sol. Observad cuán virilmente las soporta, rígidas, como si fueran esculpidas en piedra; cansado y agotado, permanece no obstante con sus manos extendidas, como si fuera una estatua, siendo asistido en su celo por sus amigos. Ved ahora deshacerse las filas de Amalec como nubecillas ante la galerna del Cantábrico. ¡Huyen!, ¡huyen! Sus manos aún permanecen inmóviles; aún continua la lucha; los amalecitas siguen dispersándose. Josué prevalece; hasta que al fin, todos los enemigos yacen muertos en la llanura, y Josué regresa con gritos de júbilo.

Naturalmente esto nos enseña que la oración es tan necesaria como el esfuerzo. ¡Ministro! Aunque continúes predicando no tendrás ningún éxito si no oras. Si no sabes contender de rodillas ante Dios, hallará, una tarea muy ingrata el contender con los hombres desde el púlpito. Te esforzarás en tu labor, pero no triunfarás a menos que respaldes tus esfuerzos con la oración. Es muy probable que cedas antes en tus oraciones que en tus esfuerzos. No leemos en ningún sitio que la mano de Josué se cansara empuñando la espada, pero sí que la de Moisés se cansó sosteniendo la vara. Cuanto más espiritual es el deber, más pronto solemos cansarnos de él. Podríamos permanecer predicando todo el día, pero no podemos soportar una oración tan larga. Podríamos estar una jornada completa visitando enfermos, pero se nos hará insoportable el estar la mitad de ese tiempo encerrados en nuestras habitaciones. Pasar una noche con Dios en oración resultara mucho más difícil que pasarla predicando a los hombres. ¡Oh! ¡Cuidado, Iglesia de Cristo!; ¡cuidado no ceses en tu oración! Me dirijo sobre todo a ésta mi muy amada iglesia, mi propio pueblo. Vosotros me habéis amado y yo os he amado a vosotros, y Dios nos ha dado mucho éxito y nos ha bendecido. Pero fijaos, todo lo atribuyo a vuestras oraciones. Os habéis reunido todos los lunes por la tarde en gran número y en sin igual perfección, para orar por mí, y sé que soy mencionado en vuestros altares familiares como alguien muy querido en vuestros corazones; pero tengo miedo de que ceséis en vuestras oraciones. Dejad que el mundo diga: “¡Abajo con él!”; yo me mantendré contra todos ellos, si oráis por mí; pero si interrumpís vuestras oraciones, todo habrá terminado para mí, y para vosotros. Vuestras súplicas nos hacen poderosos; la legión de la plegaria es la legión de trueno. Si pudiera compararme a un caudillo, diría que, cuando veo a mis hombres levantarse para orar en tan gran número, me siento como Napoleón cuando envió a su vieja guardia. La batalla había flaqueado, y él dijo: “Ahí van; ahora es segura la victoria.” O como nuestra propia guardia, los cascos negros, los cuales llevaron la victoria dondequiera que fueron. La legión de la plegaria es en todas partes la legión del trueno. Los hombres pueden resistirse a todo menos a la oración. Si orásemos tal como algunos han hecho, arrancaríamos de sus goznes las puertas del infierno. ¡Oh!, ¡que seamos poderosos en nuestras

oraciones” Os imploro, os suplico que no ceséis de orar; abandonad todo lo que queráis menos esto; clavad vuestras rodillas en tierra, luchad con Dios, y de cierto que el Señor nuestro Dios nos bendecirá. “y todos los términos de la tierra le temerán”.

III. Y en tercer lugar, voy a terminar con unas cuantas observaciones QUE OS INCITEN A LA BATALLA. Recordad, ¡oh hijos de Dios!, que hay muchas cosas que os pueden hacer valerosos para pelear por Él y Su verdad. Lo primero que traeré a vuestra memoria es el hecho de que esta guerra en la cual estáis comprometidos es una guerra *hereditaria*; no se trata de algo que *vosotros* hayáis *comenzado*, sino que os ha sido legado desde el momento en que la sangre de Abel grito clamando venganza. Cada mártir ha recibido la roja bandera de sangre de manos de sus antecesores, y ellos la han pasado a las manos de otros cuando les ha tocado el turno. Cada confesor que ha sido atado a la estaca para ser quemado, ha encendido su mecha y la ha pasado a otro diciendo: “¡Cuídala!” Y ahora, he aquí la vieja “espada de Jehová y Gedeón”. Recordad las manos que la han empuñado, recordad los brazos que la han esgrimido, recordad cuán a menudo ha penetrado “hasta partir las coyunturas y tuétanos”. ¿La deshonraréis? ¿*La deshonraréis*? He aquí el gran estandarte, el que ha ondeado al soplo de tantos vientos; esta bandera de Cristo que fue alzada en alto mucho antes de que la bandera de nuestra patria fuese hecha. ¿La mancillaréis? ¿La mancillaréis? ¿No la entregaréis a vuestros hijos, sin mácula, diciéndoles: “Adelante, continuad; os dejamos la herencia de guerra; adelante, id y conquistad. Repetid lo que hicieron vuestros padres; seguid en la pelea hasta el fin de los tiempos”? Yo amo mi Biblia porque es una Biblia bautizada con sangre. La amo tanto más porque hay en ella la sangre de Tyndal, la amo porque tiene la sangre de John Bradford, y de Rowland Taylor, y de Hooper; la amo porque esta manchada de sangre. A veces pienso que amo la pila bautismal porque ha sido salpicada de sangre, y ahora, en la Europa continental, está prohibida por la ley. La amo porque veo en ella la sangre de hombres y mujeres que han sido martirizados porque amaban la verdad. ¿No defenderéis, pues, el estandarte de la verdad, después de que tan ilustre linaje de guerreros lo han sostenido en sus manos?

Hubiera querido hablaros como era mi deseo hacerlo, pero la voz me falla; así pues, sólo puedo animaros con una consideración, es a saber: la perspectiva de la victoria final. Es bien cierto que pronto triunfaremos; por lo tanto, no abandonemos la lucha. Me he alegrado mucho al saber que de poco tiempo a esta parte ha habido un avivamiento en las filas. Dios te guarde y fortalezca